LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 25

A NUESTROS ABONADOS

Ayer nos parece, cuando atrevidos y osados nos lanzamos a la palestra periodística, impulsados por la fe en nuestras santas máximas, y ya hace un año que vivimos en la prensa, sostenidos del favor del público y al que no damos en cambio de su dinero, la más pequeña belleza literaria, por ser muy rudimentaria nuestra inteligencia, sino las verdades que emanan de la REVELACIÓN GENERAL que tanto consuela al alma, que tanto incita a romper con el vicio y amar a la virtud y que nos reconcilia tanto con Dios nuestro celestial bien hechor.

Poco prometimos al comenzar nuestras modestas tareas, queriendo siempre que las obras dijeran más que las palabras, matando así el reinado de la «charlatanocracia,» y no solo hemos cumplido nuestro compromiso, sino que también nos hemos excedido en bien de nuestros suscritores y en favor de la propaganda, dando 4 páginas más desde los primeros números y aun publicando suplementos cuando ha sido necesario. Si éste ha sido nuestro comportamiento, de igual modo será en el porvenir, si obtenemos la recompensa que apetecemos, la cual es ser ayudados por nuestros constantes suscritores.

Deseando mejorar notablemente el papel de nuestra revista y no habiéndolo encontrado mejor en el mismo tamaño, hemos variado, desde este número, las condiciones materiales de nuestro humilde periódico, dándole una forma más elegante e imprimiéndolo en buen papel, con el fin de igualarle a las publicaciones de la misma índole.

Con el afán de dar a nuestra Revista todas las ventajas posibles, hemos emprendido estas reformas, seguros de merecer como hasta aquí, la protección de nuestros correligionarios y la de los hombres pensadores que buscan, en el estudio de las manifestaciones intelectuales, la verdad más en armonía con su ser, para hacerse con ella y estudiar después sus detalles y afinidades.

LA REDACCIÓN.

ALICANTE,10 DE ENERO DE 1873

LA BOLA DE NIEVE

Antes de la aparición en el mundo de la prensa: antes acaso que hubiese sido concebida la heroica idea de ver la luz pública, para propagar nuestra santa y regeneradora doctrina de caridad y ciencia, para combatir con *escribas* y *fariseos* el trasquilo de sus ovejas y para resistir el mor-

tal sarcasmo y el cruel ridículo de los *espíritus fuertes*, que zahieren a guisa de sabios, despreciando lo que no entienden y no pueden abarcar con su miope mirada; mucho antes de ser realizada esta concepción, ya cantaba la gente clerical y tañía en el Semanario laúd, dulces endechas, por la pasajera estancia que había tenido el Espiritismo en Alicante, por la vida fugaz, mezquina, que había gozado el entretenimiento inocente, el juego infantil, mago o demoniaco, de *hablar con los muertos*. Y sin embargo, los muertos hablan, los muertos han hablado, los muertos hablarán, mal que les pese a todos los católicos nuevos; que en esto de dar libertad, ni a los muertos se la reconocen, y eso que están ya, por fortuna, fuera de su jurisdicción! Los muertos hablan, y la vida clerical y la vida de la Iglesia y la vida de sus dogmas, se sustenta, se basa en el lenguaje de los muertos, en la revelación de *ultratumba!*

Como la nubecilla de verano, que ligera y vaporosa se atreve a empañar el limpio y sereno azul del cielo, y que la presencia de un despótico rayo de sol abrasador, la hace huir avergonzada de su atrevimiento, desapareciendo por encanto; así decían, que había desaparecido de la diáfana esfera de la inteligencia en nuestra bella patria, la tenue mancha de la BUENA NUEVA, la creencia en la vida real, en la existencia activa, que proclama la razón y que sintetizada lógica.

Mas no fue así, y disgustos les ha costado convencerse de la realidad. Como el pólipo a la roca, del mismo modo se ha pegado la verdad espiritista en la conciencia individual de los lucentinos y adherida de esta manera, no solo es difícil de arrancar, sino que crece y aumenta como aquel animálculo, propagándose infinitamente y reproduciéndose, sin cesar. Toda idea es en sus manifestaciones primeras débil y raquítica y fácil a presentar flancos al ataque y cuerpos al destrozo de la calumnia y al martirio de la befa; pero cuando se desarrolla con el asiduo trabajo y fatiga que le produce la lucha, y agranda el campo de la acción, y ensancha el horizonte de su vida, entonces se hace enérgica, potente y avasalladora y paga con tributos de bien el mal recibido, cegando con mundos de amor los abismos de odio abiertos por la guerra de las impotentes ideas que, con tanta saña, le cerraron el paso y la amenazaron de muerte.

Semejante a *la bola de nieve* ha sido la vida del Espiritismo; no solo aquí, en éste pequeño rincón del mundo conocido, sino en todo el orbe. Pequeña, despreciable cuando apenas cuenta minutos de manifestación, se agranda y se hace respetable, a medida que se ve arrastrada por la necesidad y obligada a comprimir los elementos afines que se le agregan, y que reuniendo fuerzas, van multiplicándose en razón directa de los grados de su magnitud; centuplicando su importancia de día en día y desenvolviendo por su veloz carrera un volumen colosal y una espantosa fuerza, que aplastan todos los obstáculos que se le opongan, para impedir su fin, por tradicionales que sean. ¿Quién les dijera, que la pesada mole que les aturde tanto, es *la bolita de nieve* que se blindaba ella misma a ser aplastada y que por un rasgo inaudito de magnanimidad les debe su gigantesca existencia?

Pocos eran en verdad los que iniciaron el movimiento espiritista en esta capital, pero así como una chispa es suficiente a producir un incendio que alumbrase la tierra, y así las fuerzas reunidas de aquellos *locos*, han hecho nacer de la semilla preparada por Jesús, la ciencia, la filosofía racionalista, la democracia y la civilización, millares de *cuerdos*, que comunican el fuego de su fe y el ejemplo de su doc-

trina, por todas partes, atrayendo a la consolación los desventurados que maldicen de su Padre.

No pasó el Espiritismo, no; como no puede, pasar todo lo que viene a ser la regeneración de los pueblos. Todas las infancias son endebles, enfermizas y nos hacen presumir escasa vida en los seres; mas éstos se fortifican nutriéndose y ejerciendo sus facultades, para cumplir la misión que aquí trajeran: así se fortifica el Espiritismo, pequeño niño, para muchos hombres pequeños, que no quieren ver el desarrollo de sus múltiples facultades científicas, que no quieren reconocer la misión divina que trae para dar a cada cual según sus obras. Nuestras ideas que al principio eran motivo de risa y causa de regocijo, para tanto necio como en la sociedad pasa por sabio, sin estudiar un bledo, ha tomado carta de naturaleza, y no solo se la respeta y comenta como toda doctrina que tiene derecho ya a la consideración pública, sino que muchos hoy juzgan los hechos bajo el criterio nuevo, sin haber rendido a un culto a nuestra filosofía.

La familia, esa fortaleza inexpugnable del clero, donde ha colocado sus mejores armas, la preocupación, el fanatismo, la ignorancia y el odio a toda innovación, va cediendo el miedo cerval que nos tenía, por el trato con el diablo y admite sin asustarse nuestro modo de ver las cosas, tan especial bajo el punto de vista neocatólico. En todas ellas resulta algún médium, que viene luego a servir de núcleo para nuevas agrupaciones familiares, llevando hasta el infinito la propaganda por *impresión* que—aunque sola no la aceptamos por creerla perjudicial hasta cierto punto—hace prosélitos en una época en que el hombre gusta más del espectáculo que del estudio; de ver que de comprender; de adquirir el hecho, *hecho*, a tener que estudiarlo y buscarlo.

Si los romanistas, esos ejecutores del Cristo, que en su nombre dan torcida interpretación a sus palabras, nos odian y atacan sin consideración de ninguna especie, como si fuéramos hidrófobos canes que inoculan con su rugiente rabia la muerte y la desolación, o la baba asquerosa del vicio; si faltando a todas las consideraciones sociales desfiguran la verdad calumniándonos y hasta se burlan de nuestras humildes personalidades, como buen ejemplo son en Alicante, los Zarandona y Mollá, los Baeza y Corona; no así los materialistas, que, aunque intransigentes y exclusivistas como aquellos, parten siquiera del libre racionalismo y respetando las ideas, discuten con mesura y gustan estudiar los muchos puntos de contacto que les ofrecemos, en todo lo que nos apoyamos en la ciencia, en lo real.

Muchos son los materialistas que abandonando la escuela de la *nada*, habiendo *tanto*, han pasado a nuestras creencias que llenan el alma de realidades bienhechoras, probando, sin ningún género de duda, que entre éstos es donde el Espiritismo hará mucho bien y conseguirá bastantes adeptos. Nadie, con más razón que nosotros, puede atacar en sus bases el escepticismo, porque no partiendo nuestra fe de idealidades y de fenómenos inexplicables o sobrenaturales, damos cuenta de cada hecho según el adelanto científico y a medida del grado de cultura intelectual y el desarrollo de virtud. Por esto, pues, los realistas que nos encuentran bien situados en el terreno racional, desvían las discusiones y huyen del terreno de los actos o fenómenos y se refugian en el mundo abstracto, donde quieren pelear valiéndose de las mismas armas que han destemplado ya, en la lucha con las demás escuelas, que son puramente idealistas.

Esa llaga social que corroe y aniquila las fuerzas vivas del trabajo, y agosta y mata la fe, la confianza, la amistad y el amor; esa lepra llamada *indiferentismo*, amenazaba devastarlo todo, absorberlo todo, si providencialmente no hubiera aparecido en el día del bien, el sol del Espiritismo. He aquí el único bálsamo que curará ese mal ya endémico, por la falta de fe y de creencia y por la sobra de hipocresía y fórmulas con que se engaña la humanidad. Ya no hay indiferentes a la atronadora voz de la conciencia, y la doctrina nueva, que no es otra cosa que un eco repetitivo del deber, hará disminuir notablemente las formidables huestes de ese ejército invasor que, frío, impávido y hastiado, llevaba a la consunción y a la muerte a toda la nueva generación.

El Espiritismo es una verdad que se va abriendo paso en la conciencia humana y que camina con la ley del progreso, lenta, pero seguramente, al fin de su destino moralizado y revolucionario: elevando la dignidad del hombre, y haciéndole descender del enfático trono del orgullo, donde le sentará la ignorancia; al democrático campo de la humildad y fraternidad donde le llevará la ciencia y en el que vivirá feliz por haber dilatado el límite de la familia con la federación del amor. El hombre, dando calor a un germen que encerraba su corazón, hizo brotar el amor hacia, un ser, que fue *ipso facto* una mujer; pero que después fue preciso dar parte de esta simpatía a los hijos o que se aumentase la potencia de aquel y amando luego, dividiendo y multiplicando su amor, quiso a su familia, a sus amigos y a los amigos de éstos; y más tarde, su pueblo, su provincia, su ilación, su continente; hoy a toda la humanidad y aún hay ya quien ama a todos los seres que pueblan la inmensidad de inmensidades.

El progreso es una verdad, patente, pues además de ser un hecho real y positivo demostrado con el solo trabajo de volver la vista atrás, a ese triste panorama del pasado, a ese pavoroso caos lleno de lágrimas y trabajo, de abnegación y vicio, de esclavitud e infamia, se demuestra también por ese incesante anhelo que aguijonea al espíritu, siempre activo y jamás dispuesto a quedar estacionado, inerte, aunque conciba la más halagüeña y bella situación, puesto que sería instantáneamente deshecha por otra mejor, producto de la fantasmagoría de la imaginación.

Somos el ayer, el hoy y envolvemos el mañana. Por esto nuestra querida doctrina se difunde por el ámbito de la tierra avasallando al terror y a la ignorancia y preparando mejores días. El estudio sustituye al fenómeno y los que ayer solo estaban dispuestos a prestar en aras del trabajo mental, el pobre sacrificio de pensar un poco, ante el hecho maravilloso de un hombre que en un estado especial hace correr rápidamente un lápiz sobre el papel y trascribe un *mundo*; hoy, más levantados, más activos y en particular más convencidos del bien y objeto respetable de nuestro credo, sacrifican su tiempo y sus mundanales goces—que les producían antes el dolor, el hastío y el atenazador remordimiento—y prestan atención a las idealidades puras de la metafísica, estudian con ahínco la ciencia espiritista, trabajan con asiduidad por llegar a conocer las leyes naturales y con fe inextinguible practican todas las virtudes y anhelan llegar a la meta de la perfección.

Esta reacción se va demostrando más cada instante y su incremento se hace patente, sobreponiéndose con rapidez el estudio completo de la teoría a la práctica rutinaria y empírica que todos los adeptos hacen de los fenómenos espíritas, por no

conocer los mil escollos que encierra esta conducta y las mil ventajas y buenos avisos que necesariamente encuentra quien se guía por la experiencia acumulada; que no otra cosa es la ciencia, gran libro escrito por todos. Muchos obstáculos, disgustos y penalidades se encuentran, porque no en balde se desea conocer el infinito y penetrar por el umbral del templo de Minerva y de la gruta de lo desconocido, con solo los limitados conocimientos de la generalidad de las gentes; que si bien las guía el santo amor del progreso y bienestar, no les abandona sin embargo, la curiosidad maldita y el deseo vehemente de conocer el porvenir y de trocar la verdad y la moral, en horóscopos y acertijos, en filones y chismografía.

Los sistemas se crean a fuerza de experiencias dolorosas; la misma historia nos lo enseña, siendo la ciencia del dolor; y prueban una carísima ignorancia y una pesada tenacidad, los que se empeñan en comenzar de nuevo, despreciando la doctrina, y sufren consecuencias dolorosas por no dejarse dirigir de quien no se impone y aconseja tales remedios, tan sencillos, tan metódicos y tan claros, que la inteligencia más obtusa los proclama como buenos. Todo es relativo, no pudiendo caminarse a saltos. El hombre se inspira por la experiencia de su antecesor y su propia razón le hace escoger el medio mejor para caminar por la escabrosa senda de la vida, esquivando los males y los inconvenientes que aquél pasó y anotando los que pasa como herencia dolorosa que deja a sus hijos; divina cadena intuitiva que ha marcado los linderos del progreso y ha sido la cuna del saber. Los que quieran conocer el Espiritismo y practicarlo con buenos resultados, que estudien mucho y que se moralicen más, que como dice Jesús, no se echan las perlas a los puercos, ni se pone la luz bajo del celemín.

Adelante, pues, y matemos la oscuridad del fanatismo con la luz de la verdad, el frío, del escepticismo con el calor de la fe y la duda roedora del materialismo con la certeza de la existencia infinita del espíritu en innumerables estancias.

ANTONIO DEL ESPINO.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE VIENA

En el pasado año y en 30 de Noviembre, recibimos un atento oficio, suscrito por la primera autoridad de esta provincia, en el que se nos remitía la invitación que dirige a la prensa el Presidente de la Comisión general española de la Exposición de Viena.

La circular está adornada de elegante estilo y correcta dicción, y escrita con un sentido práctico, que revela conocimientos y estudios de lo que son esos grandes palenques del trabajo, donde luchan las naciones por la prosperidad de los pueblos. En ella se nos ruega remitamos varios ejemplares de este número, para que figuren en aquel certamen del progreso, y a tan cortés demanda, no podemos menos que contestar tan dignamente como merece el objeto que la guía; sintiendo mucho que los estrechos límites de nuestro periódico, nos impidan insertar íntegro tan apreciable documento, del que, sin embargo, extractamos dos párrafos que sintetizan el pensamiento que lo motiva.

«Ahora bien: la Comisión general española pide a la imprenta periódica el concurso de su saber y de su influencia, y con este objeto me dirijo a Ud. en nombre de la misma. El ilustrado periódico de Ud. puede prestarla una cooperación muy eficaz, y la Comisión se honrará mucho si, como supone, se digna concedérsela.

Pero no se limita a este solo extremo el deseo de la Comisión. Impórtale casi tanto que la imprenta periódica de España, muy ilustrada y muy concienzuda, tenga también su parte en la exposición universal de Viena, y le invita, con este objeto, a que se digne destinar a dicha exposición el primer número que el año 1873 publique su periódico. Este número podrá entregarse a la Comisión general española, y conviene que contenga un resumen en el que se haga constar la antigüedad de la publicación, su precio de suscripción en la Península y en el extranjero, su circulación dentro y fuera de España, y los demás datos que Ud. considere oportunos para apreciar debidamente la índole, carácter e importancia del periódico. Escaso decir a usted que con seis u ocho ejemplares del citado número tendrá bastante la Comisión para el objeto que se propone.»

LA REVELACIÓN apareció el 5 de Enero de 1872, para cumplir el deseo de los numerosos espiritistas alicantinos; el de tener su representante en la prensa con el único y benéfico fin, de propagar la excelente, nueva e incontrovertible filosofía espírita y defenderla de los rudos y apasionados ataques de adversarios que la desconocían por completo. Como periódico que no responde a un pensamiento lucrativo y mercantil, sino a otro más desinteresado y humanitario, cual es el de comunicar a todos el bien que creemos poseer, la parte de verdad que creemos vislumbrar, tiene asignados los precios de suscripción sumamente módicos, para una revista quincenal de 12 páginas en 4.° mayor y de buen papel e impresión. Una peseta el trimestre en Alicante; en el resto de España, por un año 5 pesetas y 10 en el Extranjero y Ultramar.

En el año trascurrido solo hemos alcanzado el mínimum de 200 suscripciones en la capital y 100 fuera de ella. Como se ve, su circulación es poca, pero en proporción de su vida, no es escasa. En el Extranjero y Ultramar se la conoce por los cambios.

Con esto creemos dejar satisfechas las aspiraciones de la Comisión y las necesidades de la estadística que deseaban.

El Instituto médico valenciano ha vuelto a ocuparse del Espiritismo, lanzando groseras calumnias que desdicen mucho de la gravedad de los *doctores*, y prueban una vez más, que de aquéllo que no se sabe, todos los sabios son ignorantes también, a despecho de su ciencia.

Nuestro querido hermano en creencias, el doctor D. Jaime Feliu, ha salido a la defensa de nuestra cara doctrina, pronunciando dos brillantes discursos que tenemos el gusto de comenzar a insertar hoy, gracias a la galantería de un espiritista de Valencia, que nos los ha remitido impresos:

EXTRACTO

DEL DISCURSO PRONUNCIADO

POR

EL DR. D. JAIME FELIU

EN EL ATENEO DE VALENCIA

EN DEFENSA DEL ESPIRITISMO

«Empezó manifestando que después de las brillantes peroraciones del Dr. Serrano y Cañete parecería osadía que levantara su desautorizada voz ante un público tan ilustrado, y en defensa de una doctrina tan poco conocida como ligeramente juzgada, pero que su ardiente amor a la verdad y su firme convicción de que la Filosofía espiritista ofrece a la ciencia tesoros de inagotable luz y a la humanidad un porvenir de paz y de ventura, le obligaban. Dijo que

iba a probar la verdad de la Filosofía espiritista, a defenderla de los inmotivados ataques que se la dirigían, y a demostrar que solo por y con ella se explican satisfactoria y racionalmente las más grandes cuestiones sobre el origen del hombre y del mundo, que no pueden explicarse por ningún otro sistema de Filosofía. Manifestó también que la reflexión y la razón serían las armas que esgrimiría en la presente contienda, con las que, sino persuadía, probaría que las bases del Espiritismo son indestructibles. Protestó que no emplearía el lenguaje de la sátira ni del ridículo que a veces se usa, a falta de razones, para atacar los razonamientos contrarios, porque estaba convencido que nada era tan digno como el lenguaje de la verdad para atacar el error y defender la verdad misma.

Prosiguió diciendo que lo principal en la presente cuestión era fijar lo que se entiende por Espiritismo; porque si los que lo atacan se forman de él un concepto equivocado, no atacan a lo que es en realidad sino a lo que pretenden que sea; y sentó que como sistema de Filosofía es *«La ciencia trascendental humana que trata de la existencia del espíritu, de su origen, de su objeto inmediato y cómo lo cumple, y de su objeto final y cómo lo alcanza»*. Aseguró que esta definición era exclusivamente suya y por lo mismo, ni la mejor, ni la más propia de dicha Filosofía, pero que tal como la presentaba probaría que sus bases eran invulnerables.

Demostró luego, refiriéndose a la definición, la existencia del espíritu, fijándose en la dualidad de tendencias que en el hombre se observan; y después de una serie de reflexiones concluyó con inflexible y metafísica lógica, que las tendencias que buscan el placer orgánico proceden del cuerpo, y que las que se remontan por los espacios infinitos de la creación en busca del placer puro, de la belleza perfecta y del sumo bien, proceden de una sustancia inmaterial que en el hombre reside y se determina en pensamientos, sentimientos y voliciones, a la que llamó espíritu o alma.

Siguió a *posteriori* determinando el origen del espíritu, fijándose en la base del conocimiento, diciendo que el hombre se conoce y siente a sí en sí mismo, antes que conocerlo que está fuera de sí, conocimiento que no se explica ni puede explicarse, como no puede explicarse por qué la materia es grave, la luz ilumina y el fuego calienta. Dijo que de este conocimiento subjetivo parte para conocer la verdad objetiva, y con una serie de reflexiones, probó la posibilidad de la no existencia del mundo objetivo y con ella la necesidad de que existiera por sí y en sí misma desde toda eternidad, una causa absoluta y necesaria que le diera su ser y su existir, de lo que indujo que el espíritu es creado por Dios. Probó luego que el espíritu cumple su objeto inmediato en el espacio, determinando su actividad en el tiempo, es decir, por la ley del trabajo, que presentó, no como ley de castigo sino de mejora y perfeccionamiento, valiéndose para ello de pruebas sacadas de la formación de nuestro planeta, de la aparición sucesiva de los seres vivientes sobre el mismo, en los varios períodos geológicos, hasta al hombre, y que éste, venido a la tierra, sencillo e ignorante, realiza su progreso en sucesivas apariciones, llevando en cada nueva existencia, no solo las propiedades de conocer, sentir y amar que le dio el autor de la naturaleza, sino el fruto de su trabajo realizado, y que por esto presenta cada vez más desarrollada su masa cerebral, que es el aparato sobre el cual actúa el espíritu para sus manifestaciones, en lo que basó el progreso histórico de la humanidad y en ello creyó tener

el medio racional de explicar los diversos sentimientos y aptitudes de cada hombre. Luego por el mismo método demostró que, conforme a la esencia de la actividad espiritual y su inagotable tendencia de conocer, sentir y amar, la vida del espíritu es infinita, y que debe realizarse en el infinito espacio de la creación y en el infinito del tiempo, hasta alcanzar la fuente de la verdad, objeto codiciado a la vez del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad.

Dando entonces por sentado que las bases de la Filosofía espiritista son indestructibles, recordó que en el primer día en que habló sobre el tema que se discute, el Dr. Serrano y Cañete, aseguró que el Magnetismo y el Espiritismo no podían ser examinados ni por la Filosofía ni la Teología, y que sólo debían serlo por la Fisiología, y llamó la atención de los académicos sobre la necesidad que hay de probar las afirmaciones, porque ante la ciencia solo tienen valor las pruebas de razón o de experiencia. Luego demostró que siendo la Fisiología la ciencia que trata de las funciones orgánicas del hombre y por extensión de las de los animales y vegetales, nada tiene que ver con el Espiritismo, que es la ciencia que trata del espíritu, que es una sustancia simple, inmaterial, intensa e inextensa, que no tiene órganos, y que por esta razón solo la Filosofía es la ciencia llamada a examinar la mayor o menor verdad de aquella doctrina.

Con objeto de probar que la Filosofía espiritista, es la única que explica racional y reflexivamente las más grandes y trascendentales cuestiones sobre el origen del hombre y del mundo, hizo un ligero, pero profundo examen de los varios sistemas filosóficos, que redujo a cuatro: el materialismo, el panteísmo, el idealismo y el espiritualismo, sin contar el espiritismo que el Dr. Serrano había calificado de doctrina *fanática y embaucadora*. Fijándose en el sensualismo, basado en que la sensación produce la idea, examinó la sensación y demostró que no era causa del conocimiento, sino un motivo para excitar la actividad espiritual que es la que percibe inmediatamente la sensación del objeto que la causa. Por presentar el alma pasiva y no activa, por ser de precisa necesidad que se conocieran todos los objetos que impresionan nuestros sentidos, si el supuesto de este sistema fuera verdadero, y por la imposibilidad de que el organismo pueda convertir una noción material en idea inmaterial, indujo la falsedad de este sistema. Dijo que si la sensación es la idea, no pueden formarse sino de seres materiales, y que por esta razón el sensualismo excluye las abstractas, intelectuales y morales que solo acepta como ficciones; y que ya que afirma que el *cerebro se mueve* para pensar, el consecuente Cabinis suprimió la palabra espíritu o alma, y dijo: *El cerebro piensa*, convirtiendo naturalmente el sensualismo en materialismo, que no admite la existencia de Dios ni la del alma. Observó luego el absurdo de este sistema que presenta las ideas como producto de la inteligencia del hombre, y posteriores a él: pero como antes de existir el hombre en nuestro planeta existían los animales, las plantas, los planetas y las estrellas, en sublime concierto y armonía, indujo de ello que se habían realizado conforme a una inteligencia suprema que les había concebido antes de darles la existencia. De esto concluyó que la idea de todos los seres que han sido, son y serán, existe desde toda eternidad en la infinita inteligencia de Dios, y que por lo mismo no son las ideas anteriores al hombre.

Examinó enseguida el panteísmo que consideró bajo el solo aspecto de que: *la*

inteligencia universal no individualizada, es la que piensa en el hombre. Dijo que esta inteligencia universal debía ser infinita, y como tal perfecta, y que si pensara y obrara en el hombre, este jamás se equivocaría y poseería la verdad, y que todos los actos humanos serían justos y buenos. Manifestó además, que pensando la inteligencia universal en cada hombre y en todos, deberían formar estos idénticos juicios sobre una misma cosa, porque la misma inteligencia absoluta no podría tener sino una manera de conocer y siempre verdadera. Pero como la experiencia muestra lo contrario, pues los pensamientos, sentimientos y voliciones de un hombre son propias y exclusivamente suyas y no de los demás, quienes a su vez tienen también sus propios pensamientos, sentimientos y voliciones, distintas de aquél y de todos los otros, de esto indujo el absurdo del panteísmo, que sienta que el hombre es Dios o parte suya.

Examinó enseguida la Filosofía idealista que se basa en que existen las ideas independientes de la inteligencia del hombre, y cuyo axioma es: *que las ideas son la razón superior de cuanto existe.* Añadió que este sistema no admite nada real o que el mundo objetivo es una ilusión, y afirma que el entendimiento no conoce sino por aquellas ideas que descienden a ella y constituyen su *inteligibilidad*. Dijo que si con estas ideas conoce el hombre, tampoco puede equivocarse, porque siendo ellas la razón superior de cuanto existe, han de dar siempre un conocimiento exacto. De esto infirió que el *idealismo* es el *panteísmo*, y concluyó que es un sistema absurdo.

Examinó enseguida el *Espiritualismo* que sienta, dijo, que el espíritu tiene ideas que están en Dios, o que, según Mateos Martin, *Dios, al crear al espíritu, tiene que darle una suma, de ideas*, que le sirven de tipo para el conocimiento. En esto fundado, probó que si el hombre tiene ideas que están en Dios son perfectas, y que teniendo ideas perfectas ha de adquirir siempre conocimientos verdaderos. Como en este sistema se hace a Dios subordinado al hombre, con lo que se niega la omnipotencia infinita, indujo también que era absurdo. Propuso luego como ejemplo de las cuestiones trascendentales que solo pueden resolverse por la filosofía espiritista, la de indagar la causa y origen de los sentimientos con que el hombre aparece en la tierra, esto es; que hay niños que tienen buenos sentimientos y otros sentimientos malos; cosa que los sistemas más religiosos pretenden explicar diciendo: *Son secretos de Dios que el hombre debe respetar.* Entonces sentó, que siendo Dios la suma Justicia, es siempre justo lo que de Él procede; y que siendo el sumo Bien, no es nunca autor del mal. Y preguntando dubitativamente si hay o no otro medio de explicarlo, se contestó diciendo que la Fisiología y la Anatomía pretenden tener la clave pero que es falsa, puesto que consideran como causa lo que no es más que un efecto, suponiendo que el hombre obra según el desarrollo de su masa cerebral, a la que atribuyen los pensamientos, sentimientos y voliciones. Este problema dijo: que se resolvía reflexiva y racionalmente en el estado aun de atraso humano, conforme a la Filosofía espiritista, para la cual basta que se estudie si es o no cierto que antes que la actividad espiritual se determine en sentimiento, debe de haberse determinado en pensamiento; y concluyó reflexivamente que primero es el pensamiento que el sentimiento; y que ya que el niño al nacer trae consigo sentimientos, implica esto que su espíritu ha determinado su actividad en otra existencia o vida anterior.

Se refirió después a lo que en la sesión anterior el Dr. Serrano y Cañete dijo, que en 1861 había en los Estados Unidos más de 60,000 espiritistas que vivían embaucando a las gentes, e hizo observar que si lo hubiera proferido en aquel país lo hubieran desmentido, como lo desmentía el proceder de los espiritistas de Barcelona, Madrid, Sevilla. Cádiz, Alicante y Valencia; y refiriéndose también a la calificación de fanáticos, embaucadores y locos que se da a los espiritistas, recordó que de fanáticos, embaucadores y locos habían sido tratados en todos tiempos, los regeneradores de la humanidad, que de embaucador y loco fue tratado Sócrates en el teatro de Atenas, preparando así el fallo del tribunal que le condenó a beber la cicuta por ateo, siendo así que enseñaba la existencia de un solo Dios; que por embaucador, loco y ateo fue condenado Jesús, que vino a enseñar y practicar la ley de justicia, amor y caridad: que por embaucador y loco fue condenado Galileo, porque enseñó que la tierra daba vueltas alrededor del Sol; que de embaucador y loco fue tratado Colón, y su locura reveló un mundo; que de loco fue tratado Franklin por la Academia de Boston al leer la Memoria que presentó sobre la electricidad y los pararrayos, y la electricidad une con la velocidad del rayo a los habitantes de uno y otro continente; que de loco fue tratado Fulton por el Instituto de Francia al examinar su proyecto de las máquinas de vapor que Jorge Watt regaló a Inglaterra; y que si éstos y otros mil genios de la humanidad habían sido tratados de embaucadores y locos, no le sorprendía que se tratara de embaucadores y locos a los espiritistas. Dijo que le parecía natural, y que no veía en ello otra cosa que un concepto de los que se creen sabios al tratar de lo que no entienden. Trascurridas las dos horas de reglamento, se acordó que el lunes seguiría en el uso de la palabra el mismo Dr. Feliu sobre el mismo tema, y se levantó la sesión. Valencia 16 Diciembre de 1872.»

CREDO RELIGIOSO Y FILOSÓFICO

DE LA

SOCIEDAD ESPÍRITA CENTRAL

DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Fuera de la caridad no hay salvación.

La Sociedad Espirita Central de la República Mejicana, declara:

Que se halla enteramente conforme con las doctrinas enseñadas por Mr. Allan Kardec en todos los libros y escritos que publicó acerca del Espiritismo a saber:

El libro de los Espíritus; El libro de los médiums; El Evangelio según el Espiritismo; El Cielo y el Infierno; El Génesis, los Milagros y las Predicciones; Qué es el Espiritismo; el Espiritismo en su más sencilla expresión; Resumen de la ley de los fenómenos espíritas; Viaje espírita en 1862; y demás publicaciones hechas en la Revista Espirita de París.

Para hacer tal declaración, la Sociedad ha tenido presente que:

1.°—No hay uno solo de sus miembros que no haya debido a las obras de Allan Kardec su instrucción espírita.

2.°—La escuela de Allan Kardec es universalmente reconocida.

3.°—Todo en la doctrina Kardec está de acuerdo con los alcances de la razón humana.

4.°—Nada en dicha doctrina es dogmático, sino claro, lógico, y basado en el principio de la justicia, y así, lejos de im-

ponerse autoritativamente, da al hombre una creencia de acuerdo con sus más nobles aspiraciones y a las leyes inscritas de la conciencia.

5.°—A nadie quita el libre examen, ni impide buscar o indicar mejores principios que los que ella profesa.

6.°—Sus principios vienen a coordinarse y ajustarse con extraña regularidad y concordancia, habiendo sido obtenidos por una gran variedad de médiums, a los cuales indudablemente se comunicaron Espíritus de los más elevados que pueden intervenir en la Tierra, siendo tal circunstancia una garantía de la autenticidad original de su enseñanza.

7.°—Las otras sectas, además de ser insignificantes, han caído en descrédito por no atender al anhelo científico y filosófico de la humanidad.

8.°—Ninguna otra doctrina demuestra los obstáculos de la práctica espírita, dando tan útiles consejos para evitarlos.

9.°—Está probado hasta la evidencia que hace más prosélitos que cualquiera otra; y

10.°—Siendo necesario, indispensable, propagar nuestras creencias con uniformidad y sin contradicciones, no dejándola a la voluntad de cada uno crear sectas individuales que encaminen a objetos contraproducentes, sino regularizando la acción de la Sociedad útil y productivamente, debía elegirse la doctrina de Allan Kardec, en atención a sus ya mencionados méritos.

Más debiendo la Sociedad dar a conocer a los profanos en el Espiritismo cuál es el resumen de sus doctrinas religiosas, filosóficas y morales, a fin de que pueda imparcialmente juzgarse de su carácter, tendencias e importancia, hace la siguiente profesión de fe:

Cree en un solo Dios, inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas, infinito, incomprensible en su esencia, inmutable, inmaterial, omnipotente, soberanamente justo, bueno y misericordioso.

Cree que este Ser, que reúne en sí una infinidad de atributos infinitos e infinitamente perfectos, es Dios de toda eternidad.

Cree que el hombre, una de sus criaturas, debe a Dios una adoración infinita.

Cree que Dios ha hecho al hombre para que le comprenda y le ame, gozando, cuando lo haya merecido, de la felicidad celeste.

Cree que Dios ha impuesto a la Creación una ley inalterable: EL BIEN.

Cree que se debe adorar a Dios, amando y practicando el Bien.

Cree que para adorar a Dios no hay necesidad de templos ni de sacerdotes; siendo su mejor altar el corazón del hombre virtuoso, y su mejor culto una moralidad intachable.

Cree que Dios no exige que el hombre profese determinada religión, sino que sea bueno, humilde, y sobretodo que ame a su prójimo como a sí mismo.

Cree que entre todos los espíritus enviados a la Tierra con misiones divinas, Jesús el Nazareno, fundador del Cristianismo, es quien ha enseñado la moral más pura, que consta en muchas de sus predicaciones contenidas en los Evangelios.

Cree en la existencia del alma o Espíritu, ser inmaterial, inteligente, libre en sus acciones y estrictamente responsable de ellas ante Dios.

Cree en la inmortalidad del alma.

Cree que cada Espíritu es premiado o corregido según sus obras.

Cree que las recompensas y las penas no se realizan en determinado lugar, y que pueden ser de tres clases: morales, que dependen únicamente de los goces o sufrimientos del Espíritu; materiales, causadas por las vicisitudes de la vida humana a que el mismo Espíritu puede estar sujeto; y materiales y morales a la vez.

Cree que las penas nunca son eternas, y que Dios acoge siempre bondadosamente al Espíritu que se arrepiente apartándose del camino del mal.

Cree que en el espacio hay infinidad de mundos habitados por seres pensadores, sometidos como nosotros a la ley del progreso universal e infinito que conduce a Dios.

Cree en la pluralidad de existencias del alma, o lo que es lo mismo, en la reencarnación del Espíritu en mundos adecuados al estado de adelanto o de inferioridad en que se encuentre, recorriendo así una escala progresiva en el camino de la perfección.

Cree en consecuencia, que el Espíritu puede tener un número limitado de encarnaciones en un mismo mundo, por expiación, progreso o purificación.

Cree que todos los Espíritus llegarán a ser enteramente impecables, dependiendo de su voluntad la prontitud en conseguirlo.

Cree que una vez alcanzada por el Espíritu la impecabilidad, su poder en ciencia y en bondad crece sin cesar e indefinidamente, aumentando sus atributos, y siendo éstos cada vez más perfectos.

Cree que ningún ser de la creación sufre sin haberlo merecido, ya en su presente o en anteriores vidas: pues Dios, infinitamente bueno, es incapaz de hacer el mal, ni que el padecimiento sea estéril, y cuando el Espíritu sufre sus pruebas o expiaciones con resignación, debe esperar recompensa.

Cree que el Espíritu es siempre indivisible por esencia, y que jamás pierde su individualidad; estando limitado: en las encarnaciones, por la materia típica correspondiente a los diversos mundos inferiores o de purificación; durante su erraticidad en el espacio entre una, y otra encarnación, por una naturaleza fluídica o *periespíritu*, semimaterial, etérea, invisible, intangible e inapreciable para nuestras percepciones puramente orgánicas; y una vez impecable, por su genio o carácter especial.

Cree que valiéndose del periespíritu y de otros fluidos el Espíritu errante, en virtud de leyes naturales, puede verificar ciertos fenómenos que le hagan perceptible a nuestros sentidos.

Cree, por lo mismo, en la comunicación del Espíritu libre con el encarnado: sea obrando directamente sobre su inteligencia, o sobre sus sentidos y demás órganos, así, como sobre los objetos que nos rodean.

Cree que gozando el Espíritu de un completo y libre albedrío, él mismo pide nuevas pruebas para purificarse o espiar sus faltas, y que ninguna prueba es superior a sus fuerzas.

Cree que el Espíritu que acorta voluntariamente su expiación, arrancándose la vida mundana que Dios le ha concedido, tiene que comenzarla de nuevo en condiciones semejantes, y después de terribles sufrimientos, para poder ser digno de progresar.

Cree que el Espíritu, antes de alcanzar la bondad eterna, puede elevarse o detenerse en jerarquía, según su albedrío; pero no puede retroceder ni sufrir una retro-

creación es decir, no puede transformarse su esencia en otra inferior.

Cree que la comunicación con los Espíritus desencarnados es: útil, para la enseñanza de la humanidad, porque revela al hombre sus futuros y eternos destinos y las leyes a que están sujetos, teniendo por consiguiente un carácter moralizador en alto grado: consoladora, porque garantiza al que sufre con paciencia un premio, y a los Espíritus que se aman, reunirse en mundos mejores si lo merecen; científica, porque revela al hombre multitud de acciones desconocidas de la naturaleza, que provocan los desencarnados al manifestarse: filosófica, porque asienta a la Psicología sobre bases indestructibles y abre vastos horizontes a la inteligencia humana; y religiosa, porque demuestra la existencia de Dios, su justicia, su bondad, su poder y su sabiduría.

Cree, por último, que el Espiritismo, como ciencia consagrada a tan trascendentales estudios, está llamado a regenerar el mundo, inculcando en el corazón de los hombres las sublimes verdades que enseña.

DICTADO SOBRE LITERATURA

APORTE ESPONTÁNEO [1]

[1] (Barcelona 28 agosto 1870.—Círculo privado de J. M. F.) Muchos de nuestros lectores conocen ya el fenómeno de los Aportes, una de las infinitas variantes del *Espiritismo experimental*, explicado por Allan Kardec, en su *Libro de los Médiums* 2ª parte capítulo V, núm. 96 y siguientes.

Presenciaron este fenómeno trece asistentes a la sesión, siendo las 4 de la tarde. Las precauciones e investigaciones que se hicieron antes y después para tener la seguridad del hecho, no pudieron menos que satisfacer a los concurrentes sin que les quedara ninguna clase de duda ni sospecha.

La poesía está escrita en una cuartilla de papel común.

PASA, PISA, POSA Y PESA

Se siente se *pasa* el tiempo
Que nos deja en su carrera,
Después de ver cómo viene,
Mirando cómo se aleja.

En nuestro despecho *pisa*
Nuestra arrogancia, y se muestra
Como dogal de esperanzas,
Como pisón de conciencias.

Posa en nuestro corazón
Dulces sueños y quimeras,
Que, luego son desengaños
Del alma que sueños siembra.

Y *pesa* su ruda planta
Tanto, que bajo su huella,
Después de luchar en Vano,
Nos hace polvo en la tierra.

No perdáis esta lección,
Jugando a la correhuela,
Que el tiempo como se ve:
Pasa, pisa, posa y pesa.

QUEVEDO

(Revista Espiritista.)

VARIEDADES

BIBLIOGRAFÍA

PRELIMINARES AL ESTUDIO DEL ESPIRITISMO

Con este título, acaba de ver la luz pública un libro, debido a la elegante pluma de nuestro amigo el Vizconde de Torres-Solanot, en el que se demuestran los principios fundamentales de la doctrina, con gran copia de hechos irrecusables y de profundos razonamientos, que prueban una vez más la vasta erudición y el completo conocimiento que del Espiritismo

tiene su autor: libro que ha venido muy oportunamente a llenar un gran vacío, y a facilitar la propaganda de la idea espiritista; porque es una verdad inconcusa que la naturaleza, en todos los actos y manifestaciones que ejecuta y complementa en el seno inmenso de la creación, se sujeta a leyes eternas e inmutables, establecidas por la suprema causa creadora: siendo una de ellas, el que no se pueda pasar bruscamente, así en el orden físico como en el orden moral, de un estado a otro, de un tipo a otro, de un orden de ideas a otro diferente, sin que nazca de ello un antagonismo violento en los seres mismos que por sus naturales procedimientos, deban modificarse.

Jamás procede, a saltos, en ninguna de las trasformaciones que opera, sino, que las va ejecutando poco a poco, y por transiciones insensibles y graduadas. Por eso las ideas que han tomado asiento y se encuentran arraigadas en la conciencia de la humanidad, por absurdas que sean, no se pueden sustituir por otras, de un modo rápido y brusco: siendo preciso que, por una verdadera *epidemia* intelectual, se vayan reemplazando lenta y sucesivamente, hasta conseguir la completa trasformación que debe, realizarse.

El libro que anunciamos llena este objeto: puede considerársele como el puente que facilita el paso al estudio del Espiritismo; y el que lo lea y lo medite, sentirá nacer en su corazón el deseo vehemente de estudiar esta ciencia: primer paso de la trasformación que ha de operarse más tarde. ¿Y quién habrá que habiendo colocado una vez su planta en las primeras gradas del santuario de esta filosofía encantadora y sublime, no siga marchando, con paso firme, hasta remontar a la cúspide?

El libro de nuestro amigo, atrae las inteligencias distraídas al estudio de esta nueva doctrina, que, si la han desdeñado hasta hoy, es porque no han fijado en ella su atención.

Felicitamos cordialmente a nuestro hermano el autor, y recomendamos a nuestros lectores que lo lean detenidamente, y le presten toda la cooperación que su importancia merece.

He aquí algunos párrafos recogidos al acaso:

«Del conocimiento de las leyes físicas y de las morales depende el progreso; quien las niega o se opone a ellas, camina hacia atrás, se aparta de Dios. Fijos en estas verdades, los espiritistas aconsejamos y seguimos aquel estudio para acercarnos más y más a conocer lo que somos, nuestro porvenir y el infinito poder de Dios.

En nuestra empresa abrigamos esperanza. Diremos por qué.

Si bien nos hallamos en una época de duda y vacilación, como sucede siempre que se desarrollan las transiciones, el sentimiento de la dignidad del hombre ha germinado en todos los pueblos civilizados y en todas las clases; sobre ese sentimiento debe comenzarse a cimentar el progreso encomendado a las próximas generaciones.

Los pueblos más cultos demandan con insistencia luz, libertad y virtud (dignidad); los hombres pensadores abordan las más altas cuestiones que nacen de esa aspiración, y clases numerosas y entusiastas se disponen a escuchar sus lecciones y seguirlas. A la discusión inquieta sigue el razonamiento tranquilo; a la curiosidad superficial, el deseo de conocer los fundamentos y las causas, y a la fermentación de las ideas que originan las crisis, las soluciones resultantes de las premisas esclarecidas.

Vuela una idea en el inmenso piélago de los pensamientos, y su estela luminosa atrae hacia sí las inteligencias que antes vacilaban mecidas en la duda; ellas obrarán tan pronto como vean el rumbo que se les trazó de la verdad. Cuanto más profunda sea la impresión de aquella idea, más violentos odios excitará; cuanto más directamente ataque al despotismo y a la superstición, a ese doble yugo que explotaron los verdugos del pensamiento, más resistencia hallará; cuanto más se aproxime a la verdad, mas combatida será por los que han dominado y pretenden dominar sobre la ignorancia, manteniéndola en el error. No importa; la humillación a que quiso sujetarse al entendimiento humano, avergüenza a éste: la dependencia ignominiosa a que se unció la conciencia, abochorna también: y la vergüenza y el bochorno que suben a colorar la faz de la humanidad, no tardan en llamarla sobre sí para despertar la conciencia que se manifiesta recordándole su pasado, enseñándole su presenté, y mostrándole un porvenir en el cual debe levantar más y más su dignidad.

Ese recuerdo, esa enseñanza y ese porvenir, es lo que muestra el Espiritismo.»

……

«Véase, pues, cómo lejos de ser el Espiritismo un abismo de tinieblas, es brillante luz que aspira a iluminar las inteligencias, no a alucinarlas.

No somos alucinados: la alucinación es una representación falsa, y nosotros partimos de hechos reales, evidentes; partimos de una potencia activa: el Espíritu.

No es, repetimos, una alucinación; es un nuevo y necesario desenvolvimiento que indispensablemente ha de luchar con las ideas de su tiempo. Pero si aparece como una necesidad histórica, a la vez lleva en sí el principio verdaderamente activo de la historia. Es la expresión de una necesidad y la causa también de aquel nuevo desenvolvimiento. Resume lo histórico y lo racional. Es la síntesis que vendrá a explicar todas las investigaciones, aprovechando todas las teorías.

Ciencia elevada y seria, es, sin embargo, accesible a todos; filosofía severa y abstracta cuando trata los más profundos problemas de la metafísica, estudia al mismo tiempo y pone al alcance de las inteligencias menos cultas todas las cuestiones morales: habla al sentimiento y a la razón, no para ir en pos de ridículas quimeras, sino para entrar en el mundo de las realidades, abandonando el de las sombras y los fantasmas; no invade, en fin, el dominio de la fantasía, sino el de la ciencia; es una investigación pura y sincera, dictada por el entendimiento y sancionada por la conciencia, que tiende a iluminar el camino que hacia la verdad guía.»

En *La Ilustración Española y Americana* de Agosto último, se publicó una poesía del Sr. Hurtado, titulada *Serenata a una muerta*, con tal sabor espiritista, que hace pensar en el porvenir a los que en lo presente fundan su vida. Insertamos las cuartetas que más relación guardan con el porqué de la acción fluídica.

…….

Tanto pienso en ti despierto
y tanto sueño contigo
que ya no acierto a explicarme
si estoy despierto o dormido.

Soñé anoche que vivías,
que estabas cerca de mí:
desperté, y estaba solo,
solo, despierto, y sin ti.

¿Qué genios son esos genios
que durmiendo nos engañan?
¡Si apenas pasa una noche
que no sueñe que me hablas!

Despierto, siempre estoy triste,
dormido siempre estoy bien:
y es que, de noche y dormido,
mis ojos te suelen ver.

¿Qué es lo que ocurre entre sueños que
no lo sé definir?
¿Es que vuela a ti mi alma
o la tuya viene a mí?
……..

¡Todas las noches, mi vida,
doy un beso a tu retrato,
y parece que tus ojos
me dicen siempre; *te aguardo.*
……

¡Ay! ¡Si vieras cuántas veces
ir por los aires te veo
con un ángel en los brazos
que vas cubriendo de besos!
……..

Dicen que tanto pesar
me hará al fin enloquecer;
no lo temas, sé esperar,
sé rezar, y sé creer.

Cuando las dudas me asaltan,
tu dulce imagen contemplo,
y parece que tus ojos
me dicen siempre: *hasta luego.*
……..

Cuando en la región que habitas
al cabo nos junte Dios,
¡cuántas cosas, vida mía,
nos contaremos los dos!

Nuestros hermanos de Barcelona exclaman al insertarlas:

«Esto piensa y esto escribe el aplaudido poeta Hurtado, y cuando el público lo lee siente, se entusiasma y aplaude. Esto escribimos y esto pensamos nosotros, y cuando la mayoría del público lo lee, se sonríe, se burla y nos llama locos.

¿Quiénes son los verdaderos locos?»

MISCELÁNEA

Otro propagandista.—El cura de Benejama, que no ha saludado, como todos sus compañeros, un libro de Espiritismo o que si los ha leído, no dice lo que en ellos está, combate nuestra doctrina de un modo tan acentuado, que casi señala las personas que tienen la fortuna de llamarse espiritistas.

Extranjeros en aquel país, incita a sus feligreses a todo rompimiento con ellos, cumpliendo con la máxima de Cristo: No hay judío ni gentil, no hay griego ni persa.

No es éste el buen camino. Si quiere el padre recoger a esos hijos pródigos trate de convencerlos y llevarlos al redil, con la unción evangélica que debe caracterizarle y no con la pujanza que muestra en el pulpito, retando a que se le presenten, cuando sabe que allí no se puede discutir, que en la iglesia no tiene entrada la predilecta hija de Dios, la Razón. Ya se vería más que apurado, si tuviese que probar sus argumentos ante una reunión de personas instruidas y despreocupadas; pero en el pulpito.....

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 26

ALICANTE, 25 DE ENERO DE 1873

EL NUEVO GÉNESIS

No solamente ha cansado el Espiritismo una revolución en la tierra, sino también en el cielo. Todavía reinaba Jehová; su trono se asentaba en la cúspide del Universo; la montaña santa, ardiendo en resplandores, se sentía abrumada bajo el peso de la Majestad Suprema; brillantes querubines volaban en torno, y por todos los ámbitos del espacio se extendían dilatadísimos mares de serafines, entonando eternos cánticos de alabanzas al poderoso Rey de los reyes, al armonioso compás de las arpas de marfil, y entre los deliciosos aromas de las flores celestiales. Y el Ser anterior a los tiempos, el que era anciano cuando recibieron vida los días, el que había vagado como misterioso y fantástico espíritu sobre la tenebrosa haz del abismo, el que de una palabra de oro hizo la luz, el que de un pensamiento de amor hizo los ángeles, el que descendió con ellos a los borrascosos mares del caos, y extendió sobre su superficie el compás de oro para trazar la órbita terrestre, el tierno jardinero del Paraíso, el amoroso padre de la primera pareja, el que hacía pasear su sombra, dotada de voz, en las deliciosas tardes, por los frescos bosquecillos de mirtos del Edén, empuñaba todavía las riendas del gigantesco carro llamado el Universo.

Pero ya no tenía derecho a ello: su potestad había caducado. Los tiempos mismos que fueron su obra, desplegando constantemente las alas, se alejaron demasiado de sus pasos. Le dejaron aislado. Ese Dios había creado ángeles capaces de separarse de su bondad infinita en virtud de una rebelión eterna; intentando crearles perfectos, no pudo remediar que tuviesen la imperfección suficiente para conocer y seguir el mal por una eternidad, sin conseguir la deliciosa aurora del arrepentimiento y la gracia: había creado un abismo geológico llamado infierno, cuyo paradero es un misterio. Se ciñó el peto y el casco, empuñó las flechas, saltó sobre su carro vivo de combate, se hizo aclamar por el Dios de las batallas y luchó cuerpo a cuerpo con la mitad de los ángeles que había creado; maldijo al hombre y a la mujer en las personas de Adán y Eva, y quiso que el natural dolor del alumbramiento, no fuera una ley sino un verdugo que le vengara de la infidelidad de la primera mujer, y el sudor fecundo del trabajo otro verdugo que castigara la debilidad de Adán. Sacudió el manto de su cólera, y cayó al mundo el fuego que incendió las ciudades de Gomorra y Sodoma, donde entre los culpables se encontraban muchos inocentes: abrasó a los hombres que

le negaron homenaje; vistió de nuevo la sagrada armadura y dejó caer el peso de su monstruoso poderío no ya sobre los invulnerables ángeles, sino sobre los desvalidos pueblos de la tierra que se rebelaron contra su mezquino pueblo favorito. Arrojó el anatema sobre la frente del pecador, dando a este anatema la orden de rodar sobre las sienes de tres y cuatro generaciones fieles. Santificó la soberbia y el lujo en el mandato de erección del Tabernáculo y del Templo; elevó el culto material a la altura de su sagrado espiritualismo, ordenando las hecatombes y embriagándose en las aromadas nubes del sacrificio; y después de dignarse dirigir su pavorosa palabra al débil oído del mortal: después de haber hecho de Moisés un confidente, desplegó sus inmensas y estrepitosas alas, y elevándose al misterioso imperio de los cielos, se encerró para siempre en el santuario de su inmovilidad y de su egoísmo, desde donde ha presenciado con indiferencia la inmensa serie de males que han caído sobre la triste humanidad.

Relativamente pobre en sus creaciones, construyó para su vivienda una ciudad de topacio con obeliscos y arcos triunfales de estrellas y de soles, destinando al hombre un miserable y pequeño mundo, solitario y sombrío, perdido entre los tenebrosos pliegues del caos. Una zona abrasada y otra cubierta de nieve: un sol dispuesto a ocultarse tras la primera nubecilla; un puñado de brillantes derramados en el negro terciopelo de la noche: he aquí la única mansión que destinó al hombre. Una cuna bañada en lágrimas, unos primeros días imbéciles y menguados, una adolescencia soñadora, una juventud tempestuosa, una virilidad meditabunda, una vejez achacosa y desvalida y una muerte oscura y espantable; he aquí la existencia que destinó al hijo predilecto de su amor: y esta existencia, la hizo acompañar constantemente de dos demonios; la duda, y el terror. ¿A dónde iba el hombre después de muerto?, ¿al cielo? ¿qué era el cielo? ¿dónde estaba? ¿Cómo se podía concebir una eternidad inactiva, en el ser activo por esencia? ¿qué era el infierno? ¿dónde estaba? ¿Cómo se podía imaginar una eternidad de sufrimientos en el ser creado para la dicha?

Por todas estas razones, el Dios de la historia no podía vivir más tiempo, y tuvo que bajar al sepulcro, despojándose de su inmortalidad; y cuando los primeros albores de un génesis nuevo vinieron a dorar el horizonte, alumbraron la agonía del gigantesco Dios del Sinaí.

Este génesis nuevo lo creó otro Dios; este Dios vino al mundo sin forma y sin vestidura; sin cabellos blancos y sin coraza sagrada; sin maldiciones y sin cólera; sin carcaj y sin carro bélico. Un Dios de luz y amor, de bondad y de misericordia, de justicia y de grandeza... Un Dios cuyo santuario es el Universo entero, cuya vestidura es la luz que derrama la aurora.

Este sublime Dios, adelantando sus pasos de rosa y oro en el oriente, fue tocando con su poderoso cetro la creación. Al contacto sagrado, los diamantes esparcidos en el manto de la noche, se agigantaron, se encendieron, se estremecieron, y giraron por fin en el espacio con armoniosos rumores, convertidos en brillantes soles y espaciosos mundos; los soberbios cortinajes de los cielos se alejaron a una distancia infinita, dejando ver formidables abismos donde largas miríadas de globos hacían sus evoluciones , como experimentadas huestes, o caminaban a lo largo en los remotos confines, semejantes a dilatadas caravanas, atraídas constantemente por la Meca inmortal llamada Dios. La red de oro de la solidaridad se tendió sobre todos los orbes, a manera de una me-

nuda lluvia herida por el sol poniente, uniéndoles a todos bajo la poderosa mano del Eterno. Los hombres afortunados que moran los mundos superiores desde donde presencian de rodillas, la marcha de Dios con su cortejo, inclinándose hacia los mundos inferiores, derramaron sobre sus míseros habitantes tiernas miradas de conmiseración, mientras que éstos, conocedores ya de la existencia de aquéllos, les enviaban entusiastas aclamaciones y melancólicos suspiros. Al supremo mandato del Rey universal, a la mágica palabra del sabio de los sabios, todas las ficciones de la poesía se convirtieron en espléndidas realidades y tomaron carta de ciudadanía en la existencia. Cada hombre percibe a su lado la presencia de un ángel encargado de su guarda: cuando por la noche cierra sus párpados a la luz pequeña, y abre los ojos de su alma a la grande luz, encuentra tendidas sobre su frente, a manera de pomposo pabellón, las blancas alas del eterno campanero de sus pasos. Cuando comete una acción reprobable, este celeste ser envuelve su pura frente en sus plumas suspirando de tristeza; la atmósfera se hace más densa; el aire pesa más sobre los pulmones, y un malestar invencible va a recorrer las misteriosas cavernas de la conciencia culpable. Cuando el hombre ejecuta una acción digna de aplauso, la luz que rodea siempre al alma se hace más clara, más risueña, más hermosa; el aire leve se satura de perfumes desconocidos; una lluvia deliciosa cae sobre el corazón, el cual se abre entonces al beso de los ángeles, como la rosa cargada de rocío, se abre al dulce beso del resplandor de la mañana.

Al mandato del Eterno, los siglos pasados se unieron a los siglos presentes; los hombres de la antigüedad dieron la mano a los hombres de la era moderna; la historia, que significa pasado, se hizo presente: Sócrates dirigió la palabra a Kardec; Galileo a Flammarion. Shakespeare en el siglo XVII creó el embrión de la tragedia, y en el siglo XIX la perfección de la tragedia bajo la máscara de Víctor Hugo. Cicerón pudo dirigir sus inspiraciones a Castelar, si es que Castelar no es Cicerón, y Virgilio, pudo poner en la pluma de Chateaubriand algunas de aquellas tiernas lágrimas con que lloró la Eneida. Lope de Rueda pudo renacer en Romea, y Romea podrá renacer en un desconocido genio del porvenir, que inundará de nueva luz la escena del mundo.

Dante, Milton, Tasso, Cervantes, Camoerts, Voltaire y otros gigantes de la inteligencia, vagan en los espacios en dulce plática con Vicente de Paul, Juana de Arco. Teresa de Ávila, Quijano, y otros gigantes del sentimiento.

Convencido palmariamente el hombre de la existencia, inmortalidad, progreso y perfección del alma; como también de las penas y recompensas futuras: como también de lo efímero de esta existencia y lo duradero de la otra; como también de la falsedad de los goces materiales y la realidad de los espirituales, cada día procura rectificar las líneas de su carácter, endulzar lo brusco, esclarecer lo tenebroso, perfeccionar lo concluido, y vencer lo rebelde de su ser, a fin de hacerse acreedor al premio inmarcesible que su esperanza le ofrece.

La política, la ciencia, las artes y la religión, reciben nueva luz, nuevo aire, nuevo ser. Se romperán definitivamente las cadenas de la esclavitud, se difundirá la ciencia con más rapidez; encontrarán las artes más motivos de inspiración, y las religiones se fundirán en una, desprendiéndose de lo accidental y conservando lo esencial, y al estrepitoso derrumbamiento de los templos y los ídolos, suce-

derá la aurora del cristianismo, que ostentará en letras de luz la máxima que manda adorar a Dios en espíritu y en verdad y no en materia y en mentira.

A la santa voz del Señor los seres caídos en el inconmensurable abismo de la muerte, han sacudido los empolvados sudarios, han roto la losa del sepulcro, han sentido en sus espaldas nacer las alas del ángel y vuelven a la superficie de la tierra en busca de los seres que amaron, los cuales sienten su impresión en el alma y los sentidos, quedando consolados y felices por tan inesperado y venturoso hallazgo. El amante se comunica con el amante, el hermano con el hermano, el padre con los hijos, los hijos con la madre, y en un mar de lágrimas dichosas quedan por siempre anegadas todas las amarguras que el corazón sufriera tantos años.

He aquí el Génesis que se ha operado, se opera y se operará en los tiempos modernos, en contraposición al génesis antiguo. La luz desciende a torrentes; la vida se multiplica y se dilata; el ser vive en el hoy de la existencia, pensando en el mañana de la eternidad, y al saber que es susceptible de perfección, se eleva, se ennoblece, se dignifica, y caminando ya con el pensamiento por la infinita extensión del espacio dejando atrás los mojones de oro llamados mundos, cree sentir los perfumes celestiales, los ambientes sosegados, los resplandores magníficos de las regiones en que mora la perfección; de las regiones en que mora el amor Supremo, que le aguarda con los paternales brazos abiertos, para premiar su trabajo con una eternidad de delicias celestiales.

El Dios que ha creado este Génesis, se llama ESPIRITISMO.

SALVADOR SELLES.

Alcázar de San Juan 4 Enero de 1873.

EL [illegible] ARCA

Y conoceréis la verdad.
Y la verdad os hará libres.

A medida que la humanidad avanza impávida y serena por el camino del progreso y ansiosa estudia los archivos de la creación con la geología y arqueología; e investiga al hombre física y moralmente en su organización personal, y en sus relaciones con los seres que le rodean, indicando ideas y sentando nociones que enriquecen la antropología, sigue analizando con la química en su bellísima ley de las proporciones múltiples de Gay Lussac, los tres reinos de la naturaleza, e inquiriendo con la física muchas causas de los fenómenos que nos rodean, reúne con la historia y compara las diversas teogonías esparcidas por el Universo; y examina con el escalpelo de la razón la teología, que sondea ayudado de la filosofía, se convence más y más cada vez, del divorcio constante establecido y prescrito entre la ciencia y la religión; divorcio cuyas consecuencias funestísimas son evidentes y por demás muy ciertas. La indiferencia y el fanatismo han sido y serán los tristes efectos de haber excluido la fe de la razón: de querer anonadar el pensamiento, amordazando la idea, para que, sumido el hombre en el oscurantismo, y perdiendo hasta la costumbre de discurrir, conducirle inconsciente de misterio en misterio, desde la trinidad hasta el Sylabus, desde la inmaculada Concepción hasta la infabilidad de un ser humano.

Así llegó la ignorancia y el fanatismo, la intransigencia y la hipocresía a encapotar el hermoso cielo de la inteligencia; así tuvo lagar el eclipse total del libre albedrío que por espacio de tantos años oscureció la voluntad, reflejo divino; así pudo durar el interdicto a la razón que impuso

la *autoridad*, y así amortiguó al genio humano la creencia indigna de que se había llegado a la meta de la perfección dentro de la *Sociedad cristiana.*

Pero la inteligencia mártir, habló con el obrero[1] y llevando sus luminosos pensamientos del uno al otro polo, la humanidad recobró su memoria, y sintió palpitar su corazón y brotar una idea. Y extasiado ante tanta variedad en la unidad, y absorto en la eterna armonía de la creación, y lleno su espíritu de afán, al despertar de su letargo, con vivo deseo e indecible ansia, meditó. Dueño de su pensamiento, y de común acuerdo con la razón, exclamó con entusiasmo: ¡La ley del progreso es mi ley! ¡Es la ley de la creación, es la ley del género humano! Y profundamente convencido el hombre de esta divina verdad, se elevó a las serenas regiones del raciocinio, y en alas de su inteligencia recorre y recorrerá infinitos horizontes científicos, alentado por la fe en esa ley progresiva, y fortificada su esperanza con la bondad y amor del Altísimo que resalta en las maravillas del universo, y que se admiran en el tallo de una yerba, en un infusorio y en el mundo estelar. ¡Levanta humanidad tus miradas serenas y tranquilas; firme y sosegado sea tu paso por el camino infinito que has de recorrer: acrezca tu ánimo y tu estudio para marchar adelante, donde quiera se fijen tus ojos allí vez escritas estas palabras ¡Adelante! ¡progreso, perfección! Tu conciencia las presiente, y el eco trasmitiéndolas a lejanos horizontes, te repite eternamente ¡he aquí tu ley! ¡adelante! que al final está la felicidad suprema, la dicha eterna!

Marchará, pues, la humanidad obedeciendo a la ley de perfección, como adelante marcha el universo hacia la progresión, y será su paso más o menos rápido cuanto más expedito se haga el camino del progreso; camino que se le indicaba árido, se le hacía ver escabroso, lleno de peligros, y se le llamaba una quimera, y se afirmaba ser una ilusión. Pero los obstáculos han desaparecido: los inconvenientes se han allanado, y así como la pólvora ha nivelado el terreno, la imprenta niveló la inteligencia que enseñoreándose de nuestro planeta, rasgó el velo que cubría tantos misterios; dio su verdadero valor a la fe ciega; raciocinó con el aura de libertad que a costa de grandes sacrificios ha adquirido, y los conocimientos humanos que se estrellaban ante insuperables barreras dogmáticas armonizaron la fe con la razón. De esta suerte recoge el rayo de luz que los estudios psicológicos le hicieron entrever y atento a las luchas y conclusiones de las escuelas materialistas y espiritualistas, estudia el desenvolvimiento universal; y sospechando un elemento no material, necesario e indispensable en la creación, y que no podía ni debía estar abandonado al acaso y que debía tener como todo lo creado sus leyes propias, fijas, eternas e inmutables, se fijó en este supuesto y pudo señalar voluntades, sentimientos e inteligencias invisibles, hasta hoy desconocidas, y que fueron creadas y existieron desde los primeros tiempos del Fiat, debiendo ser originarias de la voluntad y omnipotencia divina, que constante y activamente las hacen concurrir a las innumerables evoluciones que sin cesar se verifican y verificarán, obedeciendo a la ley universal de atracción, simpatía y amor impuesto por la suprema sabiduría, quedando para otros el conocimiento de los efectos que combinaciones y modificaciones producirán en el infinito, con toda uniformidad, los elementos espiritual y material, aportando por consiguiente estas inteligencias igno-

[1] De Strasburgo

radas su parte al gran todo en el inmenso desarrollo de la inconmensurable obra.

En nada debe presumirse sea la casualidad causa de ningún efecto, y sí que aquella y éste obedecen a leyes inmutables.

Si el espíritu y la materia tienen sus prescripciones: si las relaciones entre ambas son íntimas, ligados estrechamente, ya unidos, ya separados, deben formar nuevas etapas desconocidas, que deben estudiarse, conduciéndonos al conocimiento de las leyes que los rigen en cuyo vastísimo campo de observaciones, se ensanchará el horizonte científico, e inteligencias elevadas podrán precisarlas, con la ayuda de la omnipotencia, señalando puntos luminosos en la historia del género humano.

Así se vislumbra ya; porque si aseguramos que hasta hoy solo se han estudiado y conocido algunas de las prescripciones de la materia, no nos engañamos al asegurar que es preciso inquirir y fijar las que rigen al espíritu.

Hechos y fenómenos físico-psicológicos de todos tiempos y de todas edades la hacían presentir; pero faltos de base, sin principios sólidos para sentar teorías, se divagó con exageración, sembrando la confusión y el caos por do quier.

Pero, si sentamos en absoluto que todo es relativo en la creación, y aseguramos que esas relaciones, obedecen a principios o leyes eternas e inmutables, con lo que la razón y la ciencia se contentan, dice entonces nuestra doctrina: ¿hay algún motivo para sostener que el espíritu sea abandonado al acaso? ¿hay algún antecedente para deducir que el espíritu funcione en el gran todo, obedeciendo a la ley de la casualidad? ¿Podremos convenir que este elemento con inteligencia, sentimiento y voluntad, destellos de la gran causa, gire aisladamente dislocado y ajeno al pensamiento divino? Ni imaginarlo siquiera, porque admitiríamos que solo de la materia se cuidó Dios al fijarle leyes para sus evoluciones, y al espíritu, después de dotarle de tan bellas cualidades, le prescribió como último término las tinieblas y la desesperación.

Y éstos que no sería razonable, nos induce a admitir como verdad lógica la necesidad de los fenómenos psicológicos; de los efectos que el espíritu presenta en su desarrollo y que hieren a nuestros sentidos, y que siendo tan claros como la luz, solo dejan de verlos aquellos que cierran los ojos.

Y que estos son una verdad; que son reales y tangibles, lo prueba la necesidad de que así suceda, consecuencia de la íntima relación, evidente armonía e inmutable progreso que observamos en la materia y en el espíritu: cadencia sonora que se percibe en la creación toda: simpatía que lo inunda todo, atracción que todo lo circuye, amor que todo lo abraza, que todo lo comprende, ley emanada de la gran causa: ley derivada de Dios: ley que sentimos y admiramos, que prevemos y deseamos comprender como una necesidad para que la perfección se efectúe, para que el progreso se realice y para que la marcha del espíritu siempre ascendente sea una verdad tan infinita, como infinita es la creación, como infinito es el creador; y esta necesidad que la filosofía, la ciencia y la conciencia presienten, será objeto de otro artículo.—FEDERICO CASTELLÓ.

Como prometimos, insertamos el segundo discurso del Dr. Jaime Feliu.

El doctor Cañete, adversario intermitente de nuestra escuela, no aceptó el reto

de la Sociedad Espiritista Española arrepentido de su ligereza cuando recibió la magna lección de nuestro hermano Miranda y Adot. Pero en cuanto supo que éste se había marchado a Madrid, volvió atacar por flanco al Espiritismo creyendo sin duda que nadie saldría a defenderlo.

EXTRACTO

DEL 2.° DISCURSO PRONUNCIADO

por

EL .DR. D. JAIME FELIU

EN EL ATENEO DE VALENCIA

EN DEFENSA DEL ESPIRITISMO

«Empezó manifestando que ya que en el acta que se acababa de leer y aprobar, constaba lo más principal de su discurso de la noche del 10 del actual, omitía reseñarlo, y que haría algunas, aunque breves reflexiones sobre el tema que se discutía, porque no quería privar a la Sociedad del placer de oír a los elocuentes académicos que habían pedido la palabra, e indicó que concluiría en aquella sesión.

Continuó en seguida llamando la atención sobre la esencia del espíritu, de esa sustancia simple e inmaterial que en el hombre piensa, siente y quiere; y dijo, que era indispensable reconocer que, para relacionarse con el cuerpo en su vida material, necesita de otra sustancia intermedia que le sirva como de lazo para conocer los estados internos del mismo cuerpo y las sensaciones ocasionadas por el mundo externo.

Dijo, que los más grandes filósofos lo habían reconocido así, y de aquí las causas ocasionales de Malebranche, la armonía preestablecida de Leibniz y el mediador plástico de Cudworth.

Insistió en que sin este intermedio material, más depurado que la materia que perciben nuestros sentirlos, no podríamos ni concebir la existencia del espíritu, ni sus relaciones en la vida. Prosiguiendo en esta idea manifestó, que si se admite la existencia del espíritu, tiene que admitirse su permanencia después de la vida material en algún lugar del espacio, para lo cual debía ir envuelto en la sustancia que en su vida material le relacionaba con el cuerpo.

Manifestó que solo la escuela fisiológica, que llama vida o alma a la síntesis de todas las funciones orgánicas, era la que no podía admitir esta doctrina, pero que necesariamente debían de admitirla todos los sistemas filosóficos que admiten la existencia del espíritu.

Y como esa sustancia material tenue, y tanto más depurada cuanto mayor es el grado de adelanto del espíritu, envuelve a éste, de aquí que la filosofía espiritista le llame periespíritu. Y prosiguió diciendo, que permaneciendo aquél después de la vida material, debía conservar las facultades fundamentales que recibiera del Creador al recibir la existencia, y como un efecto de su infinita justicia, llevar en sí las determinaciones de su actividad.

Esto dijo, que explicaba el por qué los pueblos más adelantados de nuestro planeta presentan más desarrolladas las facultades intelectuales y morales en los cráneos de sus individuos, y por qué desciende este desarrollo gradual y progresivamente hasta los pueblos salvajes o infantes.

Y dijo, que si el espíritu es fuera del cuerpo, debe conocer, sentir y querer; y llevando en sí el resultado de las determinaciones de su actividad, debe conocer, sentir y amar a sus amigos; y en su consecuencia estar libremente cerca de ellos, y

ya que con el periespíritu se había servido del cuerpo, cuyo organismo era proporcionado a su adelanto, le servía también para comunicarse con los demás.

Hizo notar que no era opuesto a los principios racionales el que con esta sustancia, dirigida por la inteligencia del ser pensante, se pudiera levantar o mover una mesa, un brazo y producir otros fenómenos para comunicarse con los encarnados.

A los que dudaren de que fuera capaz de producir tales efectos, les hizo notar que el vapor del agua removía y daba impulso a potentes máquinas, y que ese vapor era a la vez efecto de una sustancia más tenue todavía, cual es el fuego, que comprende el lumínico y el calor,

Pasando luego a las primeras manifestaciones espiritistas, dijo que fueron en los fenómenos vulgares de la *danza de las mesas*, en la que se observaron efectos inteligentes, de lo que se indujo que debían proceder de una causa inteligente, que se llamó a sí misma *espíritu*.—Dijo que el fenómeno de la *danza de las mesas*, ridiculizado por los que no lo conocen o lo conocen poco, no era más ridículo que la *danza de las ranas* observada por la sirvienta de Galvani, danza que si este sabio hubiera despreciado, tratando de loca a su sirvienta, quizá no conoceríamos aun el galvanismo. Que muchas veces habría caído una manzana, antes que Newton lo observara e indujera de este hecho la gravitación universal, cuyas leyes dio Kepler. Entonces sentó que de la danza de las mesas, había nacido la Filosofía espiritista.

Dijo, que los médiums escribientes, parlantes y videntes, no perdían su libre albedrío ni su libertad, al servir de aparato o de medio a los espíritus para manifestarse: y que si alguno de éstos decía al médium: *Perdona al que te ofende que es tu hermano*, por ejemplo, si el ofendido quería vengarse podía, a pesar del consejo del espíritu. Luego manifestó que hay más de 30 millones de hombres que están convencidos de la verdad de esta comunicación, y que entre ellos los hay de Estado, filósofos, sacerdotes, médicos, naturalistas, militares, artistas, comerciantes, industriales, etc. y que el testimonio de tantos hombres constituye una prueba de certeza, y para demostrarlo, dijo que la mayor parte de nuestros conocimientos son de hechos que no hemos visto; que por el testimonio admitimos que han existido imperios antiguos, legisladores, poetas, célebres oradores, etc.,. y que los conocimientos históricos se fundan en el testimonio.

Deploró que se calificara a los fenómenos espiritistas de farsa y superchería: dijo que este proceder no era científico, puesto que la ciencia solo podía decir, después de un suficiente examen: *Este hecho no existe*. Que si se suponía que los hechos tenidos por verdaderos son debidos a una ilusión, no dejaba tener cierta fuerza su duda, de si era todavía una ilusión mayor el suponer tal ilusión en hombres, que han presenciado una y cien veces los hechos o fenómenos espiritistas, y que viven en varios países y ocupan diferentes posiciones sociales, de lo que concluyó que si los tenían por ciertos, era porque los conocían.

El suponerles superchería dijo que era infundado, pues la superchería supone utilidad y previo acuerdo para decir que lo que no es, es; y como una prueba de la utilidad que esto reporta presentó un periódico de esta localidad, correspondiente al día 10 del actual, en el cual se ridiculiza al Doctor Feliu, y con la mancha del ridículo se lleva su nombre por toda España.

He aquí, la utilidad que reporta el tener la entereza de manifestar públicamente una convicción científica sobre los hechos espiritistas, dijo, y que lo que sucede al que habla sucede poco más o menos a todos los que tienen la lealtad de manifestarlo abiertamente. Después de aprobada por unanimidad una proposición que presentó uno de los señores académicos, en la que se dijo: *que la sociedad oía con gusto al Sr. Feliu y que reprobaba altamente el proceder del periódico aludido*, prosiguió diciendo que no había presentado aquel caso para acusar a nadie, sino para demostrar que el defender las doctrinas espiritistas no reporta utilidad, sino que se requiere estar firmemente persuadido de su verdad para arrostrar la saña de los enemigos de aquella Filosofía.

Prosiguió diciendo que la escuela materialista, como lo había notado antes, no podía admitir los hechos espiritistas, porque no reconoce otro agente que la materia, aunque procura explicarlos a su modo, pero que una aparente explicación, no es la explicación verdadera.

Dijo también que si el hipnotismo es debido a la materia como lo aseguró el Dr. Serrano, nada tiene que ver el espiritismo, porque éste solo se ocupa de los hechos cuya causa es el espíritu.

Examinó luego el concepto del Dr. Serrano sobre el Espiritismo, y dijo que no emitió ninguno, que historió, con lo que probó mucha erudición.

En esto el Sr. Presidente manifestó al señor Feliu que podía examinar las actas para ver el concepto del Dr. Serrano sobre el Espiritismo, y contestó que estaba pronto a rectificar cualquiera idea equivocada que pudiera emitir, diciendo que el doctor Serrano habló de las señoritas Fox, y de los hermanos que iban por el mundo con una caja, y del Dr. Fish, que descubrió que el pretendido ruido de las mesas era debido al crujir de un músculo, y añadió el Sr. Feliu que este hecho. Mr. Jobert lo había desarrollado ante la Academia de medicina de París, y asegurado que el ruido se producía por el movimiento del tendón del musculo corto peroné, y que con él se podían imitar el redoble de un tambor y aires musicales.

Dijo, que había oído golpes en las mesas y visto que se movían sin causa aparente, pero que no había aun encontrado un hombre que tuviera la habilidad encomiada por Monsieur Jobert sobre el tendón del músculo corto peroné y menos para levantar mesas. Se refirió luego al examen que el Dr. Serrano hizo de las obras de Allan Kardec y dijo que no había sido imparcial ni exacto, y para probarlo recordó que al hablar del libro de los Médiums dijo que contenía lo siguiente: *¿Existe el espíritu?—Toma ¿no ha de existir? Y se da por satisfecho.*» El Sr. Feliu leyó la pregunta citada en el mismo libro indicado, y halló una contestación muy diferente. En esto supuso que el Dr. Serrano habría hallado lo que citó, no en la obra original de Allan Kardec. sino en alguna escrita por los detractores de la Filosofía espiritista, en la que no habría la fidelidad debida.

Pasó a examinar lo que dijo el mismo doctor Serrano sobre el Magnetismo, y manifestó que si en la exposición que de él hizo no hallaba otro concepto que el de *No existe el Magnetismo*, en cambio abundaba en erudición, puesto que habló de Cagliostro, de Alemania, de Francia y mucho más.

Pero hizo notar que al referirse a Mesmer se contradijo, porque había sentado que curaba y que no curaba; y que sobre el concepto: *que no curaba*, casi probaba lo contrario el hecho citado por el Dr. Se-

rrano de que, cuando Mesmer fue desterrado de París, esta populosa ciudad se conmovió, lo que no hubiera sucedido dijo, sin las sorprendentes curas de Mesmer, reconocidas por todo el pueblo. Manifestó también que no había observado nunca en la aplicación del magnetismo, que los magnetizados experimentasen dolores, sino al contrario, que éstos desaparecían, así como los temblores convulsivos.

Sobre el concepto del Dr. Serrano y Cañete de *No existe el Magnetismo*, opuso la autoridad de varios autores que están convencidos de que existe y que lo practican, citando entre otros a Cahagnet, Billot. Ricart, Deleuze, Lafontaine. Charpignon, Garcin, Pigair. Chastenet, Puysegur, Husson, Pariset, Du Potet, Olivier, Morin, Teste, Bourdin, Salverte, Boismont, Dupan y Aubin Gautier. Y para terminar, opuso a las nueve conclusiones del Dr. Serrano, las nueve siguientes:

1.ª Los fenómenos del Espiritismo y del Magnetismo son verdaderos y en mayor número de lo que se cree y más útiles a la humanidad de lo que pueda suponer el más entusiasta encomiador.

2.ª Que los pocos, poquísimos hechos que pretenden pasar plaza de espiritistas sin serlo, son debidos a sus detractores o a espiritistas de nombre.

3.ª Que el sonambulismo artificial, la catalepsia y el éxtasis llamados magnéticos, son debidos a la acción espiritual, así como otros estados magnéticos de sorprendentes resultados.

4.ª Que el magnetizado no debe hacer nada más que concentrarse y pedir a Dios que derrame sobre él su infinita misericordia, y que en este estado moral la acción espiritual del magnetizador, relacionado con espíritus más adelantados, produce en el cuerpo del magnetizado una acción bienhechora que a la vez conforta a su espíritu a amar a Dios y al prójimo.

5.ª Que siempre que las Comisiones científicas pretendan explicar por la acción material los fenómenos del magnetismo y del espiritismo, caerán en el absurdo, y dichos fenómenos se producirán a pesar de no comprenderlos ni admitirlos dichas corporaciones.

6.ª Que el Espiritismo destruye la superstición y el fanatismo, porque es una ciencia que se apoya en bases indestructibles, y explica reflexiva, racional y experimentalmente algunos hechos naturales tenidos por sobrenaturales.

7.ª Que la Filosofía espiritista se funda en la existencia de Dios y en la del Espíritu, sin que desprecie la materia que es la que sirve a éste para manifestarse y progresar.

8.ª Que las prácticas espiritistas en su prudente medida, ilustran la inteligencia e inspiran amor a Dios y al prójimo en Dios, y las magnéticas alivian a nuestros semejantes.

9.ª Que el materialismo conduce a la locura de las pasiones que sumergen al hombre en el asqueroso fango del vicio, y lo precipitan al abismo del error, males que puede curar y cura radicalmente el Espiritismo, inspirando horror al vicio y amor a la verdad, al bien y a la virtud.

Valencia 20 de Diciembre de 1872.

DICTADO POR EL TRANSLADO

Médium B. O. C.

LA ENVIDIA

¡Oh culebra que pones la ponzoña en los seres y despedazas el corazón, convirtiendo al hombre en idólatra de la crueldad!

¡Tú, que con incansable afán de perdición, no cesas un momento de causar estragos entre la humanidad, y cuyas huellas son incurables, tus días se acaban; morirás a manos de la moral que desprende la feliz doctrina que los hombres han aceptado!

Espiritistas, no deis cabida en vuestros pechos a esa serpiente infernal que se complace en cortar las flores más queridas y causar la desgracia de vuestros Espíritus.

Desechad de vosotros tan infame pensamiento.

¿No habéis visto mil y mil desastres ocasionados por la malévola mancha de la envidia y los celos?

¿No habéis visto las desgracias, los crímenes, los atentados, las mil y mil discordias entre las familias, como igualmente asesinatos, robos y calumnias producidos por la dominación de la envidia?

¡Oh, envidia, envidia! ¡desgraciado del Espíritu a quien le dominas! ¡qué pocos seres hay en el mundo que no estén poseídos de ella! hasta en la expresión de la mirada se conoce al envidioso, porque la ira le conmueve la paciencia y quisiera ver a todos sus semejantes arrodillados y humillados bajo sus perversas plantas y poderles decir:

«Yo soy solo en el mundo, yo solo soy quien puedo vanagloriarme de todos, tú que poco tiempo antes con tus galas cegabas mi mirada, ahora estás arrodillado bajo mis plantas sin que puedas moverte, tú solo eres ante mí un miserable insecto de la tierra, yo soy tu Dios, yo soy quien puede privarte de la vida pues bajo el filo de mi agudo puñal que no tiembla por asesinarte, vendrás y pagarás cara tu vanidad.»

Éstos son los pensamientos que a cada momento agitan al hombre envidioso.

Desechad de vosotros la envidia; alejadla, no la deis cabida en vuestros corazones; y si de esta manera lo hacéis, no os agitarán jamás los remordimientos de conciencia, y viviréis tranquilos y felices.

Yo puedo poneros algún ejemplo de la envidia.

Escuchad y leed un momento, hermanos:

«No hace mucho tiempo, vivía una familia muy feliz en un pueblo de esta provincia, cuyo nombre no os es de sumo interés: no faltaban personas envidiosas y muy especialmente un hermano de la esposa, que envidiaba la felicidad del esposo de su hermana y que concibió el intento de asesinarlos. ¿Cómo lo hizo? de la manera más bárbara y cruel que puede concebirse. Los asesinó porque creía que sus haciendas prosperaban y porque concibió la idea de que era un robo hecho a su padre. Lo hizo de una manera tal, que no pudo menos de horrorizarse después de cometer el atentado.»

¿No conserva la tradición la historia de Caín y Abel? Todos sabemos que la envidia fue la que ocasionó tal desorden.

Otros muchos ejemplos vosotros mismos habéis visto y oído contar a otras personas.

Juzgad por vosotros mismos y sacareis la prueba. Desechadla y seréis felices; ¿cómo lo conseguiréis?

Muy sencillo es el medio: contentaos con lo de vosotros propio, y ya lo tenéis conseguido. —Adiós.

AGUSTÍN.

Médium F.

La envidia es una planta parásita que arraigada en vuestros corazones, los aja los corrompe y los hace cometer todo género de barbarie y de entorpecimientos; flor tan ufana, tan hermosa a vuestra vista, como la amapola que se mece en los dorados campos.

Esa flor crece entre abrojos, tocadla y veréis que desaparece su fragancia, que sus capullos se tornan espinas y que esas espinas hieren y traspasan vuestra mano y laceran vuestro corazón haciéndole sufrir mil tormentos y penalidades; cogedla pues, si queréis y probaréis su mefítico aroma; cogedla y veréis su hermosura convertirse en fealdad; cogedla y sentiréis maléficos deseos; cogedla y sentiréis apoderarse de vuestro débil espíritu la agonía, pero no la agonía de la muerte, sino la agonía lenta, la que se apodera de vosotros para traspasaros, la que impera toda la vida y no perdona un minuto ni un segundo.

Probad, pues a cogerla y sentiréis dentro de vuestro corazón los impulsos del mal, sentiréis halagüeñas esperanzas, pero ponedlas en práctica y veréis su resultado, veréis que os obliga vuestro propio ser a arrastraros a la vida de perdición, a arrastraros al juego, al vicio, a la inmoralidad, a la impureza y a todo lo malo.

Os voy a contar lo que sucedió con un joven de veinte y cinco años, sirviente de una casa noble en París:

«Este joven había entrado en la casa desde la edad de diez años y servía en clase de ayuda de cámara del Barón X. cumpliendo como muchacho honrado con su deber y ejecutando fielmente los mandatos que su señor le imponía; pero llegó el día en que la envidia comenzó a apoderarse de él y viéndose pobre y comparándose con su señor dijo: ¿por qué mi señor ha de poseer tanta riqueza siendo viejo y yo tan poca siendo tan joven? desde aquel momento la maldita envidia se apoderó de su espíritu, su carácter, de dulce se tornó grave, su habla de cariñosa se tornó adusta y hasta su fisonomía se cambió completamente. Desdichado, ya había abierto la puerta de su alma para dar entrada en ella a la peor de las pasiones, a la envidia. En algunos momentos su imaginación se forjaba mil y mil desvaríos; su afán era apoderarse de las riquezas de su dueño y vivir feliz y contento pudiendo llamarse también .Conde, Marqués, Barón y hasta Rey, tal era su ambición arrastrada por la corriente de la impetuosa ira.

En una noche en que todo reposaba en calma y silencio, y en que la tempestad bramaba con ímpetu, se despierta sobrecogido de terror, se levanta de su lecho y encendiendo la luz, sale de su habitación y se dirige con pasos vacilantes e inciertos hacia la habitación de su señor; pero llega al dintel de la puerta y se detiene indeciso, una voz le grita desde el fondo de su conciencia, ¡qué vas a hacer! ¡detente! ¡no des un paso más! ¡no manches tu límpido crisol, con la horrible mancha del asesinato! pero otra voz le grita; ¡no temas ¡ahora es tu hora dichosa! ¡tuya es la ocasión! no la desprecies, y llegarás a reinar en el mundo! Vacilante y confuso no sabe qué hacer, ni a qué atenerse, pero puede más su ambición y su envidia que el grito de Dios y penetra en la estancia; va a cometer el más horrible de los crímenes, va

arrancar de esta vida a un ser dotado de vida por la misma mano que le dotó a él, pero no se detiene y avanza, empuña el arma homicida y levantándola sobre su cabeza la baja tembloroso, la levanta otra vez y su corazón tiembla a impulsos de un atentado, pero la levanta de repente y la hunde al fin en el pecho del que le ha dado la vida después de Dios; brota de su pecho un torrente de sangre y consume el sacrificio: ya está inmolada la víctima, pero ¿qué importa, si ya es señor absoluto de un inmenso tesoro? ¿qué importa si ya puede llamarse Duque, Barón o Marqués? ¿qué importa, si va a gozar en la tierra de los bienes usurpados por medio de un puñal y de una ruin envidia y cobarde ambición?

Después de hundir el puñal repetidas veces en el pecho del que podría llamarse su padre y señor, se precipita con ímpetu a un ángulo de la habitación, hinca sus rodillas y hace saltar sobre sus goznes la tapa de una fuerte arca que allí está; ¿qué busca allí? ¡qué ha de buscar! su gloriosa envidia, su ambición sin límites, ¡toma cuanto puede con lo cual constituye un inmenso caudal y parte!...

El viento brama, el ciclo relampaguea, el estampido del trueno se oye precipitadamente, la naturaleza toda muestra su cólera enfurecida por el gran crimen que se acaba de perpetrar.

Pero él sigue adelante, parece que su camino lo prosigue animoso, pero no es cierto. A cada paso se detiene, vacila y levanta sus manos como pidiendo perdón, pero ya es tarde; la justicia de Dios le busca con ahínco; rayos y centellas se cruzan en el espacio: la mirada de Dios aterra al malvado, y tan escrutadora, que ninguno de vosotros puede librarse de ella: la mano de la tempestad ha desencadenado todos sus límites y el Universo entero se estremece al oír con espanto la gran tormenta que le amenaza.

Llega cargado con su riqueza a un sitio sin duda por él meditado, pues se detiene y deja su carga sobre la tierra, sin duda alguna va a sepultar en aquel sitio el tesoro ambicionado por él, y arrancado miserablemente por la sed de la envidia, mas.....¿qué hace? Vedle: ya está sepultando su riqueza para sustraerla de las miradas del mundo entero, como temiendo que otro se la arranque y pueda servirse de ella, pero ¡infeliz! ¿no sabe que a los ojos de Dios no hay nada oculto? ¿no sabe que Dios todo lo ve y lo oye todo? quizá en aquel momento su mente estaba forjando pensamientos que no se verán realizados, quizá, estaba pensando que al otro día podría edificar con su riqueza un soberbio palacio y darse el título de Barón o cualquier otro.

.....

.....

Ya están sepultadas sus riquezas, ya está hecho todo, ya se le parece que está seguro, pero en aquel mismo momento la tempestad desencadenándose con más violencia, arroja sobre él un rayo que le traspasa el corazón y rueda al suelo lanzando un grito de contrición:

¡Dios mío, perdón para mí!

Al otro día al nacer la aurora, se encontró destrozado el tronco de un árbol que existía en aquel sitio y sobre la misma piedra donde él había ocultado su riqueza, esta inscripción:

AQUÍ YACE LA ENVIDIA.»

* * *

VARIEDADES

MEDITACIÓN

¡Oh ciencia de ultratumba! naciste con el mundo:
Por ti ha sentido el hombre magnética atracción,
Y en ruinas y en cavernas, con un afán profundo,
Buscaba de tus sombras la extraña aparición.

Proféticas sibilas y magos y hechiceros,
Y duendes y fantasmas los vio pasar y huir,
Y llamas incoloras, brotando de los senderos,
Le hacían soñar entonces, en otro porvenir.

Buscan un *algo* grande: por intuición sabía,
Que no puede en la tierra su vida terminar;
Según sus adelantos, el hombre comprendía
Que la materia sola no puede progresar.

Su espíritu adelanta porque es de Dios figura:
Las fieras del desierto hoy rugen como ayer,
Las aves siempre anidan buscando la espesura,
Los peces sin el agua los vemos perecer;

En cambio se ve al hombre primero en selva umbría;
Después en tribu errante buscando un aduar:
Más tarde formó pueblos, naciones de valía,
Que el lazo del progreso las une sin cesar.

Venid, materialistas: ¿decidme por qué el hombre
Es el que solo avanza en toda la creación?.....
Buscad en vuestra mente y no hallaréis un *nombre*.
Que dé a tan gran misterio perfecta solución.

No lo hallaréis diciendo, que Dios es sombra vana,
Que la materia unida por choque casual.
Le dio forma a los mundos, y que la raza humana
Solo tiene una vida: la vida material.

Razones que nos dejan el corazón vacío
Llenando nuestra mente de horrible confusión
Y en nuestro ser producen, inexplicable frío
Que ahogan la esperanza, en mares de aflicción.

Ante el materialismo la abnegación perece;
¿Sin ella qué sería? responde humanidad:
Ante la indiferencia, el genio languidece;
La lepra de la vida es la incredulidad.

¡Pigmeos, que en vuestro orgullo mirando lo creado
Su perfección inmensa juzgáis reconocer!
Si solo esta materia los globos ha formado
Sus grandes maravillas, muy bien podéis hacer!

Del sol resplandeciente que fecundiza al mundo
Copiad de sus destellos el mágico color
¿Podrá ¡oh! materialistas, vuestro saber profundo,
El darnos de la luna su pálido fulgor?

Vuestro poder es nulo gusanos de la tierra:
¿Qué adelantó la alquimia buscando el gran metal?
Sostuvo con la ciencia encarnizada guerra,
Mas no formó del oro el bello mineral……
……..

A un árabe creyente le preguntó un ateo.
Que al Ser omnipotente por qué reconoció;
Y el árabe le dijo: admirando al sol le veo,
Porque esa huella nunca, el hombre la dejó.»

Del hijo del Profeta yo sigo el pensamiento:
No es la creación *efecto* de un *algo* casual;
Un Dios regulariza su eterno movimiento,
Aquél que dijo al hombre: «devuelve bien por mal.»

Creyendo en la existencia de un Dios omnipotente,
La vida de *Ultratumba* se deja comprender.
Porque si el hombre solo tuviera lo presente...
¡Qué poco al ser eterno, tendría que agradecer!..

¿Qué vemos en la tierra?. al vicio que se extiende
Cubierto de oropeles, de mágico esplendor,
Y a la virtud humillada que nadie la defiende
Envuelta en el sudario del llanto y del dolor.

Las míseras criaturas en todas las edades,
Deicidas han negado de Dios el gran poder.
Y algunas que han buscado las bíblicas verdades,
Obstáculos inmensos tuvieron que vencer;

Entonces si en la tierra no hay nada que responda
A la suprema idea de creer y de esperar,
Y si es la raza humana voluble cual la onda,
En otros hemisferios la luz debe brillar.

Por eso con anhelo buscamos a porfía
El lazo misterioso, la mágica atracción,
El eco que retumba y oyó la fantasía
Que dice en nuestro oído: «no es esta tu mansión.»

¡Oh ciencia de *ultratumba* naciste con el mundo.
Los hombres te buscaron con indecible afán.
Hoy piden que descifres misterio tan profundo
Y siempre los mortales la luz te pedirán.

Madrid.—*Amalia Domingo y Soler.*

BIBLIOGRAFÍA

Exposición y defensa de las verdades fundamentales del Espiritismo

Este es el título de un folleto, obra de nuestro amigo y hermano D. Anastasio García López.

Es una refutación enérgica y bien razonada de otro folleto que, contra el espiritismo, se publicó en Salamanca, y una exposición clara y sencilla de los principios fundamentales del espiritismo y magnetismo.

Todo elogio que intentáramos hacer de este trabajo literario, sería pálido: es necesario leerle para conocer su verdadera importancia.

Si su autor no fuese ya conocido en la república de las letras, por sus muchos y luminosos trabajos, así en la medicina homeopática, que tanto le debe, como en espiritismo y magnetismo, el opúsculo, cuya segunda edición acaba de publicarse, bastaría por sí solo, para colocarle, con sobrada justicia, en el número de nuestros más distinguidos escritores contemporáneos.

Aconsejamos a nuestro amigo que siga, con fe y perseverancia, el camino que ha emprendido, y ya que Dios le ha dado clara inteligencia y una expresión fácil, sencilla y correcta, ponga todas estas buenas dotes al servicio de la causa santa que defiende y honrándola con sus luces, se honrará así mismo y hará un beneficio importante a la causa de la humanidad. Nada tema de sus numerosos detractores, cuyas armas va enmohecidas se embotarán siempre contra la dureza indomable de la idea que sustentamos: y si en punzantes abrojos ensangrentasen su planta queriendo oponer débiles obstáculos a su firme y seguro paso, el mañana que le espera recompensará sus afanes con sabrosos v sazonados frutos.

Recomendamos a nuestros suscritores la adquisición de este interesante folleto.

MISCELÁNEA

Acontecimientos espiritistas.— Con referencia a uno de los periódicos de Espiritismo que se publican en Londres, al *The Médium and Daybreak* correspondiente al 20 y 27 de Setiembre del año último: dice nuestro colega *La Ilustración Espirita* de Méjico en su número 19:

«Entre los numerosísimos artículos, poesías y comunicaciones que aparecen en este gran periódico, vienen cosas muy notables, como una manifestación de varios Espíritus a una gran asamblea de experimentadores, bajo formas visibles: las predicaciones espíritas de dos obispos de la iglesia anglicana; un discurso espírita pronunciado por el reverendo Dr. Cumming en Dunrobin Castle, palacio real, ante la reina Victoria y en presencia de toda la corte, acontecimiento que ha determinado la conversión de aquella Señora al Espiritismo, y que modificará singularmente el estado de la iglesia anglicana— Sesión espírita en el templo de *Mount-Chapel* de Liverpool; adhesión de Mr. Thiers, presidente de la República francesa, al espiritismo, etc.

Viene allí también anunciada una invención, privilegiada ya de Mrs. Darlow et C.ª, llamada *Magnética*, procedimiento empleado para concentrar el fluido magnético y asimilarlo a multitud de objetos, lo que los hace sumamente saludables.»

Un dato estadístico.—El mismo citado colega *La Ilustración*, al dar cuenta a sus suscritores de los periódicos espiritistas que se publican en el mundo, cuyo número total pasa de ciento veinte, dice refiriéndose al *The Banner of Light*, semanal de Boston:

«Dos palabras sobre este último periódico. Hemos recibido los tres primeros números de Octubre; esa publicación tiene veintidós años de existencia; cuenta *tres millones* de suscritores; su tamaño es de un metro de largo, por ochenta centímetros de ancho; tiene ocho páginas y a veces doce, a siete columnas de letra *breviario*. Puede ser considerado como la Enciclopedia general del Espiritismo. Diremos algo más en nuestro próximo, número.»

Desgracia.—El terrible incendio que ha devorado en pocas horas todos los edificios mejores de Boston, ha devastado también el magnífico establecimiento de nuestro colega *The Banner of Light*.

He aquí el llamamiento que hace a todos los espiritistas del orbe:

A TODOS LOS ESPIRITISTAS

¡El grandioso establecimiento del *Banner of Light* acaba de arruinarse!

¡Todo lo hemos perdido excepto nuestras estereotipias!

Nuestro considerable caudal en nuevos y excelentes libros, nuestro servicio de imprenta, con sus hermosos tipos renovados recientemente a costa de grandes sacrificios; los enseres y el material de nuestro magnífico establecimiento de librería: nuestras oficinas de publicación que guardaban manuscritos de gran valor y colecciones encuadernadas de nuestro periódico: la sala de sesiones y las anexas del *Círculo libre del Banner* con sus espaciosas galerías adornadas con muy buenas pinturas, todo, todo ha sido reducido en un instante a la nada por el horroroso incendio que ha devorado la mayor parte de nuestra ciudad, en los días 9 y 10 de Noviembre actual.

En tan tristes circunstancias como las presentes, recurrimos a los intereses de todos nuestros amigos.

Pedimos:

¡En nombre del mundo espiritista, de quien tenemos aún la esperanza de ser órgano!

¡En nombre de la humanidad a la que en tal concepto y en muchas ocasiones hemos servido acogiendo en nuestras columnas bajo el título de *Message department*, las peticiones de esta índole que de todas partes se nos enviaban!

¡En nombre, por último, de millares de Espíritus ansiosos de dirigir por nuestra mediación cariñosas frases a sus queridos parientes y amigos de la tierra!

¿Hermanos y hermanas Espiritistas, desoiréis nuestra súplica?

Por la misericordia, del Padre, a quien todo lo debemos, esperamos hallarnos pronto en estado de emprender nuevamente la publicación de nuestro querido y muy amado *Banner of Light.*

Williams White, Luther Colby, Isaac Rich.

14, Hanover street Boston, Massachusetts. Suplemento del *Banner of Light* del 13 de Noviembre de 1872.

Conferencias.—En Vitoria, en Valencia y en Madrid, se pone a discusión la verdad del Espiritismo. Esa idea que merecía antes la risa y el sarcasmo, merece hoy la atención y la distinción de ser discutida; un paso más y será respetada por

todas las personas ilustradas, que no tengan un *porqué* para negarlo.

Según vemos en un periódico de Barcelona, «se decía en uno de los círculos del Ateneo que la Real Academia de Buenas letras de la misma, va a dar una serie de conferencias espiritistas encaminadas a demostrar que la divina comedia de Dante se debe verso por verso, a las apariciones reales y verdaderas de Beatriz. Supuesta la trascendencia del asunto y la indudable competencia de aquella corporación literaria, no vacilamos en asegurar que las tales conferencias han de ser notablemente provechosas para el progreso de la metempsícosis.»

Es un error muy común el creer que los espiritistas somos partidarios de la metempsícosis. Nosotros aceptamos el progreso de las especies, pero no el retroceso, que no puede fundarse en ninguna ley de la naturaleza.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21, DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 27

ALICANTE, 10 DE FEBRERO DE 1873

Apartado nuestro periódico de la candente arena política, no reniega, sin embargo, de unir su voz a la de la prensa en general, que reclama todos los días reformas tan necesarias a la manifestación completa de la vida, como la abolición de la esclavitud, sarcasmo del siglo XIX; de la pena de muerte, mancha de sangre que cubre el evangelio; de la argolla y presidio eterno, infamante castigo el uno, en que la sociedad se trasforma en un bajo y ruin criminal que goza mortificando, y horrible contraste el otro, que niegan la perfección y el arrepentimiento a un ser desgraciado a quien se condena a padecer sin esperanza y al que endurece el corazón, el sonido duro que constantemente producen los *hierros* que le sujetan como nefando adorno.

Sociedad que te apellidas cristiana, ¿dónde está tu cristianismo? ¿dónde tu caridad? ¿dónde la corrección producida por tus penas? ¿si cada día levantas nuevos patíbulos, si llevas a la podredumbre del antro presidio, a los infelices atrasados y te diviertes en darles un traje burdo como tu trato, cama tan dura como tu corazón y argollas y grillos que revelan tu falta de adelanto? ¿dónde encontrar la semilla vertida por Jesús, si hay en nuestra querida patria, una negra muchedumbre que, defensora de la iglesia, pide con desaforados gritos que se detenga la revolución y que no rompa el duro dogal que lleva al cuello el infeliz esclavo? el soudra, el paria de la civilización! animal que mora en el tugurio para que nos produzca café, azúcar y tabaco!!! Para qué dijo Cristo: ¿no hay judío ni gentil, no hay griego ni persa?

¿Han pensado alguna vez los dueños de esclavos en que fuera posible renacer de nuevo en el África y ser llevados al ingenio para purgar el pecado cometido?..

Para vergüenza de España, el verdugo es el primer empleado de la nación, cobra por matar a la orden de *Vindicta pública*. No justicia, sino venganza!

En el mes anterior se estrenó en Madrid un tablado flamante, construido *ad hoc* para agarrotar a un desgraciado criminal...

Retiramos nuestro artículo doctrinal para insertar un trabajo que honra la pluma de un prosélito de Jesús.

¡UNA EJECUCIÓN...!

Nemine et omnes.

¿Habéis presenciado alguna vez, hermanos míos, eso que se llama vulgarmente una ejecución?.....¿Habéis asistido, por desgracia vuestra a ese espectáculo repugnante, odioso, en el cual la sociedad

contempla a la sociedad es terminando a una parte integrante de su ser, y cometiendo por lo tanto el acto más monstruoso de contradicción que pueda concebirse?.... Si no sabéis de una manera práctica, de relieve, digámoslo así, lo que eso es..... escuchadme:

Amaneció una mañana del mes de Enero: mañana húmeda, triste, nublada y fría como el corazón del que aquí en la tierra se llama así propio *representante* de la justicia. El sol, padre de la luz, tuvo el buen sentido de no querer abrir sobre este rincón del planeta donde Madrid se halla, el brillante foco de sus hermosos rayos. La naturaleza toda parecía vestir de luto, presintiendo acaso que se intentaba cometer un crimen en daño de la naturaleza misma.

Todo en torno era fúnebre: todo en torno era sombrío. Sombrío y fúnebre estaba también mi espíritu.

Algo formaba, sin embargo, doloroso contraste con este duelo general: y este *algo* era una gran parte del pueblo corriendo en tropel, ebrio de fuertes emociones, y ávido de extraordinarios sucesos, en dirección a la plaza de Santa Bárbara.

Yo me vi envuelto por un turbión de gente. Allí iban hombres, con su enérgica virilidad, con sus potentes fuerzas morales y físicas, no para protestar con sus palabras o con sus obras, del asesinato social que en nombre de la ley iba acometerse; sino para investigar la dosis de valor con que el reo sube los peldaños y se sienta a morir en el banquillo.—Allí iban mujeres, muchas jóvenes y lindas, media humanidad que personifica el sentimiento, y ciertamente no iban a sentir, no iban a llorar sobre el cadáver de un infeliz sacrificado a la más injusta y cruel de las tiranías, sino a alegrar con sus hechiceros rostros, a dar animación con su presencia, al acto triste de quitar la vida a un hombre.—Allí también iban muchos niños, seres inocentes que aún no tienen por fortuna noción clara del crimen, y no iban por cierto a contemplar en aquella ceremonia el horrible término de una peregrinación viciosa, sino a solazarse con semblante lleno de inefable júbilo, en la más divertida de las fiestas.

¡Ah!.....todo este conjunto atronador, mezcla de grande y de pequeño, argamasa de trivial y de sublime, contrastes fuertes de oscuridad y brillantez a un mismo tiempo, bullía y serpenteaba por distintas calles hasta llegar a la negra mansión sobre cuyas puertas se escribe la tiernísima frase de «odia al delito y compadece al delincuente.»

¡Qué híbrido era todo aquéllo! ¡qué falta de dulce armonía, lo mismo en los rostros, que en las ropas, que en los movimientos, que en las impresiones que dejaban retratar todas aquellas gentes!

Escuchad pequeños diálogos cogidos a la ventura.

Un niño de ocho a nueve años pateaba impaciente, mientras tiraba con fuerza del vestido a su madre, porque ésta, víctima de prematura obesidad, no podía prestar a sus piernas toda la ligereza que el niño deseaba.

—¡Vamos, madre!.... ¡qué lo sacan..... qué se lo llevan.....y yo quiero ver cómo matan a ese hombre!

—¡Como te voy yo a matar a ti si no te callas!—replicó la madre acogotando al muchacho hasta hacerle llorar con desaforados gritos.

A mi lado avanzaban dos jóvenes, una morena, otra rubia de ojos azules, y ambas fueron detenidas en su vertiginosa

marcha por otras amigas que se cruzaron en dirección opuesta.

—¿Le matan.....por fin?—preguntó una de ellas a la de tostada tez.

—No sé.....—replicó ésta.....¡no voy a eso!—y después añadió, dirigiéndose a su compañera y activando más el paso:—Hija, le he dicho que no, porque me ha dado vergüenza.

Un mocetón de veinte años le decía a un anciano de setenta que le acompañaba:

—Ganas tenía yo de ver otra vez esto.

—Si tuvieras mi edad,—expuso el viejo, —ya te hubieras hartado. ¡Si tú supieses cuántos tengo vistos!....

Un niño que quiere ver cómo matan a un hombre.....Una madre que se dispone a ejercitar con su hijo, aunque en simulacro, el oficio del verdugo.....Un *por fin* que destila sangre.....Una negativa sostenida por el sentimiento de la vergüenza.....Unas ganas de ver horrores.....Y por último, un anciano que ha visto ajusticiar a muchos.....¡Cuántas protestas reunidas contra el bárbaro acto que bien pronto iba a tener lugar!

De improviso una exclamación general se deja oír. Todos gritan, y todos corren.

Ya no es el burro, ya no es el carro: algo hemos progresado en esto. Un carruaje celular se abre ante las puertas de la cárcel y recibe en su seno al infeliz homicida y al piadoso sacerdote que le presta los consuelos de la religión cristiana.

Nadie puede por consiguiente contemplar al reo; pero todos pugnan por verle, por sorprender en sus ojos una lágrima, en su frente una sola arruga, en sus mejillas un solo surco de dolor. Y hombres, mujeres y niños, se atropellan, se precipitan, saltan, corren, vuelven a empujarse, y tras de rudos afanes nada consiguen: no alcanzan a satisfacer sus repugnantes deseos.

El carruaje se pone en marcha custodiado por tropas, representantes mudos de la fuerza social, y camina hacia el calvario a paso lento, seguido por delante, por detrás, por los costados de la ansiosa muchedumbre.

En tanto los presos entonan unísonos la tradicional salve.

Hay quien dice que este cántico es conmovedor. Yo no lo sé: a mí me llenó de pena y de desconsuelo. Aquellas voces que maquinalmente, aunque a compás, lanzaban al aire acentos inarticulados, me parecieron la melodía más propia, más adecuada, del espantoso drama que ante mis ojos se desenvolvía.

¡Ay!.... es indudable que aquellos hombres que cantaban, ni dirigían sus preces a Dios, ni tenían puesta la mente en las frases que escapaban de sus labios. Acaso en aquel instante gozarían algunos con egoístas comparaciones.

Nada más simpático que la oración sincera: nada más repulsivo que la plegaria indiferente.

La calle de la amargura tenía que ser muy larga, y lo fue en verdad. Dos kilómetros recorridos a aquel paso, bastaban para amontonar sobre la cabeza del pobre moribundo todo género de fuertes y encontradas sensaciones.

Por fin, pasada la iglesia de Chamberí, y a la izquierda de la calle de Santa Engracia, la fúnebre procesión se detuvo.

¡Horrible perspectiva se ofrecía en aquel lugar!—Un tablado, escaleras, pasamanos, banquillo y garrote, todo nuevo, porque fue necesario construir todo *ad hoc* para esta ceremonia, en atención a que el pueblo, con ese buen instinto que le

distingue cuando sirve de instrumento a un fin providencial, había quemado cuatro años antes los carcomidos maderos que simbolizaban la más absurda de las penas.

Todo era, pues, flamante: todo convidaba, pues, a ser dignamente estrenado.

Pero ¡ay! que este todo, no aparecía como la Cruz en el Gólgota, sobre un cerro elevado, para que el mundo entero contemplase atónito la majestad de Aquél que a redimir a la humanidad venía: ¡no! este *todo* era un patíbulo escondido entre escarpados montecillos, entre tapias informes, como si se intentara oculta el signo de oprobio que al levantarle imprimiera la sociedad sobre su frente.

Un murmullo general se dejó oír. Aparecen, subiendo la escalera y posesionándose del tablado, primero un sacerdote con el crucifijo; después dos hermanos de la Caridad, de ese divino consuelo compañera inseparable del que sufre: detrás el reo seguido de los ministros que le auxiliaban.

Sereno y resignado se sentó en el fatal banquillo. El verdugo, esa figura abyecta que inspira más compasión que odio, más repugnancia que ira, por el estado de atraso de su espíritu, se acercó a la víctima, y la ligó con fuerza al árbol de la muerte.

Todo iba ya a terminar, y la ansiedad se pintaba en todos los semblantes.

Pero la ceremonia se suspende; el reo es despojado de sus crueles ligaduras; se levanta....y cariñosamente conducido por los clérigos y hermanos que le asistían, se acerca a la escalera.

Una exclamación unánime se escucha: la palabra *¡perdón!* resuena por todas partes; y una nutrida salva de aplausos se extiende repetida por la bóveda del firmamento.

Aquel arranque generoso me reconcilió con un pueblo que juzgué brutal e indiferente.

—¡Qué crueldad!—exclamé yo sin poder contener mi indignación.—¡Esperar al último instante para hacer pública la gracia de indulto!.... ¡Oh!.... ¡esto es llevar hasta el límite de inconcebible refinamiento, cuánto es capaz de idear un corazón malvado para emocionar a los hombres!.... ¡No! ¡esto no es creíble!

Mas, ¡ay!..... lo que no era creíble, lo que no se puede relatar sin sentir el alma torturada por los dolores más acerbos, es lo que verdaderamente allí ocurría.—La madera del garrote era sobrado gruesa para colocar la argolla: preciso fue desgastarla: y mientras apareció un carpintero, y la desgastó a fuerza de multiplicados golpes de escoplo, y el verdugo volvió a colocar el aparato, la pobre víctima extenuada casi expirante, revolviendo espantadamente los ojos, yacía sentada en el primer peldaño, esperando que cavaran bien la tierra que había de servirle de sepulcro!....—¡Corramos un velo sobre este horrible episodio!

El desgraciado reo volvió a sentarse y a ser ligado: un hermano de la Caridad le cubrió la cabeza con un pañuelo blanco; un sacerdote comenzó el credo.....y el verdugo desempeñó su execrable oficio.

Un espíritu más, que entre torturas sin cuento, que perturban su ser, pasa a la vida eterna en busca de su progreso. Un cuerpo menos, que va a entrar en descomposición, para depositar sus elementos constitutivos en el gran laboratorio de la naturaleza.

Grito estridente se escapó de todos los pechos, y todas las cabezas, cómo movidas por un solo resorte, se descubrieron.

Esta espontánea actitud volvió a reconciliarme con aquellas gentes.

Después..... después, nada. Como nada se le había enseñado a la sociedad, la sociedad, nada había aprendido. Los hombres se marcharon a sus trabajos; las mujeres a sus casas; los chiquillos a las plazuelas: todos a trasmitir sus momentáneas impresiones, y cada cual a seguir siendo lo que antes era.

¡Ay! ¿cuándo la sociedad se convencerá de que cierta clase de penas no son ejemplares?....¿cuándo llegará a comprender que su misión es *dar* siempre..... *quitar* nunca?

. . . . . .

Pocos minutos más tarde, un hombre se encontraba delante del tablado con la frente descubierta y la cabeza inclinada sobre el pecho. Era un hermano en doctrinas que obedeciendo al deber que se había impuesto, rogaba a Dios, pidiendo con fervorosa plegaria, empapada en llanto, misericordia para la víctima, misericordia también para el verdugo.—Entre aquella multitud que solo retrataba la curiosidad en sus ojos, él era acaso el único que vertía lágrimas, el único que oraba, el único que sentía!

. . . . . .

Venid, hermanos míos, y roguemos nosotros también. ¡Sí! ¡roguemos al Padre porque haga que se acelere en el reloj de los tiempos la anhelada hora de nuestro progreso, a fin de que desaparezca pronto.....muy pronto de la tierra, ese sarcasmo horrible que se llama *pena de muerte*, esa mancha que oscurece la luz de la civilización, y contra la cual se sublevan de común acuerdo la razón y la conciencia!

A. BENISIA.

Enero 15 de 1873.

EXTRACTO

DEL 3er DISCURSO PRONUNCIADO

POR

DR. D, JAIME FELIU

EN EL ATENEO EN VALENCIA

EN DEFENSA DEL ESPIRITISMO

Empezó diciendo que: «Donde quiera que nace una tendencia fundada en seria convicción para un fin general, público; que da de sí leal testimonio en palabra y obra consiguiente, que se organiza para realizar pacíficamente el fin propuesto, allí encuentra la humanidad un nuevo medio y órgano de su vida, allí acepta la nueva tendencia en su razón como miembro interior del todo y la protege con derecho inviolable.»

Palabras del eminente filósofo alemán Federico Krause en su *Ideal* de la Humanidad para la vida, y con las cuales afirmaba su segunda defensa del Espiritismo y del Magnetismo, en atención a los rudos ataques que se dirigían a estas doctrinas, pretendiendo no solo negar su verdad, sino destruirlas.

¿Viene el Espiritismo y su derivado el Magnetismo, dijo, a destruir los principios de las demás ciencias particulares, a negar su importancia y los benéficos resultados que han producido y producen en la sociedad?

Viene a recibir las luces de cada una y de todas sus cohermanas y a prestarles las suyas en cuanto puedan convenirles; a vivir no en oposición sino en armonía, y que por esto *da de sí leal testimonio en palabra y obra consiguiente, y se organiza para realizar pacíficamente el fin propuesto*, llevando su contingente al progreso humano, ilustrando la inteligencia y

dirigiendo la voluntad hacia el bien y la virtud.

Dijo, que se observa en las varias sociedades científicas y demás humanas, no una relación armónica, a imitación de la creación, en la cual se realizan sus leyes todas en mutua relación y sublime concierto, sino una oposición que prueba nuestro atraso; que más estima cada ciencia particular sus conquistas, deprimiendo a las demás, que las que puede alcanzar en la esfera de su acción propia en bien de todas y de sí misma.

Dijo, que es preciso reconocer que siendo Dios uno y único, una la creación, una la naturaleza y una la humanidad, es también una la ciencia, consistente en conocer todo lo creado, sus hechos y sus leyes.

Que las ciencias deben vivir en armonía, prestándose mutuamente su cooperación y auxilio, pues todas convergen a un punto, que es la unidad científica.

Que la oposición de alguna con otra, nace de convertir ilógicamente su fin particular en absoluto; que por esta oposición se ataca rudamente a la que se presenta como nueva; pero que si a esta le ha llegado su hora, conquista su posición racional, como lo prueba la historia de los adelantos humanos.

Que las ciencias particulares que se ponen en lucha con las otras, faltan racionalmente a sí mismas y a la Humanidad, y en corroboración de ello citó otra vez a Krause que dice: «Desde el punto en que una tendencia particular en individuos, aunque sea en sí la más excelente, pierde las condiciones que fundan su legitimidad histórica; desde el punto en que se desconcierta de sus relaciones convirtiendo en absoluto su fin particular que prosigue; desde el punto en que se aísla y pierde la fuerza social de servir en comercio positivo y recíproco a las demás tendencias y personas sociales; desde entonces esta tendencia se hace ilegítima, interiormente enferma, perturbadora y antihumana.» Manifestó también, que al Espiritismo se le ataca, no en lo que en sí es, sino en lo que se pretende que sea; que si es verdadero no se le debe atribuir lo que ni tiene ni cobija, y si falso, no debe acudirse a la impostura para demostrar su falsedad.

Luego dijo, que iba a examinar las conclusiones del Dr. Serrano y a demostrar que eran absurdas, protestando que al hacer esto no trataba de rebajar en lo más mínimo la importancia de las ciencias a que tendría que referirse, y mucho menos, las altas dotes científicas y probados conocimientos del doctor Serrano.

Entonces sentó el axioma de Krause que dice: «Debes afirmar la verdad solo, porque y en cuanto la conoces, no porque otro la conozca; sin el propio examen no debes afirmar ni negar cosa alguna», y dijo que las cinco primeras conclusiones del Dr. Serrano se referían a hechos del magnetismo y del espiritismo; que la 6.ª y 7.ª contienen una apreciación filosófica, la 8.ª un concepto fisiológico sobre las prácticas espiritistas y magnéticas; y la 9.ª una apreciación patológica.

Hizo notar enseguida que refiriéndose todas a hechos, debía conocerlos el autor de las conclusiones, lo que exigía un estudio serio y libre de todo perjuicio, estudio que no había hecho, por lo que al sentar aquéllas, había faltado al axioma de que: *«sin el propio examen no se debe afirmar ni negar cosa alguna.»* Que con esto solo quedaba probado que eran ilógicas, y como ilógicas absurdas; pero que no obstante las examinaría una por una.

Que la 1.ª dice: «Que en la inmensa mayoría de los casos, los pretendidos fe-

nómenos del magnetismo y del espiritismo son pura farsa, superchería, escamoteo y compadrazgo,» es absurda, por no tener fundamento lógico, pues su autor la fundaba en lo que había historiado de los hechos atribuidos a las hermanas Catalina y Margarita Fox y a los hermanos Vindenport, entresacado de obras en que se referían sin la imparcialidad debida, y además, en que en esta capital Monsieur Lambert había dado en plazas y teatros, espectáculos de fenómenos que atribuía al magnetismo y al espiritismo.

Pero que sabía muy bien el Dr. Serrano que en aquellos espectáculos se simulaban tales fenómenos; y que ni era justo ni lógico atacar los hechos espiritistas y magnéticos, fundándose en su simulación. Que por calles y plazas de esta capital todos los días se venden remedios curativos, ponderando su excelencia; pero que así como no sería justo atacar la importancia de la medicina porque hay quien la explota, ni juzgar de la suficiencia de los ilustres médicos valencianos por la que manifiestan los que el público llama charlatanes, tampoco lo es atacar el espiritismo y el magnetismo fundándose en que hay quien aparenta sus fenómenos y los explota.

Aseguró que para poder afirmar lo que son aquellos hechos, es preciso conocerlos, y para conocerlos, estudiarlos una y mil veces, sin prevención alguna; que hay muchísimas personas que se dedican a su estudio sin otro objeto que el de hallar la verdad, y que éstos saben si son o no ciertos, y cómo y cuándo se producen, pero en manera alguna los que no lo estudian.

Y como es cierto que se debe afirmar la verdad solo, porque y en cuanto se conoce, no porque otro la conozca; y el Dr. Serrano había afirmado lo que no conocía, indujo que su 1ª conclusión era absurda.

Luego, a fin de que se pudiera apreciar la importancia de los hechos, citó los dos siguientes, diciendo: «En el mes de Julio último pasaba yo por la calle del Miguelete, y al llegar cerca de la casa del Vestuario, vi tendida en la acera de la derecha, en la puerta de una casa adherida a la Catedral, a una pobre señora, atacada de lo que se llama vulgarmente mal de corazón; y rápido como el pensamiento me dije: ¿debes intentar aliviar a una hermana que sufre, exponiéndote al ridículo público? Y opté por lo primero, importándome nada lo segundo, por lo que me dirigí a la infeliz atacada, y sin proferir una palabra la magneticé medianímicamente. Cuando mis manos llegaron a las de los dos hombres que le sostenían los brazos, dije: Soltadle los brazos. Al pasárselas por delante de su corazón dio la atacada un gran grito inarticulado; al llegar a las rodillas abrió los ojos; y al llegar a sus pies arrojé su mal, la tranquilicé magnético-medianímicamente, la senté en el portal en que estaba, y me marché sin proferir una palabra. Al cabo de siete u ocho días, (el 26 de Julio), al pasar con un amigo por la misma calle por delante de la misma señora, me conoció y vino a decirme: Gracias, señor, porque me curó el mal. —Le contesté que las diera a Dios y no a mí, porque yo no curaba, y le pregunté sí hacía mucho tiempo que padecía aquel ataque, y me dijo: Más de20 años, y lo sufría, una, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces cada día, y ahora no lo tengo.—Y, señores, gracias al Todopoderoso, no lo ha vuelto a tener más.»

«El segundo ocurrió el 11 del mes pasado, el día inmediato siguiente al que tuvo la honra de hablar por primera vez ante esta ilustre sociedad en defensa del Espiritismo y del Magnetismo, y es como sigue. Al ir a mis ocupaciones ordinarias, pasaba por la citada calle del Miguelete, y

la misma señora me llamó diciendo: «Señor el corazón me duele mucho, y casi no puedo respirar; ayer a las cuatro de la tarde me acosté y no he podido descansar en toda la noche, y me he levantado de la cama para decírselo.»— Le aconsejé que, despacito, se fuera en casa de una señora que conoce, en la calle de la Unión, núm. 2, cuarto de mandados, que yo, luego de hecha una diligencia, iría allí. En efecto fui, y procuré aliviarle el corazón por una acción magnético-medianímica, y gracias a la Caridad sacrosanta, se logró. Cuando vi que respiraba libremente, y que el corazón no le dolía, me acordé, que al pasarle mis manos por sus extremidades superiores se las había hallado frías; por lo que intenté que se le calentaran. Después de pasarle mis manos por sus brazos le pregunté: ¿Qué se siente?—Como un hormigueo cerca de las manos; comprendí que era él fluido magnético, y se las descargué, y le dije: A ver, mueva Ud. las manos.—Aquí está lo grande, señores. Aquella hermana hacia unos siete años que tenía una mano paralizada, completamente inútil, pues no podía desdoblar ninguno de los dedos, a consecuencia de un clavo que se había clavado por la parte lateral de la muñeca, que le atravesó los huesos y le salió la punta por la parte superior del brazo; y los desdobló y movió en seguida, quedándole completamente buenos, como buenos los tiene hoy día.» Yo me marché, dando gracias a Dios y a mis espíritus protectores que, por caridad, tanto bien hacían.

Advirtió que los hechos citados no han ocurrido en los Estados Unidos, ni en Londres, ni en Francia, ni en una provincia lejana sino en esta capital, por lo que todos pueden enterarse de su verdad que la tal señora se halla todos los días en la misma puerta, pues implora la caridad pública, y los que de tiempo la conocen pueden dar fiel testimonio de lo que antes sufría, que cuando la sociedad habrá averiguado la verdad de estos casos, les citará otros tanto o más sorprendentes, pues apenas pasa un día en que no experimente semejantes.

Aseguró también que no podía obtener aquel resultado por sí; que era debido a una fuerza superior que sentía en aquellos casos; y que le llenaba de un amor tan grande a Dios y al prójimo en Dios, que no podía en manera alguna explicarlo.

Dijo que sabía que otros amigos suyos obtenían resultados mucho más sorprendentes, resultados que obedecían siempre a la ley del trabajo y a la intención moral, y que fundado en tales hechos había sentado su 1ª conclusión opuesta a la del Dr. Serrano, diciendo: «Que los fenómenos del Espiritismo y del Magnetismo son verdaderos y en mayor número que lo que se cree, y más útiles a la humanidad que lo que pueda suponer el más entusiasta encomiador.

Se fijó enseguida en la segunda conclusión que dice: «Que los pocos, poquísimos hechos que pueden aceptarse como verdaderos se explican perfectamente por causas físicas, químicas, fisiológicas y patológicas; y recordando la segunda parte del axioma antes sentado, que dice: «sin el propio examen no debes afirmar ni negar cosa alguna,» probó en la citada conclusión estaba desprovista de todo fundamento.

Luego propuso que, por medio de las causas físicas, químicas, fisiológicas y patológicas, se explicarán los dos hechos citados; y que si la fisiología y la patología tanto podían, era un grave descuido suyo que no curaran el mal de corazón.

Insistió en que el Dr. Serrano había fundado sus conclusiones, haciéndose eco

y solidario de lo que dicen ciertas obras que tratan del Espiritismo y del Magnetismo de una manera reprobable, y que en esto había faltado a la razón y a la lógica.

Pero no negó que ha habido, haya y tal vez habrá quien explote tan sublime doctrina, simulando hechos cuya importancia desconoce; pero que eran muy pocos los que así proceden en comparación del gran número de los que los estudian de buena fe, y que por esta razón había opuesto a la segunda conclusión del Dr. Serrano, la que dice: «Que los pocos, poquísimos hechos que pretenden pasar plaza de espiritistas sin serlo, son debidos a sus detractores o a espiritistas de nombre.»

Pasando a la tercera que dice: «Que el sonambulismo artificial, la catalepsia y el éxtasis llamados magnéticos existen, aunque raras veces, explicándose por la influencia de la imaginación, de la imitación y de la fatiga, mucho mejor que por la existencia de fluidos indemostrables, hizo notar que no está llamado a decir esto quien desconoce tales estados como los desconoce el Dr. Serrano.

Advirtió que si se le contestaba que los conoce lo bastante para calificarlos, le recordaría que la ligereza científica se ha equivocado muchas veces; y con respecto a si los conoce como se requiere para decir que se pueden explicar *perfectamente* por los medios indicados, preguntó si había asistido a las sesiones de las sociedades espiritistas de Valencia, Barcelona, Madrid, Sevilla, Cádiz, Almería, Alicante; a las de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, etc., que tienen por exclusivo objeto estudiar los fenómenos del espiritismo y del magnetismo, y que no habiendo asistido a tales sesiones, no había presenciado los hechos, y así que no los conocía por el propio examen, para afirmar que eran tales o cuales.

Que cuando los habría estudiado una y mil veces, y consultado sus propias observaciones, con las hechas por los hombres que también las estudian, podría aventurar una explicación con más o menos fundamento.

Dijo que los que estudian con asiduidad tales fenómenos, han llegado inductivamente, a formular principios, con cuya aplicación obtienen los hechos, y que por esta razón pueden, mucho mejor que los que no los estudian, presentar su explicación que era lo que había hecho al sentar la tercera conclusión opuesta a la del Dr. Serrano, diciendo: «Que el sonambulismo artificial, la catalepsia y el éxtasis llamados magnéticos, son debido a la acción espiritual, así como otros estados magnéticos de sorprendentes resultados. Añadió que el fluido magnético se demuestra por sus efectos; y además de referirse a los dos casos citados, refirió: «Que un joven llamado Valeriano Martí, que vive en la calle de Clarachet, núm. 10, tenía un brazo inútil para el trabajo, y otros gravísimos males; que cuando el disertante le arrancaba el mal, del que gracias a la Providencia se ha curado, le decía aquel que parecía que le arrancaba los huesos del brazo; y que al pasarle las manos por la espalda, se hubiera caído de frente, si no se hubiera afirmado fuertemente, y esto que es un joven muy robusto.» De esto infirió que sin existir el fluido magnético nada habría sentido aquel joven, así como no sentirían otros que le aseguran que sienten cuando les arranca el mal.

Pasó a la cuarta conclusión que dice: «Que el sonámbulo lo hace todo, y nada el magnetizador; que el médium lo hace también todo y nada el pretendido espíritu;» y también probó que sólo puede asegurar tal cosa quien desconozca por completo los hechos del magnetismo y del espiritismo.

Preguntó qué parte pudo tomar aquella mujer a quien se había referido antes, cuando la magnetizó medianímicamente mientras estaba atacada del mal de corazón, y que las demás personas a quienes se ha dirigido, a las que no ha hablado nunca una palabra de magnetismo ni de espiritismo.

Citó varios casos en comprobación de que todo lo hace el magnetizador o el médium, y para que se convencieran refirió los que afirma la Condesa de Pomar, relativos a Daniel Dunglas Home.

Antes hizo una breve reseña biográfica de este personaje, para que no se le tomara por un juglar.

Dijo que había nacido en Edimburgo en 15 de Marzo de 1833, de la familia de los Dunglas de Escocia, soberana de aquel país en otro tiempo; que había hecho sus estudios en Nueva York; que el 1.° de Agosto de 1858 casó con la Sta. Alejandrina, hija del general ruso, conde de Kroll, ahijada del emperador Nicolás; que Home tiene la propiedad, debida a la virtualidad de su periespíritu, de provocar las apariciones tangibles de los espíritus, la escritura directa de los mismos, el movimiento y suspensión de los objetos, los aportes, y de elevarse por los aires, como lo ha verificado varias veces en Boston y Londres.

Luego aseguró que la condesa de Pomar dice: que un día que tenía en casa el cadáver de un amigo, la visitó Dunglas Home, que ignoraba esta circunstancia; que se sentó cerca de aquella, y paso el brazo alrededor del hijo de la condesa, y que luego se dejaron oír varios golpes sobre la mesa, las paredes y el techo de la habitación; que por medio del alfabeto se obtuvieron algunas comunicaciones; que la silla favorita del difunto fue a colocarse al lado de dicha señora; que un sofá se trasladó de un paraje a otro de la habitación; que tomando dicha señora un acordeón, los músicos invisibles dijeron que estaba desafinado, probándolo con notas discordantes que salían del instrumento; que luego se dejó oír una música fúnebre, propia de las circunstancias, y que después tocó un trozo de música que la condesa pidió.

En esto supuso el disertante, que si el doctor Serrano no se salía del paso con un: *No lo creo*, difícil le sería explicar estos hechos por las causas físicas, químicas, etc. pero que si con un *No lo creo* se salía de un paso difícil, no por esto los hechos dejaban de existir y probar que el magnetizador y el médium sirven de aparato para hacerlo todo en los fenómenos magnéticos y espiritistas; de todo lo cual indujo que era absurda la conclusión del Dr. Serrano.

Habló de otros estados magnéticos y hechos espiritistas que conocía y de los que conocían los que los estudian, y fundándose en ellos probó la verdad de su cuarta conclusión que dice: «Que el magnetizado no debe hacer nada más que concentrarse y pedir a Dios que derrame sobre él su infinita misericordia, y que en este estado moral la acción espiritual del magnetizador, relacionada con espíritus más adelantados, produce en el cuerpo del magnetizado una acción bienhechora que a la vez conforta a su espíritu a amar a Dios y al prójimo.»

Se ocupó luego de la 5.ª conclusión que dice: «Que siempre que se ha querido demostrar experimentalmente el magnetismo y el espiritismo, han fracasado las pruebas de una manera lastimosa ante las comisiones científicas,» y dijo que esto no era cierto; que lo cierto era que nadie con más encarnizamiento que las tales había atacado las nuevas verdades, faltando a su

fin científico, pero que las nuevas verdades se habían conquistado el puesto que les pertenecía, a pesar de todos los ataques, como lo probaba la historia.

Que lo que se hacía con el espiritismo y el magnetismo, se había hecho con todos los adelantos humanos; que cuando se condenaba a los que proclamaban que la tierra no era el centro del universo, no por eso dejaba aquella y los demás planetas de seguir sus revoluciones alrededor del sol, porque a la ciencia no la crea el hombre sino que la lee en el gran libro de la creación.

Recordó que el Dr. Serrano había dicho, que uno de los señores de la Academia de Medicina de París había descubierto que la niña Pigeaire, que aspiró al premio de 3.000 francos prometido a quien en estado sonambúlico leyera sin el auxilio de los ojos, leía por debajo de la banda con que se le tapaban.

En esto presentó la obra del Dr. Pigeaire, que refiere con documentos auténticos lo que ocurrió, en la cual leyó que quien había hecho esto era Mr. Velpeau, que después de una sesión en la que asistieron los célebres Orilla, Bousquet, Esquirol y Oioquet, miembros de la Academia; el Sr. Lesseps y el doctor Donné, quiso aquel probar si veía, que al efecto se colocó el aparato en la frente sin cubrirse los ojos; que luego retorció el cuello y vio un as de copas que tenía en la mano; pero que así que le pusieron la banda sobre los ojos, (sin taparle la parte inferior con tafetán inglés como a la señorita Pigeaire), no vio ni el as, ni el hombre, ni nada.

Que los Sres. Guenau de Mussy, Adelon, Delens, Orfila, Ribes Reveille-Parisse, Esquirol, Jules Cloquet, Bousquet y Arago lo habían atestiguado en varias sesiones y firmado; que Mr. Cornac al presentarle el acta de una sesión a que asistió dijo: Convengo que es perfectamente exacto lo que contiene pero no quiero firmar; que cuando en la Academia de Medicina se trató de si se concedería o no el premio a la Srta. Pigeaire, Cornac, dijo: «Apruebo por consiguiente la relación sabia y bien circunstanciada que la comisión acaba de leer.» (En la que se negaba conceder el premio); añadiendo: «Si vous accordies le prix a madmoiselle Pigeaire, demain tous les malades de Paris iraient la consulter.»[1]

De esto infirió que no habían fracasado las experiencias; que lo que había resultado era que la Academia de Medicina de París, viendo no había querido ver, faltando a su fin científico.

Aseguró también que la Sociedad Dialéctica de Londres, después de serios y repetidos exámenes había admitido la existencia de los hechos o fenómenos espiritistas, que en el año 1871 publicó un tomo de unas 400 páginas refiriendo los motivos que había tenido para aceptarlos por verdaderos.

De todo esto indujo el absurdo de la 5.ª conclusión del Dr. Serrano. Dijo además que Monsieur Pelletan admite el magnetismo y muchos Doctores en Medicina, y citó las conclusiones del Dr. Henri Long y las del Dr. Saura, que en la 4.ª dice: «No solamente es ilógico, pero sí insensato proscribir, como se hace más de una vez, las discusiones sobre este objeto (el magnetismo); se debería al contrario estilarlas, animarlas en el interés bien entendido de la ciencia y sin duda en el de la humanidad.» Luego habló de las pretensiones de los materialistas que quieren explicar tales hechos por la acción de la materia, y fundado en lo expuesto probó la verdad de su

---

[1] Si usted le concede el premio a la señorita Pigeaire, mañana todos los enfermos de París irán a consultarla.

5.ª conclusión que dice: «Que siempre que las comisiones científicas pretendan explicar por la acción material los fenómenos del magnetismo y del espiritismo, caerán en el absurdo y dichos fenómenos se producirán a pesar de no comprenderlos ni admitirlos dichas corporaciones.»

Pasando a la 6.ª que dice: «Que el magnetismo y el espiritismo son en su fondo supersticiones, que en otros tiempos se ocultaban bajo el manto religioso, y hoy quieren vestirse el ropaje científico», manifestó que era una apreciación filosófica infundada; que la superstición no puede existir cuando se admiten hechos ciertos, aunque sus leyes sean poco conocidas.

Que si en la antigüedad se presentaban hechos magnéticos y espiritistas, eran naturales, aunque no bien comprendidos ni explicados, así como también se presentaban hechos debidos a la electricidad, aunque se ignoraba su existencia.

Dijo que hoy los hechos magnéticos y espiritistas son mejor conocidos: que los que los estudian se han remontado de los hechos a sus leyes y han establecido principios; y que por esto es una ciencia que da de sí leal testimonio en palabra y obra consiguiente, que se organiza para realizar pacíficamente el fin propuesto,» que es conocer la verdad y por su medio, dirigir al hombre hacia la virtud, inspirando a todos el amor a Dios y al prójimo en Dios.

Que si en la antigüedad se le encubría con el manto religioso, nada prueba, pues sabido es que la humanidad en esta tierra forma el ideal de Dios en lo más grande que concibe, por cuya razón primero lo sintetizó en el fetichismo, más adelante en el politeísmo y por último en el monoteísmo; pero que siempre ese ideal humano dista infinitamente de la verdadera perfección de Dios.

Dijo que el Espiritismo no desprecia la materia, que es obra divina; que reconoce el mucho bien que a la ciencia hacen el organicismo y la fisiología; pero que reconoce al espíritu superior a la materia, y sobre toda superioridad, a Dios.

Con esto probó el absurdo de la 6.ª conclusión del Dr. Serrano, y con nuevas razones afirmó la verdad de la que le había presentado en oposición, diciendo: «Que el Espiritismo destruye la superstición y el fanatismo, porque es una ciencia que se apoya en bases indestructibles, y explica reflexiva, racional y experimentalmente algunos hechos naturales tenidos por sobre naturales.»

Refiriéndose a la 7.ª que dice: «Que la doctrina espiritista es un materialismo disfrazado que conduce a la negación del libre albedrío, y por consiguiente a la irresponsabilidad», afirmó que contenía un absurdo y un ataque injusto. Un absurdo al decir que era un materialismo disfrazado, según se desprendía de las razones que acababa de exponer, y un ataque injusto, pues sentando por principio que existe el espíritu, que procede de Dios, que debe realizar su progreso por medio de la ley del trabajo en la infinita creación y en el infinito del tiempo, no podía decirse en verdad que era un materialismo disfrazado.

Que el verdadero materialismo es el organicismo o la fisiología que proclama que todas las manifestaciones del hombre son debidas a las funciones orgánicas.

Que si calificaba al Espiritismo de materialismo, fundado en que en el libro de los Médiums de Allan Kardec, se refiere que un joven se veía obligado a arrodillarse ante cualquier señora que encontraba y a pedirle su mano, como así lo indicó el Dr. Serrano al rectificar, en lo mismo que

dice: *que se veía obligado*, aquel hombre se reconocía moralmente libre.

Que hay, por desgracia, hombres en la sociedad que secuestran a otros y los obligan a meterse en cuevas, o a donde los conducen; pero que si el disertante quisiera en esto fundarse para decir: *luego los hombres no son libres*, incurriría en el absurdo. Manifestó también, refiriéndose a esta conclusión y a la 8.ª que es preciso en el espiritismo y en todo distinguir el uso y el abuso; que el abuso de la comida, de la bebida, del estudio y de todo, daña, como daña el abuso de la comunicación; pero que no era lógico tomar un hecho general y particularizarlo sobre el Espiritismo y el Magnetismo.

Dijo, que estando delicado el disertante había magnetizado medianímicamente a una persona gravemente enferma, en un caso inesperado, y la fuerza que por él había pasado, no solo había aliviado al enfermo, sino que a él mismo le había puesto bueno; pero que de esto no infería un resultado general.

Fundado en lo dicho y en otras varias razones, probó que era ilógica la 7.ª conclusión del Dr. Serrano, y así mismo la 8.ª que dice: «Que las prácticas magnéticas repetidas ocasionan enfermedades nerviosas y perturbaciones graves de la salud,» como lo desmentían los hechos antes citados de curaciones obtenidas. En lo mismo fundó la verdad de sus conclusiones 7.ª y 8.ª que dicen: «Que la Filosofía espiritista se funda en la existencia de Dios y en la del espíritu, sin despreciar la materia que es la que sirve a éste para manifestarse y progresar: y, que las prácticas espiritistas en su prudente medida ilustran la inteligencia e inspiran amor a Dios y al prójimo en Dios, y las magnéticas alivian a nuestros semejantes.»

Pasó a la novena que dice: «Que las prácticas espiritistas son una pendiente, por la cual se llega a la alucinación, pasajera y razonadora primero, involuntaria y habitual después, y que una vez en este terreno se tocan los límites de la locura, vacila y cede la razón, y el que no se detiene a tiempo cae al fin en un abismo donde reina la horrible noche de la enajenación mental,» y se admiró de su estilo patético y capaz de horripilar: que parecía que se habían amontonado en ella todas las armas para que nadie se acercara al Espiritismo.

Alucinación, dijo: ¿y no se alucina el que crea que no existe nada más que la materia, que se convence de que el deleite es el bien y el mal el dolor, y que sintetiza las aspiraciones del hombre en la frase: Todo por el placer y todo para el placer. Éste niega a Dios y al espíritu, lo que es un grave error, que le sumerge en el fango vil de las pasiones. Y las pasiones ¿no son una locura?

Dijo que el espiritismo, enseñando que existe Dios fuente del bien, y el espíritu individualizado, enseña que los placeres intelectuales y morales son eminentemente superiores a los materiales, pues los unos provienen de conocer la verdad que es el sol de la inteligencia, y los otros de practicar la virtud, que impregna de amor a Dios y al prójimo en Dios.

De ello indujo el absurdo de la conclusión del Dr. Serrano, y la verdad de la novena que le opuso, diciendo: «Que el materialismo conduce a la locura de las pasiones que sumergen al hombre en el asqueroso fango del vicio y lo precipitan al abismo del error, males que puede curar y cura radicalmente el Espiritismo, inspirando horror al vicio y amor a la verdad, al bien y a la virtud.» Y trascurridas las horas de reglamento, se levantó la sesión.

Valencia 10 de Enero 1873.

GRATITUD

El Instituto Médico de Valencia nos regaló la librea de *Arlequín*, dando a los espiritistas el pasaporte para una casa de *Orates* y además fuimos víctimas de calumnias vertidas por el científico Doctor Serrano y Cañete; frases y conceptos que no suenan bien cuando las pronuncia tan afamado médico de la hermosa ciudad de las flores.

Nuestro distinguido hermano el Doctor Jaime Feliu, bajó a la palestra a defender con nobleza nuestra sublime doctrina. Le felicitamos cordialmente por haber defendido el Espiritismo con la brillantez de formas, sólidos argumentos y científicos razonamientos con que lo ha hecho.

El único testimonio de gratitud y aprecio que podemos darle, es publicar estas líneas en la ilustre Revista de nuestra escuela, LA REVELACIÓN.

Valencia, 24 enero 1873.

Por la sociedad de Montoro y la agrupación anónima de Castellón de la Plana, Juan José Caro.—Por los espiritistas de Valencia, José Senis.—José Chirona.—Blas Baliester.

Unimos nuestros plácemes a los de nuestros correligionarios de Valencia y nos atrevemos a rogar a nuestro hermano Feliu, que se retire a sus tiendas con esos laureles, o que ávido de gloria para la verdad, recoja los que le esperan en otras contiendas.

VARIEDADES

A LAS SEÑORAS

QUE INICIARON EL PENSAMIENTO DE DAR ESTA FUNCIÓN A BENEFICIO DE LOS POBRES.[2]

Cautivo de extraña duda que
al alma tímida inquieta,
hoy un poeta os saluda,
y os pide perdón la ruda
forma en que lo hace el poeta.

De unas regiones venido
en que franqueza es belleza
del corazón bien nacido,
a vuestros pies ha traído
toda su ruda franqueza.

Atender mi humilde ruego
vuestra complacencia debe;
pues yo digo, de fe ciego,
lo que es de fuego, con fuego,
lo que es de nieve, con nieve.

Noble, sublime misión
vuestros pasos ha guiado
esta noche a este salón...
¿qué serafín ha tocado
vuestro hermoso corazón?

Dios sin duda debió ser
quien inspirara tal hecho;
Dios que quiso descender,
y un santo beso poner
en vuestro cándido pecho.

Vuestras gracias que son tantas,
brillan hoy como un edén
lleno de celestes plantas;
vuestras miradas son santas,
vuestras sonrisas también.

Dios, al daros la hermosura
y enriqueceros de aromas,
de resplandor y dulzura,
os dio el ser y la figura
de astros, flores y palomas.

Pero vosotras, amando
con sublime intensidad
el bien que vais practicando,

[2] Poesía leída por el autor en el Liceo de Alcázar de San Juan, la noche del 30 de Diciembre del 1872.

os fuisteis trasfigurando
en ángeles de bondad.

Dios bendiga el pensamiento
que os hizo sentir afán
por el ajeno tormento;
mañana el mísero hambriento,
tendrá un pedazo de pan.

Mañana el lúgubre llanto
del indigente afligido
cesará con su quebranto,
y un girón de vuestro manto
le cubrirá condolido.

Mañana la magia pía
de vuestra santa bondad,
trocará en dulce alegría
todo lo que fue agonía,
todo lo que fue ansiedad.

Tal vez será más fecundo,
tal vez tendrá mejor suerte
vuestro desvelo profundo,
y arranque a algún moribundo
de los brazos de la muerte.

Mil y mil seres mañana
se elevarán del infierno
de su miseria tirana,
por vuestra ciencia cristiana,
por vuestro afán dulce y tierno.

Y elevarán amorosos
hacia vosotras sus brazos
entre felices sollozos,
y os pedirán cariñosos
mil fraternales abrazos.

Y al contemplaros pasar
vertiendo espléndidos dones
en uno y otro lugar,
¡ay! romperán a llorar
de dicha mil corazones.

Y al ver que vais amenguando
sus sufrimientos prolijos,
irán las madres gozando
vuestros nombres enseñando
a sus infantiles hijos.

Quienes por doquier que os vean,
tendiendo sus manecitas
que vuestro halago desean,
dirán: «¡Benditas, benditas,
mil veces benditas sean!»

Y vuestros nombres tendrán
en su constante memoria;
los ángeles los irán
cogiendo, y de ellos harán coronas
para la gloria.

SALVADOR SELLÉS.

LA CALUMNIA

¡Calumnia abominable!... el luto y el espanto
Difundes por do quiera: ¡fatal es tu misión!
Los ojos más serenos anublas con el llanto
Y arrancas despiadada, la paz del corazón.

En todas partes dejas tristísima memoria;
Unida estás al hombre con invisible imán.
Profanas con tu aliento el libro de la historia
Y crédito los siglos a tus sofismas dan

A veces el acaso te arroja de tu trono
Y pierdes en un soplo tu fuerza y tu poder;
Mas tornas a la lucha con implacable encono
Y a la verdad humillas volviéndola a vencer.

La condición humana acepta a la impostura
Y a la verdad rechaza cual sombra que da horror,
Y si al mortal no halaga la ajena desventura
Escucha indiferente la queja del dolor.

Es triste confesarlo; mas con desdén profundo
Contempla la desgracia la turba mundanal.
¡Ay!... Pobre del que llora, que le desdeña el mundo
Porque sus ajes turban su impura bacanal.

Amaos unos a otros, nos dice la *escritura*
Y odiarnos mutuamente, nos pareció mejor,
La envidia y la calumnia que son de igual hechura
Se buscaron y se unieron con fraternal amor.

¡Qué mundo tan pequeño es éste que habitamos!..
Sin duda por sarcasmo se llama a esto vivir,
Cobardes y mezquinos en todos nos mostramos
La educación tan solo nos llega a corregir.

Mas queda la semilla del mal en nuestro pecho
Y siempre fructifica con tal fecundidad.
Que el más leve accidente presenta claro hecho
Que el hombre lleva el germen en sí de la impiedad.

¿En esos otros mundos será mejor el hombre?
Sin duda debe serlo si está cerca de Dios,
¿Tendrá distinta forma...? ¿tendrá distinto nombre?
¿Irá cómo en la tierra de su codicia en pos?

No. no; debe ser grande y hallarse revestido
De un algo poderoso que irradie clara luz:
Debe ostentar su frente el sello bendecido
Que a la virtud legara, el que espiró en la cruz.

¡Oh! ¡cuánto anhela mi alma llegar a esas regiones!
Aquí me falta espacio, aquí me falta fe;
Pues veo luchar tan solo mezquinas ambiciones
Y no encuentro los seres que en mi ilusión soñé.

¡Oh! Ser omnipotente; que acabe mi destierro
¡Qué lenta es mi agonía...! termine mi sufrir;
Aquí mi frente oprime un círculo de hierro.....
Permíteme que muera para después vivir.

Vivir entre otros seres, sin que calumnia impía,
Arroje en mi camino su rayo destructor
En donde siempre brille el luminar del día
En donde encuentre el alma inextinguible amor.

Ese amor noble y grande, inmaterial, profundo.
Amor que desconoce la pobre humanidad;
¡Oh! Dios bondadoso, arráncame de un mundo.
Donde hay hombres que niegan la luz de tú verdad.

Madrid.—*Amalia Domingo Soler.*

UN ACTO DE CARIDAD

Allá por los felices tiempos en que afanosos trabajaban en la viña del Señor todos los monjes, célebres cogullas habitaban un sólido convento construido en la cima de un monte, situado entre Oliva y Cullera, cerca de la playa bañada por el golfo de Valencia.

Los que querían abandonar los cuidados del *siglo* y habían hecho quizá el voto de pobreza, eran sin embargo inmensamente ricos y tenían ¡oh, humildad! un mozo cada uno con su correspondiente mulo dispuesto al merodeo.

Una noche tempestuosa del año 183... una bombarda venía de Barcelona cargada de ricas mercancías para Alicante, y al entrar en el golfo la cogió un temporal y no pudiendo remontar el cabo de San Antonio se vio obligada a embarrancar en la playa.

Al siguiente anhelado día, se vieron los náufragos rodeados de una cuadrilla de robustos hombres que cargaban *velis nolis* en buena recua de mulos todos los despojos del naufragio que el mar arrojaba a la orilla.

Absorto el capitán C. que mandaba la perdida nave, interpeló a los buenos recogedores, que con qué derecho recogían lo que no era suyo con tanta audacia, estando sus desvalidos dueños abandonados a tan triste suerte; les increpó por su conducta que otra debiera ser, como mandaba el amor al prójimo.

El que aparecía como capataz, dijo: Que ellos obedecían a las órdenes del Prior del convento de Oliva que se distinguía desde allí, como alcázar de señor feudal que quiere dominar sus territorios, o como el nido de atrevido halcón que gusta dominar a sus anchas un hermoso valle y le quiero dominar de una ojeada para estar pronto a devorar la infeliz paloma que cree el cielo despejado de enemigos. Que por privilegios de Reyes augustos tenían el decreto de recoger—y quedarse con ello—todo lo que el mar arrojara de su seno.

No les valieron razones ni ruegos a los desventurados mercaderes ni a los tripulantes; el convento hizo presa y ellos se quedaron sin lo suyo.

¡Oh, pobres seres monjiles dedicados a la meditación, a la oración y al ayuno!

¡No querían nada! ¡Solo lo que arrojara el mar, en un punto tan tranquilo, en unas aguas tan bonancibles como un golfo!

¡Y hubo reyes que concedieron este pobre privilegio!

Pero todo se va para dicha de los oprimidos pueblos. Las coronas no gustan hoy.

Cuando los frailes desaparecieron, gracias al instinto popular, siguieron los habitantes del país la costumbre de aquellos santos varones, hasta el punto de cometer asesinatos por apoderarse de lo que llevaban los náufragos. Hoy, por fortuna, la instrucción mata el merodeo.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21, DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 28

ALICANTE, 28 DE FEBRERO DE 1873

LA MEDIUMNIDAD

La mediumnidad es la facultad general que tienen todos los seres humanos, de poder servir de intermediarios entre el mundo invisible y el corporal. Es el don del Espíritu Santo, tan prodigado en el nuevo testamento y que practicaron notablemente los apóstoles y Jesús. Todos los seres, sin excepción ninguna, son aptos para el desarrollo de las fuerzas medianímicas que latentes residen en el organismo y que solo en privilegiados cuerpos puede manifestarse potente en las primeras pruebas.

El hombre, que es un ser triple, compuesto de espíritu, periespíritu y materia, está dispuesto por estas tres condiciones naturales a ser solicitado de sus homogéneos o afines. El elemento material en su incesante renovación, le incita y realiza el continuo cambio de las moléculas de su cuerpo; el espíritu a su vez, se ve también solicitado por el espíritu en el mutuo y preciso cambio de ideas, tan positivo y práctico como lo enseña el Espiritismo, hecho que se efectúa por el intermediario periespiritual, fluido impalpable, incoherente, imponderable, que envolviendo al espíritu como una capa gaseosa, le presta el servicio indispensable de cuerpo o aparato de manifestación, sin el cual no se comprendería la vida del espíritu, su individualidad y su acción sobre la materia ponderable.

El ser es eterno; esto es incontestable, axiomático, aunque haya quien, negándose a sí mismo y menospreciando su propia existencia, quiera reír a mandíbula batiente de todo el mundo y no contemplando el orden que hay en lo creado, su fuerza directiva, la escala infinita que resulta en todo, el individualismo que en el universo abunda y la manifestación de su conciencia, fuerza interna que le llama al orden, niegue rotundamente, no tan solo que el ser vivirá, y esto que vive, sino lo que es más aún, aunque lógica es su negación relacionada con la primera, que el Ser Supremo, que el ser completo exista, afirmando muy ufano que la casualidad reinó en el caos y que su inteligencia se manifiesta, efecto de su cerebro, resultado plástico del choque de encontrados y hoy combinados elementos. Como decíamos, el ser es inmortal; la muerte no existe, sino en imaginaciones calenturientas, que desean con furor que no haya justicia para sus desaciertos. El ser vive y vivirá por la misma razón virtual que hoy le permite demostrar su fuerza inteligente, que no es otra cosa, que la suma de trabajo hecho en diferentes etapas recorridas y realizadas en distintos lugares y ocasiones.

Es el espíritu por su naturaleza inexplicable e incomprensible. Los hechos, la observación y el estudio le hacen concebir y demostrar, llevando psicología grandes luces a todas las ciencias que giran dentro del anchuroso campo de la antropología.

El sentimiento, la inteligencia y la voluntad, son tres modalidades del *yo*, que separadamente nos lo hacen estudiar y de las que se deduce lógicamente que el *yo humano es uno, idéntico y activo*. Es uno, por cuanto es simple, por cuanto carece de partes; la conciencia prueba plenamente su unidad, que es a la vez indivisible, porque en ella se reúnen y subsisten las nociones más diversas, y demostrada su unidad y la indivisibilidad, queda probada su *inmaterialidad.*

Es idéntico, por la continuación de la unidad, *yo* me reconozco el mismo hoy que ayer, y esta clara noción de la unidad, patentiza la identidad. Es activo, por su misma naturaleza de *agente o fuerza*: *es un movimiento que se mueve a sí mismo* como dijo Platón.

Si este ser inmaterial, idéntico y activo ha de obrar en todo tiempo, su actividad innata necesita tener por precisión un mundo donde objetivarla y hacerla patente, solicitando con esto a todas las otras *fuerzas*, que como él, quieren y pueden; este mundo necesario teatro de su acción, no es otro que el que nosotros denominamos periespíritu, indispensable envoltura, si se acepta la unidad, identidad y actividad del ser pensante, cualidades inherentes que solo hemos apuntado más arriba.

La individualidad del espíritu, no puede existir y sobre todo la responsabilidad de sus actos, sin que no tenga un *algo* que le aísle de la masa inteligente y un *algo* por el que reciba las sensaciones externas, del mundo material, que no podrían herirle, si no tuviese este aparato receptor y trasmisor al mismo tiempo, que recibe las impulsiones materiales y las voliciones o actos de otras voluntades. Si el espíritu es simple y uno y no puede, racionalmente, subdividirse, ¿cómo podrá hacer sentir su voluntad en otro ser? De ninguna manera; le es preciso un instrumento que se adapte a su condición activa, y esto es por lo que se halla envuelto de la envoltura fluídica, que desarrolla y condensa con pasmosa rapidez y que le sirve tan perfectamente de manipulador de la materia, con el cual la domina y maneja.

En otro orden de ideas, quedaría la responsabilidad de la conciencia en un mito y la justicia en sarcasmo, si el alma, con su condición de impasibilidad, no tuviese un conductor sensible para el remordimiento y pena en la vida libre del espacio, en la erraticidad.

Individualizado el espíritu con ese aparato electro—magnético, del que se vale para las relaciones, es un ser completo, libre, que tiene una existencia real y omnímoda, dentro de los límites impuestos por natura, y a la que obedecen todos los seres, porque en sí llevan su cortapisa y freno.

Si hubiera un loco que pretendiese saltar del valle a la cumbre de la montaña, se lo impediría la ley de gravedad que fatalmente le sujeta a la superficie de la tierra, donde tiene el hombre su habitabilidad; pues así los espíritus viven en regiones diferentes, las que no pueden traspasar los inferiores por las condiciones naturales de pesadez y atracción—si así puede llamarse—y morando los más atrasados en la misma comarca donde llevaron a cabo sus tropelías. El mundo invisible se codea con el visible, una muchedumbre inmensa de seres que no han cumplido bien su misión, esperan la vuelta al corporal para su progreso, mientras bullen, ríen, comentan nu-

estros actos y tratan de llevarnos por el sendero del mal si acaso no han hecho un arrepentimiento sincero. El gobierno de la naturaleza corresponde a los buenos, que no nos abandonan con su paternal solicitud, erigiéndose en amigos, protectores y ángeles guardianes para llevarnos por el camino de la virtud al cumplimiento de nuestra misión.

El hombre que es un espíritu encarnado aquí, que tiene además de su constante y eterna envoltura, una capa material, más densa y pesada, aspira por intuición a la vida libre, estando inconscientemente en incesante relación con el mundo de ultratumba, porque su cuerpo fue modelado por su voluntad, corolario de su saber, y se presta maravillosamente a la relación espiritual por los hechos y manifestaciones físicas e inteligentes.

Un médium es, pues, un aparato eléctrico, dispuesto a funcionar y al que una voluntad impele según la fuerza de sus pilas. El espíritu, valiéndose de su fluido periespiritual que combina con el animalizado o vital del médium, efectúa la manifestación, por la vitalidad que le presta al movimiento resultante de tal operación.

El médium, envuelto en la atmósfera fluídica que se une con la suya y de la que nace un todo homogéneo, queda desde tal momento siendo cuerpo u organismo del espíritu, que llevó a cabo la combinación, si bien para este acto ha de prevalecer y preceden la otorgación de voluntad por parte del médium. La voluntad facilita el cambio, la fusión de los elementos que asimilados dan al ser incorporal medios tangibles con que hacerse visible y patente, tanto en las apariciones y en la escritura, como en todos los demás efectos físicos e inteligentes.

Los médiums se dividen en muchísimas clases y especies, según sus condiciones y aptitudes.

Las condiciones en que mejores resultados da, son las de buena conducta y el amor decidido a la instrucción. La ciencia y la moral son dos buenos requisitos que ofrecen grandes ventajas para la comunicación; pues, cuando el espíritu se ha de valer de la inteligencia del médium para expresar su pensamiento, tiene que adaptarse a ella y le es difícil, asimilarse a la pequeñez de concepción de ciertos médiums.

Los escollos del ejercicio de esta facultad son innumerables y necesitan, varios artículos dedicados solamente a la obsesión, nombre con que distinguimos los espiritistas el hecho de ser dominado un médium por un espíritu, llegando hasta el punto de servirle como un juguete. ¡Qué no tendrá inconvenientes en el mundo! Los placeres más halagüeños, encierran en sí mismo traidores resultados y no había de dejar de cumplir con esta ley la mediumnidad que está dentro de las leyes naturales y por ellas regidas.

La mediumnidad tiene escollos, por eso el hombre tiene inteligencia para saber evadirse de ellos y librarse del peligro, por eso la historia del sufrimiento ajeno debe abrirles los ojos y hacerle estudiar y conocer las causas que produjeron las desdichas de sus hermanos, que inspirados han escrito sus autorizadas observaciones con el fin de evitar a otros los disgustos innumerables por los que ellos pasaron.

Nadie está desheredado de la facultad de servir de intermediario entre los desencarnados y nosotros. Se necesita voluntad, paciencia y estudio en los que no tienen la facilidad orgánica de tener un cuerpo predispuesto a servir de trasmisor a la primera prueba. Los hay de éstos, que, burlán-

dose de Dios y de la existencia del alma, han tomado un lápiz y acto continuo se han visto dominados por una fuerza sobrenatural para ellos que les ha hecho escribir y confesar su adhesión a la doctrina espiritista.

ANTONIO DEL ESPINO.

FRUTOS DEL ROMANISMO EN YECLA

> No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol podrido llevar buenos frutos.
>
> Mat. VII, 18.

Un sacerdote romano, de Yecla, cuyo nombre omitimos por librarle del escandaloso ridículo en que inevitablemente caería ante el juicio de las personas honradas y de buenos sentimientos, ha conseguido, con sus *cristianos* y *caritativos* consejos, que una señora del mismo pueblo de quien es confesor, despida de su casa a su hijo, por el *grave* delito de ser espiritista.

Aconsejamos:

Al fanático fariseo, que estudie el Evangelio si no lo sabe, o que practique su moral si no es extraña a su conocimiento; pues la misión del que pretende titularse apóstol de Cristo, no es la de perturbar a la familia y a la sociedad sino por el contrario, unir y no separar, enseñar y no juzgar, convencer y no condenar. *Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís os volverán a medir.*

A la señora madre, que no olvide que lo que es *nacido de carne, carne es, y lo que es nacido de espíritu, espíritu es.* Que el alma es creación del mismo Dios y no de los padres, a la que por su Omnipotente voluntad le ha concedido el *libre albedrio*. Que el pensamiento, su atributo propio, no se sujeta al capricho de nadie y que únicamente por el convencimiento y la dulzura puede la razón variar sus juicios, sus creencias y su manera de ser. Que no ahogue los bellos sentimientos naturales del corazón maternal con las densas tinieblas que el fanatismo infunde, para con satánica sagacidad apoderarse de la sociedad, de la familia y del individuo. Que recuerde la magnífica oración del *Padre nuestro*, en la que el Redentor nos enseña a pedir al Padre perdón para nosotros en igual proporción que nosotros perdonemos a los demás. Que *sea astuta como la serpiente aunque sencilla como la paloma,* para saberse *guardar de los falsos profetas que vienen a nosotros con vestidos de ovejas, mas dentro son lobos robadores.*

Al hijo despreciado y despedido tan cruel como injustamente de su casa paterna, le recomendamos resignación, mucho amor hacia su desgraciada madre, pidiéndole constantemente a Dios que ilumine su espíritu con un destello de su luz divina, y perdón para el fariseo, que no contento con haber intentado arrancar de un corazón el amor más puro que Dios ha infundido en el ser humano, ha coronado su inicua obra ofendiéndole en su creencia, hiriéndole en su dignidad, negándole el cortés saludo que ni al mayor enemigo se le niega, apostrofándole destemplada y anticristianamente, y aconsejando al honrado dueño de una casa amiga le *despache* de su morada para no contagiarse y evitar caer también en el pecado mortal.

Recomendémosle por último, recuerde aquellas palabras de Jesús en que profetizando los efectos que su verdadera doctrina había de producir en el mundo, por la ignorancia, el orgullo, la ambición y el egoísmo de los hombres, dice: « Yo no he

venido a meter paz sino espada: porque he venido para hacer discusión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa.[1]»

«Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.[2]»

«Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno[3].»

(El Espiritismo)

DICTADO SOBRE LA-TUBA

DICIEMBRE 1871

Médium Juan Pérez

¿El espiritismo debe permanecer aún en el estudio de ciencia filosófica, o ha llegado la época de propagarle como religión publica y práctica de la humanidad; y en este caso cuál debe ser la conducta de los espiritistas?

El espiritismo debe presentarse hoy como ciencia filosófica, porque todavía no está la humanidad en estado de desconocer sus errores religiosos y abrazar con el espiritismo la religión universal.

Mañana, cuando el hombre sea más instruido, que le comprenda como esencia filosófica, podrá muy bien hacer de esta filosofía una religión que abrace al orbe, seguro de que ésta llenará sus aspiraciones.

Si hoy tratasen los espiritistas de hacer prevalecer esta doctrina como religión de todos los pueblos, trastornarían las ideas hasta el extremo de hacer del espiritismo un caos, en donde se estrellarían las inteligencias pequeñas.

La conducta de los espiritistas ha de ser propagar su doctrina; pero siempre con moderación, con prudencia, con sensatez y cordura.

¿Pero aun procediendo de este modo no se choca con las creencias religiosas de los pueblos?

No os de pena esto. Dejad que las cosas sigan su curso natural. Todas las grandes revoluciones vienen preparándose muchos años, hasta que reunidos los elementos y comprimidos estallan.

X.

DICIEMBRE 1871

Médium J. Pérez

Perdona la ofensa que te han hecho mis hermanos y mis amigos con su incertidumbre e incredulidad.

Perdónales que esta causa es propia de todos los que no se han inspirado en la verdad de la vida con la doctrina de la revelación. No les ha llegado su día, y sus almas están muy lejos de presentir este hecho real, evidente, palpable, cierto.

Dios quiera que les toque cuanto antes el corazón y que se convenzan de que existen al lado de ellos los seres queridos que la muerte, esa ley inflexible y dura, les ha arrebatado.

Dichosos los espíritus que dejan en ese mundo a sus seres más queridos llenos de fe y de amor, de un recuerdo tan grato y de una esperanza tan viva que les deja entrever fácilmente nuestra mirada, nuestra imagen, nuestra sonrisa, cuando con emo-

---

[1] Mat. X, 34 al 36.
[2] Mat. X. 22.
[3] Mat. X. 28.

ción les llaman y cuando en sus oraciones piden por ellos felicidad y ventura al lado del Todopoderoso.

¡Ah! ¡qué fatalidad tan grande es la de negar nuestra existencia aquí y rozándonos con ellos! Es un tormento indecible, cuando la muerte no borra nuestras puras afecciones, mirar con amor y no corresponder a nuestra mirada. Es un delirio atroz llamar llenos de cariño y de ternura y no contestarnos nada. ¿He de renunciar a perderles? Esto me lastima demasiado; quiero ser de ellos y no me reconocen. Dios mío, estoy en el peor trance de la vida; ellos me hacen desgraciada sin saberlo; me hacen desgraciada cuando darían todo su ser por oír uno de mis acentos, por ver la más triste de mis sonrisas, por mirarse en una sola de mis miradas. No ven en la omnipotencia, en la justicia, en la bondad de Dios a la hija que perdieron, a la hermana que lloraron, a un ser que vivió con ellos confundido, para hacer de ellos la felicidad eterna, el goce perpetuo, la vida infinita. ¡Conocisteis a vuestra hija A. hasta el... último día de su existencia terrenal! Si esto es así, día triste y de fatal recordación, día de luto y desconsuelo.

La vida y el todo del ser que habéis amado, ¿no dice a vuestra razón, papás y hermanos míos, que el amor que me profesáis llega más allá de la muerte y me circunda y que refresca tierno y cariñoso el ardor de mis abrasadas pupilas? Sí, tenéis necesidad de creer esto, tenéis necesidad de creerlo para que no sea el amor de un padre una mentira, el cariño de un hermano una palabra hueca y sin sentido, y la vida con sus variadas emociones un hecho que carece de significación; tenéis necesidad de creer en la bondad de Dios para no negar a vuestra hija en los espíritus, para no sentir de menos a la que os colmaba de ventura cada vez que os mirábais en sus ojos. Tenéis necesidad de fe y de esperanza para no morir de pesar y de dolor, separados de mí y en la idea de que esta separación dure eternamente. Vuestra hija, espíritu, está a cada hora, a cada momento con vosotros: llamadme y os responderé, llamadme y si vuestro acento vuestra voz, van unidos a un deseo santo, religioso y sublime, vuestra hija os contestará. Perdonad, adiós.

A….

UN ESPÍRITU ENCARNADO EN LA TIERRA

Salve, salve, bienhechora creencia que vienes con tu luz a redimir a la humanidad cautiva del error y de la incertidumbre; los hombres te bendicen y esperan de ti un eterno manantial de ventura, paz del espíritu que remunerará todos los azares de hoy y compensará todas las lágrimas derramadas entre el silencio y la oscuridad de la duda, y todos los gemidos lanzados ante el espectáculo imponente de la soledad de este destierro. Tú robusteces la imaginación presagiándole un seguro porvenir en un inmenso campo de vida, y a la sola idea de que el pensamiento nunca se anonada, haces lucir hermosos y esplendentes los rayos del sol, como también haces que la esperanza aumente la brillantez de los colores que viste la naturaleza animada por el calor de un hermoso día.

Todos te saludan con el regocijo del alma que sabe agradecer, y es tanta la majestad que resalta en ti, que aun presintiendo la verdad de tu presencia, los que no te conocen por apáticos celebran tu bien venida.

Tú vas conquistando el mundo, el pensamiento de los hombres, y regenerando el ser a medida que se identifica con tu preclara virtud. Tu misión es la del cielo,

purificar con tu aliento el ambiente que nos envenena.

Los pueblos te reciben gozosos, te abren su corazón y ponen a disposición tuya el vehículo del pensamiento.

Cada revelación que trasmites es una onda que se dilata en un círculo infinito, dejando en cada ser impresas las huellas de tu majestuoso paso y la mente, ese crisol en donde se depura la verdad, trabaja ansiosa por reconocer tus formas y verte hasta deslumbrar con la fúlgida aureola en que yace circundada.

Tú eres, revelación, el Jesucristo del siglo presente: el espíritu perfecto de ayer, vino al mundo de una manera tangible, porque era preciso tocarle para creerle; el Jesucristo de hoy, se nos manifiesta espiritualmente y le vemos, porque nuestras funciones intelectuales son más suaves y delicadas.

Salve al espiritismo, luz de amor, que lleva la misión de regenerarnos, su virtud llega a todos y su semilla fructificará hasta en los corazones más escépticos y empedernidos.

ADELA

Traducción por T. Cervera

CONSEJOS A LOS MÉDIUMS

SOBRE LA NATURALEZA DE LAS PREGUNTAS

Siempre que sinceramente queráis rogar a Dios os ilustre sobre cosas del mundo incorpóreo, obtendrías la satisfacción de vuestro deseo, a no ser que vuestras preguntas versen sobre cosas que no debéis conocer aún o que no podríais comprender. En este caso, se os advertiría de la inoportunidad de vuestra pregunta. Podéis pues, sin vacilar, hacer las preguntas que se refieran a los estudios que abordáis, no tengáis el temor de ser inducidos al error cuando recibáis solo comunicaciones saturadas de la moral divina. Hay revelaciones que solo se pueden hacer en la soledad, con el fin de poder indicaros aquéllas sobre las que es necesario aún guardar silencio durante cierto tiempo, hasta que, más entendidos los fenómenos espiritistas, no haya inconveniente ya en divulgarla.

Tened pues la seguridad que con éxito podéis obtener noticias verdaderas y sinceras acerca de la organización de vuestro mundo y de los que desconocéis.

Luis.

A LOS MÉDIUMS DE CÍRCULOS DE ESTUDIO

Como (siguiendo las leyes eternas que rigen las relaciones del mundo material y del mundo invisible) es imposible que se den instrucciones a quien no pueda comprenderlas, sucederá necesariamente que, cuando un médium desee recibirlas más allá de su inteligencia, será aconsejado para que dirija hacia otras cuestiones sus pensamientos y sus deseos.

Siempre será aconsejado a que se entregue a los estudios que pueda abordar *con fruto*; y como a pesar del predominio del mal sobre la tierra, cada uno posee en sí, por poco que se halle sobre los espíritus inferiores, sentimientos innatos de moral, como esto es, sobre todo, lo que importa desarrollar principalmente en vosotros, no hay porque sorprenderse de que tantas comunicaciones aconsejen a los que las reciben, no salir de este círculo, si otros estudios no le son abordables. No se sigue de aquí que ciertas organizaciones no sean aptas para recibir la verdad bajo

otras fases y que esta verdad deba limitarse en todos al estudio *exclusivo* de vuestro mejoramiento moral. Es preciso, pues, cuando solo se quiere *sinceramente* el bien y lo verdadero, buscarlos por todas las vías, y en todas las cuestiones posibles. ¿Cristo no dijo que el Espíritu de Verdad vendría a enseñaros sobre todas las cosas?

Cuando vuestros guías espirituales, después de haber dado pruebas de su identidad y de su moralidad, os indiquen una vía, podéis estar completamente seguros que podéis y debéis seguirla sin vacilación, sin preocuparnos nada de lo que otros digan ni de las contradicciones que aparentemente puedan resultar con lo que otros reciban a vuestro lado. No os fijéis nunca en esta particularidad que puede presentarse, que esos consejos de abstención en cuanto concierne a los estudios científicos van acompañados de los pensamientos más puros y elevados, porque pueden venir de espíritus muy superiores y son de gran sabiduría para aquellos a quienes son dados.

En resumen, no tengáis miedo en tomar y en hacer comprender a los que esto pudiera detener, que la ciencia ayuda al corazón a comprender y a amar por la persuasión, la certidumbre y la fe que hace nacer en ellos.

ATHÉNÉUS.

Médium J. J. G.

EL CREDO

Creo en Dios padre todopoderoso, gran arquitecto de los innumerables mundos, infinitamente bueno, santo y justo y cuyo amor para sus hijos no tiene límites: creo en Jesucristo uno de sus hijos, enviado, celestial que apareció en el globo tierra para sellar con su sangre la promesa de redención, que padeció crueles tormentos bajo el dominio de Poncio Pilatos y pendiente de la cruz perdonó a sus enemigos, que su espíritu radiante de gloria se transportó al paraíso recibiendo la bendición del Padre y que se hizo visible y tangible a sus muy amados discípulos para alentarles, en su santísima misión: creo en la comunión de los fieles, pues, donde haya dos congregados en nombre de Jesús, allí estará él en medio de ellos: creo en el progreso indefinido, en la pluralidad de existencias y mundos, y en las penas y recompensas futuras.

JOSÉ BELLIURE Y APARISI.

Castellón de la Plana 8 de Junio 1873.

COMUNICACIÓN ESPIRITISTA

OBTENIDA POR LA MÉDIUM VIDENTE

STRA. DOÑA JOSEFA DE CASTRO Y DOCIO

el 19 de Diciembre de 1872

SIRVIÉNDOSE DEL VASO CON AGUA MAGNETIZADA

Empieza la comunicación percibiendo hacia el fondo del vaso, nueve esferas o globos de un blanco mate, colocados alrededor de otro central de mayor tamaño, pero de igual aspecto y del cual salen unas líneas, especie de hilos, hasta encontrar a los que le rodean.

A los pocos instantes, estos globos se elevan a la superficie del agua y debajo de ellos aparece una nube o capa fluídica espesa, pero homogénea en color. A través de esta nube semitransparente se va distinguiendo en el fondo del vaso otra serie de globos análoga a la que se halla en la superficie. Efectuado esto, los globos superiores se iluminan sucesivamente, ra-

diando luces con hermosos cambiantes y chispeante centelleo, lo cual expresa la Médium con admiración, por la belleza que presentan.

La nube interpuesta entre las dos series de globos empieza a presentar también diversos destellos y por fin se cubre como de un polvo de oro refulgente. Entonces un ojo grande, enorme, saliendo de entre las nubes hacia el centro del sistema, va haciéndose cada vez más visible, se eleva y queda por fin sobre el globo central de la parte superior. Aparecen letras: *El ojo de la Providencia vela por todo lo creado y por lo que está latente. Esto que aquí se presenta, son otros tantos mundos que un día serán visibles para todas las humanidades*. Los globos de la serie inferior se iluminan también radiando luz. Nuevas letras: *No os admire lo que presente tenéis; todo tiene razón de ser en el Infinito*. Las esferas de ambas series toman un movimiento de rotación alrededor de sus ejes y de traslación alrededor de la central, ambos muy rápidos y al cabo de algunos instantes la visión desaparece.

Pasado un rato vuelve la médium a colocarse mirando al mismo vaso, y he aquí lo que nos va diciendo:

Una nube blanquecina empieza a verse, luego un brazo que lleva en su mano una vara como forrada en espiral por dos cintas, una verde y otra roja, brillantes, con cuya vara parece abrir paso a través de la nube. Va distinguiéndose el cuerpo a que pertenece aquel brazo, y por fin aparece la figura de un hombre, esbelta y llena de belleza. Lleva por traje una blusa blanca, de manga corta, que deja desnudo el brazo; y ceñida por un ancho cinturón brillante como el oro. Su calzado es sandalia, sujeta por un trenzado de cintas verdes y rojas, y otra cinta, también roja y nada estrecha, ciñe suavemente su cabeza a manera de diadema sobre su rubia y resplandeciente cabellera que le cae en rizos sobre los hombros. La mano izquierda no está inútil, lleva dos esferas grandes y las toma sucesivamente con agilidad como si efectuara un juego de Malabares. Sus maneras y movimientos tienen según la Médium, una expresión y belleza sin igual.

Presentada esta figura en toda su brillantez y elegancia se ve aparecer un cetro de oro por el lado opuesto y al momento la simbólica figura lo coge con la punta de su vara, lo arroja al suelo y se coloca encima. Hace señal de hablar y pasan estas palabras: *El último caerá así, porque el rayo de la inteligencia lo derrumbará sin violencia y sin verter sangre.*

Terminado esto aparecen por ambos lados dos coronas reales sostenidas por dos manos que tratan de colocárselas en la cabeza, mas el personaje las rechaza y se ven de nuevo letras: *No debemos apetecer esta distinción; quiero y deseo más tener el placer de que sea la humanidad distinguida por la esplendente virtud, que por galardón adquirido sin inteligencia. El hombre que se cree superior a los otros porque le brindan una corona y la admite; ¿no comprende que cuando lo coronan es para engreírlo y hacerlo un fantasma del cual abusan todos contando con su ignorancia? Solo el desgraciado ignorante admite la distinción de coronarse para ser el blanco de las malas pasiones. No desear distinguirse, pues valemos ser inteligente y libre que tener una divisa que manifieste nuestra ignorancia.—Quiero más esto!* Y haciendo un ademán se abren al mismo tiempo los dos globos que tenía en la mano, de los cuales emanan millares de seres con semblante risueño, con cara de placer, que rodean al esbelto personaje, dándole las mayores muestras de amor y gratitud y produciendo en él una emoción

sublime que le hace aparecer radiante de alegría con una aureola luminosa.

Se preguntó luego, qué representaba este cuadro, y contestó: *El saber y la virtud por un espíritu de regiones superiores y millones de seres que pronto se aproximarán a la tierra y entonces ellos enseñarán lo que yo he manifestado en esta figura fluídica, pudiendo expresaros todo el régimen que la humanidad llevará y entonces conocerá el estado de abyección en que ha estado envuelta; libres seréis por la inteligencia.*

¿Qué medios tenemos para llegar a la armonía? *Siendo virtuosos y amantes de los más desgraciados.*

El cuadro fue desliéndose y desapareciendo entre una aureola de luz coloreada de verde, rojo, violado, oscuro y amarillo. Se preguntó si estos colores representaban esperanza, progreso, amor y protección. *Sí, vuestro prisma me divisa en los colores:*

VARIEDADES

UN RAYO DE LUZ

¿Qué nueva luz mi pensamiento hiere?
¿Qué nuevo aliento mi existencia anima?
¿Qué mágica esperanza me sonríe
Qué embellece las horas de mi vida?
¿Es quizás el amor plácido en sueño
Que con un mundo de placer me brinda?
¿O la amistad me ofrece su consuelo?
¡Emanación de Dios pura y bendita!
¿Me prodigó la suerte sus favores?
¿Me dio tesoros de simpar valía?
¿O la voluble fama en su entusiasmo
Dejó laureles en mi sien marchita?
No es del amor el delirante anhelo,
No es la amistad con su afección tranquila,
No es la riqueza con su pompa vana,
No es de la gloria la ilusión de un día,
Es otra *luz* que iluminó mi mente,
Ya mi razón no duda, no vacila;
Ya comprendo de Dios la omnipotencia
Y admiro su poder y su justicia,
Del porvenir el- insondable arcano
Y el misterio infinito se descifra.
En el momento que conoce el hombre
El continuo progreso de la vida.
Los mundos a los mundos se suceden,
Generaciones mil se precipitan,
Que pasan cual fulgente meteoro
Derramando a su paso la semilla
De un adelanto lento, pero eterno,
Que a la virtud sublime inmortaliza.
¡Qué grande es del Señor la omnipotencia!
Todo en la tierra a su poder germina,
La destrucción no existe, no hay *la nada*,
El no ser lo forjó la fantasía...
Pluralidad de mundos y existencias
Forman universales armonías,
Que para muchos hijos de la tierra
Fueron, son y serán desconocidas.
¡Fatal dominación de la materia
Que a tantos desaciertos precipita!...
. . . . . .
. . . . . .
¡Incansables obreros del progresó!
Arrostrad con valor vuestra fatiga;
Sacad del *celemín* vuestra linterna
Y que brille la luz de eterna vida,
Que comprendan los míseros mortales
Que hay quien mire su llanto y su sonrisa;
Que Dios nos da un amor inextinguible
Y su misericordia es infinita.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid.

LA ORACIÓN

Para rogar al Eterno
Yo no encuentro necesario
Entrar en el santuario
Que la costumbre fijó.
¡Cuando un alma dolorida
No encuentra a su mal consuelo
Le basta mirar al cielo!
¿Hay templo más grande? No.

Las iglesias confundidas
Dentro de grandes ciudades
Son centros de vanidades,
Y allí no puedo rezar
Una muchedumbre inquieta
Ante mis ojos se agita,
Que va a la casa bendita
Su gala y lujo a ostentar.

En medio de tantos seres
No hay unos labios que imploren,
No hay unos ojos que lloren
Con llanto del corazón.
Acuden al santuario
Tranquilos y sonrientes,
Murmurando indiferentes
Por rutina una oración.

Oraciones estudiadas
Sin sentimiento, ni anhelo,
Se perderán, que en el cielo
No las pueden comprender.
Cuando en la mente angustiada
Un eco doliente vibra,
Y cuando fibra por fibra.
Se deshace nuestro ser,

Entonces de nuestros labios
Brotan frases incoherentes,
Que suben puras y ardientes
Hasta el trono del Señor.
Esa es la oración bendita
Que el Omnipotente escucha;
—¡El gemido que en la lucha
Lanza el triste pecador!—

Nuestra religión cristiana
Es dulce y conmovedora,
Es tierna y consoladora
Como ninguna lo es.
Y aunque ha sido combatida
Y humillada en su pureza,
Resplandece su grandeza
De los siglos al través.

De la construcción humana
Me gustan las catedrales,
Con ventanas ojivales
Y dudosa claridad.
Con sus naves silenciosas
Y sus arcadas sombrías.
Con sus graves melodías
Y su triste majestad.

O en la cúspide de un monte,
Una solitaria ermita,
Donde el pecador medita
Pensando en su porvenir.
Cuantas veces he rogado
En esos pobres asilos.
Ignorados y tranquilos
Donde se acaba el sufrir!

Cuando me encuentro en parajes
Donde no hay templos de piedra,
Ni ermitas donde la hiedra
Pueda su manto extender.
Busco en collados y en montes
Magnífico santuario,
Que en un valle solitario
Allí está el Supremo Ser.

Allí está el cielo y la brisa.
Las cascadas y las flores,
Y las aves de colores,
Que bendicen la creación.
Está la naturaleza.
Esa fábrica grandiosa.
De belleza portentosa
Y gigante construcción.

La obra del hombre ¿qué vale
Ante esa débil muralla
Que al mar le sirve de valla?
¿No se ve allí a Dios quizá?
Pues se suceden los siglos.
Los mares se precipitan,
Las olas siempre se agitan
Y nunca van más allá.

Cuando el huracán arranca
Los árboles centenarios.
¿Hacen falta santuarios
Para temblar ante Dios?
¿Tendrá más poder acaso
Un templo pobre y mezquino,
Que ese misterio divino
Que hay de la natura en pos?

Para esos seres que nacen
Escasos de inteligencia
Y que no tienen conciencia
De lo que vale su ser.
Vayan esos en buen hora
A rogar porque otros rueguen,
Y acudan por que otros lleguen,
Y hagan lo que vean hacer.
. . . . . .
. . . . . .
Los hombres por conveniencia
Y otras *profundas* razones,
Hicieron innovaciones

En los dos más de la fe.
Y a su placer aumentaron,
Y a su gusto destruyeron,
Se quitaron, y pusieron,
Y no es hoy lo que antes fue.

Por esto a mi falsos ritos
En nada me satisfacen,
Ni lo que los hombres hacen
Me inspira gran devoción.
Que Dios es grande ¡muy grande!
Y es el hombre muy pequeño
Para convertirse en dueño
Del que fue su salvación.

Quede atrás el fanatismo
Con sus castigos y horrores,
Y vengan siglos mejores
Que ilustren la humanidad.
Sombras de espanto y de luto
Dormid en sueño profundo...!
Dejad que ilumine el mundo
El *astro* de la verdad.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid.

CORRESPONDENCIA

Sr. D. Antonio del Espino

Valencia 10 de febrero de 1873

Mi caro hermano: Os saludo con toda la efusión de mi alma, como a todos nuestros hermanos, impetrándoos prosigáis impávidos el hermoso y floreal camino que habéis principiado, porque solo *él* nos conduce con inaudita rapidez al jardín de los consuelos, a la selva del amor, donde moran los elegidos de Dios que han cumplido sus pruebas.

«Bendito sea el que viene a nombre del Señor.»

Estas palabras retumbaron en los muros de la primitiva Jerusalén y en los oídos del Gran Maestro, el que nos enseñó la sublime ley de amor y caridad: aquella chusma fanática le llenó de improperios, de injurias, desconociendo su gran bondad; a empellones le arrojaron, cual si fuera una fiera y cargándole el madero regenerador lo subieron a la cumbre del Gólgota, donde se habían colocado dos cruces, afrentoso patíbulo en medio del cual, el hijo de María, exhaló el último suspiro, pero antes dirigiendo su límpida mirada al *Eterno* pidió con suplicante voz que tuviera conmiseración de sus verdugos.....!!!

He aquí, mi caro hermano, lo que debemos hacer los que militamos en las consoladoras huestes del espiritismo, contemplar a aquel Gran hombre que a su paso los árboles y plantas se inclinaban abriendo sus cálices, para ungir con su aroma al que venía a nombre de un Dios de amor: es necesario rogar a nuestro padre para que, la escuela de Epicúreo y Lucrecio, abran su ojos y alaben por do quier al que los espiritistas saludan:

«Bendito sea el espiritismo que viene a nombre del Señor.»

Diferentes bandos políticos se destrozan, esgrimiendo el puñal homicida contra su hermano, imitando la conducta de *Caín*, obedeciendo a bastardas, pasiones, y uno de ellos, a la sombra de un Dios de misericordia e infinitamente bueno, santo y justo, incendia, saquea y asesina. ¡Ah! ¡día vendrá que pagarán con duras creces tan extraviado proceder....! No es éste el camino que predicó el hombre modelo dechado de virtud.

Todo efecto tiene una causa, amigo mío y si tendemos la vista a la monstruosa guerra Franco-Prusiana, vemos la ambición de dos hombres, que fueron los instrumentos para que sucumbieran en la lid millares de inocentes, dejando en la orfandad a otras tantas familias...! Los espí-

ritus que abandonaron su envoltura en el fragor del combate han entrado en el mundo Floreal, buscando un más allá y cuando aparezcan sobre éste u otro planeta, vendrán con la misión de no destruir la sublime obra del Padre celestial, y respetar con la mayor veneración la Ley que se promulgó en el Sinaí.

El prisionero de Sedan está en el mundo de los espíritus, es decir, en su primitiva patria, estoy seguro que hoy pensará de diferente modo, y que a todo trance querrá apartar de su vista la acumulación, de crímenes que por su culpa se han parificado..! plegue a Dios que su arrepentimiento no se haga tardar, para que cuanto antes entre en la vía regeneradora y busque el progreso.

Los españoles, cual si estuviéramos en las edades bárbaras, se están aniquilando despiadadamente: los buques; que atraviesan los mares de un polo a otro pagan hoy un crecido tributo al fondo, apareciendo sobre la superficie de las olas embravecidas una alfombra de cuerpos humanos; los terremotos con frecuencia se suceden sepultando miles de personas, y en los ferrocarriles surgen diariamente dolorosas catástrofes.

¿Qué religión nos podrá explicar el porqué de tanto conflicto?

Solo el espiritismo lo explica satisfactoriamente: No están tan lejanos los días profetizados, que cambiará este planeta su modo de ser, y los nuevos moradores lo trasformarán en un delicioso paraíso donde solo el amor y la caridad tendrá su imperio.

La hora de la redención no se dejará esperar, prediquemos hermanos nuestra doctrina, no permanezcamos en el *Aventino*, cada uno de por sí haga un esfuerzo, y solo así aumentaremos el apostolado del espiritismo: estrechemos nuestras filas esgrimiendo no el puñal que mata, sino el decálogo de Moisés, laureado con la brillantez del amor y de la caridad, no teórica sino prácticamente: esta clase de armas es la más poderosa porque edifica y no destruye.

También los soberbios y orgullosos, miran a los pobres con mirada torva y si tienen que dirigirles la palabra lo hacen de un modo imperativo...! ¿No comprenden estos desgraciados, que los pobres representan la noble figura de Jesús, y que cada individualidad es un gran misterio y cada ser cumple una misión de prueba, como así la verificarán los faltos de caridad en venideras encarnaciones para seguir la vía progresiva?

Los espiritistas miramos a los poderosos y a los pobres como a hermanos, porque todos somos hijos del gran padre y no tenemos rencor contra los que nos tratan de locos y farsantes, antes al contrario, se conduelen nuestros espíritus en la cárcel de la materia, porque nuestros hermanos desconocen las bondades del Supremo arquitecto.

Marchemos hacia Dios y dediquemos nuestro ser a Él, siguiendo las sacrosantas huellas que el predilecto de sus hijos imprimió en el Gólgota,

JUAN JOSÉ CARO Y PRIETO.

Extractamos de una carta de Madrid los siguientes párrafos:

La controversia que tenemos con el catolicismo, se está sosteniendo por los nuestros a una altura, muy grande, como no podía menos de suceder, causando un efecto muy agradable en el público, la interpretación que el Espiritismo da de al-

gunos versículos de los Evangelios, demostrando evidentemente su concordancia con nuestra doctrina y que ninguna escuela había podido explicar tan claramente como lo hacemos nosotros.

Tan fuertes han sido los argumentos de nuestro hermano Corchado, que obligó a nuestro contrincante el cura Palacios a confesar la no existencia del infierno material como lo admite el catolicismo, si bien luego en la rectificación, al verse cogido por Corchado, manifestó, retractándose, que si en el calor de la improvisación había dicho algo que no estuviere conforme con lo que dice la iglesia *Católica, Apostólica, Romana* que lo retiraba y daba como no dicho, porque él ante todo es *Católico, Apostólico, Romano* y no puede decir ni rechazar nada que no diga ni rechace la iglesia. ¿Es esto discutir con formalidad? Pero por más que luego hiciera esta declaración, que le colocó en peor situación, porque después de manifestarse racionalista, hizo abdicación de su razón ante la *autoridad de la iglesia*, el público no echó su confesión en saco rotó.

Otro adalid del Catolicismo, Díaz Moreu, que le siguió en turno en la discusión, y que pretendió atacar el Espiritismo en sus bases, no tocando ni llegando siquiera a ninguna de sus bases fundamentales, confirmó la confesión de Palacios, diciendo que el demonio: materialmente como lo admite el Catolicismo, y como lo pinta con *cuervos* y *rabos*, no existe; pues que al pintarlo así es para sintetizar mejor el principio del mal. De modo que estas dos confesiones de los defensores del Catolicismo, le dejan muy mal parado, porque destruyen la existencia del infierno con sus calderas de Pedro Botero, y sus diablos achicharrándose y achicharrando a los seres que, según el Catolicismo, son inmateriales, y por consiguiente no pueden sufrirla acción del fuego material.

También habló anoche el *ex católico* y *ex cura* Tristán Medina, atacando sobre este punto al Catolicismo, y defendiendo al Espiritismo (si bien declaró no ser Espiritista) de los ataques de embaucadores etc. etc. que nos propina la secta que se llama Religión de Paz y Caridad, diciendo en esta defensa que el Espiritismo es muy digno de respeto y de estudio por lo grandioso de su doctrina, y no merece ser atacado tan rabiosamente y sin conocerlo como lo hace el Catolicismo.

P.

MISCELÁNEA

Invitamos nuevamente a todos los grupos y círculos que hay en esta provincia y en las comarcanas, a que se pongan en relación con la SOCIEDAD ALICANTINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS, que se halla establecida en la calle de Castaños, núm. 35, piso 2.°, de la que es órgano LA REVELACIÓN.

La unión es fuerza, y toda idea que ha de propagarse, necesita unidad de acción, combinación de elementos que conspiren a un mismo fin. En las múltiples y variadas manifestaciones del Espiritismo y en su profundo estudio, nacen cada día dificultades insuperables al parecer y fenómenos nuevos; escollos y hechos que deben conocerse por todos los que de buena fe se dediquen a su estudio y de quienes también se debe recibir consejos que guíen por el derrotero de la práctica.

A este objeto debe establecer una constante comunicación con este Centro que publicará todo lo que revele nuevas y aceptables ideas y hará conocer a los grupos la marcha que deben seguir para la propaganda de nuestra doctrina.

Esperamos, pues, *que atendiendo* a su propio interés y al de la escuela, venzan todos la pereza y entablen la circulación de ideas que debe haber entre los espiritistas de todo el mundo.

El 12 de febrero, día glorioso para los españoles amantes del bien y de la moralidad, fue proclamada la república en nuestra querida patria, víctima hasta entonces de la ambición de los partidos medios que se repartían su túnica y la crucificaban.

Saludamos con júbilo el advenimiento de esta forma de gobierno que proclama la justicia, la libertad y el orden y que aboliendo todo privilegio, reconoce los derechos naturales del hombre. La democracia es nuestra vida, nuestro ser y aunque nuestra REVISTA no sea política, no podemos menos de rendirle tributo.

Hora es ya de que España levante su nombre y figure entre las naciones de primer orden por el talento y moralidad de sus mejores hijos. Reine en nuestra turbulenta nación la paz y tranquilidad necesaria, para el fomento de la riqueza pública y para que a la sombra de las instituciones liberales se instruya el pueblo tan fanático en religión, como escéptico en política.

Gracias a la Providencia quedarán los sacerdotes sujetos a la suscripción de los *fieles*, por la justa separación de la iglesia y el Estado y así se acabará más pronto la llama moribunda de la secta romana que agoniza a los golpes de la revolución.

El verdugo, empleado en la misma dependencia que el clero, también quedará cesante,—*no ejercerá*—y no se dará el espectáculo horrible de levantar un patíbulo. Ya el *negro* será considerado como persona, y como tal tan digno de respeto como el Papa, y el criminal será considerado como un desgraciado a quien la pasión política no podrá perjudicar, porque el jurado será la mejor garantía de la inflexibilidad de la justicia. Como innovadores, nosotros somos solidarios de las reformas en todas las esferas y debemos protegerlas y fomentarlas. Los más ignorantes y apasionados del país están en armas exigiendo la muerte de la conciencia. He aquí, lo que se puede esperar de los muy amados discípulos del catolicismo *enragé.*

Hagamos votos porque se consolide el gobierno republicano, progreso que apetecía el espíritu, etapa necesaria en la marcha política que traerá la solución a que aspiramos, la unidad de la especie humana, la solidaridad universal.

El *Semanario Católico* en uno de sus últimos números, tomó de un periódico moderado de Madrid un artículo bufo, que un clown madrileño escribió contra el Almanaque del Espiritismo. Poco favorece a la estirada presunción de sabios que usan algunos de sus redactores el hacer lugar a la broma y al jaleo. ¿Pero qué han de hacer, si no tienen a mano razonamientos serios?

Más calma y más estadio.—Hay círculos y grupos que guiados por un sentimiento exagerado—trop de zéle—y quizás por amor propio, dan a luz los hechos y manifestaciones que obtienen y que debieran estudiar y analizar con detenido examen, para no caer en el ridículo y herir de rechazo a la idea que quieren propagar. Imítese a los Centros más ilustrados de España, como los de Barcelona, Madrid y Sevilla, y se verá que luego de trascurrir mucho tiempo y de comprobar un fenómeno o una comunicación, se atreven a lanzarla al viento de la publicidad.

Sentiríamos que no se entendiese bien nuestro consejo y se exaltara más la susceptibilidad de los que solo se guían por

su antojo. El tiempo, gran curador de terquedades, nos dará la razón y patentizará quienes son los que se han dejado dominar del gusto de *presentación*. Por hoy no decimos más, y sentiríamos tener que decir.

¡¡Como soy tan bravo!!—La gente de sotana no perdona medio para hacer ver ante la luz pública cuan torpes, ridículos e indignos son los medios de que se valen para combatir una ciencia que no han podido ver, pues se lo impide la corrompida atmósfera del oscurantismo en que yacen esos noveles sicarios del Santo Oficio en el siglo XIX.

Se nos asegura por persona que lo ha presenciado, cuyo crédito está fuera de toda duda, que el auxiliar de Religión y Moral en la Escuela Normal de Maestros de esta capital, el *bravo* presbítero D. José Baeza, acostumbra a tocar muy a menudo la cuestión espiritista en la clase para que es llamado a explicar, expresándose naturalmente como todos los de su ralea, de la manera más indecorosa que darse puede, faltando a la cortesía, a la buena educación, al respeto de sus discípulos y más que todo, al lugar que ocupa, no como cura, sino como Profesor.

Y es tal la bravura del mencionado *Cidneo*, que cuando se cansa de lanzar los *santos* rayos de sus *divinos* anatemas, exclama fuera de sí: que salga, que salga la que tenga algo que decir; y si entre Uds. no hay nadie que quiera salir, que vengan a mi casa los hombres de bigotes.

Si será valiente el cura. ¡¡¡Válgale Dios y qué cosas!!!

Los médiums.—Rogamos encarecidamente a todos los médiums, que estudien mucho si quieren prestar grandes servicios a nuestra doctrina. Por lo general, son estos tan contrarios al trabajo intelectual, que olvidan pronto lo que obtienen y se dejan dominar fácilmente de algún espíritu charlatán. Si la instrucción es necesaria, la virtud es indispensable. El hombre que no es moral, no puede ejercer dignamente el sacerdocio de la comunión general y por desgracia, hay muchos que con las manos manchadas pretenden comunicarse con espíritus elevados, que están por su conducta muy lejos de tal amistad. El conócete a ti mismo, de Sócrates, debiera grabarse en su conciencia y así cada minuto se reconocerían atrasados y viciosos y corregirían con fe sus defectos e ignorancia, con la virtud y el trabajo. Nuestro consejo es hijo de la experiencia, y no deben olvidarle; los mil escollos que en la práctica encuentran, son naturales resultados de su ineptitud. La ciencia no se da, se adquiere y por desgracia, todavía hay muchos que la quieren comprar.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 29

ALICANTE, 20 DE MARZO DE 1873

LOS ILUSOS

Por todas partes oímos esta palabra; en todas ocasiones nos aplican este nombre; este nombre ha venido a reemplazar al nuestro, que se ha sumido en una profundidad; en la profundidad del olvido. Hemos perdido la razón; ya no brilla antorcha alguna en nuestra mente; caminamos a ciegas por el mundo; tomamos los breñales por jardines; los jardines por breñales. Quieren guiarnos, quieren conducirnos, y nos negamos a nuestra salvación. Rechazamos la mano generosa que se nos ofrece, con una tenacidad casi criminal.....¡Infelices! ¿Qué será de nosotros?

Vivid dichosos, vosotros los cuerdos, vosotros los sensatos, vosotros los sabios; los que poséis en el santuario de vuestro pecho el tesoro de la verdad; los que guardáis en el fondo de vuestra mente, encendida y radiante, la sagrada lámpara de la razón.

Se feliz tú, materialista, digno de la consideración del mundo, del respeto de los débiles, del asombro de los pusilánimes, del terror de los pobres de espíritu; tú, que en la imaginación de los timoratos te levantas sombrío y terrible en la inmensidad de los cielos, como Satanás increpando al astro del día; tú, cuyas blasfemias conmueven el firmamento, siendo maravilla que el Ser misterioso que le habita no reduzca a polvo el Universo por tus imprecaciones. En tu cielo no hay Dios; en tu tumba no hay vida; en tu pecho no hay fe; en tu corazón no hay amor inextinguible; en tu mente no hay idea del principio, y para ti el sentimiento de justicia no se levanta, como la estatua, sobre sólido pedestal, sino que, como la cigüeña, flota en el aire a merced de las tormentas. Desprovisto de espíritu religioso, en tu cuna no danzaron los amorcillos del cielo; en tu juventud no te acompañan los invisibles ángeles del bien y el mal; en tu vejez no se sentará a tu lado, en el sombrío rincón del templo, la enlutada beldad de la religión, para pulsar el arpa sagrada al compás de tus sollozos. Tú no eres inmortal como los astros, sino perecedero como las flores. Tú no tienes la gloriosa ufanía de la inmortalidad; solo, triste, meditabundo, lúgubre, verás llegar el término de tus días; en ese término se abre un abismo insondable, a cuyo borde tendrás que despedirte por siempre, no sólo del mundo y de la vida, sino de la idea de recompensa a tus nobles acciones. ¿Habrá sido tu vida un sacrificio? ¿Habrás creado la gloria de los demás a cambio de tu martirio? Pues bien, lograrás el mismo pago

que el malvado que creó su cielo con el infierno del prójimo. La noche de la nada.

Esto es consolador; esto es justo; es lógico. Esto es ser *cuerdo*. Feliz tú; ¡oh materialista!

¿Y qué diremos del adorador de una religión positiva? Vedle; tiene un Dios; un Dios suyo, y de sus hermanos en creencia; un Dios que no pertenece al resto de los hombres; un Dios que colma a sus idólatras de bienes celestiales; que habla para ellos, que piensa para ellos, que siente para ellos... El resto de los hombres ¿qué le importa? ¿Esos hombres son acaso sus criaturas?

Para esos adoradores hay altares especiales; hay cultos especiales; ellos son el privilegio; lo cual es muy justo; sobretodo, muy conforme al amor divino. Los que nacen en apartadas regiones a las cuales no llegó jamás el cántico de esa religión especial, y que por lo tanto quedan desheredados de sus bienes, se les debe decir: ¿por qué no habéis nacido en regiones más afortunadas?

Los que sienten una aversión innata a la fe de esa religión especial; los que en virtud de su libre albedrío arrancan su corazón de la enseñanza que recibieran ¿quién les manda pensar y querer? ¿quién les manda tener facultad de elección?

Por lo cual es muy justo que queden desheredados.—¡Oh! felices los *cuerdos* que así piensan.

Y ¿qué diremos de esos seres ardientes, que descienden de Moisés, que vienen de los campos bíblicos, que reciben la enseñanza de Jehová, que creen en el exterminio *sagrado*, en las degollaciones *bendecidas*; qué diremos de esos seres que duermen en la antigua Biblia, que ignoran la venida de la nueva; que ignoran el paso de Cristo por el mundo; que ignoran la predicación de la concordia; la predicación de la libertad, y que en plena civilización, bajo el augusto y pacífico nombre de Cristianismo, llevan por doquier el incendio y la matanza, hacen morir de rubor a una mujer desnuda fusilan a otra por culpas atribuidas al marido, y matan a palos a un infeliz anciano, todo para *honra* y *gloria del Señor?*

¡Oh! esto es sublime; esto es más que sublime: esto es.....*cuerdo*.

Pero nosotros, pobres locos, ¿qué somos? nada.

Somos unos seres que creen en un Dios universal; en una religión que se llama Conciencia; en un altar que se llama Corazón; en una plegaria que se llama Suspiro; en una palabra que se llama Pensamiento. Por todo devocionario tenemos un libro escrito con sangre; un libro escrito a la luz de la fe, entre un terremoto y una agonía, una tarde negra, sobre un monte solitario.

Tenemos la pretensión de creer que no somos solos; que nuestro mundo no es el único; que el Creador es más grande; que hay millones y millones de mundos; millones y millones de soles; que la familia de Dios es más larga; que una humanidad infinita, moradora de los palacios de luz de las alturas, está unida a la corta humanidad terrestre por la dorada red de la solidaridad, que esas lucecitas a que llamamos estrellas, no han sido creadas para darnos luz en las sombrías noches, sino que siendo soles y mundos, giran en el espacio cumpliendo la magnífica y grandiosa vida de mundos y de soles, para que fueron creados.

Tenemos la audacia de creernos inmortales; de ser más que una violeta; de ser más que una estrella; de ser más que un

sol espléndido; porque somos una conciencia.

Soñamos con la idea del progreso; con la idea de la perfección; con la idea de la transfiguración del espíritu; soñamos que la crisálida llamada alma, rompe en mariposa del cielo, es decir, en ángel.

Creemos en la justicia; por consiguiente en el premio y el castigo; un premio y castigo moral y material, realizado en los espacios y en los mundos; en la vida de espíritu libre, y en las existencias terrenas; rechazamos el infierno y la gloria del Catolicismo, y admitimos, por último, que nuestro fin es recibir todos sin excepción, más o menos tarde la suprema felicidad en los brazos del Eterno, de los que solo nos desprenderemos para llevar, como los soles, la fecundidad y la vida, el consuelo y la esperanza, a los desdichados mundos inferiores que bogan en las negras profundidades del espacio.

Ésta es nuestra locura; ¿puede ser más ridícula?

Compadecednos, ¡oh felices *cuerdos* del siglo!

SALVADOR SELLES.

Alcázar de San Juan 4 de Enero de 1873.

REUNIONES ESPIRITISTAS

Una de las causas principales que a nuestro juicio perjudican, más bien que contribuyen, al desarrollo de nuestra doctrina, la encontramos en el considerable número de reuniones familiares, que se vienen creando sin las condiciones debidas, para responder a los altos fines de los grandes principios espiritistas.

¿Qué provecho puede reportar al espiritismo estas desgraciadas reuniones, si cuando más degeneran en frívolas y se toma por pasatiempo en ellas, lo que tan profundo respeto merece?

Los que tal hacen, ciertamente que desconocen los resultados fatales que se proporcionan con estos entretenimientos y el daño que acarrean a la práctica de la doctrina.

La misión de todo buen espiritista se reduce a estudiar asiduamente sus principios, con el fin de no faltar a su verdadera observación: pues de este modo, se precave de los groseros errores en que pudiera incurrir desconociéndolos.

Esta misión no se cumple si, por satisfacer una curiosidad perjudicial, en vez de procurar conocimientos verdaderos y elevados de lo desconocido, se pierde lastimosamente el tiempo en practicar inconvenientes que nada dicen en favor del espiritismo.

Si el espiritismo ha de ser objeto de agradables e inocentes diversiones, mal le han comprendido los que en tal concepto lo miran.

Si tratan por estos medios de convencer a los incrédulos de la evidencia del mundo espiritual que nos rodea y la acción que ejerce sobre el mundo corporal, no son por cierto estas reuniones lo mas apropósito a producir tales efectos, en donde toda duda tiene, su asiento y toda contradicción, forma en ellas la base de sus observaciones.

Procuremos demostrarlo:

La facultad medianímica es el lazo de unión entre ambos mundos: espiritual y corporal.

El desarrollo de estas facultades es el punto de partida, para el carácter de las Comunicaciones.

Las comunicaciones son buenas o malas, según que los *médiums* obren bajo la influencia de buenos o malos espíritus.

Luego, si la facultad medianímica es el lazo de unión entre el mundo espiritual y nuestro mundo corporal, el *médium*, como su nombre lo indica, es el intermediario que nos pone en relación con el primero.

Pero así como estas relaciones se pueden hallar en razón directa de sus facultades, también estas facultades se encuentran muchas veces, en razón inversa de la asimilación fluídica necesaria, por la completa carencia de armonía.

Y como sin armonía, no se produce la asimilación y sin asimilación, el carácter de las comunicaciones es incompleto o falso, de aquí las condiciones indispensables que toda reunión espiritista debe tener, si se trata de buscar hechos reales y positivos.

Sabiendo que el *médium* es simple agente y que obra bajo la influencia de los Espíritus; que éstos son libres y se comunican cuando quieren y con quien les conviene; que ningún *médium* tiene poder para hacerles acudir a la evocación de su voluntad y contra la de ellos; y que las comunicaciones que se obtienen son de la misma naturaleza que la de los espíritus manifestados, veremos palpablemente las tristes consecuencias de la falta de armonía y asimilación fluídica, debido a la carencia de condiciones de estas reuniones familiares.

Acontece frecuentemente en ellas, que la curiosidad, unida a la ignorancia de los principios, y apartados de su verdadero objeto, los *médiums* se trasforman en *pronosticadores del sino*, falta vulnerable a todas luces y perjudicial bajo cualquier punto de vista; toda vez que, olvidando estos desgraciados *médiums* su deber y abusando de su facultad, obran tan solo por el influjo de espíritus ligeros y mistificadores.

Consecuencia primera de toda manifestación, que se aparta de su fin providencial.

Porque, como dice Allan Kardec con su autoridad innegable, «sería tener una idea completamente falsa, creer que los espíritus serios pueden complacerse en responder a futilidades, a preguntas ociosas que no prueban ni simpatía, ni respeto hacia ellos, ni deseo real de instruirse y menos aún, que puedan venir a ponerse de manifiesto para recreo de los curiosos.»

Y aún resulta, de no observar lo anteriormente expuesto del ilustre fundador y propagador de la sublime doctrina espiritista, que de la primer consecuencia siguen encadenadas otras, cuyos resultados son nada lisonjeros, pues como el *médium* obra independiente de su voluntad, y los espíritus son libres para comunicarse con quien les conviene, su evocación a un espíritu determinado es aparente, hallándose mistificado al ejercer su facultad bajo el imperio de estos espíritus mistificadores, que pueden conducirle a ser desgraciado en la tierra, con sus consejos y lo que es más triste, retardar su perfección después de la vida terrenal.

¡Cuán, lamentable no sería recoger el fruto de estas impremeditaciones! Vemos pues que el objeto de la proposición es distinto de los fines que se obtienen con estas reuniones familiares. Que la doctrina se perjudica, pues en ellas es donde sus detractores afilan el acero de su incredulidad, para satirizarla y ponerla en ridículo.

Así pues, lo que no pueda producir beneficios en el progreso moral, lo que no venga a demostrar que con la vida no muere el hombre, manifestando materialmente la existencia del alma y su inmortalidad, debe a toda costa evitarse y ser tratado en ellas. Y de hacerlo, no olvidar los altos fines del espiritismo, que rechaza todo lo que para su desenvolvimiento no es grande y en armonía con sus sagrados principios. Creemos que en bien de la doctrina, sus verdaderos adeptos rehusarán la práctica de estas reuniones sin orden que tan inconvenientes son para el espiritismo y los espiritistas.

IVAN SOERTLLER.

Del Magnetismo animal

He aquí un hecho de la ciencia humana que, como tantos otros, donde más tarde y con más resistencia penetra es en el campo de la Medicina. A pesar de su antigüedad como empirismo, y no obstante hallarse ya formulado como doctrina de útiles aplicaciones en la terapéutica, está rechazado por la generalidad de los médicos, y los tratados de Medicina no le consideran digno de su estudio; pues sin duda confunden las supercherías que con el nombre de magnetismo se exhibe en los teatros con el magnetismo verdaderamente científico. Los médicos de la escuela homeopática son menos refractarios a este descubrimiento por la índole misma de sus estudios especiales, y por esta razón vamos a consagrarle algunas páginas en nuestro periódico, recopilando lo más importante que hay consignado sobre tan interesante asunto en los libros dedicados al magnetismo animal, bajo el punto de vista médico.

Importa poco que se admita la existencia de un fluido particular llamado magnético, o que se conceda al fluido nervioso la producción de todos los fenómenos que se comprenden en el magnetismo animal, siendo en este caso el resultado fisiológico de un estado particular del sistema nervioso; pues el hecho es que hay una influencia positiva del magnetizador sobre el magnetizado. El hombre tiene, en efecto, la facultad de ejercer sobre sus semejantes y sobre los animales una influencia más o menos fuerte por medio de la voz, del gesto, o de la mirada, a impulsos de la voluntad enérgica y sostenida, porque magnetizar a un individuo, es someterle a nuestra voluntad, dominando por completo la suya, tomando la nuestra posesión de todo su organismo.

Según la etimología de la palabra, *magnetismo* significa atracción entre dos cuerpos; si esta potencia se ejerce entre cuerpos inanimados se llama magnetismo animal, y por analogía se llama magnetismo animal a la acción simpática del hombre sobre el hombre, o de unos animales sobre otros. Esa facultad fue conocida de los antiguos, que hicieron mucho uso de él como medio taumatúrgico, sobre todo la clase sacerdotal, que supo en todos tiempos sacar partido y lucro de los medios maravillosos, engrandeciéndose a los ojos del vulgo indocto, y haciéndoles creer con tales procedimientos científicos en su poder sobrenatural y en sus pretendidas comunicaciones con la Divinidad. Las prácticas de esas lejanas épocas eran casi las mismas que las usadas por los magnetizadores modernos; la imposición de las manos, los pases, frotaciones, la insuflación, la voz, la mirada, la fuerte impresión de los sentidos, a lo que a veces se unía la acción de ciertas sustancias excitantes, o narcóticas.

Los brahmanes en la India, los magos en Persia, y los caldeos y los egipcios verificaban numerosas curaciones por los procedimientos magnéticos. Heródoto cita muchos templos donde iban los enfermos para obtener durante el sueño el conocimiento de remedios apropiados para su curación; y según Diodoro de Sicilia, los enfermos que acudían al templo de Isis eran dormidos por los sacerdotes, y durante su sueño se hacían *hipnólgos*, esto es, dotados de la facultad de hablar, indicando el tratamiento que debía emplearse para combatir sus enfermedades. Strabon refiere que en el templo de Memphis había sacerdotes cuyo ejercicio consistía en dormirse, para contestar en este estado a las consultas de los enfermos. Celso hace mención de una clase de charlatanes egipcios, que con el aliento y el tacto curaban muchas enfermedades que habían resistido a todos los recursos terapéuticos. Algunos sabios han consignado la opinión de que la profetisa Débora y la pitonisa de Endor hacían sus oráculos durante los accesos de un sonambulismo provocado. En algunos templos de Grecia se acostaba el consultante, se le friccionaba todo su cuerpo hasta que se producía en él el sueño; entonces hablaba de las cosas que deseaba saber, y al despertar, los sacerdotes le presentaban escritas en una tabla las palabras que él había pronunciado. En una gruta consagrada a Plutón eran los sacerdotes los que se dormían para contestar a las consultas, y se hace mención de los psylos, como dotados de la facultad de dormirse cuando se les miraba largo tiempo. Las pitonisas y las sibilas hacían sus oráculos en medio de transportes y de delirios convulsivos, y Varrón y Justino aseguran que perdían la memoria de las cosas que anunciaban durante su sueño, en lo cual se ve una grande analogía con los sonámbulos que hoy conoce la ciencia, y con la amnesia que tienen cuando despiertan.

Entre los romanos hubo también magnetizadores y templos donde se practicaba el magnetismo. Celso habla de un Asclepíades que dominaba con la aplicación de las manos y pases suaves a los sujetos atacados de frenesí, y que estos enfermos se dormían bajo su influjo, cayendo hasta en un profundo letargo si dicho médico insistía en sus pases magnéticos. Eusebio, Orígenes y Jamblico están de acuerdo sobre las curaciones que se lograban en los tiempos de Esculapio a favor de procedimientos magnéticos. En tiempo del emperador Valentino, hubo una anciana que gozaba fama de curar las fiebres rebeldes con el solo contacto de sus manos. Llamada a presencia del emperador para curar a una hija de éste, la anciana la magnetizó por ligeras fricciones, y el acceso de fiebre desapareció en el acto. Pero los dos hombres que adquirieron en esas épocas una reputación colosal como magnetizadores, fueron Apollonio y Simón el Mago. El primero fue mirado por los paganos como el competidor de Pedro el Apóstol. Aquellos dos taumaturgos operaron tales prodigios, que aun cuando en las narraciones de hechos haya habido alguna exageración, bien se pueden considerar como magnetizadores de extensas y poderosas facultades. Apolonio viajó para instruirse por los pueblos más cultos en aquella época: visitó los templos de la India y de Persia, de Grecia y de Egipto, iniciándose en los misterios de todos ellos. Los filósofos le han tenido como un hombre muy versado en las ciencias físicas y psicológicas, pero muchos de sus hechos están por encima de la ciencia de su tiempo, y no tienen otra explicación que la de haber estado dotado de un poder magnético extraordinario, aumentado indudablemente con el estudio. Así es que se adquirió la

veneración del vulgo, y los reyes se inclinaban ante él, hasta el punto de que Vespasiano le hizo dar honores divinos, y Domiciano, contra quien había conspirado, no se atrevió a sentenciarlo.

ANASTASIO GARCÍA LÓPEZ.

(Continuará)

LA PAZ

SOCIEDAD ESPIRITISTA DE ELCHE

REUNIÓN 23 DE FEBRERO DE 1873

En la ciudad de Elche a los veinte y dos días del mes de febrero de mil ochocientos setenta y tres: reunidos en junta los que después se dirán.

Considerando: que la ciencia del humano progreso es el mejoramiento de la condición moral del ser inteligente en su peregrinación en este mundo.

Considerando: que la doctrina desenvuelta por la filosofía espiritista ha invadido todas las nacionalidades de distintas lenguas y razas, llegando a ser el punto de mira de la conciencia universal.

Considerando: que ningún hombre debe eludir ni olvidar los deberes de verdadera caridad, vínculo y lazo perpetuo de todos los seres humanos, y que el desenvolvimiento de esa primera virtud es la ilustración mutua, a fin de que todos concurramos a su existencia con el producto de nuestras fuerzas.

Considerando: que el espiritismo en la grandeza de su doctrina, es el verdadero resorte que une las inteligencias y las voluntades, no por la fe ciega, sino por el ejercicio libre de nuestras facultades y de nuestra razón.

Considerando por último: que allí donde el hombre existiere sobre la tierra, allí están como inmanentes en él, los deberes de asociación y de instrucción.

Deseosos de acudir con el óbolo de su producción moral al desarrollo del espiritismo, es decir, de la verdadera doctrina espiritualista.

Convienen y acuerdan la formación en esta ciudad de una asociación, bajo el nombre de LA PAZ, *Sociedad de estudios espiritistas de Elche*, sujetándose a las prescripciones que establece el reglamento interior formado en esta fecha. Así mismo, acordaron se ponga en conocimiento del Centro espiritista de España en Madrid, la constitución de esta academia, a cuyo efecto se remite copia de esta acta.—Siguen las firmas.—Es copia literal del libro de actas.—Elche 6 de Marzo de 1873.— V.° B.°, el presidente, Federico R. Cortina.—El secretario, Juan Caracena López.

La *Sociedad de estudios espiritistas de Elche*, titulada LA PAZ, haciendo justo reconocimiento a los trabajos que de muy antiguo, viene ejecutando para el desarrollo de nuestra doctrina, ha nombrado su presidente de honor a nuestro particular amigo D. Ramón Lagier y Pomares. Sírvale de estímulo la pequeña prueba de consideración que nuestros hermanos de Elche han dado a nuestro infatigable amigo para continuar en su camino por el que todos sin dilación debemos ir.

DICTADO SOBRE LITERATURA

COMUNICACIÓN OBTENIDA EL 23 DE FEBRERO DE 1873

Espontánea

¿Qué es el bien? El bien es imperfecto entre vosotros. El bien en la acepción espirita, es la satisfacción suprema de buenas acciones, de buenos conceptos, de buenas imagines, todas ellas puestas al servicio de Dios. —Espíritu Manuel.—Elche.—Médium C.

5 MARZO de 1873

Comunicación espontánea en el acto de estarse leyendo un pasaje del Evangelio

¿Veis cuán buena es la lectura, cuánta satisfacción causa y qué buenos efectos producen los libros espiritistas? ¿Veis cuán grande es la admiración que produce y que hace trasportar a una región de que no os podéis dar cuenta y de la que vuestra conciencia solo tiene la reminiscencia de su luz? ¿Veis cuán grande y cuán intensa es en su desenvolvimiento la ciencia del espiritismo? Las máximas del espiritismo, que son lazo de amor, y del que vuestra personificación espiritual, es decir, cuerpo y alma, es la síntesis universal, serán del modo que hoy extiende su efecto, la verdadera riqueza, la verdadera y superior felicidad de ese mundo: ¡oh! si de este modo viesen los hombres la verdad demostrada; si de este modo los hombres dominando su egoísmo y su orgullo, acudiendo solo al soplo divino que de su alma se escapa a cada paso sin quererlo, contra su voluntad; si los hombres no cerraran el paso a la onda de luz y de verdad oscurecida por su conciencia, tendrían en su vida íntima, en su vida fluídica, en su verdadera vida de espíritu, la gran satisfacción de la comunicación continua, mediata con Dios. Sí, hermanos, sí; seguid, seguid, y sabed que la piedra fundamental de vuestra doctrina es la máxima de Jesús «sin caridad no hay salvación», es decir *mejoramiento*, «amaos unos a otros, como a vosotros mismos y seréis perfectos:» éste es el espiritismo, ésta es mi creencia, ésta es su doctrina. Espíritu Manuel M. Cortina.

—*¿Debe publicarse la anterior comunicación?*

—¿Qué es la prensa? ¿No decís que es el destello de la inteligencia humana? ¿No decís que es la verdadera expresión del pensamiento reproducido millares de veces? ¿Por qué preguntáis eso? ¿cuándo la misma, es hoy el foco de luz del progreso dirigido por el hombre a la conciencia universal?

REUNIÓN ALICANTINA
DE ESTUDIOS ESPIRITISTAS

8 Marzo de 1872

Evocado el Espíritu de uno de los Mártires de la Libertad, sacrificados en este día del año 1844.

—Aquí estoy amigos míos: gracias, mil gracias os doy, y miles de gracias os dan todos los que fueron sacrificados en tan memorable día por la libertad de la patria. La historia de la humanidad toda, está regada con sangre de mil mártires; a prueba de martirologios será el porvenir de la humanidad; tanto mal ha sido preciso, y preciso será aún para distinguir el bien y saborearlo mejor: para apreciar el esplendoroso sol de la mañana, es necesario que

carezcáis por algunos días de su presencia; después, que el cielo se encapote y se llene el espacio de ese manto de crespón y de tinieblas y entonces es cuando sabréis apreciar la magnificencia del sol, y la majestad de la luna, iluminando con su cortejo de estrellas a la noche. Las tinieblas de ayer preparan para la humanidad un despejado horizonte; poco a poco va despejándose, y no os impacientéis, que llegará al cénit el sol de la libertad y de la ventura de todos; el progreso.

El 8 de marzo nos recuerda infaustamente por los generosos pechos de este pueblo bendito de Alicante. ¡Cuántos pensamientos no hemos sorprendido llenos de ternura y emoción! ¡cuántas lágrimas no hemos visto llenas de gratitud, correr dulcemente por las abrasadas pupilas! ¡cuántos suspiros y cuántas ternezas no nos han sido enviadas aquí! bálsamos consoladores de nuestras penas, estamos pagados, inmensamente pagados por tanta ovación, y tanta memoria! sois dignos de mil vidas, y somos inmensamente dichosos al ser. pobres espíritus, en este solemne día, el blanco de vuestros generosos sentimientos y de vuestra hidalguía sin comparación. Es imposible que podamos expresar el afecto que nuestros espíritus sienten a tanta simpatía, seguros estamos que entre vosotros seremos eternamente felices; un momento de turbación, de desventura, para gozar después días continuados con el recuerdo amoroso que cada momento nos tributáis, es demasiado! Los mártires de ayer serán los que mañana encarnados de nuevo servirán de poderosas palancas para empujar a esa nave humanidad al puerto de sus constantes aspiraciones.

Nosotros hemos cumplido fielmente la misión que llevábamos en esa vida de lágrimas, y estemos satisfechos; ojalá que todos, sin excepción ninguna, den su vida, su sangre y lo más sagrado de su alma, por el bien de la humanidad y del progreso. Cuantos más mártires, de más se tendrán que horrorizar los tiranos, esas rémoras malditas que todo lo violan y lo atropellan faltando e injuriando la voluntad de Dios.

La buena nueva se acerca, el mal comienza a debilitarse, el bien asoma púdicamente por el corazón de la humanidad.

Para las próximas generaciones, lo primero será una utopía y lo segundo una realidad. El problema se resolverá pronto; trabajad sin descanso, ¿pero de qué manera? haced el sacrificio de vuestra vida defendiendo el porvenir.

Hacedlo, que vuestros hijos os bendecirán, pero si les legáis a esos seres de vuestras entrañas, el deshonor, la esclavitud y la muerte, desdichados!

República mañana. Deicracia después; esto es, la perfección de los seres y la anulación de toda autoridad que no está en la conciencia del hombre.

Trabajad sin tregua ni descanso por este divino lema; pues los que vendrán o han de venir, os contemplan, y nosotros os esperamos con la sonrisa de amor y fraternidad en los labios.—Adiós.

PANTALEON BONÉ.

LA AVARICIA

Médium E. S.

¡Pobre del hombre que la avaricia le ciega! ¡Pobre humanidad dominada por un hombre avaro!

El hombre avaro está comparado al gavilán.

El hombre avaro hace presa en un ser hermano suyo, para que por medio del

trabajo le recoja riqueza con que adornar sus palacios y salones y no saciado con esto, emprende otra obra, le hace su esclavo y entonces le ciega la dominación, el orgullo le enaltece y le hace trabajar con el látigo en la mano; no atendiendo a sus súplicas ni a sus ruegos, lo mismo que el gavilán no atiende los quejidos de la débil paloma.

¡Cuán contrario es el hombre dotado de la mejor prenda del mundo de la estrella que le guía a la gloria, de la brújula de su salvación, de la caridad!

¿Hay mayor placer en la tierra que hacer bien a nuestro prójimo? ¿hay mejor gloria en esta región del universo que la de socorrer a nuestros hermanos? ¿hay mayor prueba de amor a Dios que la de tender la mano a uno de su hijos? Imposible. Dios nos manda a este y otros mundos, para que nos socorramos como hermanos, pues hermanos somos, siendo hijos de un mismo padre.

¿Y es eso lo que hace el hombre avaro? ¿Es eso lo que hace el hermano nuestro, que no reconoce por hermano al hijo de su mismo padre? No le reconoce, cuando hace esclavo a un ser idéntico a él, y no puede creer que hay un Dios que ha de juzgarle un día; no ve que una mano poderosa puede privarle de todas sus riquezas: no cree que el Todopoderoso puede cerrarle las puertas de todos los mundos y dejarle errante por espacio de mucho tiempo. ¡Desgraciado avaro!

ANTONIO RUSI

EL VICIO

Médium J. F.

El hombre debe ser la imagen de Dios en la tierra: debe ser virtuoso; el que practica la virtud siente deslizarse su vida con una calma y tranquilidad sin igual: el porvenir se le presenta risueño, contemplando en el espacio con la sonrisa en los labios, la existencia de otros mundos mejores.

El hombre vicioso no es hombre, porque no tiene voluntad para dominar ninguno de sus vicios y reniega de Dios y de su ser cuando no puede satisfacer alguno de ellos. ¡Infeliz! Compadeced a éste, porque su vida es penosa, su porvenir incierto: comparad la vida del uno y del otro.

Los vicios llevan al hombre a cometer los mayores crímenes y tendrá que sufrir en otras encarnaciones tanto como él habrá hecho sufrir a algunos de sus semejantes con sus atentados. Al contrario del hombre virtuoso, la vida es dulce, su porvenir seguro; porque va elevándose más y más en cada una de sus encarnaciones según su grado de perfección, hasta merecer el premio que Dios le tiene prometido, que es la paz del alma, la vida eterna en el seno de Dios.

Queridos hermanos: Vosotros sabéis distinguir los vicios de las virtudes y os aconsejo que practiquéis mucho la virtud y aborrezcáis más el vicio. Adiós.

VARIEDADES

A MI ADORADA MUERTA

Mi espíritu desalado,
va de tu espíritu en pos,
como los soles de Dios
tras su semblante sagrado.

Y bebo el puro arrebol
de tu espíritu fecundo,
como este mísero mundo
bebe los rayos del sol.

No me abandone tu luz
en mi breñal solitario;
ilumina mi calvario
hasta que llegue a mi cruz.

Yo soy la pobre gacela
que se abraza en sed ardiente;
tú eres la límpida fuente
que al sol espléndido riela.

Mi desconsuelo profundo
de dulce bálsamo en pos,
dio ayer el último adiós
al panorama del mundo.

Y ¡ay mi muerta! desde ayer
todo lo miro enlutado;
solo brilla iluminado
allá en mi noche tu ser.

Llamé a la puerta dorada
del amor; pedí ternura,
y al ver mi tosca envoltura
resonó una carcajada.

Sol de mi triste existencia,
ante mis párpados arde,
porque me siento cobarde
para vivir en tu ausencia.

Cuando en las alas plumosas
se envuelven los serafines,
y en los floridos jardines
van despertando las rosas,

Y suspiran bajo el peso
de aljofares infinitos,
vienen céfiros benditos
a darlas un dulce beso.

¡Ay! es mi espíritu rosa
que al alba santa despierta;
ven ¡oh mi plácida muerta!
ven a besarle amorosa.

Ven cuando el cuerpo cansado
yace en letargo profundo,
y arrebátame del mundo
y condúceme a tu lado.

A través del mar oscuro
de la alta noche que avanza,
a donde está la esperanza,
a donde está el amor puro.

Llévame al mundo infinito
de la infinita dulzura,
de una Liarla de ternura
el poeta Dios ha escrito.

Llévame a donde resuena
de Dios el arpa sonora,
a cuya música llora
todo corazón sin pena.

Y cuyos ecos profundos
por los espacios rodando,
van del no ser despertando
largas miríadas de mundos.

Llévame en tus alas bellas
enriquecidas de aromas,
a donde van las palomas
de luz llamadas estrellas

A beber nuevo fulgor
en la copa de la vida,
para alumbrar la manida
del hombre, en prenda de amor.

Llévame a donde la historia
principia por un misterio;
llévame al fúlgido imperio
de la magnífica gloria,

Y ante el Eterno postrados
en rica alfombra de flores,
reciban nuestros amores
del vicio purificados,

Al rayo de la verdad
que de la dicha va en pos,
con el ósculo de Dios
el sello de eternidad.

Salvador Selles.

Alcázar de San Juan 6 de Marzo de 1873.

UN ESPIRITISTA POR INTUICIÓN

El autor de esta poesía no sabemos que pertenezca a nuestra escuela; pero de tal modo presiente la vida de ultratumba, que no podemos resistir el deseo de publicarlas.

DOS ALMAS

I

—¿A dónde vas?
—Voy al cielo.
—¿Y tú?
—Yo bajo a la tierra.

—¡Ay! qué de males encierra,
Hermana querida, el suelo!
—¿Con qué hay tanto mal?
—Sí, a fe;
En el mundo a dónde vas,
Vicio do quiera hallarás.
—¿Y ser feliz no podré?
—Esto depende de ti:
Si atiendes a la razón,
Y huyes la torpe pasión.....
—¿Podré serlo entonces
—Sí.
Mas sí en busca del placer
Das la razón al olvido,
El vicio al fin engreído
Te hará desgraciada ser.
—Tú, según observo, allí
Supiste vencer.
—Es cierto.
Pero la lucha, te advierto,
Que es muy tenaz.
—¡Ay de mí!
Si yo de mí dependiera,
Según es ya mi recelo,
En vez de bajar al suelo.
Contigo al cielo subiera:
Pero a Dios debo servir,
Que es Dios la esperanza mía:
El mundo a habitar me envía,
Y su orden voy a cumplir.
—No temas, alienta y ve:
Baja a cumplir tu destino,
Y al recorrer tu camino,
Lucha como yo luché.

II

Así dos cándidas almas,
Radiantes ambas de dicha,
Al cruzarse en el espacio
Con santo candor se explican.
En ambas, sin mancha alguna,
La pura inocencia brilla:
Y envueltas en blancas gasas
Que leve el aura acaricia,
Una a la tierra desciende
Otra hacia el cielo camina.
¿Cuál de las dos es más fuerte?
¿Cuál de las dos más bendita?
La que a la tierra desciende
Lleva la misión divina
De animar la frágil carne
Que al fin será su enemiga,
Y va al combate del mundo,
De Dios a la voz sumisa,
Sin saber si vencedora
Saldrá de la lid, o vencida.
La que sube, está probada
En esa lucha continua,
Y al alto cielo se eleva
Más fuerte, más noble y digna,
Al despedirse estas almas
Un adiós tierno se envían,
Y así prosiguen hablando
Hasta que el viaje terminan.

III

—Ya voy al cielo llegando.
—Y yo a la tierra estoy viendo,
—Aquí se sube riendo.
—Aquí se baja llorando.
Y desde que el mundo miro,
He podido comprender
Que la lucha es un deber;
Y por si caigo, suspiro.
—Desde hoy recorriendo vas.
Del mundo la áspera vía.
—¿Iré contigo algún día?
—Si sabes luchar, vendrás.
—¿Y la carne?
—Hazla tu esclava.
—¿Y el mundo?
—Despréciale.
—¿Y la tentación?
—La fe;
Con todo el infierno acaba.
—¡Cuán grande fue tu victoria
Que el santo cielo te alcanza!
E irás también a la gloria.
—¿Con cuánta diversidad
Hoy nuestra fortuna gira?
Yo bajo a ver la mentira;
Subes tú a ver la verdad.....
—Ya apenas te llego a oír.
—Ni yo te alcanzo a mirar,
—Ya empiezo, hermana, a gozar,
—Y yo principio a sufrir....

CARLOS MESTRE Y MARZAL.

CARTAS ÍNTIMAS

A mi hermana en creencias A. M.

Hermana mía: ¡hace dos años que sin conocerte, te odiaba; tan triste papel te ha tocado representar en mi historia!

Hace dos años que mi mente no acariciaba una ilusión ni una esperanza, era uno de tantos desgraciados que, cuando veía el cadáver de un amigo, no le decía melancólicamente *hasta la vista*: sino que murmuraba con profundo desconsuelo *¡adiós..! ¡adiós!..*

¡Qué triste es la vida cuando la fe no nos presta aliento!...

¡Qué idea tan confusa y tan incompleta se tiene de la creación!

El gran novelista francés, Dumas padre, decía en su helado escepticismo, que el día que la humanidad encontrara el secreto de morir dulcemente, sería la muerte la mejor amiga del hombre.

¡Cuántas veces he repetido esas palabras fatales! y me reprochaba mi indecisión de no buscar en el suicidio un término a mi dolor.

¡Cuántas veces, contemplando el mar y escuchando el rugido de sus olas, he preguntado a la inmensidad!

¿Qué es lo que guardan esas montañas de espuma? ¿Qué sonidos confusos e incoherentes son esos, que me cuentan una eterna historia?

¿Me hablan las generaciones que pasaron, o me saludan las edades que han de venir?

¿Qué hay antes de nacer? ¿Qué hay después de la muerte?

Y estas preguntas las hacía continuamente, y el mar siempre me daba su misteriosa e ininteligible contestación.

Para mí el mar ha tenido una atracción mágica; allí he visto la huella indeleble de un algo superior a la inteligencia humana; una mano poderosa cuya fuerza invisible nos detiene y nos hace buscar un mundo desconocido.

Ante, ese *eterno poema*, como dice Huelves, es donde he sentido y he adorado el poder de Dios; cuando he penetrado en los templos, si eran esas gigantes catedrales como las de Sevilla y Toledo, he admirado a los artistas que levantaron aquellas fábricas grandiosas; pero las imágenes de Jesús y de María cubiertas de terciopelo y de brocado, de encajes y de piedras preciosas; nada le han dicho a mi corazón: cuando he visto a los fieles postrados en tierra ante aquellas figuras heladas, rezar y llorar en el delirio de su fe, les he mirado con sentimiento, y si alguna vez a fatal envidia me ha hecho sentir su dardo penetrante, ha sido en esos momentos que yo envidiaba el consuelo que recibían los creyentes: mientras que yo salía del templo murmurando estas frases:

¿Qué pecado tan grande habré yo cometido, para que Dios no me consuele como consuela a los demás? ¿Por qué no tengo mi parte en su herencia? ¿Seré sin duda uno de los muchos desheredados? y una amarga sonrisa contraía mis labios y me entregaba en brazos de ese fantasma que llamamos *fatalidad*.

Jamás olvidaré la lucha que sostenía mi extraviado pensamiento, mirando frente a frente la injusticia humana, hasta que un día escuché una voz vibrante, apasionada, y conmovedora que contaba una historia compendiada en un libro que han respetado los siglos.

Era la historia de Jesucristo; sin artificios, sin mentiras piadosas, sin templos, sin apariciones ridículas, únicamente la palabra bendita del evangelio con su lógica contundente, con su razón inapelable, con su verdad eterna, con la ley de amor y caridad.

Hay sensaciones en la vida que el lenguaje humano es demasiado mezquino para expresarlas: no hay frases, no hay conceptos que respondan a nuestras ideas, ni analicen esos momentos supremos, en que la criatura sale del caos de la duda y contempla el sol de la fe, en que tiene conciencia de lo que vale reconociendo el yo, su espíritu que ha vivido, vive y vivirá.

¡Desgraciados materialistas! ¡Desdichados ateos que viven, sin vivir! desterrados dentro de su mismo organismo, sin comprender siquiera las distintas partes de que se compone su ser.

Dicen las sagradas escrituras «Arrepentíos porque el reino de los cielos ha llegado ya.» ¡Palabras benditas! que han pasado luengos siglos sin que los hombres comprendieran su verdadero sentido. No es Dios el que ha de descender hasta nosotros, somos las criaturas las que tenemos que llegar hasta Él, por medio de la fe, basada en la razón, practicando la moral evangélica y tratando de unir por lazos de comunicación, directa, a los millares de mundos de que se compone el universo.

Este gran movimiento, esta revolución universal necesitaba mostrarse de un modo tangible, de una manera práctica, de un hecho natural que el hombre tocara sus resultados, sintiera sus efectos y no le quedara duda que existía un ayer, enlazado íntimamente con el hoy y con el mañana.

Nuestra inteligencia tiene un límite muy pequeño por cierto, y unido a la ignorancia se encuentra el amor propio que tiene la audacia de negar todo aquéllo que no alcanza a comprender; por eso en todos los tiempos se han llamado locos visionarios a los seres privilegiados que han tenido una inteligencia superior. Copérnico Galileo, Colón y otros muchos han arrastrado la vida de la muerte, solo porque han poseído conocimientos más trascendentales que los de la generalidad, y ésta es la causa por la que le cabe al espiritismo la misma suerte que a todos los grandes descubrimientos.

La humanidad vengativa por excelencia, acogió la ley de Moisés, y el lema de ojo por ojo, y diente por diente, fue el que los hombres grabaron en su memoria.

Cuando más tarde vino Jesús diciendo: devolved bien por mal y perdónalos Señor, que no saben lo que se hacen, no hizo caso la humanidad y han pasado XIX siglos y todavía nos cuesta sumo trabajo comprender las sublimes doctrinas del Evangelio y hay muchas naciones, que adoran al Dios de la venganza y desconocen al padre tierno que tiene para sus hijos eterno amor.

El espiritismo es la sanción de Dios; sin Dios no tiene razón de ser el espiritismo, y sin el espiritismo no se comprende a Dios.

Así como Cristo descorrió la cortina del templo de Salomón, el espiritismo ha venido a levantar el telón que cubría a la superstición, al fanatismo, al error y a la mentira y a los innumerables abusos cometidos en nombre de Dios.

Cristo murió en la cruz sacrificado por una turba fanática. La sociedad actual, más indiferente, acoge con sarcástico desdén a los regeneradores del mundo, y los

llama utopistas, visionarios, locos y embaucadores.

Nada más natural ni más lógico; el hombre se siente humillado ante una virtud que no puede practicar, y anatematiza todo aquéllo que le empequeñece, y pone en relieve su miserable condición.

Solo tengo un sentimiento; el tiempo que he perdido dudando de todo, mirando púnicamente los desaciertos y las anomalías que se cometen en la tierra.

En mí había un germen latente de algo bueno que permanecía en la inacción, dominado por la indiferencia.

Nadie en particular, ha llorado por mi ingratitud, pero no encontraba una necesidad imperiosa el enjugar el llanto de los demás: me replegaba en mí misma como la sensitiva repitiendo el antiguo adagio: «Al que nada le debo, con nada le pago.» La ley del amor universal era completamente desconocida para mí.

Desperté de mi sueño fatal, y tú eres, hermana mía, el primer enemigo a quien he perdonado y a quien he querido con toda mi alma.

Es tan nueva la doctrina espiritista, que no es extraño que los mortales rechacen como una locura, ese sentimiento dulcísimo de perdón y amor. Ayer se perdonaba, pero toda la generosidad se reducía a perdonar y a olvidar al ofensor; no se creía nadie obligado a querer a su enemigo; era un perdón acre, seco y duro que dejaba a los culpables en un completo abandono, el perdón espiritista es de otra índole, se perdona al enemigo y se le enseña a practicar la ley universal que no tiene más que un solo artículo: *amaos los unos a los otros*.

Nosotras, hermana mía, hemos comprendido el eterno progreso a que está destinada la humanidad, nos hemos mirado, el fluido de nuestros espíritus se ha confundido y ha nacido un afecto grande y poderoso. Plegué al cielo que la planta que ha brotado entre abrojos, crezca, y de mañana sazonados frutos en otros mundos, donde se comprenda que amor y caridad, son sinónimos de Dios.

Madrid.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

MISCELÁNEA

Curtam varie?—No hace muchos días, que en una *ayuda de parroquia* de esta capital, decía un predicador—teólogo consumado—en ocasión que trataba de combatir todas las herejías y entre ellas el Espiritismo: «*no creáis en nada, no creáis en Dios, si no le veis!!!* Se conoce que el paroxismo de la ira cegó la comunicación con el Espíritu Santo, y dejó hablar tan solo el interés de escuela. ¿Desde cuándo hacen ver a Dios los romanistas? Bueno, muy bueno fuera tan respetable milagrón. Si atentos se fijasen los predicadores en la lógica, no propagarían lindezas católicas como ésta, que hablan muy alto de sus conocimientos metafísicos.

Cuiden los católicos de no enseñar tan absurdas concepciones, que en lugar de favorecer la propaganda del espiritualismo, apaga en las pequeñas inteligencias la intuición de la vida de ultratumba.

Buen catequista.—De *El Cosmopolita* de Valencia, tomamos la siguiente noticia:

«Hemos leído con alguna detención los Evangelios de Juan, Mateo, Lucas y Marcos, y al fijarnos en sus páginas no hemos encontrado versículo alguno que tenga paridad, ni remota, con las palabras pronunciadas por el Sr. Beltran; orador cua-

resmero, al parecer, del año primero de la República, en San Martín. No descuella en ellas la caridad ni la dulzura evangélica, pero trascienden a tiro de ballesta a curita batallador y partidario del «Dios, patria y rey.» Sin embargo, la idea es buena y no para ser echada en saco roto. Son tales: *Si la iglesia ha de ser siempre perseguida como al presente, más valdría convertir en cañones las campanas y los templos en fortalezas*. ¿Estaría el Espíritu Santo distraído? ¿Se habrá alistado bajo la bandera del rey de los carcundas? ¡Quién sabe! No estaría de sobra que con anticipación se nos avisase, no por nada, sino porque no nos cojan de susto especies como la vertida por el citado presbítero.»

¡He aquí la mansedumbre evangélica!

Obras.—Para favorecer la propaganda, hemos establecido un depósito de libros en nuestra sociedad, cuyo catálogo y precios damos en la cubierta. También se tienen los retratos de M. Home, de Marieta y de Estrella, obtenidos estos últimos por el médium Daniel Suarez.

Noticias espiritistas.—El movimiento literario de nuestra escuela entra en un período de fuerza y rompe por fin en España el trabajo original la crisálida del respeto.

En Sevilla se está imprimiendo la segunda parte de la obra de Villegas *Un hecho, la magia y el espiritismo*. En Madrid se preparan *Carlota Didier*, trabajo obtenido por Palet en éxtasis sonambúlico, *Historia del Espiritismo en España* por dos conocidos escritores espiritistas, *El Cristianismo*, obtenida por Basscls y una biblioteca popular a cuatro reales[1] tomo para propagar nuestra filosofía por medio del recreo sin darle su verdadero nombre.

Adelante, el bien que esto producirá será inmenso, los resultados maravillosos.

Se da como cosa positiva la próxima llegada a Ginebra del padre Jacinto.

Ha sido llamado por una reunión de 300 ciudadanos católicos, quienes le ruegan dé algunas conferencias contra el ultramontanismo. El padre Jacinto ha contestado que está dispuesto a sostener esta lucha en nombre «de la libertad de Conciencia, de la fe cristiana y de la verdadera tradición católica.

Los metodistas americanos han construido en Suecia durante el último año ocho capillas. Los niños que asisten regularmente a sus escuelas dominicales pasan de dos mil.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

---

[1] Se refiere a dinero de la época.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 30

ALICANTE, 31 DE MARZO DE 1873

LAS CINCO ALTERNATIVAS DE LA HUMANIDAD [1]

(OBRAS PÓSTUMAS)

Pocos hombres hay a quienes no les inquiete el mañana, y si esto sucede tras un día de veinte y cuatro horas, con mayor razón debemos preocuparnos e inquietarnos, por lo que será de nosotros tras el gran día de la vida, en que ya no se trata de algunos instantes, sino de toda la eternidad. ¿Viviremos, o no viviremos? He aquí una cuestión para la que no hay término medio: he aquí un dilema de vida o muerte: he aquí la suprema alternativa!...

Si interrogamos al sentimiento íntimo de la casi universalidad de los hombres, todos contestarán: «Sí, viviremos.» Esa esperanza es un consuelo, y sin embargo, una minoría se esfuerza, de algún tiempo a esta parte sobre todo, en demostrarles que no vivirán. Preciso es confesar que la escuela materialista, se ha creado prosélitos entre aquellas gentes que, medrosas de la responsabilidad del porvenir, hallan más cómodo gozar del presente sin temores ni inquietudes, por la perspectiva de las consecuencias; opinión, que a decir verdad, está en ínfima minoría.

Si vivimos ¿cómo viviremos? ¿Bajo qué condiciones? La resolución de estos problemas varía en conformidad a las creencias religiosas o filosóficas, si bien todas las opiniones humanas acerca del porvenir del hombre pueden reducirse a cinco alternativas principales, que resumiremos sumariamente, a fin de que la comparación sea más fácil, y con objeto de que todos y cada uno puedan con conocimientos de causa, escoger la que a su juicio le parezca más racional y responda mejor a sus aspiraciones personales y las necesidades de la sociedad. Estas cinco alternativas son resultados inmediatos de las doctrinas del materialismo, del panteísmo, del deísmo, del dogmatismo y del espiritismo.

1.—DOCTRINA MATERIALISTA

La inteligencia del hombre es una propiedad de la materia; nace y muere con el organismo. El hombre es, *nada antes, nada después* de la vida corporal.

Consecuencias. No siendo el hombre más que materia, solo los goces materiales son reales y envidiables; las afecciones morales carecen de porvenir; los lazos también morales se rompen para siempre con la muerte: las miserias de la vida no tienen compensación; el suicidio se pre-

[1] De la *Revue Spirite*

senta como el fin racional y lógico de la existencia, puesto que los sufrimientos no dan la esperanza ni de mejoría ni de progreso hacia el bien; estéril y de todo punto inútil imponerse violencia o freno para reprimir y vencer sus malas inclinaciones; vivir para sí y lo mejor posible mientras estamos aquí; estupidez molestarse, sacrificar su reposo, su bienestar en pro de otros seres que a su vez se reducirán a la nada, y a quienes no se volverá a ver jamás; deberes sociales sin base; el bien y el mal convenciones puras; y freno social reducido a la fuerza material de la ley civil.

2.—DOCTRINA PANTEÍSTA

El principio inteligente o alma, ajeno a la materia, brota al nacer del todo universal se individualiza en cada ser durante la vida y vuelve, al morir, a la casa común, bien así como vuelven al Océano las gotas de la lluvia.

Consecuencias. El ser que no tiene individualidad ni conciencia de sí mismo, no es ser propiamente dicho; las consecuencias morales de semejante doctrina son exactamente las mismas que las del materialismo.

Observaciones. Algunos panteístas admiten que el alma nacida, o mejor, arrancada al nacer del todo universal, conserva su individualidad durante un tiempo indefinido y no vuelve a la masa común, sino después de alcanzar los últimos grados de la perfección. Esta variación de creencia, no cambia absolutamente en nada las conclusiones derivadas del panteísmo propiamente dicho, porque es ocioso y de todo punto inútil tomarse el trabajo de adquirir conocimientos de que no quede huella ni conciencia, cuando tras un tiempo relativamente corto vayamos a la nada, y porque el alma, que generalmente rechaza semejante concepción, estaría perturbada y afectada al pensar que en el instante mismo en que alcanzase el conocimiento y la perfección supremas, sería condenada a perder el fruto de todos sus esfuerzos y trabajos, supuesto que perdía su personalidad.

(Continuará)

Del Magnetismo animal

(Conclusión)

Se citan de él multitud de curaciones sorprendentes de epilépticos, paralíticos y de otras dolencias, al parecer incurables, con solo la imposición de sus manos. Su lucidez sonambúlica y sus previsiones eran como las de los sonámbulos más perfectos, que la ciencia ha estudiado y desarrollado en nuestros días. Se refiere de él que hallándose en Corinto decía todo lo que estaba sucediendo en Atenas, los oradores que subían a la tribuna y los filósofos que daban lecciones en la Academia. Estando en Egina le preguntó un joven que si podía decirle lo que sucedía en casa de su padre; se retiró a un sitio aislado, y a poco rato volvió diciendo: «Partid, joven a vuestra ciudad, porque en este momento están prendiendo a vuestro padre.» El joven marchó, y encontró encarcelado a su Padre. También se refiere que, hallándose en Éfeso rodeado de una apiñada multitud, gritó de repente con una voz inspirada: «Efesianos, dad gracias a Júpiter, porque en este momento vuestro tirano recibe el castigo de sus crímenes; en Roma cae Domiciano bajo el puñal de un liberto.» Y en efecto en aquella misma hora el emperador moría asesinado. La historia de Apolonio está llena de narraciones de hechos curiosísimos, que ante el magnetismo no tienen nada de sobrenatu-

ral, y todos encuentran en esta doctrina su explicación sencilla. Se dice de él que tenía un discípulo que no se apartó de él jamás, y es probable fuese algún sonámbulo perfectamente lúcido y del cual se sirviera como auxiliar en muchos de sus prodigios.

Los druidas curaban también a favor del magnetismo, como lo afirman Plinio, Lampidius y Celso, siendo su medicina tan aceptada, que se les buscaba de lejanos países para los casos más difíciles.

Durante los seis primeros siglos del cristianismo hubo muchos magnetizadores, y se conseguían efectos sorprendentes; pero en el largo período de la Edad Media, época de ignorancia y de fanatismo religioso, se calificó a los magnetizadores, o como brujos, que eran perseguidos, encarcelados y quemados vivos, o como santos y canonizados como tales. No hay que decir a qué clase social pertenecían estos últimos, y el porqué de estas distinciones. El Dr. Foissac ha escrito perfectamente cómo sucedieron las iglesias a los templos paganos, y cómo se perpetuaron las mismas prácticas magnéticas entre los sacerdotes que venían como entre los que se marchaban; y en efecto, desde Gregorio de Cesárea, célebre por sus curaciones con la aplicación de sus manos, hasta los convulsos de San Medard, el magnetismo siguió empleado como medio taumatúrgico.

En el siglo XV Paracelso y algunos otros consiguieron curaciones con el magnetismo animal, y en el siglo XVI le estudiaron Van Helmont, Gloclenio y Valentino, publicando algunos escritos sobre esta materia. En el siglo XVII Greatrakes adquirió una gran reputación por las curaciones numerosas que obtenía a favor del magnetismo, y por la misma época, Borel y Vallé, le empleaban en muchas afecciones nerviosas, rebeldes a los demás tratamientos. Por los años 1770 al 75, el iluminado Gassner llenó a Alemania, Suiza y Francia con sus excentricidades, pero sobre todo con las curaciones maravillosas que operaba por el magnetismo, empleando la voz y el tacto, y ha sido uno de los magnetizadores más poderosos entre los modernos. El procedimiento que empleaba era fijar primero enérgicamente la mirada sobre el enfermo, después hacía con las manos fricciones, a veces pausadas y fuertes, a veces rápidas y suaves, desde la parte superior de los miembros basta la parte inferior; enseguida imponía las manos sobre la cabeza y las pasaba desde aquí por el dorso y el pecho; luego otra vez por los miembros, y al llegar a los dedos de las manos y de los pies del enfermo, retiraba bruscamente las suyas y las sacudía fuertemente, como para desprender de ellas alguna cosa que hubiese extraído. Como se ve, era un procedimiento muy análogo al que emplean actualmente los magnetizadores. Casi todos los enfermos entraban en convulsiones bajo los pases de Gassner, y bien pronto se verificaba una crisis por una evacuación cualquiera, quedando hecha la curación cuando ésta era posible. Muchos médicos incrédulos quisieron ser testigos de las curaciones prodigiosas que se referían, y no pudieron menos de certificar su veracidad. Lavater fue uno de ellos, y Mesmer dijo que se valía de sus mismos procedimientos.

Acabamos de citar el nombre de uno de los más célebres magnetizadores modernos. En esta rápida excursión histórica sólo diremos de él que en 1778 fundó en París una escuela de magnetismo, en la que reunió lo más escogido en ciencias y en posición social, logrando, entre otras cosas, arrancar el magnetismo del dominio de los taumaturgos y entregarlo a la

ciencia, haciéndolo por este camino del dominio público. No es, pues, Mesmer, el inventor del magnetismo como algunos creen, sino el primero que en los tiempos modernos se apoderó de este agente para estudiarlo y someterlo a una teoría, y el que con sus experiencias, sus escritos y sus numerosos discípulos lo esparció por el mundo con un carácter científico. Ya en Viena, donde estudió la medicina, se había distinguido por sus ideas singulares y por la tesis que sostuvo en su doctorado, sobre la influencia de los astros en el cuerpo humano, influencia que decía se verificaba mediante un fluido que llenaba todo el universo y penetraba todos los cuerpos. Habiendo conferenciado con el astrónomo Hell sobre los imanes que éste tenía, creyó que la fuerza magnética era el fluido universal de que él había hablado en su tesis. Con estas ideas abrió una casa de salud para tratar gratuitamente por el magnetismo todos los enfermos que acudieran a ella, y se proveyó de una multitud de láminas y varillas imantadas de formas y dimensiones variables, que aplicaba a diferentes partes del cuerpo, según las enfermedades. Como se ve, comenzó por la aplicación del magnetismo mineral: pero algo extraño a este magnetismo debió notar en sus estudios, porque abandonando su primera teoría, proclamó la existencia de un fluido magnético animal esencialmente distinto del magnetismo terrestre, y con el cual se podían conseguir las curaciones más admirables. Formuló su doctrina en veintisiete proposiciones, cuya esencia era lo siguiente: Que el cuerpo humano siente los efectos del fluido universal, infiltrándose los nervios de su sustancia y adquiriendo éstos propiedades análogas a las del imán; que esta propiedad, a la que llamó magnetismo animal, se podía comunicar a los cuerpos animados e inanimados, a cortas o a muy largas distancias; que por esa influencia el hombre podía provocar convulsiones, crisis saludables, curar enfermedades incurables por otros medios, y desarrollar otra porción de fenómenos prodigiosos. Remitió sus programas acompañados de frascos de agua magnetizada a las academias de Viena y Berlín, pero le trataron de visionario, y después de una ruidosa polémica, abandonó su patria y se trasladó a París, donde también le rechazaron las academias, pero obtuvo el favor del público. Se rodeó de grande aparato y de multitud de medios para impresionar los sentidos, entre otras cosas de la música, y hacia sus magnetizaciones sobre círculos compuestos de numerosas personas, empleando varillas metálicas en el primer tiempo de su procedimiento, y seguidamente, comenzaba las aplicaciones de las manos sobre varias regiones del cuerpo, sobre todo en el epigastrio. Sucedía en estas singulares escenas que muchos de la reunión no experimentaban el más ligero fenómeno magnético, que otros sentían cansancio, y que en algunos había un estado preternatural. Éstos eran conducidos al salón de la crisis, cuyo pavimento era de metal, circunvalado de divanes y almohadones adecuados para estos sujetos.

Se ha censurado a Mesmer por su codicia y por el gran charlatanismo con que divulgaba sus conocimientos. No es nuestro ánimo entrar en esos detalles, y nos basta tomar la parte honrosa de su historia para consignar que hizo servicios a la doctrina del magnetismo, llamando la atención de los médicos sobre este agente. En 1785 era tanto lo que se hablaba de Mesmer y de sus curaciones, que se obligó por mandato real a los cuerpos sabios del Estado, estudiar un asunto que habían mirado con desprecio hasta entonces, y como Mesmer no quiso practicar sus experimentos ante los comisionados de la

Academia de Ciencias y de la facultad de Medicina, se dirigieron a Deslou, su discípulo, que también magnetizaba. Aun cuando presenciaron convulsiones, crisis y otros fenómenos, quisieron los comisionados que se les magnetizase a ellos; pero habiendo sido nulos los resultados, redactaron un informe desfavorable al mesmerismo, formulando voto particular el naturalista Jussieu, que fijó haber observado cuatro órdenes de hechos; 1.°, hechos generales que la fisiología podía explicar; 2.°,hechos negativos o contrarios a la doctrina del magnetismo; 3.°, hechos que eran producto de la imaginación; y 4.°, hechos que hacían creer en la existencia de un agente magnético. A pesar del dictamen de Jussieu, el de los demás miembros de la comisión produjo su efecto natural, y el mesmerismo quedó muy desprestigiado, sobre todo por haberse propagado la idea de que era perjudicial para las buenas costumbres.

Aun cuando todavía tuvo el mesmerismo sus partidarios, fue decayendo rápidamente, y entre los magnetitas se comprendió la necesidad de cambiar la teoría y los procedimientos, uno de los discípulos de Mesmer, el marqués de Puységur, había observado que entre las personas atacadas de crisis bajo la acción de las varillas metálicas de su maestro, muchas eran invadidas de un sueño sonambúlico. Les dirigió la palabra y notó que inmediatamente le contestaban. Una serie de experimentos le convencieron de la lucidez de ciertos sonámbulos, y desde entonces el magnetismo cambió de aspecto, así como los procedimientos para obtenerlo...

Apasionado de estos estudios, y con una fortuna para entregarse a ellos por completo, se retiró a sus posesiones de Busancy, donde hizo prodigios, pues no solo magnetizaba a hombres, mujeres y niños, sino también objetos inanimados, y sedienta que magnetizaba un gran olmo, y que se dormían los que se sentaban debajo de este árbol, quedándose en estado zonambúlico. Los fenómenos que producía fueron tan ruidosos, que no solo se divulgaron en Francia, sino por toda Europa, con cuyo motivo se formaron sociedades en todas partes, especialmente en Alemania, donde llegó a haber más de trescientas, y hasta en el ejército se entretenían los oficiales en magnetizar a los soldados. Entre los muchos prosélitos que contó por esta época el magnetismo, hubo sabios distinguidos, entre ellos Sprengell, Klugge, Treviranus, Wienhold y Hufeland, los cuales trataron de regularizar su estudio. El rey de Prusia mandó que no se permitiera sino a los médicos el empleo del magnetismo con objeto terapéutico, y en consecuencia se instaló una clínica de cien camas para que se recibieran los enfermos que quisieran tratarse por este medio, y en la que pudieran los alumnos ejercitarse en las prácticas del magnetismo.

En Francia estaba la atención pública fija en su revolución, y no era el momento a propósito para los estudios del nuevo agente que estaba ocupando a los sabios; pero en la época de la restauración comenzaron a aparecer escritos notables, entre ellos los de Deleuze, Virey, Henin-Cuvilliers y otros. El mismo Laplace decía en su *Teoría del cálculo de las probabilidades*, que era poco filosófico negar la existencia de los fenómenos magnéticos porque fuesen inexplicables en el estado actual de los conocimientos humanos y Cuvier añadía que no se podía dudar, en vista de los fenómenos observados en el magnetismo, que había una comunicación cualquiera entre los sistemas nerviosos del magnetizado y magnetizador, que producía efectos ajenos a la influencia de la imaginación.

En 1825 el Dr. Froissac propuso a la Academia de Medicina de París una sesión magnética, y aceptada la invitación, se nombró una comisión que estudiara el asunto, habiendo dado su informe en 1831. En él consignó que el magnetismo animal, considerado como agente de fenómenos fisiológicos, o como medio terapéutico, debía tener su lugar en el cuadro de los conocimientos médicos, como se verificaba en Alemania. La comisión añadía que no había podido comprobar, por falta de ocasión todo lo que decían sobre fenómenos sonambúlicos los magnetistas; pero que había recogido hechos bastante importantes para proponer a la Academia que impulsara los estudios sobre magnetismo.

El Dr. Bertrand publicó por esta época una obra concienzuda sobre el magnetismo animal, y en 1837 el Dr. Berna presentó a la Academia una sonámbula, en la que provocaba la insensibilidad, la catalepsia localizada que desaparecía y volvía a presentarse a voluntad de Berna, la obediencia de dicha sonámbula a órdenes mentales, etc.; pero los experimentos no dejaron satisfechos a los comisionados, y el Dr. Burdin, propuso, en consecuencia de esta sesión, un premio para la sonámbula que presentara la lucidez y trasposición de sentidos. Seis aspiraron al premio; pero las pruebas no fueron tampoco concluyentes y quedó sin adjudicar.

Desde 1837 a 1853 se publicaron muchos folletos y obras sobre magnetismo animal, y se hizo objeto de un estudio serio por parte de médicos muy ilustrados de todos los países que han procurado sacar partido para la terapéutica. Cuando el ruidoso acontecimiento en los Estados Unidos de las mesas giratorias y parlantes, que tanto ocupó por algún tiempo la atención de todo el mundo, surgió la idea de que esos fenómenos podían ser de la esfera del magnetismo, siendo éste un nuevo motivo para que más se cultivara su estudio. Dejando a un lado la doctrina que surgió con las controversias sobre tales fenómenos, y que hoy ocupa grandemente al público y a muchos pensadores, y que se conoce con el nombre de *espiritismo*, la cual considera que el magnetismo es una de las formas de las manifestaciones que ella estudia, y apartándonos también cuanto podamos de las hipótesis sobre el magnetismo animal, nos proponemos, después de la ligera reseña histórica que acabamos de hacer, consignar los hechos averiguados y de los que tenemos certeza, por haberlos producido o haberlos presenciado, con todas las garantías de no haber sufrido mistificaciones ni engaños, y establecer después las aplicaciones que se puedan hacer del magnetismo como agente curativo; asuntos de que nos ocuparemos en otros artículos.

ANASTASIO GARCÍA LÓPEZ.

Tenemos el gusto de insertar el siguiente extracto del discurso pronunciado por don Eduardo García en defensa del Espiritismo.

ATENEO DE VALENCIA

(Diario Mercantil fecha 1º de Abril de 1873)

«El sábado se reunió en sesión extraordinaria la sección de ciencias exactas, físicas y naturales, continuando la discusión sobre el Espiritismo. Usó de la palabra el Sr. García (D. Eduardo), y con facilidad y tersura en la frase y el estilo, pronunció un discurso que fue acogido con abundantes aplausos, y del que a continuación hacemos un fiel extracto:

«Empezó felicitando al Dr. Serrano por haber admitido la competencia de la filosofía y teología para el examen del espiritismo y magnetismo, pero lamentando que, a pesar de aquella concesión, continuase el referido señor rechazando todo lo que no podía explicarse por las leyes físicas. A este propósito dijo: que este procedimiento no podía satisfacer ni aun al mismo Sr. Serrano, quien, conociendo perfectamente la historia de las ciencias naturales, sabía también que la humanidad, en su eterno afán de explicarlo todo, en ningún tiempo había dejado de conseguirlo, cualquiera que fuera el criterio dominante. En apoyo de esto hizo algunas citas históricas. Dijo luego que discurriendo como lo hacía el Dr. Serrano, le podrían destruir muchos hechos que en parte sirven de apoyo a doctrinas trascendentales que ningún perjuicio reciben por las explicaciones que de ellos de la doctrina espiritista. Que esta doctrina no exige, como supuso el doctor Serrano, una gran dosis de fe al que trata de estudiarla, sino que al contrario, solo exige el concurso de la razón, y racionales son también los principios de que se deriva: que si hay quien exija la fe en los hechos, esta exigencia es injusta, e innecesaria: que era injusta porque la existencia de los fenómenos espiritistas se halla demostrada hasta la saciedad por el testimonio de gran número de personas, entre las cuales figuran en primer lugar muchos impugnadores enemigos natos de la doctrina espiritista. En apoyo de esto hizo varias citas. Demostró luego que aquella exigencia de fe en los hechos era innecesaria, porque la verdad de una doctrina, no solo podía demostrarse a posteriori, sino también a priori, y que no comprendía cómo se quería negar este recurso al espiritismo, cuando hasta las ciencias experimentales sacaban de él muy buen partido, cuando fracasaban los experimentos, cosa que sucede con harta frecuencia. Dijo por fin, que rechazar la doctrina espiritista, porque no se hallaba completamente sancionada por los hechos, valía tanto como negar la exactitud de las matemáticas, porque no podían demostrar sus axiomas fundamentales: valía tanto como negar la redondez de la tierra, porque no había podido explorarse en toda su extensión: valía tanto como proclamar de la manera más absoluta aquel principio de la filosofía aristotélica: *nihil est intelectu quod prius non fuerit in sensu* relegando por completo al olvido, la facultad de raciocinar para no ceder sino a la fuerza brutal de los hechos.

Pasó luego a hacer algunas observaciones al Dr. Serrano con motivó de los argumentos con que éste intentó probar la existencia del fluido magnético, cuya existencia había éste declarado controvertible. Refutó luego las explicaciones que el Dr. Serrano había dado de los hechos referidos por el disertante, y que había calificado de inaceptables, unos por opuestos a la rectitud de lo referido y otros por poco científicos, como la de atribuir un hecho a la casualidad, que no es otra cosa que nuestra ignorancia de la relación que existe entre un efecto y su causa. Encontró más natural recurrir a la comunicación espiritual, y dijo, que si para el Sr. Serrano era difícil de admitir aquella causa, más difícil hubiera sido para nuestros antepasados admitir la posibilidad de otros sucesos, como la trasmisión del pensamiento en pocos segundos de polo a polo; el trasponer inmensas distancias en pocas horas, y el dejar impresa nuestra efigie en un cristal sin el auxilio de instrumento alguno; y no obstante, la aparente dificultad de todo esto se había realizado.

Concluyó diciendo que si al terminarse este debate la victoria parecía indecisa, no

obstante se habían obtenido muchos resultados, y llamó la atención de uno y otro bando hacía el estudio del espiritismo, doctrina de trascendentales aspiraciones, que si hoy se ostenta, dijo, algo deforme e incompletamente definida en muchos detalles, tiene no obstante el derecho de ser examinada una y otra vez con recto o imparcial criterio, y solo entonces podrá formarse un juicio definido.»

DICTADO POR LA-TUBA

Médium J. Pérez.

EL PROGRESO AVANZA

I

Adelante, adelante: este es nuestro deseo; este es nuestro trabajo de inspiración; dar cebo al carro del mundo, pulir sus ejes y llevarlo como una exhalación desprendida por ese vacío inmenso a un término previsto. Ayer una institución, hoy otra, mañana otra; esas son las palpitaciones de un mundo lleno de vida y de movimiento. ¡Adelante, adelante!

II

La noche de tinieblas pasó; en política pasó el despotismo, en religión la intolerancia, en el hombre la estupidez, consecuencia de la intolerancia religiosa y del despotismo gubernamental; los cuervos se alejan, a la salida del sol; ya no se oyen graznidos, sino ruiseñores que cantan al alba del progreso que asoma ya en la naturaleza inundada de luz, que se identifica con un cielo puro, sereno y trasparente lleno de encantadoras armonías.

III

El trabajo de la inteligencia es el golpe de martillo que modula la forma de la democracia, el símbolo de la paz; árbol del bien, en donde a la sombra de sus extendidas ramas, han de cobijarse todas las generaciones de este mundo, para entonar celestiales cánticos y tejer al compás de suaves armonías, coronas que inmortalicen el recuerdo de esta era de heroica regeneración.

IV

Adelante, adelante: coopera con tus fuerzas ¡oh humanidad! quita esos escombros que detienen la marcha de tu carro; reduce a polvo esas coronas; derriba al suelo esos altares, que son el sarcasmo de tu Dios y la preocupación de tu entendimiento; avanza tranquila con el corazón lleno de esperanza y con el alma henchida de perfecciones. Estudia, trabaja en el gran problema del mundo; extiende la luz de la razón por todos sus ámbitos y donde cruja y rechine destemplada esa inmensa mole que tanto cuesta de llevar, da cebo y tira con fuerza que cederá el obstáculo al golpe de tu potente martillo, la razón.

Espíritu de A. RODRÍGUEZ MIRA.

VARIEDADES

EL AMOR

¡Amor! ¡planta cultivada en el cielo; rosa purísima de los jardines de Dios, que hoy no puedo contemplar y que solo podré aspirar algún día el ambiente de tan delicada flor!

¡Néctar que embriaga el alma arrobándola en deleitoso éxtasis y en el que la

dicha forma la exuberancia de la vida, la plétora de sensaciones!

Dulce palabra, encantadora armonía, prenda de paz, signo de progreso, lazo de unión, engarce de las almas, libro del pudor, prueba de la simpatía, camino de la virtud, ciencia del ser, reflejo de Dios, ley de la creación, historia del hombre, ¿dónde estás, dónde te escondes?

¿Por qué te siento?... ¿por qué te ansío?... ¿por qué siendo señor de mí mismo; siendo individualista, quiero ser esclavo de ti, quiero doblegarme, encadenarme a la suerte de otro ser, para ensanchar este lazo más tarde con todos los seres de la creación?...

¡Oh mujer! ¡bella deidad, que anidas en la tierra para hacer menos tristes al hombre los aciagos días de sus padecimientos y pruebas! ¡Cuándo ángel mío! ¡cuándo mujer incógnita, aquélla que ha de ser en este valle de tropiezos, el cayado de mis reparaciones; aquella a quien mi espíritu conoce y mi cuerpo se desespera por conocer; cuándo, amada mía, podré estrecharte entre mis brazos y estampar en tu abrasadora frente el ósculo bendito, el santo y puro señal de paz y amor!

¡Oh! ¡Si no tuviese tanta fe en el porvenir, si creyera menos en Dios, quizá me entregara en los brazos de la desesperación, creyendo imposible tan feliz y venturoso día! Sí, mi corazón duro a tus sublimes sensaciones, muda mi alma a la voz del amor, rotas las cuerdas de mi lira amorosa, cómo esperar nada nuevo y bueno del invierno de mis sienes y del frío de mi ser!...

Pero no; yo he de sentir vibrar materialmente las fibras de mi *yo*; he de sufrir los vértigos del encanto y del sacrificio de mi ser a otro ser; he de contemplar a la naturaleza riente y florida, ya que hoy me parece yerta y llorosa; yo he de encontrar sus secretos al descubrir los míos, y el murmullo del río, el trinar del ruiseñor y el aroma de las flores, me harán interpretar el lenguaje amoroso de la fauna y de la flora, y sabré cómo se quieren los pájaros y las plantas cómo se deleitan, sabiendo sentir y declamar fielmente la dulce endecha que el parlero jilguerillo entona ávido de placer a su querida amante!

¡Ven amor, ven; cúbreme con tu espeso velo de dulzuras! ¡acude a sonambulizarme y déjame en estado lúcido, en el estado de enamorado! ¡quiero amar, *quiero querer!* ¡tócame con tu varita mágica, ponme delante a la que tiene las llaves de mi sentimiento; y cuando me extasíe ante esa hada, hurí de mis ensueños, circasiana de mis fantasías, ángel de mi templo, y María de mi mundo, la diré amores!... ¡la diré tanto!!... ¡que su corazón se ablandará al ver mis penas y me querrá, no lo dudes, me querrá!

Cuando vea su talle gentil y flébil como el de las palmeras que bordan el ardiente África; cuando vislumbre su infantil donaire, que enlazará su fluido con el mío, formando la dulce cadena de la alianza, que no ha de romperse jamás; cuando rodee mis brazos a las encantadoras formas de su modelado cuerpo... ¿qué seré entonces, sino la mariposa que admirada, atraída por la brillantez de la luz, vuela alegre y sonriente a su alrededor, hasta que cae en lo que era su gloria para no levantarse más?

¿Quién ha hecho germinar en mí ese deseo volcánico de encontrar una fiel Penélope, una casta Susana, una hermosa Judit, una heroína como Juana de Arco, una patriota como Mariana Pineda, una poetisa como Carolina Coronado? ¿Quién ha impreso en mi ser las huellas de sus pisadas, la ambrosía de su aliento, la ter-

nura de su alma, la fe de su espíritu? ¿Quién me ha hecho suspirar por ella? ¿Quién? La historia, sí la historia. ¡Esa madre cariñosa me ha enseñado a amar en secreto, con el respeto que honra, a los seres queridos que se distinguieron en la humanidad, y ellas en pago de mi tributo de amor, vuelan en alas de la noche a reposar sobre mi mente y en el tranquilo sueño de mi materia, dan a mi atribulado espíritu muestras inequívocas de su agradecimiento; me aman y me quieren! ¡No han de quererme si yo las quiero! ¡No han de amarme si yo las amo, es más, si las venero! ¡Ah! sombras queridas que la vigilia me roba; seres a quien me une el pequeño deseo del bien que en mi trabaja; si en la vida merezco de vosotros un consejo, yo os pido, yo os ruego que me inspiréis; y si me encuentro ante una mujer que no os rinda culto, dadme pruebas de que no la queréis, decídmelo para que huya de ella.....!

ANTONIO DEL ESPINO.

CARTAS ÍNTIMAS

A mi hermana en creencias A. M.

Hermana mía: por segunda vez te confío mis impresiones, porque la comunicación de las ideas es la cadena magnética que une a la humanidad.

Entre los innumerables beneficios que reporta a la raza humana el espiritismo, uno de ellos es sin duda alguna, la libre y amplia discusión que sostienen los espiritistas con todas las escuelas filosóficas del mundo.

Los adeptos de la vida de ultratumba no dogmatizan, no dicen: «Creed porque lo manda la fe; sino investigad, preguntad a la razón *el porqué* de las cosas, *la causa* de los efectos; y solo por el conocimiento práctico, por las verdades matemáticas que presentan los hechos consumados, en la historia de los siglos, queremos os convenzáis de la existencia de Dios, y que seáis corno Santo Tomás que solo *viendo* y *tocando* creyó.»

Dice Roque Barcia «Sembrad ideas y recogeréis hombres.» Este profundo pensamiento encierra todas las tendencias de las revoluciones sociales: todos los adelantos a que está llamada la humanidad: y a los espiritistas les estaba reservado dar el gran paso en la senda del progreso.

Actualmente se discute en la sociedad espiritista española, las bases fundamentales del espiritismo y las teorías del bien y del mal.

La escuela católica y materialista impugnan los principios de la religión única, de la religión que no rechaza la razón, y que será la estrella polar que lleve al puerto de salvación a las generaciones futuras.

Los católicos romanos encerrados en un círculo más pequeño, parapetados en su fe ciega y en sus fanáticos misterios, no pueden sostener con ventaja la lucha de las ideas.

¿Cómo han de sostenerla los que no han tenido más argumentos para convencer a sus víctimas, que llevarlas al pie de las hogueras y decirles: ¡cree o muere!.....

Les falta lógica, les faltan pruebas para demostrar que su Dios vengativo; es el Dios que irremisiblemente debemos adorar.

Los católicos romanos terminan siempre sus discursos diciendo: «Creemos lo que nos manda la santa madre iglesia.»

¡Lo que nos manda!... ¿Luego son esclavos de un pensamiento superior, cuando rebajan su imaginación hasta el extremo de creer sin razonar lo que creen?..

Verdaderamente que inspiran compasión esos hombres, que se despojan de todos sus derechos legítimos, para vivir dominados y subyugados por los sofismas de la superstición y del error.

Los materialistas tienen más ventaja para luchar, porque son más instruidos, porque tratan de apoyarse en la ciencia; y aún cuando ésta, no responde categóricamente para darnos cuenta de todo lo que sentimos porque hay un algo superior sobre la física y la química: da lugar al menos a brillantes y científicas polémicas, donde el espiritismo puede probar hasta la evidencia el eterno poder de un Ser supremo, que es el que le presta electricidad a ese telégrafo humano que se llama hombre.

¡Cuán cierto es que de la discusión brota la luz!... ¡Cómo se engrandece la vida a nuestros ojos, cuando vemos a esos profundos pensadores, a esos sabios locos, buscar en la ciencia el principio y la causa del *yo pensante*, que los materialistas la derivan de la electricidad cerebral, diciendo que de las impresiones externas nacen todas las ideas!

¡Todas las ideas!... Si solo de las impresiones terrenas reciben vida las sensaciones, surgen las ideas y se forman los pensamientos, ¡qué pequeñas! ¡qué mezquinas serían nuestras aspiraciones!...

¿Y los grandes filósofos? ¿Y los que soñaron y vieron nuevos continentes? Y los genios benéficos que nos inician en otras existencias? ¿de dónde reciben esas inspiraciones? ¿De lo que ven en la tierra? no, mil veces no. Y los mismos materialistas, los que abominan la injusticia humana, ¿por qué no aceptan como moneda Corriente el régimen social? ¿Quién les inspira para desear el mejoramiento del orbe? ¿Quién les dice que el vicio asciende y la virtud se hunde? ¿Quién les despierta? ¿Quién? ¡Dios!

Ese Dios que niegan y que no quieren conocer, a pesar de que les habla tan alto a su entendimiento y a su conciencia.

Grande le llaman al siglo XIX, puesto que lo denominan el siglo del vapor y de las luces; pero todos sus adelantos científicos, todos sus progresos materiales, en la perforación de las montañas, en la división de los mares, en los telégrafos submarinos, en los descubrimientos astronómicos, nada valen en comparación de la *ciencia nueva*, porque hasta ahora, solo ha progresado el hombre materialmente, pero en la parte moral no diremos que está como los primeros siglos de barbarie, mas le queda tanto que aprender..! tiene que cambiar de tal manera sus instintos, que ha de pasar mucho tiempo aún, antes que la criatura se convenza que no basta el no hacer daño, que es necesario hacer bien.

Dijo Cristo, que el que no fuera bautizado de agua no entraría en el reino de los cielos: el Jordán bendito a que aludía el mártir de Nazaret, era el agua de la caridad, de la mansedumbre y del amor.

El espiritismo es la catarata universal, es el torrente impetuoso que ha de arrastrar la escoria que hay en la superficie de la tierra, y como la draga limpia el fondo de los puertos, del mismo modo penetrará en nuestra conciencia donde se encuentran petrificadas la indiferencia y la duda.

¿Qué se puede esperar del que duda de todo? el retraimiento. ¿Qué abnegación, qué sacrificio, se le podrá exigir al que dice con sonrisa desdeñosa: Yo a ese mundo le doy nada por nada...

Para el reloj de la eternidad los siglos serán segundos, pero para la medida del tiempo humano, los años se hacen siglos y nos parece que marcha con demasiada lentitud el progreso moral.

¡El evangelio!...¡Esa recopilación grandiosa de los más sublimes pensamientos! ¡ese código divino! esa historia cuyo prólogo fue la muerte de Jesús, y cuyo epílogo aún no ha visto la humanidad; de qué manera tan absurda y tan errónea ha sido comprendida, hasta que el espiritismo ha venido a demostrar la base en que se apoyaba esa fábrica grandiosa que se llama naturaleza: esos millares de mundos animados por el fluido de Dios.

¡Atrás falsos milagros! Dioses y apariciones pasad y dormid en la tumba del olvido.

Cuando se comprenda el espiritismo en lo que vale, se volverá a reproducir *la edad de oro* de los patriarcas, pero ésta, será más feliz que aquella, porque entonces el entendimiento del hombre era mucho más limitado que ahora y eran las criaturas buenas, porque no tenían medios de ser malas, la comunicación de los pueblos apenas se conocía y no podían trasmitirse los unos a los otros sus dulces o feroces instintos, sino de tiempo en tiempo, y las tribus vivían cuidando sus ganados porque no habían visto un más allá.

La edad de oro del porvenir le servirá de pedestal la ciencia, el análisis de todos los fenómenos físicos y morales, y el verdadero conocimiento de un Dios justo y clemente.

Decía Fernán Caballero en uno de sus inimitables cuadros de costumbres: «Prefiero que mi hija sea buena a que sea feliz.» ¡Pensamiento profundo que debe servir de guía a la humanidad.

La felicidad según se entiende en la tierra consiste en un egoísmo refinado, en proporcionarse el individuo toda clase de goces y comodidades, sin cuidarse del que nada posee; y cuando de lo superfluo sobre, entonces arrojar al mendigo algunas monedas sin mirarle a la cara.

La felicidad según el evangelio no debe cifrar su ventura en la molicie y en el sibaritismo de las riquezas, sino en consolar al que llora, en instruir al que no sabe, y en prodigar a nuestros hermanos un amor sin límites.

¿Qué senda seguiremos nosotras, hermana mía? Creo que optarás por practicar la verdadera caridad, por amar siempre, sin odiar a los ingratos; y cuando multiplicados desengaños hagan pedazos nuestro corazón, recordaremos las últimas palabras de Cristo: y así como él pedía el perdón para aquéllos que le crucificaban, así nosotras pediremos misericordia para todos los seres que despiadadamente han ido marchitando una por una las ilusiones de nuestra vida.

¡Bendito sea el espiritismo con sus lógicas esperanzas; con sus verdaderas recompensas y su inextinguible porvenir!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid

EL MESIAS Y SUS SECTARIOS

El astro del día su faz ocultaba.
Tras cárdenas nubes de fuego y coral:
El viento en el bosque furioso silbaba
Bajando las ramas con fuerza infernal.

Las aves medrosas ni en su nido blando,
Ni en la selva umbría seguras están,
Y el rápido vuelo levantan, buscando
A do refugiarse del fuerte huracán.

El manto de nubes que el cielo cubría;
Del raudo torrente el ronco fragor;
Del trueno el ruido que lejos se oía
Llenando la tierra de espanto y terror.

Las aves que huían y albergue buscaban:
El cielo cubierto por negro capuz;
Y el monte y el valle y el bosque, anunciaban
La muerte afrentosa del Justo en la cruz.

Del Gólgota el monte la turba rodea
Cual onda que corre tras otras, en pos,
Y avanza, se empuja, se agita y vocea,
Por ver al Mesías al hijo de Dios.

Ni en cruz afrentosa su cuerpo enclavado,
Ni sordos gemidos de angustia y dolor,
Ni el pálido rostro de sangre manchado,
No llenan del pueblo el loco furor.

Por eso no siente ni el trueno robusto,
Ni el rayo encendido, ni el viento al silbar,
Su anhelo era sólo la muerte del Justo
Y el monte rodeaba por verlo espirar.

No basta a la furia de aquellos tiranos,
Del rostro divino la amarga expresión,
Ni clavos agudos que hieren sus manos
Y el cuerpo suspendan en cruel posición.

Ni infame verdugo que en tétrica calma
Acerca a sus labios la esponja con hiel,
Ni el triste lamento que arranca de su alma
La herida que el pecho le horada cruel.

No basta de sangre su frente teñida
Por crueles espinas que hieren su sien,
Y en vano una madre les llora afligida;
Es vano su llanto, su ruego también.

Ni escuchan ni atienden su duelo prolijo,
La escupen, maltratan le enseñan la cruz
Y besó el madero muriendo a su hijo,
Al que era de su alma la fúlgida luz.

La hora llegaba: la muerte esparcía
Sus fúnebres alas del monte en redor,
Y ante ella enmudece la nube bravía
Y el viento furioso cesó en su fragor.

En cruel agonía, al cielo sombrío
Su triste, angustiosa, mirada elevó,
Y en voz moribunda «*¡Dios mío! ¡Dios mío!*
¿Por qué me abandonas? su labio exclamó.

Sufrir mas no puede dolor tan tremendo
Y en medió el silencio su voz se escuchó,
«*Mi espíritu Padre a vos encomiendo...*»
Y su alma divina a Dios entregó.

Y entonces furiosos los cuatro elementos
Y cual si esperasen la hora fatal.
Lanzando rugidos, combaten violentos,
Al mundo mostrando su fuerza infernal.

Tonantes bramidos levantan al cielo
Las ondas bravías del horrido mar,
Que pasa su orilla y avanza so al suelo
Y amaga en su furia la tierra inundar.

Se parten los montes, combaten los vientos
Y esparcen los rayos su tétrica luz,
Cual si la natura sintiera los cruentos
Dolores, la muerte, del Justo en la cruz.

Todo se consumó. La cruel, la impía
Jerusalén, la que a Jesús dio muerte,
La que gozó inhumana en su agonía,
Lleva consigo su maldita suerte.

Ve su dorada Iglesia derruida,
Ve en su lugar nacer zarzas y yedra,
Ve desplomarse su ciudad querida
No quedando *piedra sobre piedra.*

Cumplióse al fin la profecía escrita
Y lloras; ¡oh Judea! tus maldades;
Tu raza entré las razas es maldita,
Y ludibrio serás de las edades. . . .
. . . . . .

¿Qué nueva celestial el orbe hiende?
¿Qué esa voz de melodioso son
Que la ventura por do quiera extiende
Y llena de alegría el corazón?

¿Y qué es esa armonía deliciosa
Que hace nacer el fraternal amor,
Que al horizonte da el color de rosa,
Y esparce los perfumes de la flor?

Es que la santa cruz que dio la muerte
Al Hijo humilde, al Dios de la verdad,
En principio de vida se convierte
Y en fe y en esperanza y caridad.

Es que la sangre que vertió en el mundo
Se trasformó en precioso manantial
Y de virtud el bello árbol fecundo
Renace por do extiende su raudal.

Es que saliendo del profundo abismo
Do estaba la ignorante humanidad,
Se abraza con fervor al Cristianismo
Que es la radiante luz de la verdad.

Verdad sublime, de sin par consuelo
Que por el orbe entero se extendió,
Brillante antorcha, emanación del cielo

Que la senda del bien iluminó.

Mas... cuan poco alumbró tu luz divina
Con sus fulgores las sublimes leyes
Que en la tierra esparciste ¡oh gran doctrina!
Se congregan y forman nuevas greyes
Y en su locura y ambición dañina,
Del Cristianismo se proclaman reyes
Los hombres que tu luz pura extinguieron
Y del oprobio y baldón ¡ah! te cubrieron.

Y alevosos y crueles te llevaron
Por la senda fatal de oscurantismo
A la cumbre del mal, y te enclavaron
En la afrentosa cruz del fanatismo.
Expiraste por fin y te arrojaron
Del olvido profundo en el abismo,
Consiguiendo borrar de tu memoria
Del mundo entero tu divina historia.

Y entonces del Ser grande, inmenso, justo,
Del Dios todo bondad, del Dios eterno,
Un Dios hicieron vengativo, injusto,
Creador de Satán y del averno.....
¡Ah! Tú, Supremo Ser, Señor Augusto
Tú infinita bondad, Tú del infierno
El horroroso fuego alimentando
Y a las llamas tus hijos condenando!

¡Cuán infame y terrible execración!
¡Cuán baja y degradante alevosía!.....
Mas no colmó esta infamia su ambición:
Guiados por su bárbara osadía,
Fundaron ¡ay! la *Santa Inquisición*,
Que tormento y hogueras esparcía
Sobre el mundo, llenándole de espanto,
Sembrando por doquiera luto y llanto.

Y al par que el orbe entero conquistaba
Caudales y riqueza acumularon;
Y tal su predominio se aumentaba
Que pueblos y naciones sojuzgaron,
Y el que sus falsos dogmas no acataba
Despreciando las leyes que crearon,
Por el impío Santo Oficio era
Condenado a morir en cruenta hoguera.

¿Y es esta la purísima doctrina,
Que en la tierra el Mesías predicó?
¿Es esta la luz clara y purpurina.
Que en sus bellos fulgores alumbró
La senda que guiaba a la divina
Morada que Jesús pronosticó?
¿Son estas las sublimes leyes puras
Que enseñaron las Santas Escrituras?

¡Ah!... ¿Son estos aquellos incesantes
Apóstoles de amor y caridad?
¿Son éstos los de leyes dominantes,
Los que ostentan riqueza y potestad,
Los que cubren con mantos deslumbrantes
Sus hombros con orgullo y vanidad?
¿Son por ventura los que en luengos días
Predicaron las leyes del Mesías?

¡Ah! no, no; por desgracia éstos no son
Cual aquellos humildes pescadores
Que sin orgullo y loca presunción,
Esparcían las deliciosas flores
Del vergel de Cristiana religión,
Que inundaban de aromas seductores.
Las aldeas, los pueblos, las naciones,
Y henchían de bondad los corazones.

No son los que en sus leyes condenaban
El impío idealismo y la avaricia;
Sino los inefables que juzgaban
En alto tribunal de la justicia,
Donde espantosos fallos se dictaban
Inspirados por su odio y su codicia,
Sobre puras doncellas, sobre gentes
Sin delito, indefensas e inocentes.....

Más de tanta maldad y predominio
El fragoroso estruendo ya se siente
Al rodar del olvido en el abismo...
Levanta ¡oh pueblo! tu humillada frente:
Arroja de tu seno el fanatismo;
Saluda la luz bella y refulgente
Que esparce por los ámbitos del mundo
Tu divino fulgor rico y fecundo.

¡Oh pueblo! tú que siempre perseguido
Fuiste; tú que en el pecho desdichado
Ocultabas tu pena, tu gemido;
Tú que en la esclavitud fuiste humillado.
Tú que en los circos sin piedad has sido
Por las hambrientas fieras devorado,
De la victoria al fin alza la palma
Y vuele ya con libertad tu alma.

Sonó ya pueblo, la esperada hora
De que la realidad sus alas tienda;
Abre los ojos a la nueva aurora,
Que la superstición rompió su venda.
Y del Gran Ser la mano creadora,
Trazó la senda, la divina senda.
Que guía desde el falso y torpe infierno
A mundos ¡ah! de porvenir eterno.

JUAN FERNÁNDEZ.

LA CONFESIÓN

Tiene la Iglesia romana
Algo humillante en su rito,
Que el pecador más contrito
Lo tiene que rechazar.
En su culto hay, servilismo:
En su dogma hay vasallaje,
Y si del hombre, el ultraje
A Dios pudiera llegar,

Ciertamente que se ofende
A la majestad divina.
Con esa forma mezquina
Que han dado a la religión.
De Roma, *bolsín* sagrado.
Sale, se extiende y circula
El gran papel de la *bula*,
De fácil aceptación.

Las reliquias y rosarios,
Los *breves* y las *dispensas*
Reportan sumas inmensas...
A la casa del Señor.
¡Parece como imposible
Que el hombre, un ser tan pequeño,
Se haya convertido en dueño
Del poderoso Hacedor!

Le asocian a sus miserias,
Le unen a sus mezquindades,
A sus torpes liviandades,
Y a su loca vanidad.
Esa religión cristiana
Le exige al hombre un tesoro;
Según ellos, con el oro,
De Dios se alcanza piedad.
. . . . . .
. . . . . .

Ministros del fanatismo,
¿Por qué os dais falsos derechos,
Para analizar los hechos
Del infeliz pecador?
¿Y con oculto espionaje
Profanáis el santuario,
Y vais al confesonario
En nombre del Redentor?

Y absolviendo a vuestro antojo
A esos cristianos ilusos,
Conseguís con vuestros usos
Sus secretos sorprender.
¿Quién sois, míseros mortales,
Para juzgar los pecados?
¡Ciegos por ciegos guiados,
Todos tendrán que caer!

Dios tan solo debe oír
Nuestra confesión contrita;
¡Pobre humanidad! medita
Y comprende la verdad.
No des a otro pecador
Un espíritu divino,
No le entregues tu destino,
Ni tu propia voluntad.

No hagas tu casa en la arena
Que el mar sus cimientos baña;
Edifica en la montaña
Que no arrastra el aluvión.
No hay ningún hombre en la tierra
Que no conozca el pecado;
A todos ha dominado
Una vez la tentación.
. . . . . .
. . . . . .

Es el sublime Evangelio
La voz del Omnipotente,
En él brilla refulgente
La razón y la verdad.
Se han sucedido los siglos,
Y pasó ¡oh! mundo tu infancia;
Ya es tiempo que tu ignorancia
Se pierda en la eternidad.

¡Oye, siglo diez y nueve!
Tu adelanto es poderoso;
Mas te falta ¡oh¡ gran coloso,
Ir de la Verdad en pos.
Porque la ciencia no basta
Para evitar pesadumbres;
Moraliza tus costumbres
¡Y conocerás a Dios!

Amalia Domingo Soler.

Madrid.

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores de fuera de la capital que abonen el importe de sus suscripciones, pues de lo contrario experimentarán retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 31

ALICANTE, 20 DE ABRIL DE 1873

LA VERDAD

Todas las grandes doctrinas, todas las grandes ideas, todas las grandes causas han encontrado siempre obstáculos insuperables para su propagación y desenvolvimiento. ¿Será ley de la triste condición humana?

Empero no deben extrañarnos estos hechos, toda vez que la humanidad en su inmenso cúmulo de errores, en el tenebroso caos de mil contradicciones, luchando por hallar la verdad, esa verdad consoladora y bella, solo ha conseguido quedar dividida desde los primeros tiempos, rendir culto a la duda, y acelerar con rapidez su destrucción.

Los infinitos sistemas filosóficos enunciados hasta el día, la diversidad de sectas religiosas admitidas y profesadas, vienen a poner de manifiesto tan tristes aseveraciones. Porque la terrible duda, llevó a sus corazones el germen prolífico de la diversidad de creencias; de éstas, surgió la diversidad de castas, de la diversidad de castas, nacieron las divisiones políticas y la humanidad se vio envuelta en los horrores de privilegios y jerarquías, de señoríos y servidumbres, de odios eternos e implacables venganzas que aún lamentan y modifican.

¡Triste humanidad condenada a no desechar de su seno, la negra duda que corroe su existencia!

¿Y es que por desgracia esa verdad no existe? ¿es acaso la quimera de un sueño? ¿es un pensamiento que nos halaga, cuya posesión se ansia y cuya realidad en vano pretendemos alcanzar?

No. La verdad existe, vive latente, es única, exclusiva, eterna, como eterno es Dios.

Pero es que la verdad, *no se amolda a las creencias*, *son las creencias las que deben ceñirse a la verdad.*

Por eso el hombre ha luchado y lucha en vano, porque ha querido hacer a la verdad esclava de su pensamiento y que obre a impulsos de su conveniencia.

Y he aquí, porque el hombre dividido en creencias, halló la duda que mata su alma, en vez de la persuasión que la vivifica.

He aquí, por qué el hombre egoísta y ambicioso, formuló sus religiones positivas creyendo en absoluto que la suya era la verdadera.

He aquí, por qué su bárbara división en castas, en privilegiados y desheredados,

en nobles y siervos. Y finalmente, he aquí, el porqué de sus odios y rencores, de su eterna destrucción.

¡Fatales consecuencias de la duda! ¡Tristes resultados de sus egoístas propósitos!

Consecuencias y resultados que cuenta la vida de la humanidad y que desgraciadamente sucumbirán con ella, pues ni la sangre del mártir del Gólgota ha sido suficiente a borrar, ni diez y nueve siglos de la preciosa herencia de su Evangelio Santo han sido bastantes a contener.

La duda es cada vez más tenebrosa, el odio más acentuado, la intransigencia bate más violentamente sus negras alas, el egoísmo se esfuerza en afilar sus aceradas garras, y el genio del mal, se cierne triunfante y orgullosa sobre su cabeza, como si se gozara en su destrucción y aniquilamiento. . . . . .

Pero no, que una luz brilla entre la densa sombra que la envuelve: luz de purísimos destellos a donde dirige con avidez la mirada, aunque hiere fuertemente sus pupilas. ¡Ha vivido tanto tiempo entre tinieblas! La mira, la contempla, no acierta a explicarse la causa que la produce, pero le permite ver en torno y se asusta de las deformidades que la rodean. Tiende sus manos y solo sangre por doquiera toca, procura caminar y halla su paso interrumpido por multitud de palpitantes cadáveres. Por todas partes el exterminio, la esclavitud, la opresión, el egoísmo; el hermano dando muerte al hermano, el esclavo anonadado bajo el peso de su cadena, el fuerte sujetando al débil, el miserable arrastrándose a los pies del opulento, el hambriento devorando los restos de la orgia. . . . . .

¿Es esto un sueño? ¿Qué luz es esta que le permite ver tantos horrores, que descubre tantas desdichas, que le hace horrorizar de cuanto toca y mira?

¿Qué luz es esta que viene a sacarle de la sombra eterna en que vivía, e imprime en su alma un soplo de conmiseración y lástima, hasta ahora desconocido?

¿Qué luz es esta, que le hace odiar lo que antes amaba, execrar lo que consideraba justo?

«*Fuera de la caridad no hay saltación posible*,» repite una voz celestial en las alturas que, en alas de los céfiros suaves, recorre el espacio, anunciando por los ámbitos del mundo que la buena nueva, no en vano ha tenido un mártir expiatorio.

¡Mísera humanidad, levántate de la postración en que vives! Mira y escucha, raciocina y piensa, observa y medita.

Entre tu pasado y el presente, media una sima horrenda de miseria y crímenes.

El porvenir está unido con el presente, por una senda tapizada de bellas flores.

Los frutos de tu ayer son: el odio, el rencor, el egoísmo; y como consecuencias, la guerra, el exterminio, la venganza, hijos monstruosos de la terrible duda que por tanto tiempo ha embotado tus sentidos.

Mira en cambio con los que el mañana te brinda: Caridad, virtud, amor al prójimo, la paz, la libertad y el sublime perdón que desconoces con la austera verdad que tanto anhelas.

Esa luz que ha alumbrado tus tinieblas, que te conduce al puerto seguro de salvación, que abre tu alma a los perfumes de la virtud, que hace brotar en tu corazón la semilla del amor, que te enseña la verdad revelada, única, exclusiva y eterna, se llama ESPIRITISMO. El espiritismo que

viene a cumplir los altos fines que olvidaste en tu ceguedad.

Acude a *él* humanidad desgraciada, imponte en su doctrina, practica sus virtudes y prepárate a recoger los goces que te ofrece.

No retrocedas en tu senda de perfección, no escuches la voz del pasado lúgubre y sombría que clama contra ti, sigue adelante; ni obstáculos te detengan, ni execraciones te asusten. El porvenir es tuyo. Olvida la condición en que has vivido, tienes un alma inmortal, un libre albedrio, un corazón asequible a la práctica del bien.

Pero vacilas.....dudas..... ¡Siempre la fatal duda oponiéndose a tu salvación!

¿Qué te detiene? ¿La voz caduca de la iglesia de Roma?

¿Las infernales excomuniones de sus falsos apóstoles?

Éstas son el mejor apoyo de los hechos espiritistas. Ésta es la mayor afirmación de su verdad. La iglesia de Roma ha maldecido todas las verdades, se ha opuesto a todos los adelantos de la ciencia, a todas las nuevas ideas, a todos los descubrimientos y solo por este hecho ha imperado la verdad, la ciencia, la idea nueva, el nuevo descubrimiento.

¿Qué significan las excomuniones en el siglo XIX? La prueba más culminante de la verdad del Espiritismo, radica en la repulsión de la iglesia de Roma. ¿Sabes por qué? Porque la iglesia de Roma es la creencia que quiere esclavizar a éstas, la verdad; porque la iglesia de Roma, es el pensamiento que encierra la creencia exclusiva; porque la iglesia de Roma, es el egoísmo que quiere encadenar al poderoso y deslumbrante carro de su ayer, el alma inmortal, el libre albedrío, el corazón de la humanidad; porque la iglesia de Roma, representa el pasado con su división de castas, privilegios y jerarquías, señores y siervos, odios eternos e implacables venganzas.

Por eso lucha, por eso se irrita, vomita excomuniones y trémula y desencajada maldice la ciencia, las ideas, los adelantos la verdad. Porque la verdad, los adelantos, las ideas y la ciencia, hacen que se le escape de sus vetustas manos el imperio del mundo que por tanto tiempo ha dominado. Por eso maldice al espiritismo, porque el espiritismo, le arrebata el yugo odioso que ejercía sobre las conciencias; porque su egoísmo, que le ha llevado hasta el extremo de decir: *que fuera de ella no hay saltación posible*, creando un Dios a su conveniencia, ora batallador, ora implacable, ora vengativo, pero nunca del perdón infinito y de la infinita misericordia, la ha cegado hasta el extremo de no ver que la marcha del mundo podía arrastrarla en su impetuosa corriente. Y hoy que está más cerca su ruina al mirar el pasado que representa, en vez de proponer su reforma, variar de conducta y seguir el siglo en que vive, lanza excomuniones atrayéndose la indiferencia de muchos y el odio de los demás.

¿Cómo pretender que la humanidad viva en el siglo XIX como vivía en los siglos V y VI? Cuanto sucede, es una consecuencia lógica de las leyes naturales.

Humanidad, tu hora ha llegado. La idea regeneradora nace a la vida, los edificantes principios dan a las almas consuelo, asustando las creencias a la verdad, su luz purísima irradia en todos los corazones la esperanza de salvación.

El espiritismo, égida tuya, viene a borrar tu pasado y prepararte la senda futura de tu bienestar. ¡Feliz tú, si rindiéndole verdadero culto, perseveras en la observancia de su sacrosanta doctrina!

El Espiritismo es LA VERDAD.

IVÁN SOERTLLER.

LAS CINCO ALTERNATIVAS DE LA HUMANIDAD.[1]

(OBRAS PÓSTUMAS)

(Conclusión)

III.—DOCTRINA DEÍSTA

El deísmo comprende dos categorías de bien distintas creencias: *Deístas independientes y deístas providenciales.*

Los *deístas independientes* creen en Dios y admiten todos los atributos del Creador. Dios, dicen, estableció leyes generales que rigen el universo, pero leyes que, una vez creadas, funcionan completamente solas y de las que ya no se ocupa su autor. Las criaturas hacen lo que quieren o lo que pueden, sin que le lleven la menor inquietud. No hay providencia, y como Dios no se ocupa de nosotros, no hay que darle gracias, ni por qué rezarle.

Los que niegan toda intervención de la providencia en la vida del hombre, son a manera de esos niños que se creen bastante razonables para emanciparse de la tutela, consejos y protección de sus padres, o que imaginan que sus padres, no deben ocuparse de ellos, desde el instante en que fueron lanzados al mundo.

Bajo pretexto de glorificar a Dios, demasiado grande, dicen, para rebajarle hasta sus criaturas, lo convierten en un ser asaz y sobradamente egoísta, apenas comparable con los brutos que abandonan su progenitura en brazos de los elementos.

Esta creencia es un resultado del orgullo, es el eterno pensamiento de la sumisión a un poder superior que hiere el amor propio, y del que tratamos de emanciparnos. Mientras que los unos recusan en absoluto semejante poder, otros consienten en reconocer su existencia, pero la condenan a la nulidad.

Entre el *deísta independiente* de que acabamos de hablar, y el *deísta providencial*, hay una diferencia esencialísima. Este último cree; no solamente en la existencia y poder creador de Dios, origen de todo, si que también en su intervención incesante, en la creación y en la eficacia de la oración: pero no admite el culto externo ni el dogmatismo actual.

IV.— DOCTRINA DOGMÁTICA

El alma, independiente de la materia, es creada al nacimiento de cada ser: sobre vive y conserva su individualidad: Después de la muerte, su destino, a partir de este instante, está irrevocablemente fijado, sus progresos ulteriores son nulos, y por lo tanto, es durante la eternidad, así intelectual como moralmente, lo que era durante la vida terrena. Todo arrepentimiento es completa y eternamente inútil, supuesto que los malos van a parar al infierno, donde sufren castigos perpetuos, irresistibles y eternos, y Dios parece negarse a toda posibilidad de reparar el mal que hicieron; la recompensa de los bue-

[1] De la *Revue Spirite.*

nos, cífrase en ver a Dios y en la contemplación estática y sempiterna del cielo. Los casos en que puedan merecer, siempre en el sentido absoluto de la eternidad, el cielo o el infierno, se dejan a la decisión y juicio de hombres falibles, a quienes es dado absolver o condenar.

Nota. —Si se objetara a esta proposición que Dios juzga en última instancia, preguntaríamos: ¿cuál es el valor, de la decisión pronunciada por los hombres, desde el instante en que puede ser equivocada y falsa?

Reparación definitiva y absoluta, de condenados y elegidos. Inutilidad de los socorros morales y de los consuelos dirigidos a los condenados. Creación de ángeles o almas privilegiadas exentas de todo trabajo que tienda a la perfección, etc., etc.

Consecuencias: Esta doctrina, deja en pie los graves siguientes problemas:

1.º ¿De dónde provienen las disposiciones innatas, intelectuales y morales, causa de que los hombres nazcan buenos o malos, inteligentes o idiotas?

2.º ¿Cuál es la suerte de los que mueren apenas nacidos?

¿Por qué entran en la vida bienaventurada cuando no han estado sujetos al penoso trabajo de los demás seres?

¿Por qué se les ha de recompensar, si no pudieron hacer bien alguno, o se les ha de privar de una dicha perfecta sin hacer mal ninguno?

3.º ¿Cuál es la suerte de los tontos, locos e idiotas, si no tienen conciencia de sus actos?

4.º ¿Dónde es ida la justicia, tratándose de miserias y enfermedades de nacimiento, cuando no son resultado de ningún acto de la vida presente?

5.º ¿Qué suerte les está reservada a los salvajes y a todos cuantos forzosamente mueren en el estado de inferioridad moral, en la que se encuentran colocados por la naturaleza misma si no les es dado progresar ulteriormente?

6.º ¿Por qué Dios crea almas menos y más privilegiadas y favorecidas?

7.º ¿Por qué llama a sí prematuramente a los que con vida más larga se hubieran mejorado: que todo es posible, lo cual no pueden hacer después de muertos?

8.º ¿Por qué ha creado Dios ángeles que sin trabajo llegaron a la perfección, mientras otras criaturas están sometidas a las pruebas más rudas, y en cuyas pruebas, hay más probabilidades de sucumbir que de vencer, etc, etc?

V.— DOCTRINA ESPIRITISTA

El principio inteligente es independiente de la materia. El alma individual preexiste y sobrevive al cuerpo. El mismo punto de partida para todas, absolutamente todas las almas creadas simples e ignorantes, y sometidas al progreso indefinido. Ninguna criatura privilegiada, y ninguna favorecida: los ángeles son seres llegados a la perfección, no sin haber pasado antes, y como las demás criaturas, por todos los grados inferiores. Las almas o espíritus progresan más o menos rápidamente, en virtud de su libre albedrio, merced a su trabajo y su buena voluntad. La vida espiritual es la vida normal: la del cuerpo una fase transitoria: temporal, pasajera, de la vida del espíritu, durante la que reviste momentáneamente una envoltura material, de la que se despoja al morir.

El espíritu progresa en uno y otro estado. El corporal necesita el espíritu hasta que alcance cierto grado de perfección: desarrollándose en el trabajo, al que le encadenan sus propias necesidades, y donde adquiere conocimientos prácticos especiales. Siéndole insuficiente para conquistar todas las perfecciones una sola existencia corporal, viste y reviste sucesivamente cuantos cuerpos ha menester para realizar esas perfecciones que añadir al progreso ya realizado, en existencias anteriores y en la vida espiritual: cuando en un mundo adquirió todo lo que en él pudo adquirir, se lanza a otros mundos más adelantados en inteligencia y moralidad; mundos cada vez menos densos y materiales, continuando así hasta la perfección de que es susceptible la criatura.

El estado de dicha o desdicha de los espíritus, es inherente a su adelanto moral; su castigo, es consecuencia de su empeño en el mal, de modo y forma que, perseverando en él, se castiga a sí mismos, pero jamás se les cierra la puerta del arrepentimiento; antes bien pueden, así que lo quieran, volver al camino del bien y realizar con tiempo y trabajo todo el progreso posible.

Los niños que mueren apenas nacidos, pueden ser más o menos puros, porque al vivir existencias anteriores, pudieron hacer el bien o cometer malas acciones. La muerte no les liberta de pruebas que deban sufrir, y tornan a empezar en tiempo útil y en conformidad a su grado de elevación, una nueva existencia, ya en la tierra, ya en mundos superiores.

El alma de los tontos e idiotas, es de la misma naturaleza que la de cualquier otro encarnado; es decir, ser humano: su inteligencia es a las veces superior, y sufren por la insuficiencia de medios que tienen para entrar en relaciones con sus semejantes, a la manera que los mudos sufren de no poder hablar. Abusaron de su inteligencia en vidas o encarnaciones anteriores, y aceptaron voluntariamente esa impotencia de comunicación, cual expiación del mal que cometieron, etc., etc.

ALLAN KARDEC.

(El Alma)

DEL MAGNETISMO ANIMAL

Cuando de buena fe se buscan para su estudio hechos positivos del magnetismo animal, ocurre con harta frecuencia encontrarse defraudadas las esperanzas del investigador y presenciarse fenómenos incompletos o de admisión dudosa, y lo que todavía es más sensible, hallar espectáculos de superchería. Esto produce en muchos el desaliento, y generalizando los juicios que tales sucesos sugieren, se califican todos los casos de falsos e imposibles, abandonándose el estudio de un agente tan importante como lo es el magnetismo animal. Sin embargo, teniendo perseverancia para continuar en esas investigaciones, y buen criterio para distinguir los hechos verdaderos de los supuestos fenómenos, y sabiendo darse razón de las causas que motivan la falta del éxito, llega uno a reunir una colección de hechos positivos y bien averiguados para formarse con ellos un cuerpo de doctrina, que está de acuerdo con lo que sobre esta materia han consignado en sus obras los autores más respetables que se han ocupado de esta especialidad.

Cuando de este modo se procede, se adquiere el convencimiento de que son

hechos reales, obtenidos en las experiencias magnéticas, los siguientes: el sueño, la insensibilidad, la catalepsia, la lucidez sonambúlica que da lugar a la trasposición de sentidos y a la visión de distancias, en ocasiones enormes e inconcebibles, la predicción de sucesos del porvenir, y todo esto se ha hecho y puede hacerse una importante aplicación a la medicina, ya empleando el magnetismo como agente directo de curación, ya sacando partido del sonambulismo lúcido para aclarar diagnósticos y buscar medios que sirvan para modificar los estados morbosos.

Antes de entrar en los detalles de esos fenómenos y de sus aplicaciones al arte de curar, conviene que digamos algo acerca del magnetizador y magnetizado, y de los procedimientos más aceptados para obtener el sueño magnético y los demás fenómenos anunciados. El magnetizador debe poseer una voluntad enérgica y tenaz, y una gran confianza en su poder. Generalmente se hallan entre los sujetos de constitución vigorosa y de temperamento bilioso-sanguíneo, o sanguíneo-nervioso. No todos tienen facultades para magnetizar; pero éstas pueden ser relativas, es decir, que unos sujetos podrán magnetizar a unas personas y no tener ninguna influencia sobre otras, siendo más o menos extenso este poder con arreglo a las condiciones orgánicas de los individuos. Los que son de constitución endeble, valetudinarios, enfermizos, o de escasa energía moral, no son a propósito para magnetizar. La edad adulta es la que ofrece más vigor para estos fenómenos. Hay rasgos en la fisonomía de los que tienen facultades magnéticas, que casi siempre revelan su existencia y hasta su extensión en cada sujeto. Reflejase en ellos la plenitud de la vida, su actividad, así física como moral: su mirarla es fija y fascinadora: su atención es sostenida sobre los objetos de que se ocupan.

Para ser magnetizado se necesita una constitución endeble y pasiva: pero la infancia y la ancianidad tienen poca receptividad para estos fenómenos, siendo las mejores edades desde la pubertad hasta la edad madura. El sexo femenino por su mayor impresionabilidad, es más susceptible para la magnetización, sobre todo si, como generalmente acontece, hay un temperamento linfático-nervioso. Hay personas que tienen una disposición natural al sonambulismo, y éstas son indudablemente las más apropósito para los experimentos. Conviene además procurar que se persuadan plenamente de la superioridad moral de su magnetizador, pues con esa condición es como se llega a magnetizar con solo la voluntad.

Cuando se quieren practicar experimentos de los que nos ocupamos, es necesario que el magnetizador se concentre cuanto pueda, que nada le distraiga, y que domine por sus condiciones orgánicas y morales a la persona que haya de someterse a la influencia de su fluido y de su voluntad. Por eso no se debe intentar el magnetismo sobre cualquiera, y mucho menos sobre personas incrédulas o refractarias por Organización. El magnetizador es el que debe elegir los sujetos para los experimentos, y no comenzar estos, sino después de haber llevado al ánimo del que haya de servir de objeto para el ensayo, el convencimiento de la verdad de los fenómenos magnéticos. Si a pesar de estas precauciones y de la repetición de las magnetizaciones, no se obtuviese resultado alguno, es que hay antagonismo o repulsión entre el magnetizador y el magnetizado, y por lo tanto, es inútil insistir en el experimento.

Los diferentes medios para provocar el sonambulismo son, el contacto, los pases, la insuflación, los gestos a distancia, la mirada, la voz, el ejemplo y la sola voluntad. Cada uno de estos medios es más o menos adecuado a las diferentes aptitudes orgánicas y a los diversos temperamentos, de manera que para un sujeto será más influyente la mirada o la voz, mientras para otro lo serán los pases o el contacto inmediato. Otras veces se combinan todos los medios, según las condiciones de la persona que se somete al experimento, y según también las facultades del magnetizador.

El método más seguido es el recomendado por Deleuze, que consiste en lo siguiente: el sujeto que ha de magnetizarse se sienta cómodamente en una silla o butaca, procurando que no haya ningún objeto ni ruido que pueda distraerlo. El magnetizador se sienta también en frente de él, en un asiento un poco más elevado, procurando que las rodillas y los pies del magnetizado queden entre los suyos. Enseguida le tomará las manos, comprimiéndolas suavemente, y después le cogerá los pulgares, que colocará por la pulpa en contacto con los suyos; Así permanecerá un rato, teniendo al mismo tiempo los ojos fijos o inmóviles, mirando al magnetizado, procurando no pensar en nada que le distraiga, y desplegar grande energía moral queriendo que el fenómeno se produzca. Al cabo de algunos minutos, y cuando la manos de uno y de otro han adquirido por el contacto una temperatura igual, el magnetizador abandona las del magnetizado, dejándoselas abiertas y con las palmas vueltas hacia fuera. Coloca las suyas por encima de la cabeza del magnetizado, llevándolas abiertas desde aquí hasta los omóplatos, sobre cuyas regiones las detiene cosa de un minuto, dirigiéndolas después con lentitud a lo largo de los brazos hasta la extremidad de los dedos de las manos. Comienza otra vez desde la cabeza, siguiendo la misma dirección, y estos pases se repiten cinco, seis o más veces, según la susceptibilidad que se advierta en el magnetizado. Hecho esto, coloca sus manos extendidas sobre la cabeza del sujeto, en contacto directo o con una distancia no muy grande, bajándolas lentamente por delante de la cara a dos o tres centímetros de ella, hasta llegar a la región epigástrica, sobre la cual apoyará los dedos el operador, haciendo fricciones de abajo arriba, con más o menos fuerza, según la sensibilidad del sujeto. Estos pases se repiten también varias veces, y luego se hacen otros por las espaldas, las caderas, los muslos y las piernas, concluyendo por hacer otros generales, desde la cabeza a las extremidades inferiores por detrás, por delante y por los lados.

Si no se consigue el sueño magnético, es necesario empezar de nuevo con más energía y mirada más fija, debiendo tener en cuenta que son muy pocos los sujetos que se duermen en la primera sesión, siendo necesario para lograrlo repetirla tres, cuatro o cinco veces. Producido el sueño, se adquiere ya una gran facilidad para magnetizar al mismo sujeto; y con la repetición del experimento llegan a ser innecesarios los pases, bastando la influencia de la mirada, y a veces la voluntad y las órdenes mentales del magnetizador. Por eso la principal condición es la energía moral, la voluntad firme y un fuerte predominio sobre el magnetizado.

No conviene tener demasiado tiempo al sujeto en el sueño magnético, ni la influencia de este agente se prolonga más de algunas horas. Hay, sin embargo, organizaciones excepcionales que quedan in-

fluidas durante algunos días, y aún semanas enteras. Mas éstas son rarísimas, y tal fenómeno no se obtiene sino repitiendo la magnetización.

Lo mismo en estos casos de influencia prolongada que en los experimentos de corta duración, el sonámbulo está completamente aislado del mundo exterior, y al despertar no se acuerda, por lo común, de nada de lo que le ha sucedido. Existen algunos sujetos que conservan, sin embargo, un recuerdo confuso de los fenómenos que en ellos se han producido.

Para terminar un experimento conviene no despertar bruscamente al sonámbulo, porque esto le acarrea varias molestias, convulsiones, dolor de cabeza pertinaz, malestar general, etc.; todo lo cual se debe evitar, y se consigue, procediendo en ello con método. El magnetizador tendrá voluntad firme de despertar al sujeto, previniéndoselo, con palabras cariñosas. Únicamente cuando advirtiera resistencia moral para ello, se lo mandará con energía. Seguidamente hará pases transversales en toda la longitud del cuerpo, comenzando por la cabeza, y para cuyo procedimiento colocará sus manos frente al eje vertical del magnetizado, tocándose estas por el dorso, y apartándolas bruscamente hacia las partes laterales, y concluyendo por otros pases generales desde la cabeza hacia los pies, siempre en el sentido de impulsar el fluido hacia la periferia.

En casos particulares se emplea como procedimiento, solo o combinado, para magnetizar, la insuflación suave, que consiste en echar el aliento en la boca del magnetizado. Otras veces, sobre todo cuando se trata de una persona a la que ya se la tiene acostumbrada al magnetismo se la puede sonambulizar con un gesto enérgico, con una mirada penetrante, con una voz imperiosa o con una orden mental; pero en la generalidad de los casos el método más conveniente es el que dejamos inscrito.

También para despertar se puede prescindir a veces del procedimiento de los pases que hemos indicado, siendo tanto más fácil de conseguir, cuanto más pronto se produjera el sueño, y viceversa: así como guarda igualmente relación con el tiempo que el sujeto haya estado dormido. En ocasiones bastan muy pocos pases transversales para despertar y a veces se consigue con soplar sobre la frente y el rostro del sonámbulo. Si a pesar de todo quedasen algunas molestias o síntomas nerviosos, convendrá que el sujeto salga al aire libre, que beba un poco de agua; y aun que huela algunas sustancias aromáticas.

Por maravillosos que parezcan los fenómenos que llegan a obtenerse a favor de los procedimientos indicados, y aun cuando debamos estar prevenidos para no creer en todos los que se nos refieran, se hallan confirmados por autoridades muy respetables, y por nuestra parte podemos asegurar que en medio de bastantes falsos experimentos y hechos supuestos, hemos visto multitud de ellos verdaderos. De los muchos médicos contemporáneos que admiten el magnetismo racional, merecen citarse a Berzelius, Deleuze, Franck, Georget, Rostan, Husson, Barrier, Bertrand, Foissac, Dupotet, Teste y otros muchos, ante cuyos nombres debe modificarse la incredulidad de los que todo lo niegan, ya por espíritu de oposición sistemática, ya por haber sido víctimas de supercherías.

Rostan y Ferrus refieren el caso de una sonámbula, que leía libros y manuscritos que se colocaban detrás de ella y a bastan-

te distancia de la parte posterior de su cabeza. Franck presenció una sesión en que la sonámbula indicó el padecimiento que él tenía, describió sus órganos enfermos y recomendó el tratamiento con que se curó radicalmente. Muchos médicos se han servido del magnetismo como medio anestésico para practicar operaciones, porque la insensibilidad, que se la puede obtener general o local, llega hasta el extremo de no sentir el magnetizado las incisiones, la acción del hierro candente, y a veces ni aun el choque eléctrico. El profesor Cloquet refiere el caso de una ablación de pecho que él practicó a una señora sumergida en el sueño magnético, sin haber dado la más ligera señal de sensibilidad. El Dr. Ward comunicó a la Academia de Medicina de París, una amputación de muslo, empleando el magnetismo para obtener la anestesia.

En vista de tales testimonios, y de otros muchos que pudieran citarse, no queda duda de la posibilidad de los fenómenos singulares que se provocan por el magnetismo, y de las ventajosas aplicaciones que pueden hacerse de este agente a la medicina, de cuyo asunto nos ocuparemos en el próximo número.

A. García López.

VARIEDADES

CARTAS ÍNTIMAS

TERCERA

Hermana mía: consecuente en mi propósito de darte cuenta de todas mis impresiones, te diré algo sobre mi última visita a uno de los mejores hospitales de la primera capital de España.

Siempre me han inspirado profunda compasión esos desgraciados seres que, faltos de todo recurso pecuniario, tienen que ir a morir lejos de los objetos más queridos de su corazón, y exhalar sus últimos suspiros solos y abandonados. ¿Pues qué importa que sus ojos contemplen en torno suyo a otras criaturas? si como ha dicho muy bien Fernán Caballero, ¡hay seres que quitan soledad y no dan compañía!

Los hospitales donde domina la religión católica romana (salvando algunas honrosas y consoladoras excepciones) se asemejan más a los antiguos tribunales del Santo Oficio, que a un lugar de refugio y de consuelo.

La humanitaria institución de las Hermanas de la Caridad, de esas mujeres que recogen a los huérfanos cuando un honor mal entendido los arroja del seno maternal, que consuelan a los moribundos en los campos de batalla, y que sostienen los débiles pasos de los ancianos, en esos asilos que se llaman casas de incurables; esas mujeres repito, cuya misión bendita es la abnegación completa de todo egoísmo personal: esos ángeles consoladores, que deben llevar la sonrisa en los labios, y la compasión en sus ojos, simbolizando a la esperanza, que deben en fin identificarse con el dolor mismo. ¿Cumplen con el deber que se han impuesto? Desgraciadamente no; entre las Hermanas de la Caridad, como en la mayor parte de las asociaciones católicas, domina el más sórdido egoísmo y en algunos de sus individuos el refinamiento del mal, porque no se puede dar otro nombre, cuando vemos a esos seres miserables, emplear los medios de la más ruin venganza, contra infe-

lices criaturas privadas en su infortunio hasta de la defensa natural consistente en las fuerzas físicas.

¡Cuántas veces llama la sociedad criminales a esos desgraciados que, jugando el todo por el todo, cometen una acción punible por darle tal vez a los suyos un pedazo de pan! Esos hombres cometen un crimen: pero desafían al peligro. En cambio estas mujeres cubiertas con sus blancas tocas, y envueltas en sus negros mantos, satisfechas todas las necesidades de su vida, elaboran en su imaginación los medios para hacer sufrir un tormento sin nombre a aquellos infelices que, una sociedad mal organizada, pone en sus manos para que los anime y los consuele.

Cuando un pobre entra en un hospital, la Casa le guarda toda la ropa que lleva puesta; y al entrar el enfermo en el período de la convalecencia, se levanta, cree que tendrá el legítimo derecho de hacer uso de su propio traje; pues bien, hay Hermanas de la Caridad que cumplen también con su cometido, que en lugar de darles su vestido, si este es nuevo, lo guardan y les dan otro usado y viejo: El dueño naturalmente, se indigna ante aquel abuso, se queja; y cuando llega la hora de darles el alimento, recibe aquel que se ha quejado, la tercera parte de la ración que le corresponde. ¿Es esto justicia? ¿Es esto caridad? ¿Es este el amor al prójimo que predicó Cristo? no; este es el extremo de la crueldad que se ensaña en las víctimas de la miseria y del dolor.

Desde que en España se estableció la tolerancia de cultos, tiene la clase proletaria otro sufrimiento más. Entra un protestante en un hospital y claro está que al morir reclama los consuelos de su religión, llega el pastor (que es recibido con un murmullo poco tranquilizador) y si desgraciadamente la agonía del paciente se prolonga y el pastor se retira, ¡Qué de sátiras! ¡Qué de insultos y recriminaciones recibe el infeliz en sus últimos momentos! ¿Y todo por qué? porque dio un paso en la senda del progreso; y muere con el desconsuelo de saber que sus restos no descansarán al lado de sus padres o amigos, si no compran su cadáver pagando 500 reales por derechos no sé de qué, que exige el benéfico establecimiento.

Esa es la caridad apostólica romana que se convierte en dueña del individuo, para dominar su espíritu mientras está en la tierra y para estudiar después su cuerpo inanimado, en esos centros anatómicos que se llaman hospitales.

Triste, muy triste es hermana mía, cuando vemos marchitarse por el egoísmo las hermosas flores del amor y de la caridad.

¡Cuánta pequeñez encierra nuestro planeta en su estado religioso, político, económico y social!

¡Cuántas víctimas han de sucumbir todavía bajo el poder de los fariseos de nuestra época!

Ha dicho no sé quién, con sobrada razón, «que los cadáveres históricos, tardan mucho en descomponerse» y esa religión cimentada en la capital del orbe cristiano, con sus amuletos, reliquias e indulgencias, tiene aún que pasar luengos años, para que las multitudes ignorantes comprendan todo el abuso que ha hecho de la doctrina cristiana.

No puedes figurarte hermana mía, cuanto sufrí en mi última visita al hospital que ya te he mencionado. Una mujer anciana, próxima a morir, me llamó la atención por un diálogo que sostenía con una joven, diciéndola entre otras cosas:

—Yo creo que de ésta no muero; si me levanto, te aseguro que la madre Ñ., se ha de acordar de mí, y si no salgo de aquí, tú quedas en el encargo de dar parte de todas las infamias que está cometiendo con los enfermos, ¿cumplirás lo que te digo? Contesta mujer, contesta.

—Piense Ud. en ponerse buena y deje lo demás, contestó la joven; que tenía un semblante dulce y expresivo.

—¡Ah! Como tú no lo sufres, por eso dices eso; si tú vieras lo que yo estoy pasando, ya pensarías en vengarte como pienso yo, y Dios no me quite la vida hasta que consiga mi deseo.

¡Cuánto daño me hicieron estas palabras! veía a aquella mujer en el último capítulo de su historia, alimentando las fatales ideas del odio más reconcentrado y más profundo: no pudo menos que acercarme a ella y hablarle con toda la persuasión y el consuelo de que me sentí capaz.

La infeliz me miró sorprendida, y, lentamente su mirada se fue dulcificando y con voz trémula me contó una serie de sufrimientos íntimos, que habían dado por fruto la desesperación de su alma: y cuando falta de recursos, anciana y débil, había ido a buscar en un asilo benéfico la energía del cuerpo y el vigor del espíritu, ¿qué encontró? El ensañamiento incalificable del fuerte contra el débil.

El que siembra vientos, recoge tempestades, esta mujer no había encontrado en la senda de su vida más que abrojos, por eso solo brotaban espinas de sus pensamientos.

En la orden da las Hermanas de la Caridad, no se debían admitir a esas mujeres mercenarias, vulgares, ignorantes y de malos instintos. Debía hacerse un detenido estudio, un profundo examen de las que quisieran vivir consagradas a los dolores de la humanidad: debiendo tener como condición indispensable, una sensibilidad exquisita, un alma elevada, una instrucción profunda, y una fuerza de voluntad superior: de este modo, serían verdaderamente los ángeles consoladores de los afligidos.

Esto debían ser, ¿en realidad qué son hoy? El que quiera conocer los servicios que prestan a esa clase al parecer desheredada de la sociedad, que vaya a los hospitales; y en el fétido olor que despiden sus salas, en los semblantes secos y duros de los enfermeros, en las caras de los enfermos sombrías o burlonas y en la sonrisa hipócrita de las buenas madres, se encontrará algo que oprime y que fatiga, algo que está en contradicción con la moral de Cristo, el que dijo «amaos los unos a los otros» y que los hombres tradujeron así: mortificáos los unos a los otros.

¡Y luego dicen que los espiritistas somos locos! ¡Bendita locura! si de ella ha de nacer el lazo de unión de todos los pueblos, el amor universal de todas las razas, y la práctica de la verdadera caridad.

Hermoso día en que la tierra sea un manicomio y sus habitantes tengan la manía de no ser ambiciosos, avaros ni egoístas: en que lo superfluo se considere un crimen, y por medio de una sólida instrucción, ni los pobres conozcan la indigencia, ni los ricos el lujo.

¡La opulencia no da la felicidad, pero la miseria si da la desgracia!

¡Espiritistas de todo el globo! ¡y vosotros hermanos de ultratumba! Trabajemos por la emancipación de la clase proletaria, que no encuentra ni esperanza al nacer, ni consuelo al morir en una sociedad que se llama cristiana!

¡Mártir de Nazaret! ¡Cuántos crímenes se han cometido en tu nombre! ¡Legislador eterno! ¡Qué mal se han comprendido tus leyes! ¿Hasta cuándo gran Dios, hasta cuándo será tu justicia un mito, y el abuso y tu violencia una tristísima realidad?

Cesará de ser una utopía la caridad divina, el día en que el espiritismo no sea el patrimonio de algunos ilusos, sino que sea la escuela universal, donde todos los hombres estudien con perseverancia y buena fe esa ciencia emanada de Dios, ese fluido que da vida a los mundos, esa luz que nunca se extingue, ese torrente que jamás se agota, ese fuego que nunca se apaga, ese perfume eterno que no se evapora, esa armonía de todos los sonidos que pronuncian esta palabra AMOR..... estudiemos el amor hermana mía, ¡por que el amor es la historia de Dios!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid.

A UN MONSTRUO

EL CURA DE SANTA CRUZ

DEDICADO A MI QUERIDO AMIGO
D. LUIS RIVAS.

Dime, ser infernal, genio iracundo
¿de qué lóbrego infierno desertaste?
¿de qué mundo fatal tu vuelo alzaste
para espantar a nuestro pobre mundo?

¿A qué primera luz has despertado?
¿qué pecho de leona te dio vida?
¿por qué espantosas selvas han rodado
los días de tu infancia maldecida?

¿Qué funestos arcángeles tendieron
sobre tu horrenda sien el ala impía?
¿qué sueños infernales te mecieron
al despuntar el sonrosado día?

¿Qué formidable Dios forjó tu pecho?
¿qué formidable Dios trazó tu sino?
¿qué formidable Dios tu ser ha hecho?.....
¡El formidable Dios del asesino!

Mil veces he negado la existencia
de seres infernales.....¡Devaneo!
Mas ¡ay! ante tu bárbara presencia
yo creo en Satanás porque en ti creo.

Ministro del Señor te proclamaste
¡y sucesor del Cristo te dijiste!.....
¡Vive Dios, hiena vil, que blasfemaste!
¡Vive Dios, miserable que mentiste!

Dime, bárbaro, esa arma fratricida
que oprime tu convulsa negra mano,
¿es la insignia sagrada que dio vida
a la vida moderna del humano?

Derramar esa sangre que derramas,
destrozar ese campo que destrozas,
abrasar ese techo en esas llamas
y gozarte en el mal en que te gozas,

¿Es cumplir tu sagrado ministerio?
¿es cumplir la expresión del Mártir santo?
¿es cumplir el magnánimo misterio
de perdonar a quien nos causa llanto?

Dime, bárbaro infame, ¿en qué sagrada
frase del Evangelio has encontrado
que es hermosa la furia de la espada,
que es sublime el trabuco malhadado?

Dime, bárbaro infame, ¿el robo es santo?
¿Es santo, dime, el exterminio impío?
¿es cristiano inundar en sangre
y llanto de la adorada patria el suelo pío?

¿Es amor celestial la rabia fuerte?
¿es noble sentimiento el odio insano?
¿es acción generosa dar la muerte,
a una mujer, a un niño y a un anciano?

Responde, ven acá, vil Iscariote,
vender a Dios, ¿es místico entusiasmo?
¿eres tú, sierpe vil, un sacerdote?
¿eres tú un sacerdote?.....¡Qué sarcasmo!

¿Es esta aquella religión sagrada
que recogisteis de las tiernas madres?
¿Es ésta aquella religión llamada,
la dulce religión de nuestros padres?

¡Religión! ¡religión! ¡si infierno hubiera
y en el horrendo Satanás morara
esa tu infame religión tuviera,
esa tu infame religión amara!

Al ronco son de tu fusil bravío
al grito de tu víctima que expira,
al rugido de cólera sombrío
que tu pecho carnívoro respira,

¡La Europa se estremece horrorizada,
y en fuego de venganza se consume!
¡ Ay del día que caigas, hiena airada,
en el tremendo lazo que te abrume!

¿Mas qué vale la saña desmedida,
que la furia más negra del humano
para dar recompensa merecida
a tu terrible proceder tirano?

¿Pagas acaso tú con breve muerte?
¿Pagas con un minuto de tortura?
¡Ah!.... no; tú sufrirás más triste suerte,
tú libarás más áspera amargura.

Cuando tu cuerpo venenoso sea
pasto vil de los buitres y chacales,
y la sangrienta luna horrenda tea
que alumbre tus malditos funerales.

Tu espíritu satánico rugiendo
se elevará a los mares del espacio,
y allí tendrá por fin su infierno horrendo
en un inmenso y lóbrego palacio.

Errante vagará tú pie entre nieblas
por más que tu pavor al cielo clame,
y saldrán de las horridas tinieblas
voces vivientes que dirán: ¡infame!

Las sombras de los muertos por tu mano
como perros hambrientos y rabiosos,
tus sanguinosas huellas, vil tirano,
seguirán entre aullidos espantosos.

Los hijos a sus padres mutilados
te mostrarán con mano descarnada;
los padres a sus hijos destrozados
al alance pondrán de tu mirada.

Sangre verás ante tu pié extendida,
sangre verás ante tus ojos yertos,
y una ola tras otra suspendida
a ti verás llegar un mar de muertos.

En vano pedirás asilo; en vano
la fuga emprenderás salvaje y loca:
a oleadas la sangre irá a tu mano,
a oleadas la sangre irá a tu boca.

El rayo al caer, escribirá: ¡Blasfemo!
a su luz sentirás mortal desmayo;
tú escucharás la voz del Ser Supremo
caer de todas partes como el rayo.

Tú llamarás, y nadie te hará caso;
tú pedirás, y nadie te dará;
tú marcharás.....¡tras tu maldito paso
el mundo de tu crimen rodará!

¡Hasta qué al fin el espantable abismo
de do osaste venir caerás rodando,
y de vida mejor el fiel bautismo
pedirás entre nieblas sollozando!

SALVADOR SELLÉS.

Alcázar de San Juan.

A SALVADOR SELLÉS

¿De dónde vienes poeta?
¿En qué región, di, en qué mundo
Recogió tu mente inquieta
Algo del bardo profeta,
¿Algo gigante y profundo?

No es de aquí tu pensamiento,
Ni cuanto en tu ser se encierra
De ternura y sentimiento;
¡Es tan distinto tu acento
De los hijos de la tierra!

¡Genio entusiasta y ardiente!
Cuéntame algo de tu ayer,
¿Por qué has dejado tu Oriente?
¿Por qué has venido a Occidente
Para amar y padecer?

¿Tanto has llegado a pecar,
Que a este mundo de espacio,
Te tuvieron que enviar?
¿Te llegaste a rebelar
En tu ardiente inspiración?

Algo de esto debe ser:
En tu pasada existencia
Quizá llegaste a creer
Que era omnímodo el poder
De tu osada inteligencia.

Y hoy por eso estás aquí,
En un humilde rincón,
Soñando en tu frenesí;
Viendo pasar ante ti
Mil sombras de tentación.

Porque tu genio fecundo,
Tu inspiración sobrehumana
Y tu talento profundo,
No son hijos de este *mundo*
Pertenecen al *mañana.*

El que llora sus amores
Con tan triste desconsuelo,
Y lamenta los horrores
De esos genios destructores,
No es de la tierra, es del cielo.

¡Espíritu noble y fuerte!
De otras regiones cantor!
Aquí llorarán tu muerte,
Aquí sentirán perderte,
Genio de paz y de amor.

Mas aquellos que soñamos
En otros mundos mejores,
Tu estancia aquí lamentamos;
Aunque aliento recobramos
Con el ámbar de tus flores.

Pero tú debes vivir
Donde brille la verdad;
Quien cual tú sabe sentir,
¡Su vida... su porvenir...
Su mundo es... la eternidad!

AMALIA DOMINGO SOLER.

Madrid.

MISCELÁNEA

Misterios espiritistas.—Con este título inserta *El Parte Diario de Alcoy* eco del jesuitismo, la siguiente candorosa gacetilla:

«Uno de los fenómenos más raros del charlatanismo espiritista es la producción de apariciones humanas, flotantes por el aire, en las cuales la imaginación de los espectadores cree reconocer la imagen de algunos de sus conocidos que han muerto. Estas exhibiciones forman aún hoy día una industria bastante activa en Nueva York, ejercida por profesores especiales, Un tal Gordon explotaba ventajosamente un establecimiento espiritista, a 2 pesetas 70 céntimos la entrada, cuando por una riña entre los dos su compañero encargado de las maniobras ha descubierto el misterio.

El profesor Gordon, vestido pomposamente de gran sacerdote, se presentaba al auditorio, apagaba las luces, y luego, por medio de cuerdas y de resortes, hacia salir detrás del altar una serie de grandes fotografías colocadas de modo que se movían en el aire, representando figuras humanas. Estas figuras de hombres, mujeres y niños eran bastante variadas, para que los asistentes hallasen alguna parecida a sus amigos difuntos, gracias a la semioscuridad de la sala y al poder de la imaginación, no se necesitaba un gran número de pinturas para producir estos efectos tenidos por sobrenaturales.

Un tal Slade, añade la revista, ha añadido a su programa de apariciones humanas una porción de cosas, como el escribir, dar golpes, etc. y ha subido la entrada a las funciones, de 15 pesetas 60 céntimos, a 26 pesetas, ejecuta sus prestigios delante de un círculo reducido de espectadores, con bastante arte para engañar hasta algunas personas ilustradas.»

Ya está descubierto nuestro misterioso procedimiento; ya no explotaremos más la credulidad pública, ni engañaremos al público con milagros de imágenes aparecidas, que aumenten la idolatría del pueblo, ni llevando dinero por todos los *sacramentos* necesarios para la *salvación.*

Desde hoy hemos de dejar franca la entrada y la salida a nuestras reuniones. Consiga de los suyos *El Parte Diario* lo que nosotros hacemos.

En las sociedades espiritistas no se exige un céntimo, ¿sucede así en los templos, *guaridas de ladrones*, según Jesús?

Comprenda el colega que si hay quien explota la credulidad del vulgo, no son los espiritistas, sino los charlatanes que se apellidan así, para embaucar con trampas, y los religiosos que enseñan tanta pamema y especulan con tanta cosa.

Sin embargo, aquellos farsantes esperaban en sus habitaciones a los incautos, pero los católicos en armas no esperan sino que atacan para bien y gloria de Dios.

Un recuerdo.—*El Almanaque del Espiritismo para* 1873, es una preciosa colección de artículos espiritistas, debidos a distinguir los escritores de nuestra escuela y es el comienzo de una serie de biografías de nuestros más respetables propagandistas y de un álbum donde figuren nuestros maestros. Como se ve, la primera entrega es la de este año, por lo que impulsamos a nuestros abonados a que la adquieran, seguros que nos lo agradecerán mañana, cuando lo encuadernen con lo de los otros años, formando un lindo tomo en donde reúnan retratos, biografías y trabajos de los más célebres espiritistas.

ADVERTENCIA

Suplicamos, a nuestros suscritores de fuera de la capital que abonen el importe de sus suscripciones, pues de lo contrario experimentarán retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 32

ALICANTE, 30 DE ABRIL DE 1873

EL ESPIRITISMO

El espiritismo que se desarrolla de una manera sorprendente a pesar de las dificultades que se le ponen, con vanas declamaciones y terribles anatemas, reflejo del odio con que se le mira, puede decirse de él, que es de ayer y lo llena todo; e infiltrándose sin excepción ni privilegio en todas las clases sociales, despierta, en los que tienen la fortuna de conocerlo, ideas consoladoras, sentimientos que adormecen la materia, la que perdiendo poco a poco su predominio, permite al espíritu elevarse alentado y guiado por esta doctrina. De modo que practicando un espiritista el balance entre su pasado y su presente, un panorama encantador, una esperanza halagüeña de su tranquila conciencia, son el resultado del conocimiento del espiritismo y una consecuencia de la práctica del mismo.

Las ciencias todas estudiadas y conocidas en teorías satisfacen; pero si estos conocimientos para su desarrollo se llevan al terreno de la práctica, llenarán por completo los vacíos que aquellas dejaron en su primera fase, en su primer término.

El espiritismo estudiado, conocido y prácticamente desarrollado, da tales frutos, que no podemos menos que confesares la palanca potentísima del progreso, que viene en ayuda de la humanidad en este siglo tan material, tan positivista, en que el fanatismo lucha desesperadamente, y los sacudimientos revolucionarios se suceden sin interrupción, presagiando terribles tempestades, necesarias quizás, para la purificación de la atmósfera. Nunca fuera más oportuno este auxiliar tan poderoso, para encauzar las corrientes desbordadas del misticismo y de la indiferencia.

Los principios de moral universal, por de más olvidados y postergados, los recuerda sin cesar el espiritismo y repite su aplicación, para cegar las corruptoras fuentes de la sociedad, indicando los obstáculos que se han de arrollar para su triunfante y majestuosa marcha, llamando al género humano a ocupar el puesto que le corresponde en la creación.

No viene el espiritismo a confundirnos en un piélago de dudas, ni a conducirnos por intrincados laberintos: viene a restablecer todas las cosas mal comprendidas o intencionalmente torcida su interpretación: viene a decirle al hombre que despierte del letargo en que yace adormecido por la influencia que en él ejerce la materia que le domina, conduciéndole irremisiblemente a su degradación: viene a decirle *nosce te ipsum,* y para ello ejercite

con decidida constancia su inteligencia, sentimiento y voluntad, para estudiarse un día y otro día llegando a conocerse; viene a decirle, que abra el libro eterno de la creación y aprenda en sus admirables grandezas y sublimes armonías a amar a su creador, siempre y con todo el amor que su infinita bondad le inspira, amando todas sus obras; viene a decirle progresa moral e intelectualmente, pues que el amor y el estudio son la meta de nuestras aspiraciones.

¿Y la sociedad no está alejada de estos dos luminosísimos faros? ¿Y creéis que hace falta inculcar en ellos a cada hora, a cada momento el estudio y el amor, el desarrollo de la inteligencia y la práctica de la caridad, imperando la indiferencia, el egoísmo, el odio, el orgullo y la envidia, venenosas hidras que todo lo emponzoñan?

Veámoslo. Hablando en tesis general, dos escuelas se disputan la primacía, el fanatismo y el escepticismo. El primero tuvo por base fe ciega, fe inconsciente, anonadamiento de las facultades humanas; y no admitiendo mas deducciones que las suyas, de la interpretación de los textos bíblicos por Roma, sienta que fuera de ella no hay salvación, y como asegura tener las llaves de los cielos en su poder, cierra las puertas, sin consideración a todos los que no rinden culto al carcomido imperio teocrático.

Y como finalísima consecuencia, por todas partes ven condenados, impíos, herejes; y empeñados por la pureza de la doctrina, libran a los escogidos del contacto de aquellos, sumiéndoles en la llamas o arrojándolos de su seno con la excomunión o el anatema recrudeciendo el odio y el rencor y tomando el exterminio mayores proporciones, con el orgullo y egoísmo, que implanta la intolerancia.

El escepticismo, cuyo término final es la nada, exagerando el libre uso de las facultades, concluye con la negación de todo lo divino y de todo lo humano; y la anarquía más espantosa y el desenfreno sin límites son sus naturales consecuencias. No quiere abdicar de la razón, destello divino, y no comprende un Dios airado, vengativo y rencoroso regulando tanta grandeza: no puede armonizar, aquel *dies ire dies ille* con la bondad y misericordia infinita, y la indiferencia señaló la primera huella de la incredulidad: quiso conocer el porqué de la doctrina, y señalándole con el estigma del libre pensador se le persiguió como réprobo, y refugiándose en el santuario de la ciencia un eterno desdén fue su primera palabra. Y la sátira, la crítica, el desprecio, el egoísmo, y el orgullo, fueron el reflejo de su oposición.

El fanatismo, y el escepticismo en lucha constante, en oposición permanente, conducen a la confusión, y son un peligro inminente para la armonía social. En abierta disidencia, enaltecidos y exacerbados por sus deducciones, conducen a la humanidad a un abismo sin fin, ahuyentando la fraternidad y el amor. Y la caridad de este modo, solo es una fórmula filantrópica, extremada siempre por pomposas y ridículas manifestaciones.

El uno y el otro serán siempre; enemigos, irreconciliables. El primero, creyendo lo que no ve y el segundo socio creyendo lo que puede comprender: uno escudado con la razón de la fe y el otro con la fe de la razón, jamás transigirán y la exaltación de las ideas religiosas de los sectarios de aquel han traído siempre el despotismo, y el entusiasmo de los otros, el derecho de la fuerza.

Ejemplos mil presenta la historia, y recuerdo uno en este momento. Roma moderna y la antigua Roma. El derecho de la

fuerza en ésta, que destruyó Atila con el mismo derecho y el despotismo en aquella, que derribó la democracia.

¡Pobre humanidad, cuán trabajada, cuán corrompida y degenerada con el rigorismo de unos y las aberraciones de otros! ¡Con el misticismo extremado de los primeros y el indiferentismo exagerado de los segundos!

Solo el espiritismo puede contener tan loco empeño y tenacidad tan obstinada, solo el espiritismo puede ser el intermediario de ambos y acortar las distancias sólo el espiritismo con su principio: progreso moral e intelectual, puede poner fin a tanto encono.

No es obra de un día, ni de un año; lo sabemos. Decía Virgilio: «*labor improbus omnia vuicit*,» y lo mismo decimos porque el espiritismo viene a trabajar con fe, animoso y decidido, seguro de encontrar victoria, porque primero pasará el mundo que deje de cumplirse un tilde de la ley; y esta ley, este mandamiento, «amar a Dios sobre, todo y al prójimo como a nosotros mismos,» promesa divina, se cumplirá poniendo fin a esta cruzada.

Diez y nueve siglos que el romanismo defiende sus doctrinas, y sin embargo estamos en el principio del principio.

Pero hoy dice el Espiritismos; por mucho que creáis, si no compadecéis al afligido, ni socorréis al necesitado, ni consoláis al triste, etc., etc., para nada absolutamente sirve; vuestra fe, porque no practicáis lo que creéis. Creer mucho y olvidar la sencilla y sublime oración dominical, es un egoísmo.

Además; ¿por qué rehuís o teméis el raciocinio? ¿por qué rechazáis la luz? El hombre privado de aquél, se idiotiza y se sumerge en las tinieblas. Haced uso de la inteligencia; no abandonéis, no abdiquéis de este precioso y divino don; ejercitadla con la misma libertad que lo hacen vuestros doctores y maestros, y ayudados por ella encontraréis, la fe de la razón, que es la verdadera razón de la fe.

A los otros les pregunta; ¿por qué amáis, a vuestros padres, esposas, hijos y amigos? Si la nada es vuestro término real, y positivo, ¿por qué os preocupan vuestro porvenir y el de aquellos seres queridos? ¿Por qué os afligen las desgracias? ¿De dónde nace este cariño? ¿De qué proviene esta afección? ¿Es la materia origen de todo esto? Meditad un poco antes de contestar, porque la materia jamás ha sentido y nadie ha regulado los sentimientos de ella. Y si estos existen, si son una realidad, si en nuestro ser se notan y se comprenden mejor que se explican, deben reconocer por causa un algo sensible e inmaterial.

Y no digáis con Broussais, Cabanis, Locke y Coudillac, que el hombre consiste pura y simplemente en el conjunto de órganos corporales y en las funciones de los mismos, porque os contestaré con el duque de Broglie, que lo que existe realmente tras este, es algo de que ni vosotros tenéis conciencia ni el *yo* vuestro, creo la tiene de vosotros; y os pediré en conclusión me conciliéis la *identidad* permanente de nuestra persona con la *mutabilidad* incesante de la materia. Esa entidad permanente es el *yo* sensible e inmaterial: es el espíritu que piensa y quiere con voluntad propia.

Dedicaos al estudio, del espíritu y las leyes que le rigen: estudiad los efectos que os producen más obras de caridad y tendréis mucho andado para el progreso moral e intelectual.

Sí; el progreso moral e intelectual base del espiritismo, que quiere y desea la perfección humana, debe ser también la aspi-

ración de los fanáticos y escépticos; No desdeñando unos el cultivo de la inteligencia y otros el desarrollo de la moral, armonizarán la ciencia con la conciencia, la fe con la razón, convergiendo así en el foco del progreso, y los conocimientos que acumulen se cimentarán en las bases sólidas de la libertad y fraternidad.

Damos tiempo al tiempo para esta ardua tarea, y repetimos que el trabajo constante todo lo vence, abrigando la íntima persuasión, que el espiritismo lo llenará todo, solo por la convicción, porque no se impondrá jamás esta doctrina. No es egoísta ni exclusivo el espiritismo; respetad todas las creencias y opiniones todas, para que respetándole, la discusión desenvuelva y examine sus teorías dando asentimiento a la verdad.

Acude al palenque científico si se le llama; no esquiva los retos en los centros literarios, no rehúye a la prensa, y ávida de propaganda, deseando la luz, sin desdeñar los argumentos que se le opongan, confesará su derrota si en razonada lid es vencido.

Nuestro punto de partida este: probadnos que los hechos resultados por nuestra doctrina son ilusiones, que la razón rechaza y la ciencia desmiente; convencednos que estamos en un error o en una completa alucinación, y la victoria es vuestra.

Decimos sin caridad no hay salvación o progreso y perfección. Hacednos ver que la fe basta para salvarnos.

Que los espíritus, creados de toda eternidad, con idénticas aptitudes e iguales facultades, sin excepción ni privilegios, obedeciendo a la inmutable ley de igualdad, han de recorrer todas las escalas necesarias para su progreso hasta la perfección relativa, porque la absoluta perfección solo a Dios corresponde.

Que para estas etapas progresivas; vamos a los mundos reencarnando sucesivamente, en justa expiación de nuestras imperfecciones.

Probadnos que el amor para nada entra en la creación; que el amor no fue causa probable de la misma; que el amor no dirige nuestros más elevados sentimientos, y que el amor por el sumo bien y la sublime inteligencia no son el término de nuestras aspiraciones, y habréis destruido una de nuestras, más fuertes trincheras.

Y el espiritismo, que ve el amor en el mundo más perfecto como en la insignificante molécula, no cesará de inculcarle, para que llegando a ser una verdad, se cumpla aquél «venga el tu reino.»

FEDERICO CASTELLÓ.

INSTRUCCIONES DE ULTRA-TUMBA

Acerca de la fotografía de Espíritas [1]

TRADUCCIÓN DE J. L.

Ya se os ha dicho que se acercan los tiempos en que las manifestaciones de los Espíritus van a ser más frecuentes, y hasta puede decirse palpables de manera que, no pudiendo negarlas, los incrédulos se han de ver obligados a inclinarse ante los hechos patentes. En presencia de semejantes pruebas, se aproximarán muchos, agrupándose al Espiritismo, sobretodo, los que solo permanecen apartados de él, porque dudan aún de la realidad del mundo espiritual, y desean ver para convencerse.

[1] De la «*Revue Spirite*» de Paris del mes de abril de 1873. Médium Céphnos.

La fotografía es un medio puesto a disposición de los Espíritus, para dar pruebas irrefragables de su existencia, y de que se hallan presentes entre nosotros. Voy a presentaros algunas consideraciones que os ayuden a producir casi a voluntad este fenómeno, hasta ahora tan raro. Si trabajáis con constancia, veréis recompensados vuestros esfuerzos con la satisfacción de haber contribuido, según vuestras fuerzas, a vulgarizar nuestra doctrina.

Ya se os ha explicado en otro lugar, de qué manera los átomos luminosos al caer sobre los cuerpos materiales, marcan sus formas, trasmitiéndolas a vuestro órgano visual por una especie de trabajo químico. Si los espíritus son invisibles en estado normal, es porque los rayos luminosos que les hieren, como hieren toda sustancia en la atmósfera y en la superficie de la tierra, tienen en virtud de su extrema sutileza una gran afinidad con el fluídico de los Espíritus, en cuyas moléculas son absorbidos. He aquí cómo se efectúa esta combinación. Sabéis que en todo fluido luminoso existen ciertos principios que han de completar su elaboración en el seno de las numerosas individualidades, que componen los diferentes reinos de la naturaleza; algunos de dichos principios consisten en partículas de fósforo de una excesiva tenuidad, que se agrupan naturalmente a los átomos de la misma sustancia, encerrados siempre en cantidad más o menos considerable por el fluido periespiritual. Mientras se ejecuta esta combinación, los átomos más sutiles del rayo luminoso se unen a sus similares del fluido periespiritual, y se confunden con este elemento homogéneo, fluido espiritualizado que dócilmente obedece a la voluntad del alma.

Los Espíritus disponen de dos medios cuando quieren hacerse visibles a un encarnado: o pueden reconstituir el rayo luminoso, tal como lo habían recibido y proyectarlo hacia el órgano visual del encarnado, al que lleva la imagen del Espíritu de que emana, o se contentan con lanzar este mismo rayo a su periespíritu, y se combina en él como queda dicho más arriba, y mezclándose a los demás átomos espiritualizados, después de haberse despojado del fósforo que lo acompañaba, les lleva la impresión del fluido de que acaba de desprenderse. Este último modo de comunicación es el que comúnmente emplean los Espíritus, por ser menos complicado: en efecto, les es mucho más cómodo proyectar simplemente el átomo a un fluido similar, que hacerlo penetrar en un órgano puramente material, en el cual ha de descomponerse para trasmitir la imagen al cerebro, y por este al periespíritu en donde el alma la percibe.

Si los Espíritus desean manifestarse a todos los ojos, fijando su imagen en una placa fotográfica, la operación les presenta muchas más dificultades, y de consiguiente menos probabilidades de conseguirlo que en los dos casos precedentes; por este motivo hasta hoy se tienen pocos ejemplos de comunicaciones en este género. En efecto, aunque en su vehemente deseo de manifestarse, proyecten sus átomos cargados de fósforos hacia el aparato fotográfico, no consiguen siempre hacerlo de una manera conveniente para obtener un resultado satisfactorio. No encontrando el fósforo generalmente en la superficie de las placas, sustancia alguna con la que pueda combinarse, sigue adhiriéndose a los átomos luminosos espiritualizados, y no les permite desprenderse de la placa una vez fijados en ella para volver a subir al ojo, llevándole la percepción de la imagen; en otros términos, el átomo luminoso elemental, retenido cautivo por las partículas de fósforo, se encuentra en la imposibilidad de desprenderse para penetrar en

los órganos de la visión. Esto equivale a decir que si se acertase a fijar sobre la placa sensible, bastante cantidad de moléculas fosfóricas, cuya unión llegase a descomponer el fluido proyectado por los invisibles, la operación se haría en muy buenas condiciones y se hubiera encontrado él medio de obtener a voluntad la imagen fotográfica de los Espíritus, que desearen ser vistos.

Para llegar a tan apetecido resultado proceded de la manera siguiente: Cuando la placa fotográfica esté ya preparada con la capa de colodión destinada a hacerla sensible a la luz, y en el momento de disponeros a colocarla en el foco de la cámara oscura, es preciso os esmeréis, apelando al concurso de vuestros asociados fluidicos, en dirigir por el pensamiento átomos de fósforo a la superficie de la placa, con la firme voluntad de fijarlos en ella. Una magnetización de cinco o seis minutos bastará para concentrar la cantidad de fósforo necesario, y cuando estéis acostumbrados a ello este trabajo será instantáneo.

Revestida esta placa de una capa de átomos fosfóricos sacados de vuestro periespíritu y del de vuestros hermanos, se hallará dispuesta a atraer más fácilmente y a fijar las partículas de fósforo que emanadas del periespíritu de los invisibles, vendrán a depositar en el colodión los átomos luminosos espiritualizados. Entonces se producirá una combinación química, análoga a la que se produce en el ojo en el momento de la visión, las partículas de fósforo se unirán a sus similares, y dejarán libres los átomos puramente luminosos que podrán desprenderse de la placa para trasmitir a vuestros ojos la imagen de vuestros caros ausentes.

Que los que se ocupan seriamente de experiencias de fotografía Espírita, ensayen el procedimiento que indicamos, y no tardarán en convencerse que tienen en su poder el medio infalible de facilitar la comunicación visible de los Espíritus desencarnados.

DISERTACIÓN ESPIRITISTA

DISCURSO

Obtenido por el médium Juan Pérez, y pronunciado por este en una conferencia

Ciudadanos: dos palabras os diré nada más sobre la democracia.

La democracia es el árbol del bien plantado desde los tiempos bíblicos o sea desde las primeras generaciones del mundo. Sus raíces parten del corazón de los hombres, pero todavía no ha prestado sombra sus ramas ni frescura su follaje, porque la savia de ese árbol ha sido raquítica, como tomada de nuestro egoísmo, de nuestro odio, demuestra ambición y de cuantas imperfecciones está revestido el corazón humano.

La democracia resume de hecho todo ese idealismo que vertieron en sus doctrinas Sócrates, Platón, Epicuro, Jesucristo y cuantos hombres en este planeta han iniciado el pensamiento de realizar un paraíso, lleno de felicidad y de ventura, de paz y de amor y de una gloria imperecedera, como imperecedero y eterno es el amor de Dios a sus criaturas.

La democracia es la forma más sencilla, la expresión más elocuente, porque que es la propia naturaleza del hombre, de la familia, del pueblo y del estado: el alma la concibe, el corazón la realiza, el amor la funda y la virtud la santifica y la consa-

gra a Dios, pura y límpida como la pureza del cielo, ese espejo diminuto del Universo en donde se retrata la bondad del Altísimo, viva imagen de ese ideal que nos muestra para bien y felicidad de los hombres.

Sí; porque nuestro corazón se ensancha y los efectos se engrandecen, cuando el cielo es puro y el infinito se dilata a nuestros ojos. Cuando el cielo es puro y el infinito se dilata a nuestros ojos, un efecto extraño sube del corazón a los labios, y sentimos ansia de besar a Dios, y besamos a Dios en nuestro hijo, en nuestra esposa, y en el amor a la familia; y he aquí, en la bondad de nuestro corazón, emanado de la contemplación del cielo y del amor a Dios el principio de la democracia y de la república; y como la república es una luz brillante y su destello alcanza a un radio infinito, ved su pábilo en la familia, su foco de calor en el pueblo, sus resplandores en el estado, y el amor, en fin, que emana de sus purísimos rayos, inundando toda la superficie de la tierra. *(Grandes aplausos).*

Por eso he dicho que la democracia es la forma más sencilla; ¿y hay algo más sencillo que la luz, hay algo más grande, hay algo más sublime? ¿No es la luz el poema del Universo?

No divaguemos buscando la democracia en los principios, porque los principios son inútiles cuando el corazón está vacío de sentimiento: llenemos el corazón de amor y el alma de ideas nobles y levantadas, y la luz de la democracia resplandecerá, para llenar el mundo de encantos y de armonías, en donde la vida, siendo un continuado goce, sea la verdadera realización de ese paraíso tan armoniosamente cantado por todos los genios del mundo!

La democracia como he dicho, es la forma más sencilla; ved su ejemplo en la morada del hombre, en el cuadro de la familia, que es el cuadro en miniatura de la sociedad y el lente microscópico de la armonía de la creación. Al hombre le circunde la familia, como al sol los astros en su esfera de atracción en la gran inmensidad. Para el hombre la ley de amor es su vida, así como para los astros la ley de solidaridad forma su sistema planetario, que es como la palpitación de la vida del Universo. Si fuese posible lanzar a otro espacio el más insignificante satélite de un sistema roto el equilibrio atrayente rodarían los mundos por el vacío más espantoso. Desmembrad un solo cuerpo de la sociedad y la democracia, palideciendo, rodará por el vacío del autoritarismo, porque la democracia señores, es una ley de la naturaleza como los cuerpos celestes: con la sola diferencia de que la infinita sabiduría de Dios, rige el destino de los mundos y la inteligencia del hombre la armonía de la humanidad, que habita en este pequeño átomo perdido en los valladares de la creación.

Fundemos en el amor universal la democracia y de improviso tendremos levantada, no la torre de Babel que confunda nuestras aspiraciones, sino la columna de regeneración que ha de reconciliarnos con el cielo y por la cual, nuestros hijos, tendrán expedito el paso para edificar la gloria, amasada con bendiciones a este siglo y a su generación, que tan bien supo, si así lo hicieran, preparar el terreno de la felicidad para las futuras posteridades, realizando con el amor el bello ideal de la democracia.

He dicho.

Médium Juan. Pérez

P. —«Quisiera que nos dijeras algo acerca de la justicia, dándonos todos

aquellos detalles que más en armonía estén con nuestra inteligencia.»

R. —¿De la justicia? Deja primero que te diga algo acerca de la aparición del hombre en la tierra y de la formación de la sociedad, para sentar la justicia en sus justificadas causas.

La naturaleza esperó al hombre, así como la primavera espera la flor que ha de germinar al abrigo de su dulce temperatura.

La naturaleza esperó al hombre, y el hombre fue en la superficie de la tierra ignorante de su aparición, pues por más que el Génesis tiene la ridícula pretensión de poblar el globo con solo dos personas, Adán y Eva, la razón y la lógica destruye ese argumento por falso e inconcebible.

Si hoy la inteligencia humana ha invadido muchísimos secretos, sin encontrar el de su naturaleza primitiva, mucho menos podía encontrar ayer, aquella inteligencia rutinaria, la solución de este problema tan grande y de tanta trascendencia.

El hombre apareció sobre la tierra, y recíprocamente ignora su origen y la manera de su aparición.

El hombre se vio, y así como físicamente los cuerpos de una misma naturaleza se unen por la ley de afinidad, el hombre se unió por la ley de simpatía, que equivale intelectualmente lo mismo y se unió con tanto más motivo, porque vivía rodeado de fieras, que le acosaban por todas partes con gran peligro de su vida. Y así como se vieron en el dilatado campo del mundo, se agruparon, porque aquello les constituía una mutua seguridad de su individuo y como los rigores de los elementos le hacían sentir incomodidades sin fin, tuvo que poner su imaginación en lucha para discurrir, encontrando que la cueva y la caverna les guarecía de las tempestades; después, por la necesidad de recoger alimento, dejaron sus moradas y se internaron atravesando, montes, llanuras, bosques y cuando de pronto otra tempestad les sorprendía, recordando la cueva o la caverna, ahuecaban los árboles y ante los ardores del sol de agosto, buscaban la frescura en la sombra y este continuo trato de cierta y determinada agrupación, siempre discurriendo, llegaron a formular señas, siguiendo los gestos y palabras rudas e incoherentes que indicaban el deseo de algo.

Después, cansados de la vegetación que les daba un alimento sabroso, probaron la carne de la tímida oveja y de los animales que no les eran escrupulosos y la encontraron buena e inventaron la caza, y otros hombres impulsados por las mismas necesidades e instigados por el alimento nutritivo de la caza, recorriendo comarcas, llegaron a encontrarse y se trasformaron una y otra agrupación y escogiendo el mejor sitio, el clima dulce y la temperatura benigna, se habituaron edificando chozas, punto de reunión donde debían de encontrarse después de las excursiones y correrías.

Y de este modo, en el continuo trato, la inteligencia comenzaba a desarrollarse; pero como es tan varia y de tanta infinidad de aptitudes, sucedió una cosa muy natural, mientras unos trabajaban con ahínco en su obra de edificación, otros discurrían la manera de apoderarse de aquél trabajo cuando estuviera concluido; de aquí que la pereza y la indolencia fue el principio de la discordia entre los hombres, pues no solo se apoderaba el holgazán de la choza construida, sino que robaba la caza de sus semejantes, cuando éstos cansados de la fatiga y del calor se abandonaban al sueño.

Ya veis como en este estado no podían seguir mucho tiempo los primitivos hombres, y hubo necesidad de una representación justa y se le llamó ley o justicia y juez, al que la hacía interpretar y fallar favorablemente en remuneración de los perjuicios causados. Así se formó el pueblo, y cobijado a la sombra de una severa justicia se engrandecía, porque la ley es y será la fuente inagotable de prosperidad, paz y ventura.

Los pueblos se formaron simultáneamente en las cinco partes del mundo, y cuando la inteligencia descubría nuevos lauros, cuando el espíritu arrojado y valiente, se echó al mar en busca de costas y de otros países y de nuevos horizontes, en donde encontrar nuevas maravillas que afectasen su amor propio, el afán creció, las excursiones marítimas se repitieron, y otros pueblos se encontraron y de pronto recelosos, aseguraron su amistad, cambiando sus mercancías, y el oro y la púrpura fue el principal elemento de codicia: y creció el estímulo, y al deseo inmoderado siguió la discordia, la lucha, el exterminio y la conquista, de manera que para realiza la paz de dos pueblos reñidos, fue necesario que interviniera la palabra justicia, símbolo de equidad y de razón. He aquí, cómo esta palabra ha sido el regulador de las pasiones del hombre, el freno que ha puesto siempre coto a sus desmanes: la justicia es la base de la sociedad.

Espíritu, de Dolores.

VARIEDADES

UNA PEQUEÑA HISTORIA

DEDICADA A MI QUERIDO HERMANO

ANTONIO DEL ESPINO

Silvia era una mujer enamorada.
(Pero de su marido),
El que a decir verdad no la adoraba,
Y solo concedía
Al amor que su esposa le ofrecía,
Esa condescendencia
Que en lenguaje vulgar, la llama el mundo
Con sobrada razón indiferencia.
Mas cuando esa mujer está ofuscada
Por una de esas grandes afecciones,
Su ciego entendimiento no ve nada.
¡Feliz aquél que en su ilusión hermosa
Todo lo mira de color de rosa!
Silvia era muy feliz, para ella el mundo
Era un vergel de purpurinas flores;
Entregada a su amor grande y profundo
No sabía que existieran los dolores;
Y si bien en su esposo no encontraba
Más que un cariño indiferente y frío.
Como ella otra afección no recordaba,
No podía comprender el gran vacío
En que su amor inmenso fluctuaba.
Silvia perdió a sus padres en la cuna,
Y su anciano tutor sin duda alguna
Para quitarse cargos de conciencia,
Decidió que la niña consagrara
Al Ser Omnipotente su existencia.
Y a la huérfana bella en un convento
La sepultó con el mejor intento,
De que ignorando la mundana historia
En Dios cifrará su ilusión, su gloria.

Pasó Silvia las horas de su infancia
Dulces, serenas, plácidas, tranquilas.
Pero a los quince años
Brillaron sus pupilas
Con un fulgor extraño.
Con un fuego sombrío;
Sus mejillas de rosa
Tomaron el color de la azucena,
Y su nevada frente
Se cubrió con el triste amarillento
Que produce la fiebre intermitente.

Las madres cuidadosas
Al tutor avisaron presurosas;
Vino este acompañado
De un célebre doctor, el que mirando
A la linda criatura
Que se iba lentamente marchitando,
Exclamó: Que abandone esta clausura,
Pues si se queda aquí, yo no respondo
De que este buque se nos vaya a fondo.

Dejó Silvia el convento sin tristeza,
Porque ya en su cabeza
Flotaban halagüeños
Fantasmas de placer desconocidos,
Que iban a murmurar en sus oídos
Palabras incoherentes,
Pero tan elocuentes,
Tan llenas de pasión y de poesía,
Que la niña en sus sueños presentía
Que la familia humana.
Está envuelta en un mágico fluido
Que ha sido, es, y será de los mortales
El Jordán bendecido,
Donde reciben el bautismo santo
De un amor grande, sin rival, profundo,
Que es de la vida inexplicable encanto.

Silvia era rica, inmensamente rica,
Razón porque se explica
Que antes que su tutor la presentara
En los grandes salones,
Donde encuentran las niñas y las bellas
Galantes ovaciones,
Tuviera mil rendidos amadores
Que le ofrecieran con afán profundo:
Un amor tan inmenso como el mundo.

Su tutor era un hombre acostumbrado
A vivir sin fatigas ni cuidados,
Y por esta razón creyó prudente
Que Silvia se casara
Antes que el huracán de las pasiones
Su corazón sencillo despertara.
Y entre los mil galanes
Que a la huérfana bella pretendían,
Escogió un caballero
De noble cuña, y de gentil talante,
Y de inmensa fortuna:
¡Circunstancia feliz que aseguraba
El porvenir de Silvia! ¿quién lo duda?
Llegó esta ante el altar pura y serena
Su frente orlaba blancos azahares
Y echó sobre su cuello esa cadena
De leves o pesados eslabones,
Que el matrimonio por misterio eterno
Es transmito del cielo y del infierno.

Bello es vivir cuando un amor profundo
Viene a buscar abrigo en nuestro pecho:
Dulce es morir si horrible desengaño
Nos deja el corazón pedazos hecho.
Ya hemos dicho al principio de esta historia
Que Silvia en su ignorancia no sabía.
Que la amarga irrisión del matrimonio
Era lo que su esposo le ofrecía.
Ávida de querer, ella adoraba
A aquél que indiferente contemplaba
Su espléndida hermosura;
Pero que la guardaba
Esas mil deferencias y atenciones,
Que es el amor usado en los salones.
Mas al cumplir tres años de su enlace,
Silvia vio dibujarse lentamente
Una nube plomiza
En el puro horizonte de su vida.
Aquellas deferencias y atenciones
Que su esposo al principio la ofrecía,
Se fueron extinguiendo cual los rayos
Que lanza el sol al terminar el día.
Para hacer un análisis profundo
De lo que vale este mezquino mundo.
No es necesario más que los enojos
Arranquen una queja a nuestros labios,
Y hagan brotar el llanto a nuestros ojos.

Silvia adquirió esa ciencia dolorosa:
Esa filosofía,
Que se obtiene contando los instantes
De una noche sombría,
Cuando se espera con afán amante
Al ser amado que nos quiso un día.
Silvia pidió primero explicaciones,
Y después prodigó reconvenciones
Llenas de sentimiento y de ternura,
Pero su esposo con desdén profundo
Y sonrisa glacial, le dijo: «Escucha.
Ese amor que tú sueñas, no es del mundo.
Olvida esa quimera deliciosa,
Disfruta los encantos y placeres
Del lujo y de la moda caprichosa,
Y vive como viven las mujeres
Que como tú son jóvenes y hermosas.

El marido es un mueble necesario;
La mujer necesita de otro nombre:
La cruz del matrimonio es el calvario
Que Dios ha dado a la mujer y al hombre.
Mas de algo ha de servir la inteligencia,
Y por eso con suma indiferencia
Debemos aceptar los sinsabores
Que envenenan la frágil existencia.
El amor es bellísimo en teoría
Mas si algo quiere el hombre es asimismo,
Y la mutua pasión, querida mía,
Es simplemente un cambio de egoísmo.
Este es el mundo, acéptalo si quieres
Como lo has encontrado;
Y cumple la misión de las mujeres
Que es recordar el tiempo que ha pasado.»

Silvia escuchó en silencio estas razones,
Ni una queja sus labios exhalaron;
Pero al perder sus santas ilusiones
Otra región sus ojos contemplaron.
Miró en torno de sí y horrible espanto
La hizo sentir inexplicable frío
Y murmuró con voz desfallecida.
Este mundo sin duda no es el mío.
¿O tal vez seré yo más desgraciada?
Misterio es este que saber ansío,
Y buscó desde entonces su mirada
Esa indeleble huella
Que deja en pos de sí la desventura:
Y encontró en su querella
Que existía el sentimiento, y la ternura,
Y el infortunio estaba solo en ella.
Mira y compara, dice la *Escritura*
Y serás consolada;
Mas la débil criatura,
No se fija en los míseros que gimen
Sino en aquellos más afortunados.
Esto le pasó a Silvia en su infortunio,
Su historia que es la historia de la vida,
Le pareció la sola en este mundo,
¡Y hay tantas ediciones repetidas!

¡Pobre Silvia! tan joven, tan hermosa,
Tan ávida de amar, y ser dichosa...
Como la sensitiva Repliega su corola,
Reprimió su amoroso sentimiento
Al verse triste, abandonada y sola.
Y esa tisis del alma,
Ese dolor profundo
Ese insomnio sin calma,
Le fue robando el brillo de sus ojos
Y la sonrisa de sus labios rojos.
Los médicos temieron por su vida,
Diciendo a su marido:
Que aquel pleito lo daban por perdido
Si Silvia no dejaba
La mansión que habitaba,
Que fuera a Italia a recobrar aliento;
Pero la enferma con amargo acento
Les dijo que era inútil su porfía,
Que Dios había escuchado su lamento
Y que tranquila y sin dolor moría.

Hizo venir a su tutor, que inquieto
No quería adivinar el gran secreto
Que envenenó inclemente la existencia
De aquella pobre flor, sacrificada
En aras de su torpe conveniencia.
La voz de su conciencia
Sin cesar le decía:
«Toda esa desventura es obra mía.
Si yo hubiera estudiado.
Con afán y cuidado,
Lo que a Silvia mejor la convenía,
Ésta hubiera vivido,
Mas los hechos que están ya consumados
El lamentarlos es tiempo perdido,»
Y tomando un sereno continente
Entró resueltamente,
En la estancia en que Silvia con tristeza
Echada en su diván lánguidamente,
Apoyaba en sus manos su cabeza:
Preguntando tal vez a su pasado
Por su ensueño de amor evaporado.

Tosió el anciano por hacer ruido,
Y Silvia le indicó que la atendiera,
Diciendo con acento conmovido:
Tengo que hablaros por la vez postrera.

Voy a morir,—¿Morir? ¡qué tontería!
Replicó su tutor, eso es incierto;
¿Qué es lo que tienes tú? melancolía,
Pues de melancolía nadie se ha muerto!

—Lo mismo digo yo; dijo el marido,
Que hablaba por hablar, por decir algo.
—Ninguno de los dos ha comprendido
El sufrimiento que en mi pecho guardo;

Dijo la enferma con afán creciente;
Pero ahora es necesario; yo lo quiero;
Que sepáis el tormento de mi mente
Y la causa fatal porque me muero.

Yo no nací para el bullicio loco,
Nací para querer, y ser querida:
La pompa mundanal la tuve en poco:
Que era el amor el alma de mi vida.

Sin consultar, mi corazón me unieron
A un hombre que por mí nada sentía:
Blasones y riquezas le pidieron,
Para entregarle la existencia mía.

Le di mi mano al pie de los altares,
Y él en cambio me dio timbres y honores;
Yo guardé mi corona de azahares
Cual símbolo feliz de mis amores.

Ávida de querer, amé a mi esposo
Con afán, con delirio, con locura,
Por compasión quizá, fue generoso,
Y celebró galante mi hermosura.

Pero un día llegó, que necesario,
Juzgó decirme: «Niña, no te asombre,
La cruz del matrimonio es el calvario,
Que Dios ha dado a la mujer y al hombre,

Este es el mundo, acéptalo si quieres
Con la fría realidad que lo has hallado;
Y cumple la misión de las mujeres
Que es recordar el tiempo que ha pasado.»

Desde entonces desliza mi existencia
Sumida en un dolor grande y profundo;
Dudando de la Santa Providencia
Al ver la ingratitud que hay en el mundo.

Dudando si es delirio, si es locura
Vivir a los deberes consagrada;
Si mas allá la dicha se asegura,
O después de luchar, solo hay la *nada.*

Yo necesito amar, y amor me ofrecen,
Mas no es el hombre cuyo nombre llevo;
Delirantes quimeras me enloquecen
Y quisiera querer, y no me atrevo.

Y en esta lucha horrible de mi vida,
Dios tuvo compasión de mis amores;
Voy a morir, serena y, convencida
Que con la muerte acaban los dolores.

Voy a morir, guardad en vuestra mente
Débil recuerdo de mi amor profundo;
Y grabad en mi tumba; «Ya no siente
La mujer que a llorar vino a este mundo.»

Silvia murió; y su sepulcro, helado
Los sauces compasivos lo cubrieron,
Y en mármol de Carrara fue guardado
Aquel ser que en la tierra no quisieron.

Dieron, grandiosa tumba a los despojos
De la mujer hermosa, que en el mundo,
No enjugaron el llanto de sus ojos
Ni apreciaron su amor grande y profundo.

Esa es la ley social, cubrir de flores
Las tumbas de los mártires que un día,
Bajo el peso fatal de sus dolores
Murieron sin consuelo en su agonía.

Duerme Silvia, tu historia es el legado,
Que tienen por herencia las mujeres,
O mueren: recordando su pasado,
O viven olvidando sus deberes!

Amalia Domingo y Soler.

Madrid.

SUEÑOS

LA INHUMACIÓN — CUENTO FANTÁSTICO

¿Quieres, alma mía, que te describa aquélla noche?... ¡sea! El recuerdo una vez más despierto, será nuestra expiación una vez más.

Largo rato estuvimos con él detrás de la puerta grande; la noche era muy oscura, pero pasaba mucha gente, y a cada momento nuevas pisadas nos obligaban a contener la anhelosa respiración para no ser descubiertos. Uno y otro día teníamos miedo... ¡mucho miedo! tú llorabas; yo blasfemaba... porque uno y otro éramos entonces cobardes ¡El crimen acobarda tanto!

A altas horas todo quedó en silencio; pudimos abrir la puerta, pero muy despacio, porque rechinaba… ¡hacia tanto tiempo que no se abría!

Quise encender una linterna; en vano; el viento la apagó dos veces. Hubimos de levantarle a oscuras, y sentíamos gotear su sangre en las losas. Tú le tomaste por los pies; yo por la cabeza: pesaba mucho. Al salir, resbalé en la sangre, y tú creyendo que se había movido, gritaste. El perro nos oyó entonces, y nos aterró con sus ladridos; pero como te conocía calló al poco rato.

Ya en la calle solitaria, dudábamos dónde llevarle, si al río o al bosque: esto nos pareció más seguro, y penetramos en el jardín por el portillo de la tapia, y le atravesamos. Te fatigabas tanto, que cada diez pasos te detenías a respirar; y en cada descanso pisaba yo luego un charco de sangre.

Oímos ruido, no podíamos ocultarnos, y aguardamos sin soltarle, con la resignación desesperada de la fiera cogida en un cepo. Cesaron los pasos; no debía ser una persona, o era algún ladrón. Esto nos salvó.

Llegamos al bosque por la avenida de los tilos; a la derecha, donde hoy está el estanque, había un bosquecillo de zarzas y allí le dejamos, no podíais ir más lejos.

Yo fui a buscar una azada, y tú a lavarte las manos en la fuente, porque la sangre te horrorizaba: volví antes que tú, y mi primer azadonazo te sobresaltó tanto que caíste en la fuente y gritaste de nuevo: esta vez nadie nos oyó. Cavé largo rato; a veces me querías ayudar pero te faltaban al momento las fuerzas; yo también estaba ya rendido. Por fin la fosa tuvo más de un metro y nos pareció bastante: le hicimos rodar y cayó pesadamente al fondo... ¿Te acuerdas? ¡Cómo nos heló aquel sordo ruido!

Empezamos enseguida a cubrirle de tierra, tú con las manos; yo con la azada... ¡cosa horrible! ¿te acuerdas? Parecía flotar; en la tierra movida como un tronco seco en agua cenagosa… cada vez que metíamos las manos, le tocábamos más cerca sí, *pero sin tierra encima jamás*. Se nos concluyó la que habíamos sacado: él estaba a flor de tierra y no podíamos más.

La fiebre me sostuvo: tomé la azada y cavé otra fosa más profunda: tú me mirabas estúpidamente sentada y temblando. Cuando terminó volvimos a rodarle, cayó al fondo y le arrojamos encima todas las piedras que tuvimos a mano... ¡era inútil! Flotaba lo mismo en ellas que en la tierra movida.

Volvió a quedar a flor de tierra: yo ya no sentía cansancio: la azada silbaba en mis manos como un: junco, y en pocos minutos: cavé de nuevo la sepultura. Diez hombres no hubiesen hecho lo que yo aquella noche.

Le arrojamos de nuevo, y para contenerle mejor, me bajé con él y le sujeté con mis pies. Tú cogiste la azada y nos empezaste a cubrir. Unas veces me sentía yo preso ya por la tierra, y al retirar horrorizado mis pies le traía unido a ellos y volvía a quedar en la superficie; otras, si me detenía demasiado, él mismo se elevaba balanceando y me hacía crecer a tus ojos y como salir del seno de la tierra.

Tú te inclinaste a mi oído, y murmuraste una palabra señalándole: «¡Vampiro!» Una nube de sangre pasó por mis ojos y salte fuera...

Y nos apoyamos el uno en el otro: teníamos miedo y frio, tú llorabas; ¡yo blasfemaba! ¡En esto salió la luna! ¿te acuerdas? ¿te acuerdas lo que vimos? ¿Cómo había de quedar bien oculto?... ¡Estábamos, alma mía, sepultando un remordimiento en mi propio corazón!...

J. DE HUELBES

MISCELÁNEA

Consejos

Estudiad, médiums.

Es un ruego, una súplica; que os dirige un hermano vuestro. Se os encarece que estudies con afán.

Estoy segurísimo que habréis comprendido vuestra misión y por tanto más obligados os encontráis de conocer el espiritismo.

¿Sabéis que sois los sacerdotes de esa doctrina? ¿Sabéis que sois los activos trabajadores de este fértil campo? ¿Sabéis que sois los nuevos apóstoles de esta propaganda? Pues habrá responsabilidad por el bien que se dejará de hacer. Falta y no pequeña es la apatía. Error y grave, suponer que desde el momento que se obtiene una mediumnidad es inherente la ciencia. No, hermanos, no creáis tal. Esta se adquiere con el estudio, y aquella sin duda alguna coadyuva a su desarrollo.

Habéis recibido un don divino, el ser los intérpretes de los Espíritus que vienen a instruir a la humanidad y a restablecer todas las cosas, preparando el camino del progreso moral e intelectual. Y ese divino don que se os concede sin privilegio, es la mediumnidad; es la facultad de comunicaros directamente, ya de un modo ya de otro con el mundo espiritual, y que vosotros poseéis, y para cuyo desarrollo es absolutamente indispensable el conocimiento de la doctrina espiritista.

¿Sabéis que la mediumnidad presenta dificultades? ¿Qué tiene inconvenientes? Se vencen con facilidad por conocidos que estos sean. Es muy fácil evitarlos si al momento se comprenden.

Se nos tiene dicho: por el fruto conoceréis el árbol. ¿Pero si no conocemos el fruto, cómo conoceremos el árbol?

Además, ¿qué los Espíritus vienen solo a instruir a los encarnados? No, y ningún espiritista creo lo admita. Hermanos hay desencarnados que tendrán tanta o más necesidad que nosotros de instrucción, ¿y cómo podremos darles lo que no tenemos?

Estudiad médiums: un hermano vuestro os lo suplica. Todo intérprete de cualquier doctrina debe procurar ser modelo de moral e instrucción, y esto el espiritismo nos lo tiene repetido.

Ya era tiempo. —*El Semanario Católico* ha vuelto a acordarse de nosotros, insertando en sus beatíficas columnas, un artículo de un libro publicado por el Sr.

Suarez Bravo, titulado—¡horror!—*España demagógica*. A vueltas de mil disparates, este escritor confiesa por sus tonterías, que no sabe lo que se dice y que desconoce lo que es el Espiritismo. ¡Cuánta sandez y qué lástima de tiempo ha perdido ese buen señor!

Nos ha hecho felices su modo de discurrir y si no fuera porque sobra material insertaríamos íntegra tan profunda obra. Pero para muestra, basta un botón:

«Yo no sé si ignoran, o fingen ignorar, que su doctrina de las *humanidades que pueblan todos los mundos*, fundada en la hipótesis de hallarse habitados los planetas que pueblan el espacio, sobre no ser nueva provoca la siguiente pregunta, que quedará eternamente sin contestación: *«¿Por qué estafeta han recibido la noticia*?»

¡Qué talento, qué erudición, qué filosofía, qué profundidad!! ¡Con otro golpe como este, se gradúa de *sabio*! ¿Y por qué no? ¿No se creen unos Sénecas, Molla, Zarandona, Baeza y Blanquer? pues por qué no, nuestro flamante competidor, cuyo sentido común se lo llevó el carlismo para hacer patente su demagogia petrolera?

¿Por qué estafeta saben los católicos la existencia del infierno? Cuidado con quitar la silaba *ta* a la palabra estafeta y quede la que la iglesia puede decir en sus remordimientos *estafé!!* Si, algo hay aún en sus formalismos y oraciones.

Valientes espiritualistas son estos que luego de haber impuesto la ley a todo el mundo, en nombre de la revelación, es decir en el correo de *ultratumba*, vienen ahora, coléricos y furiosos, a negarnos la posibilidad de la comunicación, porque desacreditamos los privilegios concedidos a ellos por ellos mismos.

Luego de haber sacrificado media humanidad en aras de su *catolicismo nuevo* y en nombre del cielo y del infierno, venir a negar su autoridad declarándose ¡asesinos!

Si no hay comunicación ¿por qué leer la Biblia? ¿por qué la dais autoridad si es falsa, si no es *sagrada*?

Desengáñese la gente clerical, la defensa del error no tiene fuerza y sus argumentos son como la espada de Bernardo, que ni pincha ni corta.

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores de fuera de la capital que abonen el importe de sus suscripciones, pues de lo contrario experimentarán retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 33

ALICANTE, 15 DE MAYO DE 1873

NUESTRO DEBER

Si la prensa espiritista no tuviera otro deber, que el de defender el Espiritismo de los injustos y apasionados ataques de la incredulidad, desvanecer los errores del ciego fanatismo que, rémora de todo adelanto, intenta detener la marcha progresiva del espíritu, matando la inteligencia y poniendo obstáculos al desarrollo del sentimiento moral: si, en medio del caos de tantas ideas contradictorias que envuelven, como pesada y densa niebla, al mundo de la razón, le fuera bastante poner a salvo la pureza de sus principios y la santidad de sus máximas sublimes, faros luminosos que, disipando con sus vivísimos resplandores, las tinieblas del pasado, abren extensos y claros horizontes, que permiten al hombre entrever, tras su penosa peregrinación sobre la tierra, la realidad de su porvenir: si no tuviese que dar cumplida satisfacción a otras necesidades que las que exige su pacífica propaganda, su misión sería muy fácil, y pronto quedarían satisfechas las nobles aspiraciones, de los que, con tanto celo como entusiasmo, han echado sobre sus débiles hombros, la pesada tarea de cumplirla.

Pero el Espiritismo, como toda idea grande y nueva que viene a tomar asiento en el mundo de la razón, de tal manera se ha infiltrado en los ánimos y esparcido su luz divina, que ya no hay población grande, ni pequeña, ni aldea, ni casa de campo, que no haya recibido a este huésped misterioso, y le haya acogido con humildad, con religiosa fe, en el secreto santuario de su corazón.

Esta robusta y creciente propagación de la idea espiritista, pone a la prensa, encargada de velar por la pureza de su doctrina, en el imprescindible deber de encauzar este movimiento impetuoso que, a impulsos de un entusiasmo mal comprendido y de una curiosidad que jamás se ve suficientemente satisfecha, puede desbordarse y esterilizar, dejando por mucho tiempo infecundos, los campos que está llamada a abonar y fertilizar, con el riego abundante de sus puras y cristalinas aguas.

Tan grande es la extensión que va tomando esta idea, que, las agrupaciones que se han formado en poco tiempo, con el laudable fin de estudiarla y conocerla, son ya numerosas, y cada día que pasa anuncia la aparición de otra nueva; pero su inmensa mayoría, falta de experiencia y de los necesarios conocimientos, caminando sin rumbo ni luz alguna que las guíe, por el escabroso terreno de la experimentación, se extravían y se pierden

anegadas en el caos de la mistificación y de la obsesión como se extraviaría y perdería, hecho juguete de las irritadas olas, el buque que pretendiera cruzar el anchuroso océano, sin brújula y sin piloto. Y así, engolfados en ese piélago insondable de todo un mundo desconocido, inmensamente más grande que el mundo de la materia, marchan al azar; y como si los conocimientos no se encadenaran, y no fuera posible que los unos hubiesen de venir forzosamente en pos de los otros, previamente adquiridos: como si fuese posible caminar a saltos y, contrariando las leyes eternas de la creación, engullirse la ciencia a toneladas, así pretenden estar en aptitud de poderse ocupar, con utilidad para sí mismos, y con provecho de la doctrina que quieren enaltecer, del mundo espiritual, que es el mundo moral e inteligente, con toda su grandeza, sus bellezas, sus armonías, sus leyes, nunca bastante conocidas, por mucho que sean estudiadas, y sus infinitas relaciones con el mundo de la naturaleza, que no conociendo tampoco, imposibilitan todo adelanto que no podrán realizar jamás, sin poseer por lo menos las más importantes nociones de los dos, puesto que se complementan mutuamente en la constitución del *Universo*.

Los grupos que deseen aprovecharse de las enseñanzas de los espíritus y sacar de ellos todo el partido posible, a fin de dar algunos pasos en el camino de su progreso, deben dedicarse, con perseverancia y firme voluntad, al estudio de la doctrina por los mismos espíritus revelada, y procurar que ésta sea solo la base y el objeto principal de la reunión, dando un lugar muy secundario al fenómeno de la comunicación; que el móvil que les guíe no sea la insaciable y pueril curiosidad, sino el deseo, cada vez más vehemente, de perfeccionarse por el estudio y la práctica de las virtudes.

Desengáñense ya los novicios; nadie puede subir un solo peldaño en la escala de su progreso, si su asiduo trabajo y sus propios esfuerzos no le elevan. Los conocimientos solo se adquieren a costa de grandes desvelos y una voluntad a toda prueba, que mantenga siempre vivo el deseo de adquirirlos; y sabido es, que los seres de ultratumba, que quieren que todas las cosas sigan su curso natural, no han de venir a improvisar sabios haciendo a los hombres holgazanes.

Lo que está pasando en algunas agrupaciones, de que tenemos noticia, no está en manera alguna conforme con el objeto y fin providencial del Espiritismo, siempre inclinado a despertar en el hombre los gérmenes del saber por medio del trabajo, y a grabar en su corazón el amor al bien y el deseo sincero de instruirse y mejorarse. Lo que por lo general se hace, es poner en ridículo la más grande de las ideas, entorpecer y retardar su verdadera y útil propaganda, debilitar con extravagancia la fe de sus mejores y más fieles adeptos, que, faltos de la necesaria instrucción, se dejan llevar del deseo pueril de obtener una comunicación, casi siempre insustancial, dada por espíritus inferiores, que se ven atraídos por sus simpatías hacia las personas que los evocan, y con los cuales se divierten bromeando y mixtificándolas.

Díganlo si no las comunicaciones obtenidas en dichas reuniones; que se examinen minuciosamente, que se les haga pasar por el crisol de la razón y del buen sentido, y se verá lo que queda de ellas, después de hacerlas sufrir este riguroso análisis: nada, como no sea el lenguaje ampuloso que, con frecuencia, las viste; mucha hojarasca y muchas frases de relumbrón que, reemplazando las ideas; fascinan a los cándidos que las aceptan como dictados de un orden superior.

Los espíritus buenos, solo acuden a las reuniones formales donde dan gustosos sus provechosas enseñanzas: y una reunión no es formal porque los que la compongan permanezcan serios, graves y sin reír, durante el tiempo de la sesión, sino porque tengan puro el corazón, o por lo menos, hayan hecho el propósito firme y sincero de mejorar sus condiciones morales, poniendo todos los actos de su vida en armonía con las máximas sublimes que enseña el Espiritismo. Éste es el verdadero estado del ánimo, que puede ejercer sobre los buenos espíritus la atracción que necesitan, para venir contentos a nuestras evocaciones. El secreto de esta atracción está en nosotros mismos. Los fluidos periespirituales se repelen o se atraen según la semejanza de su naturaleza, resultando de esto una incompatibilidad manifiesta entre los buenos y los malos fluidos. Cada uno de nosotros es un manantial perenne de fluido periespiritual, al cual podemos dar, con nuestras buenas acciones y la práctica de las virtudes, cualidades tales que pueden ejercer sobre los malos espíritus, una influencia repulsiva, y atractiva sobre los buenos.

Es de todo punto incuestionable que el progreso intelectual facilita y acelera el moral; y que no hay ningún conocimiento inútil, ya que todos ellos cual más, cual menos, contribuyen a favorecer el adelanto y perfección del espíritu.

El estudio ha de ser, por lo tanto, el anhelo constante del verdadero espiritista, al cual debe dedicar todo el tiempo que pierde lastimosamente en esas sesiones experimentales, que ofrecen a los asistentes, faltos por lo regular de conocimiento en la doctrina, espectáculos ridículos a que dan el nombre de sesiones espiritistas; cuando no son otra cosa que el efecto necesario de grandes obsesiones y hasta de subyugaciones terribles. Inspírense todos ellos en las enseñanzas que nos dan los espíritus, en las obras que van ya publicadas, y tengan presente nuestras ideas, producto de nuestros estudios y meditaciones, que nos han dado el convencimiento que hoy tenemos de su verdad.

Al dar estos sinceros consejos a nuestros hermanos, cumplimos un deber, con el cual creemos hacer un señalado servicio a la escuela, y de verlos aceptados, una gran obra de caridad.

EL ESPIRITISMO Y SUS DETRACTORES

El Espiritismo, como todas las grandes ideas que han venido a salvar la humanidad del borde de su ruina, arrancándola de los brazos de la muerte moral, en que la colocara su ceguedad o su locura, necesita pasar por todo género de pruebas, amenazas y execraciones, pues ésta es una ley ineludible, de forzoso cumplimiento.

Sus apóstoles, como los de todas las grandes causas, necesitan sufrir las decepciones y miserias que acrisolan su fe en ellas, soportar resignados toda clase de persecución, y si es preciso, morir mártires, en su defensa.

El Espiritismo, luz purísima, que nace a la vida regenerando a la humanidad, comienza su espinosa senda de amenazas y execraciones y sobre sus apórtales, se deja sentir ya el pernicioso influjo de las humanas miserias, pero quedará aquél incólume, aunque para ello necesiten éstos alcanzar la palma del martirio.

¡Pobre humanidad que en tu ciego error te vas precipitando en la horrible sima, de tus desgracias!

Tú abrirás los ojos a esa luz; tú ansiosa de hablar la verdad la encontrarás; y en-

tonces esta doctrina regeneradora y bella habrá cumplido su alta misión. ¡Qué no es grande ni santa una causa, si no encuentra obstáculos insuperables que vencer y víctimas generosas que inmolar!

¿Qué nos demuestra el Espiritismo? Que su doctrina comprende a Dios en su infinita grandeza; que la inmortalidad del alma es un hecho irrecusable; inmanente su individualidad después de la muerte; directa la relación que existe entre el mundo corporal y el de los espíritus.

Pero que al comprender y dar a conocer estos principios, no pretende crear nada nuevo, traduce tan solo en hechos, estas teorías diseminadas en diferentes sistemas filosóficos y creencias religiosas, que las generaciones tradicionalmente han conservado desde sus primitivos tiempos.

Ahora bien; si el Espiritismo nada nuevo ha creado, si su misión al aparecer sobre la tierra se halla reducida a testimoniar verdades desconocidas, confirmar hechos aislados, formulando su sistema deductivo de las patentes e innumerables pruebas que confirman su existencia; ¿por qué mirar con prevención al Espiritismo?

Si éste bajo el punto de vista moral, no tiene su moral exclusiva ni independiente y si acepta la que trasformó por completo la faz del mundo, que es la moral cristiana, promulgada en el Evangelio; si esta es la que trata de ver imperar en toda su pureza por su innegable condición de ley divina, única de proporcionar la felicidad humana; ¿por qué tanta intemperancia con el Espiritismo?

Si éste, bajo el punto de vista religioso, sienta sus bases sobre DIOS, SER SUPREMO, ETERNO AUTOR DE LA CREACIÓN; sobre el *alma individual*, emanación fluídica de su ser, con su libre albedrío, su inmortalidad; sobre las penas y recompensas futuras que son el fundamento de todas las religiones; ¿por qué la execración de la iglesia de Roma?

Todo efecto tiene su causa y en esta afirmación se hallan comprendidas nuestras premisas de las que se desprenden las siguientes consecuencias: El Espiritismo pone de manifiesto los groseros sistemas de Molleschott, Büchner, Vogt y demás filósofos naturalistas de su escuela, colocándose en abierta opugnación con las tendencias sensualistas y materialistas, que con tanta celeridad se han desarrollado en estos últimos tiempos, bajo la máscara del *positivismo*, *determinismo*, pretendiendo precipitar al género humano en el *ateísmo*, que según la opinión de Tiberghien, sería la disolución de los principios de orden científico, y la descomposición del orden moral; y esto, es más que eficiente, para despertar en los embotados sentidos de los adoradores de la biformedeidad *Fuerza y Materia*, el odio mas inusitado contra la doctrina espiritista.

Porque al admitir un principio inteligente fuera de la naturaleza, ante cuya voluntad expresada en admirables leyes, el universo gravita en la inmensidad sin límites; al considerar el mundo que habitamos, no como punto central de un universo exclusivamente elaborado para él y sus moradores, sino que es por el contrario uno de los infinitos átomos que constituyen el *universo*, lugar de sufrimiento y prueba, y el hombre un ente perfectible, consciente, dotado de algo más que el alma animal de los brutos, responsable, como consecuencia de su libertad de albedrío, hallan en el Espiritismo un rival poderoso que destruye una por una las movibles bases sobre que descansa el orgulloso y absurdo sistema que deifica la materia con su inseparable fuerza como ley, devasta el paraíso de sus dichas terrena-

les, rompe con sus creencias, opone ideas más consoladoras; y presintiendo su ruina ante la verdad que manifiesta sus delirios, no pueden soportar que les arranque el cetro de sus manos la nueva conciencia, la idea nueva.

¿Qué esperar puede la humanidad de esa doctrina que como recompensa a los sufrimientos, como premio a las virtudes y como castigo a las maldades la brinda para lo futuro con la horrible *nada*?

¿Qué esperar puede de la justicia terrenal de este sistema, si no descansa en el firme apoyo de la justicia divina?

La humanidad sin más allá, sumida en las miserias de este mundo (círculo de hierro, cárcel temible) sin conciencia, sin providencia, sin responsabilidad, obrando fatalmente, admitiendo como única dicha los goces terrenales.....¡oh! esto sería terrible, desconsolador, imposible! En vano luchan por derribar el Espiritismo esa falange de seres desalmados, adoradores de la materia, sin más santuario que la voluntad, sin más pensamiento que el presente, sin más porvenir que la nada formidable y horrorosa.

El Espiritismo no solo arranca de sus manos ateas el poder, sino que también se elevarán con él todos los corazones a quienes el error privó de sentimiento por un instante; todas las almas que, desviadas a impulsos de su alucinación, olvidando el *principio*, se apartaron de la senda de perfectibilidad, y por no adorar a Dios, que su grandeza no comprendían, deificaron la materia y le erigieron altares.

Los apóstoles del Espiritismo se abrirán paso por entre vuestras filas de escépticos, sin que les amedrenten las iras, las amenazas ni las burlas, para la propagación de la doctrina espiritista.

El materialismo humillará su frente; porque la verdad es una, como uno es Dios de quien dimana.

El sensualismo grosero apagará el impuro fuego de las pasiones, porque la felicidad no está en los goces terrenales.

Al nacer el Espiritismo os abrió la sepultura. Al descubrir el más allá, os hundió en la nada, esa nada fatídica y sombría que solo existe para vuestras creencias, pues con tanta osadía la defendéis.

¡El Espiritismo empieza en donde el materialismo acaba!

Queda pues demostrado uno de los efectos que originan la causa de la persecución y descrédito del Espiritismo.

El otro radica en la iglesia de Roma. ¡Contraste singular que une en la misma aspiración la incredulidad y la fe ciega!

¿Será providencial?

IVAN SOERTLLER.

(Se continuará)

VARIEDADES

PRÓLOGO DE UNA HISTORIA

Enrique Sandoval era un muchacho,
De noble y distinguido continente;
Un sedoso mostacho
Daba sombra a su boca juguetona,
Sirviendo de corona
A su espaciosa frente,
Un bosque de cabellos ondeados
Con desaliño artístico peinados:
Sus ojos eran grandes y rasgados
Teniendo una mirada,
Magnética, profunda, apasionada;
Era uno de esos seres
Que inspiraba profunda simpatía
Con especialidad a las mujeres.

Era una de esas almas bien templadas;
Ávida de violentas emociones,
Que en una ocasión dada,
Saben jugar el todo por el todo,
Diciendo con desdén,
«La vida es nada.»

Pasó las horas de su dulce infancia.
De un pueblo en la pacífica ignorancia;
Pero llegó a esa edad en que el hombre sueña
Y se dijo a sí mismo estas razones,
—¿Estos pueblos? qué son? humildes nidos,
O en lenguaje vulgar tristes rincones,
Donde los hombres viven confundidos.
Sin gloria, sin poder ni aspiraciones.
Para mirar como las aves vuelan.
Y cómo abren sus pétalos las flores,
No habrá formado Dios a tantos seres.
Y deben existir sin duda alguna,
Tormentos y delirios y placeres.
¿Por qué no he de buscar cual buscan otros
La pompa, la riqueza y los honores.
Si querer es poder? voy a la corte,
Y allá veremos si me voy a fondo.
O encuentro estrella que me fije norte.—

Llegó Enrique a Madrid cual llegan muchos,
Esperando encontrar una fortuna:
Siendo la base de ésta algún empleo
O escribir gacetillas,
Siguiendo la tendencia y el deseo
Del favorito que en la corte brilla.
Supo cumplir tan bien su cometido,
Que al poco tiempo era
El galán más querido de las damas;
Buscó duelos: reyertas y quimeras,
Y entre varias que dio, dio una estocada,
Que dejó a su contrario
En estado tan triste y lastimoso.
Que solo en el sepulcro solitario
Pudo encontrar para su mal reposo.

¿Enrique era feliz? de todo había;
Pues por ley natural, ambicionaba
Mucho más que la suerte le ofrecía.
Adquirió con trabajo un gran destino,
Pues era de un ministro secretario;
Y aunque es harto escabroso ese camino,
Por su aplomo y su acierto extraordinario,
Llegó a ser accesorio indispensable,
Y el que consigue hacerse necesario
En una sociedad que tanto sobra,
Puede decir cual
César dijo un día:
Yo vine, vi y vencí: ésta es mi obra.

Por suerte o por desgracia para Enrique,
Un carnaval llegó con sus disfraces,
Con sus bailes, sus galas, su ruido,
Y sus ensueños breves y fugaces.
Como natural, tomó en la fiesta
La parte que a su edad correspondía,
Mucho más que en festines y en saraos,
Era donde su ingenio más lucía.
En un baile de tragos de gran tono,
Se hallaba Enrique lleno de ilusiones,
Cuando vio ante sus ojos una dama
Bella cual la soñaron los amores.
Era alta, esbelta, pálida y graciosa,
De perfecciones mil, rico tesoro,
Dejó en sus labios su carmín la rosa,
Y en sus cabellos su esplendor el oro.

Era uno de esos seres ideales
Que miran los poetas en las brumas,
Una de esas Ondinas celestiales
Que nacen del vapor de las espumas.

Enrique la miró magnetizado
Y exclamó con acento tembloroso:
—No os apartéis señora de mi lado,
Y dejad que un momento sea dichoso.

Un vals ardiente, rápido, excitante,
Nos brinda su dulcísima armonía,
Hay en sus notas algo delirante
Que responde a mi afán, ¡hermosa mía!

Venid, venid, y os llevaré en mis brazos
Aunque sienta que el orbe se derrumba,
Y feliz yo si tan hermosos lazos
No los deshace ni la misma tumba.—

Ciñó su brazo la gentil cintura.
De aquel ángel de amor, que sonriente,
Un mundo de placer y de ventura
Llevaba escrito en su marmórea frente.

Si hay algo que al amor le preste alas
Y haga olvidar la prosa de la vida,
Es sin duda esa música inspirada
Que a un goce delirante nos convida.

¡Bailar un vals con el objeto amado,
Sentir latir un corazón de fuego,
Y aspirar un aliento perfumado,
Es confundir la tierra con el cielo!

¡Se siente una emoción tan poderosa,
Es un placer tan grande y tan profundo,

Es una sensación tan deliciosa.....
Que no tiene rival en este mundo!

Enrique se entregó con alma y vida
A gozar de esa dicha pasajera,
Que nos ofrece una mujer hermosa
Cuando la vemos por la vez primera.
Mas como todo acaba aquí en la tierra.
Pasó del vals la dulce melodía,
Y Enrique dijo con sentido acento:
—Siento por vos extraña simpatía.
Decidme por piedad, ¿quién sois, señora?
Necesito saber si sois casada,
Late mi corazón, llegó mi hora
De encontrar lo que tanto ambicionaba;
Si sois libre, os daré mi amor, mi nombre;
Si tenéis por mi mal antiguos lazos,
De mi camino apartaré a ese hombre
Y os arrebataré de entre sus brazos.
Habladme, yo os lo ruego, yo os lo imploro
Por lo que más améis en vuestra vida,
¿Cómo os llamáis, decid?
—Me llamo Sara
Y me encuentro en la tierra algo aburrida.
Soy uno de esos seres que el destino
Arroja en este mundo a la ventura;
Hoy alfombran las flores mi camino,
Porque admiran los hombres mi hermosura;
Me han dicho que el amor es sombra vana
Y que el oro es la fuente de placeres;
Que me olvide del ayer y del mañana,
Que el hoy es el edén de las mujeres.
Vos me pintáis entusiasmado y loco
De vuestro amor naciente los albores;
Y yo os debo decir, que tengo en poco
La dicha cimentada en los amores.
Positivista por costumbre, os digo,
Que mi plan en la vida lo he formado,
Y la senda trazada que yo sigo,
El amor delirante lo hecho a un lado.
Dejo a Cupido con sus blancas alas
Y su eterno estribillo *¡yo te adoro!*
Y prefiero lucir trajes y galas,
Que solo se consiguen con el oro.
El oro es el monarca de la tierra;
Todo cede a su inmenso poderío,
En él la dicha y el placer se encierra
Y la vida sin él produce hastío.
Así, pues, olvidad vuestros antojos,
Y sigamos los dos nuestra jornada.
—¡Yo no podré vivir sin vuestros ojos,
La existencia sin vos la tengo en nada!
Quiero que como yo tengáis creencia
Que en el amor la dicha se asegura;
Que no nace el placer de la opulencia,
Que estáis en un error y una locura.
Dadme un año de plazo, y os prometo
Ofreceros riquezas sin medida;
Y mostraros después el gran secreto
Que embellece las horas de la vida.
—Tan bien sabéis pintar vuestro desvelo
Que acepto la ilusión de sus amores;
Y esperaré que vuestro amante anhelo
Ciña mi frente con hermosas flores.
—¡Oh! Sara de mi amor, tened presente
Que cual nuevo Colón solo ambiciono,
Hacer brotar un mundo de mi mente,
Y ofreceros en él radiante trono.—
Como era natural, la conferencia
De Sara y del doncel fue terminada:
¿Tuvo este encuentro alguna consecuencia
Nació una historia o se extinguió de lanada?
Nada de fijo asegurar podemos,
Porque solo sabemos
Que Enrique trabajaba, y que afanoso,
Sin llegar a ir a Méjico encontraba
De una mina el filón maravilloso.
En árabe corcel se presentaba
Luciendo su apostura y gallardía,
Y otras en coche propio paseaba
Mirando con desdén y altanería.
Gran casa, mucho tren, mucho boato,
Lujosa ostentación: ¡era dichoso!
Ahora falta saber si su existencia
Tenía horas de quietud y de reposo.
Prematuras arrugas en su frente,
Y sus ojos hundidos revelaban,
Que un algo misterioso había en su mente
Y que su juventud se marchitaba.
Pero febril y delirante y loco
Seguía siempre con tenaz empeño,
Diciendo para sí: «aún tengo poco,
Aún no he llegado a realizar mi sueño.»

Un día antes de cumplirse el año
Del plazo que él fijara a sus amores,
Enrique se perdió como se pierden
Las hojas secas de agostadas flores.
Lógicamente hicieron comentarios
Todos aquellos que a él le conocían;
Los unos le acusaron de falsario,
Otros de usurpador; y se decían
Tantas historias, y mentiras tantas.....
Que la verdad ninguno la sabía.
Lo cierto, lo real, y lo evidente

Es que selló su casa la justicia:
¿Mas dónde se ocultaba el delincuente?
¿Le fue la suerte por su bien propicia?
Y allá en el Reino Unido fue a salvarse
¿De una prisión sin duda merecida?
¿O en triste calabozo vio a alejarse
La breve gloria de su pobre vida?
Nada de cierto colegirse pudo:
La sociedad le concedió su olvido
Al hombre audaz, que le sirvió de escudo
Su ingenio miserable y atrevido.
Ídolo que adoraron un instante
Mientras el mismo incienso se quemaba:
Pero que hundido no hay piedad bastante
Para darle al vencido una mirada;
Únicamente las mujeres saben
Conservar un recuerdo de ternura:
Enrique que era en esto afortunado
Quizás porque él no quiso más que a una:
Mucho tiempo después de lo ocurrido,
Más de una hermosa sin cesar decía:
«¿Qué habrá sido de Enrique? ¡Era tan guapo!
¡Y me inspiraba tanta simpatía.....!»
Murmuraban así las niñas bellas;
¿Y Sara, qué decía?
¿Seguía de Enrique las perdidas huellas?
¿Su triste paradero lo sabía?
Ciertamente que no; ella ignoraba
Lo que a su fiel amante había ocurrido:
Pero su corazón no se inquietaba,
Porque era un corazón envilecido.
Era uno de esos seres desgraciados,
Abortos del fatal positivismo;
En su misma abyección encenagados
Sin querer levantarse de su abismo.

Y de un amor tan grande y tan profundo
Como el que el pobre Enrique la rendía,
Solo obtuvo por premio en este mundo,
Que Sara murmurara: —«Es tontería,
El hacer sacrificios por amores:
No merecen los hombres ni un suspiro;
Perdí uno de mis tiernos amadores,
¡Y qué le hemos de hacer, si se ha perdido!
Buena era su intención, sin duda alguna,
Mas después de los hechos consumados,
¿Tienen éstos acción retrospectiva?
No la tienen; asunto terminado.»

Pasaron años, y la hermosa Sara
Seguía el vaivén de su agitada vida;
Cuándo una tarde recibió una carta
Que la tomó con mano estremecida.
Porque en su letra fina, y delicada,
Recordó Sara a un ser que había olvidado:
«¡Esta letra es de Enrique...!» Y azorada
Rompió el sobre pequeño y perfumado:
Y con acento al parecer tranquilo
Leyó su contenido,
Sin que por sus mejillas resbalara
Una lágrima ardiente,
Ni de sus labios de carmín brotara
Un suspiro elocuente.
Una vez la leyó; maquinalmente
Volvió a coger la carta y a leerla;
Se fue anublando su serena frente,
Y su mirada fue mucho más tierna.
Pasó una hora, y Sara proseguía
Leyendo aquella carta; ¿qué diría
Que tanto al parecer la interesaba,
Y a su pesar su pecho conmovía?
Estas tristes palabras contenía
Aquel pliego que Sara contemplaba.

—«Oídme Sara, por la vez postrera,
Voy a pasar a nuevos continentes,
La muerte o la victoria allí me espera
Y ambas cosas me son indiferentes.

Yo os amé con delirio, con locura,
Con frenesí, con ciega idolatría:
¡Admiré vuestra espléndida hermosura,
Siendo todo mi afán llamaros mía!

Vos me dijisteis con desdén profundo,
«Sois pobre para mí, dejadme Enrique.»
Desde entonces hallé pequeño el mundo,
Y para mi ambición no tuve dique.

No tuve más afán, ni más anhelo,
Que adquirir de riquezas un tesoro:
Olvidé que había un Dios allá en el cielo,
Y el crimen me ofreció montes de oro.

Y en el instante que contento, ufano,
Iba a deciros yo con alborozo,
¡Mío es el porvenir! ¡Ensueño vano!
Desperté en un oscuro calabozo.

La sociedad se alzó con mano airada,
Y castigó mi falta; ¡justo era!
¡Y nadie fue a lanzarme una mirada!
¡Nadie me fue a decir, *sufre y espera*!

Pasaron meses, trascurrieron años,
Y el tiempo se cumplió de mi clausura:
¡Volví a mirar la luz! seres extraños
Miraron con desdén mi desventura.

Y una noche, que vive en mi memoria,
De un ministro de Dios el dulce acento
Escuché, que contaba triste historia,
¡Tan triste como el eco de un lamento!

Y dijo que era Dios todo ternura,
Y que el perdón al hombre concedía:
Si éste olvidaba su fatal locura,
Y en su infinito amor la luz veía.

Aquella voz que resonó en mi oído
Era una voz tan pura, tan vibrante
Que hizo latir mi corazón dormido,
Y esperar y creer: ¡feliz instante!

¿Por qué he pasado mis mejores días
Sin conocer de Dios la omnipotencia?
¿Por qué han sido mis noches tan sombrías?
¿Por qué fue tan amarga mi existencia?

¿Sabías Sara por qué? Porque he olvidado
Que solo en Dios se encuentra ese camino,
En donde el hombre por el bien guiado
Engrandece en la tierra su destino.

El arrepentimiento más profundo
Me hace tener vergüenza de mí mismo:
¡Adiós España! Adiós ¡oh! viejo mundo!
Adiós con tu fatal positivismo.

¡Adiós Sara! pensad que hay otra vida;
Y ese amor que consume y que no quema,
Consagradle al señor, pedidle égida
Y él os dará la salvación suprema.

Siempre un recuerdo os guardaré en mi mente:
No abrigo contra vos ningún encono;
Y a Dios le pido en mi oración ferviente,
¡Que él os perdone como yo os perdono!»—

¿Qué sintió Sara? Dios tan solo puede
Adivinar misterio tan profundo:
Porque es el corazón de las mujeres
El problema más grande de este mundo.
Solo sabemos que dejó la corte,
Y que el centro galante en que vivía,
Le consagró un recuerdo a su elegancia,
Y al gusto sin rival que ella tenía.
¿Dónde se fue? ¡quién sabe! quizá un día
Sepamos el final de su existencia:
Que el asunto nos dé para una historia
Donde el lector encuentre un episodio
De abnegación, de juventud y gloria.
Y llore a la memoria
De una de esas mujeres
Que guardan ricos dones
De amor, de sentimiento y de ternura:
Que al saber explotar esos filones.
Puedan brotar inmensas sensaciones
Que conviertan en ángel la criatura,
Y hacer que una mujer sea en sus pasiones
Un alma grande, enamorada y pura.

Amalia Domingo y Soler.

Madrid.

A LA POETISA

AMALIA DOMINGO Y SOLER

Amalia, ¿por qué razón
Mi musa elogias así?
¿Por qué levantas por mí
Tu más preciosa canción?
¿Por qué elevas a la luz
Do le dejas suspendido
Al murciélago nacido
Para el nocturno capuz?

Al magnífico fulgor
De tu genio soberano
Tomas mi trémula mano
Con majestad y valor,
Y a la cúspide del mundo
Literario me levantas,
Y luego plácida cantas
Mi pobre genio infecundo!

Lira en el cielo templada,
De los ángeles querida,
De bello nácar vestida,
De dulces flores ornada,
¿Por qué ensalzas lisonjera
Pretendiendo darle brillo
Al humilde caramillo
Que resuena en la pradera?

Cisne del lago de Dios,
Ruiseñor del bosque santo,
¿Por qué levantas tu canto
De la oropéndola en pos?

Cuando con noble ansiedad
Que constituye virtud
Alza tu inmenso laúd
Un himno a la caridad;
Y con magnánimo ardor
Digno de eterna memoria
Le das el hombre de historia
Sacrosanta del Señor;
Y al escuchar los jardines
Tus cláusulas melodiosas
Crecen en aves y en rosas
Y azucenas y jazmines,
Mi espíritu conmovido
Se postra en éxtasis santo,
Y en dulces horas de llanto
Quédase al fin sumergido!
.....¿Y tú pudiste cantar
Mi ronca lira que espanta?
Ah! cuando el sol se levanta
¿Qué reptil no ha de dorar?

Musa divina, yo adoro.
Tus celestiales encantos;
Por ti derramo mis llantos,
De gratitud, por ti lloro;
Pero no cantes por mí;
Que tus acentos divinos
Consagrar a otros destinos
Debes, más dignos de ti.

Y si cantar es tu empeño
Mi melancólico ser,
Cuando te logre prender
En sus guirnaldas el sueño;
Y tu espíritu radiante
Lanzándose a los espacios
Entre gigantes topacios
Hacia el Señor se levante;
A la armoniosa canción
De las esferas sin fin
Que van llenando el confín
De luz, fragancias y son,
Alza una dulce plegaria,
No una canción lisonjera
Por éste triste que espera
Perdido en selva contraria.

Mi ser, si así lo cumplieres
Se llenará de armonías,
Y bendiciendo sus días
Encontrará sus placeres.

Y de mis dichas en pos
Tras tantas sombras extrañas,
Invadirán mis entrañas
Los dulces astros de Dios!

Salvador Selles.

Alcázar de San Juan.

CORRESPONDENCIA DE MADRID

6 de mayo de 1873

Lo prometido es deuda.—Tres sesiones de controversia.—Retirada de los materialistas.—Sesiones de estudio.—Reuniones de socios.—Sección de señoras.—Una buena noche.—Varios asuntos.

Cumpliendo el grato deber que me tengo, impuesto de comunicarles mensualmente (siempre que me encuentre en Madrid), las novedades que ocurran, realizo mi tarea con lo referente al último abril.

Terminó con el mes anterior la controversia sostenida con la escuela católico-romana, haciendo el resumen de la discusión el infatigable Corchado. Se presentaron en seguida y en buen número los materialistas, y su primer orador fue el conocido Sr. Vinader; nada nuevo le oímos, pues repitió sus acostumbrados razonamientos, sin más variación que decir que el hombre era un telégrafo. Magnífico pensamiento que sirvió admirablemente al doctor García López, para dar una contundente lección a quien expuso tan originalísima idea. La campaña que este nuestro querido hermano viene sosteniendo

este año, es penosísima y solo su reconocido talento y fe en nuestras creencias, pueden darle vigor para tanto. Al Sr. Vinader siguió Cárceles, joven de buenas dotes para la oratoria, y que en estos momentos atrae la atención de los que de política se ocupan; a contestarle se presentó otro joven desconocido en nuestra sociedad, pero tan penetrado de las ideas Espiritistas, como poseedor de un talento nada común; nada más nutrido de ciencia que su elocuente discurso; su forma original y perfectamente adaptada a la oratoria del contrario, sus irónicas pinceladas oportunamente escogidas, su frase concisa, y terminante a la par que lozana, cautivaron desde sus primeras palabras al numeroso auditorio que ocupaba el salón y le hicieron bien acreedor a los espontáneos aplausos que le tributaron. Yo, a mi vez, envío mis humildes plácemes al Sr. Martorell. Se levantó a rectificar el Sr. Cárceles, y francamente, amigos míos, se vio tan enredado que no le oí apenas cosa alguna de provecho, muchos gritos, alguna herejía, como la de pedir a las madres que arrancaran del corazón de sus hijos toda noción del sentimiento, calificar de agua sucia las lágrimas, algún error científico *et pas plus*. Y tan enredado se halló, que ni aun por cortesía ha vuelto según correspondía y prometió a escuchar a su vez la rectificación de Martorell.

Siguió el materialista Sr. Capdevila, quien a decir verdad, es el que más me agradó por su tranquilo y buen decir y no escasa posesión de conocimientos, si bien trató puntos que no eran objeto del debate con el que apenas rozó su peroración. En cambio hizo blanco de sus ataques a García López y a la verdad, que si tal hizo, fue por no saber ciertamente lo que se hacía. Le contestó el Sr; Rebolledo en un buen discurso en el que, si bien no había belleza de forma, si había gran riqueza de ciencia. Para alusiones hizo uso de la palabra el *excomulgado* y encontró ocasión para pronunciar quizá lo mejor que ha salido de sus labios, sobre todo lo bueno que tiene dicho. Volvió a Capdevila el turno para rectificar y aquí quisiera concluir mi reseña de las controversias, con una larga línea de puntos suspensivos. Tal es el mal que me produce lo que sigue, pero a fuerza de cronista es preciso refiera todo lo que pasó; nada más destemplado, más acre, más mordaz y fuera de conciencia que lo que dijo, para mí el ya célebre Capdevila; Sus ataques al Sr. García López, no quiere mi pluma mencionarlos; del discurso de Rebolledo ni aun se hizo cargo y cuando más sorprendidos estábamos, pronunció el acostumbrado he dicho, y tomando el sombrero desapareció seguido de todos los materialistas. Magnifico proceder que a mi juicio demuestra tanto reconocimiento de su impotencia, como ausencia total de toda idea de buenas prácticas; a encontrarme en el puesto del presidente no hubiese tenido la prudencia que él tuvo y hubiera hecho conocer al Sr. Capdevila su poco decorosa conducta. Afortunadamente, así García López como Corchado, hicieron sucesivamente uso de la palabra, calificando el primero semejante *fuga* como patente de *cobardía de la ignorancia*; el segundo demostró que los materialistas habían venido al debate para combatir al Espiritismo y de cuantos se habían presentado ni uno solo había hecho razonamiento alguno en contra, descubriendo así que jamás habían ni siquiera hojeado, el más vulgar de los libros espiritistas.

Así han terminado las controversias por este año, y como Uds. cuantos lean estas líneas, comprenderán que el Espiritismo está de enhorabuena. Mañana habrá también sesión, pero creo sea solo con objeto de resumir la discusión, de cuyo trabajo

me aseguras; está encargado el hermano Ruiz Salaverría.

Las sesiones ordinarias han seguido tan animadas como todas las que se vienen celebrando este año. Durante el mes se ha tratado primero la noción del trabajo y después la de educación de la mujer: temas ambos de gran interés y que nos han proporcionado tan magníficas comunicaciones, que alguna de ellas creo trasladará íntegra a sus columnas el *Criterio* de este mes. Se la recomiendo a Uds. para que de ella procúrense de lectura en esa, Sociedad.

Con la buena idea de reunirse los socios todos los viernes, venimos obteniendo magníficos resultados. En esas noches de todo se trata, todo se discute, se da cuenta de cuanto importante para nosotros ocurre por todas las regiones de la tierra, y se estrechan más y más los lazos de fraternal intimidad que deben unir a los espiritistas. Debida a estas sesiones es la nueva organización que va a darse a la sección de señoras; cuyos trabajos en lo sucesivo serán de reconocida importancia, tanto en lo que se refiere al estudio, como a la parte práctica y experimental.

Noches pasadas tuvimos una gratísima velada, que ha dejado entre nosotros un bellísimo recuerdo, tan solo comparable con el que nos proporcionó la noche del 31 de Marzo, en que se tributó el merecido homenaje a la buena memoria del incomparable Allan Kardec.

Se dio lectura por uno de nuestros hermanos, bien conocido entre los modernos autores dramáticos, a un precioso tomo de poesías que prepara, inspiradas por el más puro y entusiasta sentimiento espiritista; al terminar tan deliciosa lectura, fueron presentados por Palét, dos jóvenes poetas valencianos, quienes sin noción alguna de nuestras doctrinas han escrito casi todas sus obras vertiendo en ellas los más puros principios espiritistas. Recitaron muchas a petición de cuantos nos hallábamos presentes; que no nos cansábamos de escuchar y cada verso era acogido con mayores y unánimes aplausos. Estas sesiones literarias creo se repetirán con más frecuencia en el próximo invierno. Ojalá sea así, y que esta idea forme parte de lo mucho y bueno que se prepara para esa época.

En LA REVELACIÓN (que ahora recibo con puntualidad,) he tenido el gusto de leer las bien escritas cartas que, desde esta dirige la inspirada Srta. Amalia Domingo Soler; y así mismo, alguna bellísima composición de tan distinguida poetisa. Mucho celebro lo uno y lo otro por el interés que presta a nuestro querido periódico.

Durante el pasado mes, hemos tenido el gusto de saludar en nuestras sesiones a algunos hermanos de esa. Mucho celebramos estas visitas que aumentan nuestras simpatías, y por mi parte, creo no vayan disgustados de la buena acogida que aquí se les dispensa.

He visto el suelto que Uds. dedican al almanaque; y es tan exacto, como oportuno, pues ya empiezan a ocuparse algunos de nuestros buenos amigos del que este año verá la luz pública.

Aquí termino, con la esperanza de que para mi próxima carta no han de faltarme noticias de interés y que alguna de ellas merecerá toda la aprobación de Uds.

Les saluda con todo cariño su buen amigo y hermano.

F. M.

CARTAS ÍNTIMAS

CUARTA

Hermana mía: ayer visité uno de los colegios gratuitos de esta capital, y me llamó particularmente la atención, una hermosa niña de 14 a 15 años, blanca, rubia y delicada, de mirada tan dulce, tan triste y tan profundamente conmovedora, que me hizo recordar estos cuatro versos del célebre Larmig, cuando habla de los oíos de Jesús.

«Ojos llorosos, que piedad inspiran.
Ojos sin ira, que perdón predicen,
Ojos que tristes, al mirar suspiran,
Ojos que tiernos, al mirar bendicen.»

Esa mirada magnética, poseía la simpática niña que, apoyada en el alféizar de una ventana, miraba fijamente a un patio, revelando en su actitud inquieta, que esperaba la llegada de una persona querida: no se hizo esta esperar mucho tiempo, la joven ahogó un grito y veloz como la impaciencia del deseo, cruzó rápidamente la estancia y escuché una de esas frases que no han podido imitar, ni las grandes actrices, ni la más inspirada prima-donna; una de esas palabras que acarician, que enloquecen; uno de esos gemidos del alma que revelan una historia de dolor; esa exclamación suprema que lanza una madre cuando estrecha entre sus brazos al hijo querido de su corazón; ese ¡hija mía! que tomó vibración en otros mundos mejores, ese grito resonó en mis oídos y a poco vi aparecer a la linda niña acompañada de una mujer de mediana edad, que en su semblante demacrado se encontraba grabada la indeleble huella de la miseria y del sufrimiento: existía entre las dos perfecto parecido, solamente que la una, era la flor marchita por el hálito del mundo, y la otra la casta azucena que abría su cáliz para elevar su fragancia al cielo.

Madre e hija abandonaron el aposento, para sustraerse sin duda alguna, de los muchos curiosos que estaban examinando las delicadas labores de las educandas. Una hermana de la caridad, que cumple dignamente la misión que se ha impuesto: una mujer perteneciente a una de las primeras familias de la nobleza española, que siendo casi una niña, le arrebató la muerte al elegido de su corazón, y que desde entonces abandonó su aristocrático palacio, y se consagró exclusivamente a ser el ángel tutelar de los desgraciados, sufriendo por su abnegación sin límites, la envidiosa persecución de sus hermanas en Cristo, se encontraba en aquellos momentos cerca de mí, y aunque no nos une una amistad íntima, nos comprendemos y respetamos nuestras creencias, que reconocen una sola causa.

—¿Quién es esa joven, le pregunté, qué acaba de salir de aquí?

—Parece que la llama a Ud. la atención, me dijo sonriendo dulcemente, no es extraño; porque cuantos la ven se interesan por ella, y Ud. con doble motivo que en todo quiere encontrar un algo extraordinario: lo que es ahora efectivamente la ha llamado la atención una criatura digna de mejor suerte, y que ha sido una de las muchas víctimas que tiene el fanatismo en sus anales.

—Excita Ud. mi curiosidad en alto grado, y desearía saber la historia de esa niña.

—Tendré mucho gusto en complacerla, sígame Ud. y en el jardín podremos hablar con tranquilidad. La seguí y dos momentos después, nos sentamos en un banco rústico situado en la cúspide de un pequeño montecito, adorno indispensable de

todos les jardines ingleses: que en 50 pies cuadrados forman montañas, cascadas, puentes y cataratas microscópicas.

—Aquí estamos mucho mejor ¿es verdad, Amalia?

—Ya lo creo, y no puede Ud. figurarse cuánto me alegro que estemos solas, sin que nadie nos interrumpa.

—Yo también, soy muy partidaria de la soledad acompañada; mucho más con una mujer que como Ud., me inspira simpatía a pesar que en muchas cosas no estamos conformes, pero en fin, que le hemos de hacer, usted quiere a Dios a su modo y yo le quiero al mío.

—Pero no dejará Ud. de convenir conmigo, que si la humanidad estuviera más adelantada, mis principios serían los más útiles para la sociedad.

—Avanza Ud. demasiado; Ud. no quiere templos ni prácticas religiosas ningunas; y el hombre necesita de un guía espiritual.

—Sí señora; estoy conforme; pero un guía que nos diga la verdad, que no nos relate *cuentos de cuentos*, que no nos pinte un Dios iracundo y vengativo, que se complace en atormentar a los seres que él mismo ha creado.

—Ya se comprende que eso es un contrasentido, que la ley mosaica es un tejido de anacronismos y anomalías, pero como los primeros hombres que la escucharon no estaban suficientemente educados, solo el terror era el que podía dominarles.

—Soy de la misma opinión de Ud. que para ayer tenían condición de ser los castigos eternos, pero hoy que nuestra naturaleza se presta más al análisis, al estudio, y a la meditación; hoy que se investiga; hoy que el hombre no se contenta con creer porque le mandan creer, si no que quiere convencerse por sí mismo de la causa que da el efecto; cuando escucha las absurdas versiones que se hacen de la ley de Dios, como estas están muy por bajo de su entendimiento y de su criterio, ¿sabe Ud. lo que se consigue? Que el escepticismo extienda sus negras alas, que el ateísmo prodigue sus desdeñosas sonrisas, y que la indiferencia cubra con su manto de hielo a la generación actual.

Los hombres que han perforado las montañas, los que por medio del telégrafo trasmiten sus ideas, los que buscan en otros planetas los medios ambientes y las condiciones de habitalidad, no pueden conformarse con esa historia sagrada llena de ridículos milagros, de pecados originales que jamás han existido, de muertes expiatorias para redimir a la culpable humanidad, y esa gran figura de Cristo, ese mártir de la barbarie de un pueblo, hasta ahora lo han deificado sin necesidad ninguna: porque para ser el filósofo entre los filósofos, el bueno entre los buenos, y el único hombre justo que ha vivido en la tierra, no es necesario darle los atributos de Dios; él llamaba a los hombres sus hermanos, nunca les llamó sus hijos.

—Amalia yo la creía a Ud. protestante, pero veo que es Ud. eso que llaman espiritista, que son los herejes del siglo XIX.

—¡Los herejes! ¿Y en qué consiste nuestra herejía?

—En que lo niegan Uds. todo, hasta la divinidad de Jesús, que es cuanto hay que decir.

—Sí señora, la negamos porque Dios, no pudo tener predilección para ninguno de sus hijos; porque Dios es solo, único, indivisible, y ese misterio de la santísima trinidad, ha sido el escollo donde han tropezado los mejores oradores del mundo; al llegar a ese punto todos han tartamu-

deado, o han dicho la frase sacramental «es un arcano divino» o lo han explicado de una manera confusa, incierta e incompleta.

(Continuará)

MISCELÁNEA

La ciencia y la industria.—Hemos sido visitados por este apreciable colega de Madrid, a quien devolvemos con gusto la visita.

Recomendamos a nuestros suscritores esta revista semanal, redactada por una sociedad de ingenieros y órgano de la Sociedad de profesores de ciencias. Su director, D. Javier Verdú.

El precio de la suscripción es de 4 rs. al mes y 10 trimestre para Madrid; en provincias, 12 rs. trimestre.

Se suscribe en Madrid, en la administración, calle de Isabel la Católica, 10, bajo y en las principales librerías.

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores de fuera de la capital que abonen el importe de sus suscripciones, pues de lo contrario experimentarán retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 34

ALICANTE, 25 DE ENERO DE 1873

EL HOMBRE: SU PORVENIR

Una rápida ojeada que dirijamos sobre los distintos fenómenos que caracterizan la vida del hombre, nos hace comprender enseguida y sin grandes esfuerzos de nuestra inteligencia, que este ser el más privilegiado de la Creación, no es una dualidad a la manera como la comprendieron los grandes filósofos de la antigüedad que, como los pitagóricos, admitían además del cuerpo, un alma racional, y otra sensitiva; tomada la primera del primer ser inteligente y recibida la segunda en el mundo sensible.

La filosofía espiritista, procediendo de distinta manera, considera al hombre como el ser uno dotado de una sola naturaleza, de una sola esencia, sean las que quieran las distintas manifestaciones o modos de expresión de su vida. Pero dicha *unidad* que constituye por sí sola toda la esencialidad de este ser y de la que no cabe duda, por ser un hecho de sentido común, explica una *dualidad* bien comprobada por la observación, y cuyos términos claros y precisos son el espíritu y el *cuerpo*. El hombre ni es solo espíritu ni solo cuerpo, necesitando del uno y del otro para constituir su unidad, su humana naturaleza. Como el agua que estando compuesta de oxígeno e hidrógeno y no pudiendo cada uno de estos elementos aislados formar su unidad, ha menester la reunión de los dos expresados elementos para constituir así su propia y única naturaleza.

La unidad no excluye, en modo alguno, la diversidad: la luz es una y no obstante, se halla compuesta de siete colores distintos; y el hombre, no obstante la unidad de su naturaleza, nos presenta por un lado el *espíritu*; ser dotado de razón, que tiene la conciencia y el sentimiento de sí, de sus propiedades y de sus actos: ser moral, ser inteligente: y por otro, el *cuerpo*, envoltura material que reviste al espíritu, y de la cual se sirve para cumplir su misión en la tierra y ejecutar, con este instrumento material, cuantos actos le son necesarios a la completa realización de su vida. Cuando el cuerpo consumido por los años, gastado por el uso, se hace inútil, puede decirse que su destino se ha cumplido, y entonces se destruye y se resuelve en sus primitivos elementos. Pero el espíritu sobrevive a esta destrucción y libre de la materia que le envolvió y le aprisionaba como en un círculo de hierro, recupera, conservando su individualidad, todas sus facultades, y vuelve al mundo espiritual, a su mundo propio, de donde había salido: permaneciendo en él por un tiempo indeterminado hasta reencarnarse más tarde en el mismo o en otro planeta.

El espíritu viviendo en sí mismo y por sí mismo, jamás se destruyó; tiene su independencia, su actividad propia, voluntaria y libre; va donde quiere y cuando quiere, y en uso de su libre albedrío, es dueño de obrar, ya en conformidad, ya en oposición a las leyes eternas de la naturaleza: por eso tiene la responsabilidad de sus actos, que son siempre libres y espontáneos.

El cuerpo no vive en sí mismo y por sí mismo, como el espíritu. Inerte y sin actividad propia, se forma y se disuelve constantemente y por vía de composición y descomposición; se organiza y desorganiza, de una manera continua, bajo la influencia de la afinidad química; y en este movimiento perpetuo de rotación molecular, obedeciendo siempre y de un modo fatal, a las leyes generales de la materia que le rigen, lejos de conservar su propia naturaleza, adquiere nuevas propiedades uniéndose a los nuevos cuerpos que forman sus elementos al combinarse entre sí. De modo que, el cuerpo sin espíritu, no es más que materia inerte, sometido a las leyes fatales que la gobiernan, sin acción ni actividad propia, como un instrumento pasivo privado de la acción de la fuerza que le hace obrar. Mientras que, el espíritu sin el cuerpo lo es todo, vida, inteligencia, moralidad, conciencia de sí, libre albedrío.

Los seres, todos, del mundo corporal obedeciendo a las leyes físicas de la gravedad, se hallan atraídos a la tierra u otro planeta y no pueden separarse de su superficie; y el hombre que forma parte de estos mismos seres, por lo que tiene de material, por su cuerpo, se encuentra así mismo atraído a la superficie del planeta que habita, y de la cual no puede desprenderse, sujeto como se halla a ella por la ley fatal de la atracción. Mientras que los seres del mundo espiritual, en razón a la envoltura fluídica del periespíritu que les envuelven en vez de moverse con pena y dificultad sobre el suelo, recorren el espacio con la velocidad del pensamiento.

El espíritu y el cuerpo se complementan mutuamente en el hombre, de la misma manera que el pensamiento y el sentimiento se complementan en el espíritu, y el hombre y la mujer en la humanidad.

Dios ha creado a los espíritus sencillos e ignorantes y les ha dotado de libre albedrío para que, por su uso, puedan adquirir cuanto les sea necesario a su progreso moral e intelectual: la dicha del espíritu se halla siempre en razón directa del progreso realizado; y al comparar entre sí dos espíritus, será más feliz, aquél que más haya avanzado moral e intelectualmente, sin que por eso tenga necesidad de ocupar sitios distintos en el mundo invisible, pudiendo el uno estar al lado del otro sin que se confundan sus categorías como no se confunden tampoco entre sí, el hombre sabio y el ignorante, el bueno y el malo, el virtuoso y el entregado a los vicios; todos pueden permanecer en un mismo lugar. Los malos y más atrasados, sumergidos en la tinieblas de la ignorancia y celosos de la dicha de los buenos e instruidos, sufren grandes tormentos morales y las mayores angustias, causadas por los remordimientos de sus pasadas faltas y del tiempo mal empleado, mientras que los buenos, radiantes de luz y de dicha, saborean los puros goces del bien que hicieron y del progreso moral e intelectual que realizaron, adquiriendo por estos medios nuevas y extensas facultades desconocidas siempre de los espíritus inferiores; por eso ven, oyen, sienten y comprenden lo que los inferiores no pueden ver, ni oír, ni sentir, ni comprender. El mundo espiritual encierra en sí mismo bellezas, armonías, sensaciones, que tan solo son sentidas por los espíritus depurados, pero que los infe-

riores, sometidos aun a la influencia preponderante de la materia, no están en el caso de poder apreciar.

El bienestar y la dicha de los espíritus depende pues, del grado de su progreso; y como éste es siempre el fruto y producto de su propio trabajo, resulta que siendo libre de acelerarlo o retrasarlo, él mismo es quien se premia o se castiga; solo él es el autor de su infelicidad o de su dicha. ¿No pasa esto mismo entre los hombres?

Rara vez marchan juntos y con igual desarrollo el progreso moral y el intelectual; por lo común en cada una de las nuevas existencias corporales porque va pasando la vida del espíritu, da un avance mayor a uno solo de los dos que le van acompañando siempre como estelas luminosas; y como lo que no se hace en una puede hacerse en otra existencia, resulta que a la larga y a medida que el espíritu se aproxima su perfección, se van igualando los dos hasta quedar al fin completamente nivelados. En cada una de estas nuevas existencias la facultad que más avanzó en la anterior, queda como adormecida o latente, para que la otra pueda avanzar a su vez; de lo cual se sigue que, la pluralidad de existencias corporales, o encarnaciones sucesivas del espíritu, son una necesidad indispensable para su perfección; realizando su progreso intelectual por medio del trabajo y actividad que necesita desarrollar para proporcionarse los medios de subsistencia; y el moral, por la necesidad que tienen los hombres los unos de los otros, para vivir en sociedad.

En el intervalo de estas existencias, el espíritu vuelve a su mundo normal, a su verdadera patria, donde se encuentra más o menos feliz, según la suma de virtudes que haya atesorado en la tierra; pues si ha practicado la caridad, amando al prójimo, contemplando y estudiando las obras de la creación, único camino para llegar al conocimiento de Dios, su dicha es inmensa, indecible; y si por el contrario, ha seguido la senda del mal, y atraído por los placeres materiales, se ha dejado dominar de la ambición, el egoísmo, el orgullo, la envidia, los celos faltando a los sanos preceptos de la moral cristiana, sus sufrimientos serán tantos y tan grandes, que no es posible comprenderlos ni explicarlos.

Meditemos mucho sobre estos estados diferentes de las almas y procuremos seguir, con perseverancia y fe, el camino que conduce a la verdadera felicidad.

MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO

Este sublime pensamiento, expresado con dignidad y entereza, en los últimos días de su vida, por Jesús, delante de Pilatos, abre vastísimo campo a nuestras aspiraciones y es la síntesis de su doctrina, el resumen de toda moral, de sus enseñanzas, de todo el amor de sus predicaciones. Es la aseveración de bellísimas ideas emitidas en su propaganda, y la rectificación de puntos que en aquel tiempo no podían ser comprendidos, y que sin duda previendo el porvenir, aseguró el restablecimiento de todas las cosas.

Mi reino no es de este mundo: inmensísimo tesoro de moral que podrá apreciar la humanidad, cuando oiga, cual otro tanto, la voz que le evidencie el insondable precipicio a que es conducida; manantial inagotable de pureza, para fertilizar la estéril tierra, secada hasta en su nacimiento; faro luminoso para indicarnos el seguro derrotero, apagado desde su primera irradiación; conjunto de armonías que, presentadas con toda su genuina verdad, nos hubieran fortalecido en la fe, arraigado en

la esperanza y en la caridad evangélica las que serían un hábito, una costumbre.

Pero desviada y torcida su interpretación, aislado aquel pensamiento, sin relacionarlo con los que en el Evangelio aparecen como antecedentes precisos y preciosos para su recto sentido, y no robustecido por el ejemplo, cayó en el olvido; y como letra muerta, el reino de Jesús se ha cimentado en el orgullo y el egoísmo, en la ambición y el crimen: el reino de Jesús se ha basado en la hoguera, la mordaza y el anatema: el reino de Jesús se ha edificado en las riquezas, en el lujo, en la ostentación y el boato; y el reino de Jesús se ha ultimado en el despotismo y la tiranía, la infalibilidad y el Syllabus.

Y este reino tan mal comprendido ¿puede ser el que nos predijo aquel purísimo hermano, ejemplo vivo de amor, de humildad, de abnegación y mansedumbre? ¿Reino el de aquél que, con enérgica entereza, apostrofó al criminal y al vicioso? ¿El de aquél que nos dejó la oración dominical, otro de sus grandiosos legados? ¿El de aquél, cuyos luminosos destellos de su doctrina, irradiando, hasta nuestros días, a pesar de la densa atmósfera que nos rodea aún, han concretado, las bases del progreso humano? No, de ningún modo. El reino del que consuela y alienta hacia el bien a la Samaritana, y previene a Pedro, que perdonara setenta veces siete a su enemigo, y ruega por sus verdugos, no puede ser jamás el del exterminio, el del confesionario, el de las bulas e indulgencias, el de las dispensas y preces, el de los claustros, el del anonadamiento de la libertad, sentimiento e inteligencia humana.

Al cabo de diez y nueve siglos de reglas y más reglas, de preceptos y más preceptos, para la conservación inmaculada de la doctrina, se agita como fatídica sombra el pensamiento del reinado de Jesús, para repetir, «blancos por fuera como las sepulturas y por dentro llenos de podredumbre.» Al cabo de diez y nueve siglos de adiciones y enmiendas, de dogmas y ritos, la materia ejerce un predominio terrible. Al cabo de diez y nueve siglos de concilios, que suponen presida y dirige el Espíritu Santo, nuestro espíritu gime en la oscuridad y en el caos.

¡Diez y nueve siglos de enseñanza, y la sociedad raquítica, débil y enfermiza moralmente! ¡Diez y nueve siglos, y la incredulidad es convertida en sistema y la ignorancia fomentada como base de la fe que salva! ¡Diez y nueve siglos y el oscurantismo es principio de la felicidad futura y la indiferencia esta encomiada para no enloquecer! ¡Diez y nueve siglos, y es destrozada la conciencia y excomulgada la ciencia! ¡En diez y nueve siglos aún no se ha podido dar a Dios lo que le corresponde y al César lo que es suyo! Verdad dolorosa, terrible, que nos horroriza, pero hay que convenir, por más que destroce nuestro corazón, que es una triste verdad; que en diez y nueve siglos de propaganda, solo la duda que nos corroe o el fanatismo que nos degrada, son los resultados.

El vacío creció, tomando proporciones colosales la superstición y la incredulidad: sobrellevó las la juventud, y pudo en los postrimeros momentos abismar a aquélla y desesperar a ésta. El corazón agostado y la calma exaltada por la razón; el sentimiento y la inteligencia por opuestos caminos, prevenido oficialmente su divorcio, solo se ha conseguido extenuarnos.

Consecuencias indeclinables, fatalísimas, de la hipócrita e interesada explicación de los textos evangélicos: corolarios del orgullo y del egoísmo, únicos intérpretes de la sublime doctrina del Crucificado.

Y la historia lo evidencia. Desde que Constantino dio supremacía al Cristianismo y lo declaró religión oficial, y oficialmente el Cristianismo le absolvió todos sus crímenes, por no perder la libertad que se le concedía para propagarse, la ambición se introdujo en sus filas: el orgullo le cegó y con el egoísmo, su eterno compañero, dieron principio las terribles contiendas, y aparte de pequeñas rencillas, se inició la sangrienta de Arrio; dio principio el reinado del odio y del rencor; y desencadenándose, como furioso torrente, las pasiones se antepusieron a la enseñanza del mártir del Gólgota.

¡Qué pronto se cansaron de subir! ¡Qué pronto olvidaron que un grano de fe transporta las montañas!

¡Como si Constantino hubiera podido encerrar en la cámara oscura de su despotismo, los rayos de aquella divina luz! ¡Como si Constantino hubiera podido contener con su tiranía el incremento de la nueva ley! Hubiera adelantado lo que Nerón y Calígula. Como no han podido, desde el primer papa hasta el infalible, anonadar el progreso.

Y aquella contienda que estableció el exterminio y la intolerancia para con los hermanos, alejó el amor y la caridad. Dado el primer paso, guiados por la ambición, precipitaron al cristianismo, y vinieron las funestas consecuencias que lloramos con lágrimas de sangre.

Y el reino de Jesús fue velado por distingos y sofismas de aguzados ingenios que nos han conducido al marasmo, sumiéndonos en un mar de confusiones y de dudas. ¡Dudas que dicen esclarecer los doctores con lucidez; como si la verdad necesitara de otros esfuerzos que los de sí mismo, para ser verdad siempre! ¡Como si la verdad fuera un patrimonio! ¡Como si la verdad pudiese ser encerrada en un volumen de teología! ¡Del mismo modo que la absoluta y única verdad puede ser contenida, dentro del estrechó recinto que llaman templos! El divino templo de la augusta verdad es la creación; sus pilastras; todos sus hijos, y la infinidad de soles y mundos, los luminosos faros que nos proporcionan la luz, para admirar tanta belleza.

¡Pobres pigmeos! ¡Cuán diminuta aparece vuestra pretendida omnisciencia evangélica, ante el Evangelio mismo, restablecido por el Consolador!

Los *ilusos* que oyen con humildad las enseñanzas de Aquel prometido; los *endiablados visionarios* que despiertan su adormecida fe ante la unión de la ciencia con la conciencia, que establece el Espíritu de Verdad, han estudiado el reino de Jesús y podido comprenderle, si bien imperfectamente.

Y estos anatematizados espiritistas, que compadecen vuestro satánico amor, dicen contra lo que vosotros tenéis dicho y contra lo que vosotros sostenéis, sostienen alentados por la enseñanza de sus hermanos desencarnados: que el reino de Jesús tiene por base sólida e indestructible el nuevo mandamiento; y que éste es el único camino que a Él conduce.

(Continuará)

DICTADO POR LA ESCRITURA

SANTIFICACIÓN DEL DOMINGO

En presencia y por causa del advenimiento de la era espiritista, que empieza por la nueva revelación que traen a la humanidad los espíritus del Señor, ¿cómo

debe entenderse y predicarse la santificación del domingo?

«Los tiempos se acercan—de que ya no se adore ni sobre la montaña ni en Jerusalén— porque los hombres serán verdaderos adoradores de los que el Padre necesita, adoradores del Padre en espíritu y en verdad; estos tiempos ya se acercan, pero todavía no han llegado en los que los hombres serán unidos en la única y misma creencia, en la creencia espiritista, la que es Dios único, uno—creador universal: el Padre. Jesús espíritu puro y perfecto, protector y gobernador de vuestro planeta y de su humanidad, vuestro maestro: el Hijo. Los espíritus del Señor designados por Dios al progreso de vuestro planeta y de su humanidad, y trabajando bajo la dirección de Jesús: el Espíritu Santo.»

«Los tiempos se acercan, pero no han llegado todavía, en los que se adore al Padre en «espíritu y en verdad:» los hombres comprenderán que cuando el corazón es puro, es el único y verdadero templo de Dios: que el Cristo está en todas partes, en donde dos o más personas se reúnen en su nombre, es decir, practican con fe, humildad y amor (abstracción hecha de todos los cultos exteriores que ahora todavía las dividen y separan), la oración del corazón y no de los labios, y la instrucción en común; los tiempos se acercan pero no han llegado todavía, en que los hombres comprenderán que la ley divina se encierra toda en los mandamientos siguientes:

«Amaos los unos a los otros: amad a Dios más que a todas las cosas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos,—obrando siempre y en todos los casos con vuestros hermanos, como vosotros mismos quisierais que obrasen con vosotros;—solo bajo la influencia de ese doble amor deben los hombres practicar las leyes morales de adoración, del trabajo, de reproducción, de conservación, de destrucción, de sociedad, de progreso, de igualdad, de libertad, de justicia, de amor y de caridad.»

»La obra puramente disciplinaria es transitoria, como ha sido, por ejemplo, el culto exterior de los hebreos, fruto desde la misión terrenal de Jesús, de instituciones e interpretaciones humanas: los cultos exteriores dividen y separan todavía a los hombres, llamados por la fe espiritista a formar un solo rebaño con un solo pastor: Cristo, vuestro protector, vuestro gobernador y vuestro maestro.

»Vosotros vivís en una época transitoria, y hasta que haya una reforma y trasformación de cultos exteriores, unificación por la fe espiritista para la adoración del Padre en espíritu y verdad, hay que tañer en cuenta transitoriamente estos cultos exteriores, bajo el punto de vista del domingo.

»Este día de reposo para el cuerpo, debe pertenecer más particularmente a Dios; pues tenéis varios medios para consagrarle a Él.

»Que vuestros pensamientos en aquel día se eleven más fervientes y numerosos a vuestro Padre, siendo así que las necesidades de vuestra vida os distraen menos—que particularmente vuestras buenas obras sean más numerosas.—Pensad sea al terminar, no al empezar la semana, que existen pobres seres que bajo la mirada de Dios esperan que sus hermanos vengan a socorrerles; santificad, pues, este día, consagrándole al reposo, haciéndole provechoso: imitad a vuestros hermanos del espacio que todos sus instantes señalan con una obra útil: reparad vuestros cuerpos de los rudos trabajos de la semana, vuestro espíritu de estudios filosóficos o científicos, vuestro corazón de preocupaciones de los intereses materiales.

»Empezad vuestra jornada ofreciéndola al Creador; santificadla primero por oraciones las más fervientes por vosotros, y por vuestros hermanos: dad a Dios públicamente el testimonio de vuestro culto; vosotros, espiritistas, cualquiera que sea el templo al que os llame el culto exterior, al que pertenecéis por vuestro nacimiento, acudid y rendid homenaje a Dios en espíritu y en verdad; es un ejemplo para vuestros hermanos a los que os mezcláis y que conocen vuestra fe, vuestras creencias, y también para los que menos adelantados que vosotros, ese culto exterior es actualmente un freno necesario, y al mismo tiempo un estímulo para los tibios, a cuyos sentidos hablan las prácticas exteriores provocando a pensar en su Creador.

»Llevad luego los alivios y consuelos de que disponéis. Id a los que habéis ofendido y pedidles el olvido de vuestras faltas; id a los que os han herido cruelmente en vuestros intereses, felicidad y orgullo, y llevadles vuestro perdón y la paz. Id a visitar a los pobres enfermos, animadles a la sumisión; enseñadles y dadles esperanza.

»Id a los infelices que carecen de lo necesario a la vida, y socorredlos según vuestros medios; para estos hijos de vuestro amor, vuestros bien amados, imponeros todos los días, en el curso de la semana, una pequeña privación proporcional a vuestras facultades y vuestra posición; llevad esta ofrenda a los deshonrados; y si os encontráis en la posibilidad de hacerlo, si vuestros recursos son muy exiguos para reducirlos, id a lo menos a llevar vuestros consuelos a los que sufren de cualquier mal que sea.

»Id, hijos nuestros; santificad el día del Señor por buenas acciones, santas y firmes resoluciones: y sobre todo, conduciendo vuestra jornada, y dando gracias a Dios del poco bien que habéis hecho, pedidle la gracia de poder en lo sucesivo, hacer aún más; buscad en vuestra alma, si habéis cumplido vuestra obra de un modo tan santo como habéis podido.

»Id y obrad así, y la bendición del Señor bajará sobre vosotros.

»No olvidéis nunca que el domingo ha sido instituido para el hombre, y no el hombre para el domingo.

»Reposad vuestro cuerpo de los trabajos que le cansan, pero no reposad nunca vuestro corazón del bien que ha podido hacer.»

Traducido por H. N.

EL DESPERTAR DEL ESPÍRITU.[1]

Traducido por J. L.

¡Ah...! ¡gracias, mil gracias, Dios mío..! ¡Se acabó al fin tan terrible sufrimiento...! ¿Pero en dónde estoy? ¿Es otra o soy yo misma la que veo pálida, e inerte en ese lecho? ¡Oh! ¡qué angustia!

—No, hermana mía, no; solo son los despojos mortales que acabas de dejar. Vámonos: huyamos de este triste lugar. ¿Queréis subir conmigo al espacio?

—¿Me será posible?

—Sí, lo puedes. Los lazos que te sujetaban a la materia se han roto, y eres libre ahora de lanzarte al infinito.

—¡Oh! ¡inmensa dicha...! Ven; guíame. Quiero revolotear como la dorada mariposa; florear cual trabajadora abeja; contar

[1] Comunicación obtenida en Marsella en l0 de febrero de 1873 y tomada de la *Revue Spirite* de París correspondiente al mes de mayo.

los pajaritos en sus nidos. ¡Qué puro ambiente se respira en estas regiones celestes...! ¿Estamos en el paraíso?

—No, amiga mía, no es el que han pintado en tu tímida imaginación; pero tal vez lo encuentres muy superior a cuanto te atrevieras a esperar. Vamos, elevémonos aún más. . . . . .

—Gracias, queridísimo Mentor. Mi corazón henchido no puede con tanta alegría. No, no me era posible en los más preciosos encantos de mi existencia terrestre, llegar a entrever la divina armonía del universo. ¿Pero, cómo es que no veo a mi madre? ¿Qué hace allí bajo en la tierra, tan desgraciada que la he dejado...? ¿Podré volverla a ver...? ¡Ah! conozco que mi felicidad no sería completa, si tuviese que renunciar para siempre a los que amaba.

—Desengáñate, criatura. Ahora, mejor que nunca, puedes estar junto a tu madre, y penetrar sus más recónditos pensamientos. Tu solo deseo basta para volverla a ver. La separación es una quimera para el ser espiritual. Mira, ya estás a su lado.

—¡Qué alegría...! ¡Pero qué desencajada y triste está mi pobre madre, vestida de luto...! ¡Qué de lágrimas en sus ojos...! ¡Con qué frenesí está besando los últimos objetos que mis manos tocaron...! Madre, madre, no llores: tu hija está aquí, a tu lado. Ves, te beso. ¡No seas insensible a mis caricias...! Pero, qué es esto, ¿qué no me puede oírme...? Por piedad, mi buen guía, dime ¿qué medio emplearé para que me oiga?

—¡Ah! hermana mía, no ha llegado aún el momento; consuélate, que pronto la muerte vence los obstáculos, y desaparece la separación de los seres queridos. ¿Quieres consolar a tu madre? Inspírala que ore y esto aliviará su pena.

—¡Oh! sí; madre mía, ora. Dios es bueno, y tu hija no se ha separado enteramente de ti. Confía, mi buena madre, que un día estaremos reunidas. Ya está más tranquila. ¡Oh! ¡sublime efecto de la oración, cual te reconozco...!

—¿Olvidas, criatura, que leo en tu pensamiento? Conozco tu deseo: es puro y justo. Sígueme....

—¡Ah! ahí está, mi bien amado... ¡Qué afligido está..! ¿A dónde va con tan monótono paso?... ¿Qué va a hacer de ese fresco ramillete de violetas?... mi flor favorita.... Pero a donde va....

¡Ah! ¡ya lo comprendo!... Impídeselo, pues, mi buen guía.... Horror!!!... Horror!!!.... Adolfo, Adolfo mío, aquí estoy. Ven, abandona esos restos corrompidos.... ¡Ah! ¡cuánto me haces sufrir!... ¡Pero, cómo hacerle comprender que no soy yo la que está bajo esa losa!....

—Gracias, amigo... ¡gracias por esas flores que has esparcido sobre mi tumba...! Gracias por tu recuerdo, que me es tan grato como el perfume de la tímida violeta con que acabas de honrar mi memoria.

Buen guía, que me has sostenido en mis peregrinaciones por el espacio, ¿qué he hacer para ser útil a los que me han amado, y cuyo recuerdo me es tan placentero?

—Es muy fácil: venir a menudo a su lado y esto los hará más sensibles a nuestras aspiraciones; y cuando Dios quiera revelarles la existencia del mundo invisible, iremos a comunicarnos con ellos, y nos verán y estarán fuera de sí de alegría, de tener la dulce certeza de tu presencia. Entretanto, trata de elevar tu Espíritu, a fin de que tu protección pueda ser más eficaz a los que has querido.

Adiós.

VARIEDADES

CARTAS ÍNTIMAS

(Conclusión)

¿Necesitaba Dios para demostrar su amor inmenso a sus criaturas, sacrificar a su hijo, por una pequeña parte de la humanidad? Pues entre las innumerables religiones positivas que existen, solo los cristianos romanos y los cristianos evangélicos se creen salvos por Jesús, los demás miran a Dios con más o menos miedo, y desconocen el sacrificio de la redención.

—A mí me han dicho que todos los espiritistas son locos.

—¡Locos! ¿Y por qué somos locos? Porque creemos en un Dios infinitamente bueno, infinitamente sabio, que le pide a sus hijos inextinguible amor y caridad.

—No me convence Ud.; yo no podría vivir sin mis templos, sin mis santos y sin esas formas hasta poéticas que tiene el cristianismo.

—Usted misma lo dice, formas, ¿y qué es el formalismo ante las verdades matemáticas de la ciencia? Que impresión tan penosa se experimenta, cuando escuchamos la disparatada descripción de la creación del mundo, con sus célebres 6 días; cuando se sabe hasta la saciedad que es incalculable el número de siglos que debieron transcurrir, para que la tierra se enfriase y tuviese condiciones de habitabilidad.

¿Más que las pompas de la iglesia romana, con su paganismo divino? Porque, ¿qué otra cosa qué dioses tutelares son sus santos? Mas que el sacrificio de la misa con su mímico lenguaje; más que de las capillas evangélicas sus cantos dulces y sencillos y su constante recuerdo de la ley de Dios, que visita la maldad de los hijos hasta la cuarta y quinta generación, me conmueven las comunicaciones de espíritus elevados que nos inician en otros mundos mejores.

—Pero Amalia, por Dios, no está todavía el mundo para gobernarse por sí mismo; se necesitan ministros del altísimo, padres de almas, pastores, como Ud. quiera llamarles, pero hacen falta guías para la humanidad.

—En nuestro credo religioso, filosófico, espiritista dice: que para adorar a Dios, no hay necesidad de templos ni de sacerdotes, siendo su mejor altar el corazón del hombre virtuoso, y su mejor culto una moralidad intachable; pero atendiendo a lo que Ud., dice, (que en eso le doy la razón) de que el hombre está todavía en lamentable atraso moral y le es necesario recibir instrucciones, recíbalas en buena hora, pero que el sacerdocio no sea una carrera especulativa, que los hombres que ocupen la cátedra del evangelio sean modelos (en cuanto es posible serlo en la tierra) de amor, de caridad y de profundísima ilustración; desaparezcan los ídolos, derríbense los altares, olvídese la ley antigua con sus rayos exterminadores, con sus antros profundos y sus llamas eternas, y medítese únicamente en amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos, porque ésta es la ley y los profetas. Yo no me opongo señora a que haya sacerdotes, pero sí deseo que éstos conozcan la verdadera luz, para que arranquen las malas semillas de la superstición y el fanatismo.

—Ciertamente que hay muchos pastores que no saben conducir sus ovejas, unos por ignorancia y otros.....

Unas voces infantiles llegaron a nuestros oídos que decían:

¡Sor Inés.....Sor Inés....!

—¡Ay! Amalia, me están llamando y tengo con pena que dejar a Ud.

—¿Y sin haberme contado la historia de esa niña?

—Y es verdad, que nada hemos hablado de ella, pero vuelva Ud. por aquí mañana a la tarde y le contaré la historia de la pobre Celia.

—¡Cuánto la agradezco su amabilidad Sor Inés, porque me ha interesado tanto esa joven!

—Digna es de lástima, créame Ud., adiós Amalia, hasta mañana.

Sor Inés se alejó, y yo abandoné el jardín para comunicarte como costumbre mis impresiones.

¿Y a quién mejor que a ti, hermana mía, que me comprendes con un suspiro y me adivinas con una mirada?

Mañana te contaré la historia de Celia que como a mí debe interesarte: ¡Tú que siempre buscas la huella de una lágrima para dejar en ella un beso tierno y compasivo!

Adiós hermana mía, no olvidemos nunca que sin caridad no hay salvación.

Amalia Domingo y Soler.

Madrid.

¡ERA TARDE!

Era una humilde aldea,
Y en su pequeña iglesia
La campana voltea,
Y a su clamor acuden presurosas
Muchachas más bonitas que las rosas,
Con ojos negros, grandes y expresivos,
Que han hecho en este mundo más cautivos,
Que hicieron los cristianos en Granada.
Sus cabellos entrenzas apretadas
Descienden por su espalda,
Y de flores del campo una guirnalda
Todas van a ofrecer con fe sencilla
Al santo que veneran reverentes,
Y el entusiasmo en sus pupilas brilla.
¡Oh! almas puras, tranquilas e inocentes.
¡Dichosas de vosotras que la vida
Pasáis sin conocer los sinsabores!
Y nunca las espinas
Llegasteis a encontrar entre las flores!

Ancianos, niños, todos van gozosos,
No a la fiesta del santo únicamente,
Sino a cubrir de flores la carrera
De una niña hechicera,
Que en sus sienes ostenta pudorosa
La bendita corona de azahares,
Y en sus labios de rosa,
Dulcísima sonrisa revelaba
Que soñaba en amar, y en ser dichosa.
Un hombre de severo continente,
De profunda mirada
Y de espaciosa frente.
De abundantes cabellos
Que la nieve dejó su huella en ellos,
En la niña fijaba
Dulce, serena y paternal mirada.

A la iglesia llegaron
Y ante el altar humilde se postraron:
La niña oró con el fervor sencillo
De los primeros años;
Y él fijó su mirada
Quizás en los profundos desengaños
Que tuvo al principiar esta jornada,
Que unos la llaman vida, y otros nada.
Un ministro de Dios crédulo y bueno
Les hizo sobre el santo matrimonio
Algunas reflexiones,
Diciendo al terminar: ¡Dios es testigo
Que en su sagrado nombre yo os bendigo!

La pareja feliz salió del templo;
La joven desposada
Risueña y candorosa,
Fijaba en el espacio su mirada,
Cual si quisiera en su amoroso anhelo
Dejar la tierra y elevarse al cielo.
Una silla de postas esperaba
A los recién casados;
Los que al subir en ella saludaron
Con frases cariñosas,
A la compacta turba de aldeanos,

Que con semblantes tristes y llorosos
Decían con acento entrecortado:
«Que Dios dé larga vida a los esposos.»

Entre nubes de polvo, el carruaje
Se perdió en las revueltas del camino,
Y más de un viejo dijo con tristeza:
—Ya se va nuestro amparo y nuestro alivio;
¡Raquel era la madre de los pobres,
Para todos tenía igual cariño!
Nunca hubiera llegado D. Enrique.
—En mal hora a nuestros valles vino;
Dijo una anciana de semblante adusto,
Aún me parece verle, cuando herido,
Rendido de cansancio y de fatiga,
Le encontramos a orilla del camino.

Raquel al verle se acercó afanosa
Diciendo con angustia: ¡pobrecito!
¿Si estará muerto? pero no; respira,
Débil su aliento es, pero está vivo.
¡Quién había de pensar que a aquel enfermo
Le tomara Raquel tanto cariño!
Hasta el extremo de dejar su tierra.
¡Pobre del ave que dejó su nido!
¡Sabe Dios, sabe Dios; lo que la espera!..»
Sonó en esto el tambor y luego el pito,
Y todos los oyentes de la anciana
Echaron a correr, creció el bullicio,
Y a bailar se pusieron las muchachas
Y todo fue alegría y regocijo.
Según cuentan, de la fiesta aquélla
Nacieron esperanzas, y amoríos,
Y más tarde se hicieron casamientos
Y... algún tiempo después hubo bautizos:
Porque la historia de la raza humana
Ha sido, es y será, siempre lo mismo.

¿Y a Raquel, la olvidaron los labriegos?
Los desgraciados no; nunca el olvido
En su pecho creció, la recordaban
Cuando se hallaban sin tener abrigo.
Cuando las nieves del helado invierno
Les dejaba sin techo y sin asilo.
Los más afortunados olvidaron
Aquella niña de dorados rizos,
De un alma tierna, cariñosa y pura,
De un corazón amante y compasivo.
Como podían muy bien vivir sin ella
¡A qué la habían de guardar cariño!

En un lindo gabinete
Con buen gusto decorado,
Junto a una mesa sentado
Un hombre joven está.
Arrugas tiene su frente,
Sus ojos tristes destellos.
Hebras blancas sus cabellos.
¿Qué misterio guardará?
¿Por qué vejez prematura
Le quita el brillo a sus ojos?
Halló en su camino abrojos
Que hirieron su corazón?
Los debió hallar; porque solo
Sufriendo agudo tormento,
Se adquiere ese desaliento.
Que deja la decepción.
Escribe, y de vez en cuando
Lee en alta voz; escuchemos,
Y de este modo sabremos
La causa de su inquietud.
Que deben ser muy curiosas
Y bien tristes sus querellas,
Cuando han marchitado ellas
La flor de su juventud.

—A quién podré contarle la lucha de mi vida?
¿A quién podré decirle la historia de mi ayer?
¿A quién mejor que al hombre, que en noche bendecida
Calmó con sus palabras mi horrible padecer!
. . . . . .

«Escucha, noble anciano, tal vez en tu memoria
Le guardas un recuerdo al triste pecador,
Que te contó en su duelo, su dolorosa historia,
Manchada con Un crimen, un crimen por amor.
¡Oh! sí; sin duda alguna, te acuerdas del tormento,
De aquel dolor sin nombre que yo te describí,
Y aún creo que te escucho cuando con dulce acento
Dijiste: «¡Desgraciado! ¡Jesús murió por ti!
«La paz de tu existencia la tienes en tu mano;
»La sombra de tu vida la ahuyenta clara luz!
»No tiene tu mañana ningún fatal arcano.
»Estudia, imita, sigue al mártir de la cruz.
»De la conciencia escucha el eco misterioso,
»E1 mágico sonido que hiere al corazón,
»Y así tendrá tu vida dulcísimo reposo
»Llegando al heroísmo tu santa abnegación.»
«Seguí de tus consejos la senda bendecida,
Dejé mi patrio suelo, lánceme a pelear,
Y consagré afanoso las horas de mi vida,
Al noble pensamiento de creer y de esperar:
El campo de batalla laureles dio a mi frente.
Y heridas que a mi cuerpo le hicieron decaer.
Por muerto me dejaron; y un ángel inocente

Con fraternal desvelo la vida dio a mí ser.
Un alma enamorada, su cándida ternura
Impresionó mi mente, cuando me dijo así:
«Enrique, ¿qué te aqueja, qué causa tu amargura?
»Yo siento al verte triste lo que jamás sentí,
»¿Qué tienes? habla, dime, confíame tus dolores,
»Yo quiero consolarte y ser tu ángel de paz;
»Yo quiero que tus ojos contemplen siempre flores
»Que plácida esperanza color le dé a tu faz.»
»¡Raquel! La hermosa niña me amaba y no sabía,
Lo que era aquel desvelo y aquella agitación.
Ingenua y candorosa, luchaba y me decía
La historia que guardaba su joven corazón.
¿La amaba yo lo mismo?
¡ay! no; yo recordaba
A una mujer hermosa, satánica... infernal,
Con delirante anhelo su imagen evocaba,
Aunque ha sido en mi vida aparición fatal.
Pero Raquel me amaba; y dije así: «mi vida
La debo a sus cuidados, por ella renací;
En justa recompensa la serviré de égida:»
Por gratitud bendita mi nombre la ofrecí.
Ella aceptó gozosa, y el lazo de Himeneo
Nuestras dos existencias por siempre las unió,
Cumplió la casta niña su celestial deseo,
Raquel vive dichosa y resignado yo.
Y lucho, y es mi vida tormento sin segundo
¿Por qué yo no domino mi débil voluntad?
¿Por qué viendo en mi esposa amor grande y profundo,
Me ha de inspirar tan solo dulcísima piedad?
¡Problema indescifrable que resolver ansío!
¿Podrás tú noble anciano, hacer la solución
Del misterioso enigma? ¡oh! si; yo en ti confío
Que harás la anatomía de un pobre corazón.
Tú irás analizando; podrás fibra por fibra,
Decirme por qué el hombre en su incesante afán,
Al eco del pasado su pensamiento vibra
Y en pos de sus recuerdos sus ilusiones van.
¡Oh! dime de la vida el lazo misterioso
Que enlaza lo pasado, el hoy y el porvenir;
Tan solo tus palabras podrán darme reposo
Por ti me alcé del fango, por ti llegue a vivir.»

Ven conmigo lector, vamos ahora
A ver de un hospital las tristes salas,
Donde vive entre llantos y dolores
Una gran parte de la raza humana;
Una mujer hermosa y distinguida
De dulce y melancólica mirada,
Se acerca a los enfermos, y les dice
Que en Dios cifren su amor y su esperanza.
Un humilde sayal cubre su talle,
Dejó del mundo las brillantes galas:
Ahora todos le dicen Sor María,
Pero en la sociedad se llamó Sara.
Una mujer galante cuya historia
Misterios dolorosos encerraba,
Una mujer que arrepentida y triste
Quiso regenerar su pobre alma.
Una mujer que al terminar, el día
Un suspiro dulcísimo exhalaba,
Diciendo con voz tenue: «¡Enrique! ¡Enrique!
¿Por qué yo no te amé cuando me amabas?» Y pidiendo por él sus labios rojos Repetían tierní-sima plegaria.

¡Pobre Sara! Arrepentida
De sus torpes devaneos,
De sus impuros deseos
Y su loca bacanal,
Hoy consagra su existencia
A consolar al que llora,
Y del Ser eterno implora
Su clemencia celestial.
Hoy se ha convertido en ángel
La segunda Magdalena;
Cariñosa, dulce y buena
Para todos tiene amor.
Los enfermos la bendicen,
Y los niños la reclaman,
Y las mujeres la llaman
La elegida del Señor.

Una noche que se hallaba
Junto al lecho de una niña
Que abandonaba este mundo
Sin dolor y sin fatiga,
Abismada en sus recuerdos
Sara, triste y afligida,
Escuchaba silenciosa
Lo que la enferma decía.
—¡Oh! señora, sois tan buena,
Tan tierna y tan compasiva...
Que yo diré a D. Enrique...
—¿Qué Enrique es ese hija mía?
—Un amigo de los pobres,
Que me ha prestado en mi vida
Alivio con sus limosnas,
Consuelo con sus caricias.
Como me voy a morir.
Quiero verle Sor María,
Y le he mandado llamar.
—¿Y vendrá?—Sí, sí; enseguida:

Siento pasos, él será, Miradle bien Sor María.

Sara tembló y hasta exhaló un gemido,
Porque un presentimiento le decía
Que al hombre que tan tarde había querido
Quizás por vez postrera miraría.
No se engañó; era Enrique, que angustiado,
Miró a la enferma con profunda pena,
Diciendo con acento entrecortado:
—¡No temas el morir, fuisteis muy buena!
¡Pobre niña! luchaste en la vida
Sin que un ser compasivo te amparara!
—Más vale verla muerta que perdida,
—¿Qué acento es ese? ¡cielo santo!... ¡Sara!...
¿Es un sueño quizá de mi deseo?
—No: que es la realidad.
—¿Y ese atavío?
Os miro y no os conozco, y hasta creo
Que es ilusión del pensamiento mío.
—No es ilusión Enrique, soy aquella
Desgraciada mujer, que allá en el mundo
Os pareció tan joven, y tan bella,
Que le brindasteis vuestro amor profundo.
Soy la mujer que en su fatal locura
Negó el amor por deificar el oro,
Soy aquel ser de condición impura
Que arrepentida de mis culpas lloro.
Voy, me dijisteis: «Sara hay otra vida
Y ese amor que consume y que no quema,
Consagradle al Señor, pedidle égida
Y Él os dará la salvación suprema.
Siempre un recuerdo os guardaré en mi mente,
No abrigo contra vos ningún encono,
Y a Dios le pido en mi oración ferviente
Que Él os perdone como yo os perdono.»
Aquel perdón regeneró mi alma
Y me hizo amaros con afán profundo;
Pedí a la religión consuelo y calma
Y en pos de vuestra huella crucé el mundo.
¿Y vos cómo vivís?
—¡Ay! Sara, vivo
Cumpliendo la misión que me ha tocado:
En la red de un deber estoy cautivo.
—Qué me queréis decir?
—Que me he casado.
—¿Y sois feliz?
—¡Feliz!... pudiera serlo
Si perdiera su imperio mi memoria;
Lucho por conseguirlo y obtenerlo,
Mas ¡ay! no olvido mi pasada historia.
Que siempre vaga por la mente mía
Fantástica visión.
—¿Y vuestra esposa,
Ignora vuestro ayer?
—Sí: temería Turbar sus sueños de color de rosa.
—Y os amará, ¿es verdad?
—Sí, con locura;
Por mí sintió la sensación primera.
—¿Y es muy bella?
—Su cándida hermosura
Es dulce cual la flor de primavera,
Pero yo necesito de otra vida
Llena de agitación y de temores;
¿Por qué me hicisteis tan profunda herida?
¡Qué habéis sido el amor de mis amores!
¿Por qué tan tarde Sara habéis amado?
¿Por qué tan tarde Sara habéis creído?
¿Por qué el genio del mal nos ha inspirado?—
La enferma en esto repitió un gemido,
Y Enrique y Sara sobre el triste lecho
Se inclinaron mirando a la inocente,
Que con las manos puestas sobre el pecho
Fijó en el cielo su mirada ardiente.
—¿Sufres mucho? los dos la preguntaron,
—Dios me tiende sus brazos Sor María.
Y sus hermosos ojos se cerraron
Cuando su luz el alba difundía.
Enrique y Sara su marchita frente
Besaron con profundo sentimiento,
Se miraron después, y tristemente
Señalaron los dos al firmamento.
—¡Adiós Enrique, adiós! perdón os pido
Por el inmenso mal que os he causado;
Cuánto Enrique por mí habréis sufrido,
Pero la Providencia os ha vengado!
—Ya os lo dije otra vez, «que yo en mi mente
No abrigo contra vos ningún encono.
Y siempre pediré al Omnipotente
Que Él os perdone como yo os perdono.»

Sus manos se estrecharon, y anhelantes
Sus miradas ardientes se cruzaron,
Y lágrimas de fuego en sus semblantes
Por sus mejillas pálidas rodaron.
Enrique hizo un esfuerzo, y presuroso
Abandonó la estancia mortuoria
Diciendo con acento doloroso,
¡Dios mío! haced que pierda la memoria.
Sara fijó en la muerta su mirada
Y dijo con profundo desconsuelo:
¡Dichosa tú! que acabas tu jornada
¡Ruega... ruega por mí, ángel del cielo!

¡Qué transición! cuando por vez primera
Enrique le ofreció su amor profundo,
En un salón de baile se encontraban

Gozando del placer que brinda el mundo.
Cuando se vieron por la vez postrera,
Junto a un lecho de muerte se miraron,
Y cerrando los ojos de una niña
Sus manos convulsivas se encontraron.

¿Y qué pasó después? dirán sin duda
Los curiosos lectores.
¿Qué había de suceder? tras la tormenta
Presenta el arco iris
Sus mágicos colores,
Las avecillas cantan
Y abren su cáliz las pintadas flores.
Cuando Enrique vio a Sara
Con su humilde sayal y su tristeza
Y vio desvanecido
El tipo de elegancia y gentileza
Que tanto había querido.....
¿Quién sabe si a su esposa contemplando
Iría sus perfecciones admirando?
Y sin él darse cuenta lentamente,
(Yo no digo que a Sara olvidaría)
Mas seguiría del tiempo la corriente
Y un pálido recuerdo guardaría,
De un ensueño perdido en lontananza,
De una sombra de ayer sin esperanza.
Pero cuenta la historia
Que Raquel tuvo un niño tan hermoso,
Que cuando Enrique con amor profundo
A su hijo contemplaba,
Se olvidaba de todo en este mundo
Y en éxtasis divino se embriagaba.

Sara cumpliendo su misión bendita
Viviendo entre tormentos y dolores;
Me atrevo a asegurar que mucho tiempo
Le consagró un recuerdo a sus amores;
Nada más natural, el pensamiento
Pide con insistencia su alimento,
Y como su presente
Tan solo sufrimientos la ofrecía
Claro está que su mente
Su amoroso pasado evocaría.
Triste es vivir; afectos encontrados,
Encarnizada guerra,
Ensueños de placer evaporados,
¡Bien podemos llamarnos desgraciados
Aquéllos que vivimos en la tierra!

Amalia Domingo Soler.

MISCELÁNEA

Visita.—Tenemos el gusto de participar a nuestros lectores, que ha llegado a esta capital la distinguida poetisa Doña Amalia Domingo y Soler; la que estará entre nosotros todo el verano. Nos prometemos de su buena amistad y claro ingenio algunos trabajos para LA REVELACIÓN.

Nuevo libro de oraciones.—Hemos recibido este nuevo libro, verdadera recopilación de oraciones espiritistas. Es más ampliado que el anterior y más extenso en consideraciones y comentarios, que ilustran al lector haciéndole comprender el valor del rezo y la necesidad de la ilustración y la moral, punto de mira a donde debe dirigirse todo buen cristiano o espiritista, como la única fuente del bien, manantial inagotable de dichas que, dando consuelo al alma y fortificándola con el fin de sufrir con paciencia los azares de la vida, resiste a las pasiones destructoras del cuerpo y enemigas irreconciliables de la salud del espíritu.

Recomendamos esa preciosa obra a nuestros abonados.

Al precio de 2 rs. y medio se expenden en la *Sociedad Alicantina de Estudios Psicológicos*.

ADVERTENCIA

Suplicamos a nuestros suscritores de fuera de la capital que abonen el importe de sus suscripciones, pues de lo contrario experimentarán retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 35

ALICANTE, 15 DE JUNIO DE 1873

EL ESPIRITISMO Y SUS DETRACTORES

(Continuación)[1]

¿Por qué la iglesia Romana fulmina airada sus excomuniones contra la doctrina espiritista?

Los adoradores de la fe ciega no comprenden la fe racional.

En esta somera frase se halla compendiada la respuesta.

¿No es religiosa la doctrina espiritista? ¿no es moral? ¿no es humana? ¿no realiza los grandes principios evangélicos en armonía con los progresivos adelantos de la humanidad?

En eso está su pecado. He ahí su culpa.

El Espiritismo es religioso, es moral, es humano, dentro del conjunto armónico de la sociedad en que vive, realiza sus principios con arreglo a los fines sociales y al espíritu del siglo, y por este delito de leso anacronismo, sufre las iras y la más encarnizada persecución de los adoradores del ayer, en toda la plenitud de sus encantos ideales.

Se ha dicho que los extremos se tocan y nunca con más fundamento que en esta ocasión, puede elevarse este supuesto a palmaria verdad.

Esto es hijo de la Providencia que pone ante nuestra vista hechos inconcusos, para mejor poder apreciar que, su influjo, no en vano se deja sentir sobre nosotros.

La iglesia romana combatiendo el Espiritismo, uniendo su voz a la de los materialistas para aniquilarlo, forma un contraste tan original e incomprensible, que muchas veces he exclamado en un acceso de dolor ¡qué desgracia! Creerlo todo, es como no creer nada. Los unos aduciendo en su favor la lógica desprendida de los hechos naturales mirados bajo el punto de vista del positivismo material; los otros recurriendo a la tradición de los hechos en su oscuro y laberíntico juego de contradicciones, proclamando la fe sin raciocinio, tomando el efecto por la causa, todo en armonía con su refinado egoísmo espiritual y material; inconscientemente se unen en absurdo consorcio para dar el golpe de gracia a la doctrina espiritista.

El porqué de los primeros ya lo hemos analizado, el de los segundos nos falta y éste tiene más hondas las raíces. Puesta la mano sobre nuestro corazón, confesamos con ingenuidad que no odiamos, porque no conocemos el rencor, pero que la igle-

[1] Véase el número 33.

sia de Roma ha dado pie con su intemperancia a que la miremos en la desnudez de sus formas.

¡Siempre ha sido lo mismo!

Vive con el pasado sin ocuparse del porvenir.

Quiere presentarse a los ojos del mundo representando el conmiserativo papel de víctima, echando en olvido por conveniencia, que ha ejercido por mucho tiempo el de verdugo.

Es cierto que el Espiritismo combate en su doctrina, mejor dicho, expresa en sus teorías el absurdo de ciertas creencias que son artículos de fe en la iglesia romana, tales como el infierno con su fuego material, las horribles penas eternas, la personalidad del demonio; no lo negamos, pero que al hacerlo presta un inapreciable servicio a la humanidad, porque sus teorías están en perfecta relación con los adelantos de la ciencia, del progreso de las ideas y de la marcha del mundo. Esa marcha sublime que en vano se pretende variar; ese progreso incesante que como el curso de la vida es imposible detener; ese adelanto científico que nos lleva a comprender a Dios en la grandeza infinita de sus obras.

Pero el espiritismo no exclusivista, no pretende imponerse como infalible, y deja la libertad de que se analicen racionalmente y discutan sus hechos; oponiendo pruebas a objeciones, razonamientos a dudas, causas a efectos, probando la verdad de su existencia. ¿Hace esto la iglesia de Roma? El Espiritismo es tolerante, por más que comprenda los groseros errores en que vive sumida la humanidad que le rodea y con las armas de la persuasión, no con los fulminantes rayos de la excomunión, procura hacer prosélitos y enseñar a los que no saben, ¡virtud cristiana! ¿Hace esto la iglesia de Roma?

No: encastillada en sus tradiciones, engreída de un poder legado que no tiene, orgullosa de su ayer, no admite la controversia porque se juzga infalible; es intolerante porque no confía en sus fuerzas y como su egoísmo no la permite reconocer ningún derecho que pueda limitar su pretendido derecho, llama sacrílego a quien se atreve a discutir sus afirmaciones, excomulga *cristianamente* a los que no piensan como ella, pues todas sus tendencias no son otras que poder decir: «¡Póstrate, mortal humanidad! yo lo soy todo, la sociedad, el estado, la iglesia, la verdad absoluta, la ciencia, el arte, la instrucción; yo distribuyo la justicia, regulo el trabajo, administro el mundo, y por último, yo soy el árbitro de los destinos del hombre en ésta y en la otra vida.

Por eso he dicho: fuera de mí no hay salvación posible.» ¡Egoístas propósitos de una institución que muere!

Y decimos que muere, porque no tiende su reforma y porque no basta todo el poder de sus *Sylabus, Encíclicas y Pastorales*; toda la autoridad que le quiera dar a sus concilios, para detener la veloz marcha del mundo, que con rapidez la precipita en su corriente.

Su misión ha terminado desde el momento en que se declaró enemiga de los adelantos y la libertad.

Su apología la hace esa *infalibilidad papal* sacrílego y monstruoso atentado contra la verdad divina, lanzado con una osadía que espanta a la faz del siglo XIX.

Lo que en siglos de fanatismo religioso no se atrevieron a proclamar, cuando el poder papal y la iglesia de Roma dominaba las conciencias; cuando Fernandos y Luises, Carlos y Felipes les ofrecían su

incondicional apoyo; cuando las guerras llamadas santas trataban de conquistar el Oriente en nombre de la fe católica; cuando los horrores de la Saint-Barthelemy se cometían autorizados e instigados por sus infames secuaces; cuando la ciencia oculta en las celdas de los conventos era patrimonio exclusivo de sus ministros; cuando las hogueras infernales del *santo oficio* tostaban sin piedad a la imagen de Dios en la tierra (para su mayor gloria); y desde el regio alcázar a la miserable cabaña, estaba sujeto a su avasalladora voluntad; hoy que las máscaras han caído y no existen *Sambenitos*, que sus impiedades están conocidas, que el poder se les escapa de las manos, que no cuentan con más fuerza que su pasado esplendor; hoy repetimos, se atreven a proclamarlo y deifican a un hombre arrancando a Dios uno de sus atributos inviolables, sin temor de producir un nuevo cisma, ¿Qué importa? Hasta ahora se contentó con abrogarse los poderes de la tierra, su desmedido orgullo que no puede tolerar que estos desaparezcan con sus glorias, la ha llevado al sacrilegio de abrogarse los de Dios.

¿Puede darse mayor locura?

¡Iglesia de Roma, hace mucho tiempo que estás conocida!

Por temor de ser difusos no entramos en detalles, desde que haciéndose incompatible con la civilización, comenzó a extraviarse de las fuentes de su origen. Época fatal, en que la ciencia balbuciente aun se hizo cómplice de la teología para sumir la inteligencia en la abyección de su esclavitud, forjando las cadenas que debían aprisionarla.

Pero las tinieblas de la Edad Media se han ido disipando con el sol del Renacimiento. Hoy la ciencia no es esclava y presenta al espíritu para su estudio y análisis, la obra eterna de la creación; a ese espíritu que vivifica la inteligencia, cuyo omnímodo poder según San Pablo: *lo escudriña todo, hasta las profundidades de Dios.*

El Espiritismo cumpliendo su misión, formando de Dios y sus atributos una opinión más justa, más lógica, más verdadera, rechaza la teoría del infierno con su fuego material, la eternidad de las penas, y la personalidad del diablo, *causa corporis* de las iras de Roma.

¿Y por qué estas iras cuando la geología y la astronomía, la psicología y la metafísica, la justicia y la moral, el sentimiento y la razón de consuno, se revelan, contra tan monstruosas afirmaciones que el Espiritismo rechaza?

¿Qué lugar del universo le está reservado a ese infierno que idealizó el poeta italiano, cuando la osada geología provista de su piqueta y auxiliada de las ciencias naturales, ha profundizado la tierra y estudiado sus capas constitutivas?

¿Qué lugar del universo le está reservado a ese infierno, cuando la astronomía ayudada de las matemáticas y la física, ha contemplado y reconocido la inmensidad, descubriendo un mundo de mundos y soles, estudiando sus movimientos, describiendo sus órbitas con tal precisión y regularidad que asombra?

La teoría del infierno ha caducado, como la iglesia de Roma, desde que la ciencia ha progresado y ésta ha permanecido, estacionaria.

Por eso odia la ciencia, porque su interés le priva de los ojos para no ver y del raciocinio para no discurrir. Porque embota sus sentidos, toda vez que del infierno vive a expensas de la ignorancia.

El infierno no es el destino del hombre sino la negación de todo destino, ha dicho con razón un filósofo moderno, pudiendo

añadir que no existe más que en las arcas de Roma.

¿No significa nada la autoridad de un Galileo, un Copérnico, un Cuvier, un Flammarion, un Herschell, un Gay-Lusac, un Colón, un Franklin y tantos otros apóstoles y mártires de la ciencia, que con los descubrimientos maravillosos han demostrado la negación de ese infierno material?

¿La voz de los hechos ha de enmudecer ante la voz de la tradición?

¿La voz de la ciencia que persuade ha de callar ante la voz de la fe que abisma en dudas?

La fe racional es hija del espíritu, la fe ciega es hijastra de los sentidos.

La primera se dirige al sentimiento, la segunda al egoísmo.

La iglesia de Roma que todo lo ha materializado para sus fines particulares, de una metáfora racional, ha formado una hipóstasis teológica.

IVAN SOERTLLER.

(Se continuará)

MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO

(Conclusión)

Este mandamiento, ama a Dios sobre todo y al prójimo como a nosotros mismos, resume toda la divina doctrina; abraza el progreso, que es verdad, que es la creación; sus pilastras todos sus hijos: y la infinidad de soles y mundos, los luminosos faros que nos proporcionan la luz para admirar tanta belleza.

¡Pobres pigmeos! ¡Cuán diminuta aparece vuestra pretendida omnisciencia evangélica, ante el Evangelio mismo, restablecido por el Consolador!

Los *ilusos* que oyen con fe y humildad las enseñanzas de Aquél prometido: los *endiablados visionarios* que despiertan su adormecida fe ante la unión de la ciencia con la conciencia, que establece el espíritu de verdad, han estudiado su término, en sus dos esencialísimas fases: amor y estudio; caridad y ciencia; trabajo y virtud.

Este mandamiento tan sublime como sencillo, tan lacónico como expresivo, asume toda la ciencia del porvenir: es el reino de Jesús: es la más clara evidencia de la vida futura: es una de las infinitas moradas de la casa del padre: es *donde no entrará el que no naciere de nuevo*: es aquél del que dice S. Pablo: lo corruptible no puede permanecer en el reino de lo incorruptible.

Y esta vida futura que a todos nos aguarda, que a todos nos espera, es el consiguiente de nuestra vida anterior. Y como deducción lógica estará en relación con nuestra otra vida; se armonizará con nuestras afecciones; con nuestros vicios o virtudes; con nuestra negligencia o actividad; en una palabra, con nuestro progreso. De modo, que si, la caridad y el estudio han sido nuestros consejeros, la ciencia y el bien serán nuestra cumplida satisfacción. Pero si la crápula y la apatía nos han dominado, las tinieblas y la indolencia serán nuestro remordimiento. Segurísimos, sin embargo, de la justicia divina y de la bondad de Dios, encontraremos siempre abierta la puerta del perdón, de la indulgencia, de la piedad, para proseguir nuestro mal andado camino; y de progresión en progresión llegaremos al reino de Jesús, reino del sumo bien, de la inteligencia celeste. ¡Y cómo no; siendo nuestro Padre tan justo como bondadoso! ¡To-

do amor, todo omnisciencia! ¡Tan inmutable como omnipotente!

Esta es la verdad, hermanos, desfigurada por la conveniencia y restablecida por quien puede y quiere restablecerla. No creó para abandonar sus obras. Sed perfectos, y a la perfección nos conducen sus eternas leyes.

Este es el reino expresado por Jesús. Nada de infierno, plagio pagano: nada de purgatorio necesidad del estómago: nada de limbo, en el que por desgracia nos han tenido diez y nueve siglos, y ahora entran sin pensarlo. Progreso y solo progreso nos demanda Cristo: amor y estudio, virtud y trabajo nos pide el Crucificado, para poder merecer y alcanzar su reino. Pero amor sincero, amor verdad, y cultivo y desarrollo de nuestras facultades.

Esto dice el reputado mandamiento, veámoslo:

Amando a Dios sobre todo, hemos de admiradle contemplando sus grandezas y maravillas. Esta contemplación nos producirá sin duda el afán de conocer las relaciones y armonías de la creación. Y este deseo aumentará con el estudio. Progreso intelectual.

Amando al prójimo, como a nosotros mismos, hemos de ver siempre, y en todas partes hermanos nuestros; y desarrollando la caridad con ingenua práctica, nuestro espíritu que contará sus dulces emociones por los actos fraternales, progresará moralmente.

¡Oh gran Dios! ¡quién pudiera extasiarse ante tu infinito! Solo la perfección entreverá tu purísima esencia. Solo el progreso podrá conducirnos a las puertas del santuario do mora aquella.

Discurrid y amad, hermanos, y puesto que la virtud y el trabajo nos conducirán a puerto seguro, practiquemos e inculquemos la caridad con el esclavo y el poderoso, con el débil y el fuerte, con el Mahometano y el Chino, porque todos somos hermanos. E interrogando la creación, divino libro abierto a nuestro pensamiento, desarrollémoslo con inquebrantable constancia, procurando imitar a Jesús, y nunca a los que de buen grado y sin esfuerzo ni sacrificio alguno, nos regalan todo lo de allá, acaparando todo cuanto pueden de lo de acá.

FEDERICO CASTELLÓ.

DICTADO SOBRE LITERATURA

Médium J. Pérez.

Discurso obtenido del espíritu Manuel Llana, y Ortiz, y pronunciado en una conferencia por el citado médium.—«La mejor forma de gobierno para el desarrollo de la libertad y práctica de la justicia.»

Ciudadanos: conforme oísteis la otra noche de la correcta palabra del Sr. Espino, hay varias formas de gobierno, las cuales han venido rigiendo desde remotos siglos el destino de la humanidad. No me concretaré a hacer el análisis de ninguna de ellas, porque la historia está escrita y ella es la palabra más sublime, como que es la voz de todas las generaciones muertas y la que mejor puede satisfacer nuestras dudas, descorriéndonos el velo del pasado.

Solo me limitaré por tanto, al hacer uso de la palabra, a deciros como comprendo la República Federal.

La República Federal, es la mejor forma de gobierno, si por mejor se entiende lo más económico y al mismo tiempo más

sólido, y aplico la palabra solidez, al régimen que pueda robustecer los principios de libertad, de orden y de justicia, únicos elementos que constituyen la vida libre de los pueblos, y base fundamental en que se apoya la palanca del progreso que es el bello porvenir de la humanidad. (Bien)

La República Federal, funda sus aspiraciones en dividirse en pequeños grupos o estados, independientes unos de otros; regidos cada cual con arreglo a su naturaleza, a sus hábitos, y a sus costumbres, porque los diferentes hábitos y costumbres, requieren una ley distinta, para que pueda cada estado girar libremente en su esfera de acción, y no someterse al fallo de la nacionalidad, que confunde las diversas aptitudes y los distintos sentimientos que desarrollan los pueblos, por razón de la temperatura, clima, y situación geográfica en que están colocados.

La República Federal es la mejor forma de gobierno, la descentralización es el punto culminante de sus aspiraciones, los estados son su bello ideal y en esto el hombre, no hace más que cumplir la voluntad y el deseo de la naturaleza que todo lo hizo variado; en el campo al lado del lirio crece la azucena, un paso más allá, otra flor, y esta armonía de lo pequeño, es el espejo de la armonía de lo grande. En España la naturaleza nos tiene divididos, porque el Catalán, no es el Andaluz y el Andaluz no es el Valenciano, ni el Valenciano es el Gallego; y pretender que todos seamos una misma savia y una misma flor, es un disparate, porque cada cual tiene su vida propia, su propia palpitación, y un alma que siente en completa divergencia respecto de las demás; y si el propósito de las monarquías fue ese, conociendo que los estados españoles, con su diversidad de idiomas y costumbres, eran flores diferentes con las cuales se podía formar un hermoso ramo, probaron la torpeza mas inconcebible, porque para hacer el ramo os preciso arrancar la flor y la flor que se arranca, solo puede dar aroma y hermosura mientras dure el calor de su perdida existencia. (Aplausos)

La armonía de los pueblos está en dejarlos vivir en su propia naturaleza, crecer y desarrollarse aspirando su propio elemento, porque como el pez no puede vivir fuera del agua, ni el ave voladora arrastrarse por él suelo, ni el hombre conquistar otro elemento que su propio elemento, así el Catalán no puede vivir bajo la ley y la naturaleza del Andaluz, porque no es su ley ni su naturaleza; ni el Gallego marchar perfectamente acorde con la naturaleza y la ley del Valenciano, porque tampoco es ni su naturaleza, ni su ley y respectivamente todos los estados españoles, en esta disparatada reciprocidad de ideas, de idiomas, de hábitos y de costumbres.

El cielo de Andalucía, ciudadanos, no es el cielo de Cataluña: en el uno está la poesía, y en el otro hasta las caprichosas nubes con sus figuras forman la precisión matemática. El estado andaluz es la rosa de Jericó que encanta con sus perfumes, y el estado catalán es la insípida margarita que nada dice al alma; el uno se columpia en el cielo, y el otro cogido al manubrio de su industria, cuenta por las evoluciones de su rueda mecánica, las varas de tejido y el capital que proporciona el trabajo por segundo, (grandes aplausos). Barcelona que es el alma de Cataluña, no es Sevilla que es el alma de Andalucía. En Sevilla se sueña cuando el esquife cruza el río en el silencio de la noche y al son de la dulce cantinela que hiere el aura impregnada de suavísimos perfumes; en Barcelona se despierta al rudo golpe del martillo del trabajador; yo era un niño cuando recibí estas dulces emociones de Andalucía y un niño también, cuando vibró en mis oídos el áspero rechinar de las máquinas de va-

por en Cataluña y siendo un niño, noté esta diferencia; noté que el sol de Cataluña no calentaba lo mismo que el sol de Andalucía; noté que el hombre aquí, se entregaba con demasiada frecuencia a la dulce meditación, mientras que en Cataluña el movimiento del hombre es más enérgico y más vivo, como si fuese la desesperación de la vida; y entendí, que cada minuto que se pasaba sin trabajo, era un pan perdido, mientras que en Andalucía, la feracidad de su suelo lo daba todo, hasta la indolencia al hombre; ved en esta diferencia de carácter consecuencia de la naturaleza diferente de los pueblos, la imposibilidad de unificar las leyes y hacer girar el cuerpo de la sociedad española al impulso de la mano de la centralización.

España es como un cuerpo truncado por diferentes partes, tantas partes como idiomas tiene, y formado de tal manera, que al movimiento que se imprima a una no responden las demás, y por esto, es de todo punto preciso y conveniente separarlas y dividirlas en estados, y cada estado regirse por la ley que mas cuadre a la naturaleza de su vida, a la temperatura de su cielo, y al organismo en que están formados sus sentimientos y aspiraciones. (Aplausos).

Si fuésemos comparando el carácter de los españoles, veríamos, que a la dignidad de los aragoneses, no responde la humildad de los gallegos: y que el genio franco y jovial de los valencianos, está en completa discordancia con el fruncido entrecejo del vascuence y con la excesiva pulcritud de los castellanos: y así cada uno, no es uno mismo, sino que es uno diferente, y sería una violencia peligrosa encerrar esta diversidad en la vasija de una misma ley, y someterlos a todos bajo un mismo régimen gubernativo. (Aplausos.)

La república federal tiene su relación íntima en cada uno de los estados que la forma como en una individualidad; cada estado tiene su acción libre, independiente, como la acción y el movimiento del hombre y obra y piensa y ejecuta por sí y con arreglo a la naturaleza de su ley, que es el equilibrio de su vida: y así como en el hombre culto e instruido está la buena educación y la decencia, en el estado ha de estar encarnado el sentimiento de fraternidad y buena armonía para con todos los de la federación. El hombre no puede vivir fuera de la sociedad sin embrutecerse y sin degenerar lastimosamente sus facultades intelectuales; el estado que no estuviese en buenas relaciones con los demás, irremisiblemente perdería el esplendor y la grandeza que está llamado a conquistar bajo la égida del gobierno de la República Federal Española. (Aplausos).

Éste había de ser el gobierno de hoy, basado en los sentimientos de amor y de fraternidad; ¿pero es esto posible? no; y he aquí porqué os advierto que mi imaginación va más lejos, como si un pensamiento intuitivo me llevase a la vanguardia de otros siglos y de otras generaciones; la república federativa no satisface por completo mis deseos, porque solo tiende ficticiamente a perfeccionar los grupos humanos, cuando este trabajo es muy difícil, casi imposible para la inteligencia del siglo XIX. Para esto sería preciso no robarle *al hombre* la savia de su vida, y desgraciadamente la ley del egoísmo impera con lastimosa insistencia entre todos nosotros; todos pretendemos hacemos ricos, ¡la riqueza! he aquí una maldita palabra, sinónimo de destrucción, de lucha, de exterminio; la que produce tantísima desgracia, como que es la que engendra el pensamiento de muerte al asesino, al ladrón y al incendiario; no hubiera pasiones terribles, si no existiese con la riqueza tan deplorable desigualdad entre los Hombres. (Muy bien).

Yo comparo a la sociedad de hoy, como una masa informe de gusanos, que pululan unos encima de otros, rodeando un círculo muy estrecho, del que en su torpeza no aciertan a salir.

Todos pugnan con desesperados esfuerzos por salir a la superficie con ansia de ver la luz, y se atropellan y ruedan, y en ese murmullo zumbón, monótono y desagradable, me parece oír las maldiciones de los hombres caídos, y la risa satánica de los que se levantan a despecho de los demás.

Ciudadanos: oíd esto que os voy a decir, que envuelve el problema de la regeneración social y el ángel del Apocalipsis será el hombre que lo resuelva, confundiendo la necia altanería de los unos, para hacer brillar la justicia de los otros, ante la razón y el derecho a la vida que tenemos todos los que habitamos en este planeta, tan inicuamente monopolizado por las ambiciones.

El mundo tiene 170.000.000 de kilómetros cuadrados para 1.150.000.000 de personas que le habitamos y solo hay un ente rico, inmensamente rico y poderoso y éste es la naturaleza, nuestra madre común, que por cada sonrisa de amor, por cada gota de rocío con que empapamos su cariñosa frente, que es la tierra, nos da cien libras de pan cada día, sabrosas carnes para fortalecer nuestras fuerzas, e imaginación fecunda para construir palacios que alcen su frente a las nubes, con ansia de entrever los alcázares del cielo y la regia morada de Dios. (Grandes y repetidos aplausos).

¡Cien libras de pan cada día al solo trabajo de hincar un momento nuestra rodilla al suelo y coger su fruto! cien libras de pan, que nos roba ese capital egoísta; porque hoy los campos se siembran con dinero y el que lo tiene, siembra y recoge para sí y sumerge en la desgracia a millones de criaturas, que imploran caridad al campo yermo y estéril, regado por lágrimas, que ni producen compasión, ni una espiga siquiera para mitigar el hambre devoradora: y he aquí, la rabia, la desesperación y el crimen, y he aquí, el asesinato y el robo, y he aquí la ley de los menos contra la impotencia de los más, como un sarcasmo horrible arrojado al rostro de la naturaleza. (Aplausos). Sí; el ángel del Apocalipsis será el hombre que resuelva este caos, esta mentira insondable, esta razón insolente de que la criatura tenga derecho a padecer apenas nace, robándole a su madre el sustento necesario que podría proporcionarle un nutritivo alimento.... y luego? ¿no habéis visto al hombre rugir como fiera, al ver esos pedazos de sus entrañas pedirle pan que no puede darles, porque el trabajo está cercenado por la razón de conveniencia de los que disponen del capital? Se paraliza el trabajo por razón de conveniencia, y miles de familias sufren y esperan; piden prestado y viven en un ansia infinita, porque su dignidad está en un crédito que no pueden satisfacer y su honra allí también. ¡Oh! cuan triste es vivir de esta manera! y luego no habéis visto en la crudeza del invierno, a mil infelices criaturas sin amparo y sin abrigo al rigor de la intemperie, pedir por caridad una limosna con mano trémula, y desfallecidos y muertos de frío, de hambre y de ansiedad! y estos mismos que sufren así, y crecen sufriendo, son los mismos que abandonados de todos, espían más tarde los crímenes sociales en las cárceles y en los presidios embravecidos y salvajes, porque el infortunio ha hecho presa de ellos y los ha vuelto insensibles a todo trato social y a todo sentimiento humanitario.

¿Confesad que esto no necesita una reparación cumplida? Pues a pesar de que

soy republicano, mi verdadero gobierno será el que repare todo esto.

He dicho.

VARIEDADES

A LA MEMORIA DE MI MADRE

¡Madre del corazón! cuánto he sufrido
En la triste ignorancia de mi vida;
Cuando tu inmenso amor miré perdido
Creyendo que era eterna tu partida;
Cuando en tus sienes no encontré un latido;
Cuando tu dulce voz quedó extinguida,
Y en mi horrible ansiedad y en mis enojos.
Perdí la luz, de tus hermosos ojos.

¡Tus ojos...! que habían sido en mi existencia
Faros de salvación y de consuelo,
Destellos de la santa providencia,
Luminares purísimos del cielo:
Ídolos de mi fe, de mi creencia,
Que yo adoraba con ardiente anhelo;
Porque antes de perderte comprendía
Lo mucho que me amabas, ¡madre mía!

¡Cuánto me amasteis! sí; yo fui tu gloria,
Tu ensueño de placer jamás perdido,
Capítulo el más triste de tu historia
Y para ti sin duda, el más querido.
El afán de tu vida transitoria
Fue evitar a mis labios un gemido:
Pensar en mi dolor, fue la gran pena
Que te hizo sucumbir; ¡Eras tan buena!

Que no es extraño que al perderte, el llanto
Fácil brotara de mis tristes ojos;
Y que en mi soledad sintiera espanto,
Y en mi camino hallara solo abrojos.
La vida en su terrible desencanto
¿Qué le ofrece al mortal? luto y enojos;
El que fija en la tierra su mirada
¿Qué ha de encontrar?
El hielo de la *nada.*

Eso encontraba yo, madre querida;
Por eso ante tu losa funeraria
Pasaba muchas horas de mi vida
Sin elevar al cielo una plegaria;
En tu recuerdo santo embebecida
Mi mundo era tu huesa solitaria,
Siendo todo mi afán en mis dolores
Cubrir tu tumba con hermosas flores.

Una voz, un murmullo, un eco vago
Resonó de la tierra en el abismo,
Y un *algo* misterioso, en dulce halago
La frente acarició del ateísmo.
Quien dijo, que la muerte no hacía estrago,
Por medio de la *magia* o espiritismo,
Y asombradas las gentes repetían,
¡Que los muertos hablaban, y sentían!

Los unos con desdén los escucharon,
Los otros de pavor se estremecieron,
Algunos por *reírse* investigaron,
Y sin saber *por qué* se convencieron.
Aquéllos que en su mente conservaron
Recuerdos de los seres que perdieron,
Sintieron renacer en su memoria
De su existencia la pasada historia.

Yo la sentí también, brotó en mi mente
Vertiginosa.....delirante idea,
Comprendí que había un Ser omnipotente
Y exclamé con amor. ¡Bendito sea!
Admiré la gran *causa* inteligente,
Miré en la ciencia luminosa tea,
Que nos mostraba mundos y planetas.
Que nunca los soñaron los poetas.

Vi a hombres rudos, sencillos, ignorantes,
Trazar sobre el papel rasgos extraños,
Pigmeos convertidos en gigantes,
Sin doblez, sin mentira, sin engaños:
Yo vi la conmoción en sus semblantes.
Y lamento los juveniles años,
Que he perdido dudando que vivían,
Que los muertos hablaban y sentían.

Viven, sienten, se agitan, se estremecen,
Velan amantes nuestro triste sueño,
Del globo terrenal desaparecen,
Que así lo quiere su divino dueño.
Mas siempre en nuestra lucha nos ofrecen.
De la esperanza el mágico beleño.
Por eso en mis momentos de agonía
Te contemplaba siempre ¡madre mía!

Te contemplaba, sí: junto a mí estabas,
Y yo creyendo que un delirio era,
Mi frente cariñosa acariciabas
Murmurando; «Prosigue tu carrera»

Tus ojos en mis ojos los fijabas,
Diciendo en su expresión sufre y *espera*;
Y yo entre tanto en mi dolor profundo
¡Me encontraba tan sola en este mundo!

¡Sola viviendo tú! ¡fatal locura!
Qué tiempo tan precioso he consumido
¡Lamentando mi horrible desventura!
Expiación que sin duda he merecido,
Pero ya terminó: radiante y pura
Contemplo hermosa luz y conmovido
Mi corazón se agita y en mi mente,
Tres épocas se enlazan dulcemente.

Mi *ayer* con tu ternura sacrosanta.
Mi *presente* notando en el vacío,
Mi *porvenir* que al cielo se levanta
Exclamando, yo espero, yo confío;
Y la fe racional, eterna planta
Que la ciencia la sirve de rocío,
Hoy me brinda el aroma de sus flores
Y a su sombra se extinguen mis dolores.

¡Espiritismo! ¡ciencia bendecida!
¡Espiritismo! ¡religión sagrada!
¡Foco del bien! ¡antorcha de otra vida!
Filosofía en la razón basada;
La ley de recompensa merecida;
La negación eterna de la *nada*;
El amor al progreso y a la gloria
De la creación la legendaria historia.

Yo reconozco tu verdad innegable,
De Dios presentas la perfecta hechura.
En sus divinas leyes inmutable,
Sin preferir a nadie en su ternura:
Tu doctrina es sublime, es adorable,
Es practicarla caridad más pura;
¡Feliz de aquél que al borde del abismo
Oye tu voz, gigante Espiritismo!!!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid.

El Espiritismo animal

III

Los fenómenos curiosos del magnetismo hacen desde luego comprender que el mundo no acaba donde se detienen nuestras miradas. Una multitud de cosas se escapan a nuestros sentidos, porque no están bastante desarrollados ni tienen la sutileza necesaria para apreciarlas. De la imperfección intelectual y sensorial nuestra, se deduce que la imposibilidad no se llalla donde nosotros creemos verla, y que con otra extensión de inteligencia y de sentidos pudiéramos llevar mucho más lejos nuestras investigaciones, a la manera como a favor del microscopio descubrimos seres orgánicos en una gota de agua, que a la simple vista nos había parecido enteramente pura. Por otra parte: la vida general que se manifiesta por el movimiento en todo el universo, ofrece dos modalidades diversas en la vida humana, que emanan de ese mismo movimiento universal, y que distinguimos, para entendernos, con los nombres de modo material y modo espiritual, fases de una misma vida, ligadas entre sí de tal modo, que solo la muerte es capaz de separarlas por completo. Mas en el estado sonambúlico pueden desligarse y acrecentarse una de ellas sin perder sus conexiones necesarias, hasta el punto de desarrollar esos fenómenos sorprendentes que se provocan en el magnetismo. Constituido el sonámbulo en una existencia anormal y en un mundo diferente del que en nosotros vivimos, y con libertad en su espíritu para penetrar donde no alcanzan sus órganos materiales, desarrolla ideas y conocimientos superiores a los de su estado normal, su pensamiento retrocede en las edades de la humanidad, o se lanza a los sucesos del porvenir, adquiriendo esa maravillosa facultad de la adivinación. M. Debay, que en su obra sobre el magnetismo refiere una multitud de casos curiosos bien comprobados para demostrar el sueño provocado, la insensibilidad, la catalepsia y el éxtasis, la trasposición de sentidos, la lucidez y la facul-

tad de ver objetos ocultos y a grandes distancias, cita uno extremadamente notable de una señora incrédula en el magnetismo, que habiendo sido invitada a presenciar una sesión, sin que tuviese noticia de su vida privada el magnetizador ni la sonámbula, entregó a ésta, para hacer una prueba con ella, un poco de pelo que llevaba consigo, preguntándole si podría decir de quién era. La sonámbula contestó que aquel cabello había pertenecido a su esposo; a lo que la señora replicó, que por qué decía que había pertenecido. La contestación fue la siguiente: *Porque vuestro esposo murió hace cinco años a consecuencia de una hernia estrangulada*. Sorprendida con esta revelación, que era verdad, sacó de una pulsera otro poco de pelo, interrogando de nuevo a la sonámbula, si podía adivinar de qué señorita era este cabello. La sonámbula contestó: *Que no era de ninguna mujer, sino de un hijo de la interesada, que hacía un año y tres días había muerto en un desafío*. La señora, angustiada con estos fenómenos que la atraían recuerdos dolorosos, afirmó que todo era cierto, causando la sorpresa y admiración consiguientes en todos los espectadores.

Entre los partidarios del magnetismo hay algunos que no solo admiten la influencia del hombre sobre el hombre y los animales, sino que además aseguran ser posible la magnetización de objetos inanimados. Puysegur afirma, y los que presenciaron sus experimentos lo certifican, que magnetizaba árboles, y que éstos ejercían influencia sobre las personas que se sentaban debajo de ellos, hasta el punto de caer en el sueño sonambúlico. Deleuze dice que magnetizando el agua, esta adquiere propiedades medicinales, y que con ella ha provocado la transpiración y otras secreciones, obteniendo crisis saludables en los enfermos. El Dr. Teste ha obtenido el sueño magnético en una joven, haciéndole beber agua magnetizada, y refiere otro caso de una persona que cayó en el mismo estado por haberse sentado en una silla que él había previamente magnetizado. Muchos magnetizadores consiguen dar a los alimentos y al agua pura sabores particulares, que solo aprecian los sonámbulos, y es bastante frecuente el fenómeno de dar a beber agua a una persona magnetizada, estándolo también la misma agua, y acusar la sensación de otro líquido, como vino, ron, etcétera, conforme lo hayan exigido los espectadores. Mialle, en su *Exposición de curaciones por el magnetismo*, habla de un insomnio rebelde que él se curó aplicándose al epigastrio un trozo de cristal magnetizado. También se citan muchos casos de haber dado al agua magnetizada propiedades de emético, obteniendo vómitos con ella, o, por el contrario, propiedades calmantes para que obrase como narcótico en afecciones neurálgicas.

Para magnetizar un objeto inanimado, como un vaso de agua por ejemplo, se le tiene en una mano mientras que con la otra se hacen pases muy repetidos por la superficie del agua y por la superficie del vaso, y al cabo de tres o cuatro minutos se considera magnetizada el agua. Otros añaden la insuflación o el aliento sobre los cuerpos inertes que magnetizan, además de tenerlos entre sus manos y de hacer muchos pases sobre ellos, hasta que dichos objetos adquieren más temperatura de la que tienen ordinariamente.

Entre los fenómenos que se obtienen por el magnetismo, uno de ellos es la magnetización por contagio. Los conocimientos fisiológicos facilitan la explicación de estos hechos, pues es sabido que el histerismo, el corea, la epilepsia, etc, se suelen padecer por imitación; que algunas veces se tose por oír toser; que se provo-

can bostezos cuando se los ve en otras personas; y que hay, en fin, una multitud de actos orgánicos que se desarrollan por el ejemplo, o por una especie de contagio moral. En estos casos, así como en esos notables que refiere la historia, tales como los convulsionarios de las Cevennes, los poseídos de Morzine, etc, y muchos que se encuentran en las crónicas del fanatismo religioso de los pueblos, son hechos que caen en la esfera del magnetismo. No es, pues, extraño que a veces suceda, como hemos tenido ocasión de observarlo, que alguna persona que asista como mero espectador a una sesión magnética, adquiera el sueño y ofrezca fenómenos sonambúlicos por la acción refleja de la persona que se halla magnetizada.

Habiéndonos propuesto no teorizar los fenómenos magnéticos, sino admitirlos como hechos positivos, cualquiera que sea la explicación, que se busque sobre su casualidad, y siendo nuestro principal objeto al escribir estos artículos establecer las aplicaciones posibles a la curación de las enfermedades, investiguemos si el magnetismo animal ejerce una acción terapéutica sobre el organismo enfermo, si puede aplicarse al tratamiento de algunas enfermedades, especialmente de aquellas cuya curación sea imposible por los demás medios que la ciencia conoce, y por último, si hay algunos sujetos que en el estado de sonambulismo posean la facultad de ver los órganos enfermos para determinar las lesiones con mayor claridad de la que el médico puede obtener con todos sus medios de exploración, y si la lucidez magnética sirve para indicar agentes curativos más eficaces de los que hayan podido ocurrírsele al practicar examen al paciente. Estas cuestiones son de más alta importancia para la ciencia y para la humanidad, y no merece el desprecio semejante estudio, tanto más, cuando hombres serios, consagrados con afán al cultivo de la medicina, han dedicado su inteligencia a la investigación de tales fenómenos y de sus aplicaciones.

Ya en el primer artículo hicimos mención del uso que en la antigüedad se había hecho del magnetismo por la clase sacerdotal, que era la más ilustrada de las naciones, para la curación de las enfermedades. En la Edad Media, los llamados mágicos, saludadores y curanderos hacían curas extraordinarias por medio de la insuflación y del tacto. En los siglos XVI y XVI algunos médicos ensayaron el magnetismo, muchas veces con éxito, en enfermedades nerviosas crónicas: y ya vimos también los prodigios de Mesmer y de Puysegur, y aun cuando para explicar estos hechos acuden muchos a la imaginación, diciendo que son obra de esta facultad y nada tiene que ver en ello el magnetismo, es una explicación que no aclara nada, porque falta dar la razón del porqué de esa influencia imaginativa, y el mecanismo por el cual la imaginación, diciendo que son obra de esta facultad y nada tiene que ver en ello el magnetismo, es una explicación que no aclara nada, porque falta dar la razón del porqué de esa influencia imaginativa, y el mecanismo por el cual la imaginación del enfermo se ha movido en el sentido de modificar sus órganos y sus funciones, y corregirse o desaparecer su enfermedad. No es, pues, otra cosa que buscar una palabra vacía de sentido, porque al fin esas modificaciones de la imaginación no las obtendría el magnetizado, ni serían tan poderosas que se consiguiera la curación de un padecimiento sin una influencia directa y positiva del magnetizador sobre el magnetizado, influencia a la que yo llamo agente magnético, por más que se intente dar otro nombre a la causa del fenómeno.

Estas aplicaciones a la medicina permanecen todavía bastante reservadas, porque no todos los que las obtienen se hallan dispuestos a sufrir la burla y el ridículo de que son víctimas los primeros que admiten una innovación o un descubrimiento que choca con todas las creencias admitidas. No han faltado, sin embargo médicos que han arrostrado esas contrariedades y han hecho públicos sus experimentos. Dupotet estableció en Móntpeller salas en el hospital para el tratamiento magnético; que aplicó también en varios hospitales de París. Pero el charlatanismo viene explotando la indiferencia del mayor número de los médicos, aplicándole como medio curativo sin conocimientos suficientes para ello, o bien convirtiéndole en una industria que explotan con desdoro de la ciencia y poca utilidad de los enfermos. Es, pues, de desear que los médicos se fijen más en este asunto, y trasladen a la esfera de sus estudios el magnetismo, arrancándole del charlatanismo que le degrada.

Cuando se magnetiza con objeto terapéutico no es siempre de necesidad provocar el sueño. Basta muchas veces hacer pases, fricciones suaves, o insuflaciones sobre la región del órgano enfermo, o bien sobre la totalidad del cuerpo. Pero también se apela a producir el sueño magnético, porque en este estado encuentran un gran alivio los pacientes, no habiendo necesidad de suscitar los otros fenómenos más avanzados, la insensibilidad, la lucidez, etc., porque nada de ésto hace falta para las curaciones. El agente magnético, llámesele con este nombre, o bien fluido nervioso, o electro—nervioso, electro—biológico, o de la manera que se quiera, es con el que se consigue restablecer las funciones perturbadas, especialmente en las afecciones nerviosas, y también en padecimientos crónicos de diferente naturaleza, como infartos viscerales, tumores y otras alteraciones orgánicas. Es hipotético todo cuanto se diga sobre el modo de obrar este agente, pues al paso que sirve para dominar afecciones heréticas y de gran excitabilidad, es también útil para combatir las mayores debilidades de los órganos.

Para la consecuencia de estos fines terapéuticos es indispensable que el magnetizador, además de sus dotes y facultades orgánicas para ello, esté adornado de una alta moralidad, que indudablemente se reflejará al exterior de sus actos y en sus palabras, ganando con ello la confianza del enfermo, cosa que es de suma importancia; y que también tenga buena salud, porque si no, pudiera comunicar sus enfermedades a los que magnetizara.

El empleo del magnetismo no es incompatible con el uso de otros remedios; antes, por el contrario, éstos obran mejor, y a veces despliegan su eficacia medicamentos que habían sido inútiles antes de someterse el enfermo al magnetismo.

Cuando los hechos son ya numerosos y se refieren por hombres que están al abrigo de la más ligera sospecha de charlatanismo hay que tener fe en ellos, y no negarlos porque no se hayan presenciado. El profesor Rostán decía que no era de fisiólogos ni de filósofos negar los efectos terapéuticos del magnetismo, puesto que, siendo un agente que determina cambios orgánicos, ha de ser susceptible de poder modificar las enfermedades. Y en efecto, no habiendo una sola molécula en la organización que no se halle envuelta y movida por ese fluido eléctrico—nervioso, que es sobre el que se influye con las magnetizaciones, han de sobrevenir cambios notables en los órganos, que influyan en la marcha de las enfermedades. Husson ha referido la curación de una parálisis de

la lengua, que databa de mucho tiempo y produjo el mutismo completo, habiendo recobrado la palabra la enferma con el tratamiento magnético. Georget da cuenta de un tumor blanco de la rodilla, que curó por el mismo procedimiento; y este sabio decía a sus amigos: «Se burlan de mi porque creo en el magnetismo; pero no soy de los que temen comprometer su reputación, refiriendo estos hechos maravillosos, y por lo tanto, afirmo lo que ha pasado en mi presencia.» Los doctores Bertrand, Franz y Deleuce hacen también muchas citas de enfermedades inveteradas, rebeldes a todos los tratamientos, que cedieran a la influencia del magnetismo. El segundo de los autores citados menciona, entre otros casos, una hemicránea periódica, muy dolorosa, que desapareció para siempre con el magnetismo. El Dr. Cresnez habla de un reumatismo general crónico que curó en muy pocos días con el mismo medio. El doctor Descamps curó una parálisis que databa de diez y ocho meses, en sólo dos días de magnetismo. El doctor Kuhnhaltz ha curado muchos epilépticos, y Despine ha publicado una observación curiosa de una parálisis completa de ambas piernas en una joven que hacía dos años se hallaba inmóvil en la cama. Tiene de extraordinario esta observación el hecho de que la enferma, en estado de sonambulismo, se levantaba de la cama, andaba y corría con la mayor agilidad, volviendo a caer en la parálisis luego que se la sacaba del sueño magnético. Ward, Edvin, Lee, Elliotson, Spencer-Hall y otros muchos han publicado obras con multitud de observaciones que prueban la influencia positiva del magnetismo como agente curativo en muchas enfermedades.

El Dr. Miani tuvo la paciencia de coleccionar todas las curaciones que habían llegado a su noticia, y los nombres de los médicos que las habían obtenido. Un aficionado a estos estudios ha calculado que hay unos ochocientos volúmenes, entre folletos y obras de más extensión, que se han publicado en favor del magnetismo.

Entre los documentos históricos que se pueden alegar de comprobantes sobre la utilidad de este agente como medio terapéutico, merece citarse una carta del Dr. Cloquet, refiriendo los fenómenos portentosos que vio en Busancy, provocados por Puysegur adonde se trasladó, llevado de la curiosidad de cerciorarse por sí propio sobre los hechos que se referían. «Fui, dice, con las disposiciones de un observador frío e imparcial, muy decidido a estar en guardia contra las ilusiones de la novedad, procurando ver y escuchar bien todo lo que sucediera. En medio de la plaza de la villa había un olmo, bajo cuyo ramaje corría el agua de una clara fuente; árbol secular, respetado por los ancianos que iban a conversar a su sombra, y querido de la juventud porque a su alrededor tenían sus diversiones y sus bailes los días festivos; árbol magnetizado desde tiempo inmemorial por el amor del placer, y magnetizado ahora por Puysegur por amor a la humanidad, habiéndole comunicado este sabio virtudes saludables, activas y penetrantes. Sus emanaciones se distribuyen por medio de unas cuerdas que parten de su tronco y de sus ramas en toda su circunferencia. Alrededor del árbol misterioso hay colocados bancos de piedra, en los que se sientan los enfermos y los que quieren ser magnetizados, poniéndose todos en comunicación entre sí, formando una cadena, cogiéndose unos a otros los pulgares de las manos, y tomando, además, cada uno una de las cuerdas, que los enfermos pasan por la parte doliente de su cuerpo. Una vez así colocados, todos sienten la influencia magnética, y si por casualidad la cadena se descompone, todos se aperciben de ello y expe-

rimentan una sensación molesta. Pero lo más notable es, que el magnetizador elige varios sujetos para provocar crisis en ellos por medio de los pases o del contacto de sus manos, o bien tocándoles con la punta de una varilla. En seguida cierran los ojos, se debilitan sus facultades físicas y se aumentan sus facultades intelectuales.

Estos sonámbulos, distinguen los órganos que padecen de las personas que se ponen en contacto con ellos, e indican los remedios convenientes. Puysegur les hace despertar mandándoles que vayan a abrazar el tronco del árbol, y tan pronto como llegan a él pasa el estado magnético, sin que se acuerden de nada de lo que les ha sucedido. M. de Puysegur no pretende curar todas las enfermedades; él cree que las emanaciones magnéticas son un principio renovador de la vida, que algunas veces bastan para volver la normalidad de las funciones a los órganos enfermos; y cree también que el magnetismo es un medio para conocer el asiento de algunas enfermedades, que no se ha podido, apreciar por los medios exploradores de la medicina. Puysegur está lleno de modestia, y vive feliz porque es útil a sus semejantes, ejerciendo su poder magnético con todo el entusiasmo y toda la energía que produce el amor de la humanidad.»

Tales son los principales fragmentos de la carta de Cloquet, y ella prueba, con las demás citas que dejamos hechas, los muchos casos en que el magnetismo ha servido, y puede servir de medio terapéutico, como lo han conseguido hombres sabios y distinguidos, de la probidad de los que hemos citado en este artículo.—A. García López.

MISCELÁNEA

¡¡Milagro!!—Asegurar con serenidad que es un milagro la larga vida del cardenal Mastai, hoy pontífice, es la mayor de las simplezas que se le pueda ocurrir, no digo, a persona que blasona de sensata, sino al más recalcitrante fanático.

¿Y nos extraña que los que no han podido cultivar su inteligencia, vean en todas partes milagros, cuando uno de los prohombres del oscurantismo hace público el nuevo milagro de la larga vida del Papa?

Convenimos que el autor del suelto inserto en el *Semanario Católico* del 14 del actual, sabe la definición que el diccionario de la lengua da al milagro, y bajo este supuesto, hemos de convenir que, llevado por su exagerado fanatismo, haya podido admitir un hecho extraordinario, sobrenatural, que altera las leyes de la naturaleza, en la larga vida del pontífice.

Muchas personas sin ser papas han vivido más de 100 años y hoy se pueden citar varias que ni son pontífices ni infalibles y cuentan cerca de 90; y como donde hay el mismo efecto, existe la misma causa, de aquí inferiremos que el autor de la naturaleza, el creador de las armonías infinitas, el Dios inmutable, esté ocupado en milagrear o alterar algunas de sus eternas leyes, para que algunas personas vivan más de lo que ordinariamente dura la vida de otros.

¿Se enseña y se ilustra así al pueblo, hombres doctos e ilustres? ¡Que vuestra conciencia no os acuse de proferir tales disparates!»

Milagros no existen ni en ese sentido ni en ningún otro.

Las leyes, repetimos, inmutables y eternas de la naturaleza fijadas, por Dios, no se alteran; ni se interrumpen, ni se varían, por nada ni por nadie.

Y si algún hecho ocurre que no se explica, cúlpese a nuestra finita inteligencia y no levantemos los ojos al Creador para lanzarle un apostrofe diciendo: ¡milagro! ¡milagro!

Estudio y moral, y quizá sean menos los hechos que nos sorprendan.

¿Además, qué tiene de raro que un hombre viva 100 años?

Dejaos de tonterías y no embauquéis al pueblo que aprecia en lo que valen estas magnificas palabras: «y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres,» y sabe que se cumplirá lo que está escrito, sin que falte una tilde.

Visita.—Hemos tenido el placer de ver entre nosotros a nuestro representante en el Espiritista español D. Francisco Migueles, el cual ha sido portador de cinco tarjetones que nuestro hermano D. Alejandro Benisia, le entregó como regalo a esta sociedad. Apreciando tal recuerdo, esta Junta directiva, en nombre de todos los socios, le devuelve la recompensa del más puro agradecimiento.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 36

ALICANTE, 30 DE JUNIO DE 1873

EL EGOÍSMO Y EL ORGULLO

Sus causas, sus efectos y medio de destruirlos.[1]

(OBRAS PÓSTUMAS)

Está reconocido que la mayor parte de las miserias de la vida, tienen su origen en el egoísmo de los hombres. Desde el momento en que cada uno piensa en sí antes de pensar en los otros, y que ante todo quiere su propia satisfacción, procura naturalmente proporcionársela a toda costa, y sacrifica sin escrúpulo los intereses de otro, desde las más pequeñas a las más grandes cosas, así en el orden moral como en el material. De aquí todos los antagonismos sociales, todas las luchas, todos los conflictos y todas las miserias, pues cada cual quiere despojar a su vecino.

El egoísmo tiene su origen en el orgullo. La exaltación de la personalidad induce al hombre a considerarse como superior a los otros, y creyéndose con derechos superiores, se resiente de todo lo que según él, es un ataque a sus derechos. La importancia que por orgullo da a su persona, le hace naturalmente egoísta.

El egoísmo y el orgullo tienen su origen en un sentimiento natural: el instinto de conservación. Todos los instintos tienen su razón de ser y su utilidad, porque Dios no puede hacer nada inútil. Dios no ha creado el mal, sino que es el hombre quien lo produce por el abuso que hace de los dones de Dios, en virtud de su libre albedrío. Ese sentimiento, encerrado en sus justos límites, es, pues, bueno en sí mismo: y lo que le hace malo y pernicioso es la exageración. Lo mismo sucede con todas las pasiones que a menudo desvían al hombre de su objeto providencial. Dios no ha creado al hombre egoísta y orgulloso; lo creó sencillo e ignorante, y él es quien se ha hecho egoísta y orgulloso, exagerando el instinto que Dios le ha dado para su propia conservación.

Los hombres no pueden ser felices, si no viven en paz, es decir, si no están animados de un sentimiento de benevolencia, indulgencia y condescendencia recíprocas, en una palabra, mientras procuren destruirse unos a otros. La caridad y la fraternidad resumen todas esas condiciones y todos los deberes sociales; pero suponen la abnegación, y ésta es incompatible con el orgullo y el egoísmo. Luego con estos vicios, no es posible la verdadera fraternidad, ni por consiguiente, la

[1] *Revista espiritista* de París, Julio 1869.

igualdad y la libertad; porque el egoísta y el orgulloso lo quieren todo para sí. Estos serán siempre los gusanos roedores de todas las instituciones progresivas, y en tanto que reinen, los sistemas sociales más generosos y más sabiamente combinados caerán a sus golpes. Bello es sin duda proclamar el reino de la fraternidad: pero ¿a qué hacerlo, existiendo una causa destructiva del mismo? Eso es edificar en terreno movedizo, tanto valdría como decretar la salud en un país malsano. Si se quiere que, en este país, estén buenos los hombres, no basta enviarles médicos, pues morirán como los otros, sino que es preciso destruir las causas de insalubridad. Si queréis que los hombres vivan como hermanos en la tierra, no basta que les deis lecciones de moral, sino que es necesario destruir las causas de antagonismo, atacar el principio del mal: el orgullo y el egoísmo. He ahí la llaga, y en ella debe concentrarse toda la atención de los que seriamente quieren el bien de la humanidad. Mientras este obstáculo subsista, verán paralizados sus esfuerzos, no solo por una resistencia inerte, si que también por una fuerza activa que sin cesar trabajará por destruir su obra; porque toda idea grande, generosa y emancipadora, arruina las pretensiones personales.

Se dirá que es imposible destruir el egoísmo y el orgullo, porque son vicios inherentes a la especie humana. Si así fuese, preciso seria desesperar de todo progreso moral; y sin embargo, cuando se considera al hombre en las diversas edades, no puede desconocerse un progreso evidente, y si ha progresado, puede progresar aún. Por otra parte, ¿no se encuentra acaso algún hombre desprovisto de orgullo y egoísmo? ¿No se ven, por el contrario, esas naturalezas generosas, en las que el sentimiento de amor al prójimo, de humildad, de desinterés y de abnegación parece innato? Su número es menor que el de los egoístas, cierto, pues de lo contrario, no dictarían éstos la ley; pero hay más de las que se creen y si parecen tan poco numerosas, es porque el orgullo se pone en evidencia, al paso que la virtud modesta permanece en la oscuridad. Si, pues el egoísmo y el orgullo fuesen condiciones necesarias de la humanidad, como la de alimentarse para vivir, no habría excepciones. Lo esencial es por lo tanto, conseguir que la excepción se eleve a regla, y para ello se trata ante todo de destruir las causas que producen y conservan el mal.

La principal de esas causas proviene evidentemente de la idea falsa que se forma el hombre de su naturaleza, de su pasado y de su porvenir. No sabiendo de donde viene, se cree ser más de lo que es, no sabiendo a dónde va, concentra todo su pensamiento en la vida terrestre; la quiere tan agradable como sea posible; quiere todas las satisfacciones, todos los goces, y por ésto se echa sin escrúpulo sobre su vecino, si éste le es obstáculo. Mas para que así suceda, le es preciso dominar: pues la igualdad daría a los otros derechos que quiere para él solo; la fraternidad le impondría sacrificios en detrimento de su bienestar; quiere la libertad para sí, y solo la concede a los otros en tanto que no produzcan menoscabo a sus prerrogativas. Teniendo cada uno las mismas pretensiones resultan conflictos perpetuos que hacen pagar muy caros los pocos goces que llegan a procurarse.

Identifíquese el hombre con la vida futura, y cambia completamente su modo de considerar las cosas, como las del viajero que sólo ha de permanecer pocas horas en una mala posada, y que sabe que a su salida tendrá una magnífica para el resto de sus días.

La importancia de la vida presente, tan triste, tan corta, tan efímera, se borra ante el esplendor del porvenir que se ofrece a sus ojos. La consecuencia natural, lógica de esta certeza, es la de sacrificar un presente fugaz a un porvenir duradero, al paso que antes lo sacrificaba todo lo presente. Viniendo a ser su objeto, poco le importa tener un poco más o menos en ésta; los intereses mundanos son entonces lo necesario en vez de ser lo principal; trabaja en el presente con la mira de asegurar su posición en el porvenir, y sabe además con qué condiciones puede ser feliz.

Para los intereses mundanos los hombres pueden estorbarle, le es preciso separarlos, y por la fuerza de las cosas se hace egoísta. Si dirige sus miradas a la altura, hacia una dicha que ningún hombre puede dificultarle, no tiene interés en anonadar a nadie, y el egoísmo carece de objeto; pero siempre le queda el estimulante del orgullo.

La causa del orgullo está en la creencia que tiene el hombre de su superioridad individual, y también en esto se hace sentir la influencia de la concentración del pensamiento en la vida terrestre. Para el hombre que no ve nada ante él, nada después de él y nada que le sea superior, el sentimiento de la personalidad se sobrepone a todo, y el orgullo no tiene contrapeso.

La incredulidad no sólo no posee ningún medio de combatir el orgullo, sino que lo estimula y le da razón de ser, negando la existencia de un poder superior a la humanidad. Sólo en sí mismo cree el incrédulo, y es natural que tenga orgullo. Mientras que en los golpes que recibe el incrédulo no ve más que la casualidad, el que tiene fe ve en ellos la mano de Dios y se inclina. Creer en Dios y en la vida futura, es pues, la primera condición para templar el orgullo; pero no basta esto y justo al porvenir, debe ser el pasado para, formarse una idea justa del presente.

Para que el orgulloso cese de creer en su superioridad, es preciso probarle que no es más que los otros y que éstos son tanto como él: que la igualdad es un hecho y no simplemente una hermosa teoría filosófica, verdades que se desprenden de la preexistencia del alma y de la reencarnación.

Sin la preexistencia del alma, el hombre es inducido a creer que Dios le ha dotado excepcionalmente, si es que cree en Dios, pues cuando así no sucede, da gracias a la casualidad y a su propio mérito. Iniciándole la preexistencia de la vida espiritual infinita, de la vida corporal temporal, sabe de este modo que las almas salen iguales de manos del Creador, que tiene un mismo punto de partida y un mismo objeto, que todas deben lograr, en más o menos tiempo, según sus esfuerzos; que él mismo no ha llegado a ser lo que es sino después de haber vegetado largo tiempo y penosamente como los otros en los grados inferiores, que entre los más atrasados y los más adelantados sólo existe una cuestión de tiempo; que las ventajas del nacimiento son puramente corporales e independientes del Espíritu, y que el simple proletario puede, en otra existencia, ocupar el trono, y el más potentado renacer proletario. Si sólo considera la vida temporal, ve las desigualdades sociales del momento que le lastiman; pero si fija la mirada en el conjunto de la vida del Espíritu, en el pasado y en el porvenir, desde el punto de partida hasta el de arribo, esas desigualdades desaparecen, y reconoce que Dios no ha privilegiado a ninguno de sus hijos con perjuicio de los otros; que a cada uno ha dado igual parte y no ha allanado el camino más a los unos que a los otros; que el que en la tierra está

menos adelantado que él, puede llegar antes que él, si trabaja más en su perfeccionamiento, y reconoce, en fin, que no llegando cada uno más que por sus esfuerzos personales, el principio de igualdades a la vez un principio de justicia y una ley natural, ante los cuales cae el orgullo del privilegio.

Probando la reencarnación que los Espíritus pueden renacer en diferentes condiciones sociales, ya como expiación, ya como prueba, enseña que en aquél a quien se trata con desdén puede hallarse un hombre que ha sido nuestro superior o nuestro igual en otra existencia, un amigo o un pariente. Si el hombre lo supiese, le trataría con miramiento, pero entonces no tendría mérito alguno. Si, por el contario, supiese que su actual amigo ha sido su enemigo, su servidor o su *esclavo*, lo rechazaría. Dios no ha querido que sucediese así, y por esto ha corrido un velo sobre el pasado, y de semejante manera el hombre es conducido a ver hermanos en todos los iguales suyos, de donde resulta una base natural para la *fraternidad*. Sabiendo que podrá ser tratado como trate a los otros, la *caridad* viene a ser un deber y una necesidad fundados en la misma naturaleza.

Jesús sentó el principio de la caridad, de la igualdad y de la fraternidad; hizo de ellos una condición expresa para la salvación; pero estaba reservado a la tercera manifestación de la voluntad de Dios, al Espiritismo por el conocimiento que da de la vida espiritual, por los nuevos horizontes que descubre y las leyes que revela; le estaba reservado el sancionar ese principio probando que no sólo es una doctrina moral, sino una ley natural, y que es conveniencia del hombre practicarla. Así lo hará cuando, cesando de ver en el presente el principio y el fin, comprenda la solidaridad que existe entre el presente, el pasado y el porvenir. En el inmenso campo de lo infinito que el Espiritismo le hace entrever se anula su importancia personal; comprende que solo no es, ni puede nada; que todos tenemos necesidad unos de otros y que no somos unos más que otros, doble golpe asestado al orgullo y al egoísmo.

Pero para esto lo es menester la fe, sin la que permanecerá forzosamente en el atolladero del presente: no la fe ciega que huye de la luz, restringe las ideas, y mantiene, por lo tanto, el egoísmo; sino la fe inteligente, razonada, que quiere la claridad y no las tinieblas, que rasga valerosamente el velo de los misterios y dilata el horizonte; esta fe, elemento primero de todo progreso, que le da el Espiritismo, fe robusta, porque está fundada en la experiencia y en los hechos, porque le da pruebas palpables de la inmortalidad de su alma, le enseña de dónde viene, a dónde va y por qué se halla en la tierra; por qué fijar en fin, sus inciertas ideas sobre su pasado y su porvenir.

Una vez pisado este camino no teniendo el orgullo y el egoísmo las mismas causas de sobreexcitación, se extinguirán poco a poco por carecer de objeto y de alimento, y todas las relaciones sociales se modificarán bajo el imperio de la caridad y de la fraternidad bien comprendidas.

¿Puede esto acontecer en virtud de un cambio brusco? No es imposible; nada hay brusco en la naturaleza; jamás recobra súbitamente la salud el enfermo, pues entre la salud y la enfermedad media siempre la convalecencia. No puede, pues, el hombre cambiar instantáneamente su punto de vista, y dirigir la mirada desde la tierra al cielo, el infinito le confunde y le deslumbra, y le es necesario tiempo para asimilar las ideas nuevas. El Espiritismo

es, sin contradicción, el más poderoso elemento moralizador, porque zapa por su base al orgullo y al egoísmo, dando un punto de apoyo a la moral; en materia de conversión, ha hecho milagros; cierto que no son más que curas individuales y con frecuencia parciales; pero lo que ha producido en los individuos es prueba de lo que un día producirá en las masas. No puede arrancar de una sola vez todas las malas yerbas: da la fe; ésta es la buena semilla, pero a la semilla le es necesario tiempo para germinar y dar buenos frutos. He aquí porque todos los espiritistas no son aún perfectos. Ha tomado al hombre en mitad de la vida, en el fuego de las pasiones, en la fuerza de las preocupaciones, y si en tales circunstancias, ha operado prodigios ¿qué será cuando le tome al nacer, virgen de todas las impresiones mal sanas, cuando mame la caridad con la leche y sea columpiado por la fraternidad: cuando toda una generación, en fin, sea educada y alimentada en esas ideas que desplegándose la razón, fortificará en voz de desunir? Bajo el imperio de semejantes ideas que habrán llegado a ser la fe de todos, el progreso no hallará obstáculos en el orgullo y el egoísmo, las instituciones se reformarán por sí mismas y la humanidad avanzará rápidamente hacia los destinos que le están prometidos en la tierra mientras espera los del cielo.

ALLAN KARDEC.

SOCIEDAD ESPIRITISTA «EL PROGRESO»

BARCELONA

Este naciente círculo que acaba de inaugurar sus tareas en esta populosa capital, que cuenta ya con numerosos centros Espiritistas, se complace en acompañar a Ud. copia del acta levantada, con el fin de que lo ponga en conocimiento de los hermanos que componen la asociación que Ud. tan dignamente dirige.

Ante la inmensidad de beneficios que las ideas Espiritistas deben reportar a la humanidad que se agita sin norte fijo, no podemos hacer otra cosa que enmudecer, porque el buen criterio de Ud. sabrá interpretar nuestro silencio.

El progreso moral e intelectual es nuestra divisa y nuestro norte, el infinito, hacia el cual nos dirigimos con el peso de nuestra carga, que menos ha de pesar cuanto mayor sea el número de los que se unan en el lazo fraternal para pedir a Dios la fuerza necesaria y el auxilio de buenos Espíritus.

Dios os conceda todos los dones de su gracia.

Barcelona y julio de 1873.—El presidente, Cristóbal Milá y Vilá.—Señor presidente de la sociedad alicantina de estudios psicológicos.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Esta sociedad ha recibido, con inmensa satisfacción, el oficio y acta de fundación de ese *centro* denominado *El Progreso*, y, en sesión de ayer, ha acordado enviaros, por mi conducto y con carácter oficial, una sincera felicitación por tan fausto acontecimiento.

Llamado ese centro, de acuerdo con las demás sociedades de su clase, a extender y propagar los sanos principios de la más santa y regeneradora doctrina, cumple a

su deber, ante todas las cosas, librarle de toda influencia mistificadora, ya sea visible y procedente de abajo, ya invisible y originaria de arriba, y contra las cuales debemos estar siempre a la brecha, con el ojo avizor que nos da el estudio, y la razón clara y libre de preocupaciones.

La Sociedad *Alicantina de Estudios Psicológicos* desea, con ansia, estrechar íntimamente sus fraternales lazos con todas las que, como ese centro que acaba de inaugurarse, quieran extender y ensanchar la esfera de los beneficios que ha de reportar a la humanidad la más sublime y más grande de las ideas, la única que infiltrándose en el seno de una sociedad, perturbada en su conciencia por erróneas y añejas doctrinas, y corrompida en su sentimiento por el vicio, consecuencia necesaria de tanto extravío, ha de sacarla del caos donde viene agitándose tantos siglos, para enseñarla, entre los vivísimos resplandores que la verdad difunde, el verdadero camino de su salvación. Por eso el centro que tengo el honor de presidir se une hoy, con gran efusión, a los espiritistas todos del *Progreso*, les saluda y les envía un fraternal abrazo, ofreciéndoles sus débiles esfuerzos, para realizar la gran obra que tenemos empezada y que llevaremos a feliz término, si trabajando con perseverancia y con fe, pedimos a Dios la eficaz cooperación de los buenos espíritus.

Fe, esperanza y caridad...

Alicante 8 de julio de l873.

El Presidente.

DICTADO POR LA-TUBA

Médium J. Pérez

Discurso medianímicamente pronunciado por Juan Pérez, del espíritu E. Catalán, sobre el tema la mejor forma de gobierno para el desarrollo de la libertad y práctica de la justicia, en contestación al del ciudadano Gabilá.

Ciudadanos: todos habéis oído ante qué consideraciones si para el ciudadano Gavilá combatiendo la forma republicana federal nos ha presentado un gran paralelismo entre España y la república de la Grecia antigua, como si la Grecia viniera acaso, como si la abolición de la esclavitud moderna no se hubiese proclamado a voz en grito mayormente por el partido republicano, y, en fin, como si la Grecia de hace tres mil años pudiera ponerse en parangón con la España de la época, seis mil años de la era del mundo y de la historia.

Creo que este punto está suficientemente considerado porque el parangón no existe; y ese gratuito paralelismo, solo yace en la mente cuidadosa del ciudadano Sevila; pues esos escrúpulos pueriles y esos temores inocentes que le asaltan a la forma y restablecimiento de la república federal, nos ponen de manifiesto su poca fe en la política joven, audaz y emprendedora, en la política que está llamada a resolver el problema de la revolución moderna.

Y dejando por concluido este incidente, entro en la verdadera cuestión del tema, haciendo que mis palabras sean como el epílogo del discurso que pronuncié en la última conferencia.

Decía la otra noche, que el gobierno de la república federal, era, el que en mi concepto odia robustecer los principios de libertad, de orden y de justicia, únicos elementos que constituyen la felicidad de los pueblos; y decía también que, en el campo, al lado del lirio crece la azucena y un paso más allá, otra flor distinta esparce y confunde sus aromas con la esencia de otra flor, y que esta armonía de lo pequeño, es el espejo de la armonía de lo grande. Y bien: ¿no es esto claro? ¿no es la república federal la unidad en la variedad? ¿no es la variedad, la unidad y esencia de la naturaleza? ¿no es el hombre como una flor de la naturaleza misma? y si esto es así, ¿por qué nuestra inteligencia ha de mostrarse esquiva, menospreciando esa belleza, ese cuadro tan lleno de encantos y tan sembrado de armonías, esa belleza que siendo obra del mismo Dios, es su propia elocuencia que nos grita, que hemos de armonizarnos así, a imitación suya, engalándonos con el rico y sorprendente espectáculo de la variedad?

Porque España con sus diversos estados, con sus distintos idiomas, nos ofrece el espectáculo de un vasto campo intelectual, en donde el espíritu crece animado de una variedad infinita de sentimientos, de una variedad infinita de pasiones; pasiones y sentimientos, que no pueden fecundizar la savia de una misma ley, sin esterilizar el campo del espíritu, como el hielo, esteriliza la savia de la palmera, porque no es el hielo la naturaleza de su vida. (Grandes aplausos.)

España no puede ser una ley, no puede ser un estado, porque para ser esto, sería preciso destruir la naturaleza de los idiomas; la naturaleza de los sentimientos, la naturaleza de los caracteres, y la naturaleza de las costumbres; sería preciso fundir a los españoles y pasarlos por un alambique extraño por donde volvieran a reaparecer envueltos en una misma esencia, siendo todos los Catalanes, los Gallegos, los Andaluces, los Valencianos; un cuerpo en fin, en donde residiesen los mismos elementos de vida; y si esto fuese posible, esta monotonía en el hombre sería el desierto de la inteligencia y la desesperación de la naturaleza, que no produciría mas que flores de un mismo color, árboles de una misma talla, y hasta el cielo, para corroborar esta ley, se concretaría a no darnos más luz que la del crepúsculo matutino, y sombras y nieblas que coronaran las cumbres de un nebuloso horizonte. (Grandes aplausos.)

La variedad en las partes y la perfección en cada una de ellas formando un todo armónico; ésta es la república federal. Washington legó este lema en el corazón de la naturaleza, virgen de los Estados Unidos; y su espíritu sublime imitó a la naturaleza creando estados que en su principio, al establecimiento de la República, crecían como las flores diferentes dando aromas distintos al hermoso ramo de la federación. (Grandes aplausos).

Y España como los Estados Unidos, y como todas las naciones del mundo, tiene idénticas circunstancias de variedad, ya que el clima y la temperatura influye tan directamente en el carácter de los hombres.

Los Estados meridionales de la república americana, con su constitución libre, con la libertad de sus creencias, y con la razón de sus derechos naturales, creó su religión artística en armonía a su espíritu de fuego, ese espíritu infinitamente vigoroso, que, en la perfección de las formas encuentra el ideal de la sublimidad; y los estados meridionales de aquella república son nuestros andaluces con su imaginación volcánica, arrebatadora; espíritus impacientes que se escapan de aquí y entre-

tienen la vida pensando en el infinito de esa misma vida, y retratando el ideal de sus creencias en la piedra que tocan, en el lienzo en que bosquejan su fantasía, y en la palabra que vierten, tan dulce y tan llena de sentimiento, como si la dulzura misma tomara de los labios meridionales su delicioso sabor y su riquísima fragancia. (Frenéticos y prolongados aplausos).

Y como los estados meridionales, los estados septentrionales tienen también íntima analogía con nuestros estados septentrionales: si al gallego le dejásemos pensar en la elección de una creencia religiosa, sería protestante por la forma de su culto, frío como ellos mismos; y esto mismo serían los catalanes, aunque de sí son escépticos en materia de religión, pues en la mente de ellos no bulle otra creencia más que el trabajo, y lo santifican y le consagran su existencia como a la única divinidad.

Los catalanes perfeccionan el trabajo, y he aquí una perfección en la parte: los andaluces con su idealismo, perfeccionan el arte bello, el arte sublime de la poesía y de la construcción suntuosa, y he aquí otra parte perfeccionada: y cada estado, perfeccionando lo suyo, vendría a formar un todo armónico, que es el verdadero plagiario de la naturaleza con su rica variedad. (Grandes aplausos).

Ésta es la República federal, ciudadanos: o como si dijéramos la sublime concepción de Dios; por doquier colores, luces, y armonías, la naturaleza inteligente, al lado de la naturaleza animada, de la naturaleza de los perfumes que nos afecta de tantas maneras, y nos impresiona de tan diversos modos. Demos a la región del hielo un alma distinta a la que habite la región de los trópicos, y diferente a la que cruce la línea del ecuador, y dividamos estas zonas infinitamente; y no nos abrume la variedad, porque la variedad es una riqueza, y una riqueza también el pensamiento del hombre, analizando la infinita armonía de los seres en el ameno jardín del mundo donde nacen las purísimas flores inteligentes que se consagran, a Dios. (Grandes aplausos).

Ésta es la creencia del mundo moderno, y esta creencia que enardece el espíritu como la religión aviva la fe, en germen todavía, ha bastado para eclipsar la gloria de los Césares que pretendían abarcar el mundo llevando sus conquistas al estruendo de sus armas destructoras. El espíritu moderno ha derrocado el edificio de soberbia en donde se guarecía el Dios profano, el Dios mentido, los reyes, que absorbían la conciencia del hombre, y la doblegaban a su capricho, como doblega la flor el soplo del vendaval; pero hoy, un rey es un hombre estúpido o inteligente, y no se le mide más que por su talla y las naciones ven que ante esos ídolos desprestigiados, se desmenuzan; mientras son dichosas bajo el imperio y soberanía del hombre, revestido de sus derechos naturales, y protegidos por las leyes que le dicta su inmaculada razón.

España fundando sus leyes en la soberanía de su razón y en su dignidad nunca desmentida, proclamará para su gobierno la república federal, porque es lo único a que se adapta el carácter de los españoles, y además, porque es el prototipo de lo que ha de ser el mundo; todo armonía en la familia, en el pueblo, y en el estado; todo paz y amor, fraternidad y ventura; el hombre regocijándose con el hombre, admirando en su palabra su propia palabra, en su pensamiento, su pensamiento mismo, y en la mirada de todos la mirada de Dios, tranquila, dulce y llena de infinita expansión, al ver su obra de regeneración universal, completamente realizada. He dicho. (Grandes aplausos).

Discurso medianímicamente pronunciado por Juan Pérez, del espíritu de Fernando Gavilá.

Ciudadanos: no es mi ánimo pronunciar un discurso, porque la naturaleza me privó el don de la palabra fácil y elocuente para expresarme como yo quisiera conduciros con el acento de su mágica armonía a la región sublime donde se sientan los predilectos de Dios, los llamados a regenerar la humanidad al impulso de sus magníficas concepciones.

No es mi ánimo pronunciar un discurso como digo, porque después de todo, ¿qué es lo que os pudiera yo decir, que no fuese la hojarasca del magnífico ramo de discursos que se han pronunciado y que todos con beneplácito hemos oído? Pero siguiendo la corriente vertiginosa del espíritu moderno, del espíritu joven, que vierte ideas apenas abre los ojos al siglo de las grandes epopeyas, siguiendo esa corriente llena de agitación y de vida, hablaré hasta agotar las fuerzas de la inspiración y tocar su término, pues éste es el deber de la juventud, trabajar para amontonar granito al edificio de regeneración que estamos levantando.

Se trata en esta conferencia de la abolición de la esclavitud en la isla de Cuba, y depues de cuanto se ha leído y de esa miel sobre hojuela que vierte la palabra de nuestro eminente republicano Emilio Castelar, después de cuanto ha dicho ese hombre, admiración del mundo ¿quién será el que se atreva a añadir una frase con la pretensión de hermosear el sentimiento de justicia que encarna el problema de la emancipación del esclavo?

Solo a Castelar le estaba reservada la gloria de resolver ese problema, porque Castelar, señores, es el alma de la generación presente, Castelar es la vida de ese cuerpo llamado humanidad que se perfecciona y amolda a la hechura de Dios, y es, en fin, la lira del siglo XIX que eleva sus armoniosos acentos a la región del altísimo, para darle mañana cuenta de su trabajo en la tierra ya que le está encomendada la marcha del progreso al impulso de su divina inspiración.

Leer su palabra, es como interpretar al pie de la letra la diplomacia del cielo; seguir los períodos de sus brillantes discursos, es como entrever la verdad palpitante de la historia pasada, presente, y futura; y escuchar el acento de su arrebatadora elocuencia, es adivinar las evoluciones de la naturaleza intelectual, trabajando en su cerebro para dar forma a la armonía del mundo.

Yo siempre que he leído a Castelar, he pretendido leer su profecía, y tengo mis razones para creerlo; razones que no son del caso y que no diré por más que es mi deseo inculcaros la idea de que Castelar es un profeta de la democracia moderna, como Jesucristo lo fue de la democracia antigua. Sí, ved en su último discurso sobre la esclavitud como alude a dos generaciones alternadas. «El pueblo de la Babilonia de Occidente, dice, entusiasmado con el sangriento espectáculo del circo, es algunos siglos después víctima de la irrupción de los bárbaros del Norte, como tremenda expiación de la torpeza de aquel pueblo tan cruel como inhumano.

He aquí la justicia de los hombres que se suceden en ese laberinto inmenso que confecciona la mano de la providencia.

Castelar ha leído esto de la manera como leen los genios, lo ha visto trazado con caracteres indelebles en las páginas de la historia y aquel ejemplo de ayer le servirá para esquivar la desgracia a nuestra querida patria.

La esclavitud en Cuba sería el Circo de la Babilonia antigua con su barbarie: y nuestro pueblo tendría una cuenta abierta para con el porvenir que, irremisiblemente, tendría que pagar, porque los fallos de la providencia son irrecusables. Sí; la providencia hubiera castigado a nuestro pueblo si al proclamar los derechos naturales del hombre hubiera exceptuado a un solo hombre de esos derechos naturales. Además la obra de la revolución hubiera sido un destello pálido de la verdad; porque faltaba a la revolución la justicia; y esta justicia se ha realizado hoy, rompiendo las cadenas del ciervo que gemía en la servidumbre. La revolución hubiera sido una utopía como es la sombra y la luz en un mismo espacio sin un cuerpo interceptor, porque no puede concebirse que, alumbrando el Sol esplendente de la libertad para todos los españoles dejase de alumbrar para los españoles de las Antillas, ese miembro de nuestro cuerpo y fibra palpitante de nuestro corazón.

La república hubiera muerto de tristeza, la república hubiera muerto de pura melancolía al ver entre su libertad las cadenas; entre su alegría el gemido; entre los hermosos cánticos de gratitud a Dios, la triste plegaria del esclavo como cántico de muerte: la república se hubiera asfixiado de pesadumbre si no hubiere compartido generosamente su libertad con los negros, con esa raza desgraciada a quien debemos rescatar aun a precio de nuestra sangre, porque en su justicia resplandece la verdad de la república federal y la honra de los españoles. He dicho, (Grandes aplausos.)

CORRESPONDENCIA DE MADRID

6 de Junio de 1873

Conferencias.—Viaje de estudio.— Demostración de aprecio.—Un sonámbulo. —Periódico y libros.— Varios asuntos.

Terminé mi carta del mes último con la esperanza de que para motivar la presente, no me faltarían noticias que comunicarles; y tan acertado anduve, que por ser tantas y tan varias las que hoy puedo participarles, no sé por cuál empezar ni tiempo tengo para dedicar a cada una, siquiera sean breves líneas. Perdónenme pues si soy algo ligero en la exposición que de ellas haga.

Ya les dije de la inopinada manera que concluyeren las controversias en la Espiritista Española con harto descrédito para los arrogantes materialistas. Pues bien; la sociedad, con objeto de ocupar la noche semanal que a la contienda científica tenía señalada, dispuso comenzar la serie de conferencias que ha tiempo tenía dispuesta para la enseñanza de dichas doctrinas. Distribuyó tan grata tarea entre diferentes socios y cupo en suerte explicar en la primera al aventajado joven Sr. Martorell, quien nos hizo una magnífica disertación sobre el primer punto señalado en el programa, que previamente había formado la celosa Junta Directiva. Era este, *concepto de Dios*; espléndido tema y que se adaptaba perfectamente a los profundos estudios que el distinguido ingeniero, tiene hechos sobre la creación, origen y progreso de la raza humana. Sobre el concepto del espíritu explicó en segundo turno nuestro entusiasta hermano Huelves y sucesivamente han ido cumpliendo su cometido Corchado, Palet, y Salaverría; y en el corriente mes, tendremos el gusto de escuchar a otros hermanos tan distingui-

dos como los citados. Bien acreedores son los mencionados a que yo les tribute los justos elogios que por sus notables discursos merecen, pero todos me honran con su amistad y por lo tanto, parecer pudieran mis aplausos interesados. Quépales la satisfacción de haber cumplido perfectamente su deber, como yo la tengo de haberles escuchado con gran contentamiento.

El día 16 regresó a ésta nuestro querido Presidente Torres-Solanot si bien por breve tiempo, pues que a fines del presente mes y tomando motivo de su cargo de representante en Viena de los expositores de la provincia de Huesca, se propone visitar la Francia, Suiza, Bélgica, Alemania e Inglaterra, con el único y exclusivo objeto de conocer el progreso del espiritismo en esos países, y manifestar el estado en que se encuentra en nuestra patria.

Magnífico pensamiento y que bien merece la gratitud de todos nuestros hermanos en creencias. Para llenar completamente su propósito, prepara algunos notables trabajos; no siendo el menos importante un proyecto para celebrar un Congreso de Espiritistas. Siento verme privado del tiempo necesario para emitir aquí algunas ideas que se me ocurren acerca del mencionado proyecto, pero verbalmente lo haré ante esa sociedad dentro de breves días. Entretanto, le aplaudo con entusiasmo por los grandes resultados que puede producir. Al solo anuncio de dicho viaje ha recibido Solanot numerosas cartas de sociedades espiritistas que desean recibir su visita, y tengo para mí, que bajo todos conceptos su viaje ha de producir óptimos resultados para la doctrina en nuestro país.

La Espiritista Española que aprecia a su Presidente en lo mucho que vale, dispuso en su obsequio un banquete que se verificó en los últimos días de mayo y que creo sea el primero celebrado por espiritistas españoles. Como de él se ha ocupado el *Criterio* excuso dar detalles; solo diré que fue digno de nuestros hermanos y del objeto que le motivaba, y que si el menú fue suculento, fue mucho más placentero por la verdadera fraternidad que en la mesa reinó.

Hace algunos días que se han reanudado los estudios fenomenales; y entre los buenos casos que se han presentado, ha llamado notablemente la atención una niña que, en estado sonambúlico, lee correctamente en cualquier libro que se la presente; declara lo escrito en un papel que posea cualquier otra persona; pasea libremente por el salón opónganselа a su paso cuantos obstáculos se quiera y realiza otra porción de hechos que para los profanos pudieran pasar por milagros. Colocada bajo la dirección de uno de nuestros más entendidos hermanos, confiamos poder obtener importantes resultados.

Nada notable ha ocurrido en el concluido mes en las sesiones ordinarias; pero remito a Ud. el extracto que de ellas publica el *Criterio*, por la importancia que en la actualidad tienen las cuestiones en ellas tratadas.

Durante el mismo mes LA REVELACIÓN ha sufrido eclipse total para los suscritores de ésta, pues no sé de ninguno que la haya recibido. Como me consta la puntualidad de esa administración, para dar razón de la falta, es preciso recurrir a los señores empleados de Correos. Ellos podrán no ser espiritistas, pero los casos análogos que se repiten con frecuencia, nos demuestran que tienen afición al espiritismo o muy mala voluntad.

Supongo a Uds. enterados de la retirada de Mr. Bittard de la Sociedad de París. Secretario general de la misma durante un

largo periodo, este hecho cuya causa ignoramos, ha llamado mucho la atención en esta sociedad.

Hace dos días se ha puesto a la venta el expresado libro que lleva por título *Carlota Didier* obtenido por conducto de un sonámbulo y recopilado por mi querido amigo Palet que ha costeado su publicación. Recomiendo a Ud. su lectura y a todos la enseñanza que encierra. Es una interesante página de la revolución francesa y cuánto está relacionado con aquella grandiosa y terrible época, leídas las primeras líneas, no es posible abandonar el libro hasta llegar a su conclusión.

Y ya que de libros me ocupo, supongo en poder de Ud. Un Catecismo que con profusión ha remitido la Sociedad de Barcelona. Contiene todas las oraciones del buen cristiano; y escrito sin misticismo alguno, por sí solo se recomienda para cuantos amen las buenas prácticas religiosas descartadas de todo fanatismo.

La liberal e ilustrada Cartagena acaba de fundar otra Sociedad Espiritista. Hállense a su frente personas de tanta valía como entusiastas por nuestras sublimes doctrinas y puede asegurarse que contribuirán en gran manera a la propaganda en aquella rica provincia.

Y concluyo participándoles una noticia que no dudo recibirán con satisfacción. Conocidos son de Uds. los constantes trabajos que la Sociedad de ésta viene haciendo desde largo tiempo para la formación del Centro Espiritista Español y que aunque ya constituido con la cooperación de la mayor parte de las Sociedades y Centros de España, todavía y por causas largas de enumerar, no ha dado principio a sus tareas. Pues bien; es muy posible que su instalación oficial tenga efecto en el próximo mes de septiembre y que se verifique con notable solemnidad. Algunos detalles me son conocidos, pero como pudiera ocurrir que sufrieran alguna variación, me los reservo por hoy, si bien no serán Uds. los últimos que de ellos lleguen a tener conocimiento con alguna antelación.

Y basta por hoy. Al principiar esta tarea me propuse ser breve por pura necesidad, pero he dejado correr la pluma y aunque doy este tiempo por bien empleado, me es preciso emplear el poco de que puedo disponer en otras tareas que me son urgentes.

Hasta que tenga el gusto de abrazarles, quedo suyo buen amigo y hermano,

F. M.

VARIEDADES

CARTAS ÍNTIMAS

A mi mejor amiga la señora doña Sofía Cerutti en la muerte de su hija.

¡Pobre Sofía! que larga es tu expiación, la profunda ternura de tus sentimientos, la clara inteligencia que te distingue, el verdadero interés que te inspira la desgracia y otras buenas cualidades que posees, no han sido bastantes para borrar las culpas de tus pasadas existencias y has tenido que libar la copa de la amargura y apurar hasta la última gota, pobre mujer...! llora sí; llora, porque el llanto del dolor es el Jordán bendito que purifica a la humanidad.

En esas crisis supremas, en esos momentos de pruebas terribles si a nuestros ojos no acudiera el llanto, caeríamos como heridos del rayo y nuestro globo no hubiera contado apenas dos siglos de existencia.

Tu queja es justa, no hay filósofo en el mundo que al perder el todo que le unía a la vida, no se olvide, siquiera por una hora, de todas las razones lógicas, de las consideraciones más profundas, de las deducciones mejor meditadas; el espíritu está unido íntimamente a la materia y no siempre está en completa elevación, no se empequeñece, se vulgariza, y toma una parte muy activa en nuestros dolores y en nuestras alegrías.

Los hombres más eminentes, las almas mejor templadas, han derramado una lágrima en la tumba de sus esposas y de sus hijos, nosotras que hemos pasado por el mundo como pasan las hojas secas, sin dejar huella, no es extraño que el dolor domine nuestro organismo: ¡llora pobre Sofía! llora, yo uno mi llanto al tuyo, siquiera por la analogía que hay en nuestras existencias, que aunque por distintas causas, no tenemos ni un débil arbusto que nos preste sombra pudiendo repetir estos versos de Camprodon:

Y cruzamos un valle pedregoso,
Y arenales tostados por el fuego,
Y al fin me dice que hallaré reposo
Y camino... y camino... y nunca llego.

Qué peregrinación tan penosa, cuánto te compadezco pobre amiga mía, cuánto siento no estar a tu lado en esas primeras horas en que la intensidad del dolor nos hace dudar de todo, y cuando acudimos a la religión, nuestra mente extraviada se pierde en un dédalo de conjeturas y de ilógicas apreciaciones.

Muchas veces me has preguntado: ¿y qué es el espiritismo? ¿Qué bien reporta a la humanidad el creer que los muertos hablan? uno muy grande Sofía, te contesto yo.

La humanidad ha caminado a ciegas; y de sofisma en sofisma, de error en error, y de locura en locura, ha querido descubrir la incógnita que velaba a la causa de todas las causas, pero como hasta ahora se apoyaba en un débil muro de arena, y como el edificio de sus creencias flaqueaba en su base, éstas se deshacían para dar lugar a otras, y la fe de la humanidad era como la tela de Penélope.

La religión cristiana, aumentada y corregida por los santos padres de la iglesia, fijó cuatro lugares para las almas, el purgatorio, el infierno, el limbo y la gloria; y las imaginaciones, algo avanzadas, encontraban tanta injusticia, tanta tiranía, tan inconcebible absurdo en la existencia de estas regiones, que juzgaban a Dios como un ser vengativo, egoísta y que se colocaba a gran altura, como decían vulgarmente, para que no le alcanzara la venganza de los mortales.

Cuántas veces antes de conocer yo el espiritismo he contemplado a esos ancianos andrajosos colocados en pequeños carros por estar inutilizadas sus piernas y que imploraban la caridad pública, y he murmurado, con desconsuelo: ¿Para qué vivirán estos seres? ¿qué falta harán en el mundo, desheredados de la gran familia? y en cambio mueren niños hermosos que simbolizaban una esperanza, y desaparecen de la tierra mujeres hechiceras que estaban llamadas a ser buenas esposas y excelentes madres.... esto es, un contrasentido, esta es la más extraña de las anomalías.

Los ministros del evangelio se han quejado siempre de la poca fe que ha germinado en el corazón de los hombres, a los oradores religiosos les parece poca y a mí me parece mucha, demasiado buena ha sido la humanidad, o demasiado ignorante que se ha sacrificado en aras de un Dios monstruoso. He aquí la causa, el por qué, los profundos pensadores, y los hombres

esencialmente científicos han sido ateos: porque antes que creer en algo que rechaza la razón, es preferible no creer en nada.

Cuando un ser tiene conciencia de sí mismo, cuando reconoce que ha querido a los suyos, y ha consolado a los extraños, y ha vivido sin perjudicar a nadie, y siente sobre su cabeza desplomarse el infortunio, tiene que rebelarse indispensablemente ante su desgracia si ve a otros que han cometido abusos y hasta crímenes y sin embargo la fortuna les sonríe, la sociedad les alaga y el mundo les otorga consideraciones.

Dicen que en Francia los suicidios aumentan de una manera prodigiosa, nada más natural, la vida sin estar iluminada por la clara luz de la razón, la existencia luchando con la duda y vencida por el indiferentismo no tiene otro fin más que buscar en la muerte la última sensación del dolor, pero como a nuestro planeta no le ha llegado aún la hora de su completa descomposición, Dios envió una tabla salvadora, para que, los náufragos en su desesperada agonía, pudieran asirse a ella y ganar la orilla de la resignación y la esperanza.

Esa tabla es el espiritismo, amiga mía, el espiritismo con la lógica definición de un Dios misericordioso y justo, con la eterna o inmutable ley de la compensación, con la íntima y razonada creencia de que no tenemos más que lo que merecemos, nuestro orgullo se rebela, no queremos conocer nuestras faltas, no; medimos el tiempo por las horas que estamos en la tierra, pero miremos más lejos, mucho más lejos y caeremos anonadados contemplando nuestros desaciertos.

Sofía del alma, amiga íntima de mi corazón, llora, sí, llora, pero no llores por tu hermosa Julia, no lamentes que deja en la tierra un esposo amante y tres ángeles de amor, tu hija era muy buena y por eso su estancia en el mundo ha sido tan breve: era un espíritu demasiado elevado para vivir entre nosotros, y no puedes imaginarte en la esfera tan radiante que se encontrará desde donde mirará con pena tu profundo desconsuelo.

Tiemblas ante tu porvenir, no temas, no; si aún tienes que vivir en la tierra la providencia te abrirá un caminó más o menos escabroso pero al fin una senda, para poder cruzar el erial de la vida, acuérdate de mí, acuérdate cuando te decía, que anhelaba encontrar el secreto de morir sin dolor para morir yo así, acuérdate cuando apoyada en tu brazo miraba a la inmensidad y te decía no comprendo la vida sin la luz..... recuerda cuanto he sufrido Sofía, las pocas condiciones que yo tenía de vida propia y sin embargo viví… me encontraba más sola que tú en la tierra y al fin hallé hermanos del alma y como el hijo pródigo, encontré un Dios, un padre cariñoso; no desesperes de la providencia divina, si no puedes aceptar tan triste prueba con el entusiasmo del héroe, acéptala al menos con la resignación del mártir.

Si en tus pasadas existencias fueron grandes tus culpas, en la presente muchos seres desgraciados te han debido consuelo, entre ellos yo, muchas lágrimas has enjugado; y lo que hoy te causa tan inmenso dolor, la desaparición de tu hija, será tal vez lo que influya poderosamente en tus últimos días para tu completa regeneración.

Vive y espera, el célebre Dumas, a pesar de su ateísmo, decía que la sabiduría humana se reducía a estas dos palabras: confiar y esperar. Confía en Dios y espera en su justicia divina y así como otras te dirán que no llores yo te digo, llora, pobre

Sofía, llora; porque el llanto es el Jordán bendito que regenera a la humanidad.

Amalia Domingo y Soler.

Alicante.

SUEÑOS

UNA EVOCACIÓN

(CUENTO FANTÁSTICO)

Mi amigo Diego es el hijo mimado de la fortuna: compró en cierta ocasión un jaco para la noria, que dos meses más tarde lucía en la Castellana; se empeñó otra en tirar medio millón por la ventana, construyó un teatro y hoy logra un interés fabuloso a su dinero; por último, acaba de adquirir un ruinoso castillo que creíamos contenía ratas y sabandijas, y le hemos encontrado lleno de curiosidades de gran precio e inestimable valor artístico.

Entre otros, hallamos una tarde en el más inhabitable de sus torreones, cierta cajita triangular de ébano que no pudimos abrir de ningún modo. Sobre la tapa tenía un murciélago de plata cincelado, con las alas recogidas: esta postura del animalejo excitó más aún nuestra curiosidad, y fue la ocupación de la velada dar vueltas a la caja, hacer conjeturas sobre su uso.

Parecía contener un objeto de poco peso, y que sonaba como una hoja seca al rozar las paredes misteriosas de su estuche.

Así nos dieron las doce, y rendidos de sueño nos acostamos.

La soledad y el silencio son consejeros preciosos: minutos haría que me cobijaban las mantas, cuando me vino a la memoria con la viveza de una revelación, que el extraño murciélago de la cajita conservaba restos de esmalte rojo en su abierta boca. ¿Ocultaría en ella algún resorte? Al principio no nos lo permitió pensar la pequeñez de su abertura.

La impaciencia no me dejaba esperar el día; me arrojé de la cama y di en recorrer salones envuelto en una manta, sin pensar en el peligro de que me tomasen por algún fantasma trasnochado. Cogí la caja y volví y volví tiritando a mi aposento, pero con el júbilo y seguro paso del que acaba de apoderarse de un tesoro.

No podía entrar en la boca del murciélago la cabeza de un alfiler común: busqué en mi estuche de viaje, y hallé un punzón de acero fino y resistente, que parecía de perlas para el objeto, y con las manos temblorosas de emoción y de deseo, le apoyé violentamente en la lengua aun rojiza del animal.

Estaba dispuesto a todo, pero no pude reprimir un estremecimiento al verle en el acto tender las alas, dejando bajo su pecho una pequeña abertura, por donde se precipitaron mis ávidas miradas. No veía bien, y hube de renunciar a descubrir el contenido en suposición: volqué la cajita sobre mis sábanas para no perder el menor detalle, y cayó una placa hexagonal como de media pulgada, de una materia amarillenta y flexible, que inmediatamente reconocí ser una uña humana. Por los bordes tenía un marquito de oro; en uno de sus lados el sello de Salomón: en el otro unas rayitas quebradas, que me parecieron desde luego escritura. No podía leerla a simple vista, y me hallé muy embarazado hasta recordar mi anteojo de campo: le quité el objetivo, y con su auxilio leí. Siento no conservar copia: verdaderamente no era fácil.

(Continuará)

MISCELÁNEA

Almanaque.—En la Administración de esta Revista se halla de venta el que la sociedad Espiritista Española publicó con el título de *Almanaque del Espiritismo* para 1873.

Es un conjunto de artículos y poesías de nuestros mejores propagandistas, explanando los puntos más esenciales de nuestra doctrina; y trae además, la biografía y retratos de los presidentes de varias sociedades y el del gran médium Mr. Dunglas Home.

Este almanaque, juntamente con los que se publicarán cada año, formará una bonita colección y una preciosa galería de todos los principales defensores de esta gran doctrina.

ADVERTENCIA

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscritores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles LA REVELACIÓN hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 37

ALICANTE, 15 DE JULIO DE 1873

LA MEJOR PREDICACIÓN

I

Transido de dolor el corazón, lacerado y lleno de desconsuelo y amargura ante los tristes y deplorables acontecimientos de que, con ferocidad inaudita, acaba de ser teatro una de las más ricas y populosas ciudades de nuestra provincia: impresionado dolorosamente y lleno todavía de pavor nuestro espíritu, al simple recuerdo de aquellas escenas horrorosas, no gozamos aun de la calma necesaria para concentrar nuestro ser, y, desde el santuario tranquilo de la conciencia, fijar nuestra atención en ese aterrador y bárbaro suceso, para buscar, sin género alguno de pasión, y examinar, con rigurosa imparcialidad, las cansas principales a que ha debido su desarrollo, tan trágico como inesperado.

No es nuestro ánimo, porque tampoco tendríamos facultades bastantes, tratar esta cuestión, tan extensamente como reclama su importancia, considerándola en su verdadero terreno, en el terreno de la filosofía y de la historia. Inteligencias superiores tiene nuestro suelo, que podrán desenvolver un día, estas simples ideas que apuntamos hoy, y con galana frase y una erudición vasta y profunda, dar forma al pensamiento y ofrecerle a la conciencia humana, claro, sencillo y convincente.

Reconocemos, desde luego, la necesidad apremiante que existe de extirpar el mal de raíz, y, con escalpelo de la razón, penetrar en las profundidades del organismo social, examinar una por una las partes coexistentes en ese armónico conjunto, hasta encontrar el foco gangrenoso que sostiene su actual podredumbre, y aplicarle en seguida el cauterio.

Se ha dicho, y se repite con harta frecuencia por aquéllos que, ya sea por carecer de la necesaria instrucción, ya porque la pasión política les tiene la razón ofuscada, o que por hábito, acaso, se contentan y satisfacen con estudiar los hechos y las cosas solo por la superficie, que las predicaciones republicanas han sido la causa fundamental de los trastornos que deploramos. Que se ha hecho un mal muy grande a la sociedad, dando a las masas, en su mayor parte, ignorantes, ideas y nociones de derechos que no están en el caso de poder comprender, por la sencilla razón de que no las tienen tampoco de sus principales deberes. No seremos nosotros los que desconozcamos el tanto de culpabilidad de que se han hecho responsables, en estos sucesos, las exageraciones del republicanismo, ni los males que se han causado a la patria con la impaciencia

y, más que todo, con la precipitación en la manera de querer realizar las reformas: pero el mal no está ahí, viene de más lejos, hay que irle a buscar en otro campo que el político, y cualquiera que sea la distancia que nos separe de su punto de partida, desde, allí hay que principiar su estudio, y seguirle paso a paso, para conocerle bien y poder sacar del examen que se le someta, toda la enseñanza que pueda revelarnos. El mal es siempre una consecuencia de la imperfección de nuestro ser; el hombre le va dejando poco a poco y en la misma medida con que realiza su perfeccionamiento moral, de donde se sigue la necesidad imprescindible de la instrucción. El hombre instruido jamás se extralimita hasta el punto de deshonrar y avergonzar a la sociedad, hasta el crimen. Pero la educación que tienda a enaltecer y mejorar sus cualidades, la debemos considerar bajo su triple aspecto físico, intelectual y moral. La primera, completamente abandonada hasta nuestros días, empieza, por fortuna, a llamar seriamente la atención de los gobiernos, y hace esperar que no esté lejos el día en que adquiera un desarrollo proporcionado a las necesidades del país. La segunda, la intelectual, ha dado un grandísimo avance en nuestros tiempos, y si bien no se halla extendida, como fuera de desear, a todas las clases sociales, abrigamos la esperanza, que bajo la protección y amparo de las celosas autoridades que han de regir los destinos de la patria, se hará obligatoria la primera enseñanza elemental, y ella será el incentivo poderoso e irresistible para los más, que, ansiando satisfacer las necesidades del espíritu, aspirarán forzosamente a completar sus conocimientos en el ramo del saber a que, por vocación u otra causa, quieren dedicarse. Pero ¿y la tercera, la educación moral? ¡Ah, la pluma se cae de la mano al considerar el lastimoso estado de atraso en que se encuentra, después de diez y ocho siglos de perseverante, aunque infructuosa predicación! Pobre, enclenque y raquítica, ni aún ha podido desprenderse de las mantillas de su infancia, y sigue arrastrando una existencia valetudinaria, que la hubiera ya anonadado por completo, a no tener sus raíces sólidamente implantadas en las profundidades del corazón. Ella, la educación moral, hija predilecta del pensamiento y base fundamental del edificio social, así hoy como ayer, como mañana y como siempre, no obstante su grandísima importancia y la predilección con que se la ha mirado, se halla aún abandonada a sus propias fuerzas; pero ¿qué decimos? extraviada y perdida como bajel sin timón y sin brújula en el embravecido Océano. ¿Qué fue de vuestra sublime predicación, Confucio, Sócrates, Platón y tantos otros varones insignes, glorias imperecederas de la humanidad, astros majestuosos de purísima luz, que, a través de los siglos, seguís todavía disipando con vuestros claros destellos, las tinieblas de la ignorancia, y alimentando con el hálito vivificador de vuestra doctrina, la vida moral del espíritu? ¿Qué fue de vuestra bendita enseñanza, ¡ilustre mártir del Gólgota! de vuestras sacrosantas y consoladoras máximas, de vuestras divinas predicaciones, de vuestras palabras que llegan al corazón embalsamadas con los suaves aromas de la verdad, de la humildad y la mansedumbre, y que brillan aun y para siempre en las doradas páginas del evangelio? ¿Dónde están los frutos de aquellos admirables ejemplos de amor y fraternidad, que, con abnegación sin igual, dabais a aquella generación envilecida y degradada por el fanatismo de una religión falsa? ¿Por qué santificasteis, elevando a principios incontrovertibles, a verdades inconcusas e imperecederas, las leyes de justicia, de amor y de caridad, y

lanzasteis del templo abominable de la superstición, a sus sacerdotes indignos, a sus mercaderes, si después de diez y ocho siglos habían de quedar las cosas en el mismo estado de entonces? ¡Ah! diez y ocho siglos de absoluta dominación, en completa posesión de la riqueza del país, dueños en todas partes de las conciencias, sin la distracción que causa al espíritu la necesidad de dar el sustento al cuerpo, tranquilos, hospedados cómodamente en *humildes* monasterios, ya que no en suntuosos palacios, sin otra misión que la importantísima de levantar el sentimiento moral del pueblo y guiar a la humanidad por el anchuroso camino trazado con el ejemplo y la palabra de Jesús, ¡ejemplos y palabras que yacen como letras muertas, cubiertas entre los restos mortales de aquella personalidad divina, con el tupido sudario de Arimatea!

Dicen que las verdades amargan y esta afirmación es a todas luces absurda. La verdad es el bien, y el bien endulza y fortalece al espíritu. Lo que amarga es el error; y las predicaciones que le toman por base de doctrina, amargan igualmente al que las da como al que las recibe, y llevan, en pos de sí y a través del tiempo, como estela fatal de negro humo, los gérmenes del mal con que contaminan a las futuras generaciones. Sin esas erróneas y falsas predicaciones no nos quejaríamos hoy de los extravíos de la humanidad, ni de sus brutales y feroces instintos; ni tendríamos que lamentar siquiera los tristísimos sucesos de Alcoy.

Los gérmenes del bien permanecen todavía latentes en el corazón de las masas populares, sin que hasta ahora haya habido una mano bienhechora y caritativa que los rociase con el soplo fecundante y puro de la palabra evangélica, a cuyo calor suave hubieran germinado, venido a la vida, y hechos ya árboles frondosos, regalarían a la presente generación, en vez de crímenes, sabrosos y sazonados frutos. No, los que han estado exclusivamente encargados de la noble misión de dirigir la educación moral del pueblo, no han sido guiados en sus predicaciones por otro interés que el de la ambición y el egoísmo; también por el interés de mantener en la oscuridad las inteligencias, y en un profundo letargo el sentimiento moral; han trabajado más para sí que para la humanidad, han desempeñado un oficio, no una misión. Fanatismo y superstición es lo que se ha predicado hasta aquí, y fáciles son de apreciar las consecuencias y los resultados de semejante conducta. Y en medio de esta perturbación, nacida de las causas mencionadas, todavía se tiene la insensata pretensión de atribuir el salvajismo de las masas, a las predicaciones republicanas, sin parar mientes en que esas mismas predicaciones han tenido su cuna en Belén, que nacieron con Jesús, que las enseñó y practicó, y aún supo infiltrarlas en el corazón de aquella sociedad corrompida; predicaciones tan santas como lo son las leyes de justicia, de amor y de caridad, cuya exposición clara y sencilla constituirá de hoy más nuestra mejor predicación.

EL ESPIRITISMO Y SUS DETRACTORES

(Conclusión) [1]

De error en error, caminando a ciegas, sin más guía que su interés, sin más pruebas que sus afirmaciones, amenazando con sus anatemas al que intentara siquiera analizarlas; la iglesia de Roma ha formado de Dios un ser sometido a las debilida-

[1] Véanse los números 33 y 35.

des humanas, capaz de amoldarse a sus deseos para la mejor realización de sus propósitos.

La iglesia de Roma, desconociendo la esencia divina, desconoce sus atributos, y de esto que los teólogos, sin distinguir bien entre estas dos proposiciones: *Todo es Dios y todo es en Dios*, puede decirse que degeneran en panteístas en su afán de ser dogmáticos.

No es una afirmación panteísta: *Ex ipsa summa essencia et per ipsam el in ipsam sunt omnia,* y panteístas, ¿cuántas proposiciones semejantes se han formulado?

¿Y hacia dónde nos conduciría el panteísmo? irremisiblemente al escepticismo; porque un ser sin individualidad, ni conciencia de sus actos, un ser que carece de las propiedades que constituyen la personalidad humana, no puede considerarse como tal ser en el verdadero sentido filosófico. No hay, pues, que extrañar, si la iglesia de Roma admite como artículos de fe, las falsas concepciones del pensamiento humano, cuando con tanta claridad demuestra la equivocada idea que tiene del pensamiento divino.

Si ésta conociese la esencia divina excluida de individualidad si bien dotada de personalidad y los atributos que le son propios, mejor dicho, exclusivos, en concepto de ser único, absoluto e infinito; si ésta comprendiese las verdaderas relaciones que unen al ser finito, individual, no único, ni absoluto, con el ser infinito, absoluto y único; ciertamente que no daría al mundo el triste espectáculo de la profesión de sus errores y la menguada idea que de los atributos divinos tiene formada.

No hubiera creado el infierno con su fuego material, por atentatorio a la verdad divina. No hubiese creado las penas eternas por atentatorias a la justicia y a la misericordia infinitas, ni la personalidad del diablo por no poner en tela de juicio su poder absoluto.

¿Se concibe que Dios, que es el bien sumo, condene a sus criaturas, personalidades relativas a su personalidad divina, a la eterna condenación por sus errores o debilidades?

¿Se concibe que Dios, conjunto de misericordia y bondad, autor de lo creado, condene a sus criaturas al eterno tormento por sus extravíos, sin que el conocimiento de sus errores, el propósito de la enmienda, la plegaria pía, sirvan para detener una venganza soberbia: impropia del Ser supremo?

Si invocamos la ciencia en nuestro apoyo, responderá con el lenguaje de la verdad que tal suposición es un atentado contra la omnipotencia.

Si invocamos la moral, nos pondrá de relieve lo absurdo de esta concepción por contraria al sentimiento humano, y en su consecuencia, con más razón al sentimiento divino.

Si invocamos la justicia, estará de nuestra parte porque no puede admitir su rectitud que se prive al ente perfectible del arrepentimiento que regenera su existencia y le abre las puertas de la perfección que en su delirio olvidara.

La doctrina evangélica, sublime dechado de caridad consoladora, ordena a los hombres que perdonen sus ofensas para que a ellos les sean perdonadas las suyas por el padre Celestial. Esto predican las escrituras santas, eso dice el sentimiento, esto habla la razón.

¿Y puede Dios permanecer sordo a los ruegos de sus hijos que piden misericordia, que perdonan cumpliendo estos santos preceptos, negando airado su perdón

por toda una eternidad? No es posible, y quien lo afirma con tanta ligereza es más digno de la compasión de Dios que el que inconscientemente delinque en su ignorancia.

Vamos a demostrarlo.

Al darnos Dios el libre albedrío, nos dio la responsabilidad de nuestras acciones, al darnos el pensamiento nos dotó del sentimiento, y estas bellas propiedades de nuestra doble naturaleza, unidas en indisoluble lazo, nos proporcionan la satisfacción del placer cuando obramos con rectitud y el tormento de la pena cuando procedemos en contrario. Y como los seres racionales tienen la conciencia de sí mismos: de ahí que el premio a la virtud nos lleve a practicarla, y el castigo al crimen nos induzca a odiarlo. Nada más justo ni más lógico que la providencia divina.

Al que se le concede la libertad de pensar, la libertad de obrar, se le debe exigir la responsabilidad de sus actos y de sus pensamientos, al que obra bien se le premia, se castiga al que obra mal. Premio y castigo en relación a la causa que se hace acreedora de ellos.

La impunidad del delito es tan atentatoria a la justicia divina como la eterna condenación del culpable. La duración del castigo debe ser proporcional a las faltas cometidas. Dios no puede perdonar al que le ofende hasta tanto que el sincero arrepentimiento no pida misericordia, porque esto sería contrario a sus inviolables principios y *por eso en este mundo y en nuestras existencias posteriores*, purga el hombre sus culpas sin quitarse la esperanza del arrepentimiento y de alcanzar algún día su perdón. Ésta es la más lógica, la más verdadera comprensión y distribución de la justicia de Dios que hasta hoy día, el espiritismo tan sólo ha sentado sobre las sólidas bases de un inviolable atributo.

Dios castiga porque su justicia así lo requiere, pero también perdona porque está en su misericordia perdonar.

Esto lo ha olvidado la iglesia de Roma, profanando la dignidad de Dios, privándole de sentimiento y negándole sus atributos outológicos y morales. ¡Y se atreve todavía a condenar el espiritismo! ¡Cuánta osadía y cuánta ignorancia! Lo condena porque comprende a Dios tal *cómo* es y *todo* lo que es. ¿No es más digna de compasión que de ira?

Tú que proclamas el infierno, te abrasarás en el fuego de tus errores. Tú que proclamas la eterna penalidad, la encontrarás siempre contigo hasta que llegue la hora de tu abjuración, que llegará, no lo dudes.

Tú has hecho abjurar errores sin reparar en los tuyos; te has erigido en omnímodo poder terrenal sin mirar tu pequeñez; has llamado en tu apoyo la tradición sin observar que el ayer no puede ser compatible con el hoy; has supuesto que creando un infierno en su acepción material, serías con su fuego poderosa y fuerte: pero ¡ay! olvidasteis que el mundo, siguiendo su marcha, pondría de relieve un día lo falso de tus creencias y lo horrible de tus afirmaciones. Tú has creído en Satanás porque al ser una personificación está encarnada en ti misma.

¿Qué significa la personalidad del diablo con su poder para el mal, frente a frente de Dios, Creador del bien?

Un poder que lucha con otro poder, una omnipotencia en oposición a otra omnipotencia. ¿Y dónde está la omnipotencia divina, creyentes en Satanás? ¿Dónde la infinidad de su poder, lo absoluto de su creencia, lo único de su personalidad? O Dios o Satanás, éste es el dilema: O el bien o el mal. Dos infinitos no caben en el infinito. Dos absolutos en lo absoluto.

Dos unidades en la unidad. Si Satanás impera. Dios es inferior a su persona; si Dios domina no puede su poder aceptar otro poder, ni aun relativo, porque su esencia entera y única absoluta e infinita lo rechazan, lo repele. Quién es, pues, nuestra égida, ¿Dios o el diablo?

Quede en buena hora para los religiosos que admiten la individualidad de Dios, estas concepciones ridículas de poderes opuestos. El cristianismo no es el budismo, no es el paganismo, es algo más. Comprendamos a Dios en toda su grandeza, en toda la plenitud de su poder, sin mistificaciones de ningún género.

De manera, que la Iglesia de Roma nos condena, porque negamos el infierno con su fuero material, cuando está demostrado que no existe. Nos excomulga porque negamos la enormidad de las penas, cuando la ciencia, la moral, la justicia, el sentimiento y la razón confirman nuestras ideas y rechazan sus afirmaciones, y por último, trata de aniquilarnos y destruirnos, porque no admitimos la personalidad del diablo opuesta a la personalidad divina, mejor dicho, porque no individualizamos a Dios a semejanza de las religiones indias. ¿Conseguirá su objeto? Mucho lo dudamos. Esperamos impasibles los sucesos. Despreciamos las iras y las amenazas, sean de quien fueren, vengan de donde vengan. El espiritismo es más grande que todo el poder de los nihilistas y los partidarios de la fe ciega. Nuestras convicciones tienen las raíces más hondas que las negaciones de unos y los artículos de fe de los otros. Nuestras creencias están fundadas sobre más sólidas bases que el *nihil* de los primeros y los *misterios* de los segundos.

La hora suprema se acerca: esa hora anhelada que en el reloj del tiempo va a sonar indicando a la humanidad el momento de su regeneración. Los esfuerzos del mundo antiguo no bastan a contener el impulso dado al mundo nuevo, está al borde de la pendiente y por fuerza ha de recorrer su camino.

Las costumbres varían, las conciencias despiertan, los corazones laten a impulsos de sentimientos desconocidos, las ideas se perfeccionan, las cadenas de los oprimidos, caen a los pies de los opresores, las revoluciones se suceden en el orden político, dejando como las tempestades más pura y trasparente la atmósfera para que brille el sol con más intensidad, el cambio social de los pueblos se realiza en armonía a las aspiraciones del espíritu; y como estas trasformaciones serían infructuosas y hasta temibles, sin que la moral y la religión se unieran de consuno para ayudarles y servirles de guía, el espiritismo viene a imponer estas verdades indicando la senda de perfección.

A instituciones que mueren, instituciones que nacen: ésta es la cadena eslabonada de los acontecimientos que constituyen la marcha de la vida. Ya no se vive de recuerdos, hoy solo debemos vivir de esperanzas.

Pese a quien pese, el Espiritismo vivirá reinando las costumbres, cimentando la religión sobre las bases de la fe racional, proporcionando consuelos a la humanidad.

¡Atrás, materialistas groseros! ¡Atrás, iglesia romana! ¡Paso a la nueva idea, a la nueva conciencia! ¡Plaza al Espiritismo!

IVAN SOERTLLER.

SUEÑOS

UNA EVOCACIÓN

(CUENTO FANTÁSTICO)

(Conclusión)

Era la inscripción en latín, y decía poco más o menos: «El que no tema la muerte ni la condenación por un descuido, y quiera gozar del poder de Luzbel, haga la siguiente evocación, y obre después con energía.» En seguida había tres palabras en caracteres latinos, pero desconocidas para mí.

Yo he sido dado, y creo saber algo, a la alta magia. Mi instinto generalizador me ha llevado desde el Magnetismo del siglo XIX a los misterios de la antigüedad, y en todos he encontrado idéntico fin útil, y semejantes medios puramente naturales; por tanto, los duendes y las brujas son mis amigos, siempre que sean de buena voluntad, y ni temo la muerte, ni creo que deba temerse nada mientras se obre bien. Sin embargo, por arraigadas que uno tenga sus convicciones, no por eso deja de dudar un tanto cuando con tal seguridad y parecidas circunstancias se le presenta la opinión contraria: no sin un secreto terror que quería ocultarme a mí mismo, tracé en el aire, hacia el Sur, el sello de Salomón, y pronuncié las palabras misteriosas.

Yo esperaba algún ruido o alguna conmoción a la proximidad del príncipe de las tinieblas, pero nada sentí, y ninguna visión espantosa o agradable se presentó a mis ojos.

Repetí la operación con toda la entonación solemne de un sumo sacerdote, pero no obtuve más satisfactorio resultado; además, como no había muerto, no temía que fuese el mal éxito por impericia mía, sino por ineficacia del conjuro, o más bien por lo que yo creía anteriormente respecto al ser que llamaba. Iba ya a conjurar a los cuatro vientos, si al Sur no era bastante, cuando al volverme bacía el Norte di un salto y dejé escapar una exclamación de asombro. En mi cama estaba yo mismo acostado y con los ojos abiertos mirándome hacer. La negra honrilla filosófica me impidió echar a correr: hice por serenarme, y con voz no muy inteligible aún, pregunté a mi *sosia* ¿quién eres?

—Pero tú, ¿quién eres? —Luzbel.

—Años hacía que deseaba hallarte.

—Siglos hace que me llevas contigo.

—No te he visto.

—No es fácil ver lo que se lleva en el corazón.

—¿Puedes tanto como se dice?

—Puedo más: puedo anular mi poder.

—¿Cómo?

—¡Queriendo!

—¿Y cómo yo, si te llevaba conmigo, no puedo como tú?

—Porque no has *querido*.

—No te comprendo, Luzbel.

—Aún no es fácil.

—¿Qué debo hacer para comprenderte?

—Dormir aquí, y dejarme ahí a mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Escribir.

La idea de Luzbel escribiendo a la luz de una vela, me hizo sonreír en medio de mi sorpresa, pero mi sonrisa se reflejó en el acto en su semblante, y me dijo:

—Lo que he de escribir es para ti: el cómo, ya lo sabrás más tarde.

—¿Cuándo podré leerlo?

—Mañana.

—¿Solo yo?

—Y los que se atrevan a evocarme.

—¿Y los que no crean en ti?

—Me evocarán sin dificultad, como tú has hecho.

—Pues bien, déjame acostar y....

Iba a decir adiós, me contuve temiendo que huyera el ángel rebelde; pero con sorpresa cada vez más creciente le vi tomar mi frase donde yo la dejaba, y seguir;

—.... ¡Y adiós!

No pude contener mi curiosidad: ¿cómo le dije, pronuncias esa palabra?

—Porque toda criatura, respondió, pronuncia el nombre de su Creador.

—Sí, pero los rebeldes....

—¿Quién puede rebelarse al Omnipotente?

—¿No eres rebelde?

—No: soy servidor.

—¡Él ángel de las tinieblas!

—Las tinieblas son fuente de la luz.

—¡No te entiendo!

—¡Mañana!

—Adiós entonces.

—Él me permita decirte la verdad.

Me acosté, y un sueño invencible empezó a dominarme: yo veía los ojos de Luzbel, es decir, mis otros ojos fijos en mis pupilas, y me dominaban dulcemente. Soy magnetizador y conocía aquello; pero era la primera vez, a mi juicio, que un magnetizador era magnetizado por el diablo: esta idea mía le hizo sonreír; y fue su sonrisa protectora y melancólica a la par, lo último que recordé. Después mis párpados se cerraron y me dormí velado por el demonio.

Nunca había dormido con tan sublime guarda.

. . . . . .

A la mañana siguiente me despertó mi amigo Diego con un «vamos, literato; dormilón, arriba,» que hizo estremecer las puertas y las ventanas. Yo me metí los puños en los ojos, y me senté azorado en la cama, preguntándole ¿qué hora es?

—No muy tarde, me contestó; para el que ha debido estar escribiendo hasta la madrugada. Son las ocho.

—¿Escribiendo?

—Sí, escribiendo: te has dejado las cuartillas encima de la mesa.

Yo nada recordaba: solo sí sabía que desde mi salida de Madrid no había tomado una pluma.

No entendía una palabra: él lo conoció y me trajo de la mesa varias cuartillas, a cuya cabeza había escrito un

QUIEN SOY YO

y firmaba Luzbel. Era mi letra, un poco tendida como que haber escrito muy deprisa, y me recordó en el acto la promesa, el conjuro, y todas las demás peripecias de la noche.

Diego se asustó de mi expresión de asombro; hasta darme agua; pero yo la rechacé y le dije: ¡no, la caja!

—¿Qué caja?

—La de ébano.

—Bueno, ¿y qué? ¿Has soñado que te encerraban en ella? Estrecho andarías.

—No, no; tenía dentro.....

—¿Qué? ¡Acaba!

—Un conjuro.

—¿Las has abierto? —Sí.

—¿Y qué es un conjuro que está dentro de una caja?

—Escrito.

—¡Acabáramos! ¿Le has hecho?

—Sí.

—¿Quién ha venido?

—¡Ese!

—¿Tú? Esto es letra tuya.

—Sí; pero la ha escrito Luzbel.

Mi amigo es valiente; pero aun así, su primer impulso fue soltar las cuartillas escritas; pero el segundo fue mirarme a la cara a ver si tenía en ella algún indicio de sonambulismo o de locura. Yo le comprendí y le dije:

—La prueba de que no lo he escrito yo, es que mis dedos no acusarán la menor gota de tinta.

Le mostré, y aquí el terror fue el mío. Los tres primeros dedos de mi mano derecha parecía que acababan de salir de un tintero. Debió ser tan estúpida mi mirada de los dedos a él y de él a los dedos, que a pesar de su preocupación justa por mi razón no pudo contener una de sus francas y sonoras carcajadas. Yo, no sabiendo cosa mejor que hacer, le imité y riendo me puse a vestir apresuradamente.

Busqué la cajita entonces y no la hallé; pero vi, sí, que era el tintero y las plumas de mi estuche las que me habían servido. Todo lo demás estaba en orden.

No tuve valor para leer lo escrito, porque sentía realmente que la razón se me escapaba. Así es que arrastré a Diego hacia el salón que nos servía de comedor, y le dije:

—Vamos a almorzar, y entretanto te lo contaré todo.

—Vamos, me dijo: y nos sentamos silenciosamente a la mesa.

El aire del campo, la vida activa que llevábamos, los pocos cuidados que nos aquejasen, nos daban un apetito excelente.

Devoramos más bien que comimos dos platos, y al tercero me ocurrió preguntarle:

—Hombre, Diego, ¿qué tal he almorzado?

—Donosa pregunta; ¿no lo sabes tú?

—No.

—Pues como un buitre. ¿Por qué?

—Porque les locos no suelen comer bien, ni dormir. Entonces me miró aterrado.

—No te asustes, le dije: no estaré muy loco cuando no quiero estarlo; pero te confieso que no entiendo lo que me sucede

—Tú, el mago; tú, el adivino....

—Yo, el adivino y el mago, me convenzo cada vez más de que lo que sabemos y nada es todo uno.

—¿A quién se refiere ese sabemos?

—A los hombres de la Tierra.

—Supongo que serán lo mismo que los demás.

—Pues suponemos mal, porque la escala progresiva de los mundos implica escala progresiva también en sus habitadores.

No quedó muy convencido, pero sí sin saber qué contestar. Aprovechando yo esta ventaja momentánea, le conté punto por punto lo precedido en la noche, y cuyo resultado era aquella *autobiografía diabólica*. Diego me escuchó con gran atención, y deseoso sin duda de mostrarme la falsedad del relato en sus fundamentos, se levantó a tomar de encima de

la gigantesca chimenea de la habitación la caja de ébano. Allí la habíamos dejado la noche anterior, y mortificado un tanto, la vi traer triunfantemente en la palma de la mano izquierda señalándola con la derecha. Yo la tomé, la reconocí en todos sentidos, y por fin me arriesgué a un ensayo supremo, e introduje la punta de un palillo en la abierta boca del murciélago. Me quedaba aún el recurso, que pensaba utilizar en último extremo, de decir que no tenía fuerza bastante la punta de madera, pero contra toda mi esperanza el animal extendió sus argentinas alas y el mismo hueco que durante la noche se presentó a mis atónitas miradas.

Entonces fui yo quien enseñó triunfalmente a Diego el fruto de mi hazaña. Diego me arrebató la cajita de mis manos, la volvió y sacó el mismo hexágono córneo con su marco de oro. Por algunos instantes no nos atrevimos a mirarle de cerca: nos parecía que era peligroso hasta su contacto, pero cuando le cogimos por fin, le encontramos liso y sin escritura de ningún género.

Diego, impaciente ya, tomó las cuartillas escritas y se disponía a leerlas cuando recordé la limitación que Luzbel me había impuesto: le puse la mano en el brazo y le dije: ¿Sabes, Diego, que solo pueden saber eso los que evoquen antes a Satanás?

—¡Es que yo no le evoco!

—Pues entonces no leas; bástate con lo que sabes ya.

—Bien, me dijo: toma y no me hables más de esta noche mientras estemos aquí.

Yo tampoco me atreví a leer aquello, lo guardé en mi bolsillo y esperé la noche; llegué, me acosté, y no pude repetir el conjuro por que el hexágono de la caja seguía sin letra ni signo alguno visible, pero no me fue menester.

Apenas había cerrado los ojos, mi otro yo se colgó de mi brazo, y me hizo dar con él un paseo por horizontes desconocidos. Yo me dejé llevar, y solo me ocurrió una idea, que no me atrevía a preguntarle pero que él se apresuró a contestar: mi idea fue la piadosa leyenda del ángel de la guarda. Luzbel sonrió, y me dijo: es mi jefe.

—¿Tú jefe?

—Sí, mi jefe: todo lo que yo hago es por él y para él.

—¿Según eso no sois enemigos?

—Sí y no: somos como la variedad y la armonía, somos como la sombra y la luz, como el ayer y el mañana, como el dolor y el placer.... la misma esencia en dos manifestaciones complementaras.

—¿Cuál es vuestra creencia?

—El progreso.

—¿Pero el progreso no es Dios?

—No: Dios es el *progresado*.

Me callé, no por falta de curiosidad, sino de preguntas; él lo conoció, y me dijo: lee lo que te escribí y sabrás algo más.

—No me he atrevido hoy.

—Ya lo sé: estaba en tu corazón.

—¿Pero quieres explicarme por qué tenía manchados los dedos?

—Porque lo has escrito tú.

—¡Yo!

—Sí, tú: a mí me es mucho más fácil escribir con tu mano, porque yo no tengo cuerpo.

—¿Pues y ese?

—Es el tuyo fuera de ti.

—No entiendo.

—¡Mañana!

—¡Siempre *mañana!*

—Es que en el mañana, está Dios, y Dios es tu fin y tu ideal.

—¿Está Dios en el mañana?

—Sí: esa es la ley de tu vida, progresar, es aproximarse a Dios. Para eso somos tu ángel y yo.

—¡No entiendo!

—Lee y sabrás: ahora volvamos, porque viene Diego a despertarte.

En efecto, abría yo los ojos, cuando Diego abría la boca para llamarme, y le extrañó tanto, que se quedó con la boca abierta sin proferir palabra y sí únicamente un ¡Ah!.... de la misma longitud que el saludo que pensaba dirigirme. Yo me vestí sonriendo y me guardé bien de contarle cosa alguna de mi sueño.

Aquella tarde llovía: Diego se tendió con su pipa en una butaca del tiempo de Felipe, renegando de las modas de aquella época, tan poco cuidadosas de la comodidad, y yo me senté en el hueco de una ventana a soñar entre el murmullo del agua y del viento con el *mañana* de todos mis deseos, ¡Cosa extraña! La misma voz que había murmurado siempre en mi corazón «espera...», decía ahora «lee....» Maquinalmente casi, saqué del bolsillo la comunicación de Luzbel y leí lo siguiente:

QUIEN SOY YO

Los seres no eran, solo Dios es de toda eternidad.

Dios es, y su esencia es la única real: todos los seres son, por la esencia y la voluntad divinas: por eso Dios es *causa*, a más de *razón*, de los seres: por eso es *Creador*. Todos somos en Dios y por Dios somos.

Dios es pues, la plenitud del ser y todos los seres que tienen por ideal, es decir, por ventura, la plenitud del ser, tienen por ideal y por bien a Dios. Dios es el *bien* absoluto, porque el ser.

Todos les seres sienten, en el punto que se conocen *seres*, cuál es su bien, porque es la plenitud de su esencia, y su primer pensamiento es tender a su bien. Su *bien*, es el Bien, es Dios.

Para tender a Dios, que es la plenitud de la esencia, tienen los seres que desarrollar, que *realizar* toda la esencia que poseen, y a eso se llama *vivir*.

Los seres pues, para caminar hacia Dios, tienen que vivir, y como el camino no tiene fin, porque a Dios no puede llegarse sin ser igual que él, *vivir infinitamente*.

Los seres vivirán infinitamente, por eso son inmortales en su pensamiento; por eso el alma es inmortal.

Los seres vivirán eternamente, cada vez se acercarán a Dios sin confundirse nunca con él, porque ningún ser creado puede llegar a la plenitud del ser. Ese es el progreso de los seres. Todo ser, todo lo que vive, camina hacia su Creador. ¡Respeto a la vida!

¡Quién soy yo! Yo soy lo que a cada ser falta que progresar durante su vida; el ángel de su guarda es la noción que de Dios lleva en el alma.

Por eso, como yo soy la distancia que separa a cada ser de Dios, soy distinto para cada ser, y al mismo tiempo soy solo una cantidad negativa que se va reduciendo a medida que avanza en su camino. Como el bien es la realidad, mi esencia, buena en sí misma, y no es mala para cada ser sino porque no me posee aún; cuando me posea seré bueno.

Así también mi poder mengua a medida que cada ser progresa, y llega un punto en

que soy nada más que aguijón de su esperanza y auxiliar del ángel de su guarda.

No estabas tú en error al afirmar mi no existencia; yo soy, porque aún no sois.

¡Cuando me permitirá mi Dios dejar de ser!

¡Mañana!

LUZBEL.

. . . . . .

Dos días después regresamos en silencio a nuestras casas. Diego delante, porque iba a abrazar a su esposa; yo detrás, porque dejaba entre aquellos torreones derruidos que se hundían en mi horizonte, las raíces de mi nueva fe.

Cuando les perdí de vista, hice a mí caballo emparejar con el suyo y le dije:

—Diego, siempre que te he buscado, he encontrado en ti la ternura de un hermano; yo no soy rico, pero aunque lo fuese, nunca hubiera creído que con oro podía pagar tu cariño. El cariño ni se vende, ni se compra. Aunque menor que tú en años, creo que soy algo más viejo; ya los cabellos huyen apresurados de mi frente, temerosos de mis pensamientos. Atiende y contesta. ¿Sabes el fin del hombre?

—¡Sí! me respondió.

—¿Nunca has temido? ¿Nunca has dudado?

—¡Jamás!

—¿Y en la muerte?

—Nunca he querido pensar.

—Pues bien: el día que quieras pensar en la muerte, ven a mí:

—¿Y si no pienso en ella hasta después de morir?

—Entonces... ¡ven también!

Mi convicción le hizo palidecer ligeramente. Bajó la cabeza, caminó largo rato sin levantar los ojos. Si después se le hubiera preguntado, quizá no hubiese podido decir que nunca había pensado en la muerte.

Cuando se separó de mí, me estrechó la mano exclamando:

—¡Hasta algún día!

—Sí, hasta el día, de la tristeza.

Hoy es feliz, y no hemos recordado aún su castillo ni mi promesa. ¡Quiera Dios que tarde en recordármela!

Entre tanto, Luzbel es mi amigo, mi protector; su divisa es mi divisa.

El ángel de mi guarda escribe: *querer es poder*. Luzbel me dice: *mañana.* Ambos a dos unidos señalan siempre en mi porvenir la misma esperanza, idéntica ventura, mi ideal, DIOS.

EL INVISIBLE

¡Oh! ¡Espíritu mío! ¿Cómo encontrarás tu verdadero camino cuando desde la tierra remontes tu vuelo? ¿Qué regiones solemnes aparecerán a tu mirada, cuando de repente se desenvuelvan ante ti? ¿Serán de terror o de delicias? ¿Qué huéspedes con la magnificencia de sus ropajes celestes te recibirán, cuando después de una larga lucha, tu prisión de barro se habrá destruido? El pajarillo privado de sus alas, está oprimido en un estrecho nido; ¿qué ve sobre su cabeza? algunas ramas verdes y el sol de verano a través de las hojas que separa la brisa por un instante. No conoce aún el campo donde ha de ejercitar un día sus facultades adormecidas... ¡Oh Espíritu mío! Tú eres esa avecilla. ¡Más allá de ti

se extienden cielos inconmensurables y sin caminos! Sabes sin embargo que en ellos encontrarás a tu guía.

MISTRESS FELIGIA HEMANS.

DICTADO SOBRE ULTRATUMBA

Médium J. P.

EL ARTE

El arte en la tierra es una pobre reminiscencia del arte divino: nosotros, los que fuimos artistas de ese mundo, llevábamos por intuición de la vida de ultratumba, los originales para daros la idea del sentimiento, de la belleza y de Dios.

El gran artista todo lo tiene hecho, nosotros, los espiritistas, podemos imitar a la naturaleza, pero nunca elevarnos a las regiones donde mora la divina sabiduría del supremo autor.

El arte, en vuestro mundo, es una parodia de todo aquello que hemos visto en anteriores tiempos y diferentes existencias. Rafael, Miguel Ángel, y otros genios en pintura, fueron discípulos mucho antes, para llegar a ser maestros, después.

Bellini, Verdi, Rossini y, otros eminentes músicos, fueron en otra época unos desconcertados principiantes, para acabar en su encarnación en este mundo, por ser los maestros de la armonía y del sentimiento. Unos y otros, con las diferentes bellezas del arte han despertado a vuestro espíritu que yacía en el marasmo y en la ineptitud de comprender la maravilla y la grandeza.

Nuevas bellezas encontraréis a cada momento, nadie fue sin haber comenzado; yo he comenzado y seré; abrigo esta esperanza y escrito está que todos llevaremos, al gran edificio, un grano de arena, para que se justifique que fuimos incansables operarios y fieles a la obediencia del gran artífice, en el concierto de su inmensa Obra.

E.G.

Médium M. C.

Iglesia, he aquí una palabra que anda en muchos labios, que da lugar a no pocas controversias y que suele ser interpretada en muy distintos sentidos. ¿Qué debe entenderse por Iglesia en el verdadero sentido de la palabra? ¿Qué debéis entender vosotros Espiritistas por Iglesia? Vamos a procurar explicarlo.

Desde luego sabed que una sola es la iglesia, la de Jesucristo. Cuando se dice la Iglesia católica, la Iglesia protestante, la Iglesia cismática, etc., se dice un absurdo, porque no hay más que una sola y verdadera Iglesia.

Debe entenderse por la Iglesia de Cristo la reunión de todos los hombres que, ora consciente, ora inconscientemente practican su doctrina. No se necesita para ello haberse sometido a esta o aquella fórmula establecida por los hombres. Basta únicamente el cumplimiento de la ley, y allí donde esto se haga, allí a donde se ame la razón suprema sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo; allí está de hecho la Iglesia de Jesús, que es la de Dios. Ya veis que la fórmula es vasta, y que en ella caben todos los hombres de buena voluntad, los verdaderos operarios de la Providencia. Éste es el verdadero catolicismo, la Iglesia universal.

Los hombres que todo lo sujetan a miras interesadas han restringido la acepción de la palabra, y han dicho que la única

Iglesia verdadera es la católica romana. No entréis nunca en cuestiones de esta índole, pero tampoco pongáis límites al amor de vuestro Espíritu hacia todos aquéllos que cumplen como buenos. Mirad lo que hacer, en pro de la humanidad y de la virtud, y no las formalidades de que se valen para su adoración respecto del Eterno. Todo esto es humano, y con los hombres empieza y concluye. Buscad lo eterno, es decir, la virtud practicada y el bien realizado. Aquél es vuestro correligionario; esto es, hermano vuestro que cumple tanto como posible le sea, la ley de amor en todas sus manifestaciones lícitas.

Iglesia, pues, es la congregación de todos los nombres justos: Iglesia verdaderamente católica es la reunión de todos los obreros, de la Providencia. A éstos es a quienes ella ayuda y sostiene.

Agustín.

EPISODIO

He aquí un episodio, digno de ser más conocido de lo que es aún, porque enseña cuanto encierra de más grande el mundo real y que el imperio de las ficciones. Está sacado de la vida del gran matemático Euler y el mismo Arago fue quien lo refirió en la Cámara de los diputados en la sesión de 23 de marzo de 1837.

Euler, el gran Euler, era muy piadoso, un día uno de sus amigos, eclesiástico, perteneciente a una de las iglesias de Berlín, le decía:—La religión está perdida, la fe ya no tiene base, el corazón ya no se conmueve, ni aun por el espectáculo de las más grandes bellezas, de las maravillas de la creación. ¿Lo creeríais, amigo mío? He representado, esta creación en todo lo que tiene de más grande, de más poético, de más maravilloso, he citado los filósofos antiguos y hasta la misma Biblia; pues bien, la mitad del auditorio no me ha escuchado, y la otra mitad, o se han ido del templo o se han dormido.

—Haced lo que voy a indicaros, respondió Euler; en vez de explicar el mundo según los filósofos griegos o la Biblia, describid el universo de los astrónomos; rasgad el velo de las preocupaciones y enseñadle tal como es, tal como lo ha hallado las investigaciones de la ciencia moderna.

En ese sermón que ha sido tan poco escuchado, probablemente siguiendo a Anaxágoras habréis sostenido que el sol es grande como el Peloponeso; pues bien, decid a vuestro auditorio que según medidas exactas, incontestables, nuestro sol es 1.000,000 veces más grande que la tierra.

Los habréis dicho sin duda que el cielo es una magnífica bóveda de cristal; pues bien, hacedles comprender que eso no puede ser porque los cometas la romperían; los planetas en vuestras explicaciones no se distinguen de las estrellas más que en el movimiento, explicadles que esos planetas son otros tantos mundos, que Júpiter es 1,400 veces más grande que la tierra, que Saturno lo es 900 veces, describidles los maravillosos anillos que le rodean y decidles algo de las lunas múltiples de esos mundos lejanos.

Cuando les habléis de las estrellas y de la distancia que de ellas nos separa, no contéis por leguas, el número sería demasiado grande, tanto, que escaparía a su apreciación; tomad por tipo la velocidad de la luz que recorre 77,000 leguas por segundo, y añadid en seguida que no hay ninguna estrella cuya luz pueda llegar a nosotros antes de tres años, que hay algunas sobre las cuales no se ha podido aplicar un medio particular de observación y

que su luz no nos llega antes de treinta años.

Y pasando de resultados ciertos a otros de la mayor probabilidad, enseñadles que según toda apariencia, ciertas estrellas podrían ser aún visibles para nosotros muchos millones de años después de haberse apagado su brillo, pues la luz que de ella se desprende emplea millones de años en atravesar el espacio que las separa de la tierra.»

Tal fue, señores, dicho en pocas palabras y sólo con alguna modificación en las cifras el consejo que le dio Euler.

Éste fue seguido; en vez del mundo de la fábula, el sacerdote describió el mundo de la ciencia. Euler aguardaba impaciente a su amigo. Llegó en fin, llevando la desesperación pintada en el semblante. Sorprendido el geómetra le preguntó: Y bien, ¿qué os ha sucedido?—¡Ah! señor Euler, respondió el sacerdote, soy muy desgraciado, han olvidado el respeto que se debe al santo templo.... ¡me han aplaudido!

Y es que el mundo de la ciencia era cien codos más alto que el mundo que han soñado las imaginaciones más ardientes; es que hay mil veces más poesía en la realidad que en la fábula.

(Flammarion.—Les Merveilles Celestes.)

VIRTUD Y SIEMPRE VIRTUD

¿Qué importan las riquezas, que los honores y cuántos puestos honoríficos se obtienen entre los mortales? ¿Qué son todas esas distinciones que ha inventado el hombre al lado de la caridad, pero de la caridad bien entendida y conforme con el Evangelio? ¡Ah! nada. Todos esos honores, todas esas riquezas, todas esas alabanzas y halagos de la humanidad son pasajeros y fugaces; esto es, vienen con la misma facilidad con que se van. Es preciso, pues, no dar gran importancia a esas cosas, ya que se pueden perder cuando más aficionado esté uno a ellas.

Lo importante para el hombre, lo que debe buscar con afán y procurar obtener es la virtud; porque ésta, no solo no es pasajera, sino que lleva en sí muchísimos goces, y por fin la patria celestial. Así, pues, mirad con cuidado lo que hacéis, trabajad con ardor en adquirir tan preciosa joya, y no la desechéis de vosotros una vez lograda; pues perderíais la más grande de las riquezas y la primera de las felicidades terrestres.

En efecto: ¿qué es el hombre sin virtud? ¿De qué le sirven sus tesoros y distinciones, si no posee esa hermosa prenda de la virtud? De muy poco; pero me engaño, le sirven para precipitarlo a todas las locuras imaginables, y de caída en caída le llevan a perder su salud y la patria de los buenos Espíritus, puesto que con sus torpezas y liviandades no se ha hecho amigo más que de los malos Espíritus.

Dejad, pues, como a cosa secundaria la vanidad terrestre, y procurad obtener la virtud, ya que con ellas seréis felices y obtendréis la dicha de las dichas, la felicidad de las felicidades; en una palabra, la patria de los buenos Espíritus.

Que vuestro norte sea siempre la virtud, amados espiritistas, que en vuestras acciones se descubra siempre también la moralidad y buena fe, puesto que así, y sólo así lograréis convertir a los incrédulos y rebeldes.

Así lo espera de vosotros,

LUIS GONZAGA.

AMAD A VUESTROS SEMEJANTES

Médium M. G.

Amaos unos a otros, ésta es toda la doctrina. Ved cómo el maestro habla indeterminadamente sin fijar a quién debe amarse y a quién debe dejar de amarse. La fórmula es comprensiva de todos, y por lo tanto, en ella caben los enemigos. Y aún cuando así no fuese, ya sabéis que el maestro dijo también: *Amad a vuestros enemigos*. Y añadía: *porque si vosotros no saludáis más que a vuestro hermano ¿qué más hacéis que los publicanos y gentiles?* Amad pues a vuestros enemigos, compadecedlos y deseadles toda clase de ventura. Sabedlo de una vez para siempre: el amor a los semejantes es toda la doctrina, la plenitud del Cristianismo eterno.

PABLO APÓSTOL.

Y Pablo tiene razón: en el amor a los semejantes está la plenitud del Cristianismo eterno. Yo como él no me cansaba de repetirlo, y hasta mis últimos momentos, así lo dije. Amad a vuestros enemigos, que son vuestros semejantes. ¿Qué menos podéis hacer en prueba de gratitud hacia el Celeste Padre? ¿Qué menos podéis hacer que amar sus obras, cualesquiera que ellas sean, pues basta que de Él procedan, para que sean dignas de amor y respeto? ¡Ah! vosotros lo sabéis perfectamente. Desde el grano de arena hasta el inconmensurable planeta, todo es de Dios, por Dios vive y en Él se mueve, como dijo en cuerpo material nuestro hermano Pablo. Amad, pues, la creación entera, honradla con virtud y justicia, y amareis a Dios, amando sus obras.

JUAN EVANGELISTA.

(Revista Espiritista, Barcelona.)

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium A. L.

Las obras póstumas de Allan Kardec, su filosofía aumentada por los espiritistas sinceros de todo el mundo, han producido en la tierra una grandísima trasformación.

Cuando un espíritu encarna con una misión determinada, sus doctrinas quedan siempre y a través de los tiempos, impresas en la conciencia de la humanidad. Vosotros que poseéis esa doctrina, esa antorcha luminosa de la fe, no ansiéis tener sabias revelaciones antes de tiempo, esperad que el espiritismo se extienda y se propague más; que, como la chispa eléctrica o como el rayo que se desprende de la atmósfera y atraviesa los montes de granito, hasta penetrar en el corazón de la tierra, que penetre así en el corazón duro y empedernido de los hombres, hasta de aquéllos que, en su loco desvarío, se han atrevido a negar al Dios de bondad, de justicia y de misericordia. El cambio que en los pocos se ha operado, se generalizará, no lo dudéis, a medida que el espiritismo avance.

¡Que no decaiga vuestra fe y los acontecimientos no se harán esperar!

ADVERTENCIA

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un

grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscritores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles LA REVELACIÓN hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 38

ALICANTE, 30 DE JULIO DE 1873

LA MEJOR PREDICACIÓN

II

> Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: este pueblo con su boca se acerca a mí, y con sus labios me honran; mas su corazón lejos está de mí. Mas en vano me honra enseñando como doctrina mandamientos de hombres.
>
> San Mateo, cap. XV, ver. 7 a 9.

Trabajemos sin cesar; seamos perseverantes en nuestras predicaciones, para que la buena nueva sea conocida de todos; esforcémonos, cuanto sea posible, para encauzar a la humanidad, tanto tiempo descarriada, y traerla al camino de su salvación; seamos, una vez siquiera, cristianos, pero fieles imitadores de Cristo; bebamos en las purísimas fuentes del Evangelio, el néctar sacrosanto de nuestra redención; iluminemos a nuestros hermanos, con los resplandores de los divinos mandamientos, y procuremos grabarlos, con caracteres indelebles, en el fondo de su conciencia, para que nunca, ni las complicaciones de las formas, ni las prácticas de los reglamentos establecidos por los hombres, puedan cubrir su fondo nítido, su esencia tres veces santa, con el denso velo del fanatismo. No, no son los actos exteriores, manifestaciones ostensibles del sentimiento religioso, los medios que han de asegurar la salvación de los hombres, sino las máximas sublimes de la moral. Llamarse cristianos y no practicar la doctrina que enseñó y practicó Jesús, es un cruel sarcasmo lanzado al rostro santo del Salvador; es querer, velar la perversidad del corazón, con el manto asqueroso de la hipocresía.

Pues que, ¿basta acaso decir, soy cristiano, para seguir a Cristo? Al verdadero cristiano se le ha de conocer por sus obras. ¿Qué importan, para honrarle, los actos exteriores de devoción, si Cristo, a quien queremos honrar y venerar, está lejos de nosotros, porque nuestro corazón está dañado por la lepra del orgullo, de la ambición y del egoísmo? No basta a la pureza del sentimiento que nos lavemos las manos, nos es también preciso limpiar el corazón; ser hoy mejores que ayer, y mañana todavía mejores que hoy, procurando, siempre, ser dulces, humildes y caritativos con nuestros hermanos. Nuestras obras, no nuestras palabras, han de decir si es bueno o malo el camino que seguimos; si el árbol a cuya sombra nos hemos refugiado, para hacer frente a las sugestiones de la iniquidad, ha dado buenos o malos frutos; porque, «todo árbol que no

da buen fruto, es cortado y echado al fuego.» Ahora bien, el árbol que prepara nuestra dicha y nos abre las puertas a los más puros goces del espíritu, es el árbol frondoso del bien, que tiene sus raíces implantadas en el cielo, y sus robustas ramas extendidas por la redondez de la tierra, queriendo abrazarnos y estrecharnos como la tierna y cariñosa madre al hijo querido de sus entrañas; es el árbol que nos da su sombra y nos cobija bajo la inmensa bóveda de su fresco follaje; que nos ofrece un pensamiento elevado, un conocimiento útil, una esperanza risueña en cada una de sus brillantes hojas; que nos regala una máxima de moral sublime, en cada una de sus bellísimas flores, y en el cáliz de todas ellas un caudal inagotable de dicha, fuente perenne de todas las virtudes que han de redimir al género humano. Ese árbol que alimenta nuestra fe, que mantiene siempre viva nuestra esperanza, que guía nuestras pasos por el anchuroso camino de la eterna dicha, que no morirá jamás, porque alimenta su vida el soplo divino del Eterno, se llama *El Cristianismo*.

¿Y cómo pueden ser malos sus frutos? El fruto malo no puede ser fruto de este árbol de redención; es, sí, el fruto de un mal injerto, de una planta parásita y ponzoñosa que vive adherida a la corteza del árbol del bien, alimentándose a expensas de sus saludables jugos.

Éste debe ser el árbol, de quien ha dicho Jesús que será cortado y echado al fuego.

El cristianismo, árbol de la vida moral del espíritu, ha predicado siempre las grandes verdades; ha brindado a la humanidad el néctar purísimo de su savia regeneradora; ha llamado a sí a los grandes cultivadores para que se encargasen de conservar su lozana robustez; ha puesto en sus manos todos los elementos y los aperos necesarios al buen cultivo. ¿Pero cómo le han cultivado, y cómo han cumplido esta santa misión? ¡Ah! Lo han mutilado, lo han amoldado a su gusto y bienestar, y con el soplo abrasador de sus impurezas, le han marchitado; sus secas hojas se han ido desprendiendo una a una, dejándole, tan solo, el árido esqueleto, sólido armazón de lo que fue.

Ya no puede ofrecer su fresca sombra a los infelices que vagan descarriados por los calurosos desiertos de la perdición; sus ramas estériles no dan fruto: el mal injerto, la planta parásita ha concluido por absorber los saludables jugos del árbol de consolación; la humanidad ha quedado en tinieblas, y como consecuencia necesaria de todo esto, la ignorancia y el fanatismo ocupando el cerebro y el corazón de las muchedumbres, las arrastra, poseídas de una alucinación vertiginosa, a la perpetración de los más abominables crímenes, sin otra luz que les guíe en sus vergonzosos extravíos que los oscuros y rojos resplandores del petróleo o el súbito relampaguear de los fusiles.

Medid el grado de instrucción y moralidad de los pueblos, que han afrentado a la sociedad con esas bárbaras escenas, y las veréis plenamente justificadas. Ved también qué partido político ha lanzado al rostro de la moderna civilización, actos de mayor ferocidad y de más brutales instintos y los veréis justificados también. Siempre y en todas partes el error, el fanatismo, la falta de instrucción, la perturbación, en fin, del sentimiento religioso, como causa fatal de semejantes aberraciones. Basta.

Pero oídlos que tenéis la sublime misión de moralizar a las masas, oíd que todavía es tiempo. El árbol del cristianismo vive con una vida exuberante; no ha

muerto porque no puede morir; acercaos a él, pues solo los que de él se alejan o que de lejos le miran, le contemplan cadáver, y quieren, en su defecto, sostener, vigorizar y alentar, con el riego cenagoso de la superstición, la vida ficticia de los débiles y raquíticos retoños de aquel mal injerto, forjado en su mente delirante, y que son completamente extraños a aquella fuerte y vigorosa organización.

Acercaos sin temor, y dejad de cortar, por más tiempo, sus frondosas ramas, pues su inmensa sombra, cerca está ya de extenderse por todo el Universo. Contemplad en la belleza de sus flores y en la asombrosa variedad de sus colores y matices, toda una armonía, la más perfecta y acabada armonía de la pintura, fiel reflejo de la más grande armonía que resume en una todas las virtudes, la caridad; ved que sus suaves aromas, embalsamando los aires, despiertan la vida de nuestros sentidos, con gratas y deliciosas sensaciones. Y como también sus almibarados frutos, abundantes y llenos del néctar vivificador del espíritu, caen sazonados a los pies del viajero, que repara con ellos sus debilitadas fuerzas, para continuar su triste peregrinación, y llegar, fortalecido, al ansiado término de su viaje. Acercaos sin temor, pero no vengáis solos, que vengan también, con vosotros, tantos desgraciados náufragos, que perdieron sus seguros derroteros, en el vasto océano de los vicios, y necesitan de un guía que los lleve de la mano, al puerto de su salvación. Ellos están sedientos de dicha, conducidles para que beban la savia vivificadora de aquel árbol de salud, que coman su fruto bienhechor, y volverán, no lo dudéis, a la gracia: y vosotros habréis desempeñado una de las más importantes misiones, que Dios, en su gran sabiduría y bondad, encarga solo a sus elegidos, la misión santa de guiar y conducir a la humanidad con la palabra y el buen ejemplo por el camino del bien.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

I

INTRODUCCIÓN

Como lo indica el título de esta sección, a que hoy damos comienzo, nos proponemos estudiar en ella nuestro sistema planetario, aunque, como desde luego puede comprenderse, de un modo general y someramente, dado que nuestra *Revista*, no se halla destinada con especialidad a los conocimientos astronómicos. Esto, sin embargo, y puesto que la verdad es una, a pesar de que para facilitar el estudio y para nada más, la dividimos en varias ramas que constituyen lo que llamamos las ciencias humanas, el Espiritismo se relaciona con todas ellas así con las físico—naturales y exactas, como con las morales y sociales. El Espiritismo es una síntesis suprema de todas las intelectuales tendencias del Espíritu del hombre, y por lo tanto, ha menester, en ciertas ocasiones, de todos los aspectos de la verdad, y en otras, éstos han menester de él, hallando en su estudio y práctica complementos admirables, que la pura y exclusiva experimentación de la materia inerte no puede por sí sola ofrecerles.

La astronomía, predilecta amiga de los Galileo y Giordano Bruno, se ocupa, en una de sus más importantes secciones, del estudio de nuestro sol, de los planetas que a su alrededor giran, recorriendo órbitas más o menos dilatadas, a mayor o menor distancia de aquél, y por lo mismo con diversas condiciones de constitución físi-

ca, de luz, de calor y de habitabilidad. En torno a esos planetas que, en semejante caso, vienen a erigirse como en centros de otros sistemas secundarios, giran otros cuerpos celestes, o de menos importancia para la ciencia astronómica—dado que en esto existan grados—de la suficiente, para que en nuestros someros estudios no los dejemos descuidados y como sumidos en la indiferencia y en el olvido. Nos referimos a los satélites o lunas de los planetas —incluso la tierra—compañeros nuestros, que juntamente con nosotros surcan el vasto océano del espacio indefinido, alumbrando nuestras noches, embellecién-dolas, y tomando en nuestro modo de ser una parte más o menos directa. En ellos nos fijaremos también, pues dignos son de semejante obsequio, y procuraremos presentarlos a nuestros lectores tales como hoy los ofrecen a la inteligencia los últimos estudios de los escrutadores de esa inmensa creación, que nos envuelve y nos extasía con sus innumerables encantos.

Entre nuestro sol y los planetas, que en torno suyo se mueven con inquebrantable armonía y regularidad, se desenvuelve otro universo no menos admirable, aunque sí menos conocido que los dos de que acabamos de hacer mención.

El grupo de los asteroides, ese mundo intermedio entre los planetas Marte y Júpiter hallará cabida también en estos bosquejos astronómicos, y procuraremos concederles la atención que dignamente le corresponde. ¿Los asteroides son restos de algún gran planeta que antes formaba parte de nuestro sistema, y que a consecuencia de un choque, o por otro cataclismo sideral, fue reducido a esas partículas brillantes que, constituyendo una zona especial, descubrimos desde la tierra? He aquí una cuestión merecedora de sumo estudio, y que se presta a consideraciones de la mayor importancia para seres que, como nosotros, viven en un planeta atraído constantemente por el sol, y expuesto, a consecuencia de su rotación, a igual percance que el indicado en la hipótesis anterior. ¿Los asteroides son, por el contrario, planetas en formación, embriones de mundos que, en virtud de la constante rotación de la materia, están llamados *a crecer y multiplicarse* en la serie indefinida de los siglos, para constituir definitivamente otra, u otras individualidades en el concurso de nuestro sistema harto rico y fecundo en la actualidad? He aquí otra hipótesis que tiene de halagüeña y consoladora todo lo que la otra puede tener de desconsoladora y triste. ¿Los asteroides son, en fin, una y otra cosa? ¿Son restos de mundos, sino destruidos, pues nada lo es en la creación, desorganizados, porque cumplieron su misión en el plan divino, y llamados, en un porvenir más o menos remoto, a unirse, a enlazarse entre sí, merced a las fuerzas atractivas, para volver a formar nuevos planetas, para resucitar, cumpliéndose en ellos esa suprema ley divina de la muerte y de la resurrección universal, que con sus alternativas mantiene la juventud, el vigor y la lozanía en toda la creación? Quién sabe. Hoy por hoy, nadie puede afirmar o negar de un modo absoluto ninguna de esas tres hipótesis, atrevidas todas, todas racionales; pero por desgracia nuestra, ninguna demostrada todavía científicamente, ya que no pasan de meras conjeturas que nacen en la inteligencia de quien, arrancándose a la superficie de la tierra, se lanza a las profundidades de los inmensos cielos.

¡Y después, los cometas, erráticos viajeros de los espacios, atrevidos argonautas del mundo sideral, que van y vienen en incesante vértigo, sin reposar nunca, sin siquiera moderarse en su rápida carrera! ¿Qué son los cometas? ¿Qué significan en la creación? ¿De dónde proceden? ¿A

dónde van? ¿Por qué, unas veces, se acercan tanto al sol? ¿Porque, otras, se apartan tanto de él? ¿Son emisarios, como cree el vulgo, de pestes, de guerras, de toda clase de calamidades? ¿Sólo son, como asegura la ciencia, cuerpos celestes sin más influencia en nuestra vida que la engendrada por ese vínculo universal que a todos nos une y que llamamos atracción universal? ¿Es posible que uno de ellos se acerque de tal modo a la órbita de la tierra, que choque con ésta? Si así sucediese, ¿qué consecuencias nos produciría semejante choque? ¿Continuaríamos vagando con la misma imperturbabilidad de antes? ¿Sería aquel acontecimiento el origen del pretendido juicio final, anunciado por la mayor parte de todas las Teologías? He aquí cuestiones a granel, como suele decirse, y todas ellas dignas de llamar nuestra atención y de ocupar un puesto preferente en nuestros bosquejos astronómicos, puesto que no dejaremos de concederles.

Finalmente, y dadas las atmósferas de los planetas, sus distancias del sol, sus condiciones de luz y calor, su constitución física y otras y otras circunstancias, ¿es científica la posibilidad de que, como la tierra, estén habitados? Y si es posible científicamente que lo estén, ¿es justo, es racional que nosotros los que hoy vivimos aquí, nos hallemos un día u otro en alguno de esos mundos, donde la vida puede ser respectivamente más o menos agradable que en la tierra? En el primer caso, el mundo en cuestión ¿no será, comparado con el maestro actual, una gloria relativa? ¿No será, en el segundo, también un infierno relativo? Y henos aquí ya en el verdadero campo del Espiritismo, aunque habiendo partido de uno que, al parecer, ninguna relación tenía con él; tan cierto es que nada hay aislado, nada truncado en el terreno de la ciencia. Todo se completa y armoniza.

Sabido lo que pensamos hacer, diremos el modo cómo intentamos hacerlo. Nosotros no somos astrónomos, ni mucho menos. Confesamos nuestra ignorancia sobre el particular; pero, en cambio, otros más inteligentes que nosotros, han consignado en apreciables obras grandes adelantos acerca de la astronomía. A ellas acudiremos, y extractando de todas, y aun añadiendo alguna que otra reflexión nuestra, procuraremos llevar a buen término, al mejor que nos sea posible, estos estudios que creemos útiles a nuestros lectores, y en armonía con la índole de nuestra *Revista*. En nuestro próximo número, iniciaremos nuestros trabajos, poniendo por hoy término a esta introducción que explica nuestros propósitos.

LUIS DE LA VEGA.

(Revista Espiritista, Barcelona.)

VARIEDADES

EL ARTE

I

Inspiración es la palabra que hemos empleado siempre para designar lo desconocido de esa relación, que parece tener el alma con algo más superior que ella.

Se verifican en la naturaleza fenómenos que afectan nuestros sentidos de una manera tan particular, tan extraña que en nada se parecen sus sensaciones a las ordinarias.

El hombre para acallar su curiosidad les ha dado el nombre de «poesía.»

En lo profundo de nuestro delirio, creemos recordar alguna cosa de otro mundo

más bello, de otro mundo más ideal; creemos divisar un porvenir no lejano; soñamos dulces amores.

Si solo tenemos idea de lo que hemos visto, ¿de dónde procede la de esa vida nueva, completamente nueva, de ese especial *no sé qué*, que no nos dice si es recuerdo o esperanza?

El contraste de dos sonidos, el tañido de la campana, el rayo de sol a través de las nubes, son fenómenos demasiado sencillos, para que no me admire al ver que me conmueven de tal modo.

Cuando debían darme solamente las ideas de sonido y de color, oigo en ellos un lenguaje desconocido, se eleva mi pensamiento, lloro de placer, y comprendo que hay más oídos que los del cuerpo, y que tiene más vista que él el alma.

¿Qué es ese deseo vago, ingénito en nuestro ser, que siempre sentimos y que siempre acariciamos? ¿Qué es este anhelo que ha dado origen a las palabras *fe* y *esperanza?*

Inconcebible, inexplicable, inmenso, como todo lo que emana de Dios, el mundo, sin fijarse en él llama *inspirados* a los hombres, cuando lo sienten, y no le importa lo demás.

II

¿Qué es la inspiración? Preguntadle a todos los hombres célebres que han existido y cada uno os responderá:

«Existe en nuestra alma una influencia desconocida, un soplo purísimo que hiere las fibras más delicadas del sentimiento y que, en vano, intentaría reducir a palabras.

¡Es tan imperfecto nuestro lenguaje!

Recogido en sí, dentro del santuario del alma, el hombre entiende muchos misterios que cree hallar en el mundo exterior.

Mira esparcir sus tímidos fulgores a la luz de la razón; allí se pierden sus límites en la oscuridad de las tinieblas.

Más allá, no se ve; pero se siente, y, como no hay medios de expresión, se siente y se calla.

Es inútil que busque la humanidad ciega el paso de este mundo al invisible; la puerta de la eternidad, ese paso está en nosotros mismos.

No sometáis al cálculo y al frío raciocinio lo que siento, porque, entonces, se apagará mi llama.»

Estos hombres no podían expresar sin un auxilio divino lo que sentían, y por eso recurrieron, unos a los sonidos musicales, otros a los pinceles, éstos al cincel, aquellos a los versos, y todos al arte.

III

El arte es el arte; la única definición que podemos dar de él, es la siguiente: el arte es una cosa que no puede definirse.

El arte es el culto de la inteligencia al Creador; es el lenguaje infinito que nos ilustra y que nos ilumina.

El arte es el trabajo de esta Creación que se elabora en el tiempo y en el espacio.

El arte es un fantasma que acariciamos de lejos; un destello cuyo origen ignoramos, pero que se rodea de tan suma belleza, que nos roba las almas, encendidas en amor.

¿Dónde está su luz?

Siempre será el objeto de nuestro anhelo.

La armonía de la creación, el misterioso himno de Pitágoras, y en detalle, el canto de las aves, el aroma de las flores y el panorama del cielo, son otras tantas impresiones expresadas de muy antiguo, y que repiten los siglos presentes, y que harán hablar a los siglos venideros, ofreciendo siempre variedades, ofreciendo, sin embargo, novedad; porque siempre encontraremos nuevo el ancho campo del infinito.

¡Ah! ¡La naturaleza es la síntesis del arte!

Los genios que comprenden sus palabras, que sienten sus halagos, quieren responderla con iguales caricias.

Por eso su arte es la imitación de la naturaleza; es el análisis de la naturaleza.

El músico oye su armonía y ensaya la respuesta.

El pintor ve sus formas y procura retratarlas, y el literato siente su alma y describe como puede.

El alma de la naturaleza es la poesía.

Su voz, cuando llega hasta aquí abajo, es la inspiración.

IV

Poetas, Prometeos sublimes que os esforzáis en atraer la luz del cielo hasta esta región de tinieblas, plantas exóticas brotadas de la divina semilla del arte; pedid más fuerzas al cielo, porque ya no bastan las musas del Helicón, para haceros llevar a cabo vuestra misión regeneradora. ¡El siglo materialista, habiendo avanzado en la forma, quiere quemarle incienso; el obrero, lejos de anhelar poseer su obra, se contenta con poseer su útil, su herramienta!

Parece que el silbido de la locomotora, y la trepidación de las demás máquinas, impiden oír la dulce voz de Euterpe...

Templos del arte, inmensos edificios donde el alma retrató su grandeza, páginas mudas de pueblos que fueron; estatuas venerables de la antigüedad, monumentos históricos, ¿qué es lo que decís con vuestra lengua de piedra?

¿Qué es este sello tan característico con que impresionáis de tal modo a las almas?

Mi imaginación me conduce a un hermoso templo gótico.

Allí está Dios; sí, yo lo veo; es su voz la voz misteriosa del órgano; en las elevadas bóvedas está escrito su pensamiento; es su atmósfera este delirio que me embriaga.

No teméis, católicos, la forma de vuestros templos por el fondo; son páginas que traducen a los hombres el pensamiento de la Divinidad.

El fondo está aún más arriba que sus bóvedas, y está más abajo, y está en todas partes, por lo que en todas partes podemos adorar a Dios.

Junto al átomo, el pequeño infusorio se agita; allí está la vida; allí está Dios.

Después la escala de los seres sigue ascendiendo, hasta llegar al hombre.

¿Veis el destello que se agita en su razón?

Allí está Dios.

Mirad el sol, mirad la luna, las estrellas, y esos soles de otros soles que se cruzan en su rápida carrera; por más que miréis, siempre hay más allá; siempre espacio, siempre estrellas; allí está Dios.

Pero aún hay un más allá de ese más allá que no se concluye; aún hay algo fuera del espacio.

No, no lo miréis, porque no lo veréis; allí, también está Dios, pero allí está solo; allí todo es Dios.

Ya veis que tiene un templo algo más grande que el vuestro, que es sólo una ventana por donde se mira la eternidad.

Así como un espejo recoge los rayos solares, el espejo que recoge los rayos del cielo, para enseñárselos a la humanidad de aquí abajo, es el arte.

V

Las obras del arte son la ofrenda de amor de la criatura ante el altar del creador.

Pero hay un mal muy grande, que puede retardar el progreso; a veces, se toca la forma por el fondo, la expresión por el pensamiento; a veces el ser, obcecado prefiere *la letra que mata al espíritu que vivifica*.

He aquí la idolatría.

En ella caen algunos modernos civilizadores, haciendo de la materia un lecho, en vez de un escalón.

En vano buscarán a Dios sin salir de ella. ¿Cómo pueden encontrar algo los que confiesan que no son nada?

Materialistas, no ahoguéis el sentimiento que es lo único que eleva al hombre sobre sí mismo; pensad que además de un frío cerebro que explica, hay un corazón que siente.

También rendiréis culto a Dios, también os inspiraréis en la bella naturaleza, a pesar de negarla, porque es imposible al cerebro arrancar el corazón.

Negáis la Estética, la ciencia de las ciencias; la ciencia del corazón, la razón del arte; creéis que todo es materia....

¡Oh, quám contempta res est homo, nisi supra humana se erexerit!

ENRIQUE LOSADA.

LA MÚSICA

I

¡Cuántas veces, pobre niño, he sentido una mágica protección que me elevaba! ¡Cuántas veces mi débil y naciente inteligencia se veía fortalecer y crecer, en alas de un celestial influjo!

Yo, tierno infante, forzado por la emoción, cruzaba mis pequeñas manos y doblaba aquellas rodillas que aún no se movían para andar....

Esta protección, este influjo, esta fuerza, eran los acordes del órgano, que en sus ondulaciones sonoras, llenando las altas bóvedas del templo, me hacían soñar grupos de ángeles, cuya intensa luz era la sombra de otra más clara, más ardiente aun, que era a su vez la penumbra de otra, donde no alcanzaban mis percepciones....

Mi pequeña imaginación se remontaba entre las nubes de incienso, hasta descubrir a Aquél, que amaba, y entonces, radiando mi alma toda la luz de sus reflejos, caía de hinojos embargado de alegría....

Era Él mismo; pero ya no le veía con un cetro de caña y una corona de espinas, entristeciendo mi amor: ya no era el Nazareno. Ahora estaba circundado de gloria, con corona de estrellas, con trono de luz y con alfombra de nubes, porque yo cogía para adornar aquella idea, que impresionaba mi espíritu, cuantas imágenes bellas había grabadas en mí existencia naciente.

Él era grande como el templo, fuerte como sus columnas, elevado como sus bóvedas, armonioso como el órgano, e impenetrable a mi vista como las nubes de incienso....

Sus alados serafines me los figuraba niños como yo, y poblaban mi fantasía, mientras en mi inocente afán luchaba por elevarme hasta ellos y por llamarlos mis hermanos....

¿Sería una triste realidad que aquel Dios justo me hubiese hecho a mí de un barro mas basto? . . . . . .
. . . . . .

Pasó aquella edad, en que soñando era feliz, y la muerte destruyó el conjunto armónico de mi hogar.

Ya no era aquel niño que juntaba sus manos y doblaba sus rodillas ante una luz que no comprendía.

Era el hombre que levantaba su atrevida frente, escudriñando la causa de su hechura; era el altivo, que paulatinamente subiendo en osadía, bajaba en realidad hasta confundirse con el polvo de la nada; era el materialista

¡Ay! ¿Quién me sacó de este abismo? ¿Cuál había de ser el Jordán divino que purificase mi alma?

Una armonía lejana, dos notas en contacto, unos ayees de ternura desprendidas de lo que yo juzgaba materia solo, me transportaban a mis primitivos sueños, despertando la conciencia para desenterrar del cieno del alma mi remordimiento, y entonces fue cuando las lágrimas de mis ojos se evaporaron al calor de la esperanza....

¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la música!...

II

Quien diga que la armonía de los sonidos es puramente material, no ha sentido lo que sentimos los locos que soñamos con el alma.

Quien juzgue mi delirio una sobreexcitación de los sentidos, es el verdadero loco, por querer juzgar y sentir mejor que yo, lo que a mí me pasa.

Es el verdadero loco, porque le falta el sentimiento, siendo así que el sentimiento es la cordura del corazón.

Nosotros, pobres habitantes de la Tierra, nos hallamos rodeados por todas partes del misterio, y asistimos con ojos estúpidos al panorama de la creación, sin comprender una palabra.

Cada impresión es un mundo desconocido, que nos dice: «Prostérnate y adora. »

Tocamos la costra de nuestro planeta, aspiramos su ambiente, pero, alzando la vista, llegamos a ese azul que se ve y no se toca y le llamamos cielo.

Esta palabra quiere decir: desconocido, misterioso, incógnito.

Lo mismo sucede en toda clase de sensaciones; nos conducen al elevarse a un punto que no está a nuestro alcance, a eso, que se siente y no se explica, y es que toda clase de sensaciones tiene su cielo.

El azul del primero es el tinte imperceptible en que está bañada nuestra atmósfera y forma el velo que limita la osadía de nuestras miradas, así como el sentimiento que produce la música forma el límite de lo compatible con nuestra existencia material.

Cada molécula de aire deposita en nuestra retina una parte infinitamente pequeña de ese azul; así, como en cada sonido va envuelto el germen de ese deleite

divino que forma como el cielo azul de la música.

Con nuestros sentidos nos ligamos a la *belleza* (que no es otra cosa lo que llamamos cielo) y con ella nos elevamos, en pos de nuestro entusiasmo ardiente, en pos del amor a lo desconocido, afán del progreso incrustado en nuestro ser...

Pero nuestros sentidos son finitos, y al llegar a un límite, la belleza, que no tiene término, sigue más adelante, mientras desde aquél contemplamos como se separa de nosotros, como se aleja y como se pierde...

¿Por qué es más bello un cielo de nubes de carmín, que el mismo cubierto con el negro velo de las tormentas?

¿Por qué agrada más una música armoniosa, que otro cualquier ruido?

He aquí los secretos de la belleza.

He aquí el lenguaje que no acertamos a interpretar ni traducir; he aquí ese idioma extranjero, del cual comprendemos tan pocas palabras.

Lo bello, lo sublime, lo agradable, son otras tantas expresiones de la idea de la Divinidad, cuyo reflejo en nosotros es el sentimiento del bien.

La belleza es sólo una forma.

La belleza es como la *fisonomía del amor*.

La belleza es la armonía; armonía en los sonidos, armonía en los colores, armonía, en fin, en toda clase de impresiones.

Pero, ¿qué es la armonía?

Un conjunto de fuerzas que se auxilian, que se aumentan, que se protegen, la unificación de varias fracciones que se complementan; el desarrollo, la interpretación de la idea del Creador; en una palabra: la belleza.»

Nosotros, pobres pigmeos, en vano intentamos salir de este círculo vicioso, contentándonos con adorar, con esa fe racional, con esa fe pura que hace grandes a los pequeños.

No son bellas las sensaciones por lo que son, sino por lo que dicen.

No es bella la aurora por su luz, sino por la del sol que anuncia; no es bella la luz del sol por sí, sino por la vida que supone; no es bella la vida en su manifestación, sino por la inteligencia que la anima, y no es bella la inteligencia, sino por el Dios que la crea.

Y estas escalas relativas de todas las sensaciones, convergiendo a un mismo punto, son otros tantos rajos, que, desprendidos de la infinita esencia del Creador, forman la Creación infinita.

III

Esas vibraciones que a medida que las oímos, nos van elevando de grado en grado, no son suficientes para explicar el éxtasis que proporcionan y no hacen más que descorrer el velo que nos separaba de ese algo desconocido, que hemos llamado cielo.

Las notas son golpes materiales que nos aguijonean, que nos espolean y que nos empujan la pesada máquina del cuerpo hacia la atmósfera espiritual que se cierne sobre nosotros.

A veces un sonido basta para recordar un poema de venturas, y, otras veces, este mismo sonido, hace brotar lágrimas de dolor ante una siniestra memoria.

Esto indica que la causa del sentimiento no está en la música, cuyo efecto es casi

tan material como los pases de un magnetizador.

De la pasada dicha, de esos momentos tan contados de placer que tenemos en este mundo, la memoria ingrata nada nos recuerda; pero si acaso oímos alguna música, oída en ellos, el alma se trasporta al pasado, el tiempo retrocede, y no sólo goza lo que entonces gozaba, sino mucho más, porque en la actualidad ve las imágenes mucho más puras y el todo infinitamente más bello.

En cambio una música muy oída deja de agradarnos; las notas se oyen de la misma manera, pero aquel celestial encanto que nos causaba, no tenía nada que ver con el oído.

Nadie negará estos efectos de la música; que, sí alguien los pone en duda, buen cuidado tiene de callárselo, porque al decirlo, no rebaja a la música, se rebaja a sí mismo.

La historia lo tiene escrito.

Aquella magia arrebatadora, simbolizada en el Orfeo de la fábula, aquel misterioso encanto de las Ondinas, de las Nereidas y de las Sirenas, que atraía como el imán al hierro, aquella armonía inexplicable del canto del cisne y armonioso coro de las deidades del Helicón formaban para los gentiles el concierto armónico del cielo, presentido por sus poetas, al lado del cual se eclipsaba la pobre música de la Tierra en los agrestes instrumentos de los sátiros, los faunos y los silenos, en el canto de las basantes, y en las nueve hijas de Piero, que se atrevían a desafiar a las musas.

Sin embargo de esto, también los hombres procuraban endulzar sus sonidos imitando a sus dioses.

Safo, Praxila, Miro, Erína, Anita, Telésina, Corina, Nosida y Mirtida, formaban las nueve musas mortales, en cuyo centro descuellan en la historia la laureada cabeza de Homero, del divino Homero, que haciendo nacer de la música su hija la poesía, era el Apolo de los hombres, dios de la una y de la otra.

También sentían su influencia los hebreos, cuando en medio de la armonía de sus canciones tributaban alabanzas a Jehová, y cuando herían el aire con sus dulces vibraciones los salmos del que fue profeta y rey.

Toda la historia, en fin, es una alabanza a ese lenguaje celeste, donde escriben uno a uno su nombre los genios que han brillado; toda la historia patentiza su magia, pero cuando adquiere un esplendor glorioso, cuando asombra más y más al hombre, como remunerando una falsa civilización que lo materializa más y más, es en los últimos siglos.

Mozart, Bellini, Beethoven y tantos otros sacerdotes de la armonía, cuyos sagrados nombres llenarían muchas páginas, han extendido el fuego ardiente que ha de depurar a la sociedad cristiana....

¿De qué no es capaz ese lenguaje, que con la combinación de siete notas nos da la mayor idea del infinito?

IV

Los católicos, creyendo sin duda que la música está en los sonidos, han poblado su gloria de orquestas que funcionen por toda eternidad.

Semejante monotonía hace que los creyentes deseen tan poco su paraíso como temor les inspira su infierno.

Lo mismo se concibe que se cansara el bienaventurado de su cielo, como llegará a acostumbrarse a sus tormentos el réprobo.

El criterio humano, justo, como en todas las cosas, con aquella creencia, designa hoy día con el calificativo de *música celestial* todo lo que mete mucha bulla, sin ser nada en sustancia.

Sin duda, los que arreglaron esa mitología tenían la intuición de la existencia de una armonía, que pueden sentir los desencarnados y que nosotros hemos dado en llamar «música celeste,» aun cuando el nombre de sonido debe concretarse a la sensación que nos trasmite el aparato auditivo.

Consecuente con esto, el efecto de nuestra música es casi tan pasajero como nuestros oídos materiales, y, como prueba, nosotros hemos observado que a las reuniones espiritistas, en que se mezcla la música, por muy sublime que ésta sea, no descienden a ella, en general, sino espíritus de esos que acostumbran a ocultarse bajo los nombres más respetables y más queridos….

V

Permitidme aventurar algunas hipótesis sobre la música celeste, sobre esa armonía divina de la cual la nuestra es un débil recuerdo o una naciente presciencia, y disculpen mis malos dotes y errores que en ellas se adviertan, pues no sirven sino para llamar la atención sobre este punto tan importante de la ciencia espiritista.

El vacío no existe.

Esas inmensas distancias de globo a globo están llenas de algo.

A este algo le llamó Descartes *torbellinos*; la cosmogonía moderna le ha llamado éter.

Sea lo que fuere, este algo ocupa un espacio que le es propio, puesto que *llena vacío*.

En él está sumergida la creación como nosotros en la atmósfera, como los peces en el Océano.

Al efectuar un mundo su eterna carrera, producirá, sin duda, algún movimiento en ese éter, desalojándolo de las distintas posiciones que ocupe en el espacio.

Las ondulaciones del éter son causa de todos los fluidos, y los fluidos son causa de todas nuestras sensaciones.

Luego aquel movimiento, aquellas ondulaciones que ocasionen los mundos en esa sustancia elemental, deben ser sensibles para quien esté en medio de ellas.

No de otro modo llega la luz hasta nuestro planeta, no de otro modo puede uno darse razón de la luz que, en el espacio y junto a sí, produce la marcha menos regular del cometa.

Como los movimientos de los mundos son la más perfecta armonía, se concibe muy bien cuan armónicas serán aquellas sensaciones.

Este es el canto de los mundos; este es el himno de Pitágoras; este es el inmenso coro, en que toma parte la creación entera.

Mientras semejante ideal no se realiza, no hubiera que culpar a los católicos del aspecto teatral de sus templos si no se mezclase la idolatría en ciertos actos.

Nuestra música es un culto, que, si bien no se propone hacer descender a seres superiores hasta nosotros, nos sirven para hacernos elevar hasta ellos.

Todos nuestros bienes son pobres, pero la música es el menos pobre que poseemos.

No hacemos mal en ofrecerle a Dios nuestra pobreza, con la esperanza de que nos dé en cambio, días más venturosos y armonías menos materiales.

Deben, pues, tener entendido los católicos que con *La Caritá* o *El Stabat Mater* de Rossini se adora mejor que rezando el rosario y que salmodiando la letanía lauretana.

Confiesen de una vez que tienen su culto manchado con ciertas prácticas, muy buenas entre los druidas y los güebros; compatibles todo lo más con el islamismo. Conozcan de una vez que quitándolas, juntamente con esos dogmas que nos han legado los siglos inquisitoriales, hacen de su religión, la religión más pura, la más perfecta, y la más ideal y la más sublime.

¡Dios quiera que esto se cumpla! Y entonces volveré a las catedrales a adorarle entusiasmado; a iluminar mi alma con el brillo de las luces; a elevarla a sus regiones entre las nubes de incienso, y a gozar de sus encantos en el cielo de la música!!...

ENRIQUE LOSADA.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

DICTADO POR ULTRATUMBA

COMUNICACIÓN ESPONTÁNEA

Médium A. L.

Plagado está el hombre de vicios; sus males son incurables y de muerte, la soberbia le domina, y el orgullo, su único amigo, le acompaña a todas partes; la impiedad reina de una manera que espanta y amenaza destruirlo todo; el odio es una arma que hiere constantemente en el corazón del justo; la ignorancia cunde hasta el extremo de envolver las ideas y las cosas en tenebrosa oscuridad; el fanatismo es la expresión más elocuente que circunda por doquier a la humanidad, y que se le ve y se le toca hasta el punto de hacerse fatalmente ostensible; el hombre se alimenta de errores, enferma, y en su agonía pugna desesperadamente por salvarse. ¿Quién salvará al hombre, quién le salvará?

Que grite en su destierro, que clame dentro de su lóbrego calabozo; nadie le oye porque su voz áspera y chillona no mueve a compasión, sino a desprecio. Muchos son los que sufren y no se ve a ninguno de los que atormentan. ¡Qué mundo tan necio, tan ruin, tan cobarde y miserable, es ese mundo de hipócritas! Entreteneos ahí con vuestras miserias y ruindades, que yo os profetizo que la luz tardará mucho para llegar a vosotros. Ahí y entre tinieblas, despedazaos y rasgaos el corazón, y contemplad, ebrios de cólera y rabia, la sangre y las heridas que, en vuestra desesperación y desenfreno os causáis.

Este es: vuestro destino por ahora, hasta que de vuestro corazón brote el sentimiento de dignidad, de virtud, de prudencia, de justicia, y todos cuantos dones son gratos a la divina esencia y perfección de Dios.

Médium J. P.

¿Cómo debe practicarse la caridad material para que sea grata a Dios?

La caridad material debéis ejercerla sin pretensión de que os alaben y agradezcan lo que dais; porque el hombre solo de Dios adquiere el beneficio; nada es del hombre y por lo tanto, éste no tiene que reclamar favor alguno. ¡Qué insensato es el que practica la caridad tan solo por la

vanidad de que le juzguen sus actos y le bendigan a presencia de muchos! Dad y no miréis a quien dais y porqué dais; bástenos saber que hay una necesidad que socorrer.

Hay mucha hipocresía entre los hombres. Hipócritas quedan por mera vanagloria; otros publicando a son de trompeta sus actos. A veces sucede lo contrario, pues hay hipócritas que piden y publican su miseria, para la satisfacción de sus caprichos y para alimentar el vicio en sus impuros corazones.

¡Cuántos hay que se arrastran por el suelo mendigando la caridad pública, y piden con lástima y enternecimiento, cuando nada de lo que hacen y dicen les sale del corazón!

Otra variedad muy distinta de lo que llevo dicho, forma contraste con el avaro y usurero que insultan el verdadero dolor con un «Dios le favorezca,» y acaso murmurando ante el desgraciado que necesita un pedazo de pan, dicen que no le dan porque para socorrer a ese desgraciado, prefieren socorrer a otro más virtuoso y desventurado que él, y afrentan a la virtud, prometiendo a Dios que darán cuando encuentren la verdadera necesidad y desgracia. Desgracia y necesidad que nunca encuentran, porque no la buscan, que buscándola ni encontrándola, a nadie socorren, a nadie protegen, creyendo cumplir de este modo con la humanidad y con los deberes sacrosantos que Dios nos impone.

Os advierto, queridos míos, que cuando deis, no miréis a quien, ni de qué manera; porque vosotros no podéis comprender el corazón humano; sed, sobre todo, sinceros, pero con la sinceridad de la inocencia, y no os envanezcáis de ser sagaces, descubriendo antojos e imposturas; pues así como la luz del sol cuando la empaña una nube se oculta y se pierde a vuestra vista, así también la hipocresía es la nube que empaña la pureza del espíritu y lo emponzoña.

Estudiad a Dios si queréis al hombre; pues estudiando al hombre sin comprender a Dios, no encontraréis más que materia, engaño. Sed sencillos, abrid vuestros ojos para Dios, y si en vuestras dudas necesitáis inspiraros, Él acudirá a vosotros para que sepáis, en todas vuestras cosas a qué ateneros.

E. C.

Médium A. M.

¿Debe un Espiritista condescender con las prácticas externas de la Religión católica?

Te contestaré por partes: Primera, si es un Espiritista de corazón, verdadero creyente, para él las formas no significan nada, y no las debe practicar, porque sería convertirse en un hipócrita fariseo, y la conciencia de un hombre que tiene la seguridad de estar en la verdad, lo reclama así.

En segundo lugar, si estuvierais al lado de un católico, en el momento que el Espíritu se va a desprender de la materia, explicándole la verdadera doctrina, y este hombre, después de haberos escuchado, no quisiera confesarse, ni recibir lo que ellos llaman viático, ¿diría nadie que lo supiera, que había muerto en sus antiguas creencias? No, pues si eso sucede con ellos, lo mismo sucederá con vosotros. ¿Qué fuerza darás al Espiritismo si practicáis vosotros las ceremonias religiosas? ¿Si los mártires cristianos hubieran vacilado ante las exigencias de la familia y la sociedad en que vivían, ante los horrores del martirio que se les preparaba en los Circos, la doctrina del Crucificado, no se hubiera extendido por el planeta?

Ejerced la Caridad propagando la doctrina sin imponerla por la fuerza, respetad la conciencia de cada uno, pero sed firmes demostrando a los demás vuestra gran fe, como prueba inequívoca de que estáis en la verdad. Vosotros sois la Sal de la tierra, por lo tanto, debéis tener energía para sostener vuestras creencias.

Consideraciones de familia, consideraciones sociales, ¿qué valen estas para que por ellas detengáis vuestro adelanto espiritual, y el de vuestros hermanos, que al ver vuestra fe y vuestra firmeza puedan creer?.. La hora ha llegado, trabajad.

El obrero que, con la mano en el arado, vuelve la cabeza atrás, no es buen obrero, libraos de la hipocresía no vayan delante de vosotros los que todavía no conocen el Espiritismo, acordaos de la parábola de los talentos, al que tiene más le será dado, si sabe administrarlo, y si no sabe, lo que tiene le será quitado.

BARTOLOMÉ.

Médium A. M.

En las Bodas de Caná ¿qué quiso decir Jesús, cuando dijo a su madre: «Mujer, qué tengo de común contigo?»

Aquellas palabras tan duras en los labios del Cristo, verdaderamente están en contradicción con su carácter dulce y bondadoso, pero Él quería manifestar por éste medio, que su Espíritu obraba libremente y no por ruegos, como queriendo demostrar de esta manera que no necesitaba que le rogasen por determinada persona.

BARTOLOMÉ.

Médium F. de P. I.

Hace tiempo que te quería dar alguna explicación sobre esa máxima, tan antigua como buena; hoy por fin me has escuchado, y podré con facilidad darte alguna instrucción que necesitas, así como también muchos de nuestros hermanos.

Nosce te ipsum. Conócete a ti mismo: aquí, en esas palabras, en esa máxima sublime se encierra todo cuanto Dios quiere de nosotros: *Conócete a ti mismo*, quiere decir: haz un estudio minucioso de todas tus aptitudes, de todas tus inclinaciones, de todas tus condiciones, de todas tus necesidades, de todos tus vicios y de todas tus virtudes, de todo, en fin, lo que constituye la esencia o la fuerza moral de tu ser: esto es, investiga, inquiere, estudia, examina hasta en los más minuciosos detalles de tu modo de ser.

Una vez hayas comprendido tu fuerza, tu valor, la cantidad de progreso que tu alma ha alcanzado en la serie de existencias por las que has pasado: compara y ve lo que te falta alcanzar, aun dadas las circunstancias en que te encuentras y la fuerza de que puedes disponer; y entonces, claro está que todas tus acciones y movimientos tenderán a realizar en ti la reforma consiguiente de tu modo de ser, y alcanzarás mayor cantidad de progreso que no tenías cuando fuiste a cumplir tu misión en ese mundo; misión que todos tenemos, unos más elevada, otros menos, pero que siempre es digna y conforme a las fuerzas o elementos morales de que cada uno puede disponer, y que por último viene siempre a redundar en beneficio propio y de todos en general, si cumplimos nuestra misión cual podemos y debemos; o en perjuicio propio, tanto mayor, cuanto por la falta de cumplimiento de nuestro deber, hayamos sido causa mayor o menor de pena, perjuicio o sufrimiento de nuestros hermanos. Porque no debes olvidar, querido papá, que la solidaridad universal es una ley ineludible a la cual todos y todo lo creado está sujeto,

y así comprenderás que una de tus acciones, por imperceptible que te parezca, por incapaz que la conceptúes de ocasionar daño ni a ti mismo, y de consiguiente, ni a ninguno de tus semejantes, debes convencerte de lo contrario y no olvidar nunca, que toda acción y hasta el pensamiento más recóndito de tu alma, tiene siempre una conciencia buena o mala, según aquél o aquélla, o aquéllos o aquéllas sean buenos o malas, y aunque a tu parecer, no sean capaces de producir consecuencia alguna. Esto, teniéndolo siempre presente, te servirá de guía, para hacer que todas tus acciones y pensamientos, tanto públicos como privados, sean siempre dirigidos por ti con intención de producir el bien y nunca el mal, aun cuando de nacer el bien te resulte daño, pues éste siempre será aparente y nunca real y positivo.

Conócete a ti mismo: es decir, eres dado a dejarte arrebatar por accesos de cólera; procura estudiarte bien minuciosamente sobre el particular y di: en el día no puedo menos desescolarizarme *diez, ocho, una vez*, pues, bien voy a tratar de no hacerlo sino *nueve, seis y media*, y así poco a poco, reconcentrándote muy a menudo en ti mismo y pidiendo a Dios te ayude a cumplir tu propósito; cada vez que temas desfallecer. Él, que todo es bondad y misericordia, nos mandará en tu ayuda y así conseguirás de una manera insensible corregirte de ese vicio. Lo propio debes hacer en todo lo que constituye tu modo de ser, con orden y con fe, y así lograrás alcanzar, de una manera segura, mayor cantidad de progresos que ya tenías y cumplirás la misión por la cual fuiste a esa *tierra, en esa patria, en esa familia y en tal condición.*

No lo olvides, papá; no dejes de enseñarlo así, a los que Dios te ha mandado bajo tu guarda y guía, y así conseguirás el *progreso relativo* que debes alcanzar según tu estado presente, resultado de tus vidas anteriores.

Adios. Tú ....

VICENTE.

MISCELÁNEA

Excerpta.—En los pueblos salvajes es necesario mover las pasiones: en los civilizados, convencer los entendimiento.

* * *

—Todas las enfermedades y conmociones del ánimo provienen del desprecio de la razón.—Cicerón.

—El sentido de la vista es en nosotros el más penetrante; mas con él no vemos la sabiduría.—Platón.

—Las grandes verdades, que acostumbran ser las más sencillas, pero también las más fecundas, se han arraigado difícilmente en el corazón humano, es verdad; pero no lo es menos que una vez arrojada la semilla, más o menos tarde ha acabado por fructificar.

* * *

—La virtud, sin ilustración, es una linterna sorda: su luz existe, pero no alumbra.

* * *

ADVERTENCIA

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos

desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscritores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles LA REVELACIÓN hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 39

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido digiriéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 15 DE AGOSTO DE 1873

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Al reanudar nuestras modestas tareas, justo es que dediquemos el primer trabajo a nuestros suscriptores, para decirles en pocas palabras, el motivo que impidió se continuara regularmente la publicación de la Revista; no solo hacemos esto con gusto, sino que a la par que es una grata satisfacción, cumplimos un deber de cortesía; pues las constantes cartas que hemos recibido y las preguntas repetidas que se nos han hecho, interrogándonos sobre la suerte de nuestra querida REVELACIÓN, demostraban que ésta llenaba un vacío difícil de ocupar con otra cosa, mientras la razón desee encontrar en el estudio, el placer que jamás puede hallar en los impuros y desenfrenados goces de la materia.

Cuando la pasión domina, la razón se calla, y deja obrar a la impetuosa manifestación de la fuerza bruta, que, como representante fiel de la ignorancia, lo avasalla todo y no permite la menor contradicción ni inconveniente. Innecesario es, a nuestro parecer, trazar la serie de calamidades que han llovido sobre nuestra desgraciada patria, en un período de tiempo demasiado corto, para poder ni aun contar las desgracias sin fin y los sinsabores que han sufrido, los que en esta nación no están dominados por el demonio de la cólera. Cuadro sombrío en que sólo destacan las llamaradas del asolador incendio, el flamígero fogonazo del cañón, la sangre que corre a raudales y el hacinamiento de miles de cadáveres, que atestiguan la carencia absoluta de moral en nuestro país.

¡Si toda España ha pasado por tan difíciles pruebas, Alicante no se ha eximido de pagar este tributo al dolor; antes al contrario, ha sido el objetivo de la pasión, donde se ha estrellado la ira de unos hombres que no debemos calificar! La zozobra, la angustia, la emigración que ha sufrido nuestra ciudad; el abandono y la

inercia que se ha apoderado de los espíritus, en la lucha que constantemente han sostenido, es suficiente para relajar vínculos fuertes y para matar empresas importantes. Sin embargo, lo decimos con orgullo; si bien hemos enmudecido en la prensa, en ese interregno de dolor donde el consejo no podía hacer mella, ni el ánimo estaba dispuesto a estudiar sino a combatir y exterminar, en cambio, no hemos roto el lazo de unión, nuestra Sociedad ha sido asiduamente visitada, nuestros hermanos se han afiliado en benéficas asociaciones que llevaban por norte una *cruz*, y han formado parte de los que esperaban morir defendiendo su hogar y sus intereses de la más injusta agresión.

Corramos un velo sobre tanta hecatombe, no horroricemos más con su relato a la sociedad, y pidamos con fe a Dios, que nos dé fuerzas para salir victoriosos en este rudo combate de la razón, de la fuerza y de la fuerza de la razón. ¡No miremos ya atrás! La historia guardará en sus páginas la síntesis de tan aciagos días, y entonces, con fría calma, podremos estudiar estos acontecimientos, que han llamado la atención del mundo, tanto por su forma de expresión, como por la bandera que sustentara.

Mientras esto suceda, mientras el hombre se deje llevar del torpe impulso de la pasión, no habrá paz ni fraternidad; no habrá amor ni ciencia; no habrá dicha ni bien; no habrá ley ni justicia; no habrá democracia, pues lo que representa la fuerza es todo lo contrario: tiranía, enemistad, ignorancia, mal, privilegio y casta. Mucho queda por hacer, cuando se contempla al resplandor de tanta hoguera, que el pueblo español yace en el más repugnante materialismo, sin idea ninguna del bien, pero con la máscara hipócrita de una religión positiva, con cuyas fórmulas cumple con la libertad y razón del autómata!

Ante tal realidad, es preciso que todos los hombres de bien, que todos los que aman la verdad, que todos los que aceptan el progreso, que todos los que creen en Dios, se unan y se revistan de una paciencia infinita, para emprender la colosal empresa de evangelizar entre esas muchedumbres, la moral pura que se desprendió de los labios del Maestro; que tengan fuerza de voluntad para practicar las dulces máximas del mártir Cristo, suavizando así las costumbres y haciendo por encumbrar a la razón en el gobierno del mundo, de donde en mal hora fue desalojada por la osadía y la cólera; que hagan, en fin, un ardiente voto de caridad, y tomando por norte a Jesús el humilde, trasformen esta sociedad interesada, que sólo siente al impulso del interés, cuyas gastadas fibras no responden sino a la sonora vibración del metal..!

Para esto, es necesario que nos unamos todos los que creemos en la inmortalidad del alma, los que tenemos la convicción de que la tierra no es el exclusivo objeto de la creación, los que posponemos los intereses mundanos a la tranquilidad de conciencia. Si antes de la terrible lección que España ha tenido, éramos de este parecer y con este objeto vinimos al estadio de la prensa; hoy que el horror nos ha probado la verdad que encerraba la intuición que teníamos aumenta nuestro ardor, se centuplica nuestro entusiasmo y venimos a decir sin mirar a lo pasado, como Fray Luis de León, al comenzar las lecciones en la cátedra de que tan injustamente fue separado….. *Decíamos ayer....*

«Que la verdad es una, que a ella aspiramos, y que trabajaremos continuamente, por practicar lo que nuestra conciencia ha aceptado;»

Dicho esto: poco nos resta ya que añadir. Trataremos de publicar cuanto antes los números que faltan para concluir el año; sintiendo que causas fortuitas, nos hayan obligado a abrir el paréntesis que cerramos con este número y cuya operación quisiéramos no repetir.

Que la calma se restablezca, que la pasión se acalle y así podremos ir propagando una doctrina, que se basa en estas, palabras: *Sin caridad no hay salvación posible.*

LA REDACCIÓN.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

II

IDEA GENERAL

En la vasta nebulosa que denominamos *Vía láctea* o *Camino de Santiago*, entre los miles de estrellas fijas, magníficos luminares y centros de atracción de mundos, existe una que presta luz vivificante y calor a cierto número de esos mundos a los cuales pertenece el que hoy habitamos. A esa estrella fija la llamamos Sol.

Alrededor suyo y a distancias variadas, sostenidos por su poderosa fuerza de atracción, flotan en el espacio, describiendo órbitas casi circulares, una porción de cuerpos planetarios de distintos volúmenes, que por orden de distancias al astro central, son los siguientes: Mercurio, Venus, Tierra, Marte—a éste siguen un centenar de asteroides o pequeños planetas,—luego vienen Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Algunos de estos mundos tienen además uno o más satélites que giran también, a su vez, alrededor de ellos, y con ellos alrededor del sol; de estos satélites o lunas, la Tierra tiene una, Júpiter cuatro, Saturno ocho—más dos anillos que le rodean,—Urano otras ocho, y Neptuno una; si bien algunos astrónomos afirman que han divisado dos satélites alrededor de ese lejano planeta. Falta ahora agregar a ese brillante cortejo, más de doscientos cometas, girando también algunos alrededor del Sol en órbitas muy excéntricas, inconmensurables la mayor parte, y de los cuales, por el largo trascurso de tiempo que tardan en volver a aparecer a nuestra vista, apenas se ha podido comprobar en un cortísimo número de ellos, la exactitud de los cálculos que se han verificado sobre la época de su reaparición.

De todos los cuerpos que acabamos de enumerar, sólo el Sol tiene luz propia, los demás son cuerpos opacos que reciben de él luz y calórico, ambos fluidos con más o menos intensidad según la distancia respectiva a que se encuentra cada uno del astro luminoso; Mercurio, por ejemplo, recibe cerca de siete veces más luz solar que nosotros, al paso que Neptuno, el planeta que está situado en los confines del sistema, sólo recibirá una milésima parte de luz y calor comparados con los habitantes de la tierra. Desde Mercurio debe, pues, verse el Sol como un inmenso disco de deslumbrante fuego, casi siete veces mayor que le vemos nosotros; y desde Neptuno sólo como un punto luminoso,—más brillante, es verdad, que ningún otro astro,—pero mil veces más pequeño de lo que aparece a nuestra vista. Estos son los datos que arroja el cálculo: ¿peco los habitantes de Mercurio y los de Neptuno, reciben realmente el uno siete veces más luz y calor y el otro mil veces menos que nosotros. Indudablemente sería así, suponiendo que esos planetas tuviesen su atmósfera formada de los mismos elementos que la nuestra, y por consiguiente del

mismo poder de absorción de los fluidos lumínico y calórico; pero como en el estado actual de la ciencia, no se tienen aún conocimientos bastante exactos de las condiciones de las atmósferas que envuelven esos mundos, esa hipótesis no pasa de ser un cálculo, que, si bien exacto—puesto que se funda en una ley física—sólo debe tenerse en cuenta con la suposición que hemos dicho, de que la atmósfera de esos planetas sea igual a la nuestra.

La diferencia de volumen entre los mundos que componen nuestro sistema, ofrece un fenómeno notable, los cuatro más próximos al Sol, esto es, Mercurio, Venus, Tierra y Marte, son tan pequeños relativamente a los otros cuatro, que todos ellos reunidos, distan mucho de formar el volumen de Urano, el más pequeño entre ellos. Verdad es, que, a su vez, entre los asteroides que ocupan el espacio que separa a Marte de Júpiter,—precisamente la línea divisoria, digámoslo así, de los pequeños y grandes planetas,—el mayor de ellos, es muchísimo más pequeño que Mercurio, el menor de los planetas que forman el primer grupo, y aún no iguala a los satélites de los mayores. Y ya que hablamos de volúmenes en general, añadirémos que todos los planetas reunidos, incluso sus satélites y aun todos los asteroides, no constituyen, ni como mucho, un volumen igual al del Sol.

Además del movimiento que verifican todos los planetas alrededor del astro central,—que los astrónomos llaman de revolución o traslación,—ejecutan otro que denominan de rotación, el cual consiste en girar sobre sí mismos, para lo que emplean un espacio de tiempo distinto cada uno de ellos en ambos movimientos. El de rotación o sea el diurno, es sabido que la Tierra lo verifica en 23 horas, 56 minutos, 4 segundos; Marte emplea 24 horas, 39 minutos, 21 segundos; lo que da a este planeta 43 minutos 17 segundos más de duración a su día que al nuestro; al paso que Júpiter, que sólo emplea 9 horas 55 minutos 45 segundos, tendrá 14 horas 19 segundos menos en su día que los habitantes de la Tierra. El movimiento de traslación o revolución,—que es el anual,—le verifica Mercurio en 87 días, 23 horas, 14 minutos, lo que le da por cierto un año bien corto; al paso que Neptuno emplea para ese mismo movimiento, un espacio de tiempo iguala 164 años, 226 días de los nuestros. Como se ve, el año en el planeta Neptuno, es más largo que un siglo y medio de los nuestros.

El descubrimiento de las leyes que rigen los movimientos planetarios, se debe al ilustre astrónomo alemán Kepler, que floreció en el primer tercio del siglo XVII.

Siendo, pues, todo vida y movimiento alrededor del astro de la luz, ¿permanece éste inmóvil, fijo en un punto del cielo, presidiendo la majestuosa y ordenada marcha de los globos gigantes, a quienes anima con su poderosa mirada de fuego? No. Desde la más remota antigüedad, se dio el nombre de *estrellas fijas*, a aquellos cuerpos estelares que conservan—por lo menos al parecer,—sus respectivas distancias entre sí, ya que observaron algunas estrellas que cambiaban de sitio, atravesando entre los grupos de las primeras, siguiendo un curso fijo y regular, por lo que las denominaron *estrellas errantes* o *planetas*, para diferenciarlas de aquellas. Y efectivamente, esas agrupaciones artificiales de estrellas que bordan el manto azul de la noche y que se conocen con el nombre de constelaciones, conservan una figura casi tan invariable que es necesario el trascurso de muchos siglos, para notar en ellas un ligerísimo cambio; pero el estudio, la observación minuciosa y detenida de la posición relativa de esas estrellas,

ha demostrado hoy a los astrónomos que las estrellas, que los antiguos llamaron fijas, tienen también movimiento en el inmenso espacio, siendo sólo la causa de que aparezcan inmóviles o fijas, la distancia inconmensurable que separa unas de otras. Nuestro Sol, pues, unidad de esa innumerable familia de estrellas, cuya totalidad sólo conoce Dios, tiene como ellas movimiento: traza también una órbita desconocida por el espacio infinito, arrastrando consigo a todos sus hijos, cometas, planetas y satélites, y recorre con su familia de mundos el anchuroso campo de la nebulosa, de la cual es sólo un individuo. Hoy solamente se sabe que nos conduce hacia una de esas brillantes constelaciones que centellean allá hacia el polo boreal del mundo, la constelación de Hércules, y que su marcha hacia ese punto es de unas dos leguas por segundo próximamente, velocidad, por otra parte, casi insignificante atendida la distancia inmensa que de ella nos separa.

Esa distancia es tan grande respecto de las estrellas, que expresada en leguas, no alcanza nuestra imaginación a comprenderla, puesto que para designarla es necesario acudir a billones y trillones, cifra tan elevada, que por no tener término de comparación, no se nos explica más que de una manera vaga e indefinida. Los astrónomos han ideado tomar como unidad de medida, en vez de la legua de cuatro kilómetros que se usa comúnmente, una línea imaginaria de la extensión del radio terrestre, que mide 38 millones de leguas; pero también para semejantes distancias, se expresa luego la cantidad por millones, billones, trillones, etc. y nos encentramos en el mismo caso. Últimamente en los tratados de Astronomía popular, se ha acudido a un medio, que, si no nos da una idea justa de esas distancias,—porque eso actualmente es casi imposible,—por lo menos, pone más al alcance de nuestra comprensión, la distancia inmensa que media entre ellas y nosotros. La luz, o sea el fluido lumínico, recorre un espacio de 77,000 leguas por segundo. Pues bien, de la estrella que tenemos más próxima, de nuestra vecina,—si se nos permite la frase,—*Alpha*, de la constelación del Centauro, necesita un rayo de su luz al partir de ella, 3 años 7 meses, para franquear el espacio que de nuestro mundo la separa; de la segunda en proximidad, perteneciente a la constelación del Cisne,—marcada con el núm. 61 en los catálogos celestes,—emplea 9 años, 6 meses; y de la estrella Polar, que todo el mundo conoce, el rayo luminoso que emite hoy, tardará 50 años en recorrer la distancia que de nosotros la separa.

No expondremos aquí los medios de que se valen los astrónomos para medir con toda exactitud esas distancias, porque no es éste su lugar, ni nuestro objeto. No nos hemos propuesto más que hacer una brevísima exposición de nuestro sistema planetario, tan compendiada como lo permite el estrecho campo de un artículo, y nuestros alcances. Concretémonos, pues a nuestro objeto.

Varias teorías se han emitido sobre la formación de los mundos. Por el *fiat* del Génisis, creemos no debe entenderse más, que la ley dada por el Supremo hacedor a los elementos cósmicos, y en virtud de esa ley se formaron y se forman los mundos. Mas la razón humana, deseosa siempre de investigar el *cómo* de las cosas, trabaja asiduamente a ese fin, y cuando un hecho es para ella inexplicable, inventa teorías, crea sistemas, que luego los adelantos sucesivos se encargan de corregir o derribar. *Errando deponitur error*. Así sucede. Cada época explica los fenómenos de que trata de darse cuenta, según los conocimientos que le son propios. Trascurre el

tiempo, y unas teorías se suceden a las otras, las nuevas toman casi siempre alguna cosa de las antiguas, a veces crean o dicen algo nuevo, algo original, materiales que más tarde aprovechará acaso otro, para dar un paso más en el vasto campo de los conocimientos humanos. Con las piedras que cada uno ha llevado al solar, se va construyendo el edificio. Digamos, pues, algo siquiera sumariamente, de las teorías más razonadas que se han expuesto.

Antes de Buffon, Burnet, Woodward y Whiston habían dado a luz exposiciones más o menos verosímiles en sus épocas respectivas; pero cuidando mucho de que estuvieran en todo acordes con la *letra* de las sagradas Escrituras. Con esto se comprenderá que no se ocupaban extensamente más que de nuestro mundo. Unos lo explican todo conforme a la teoría llamada neptuniana, esto es, atribuyendo al agua las trasformaciones sucesivas que se han verificado en la corteza terrestre; otro pretende que nuestra tierra reconoce por origen un cometa que se fue condensando poco a poco, y secándose—digámoslo así—al calor del Sol. Más tarde Leibnitz, intentó derrocar la teoría neptuniana, atribuyendo a las fuerzas platónicas, o sea al fuego central las mismas agitaciones que ha sufrido la costra sólida de nuestro mundo; este autor consideraba los planetas como otros tantos soles apagados, desde que su materia combustible se había concluido, y otros por fin, después de él, quitaron y añadieron alguna cosa a todos esos sistemas, hasta que el célebre naturalista Buffon, expuso el suyo, explicando a su manera, a la par que la formación de nuestro mundo, la de sus hermanos los planetas.

La teoría de Buffon no deja de ser ingeniosa; lástima que flaquee precisamente por su base. Digamos sólo cuatro palabras sobre ella.

Teniendo en cuenta el gran naturalista que todos los planetas giran alrededor del Sol, casi en un mismo plano y en la misma dirección, dedujo que una misma causa debía haber dado origen a todos ellos. Ésta no podía ser otra,—según él,—que el choque oblicuo de un cometa contra el Sol, resultando de este choque un desprendimiento de parte de la sustancia solar, la cual, líquida por el calor, se precipitó por el espacio como una inmensa cascada; luego se separaron de esta masa las partes más densas, alejándose las ligeras a mayor distancia, quedando después de perdida la fuerza impulsora, detenidos todos en el punto donde se encontraban por la fuerza centrífuga que los retiene a cierta distancia del astro padre. Esa sustancia líquida al principio, tomó luego la forma esferoidal, como todo cuerpo líquido abandonado en el espacio; forma que precisamente es común a todos los planetas; y con el tiempo fueron separándose los elementos, condensándose y llegando al fin a solidificarse. Las fracciones más pequeñas de la misma masa fueron las que formaron los satélites. Entra luego en consideraciones sobre el tiempo que tardaran los planetas en enfriarse, y hasta calculó el tiempo que puede durar el calor originario en ellos.

Pero los conocimientos adquiridos posteriormente sobre la densidad de la materia, que constituye los cometas, han venido a derrocar la hipótesis de Buffon, pues es tan poca esa densidad, que aun suponiendo el choque con el Sol,—que tampoco es admisible hoy,—no resultaría desprendimiento alguno de la masa que le constituye. Por otra parte, la poca excentricidad de la órbita que describen los planetas alrededor del Sol, demuestra lo in-

fundado de la teoría del choque, ideada por Buffon.

La que es hoy más aceptada por la mayoría de los sabios, es la que expuso Laplace. Supone el célebre geómetra que toda la materia que hoy compone el sistema solar, debió existir en época muy remota, en estado gaseoso, en forma de una gran nebulosidad muy difusa, sin presentar indicio alguno de condensación. En aquel estado, las moléculas que la constituían estaban muy separadas, y la fuerza de repulsión de que estaban dotadas, anulaba completamente la de atracción que, haciendo gravitar las unas hacia las otras, tendía a agruparlas. Con el trascurso de los siglos, la fuerza repulsiva fue disminuyendo, al paso que la atractiva obraba cada vez con más energía, y la agrupación se iba verificando. Más tarde, esa nebulosidad difusa debió presentar el aspecto de un núcleo luminoso, rodeado en una distancia prodigiosa de una inmensa capa de materias gaseosas, girando como revuelto torbellino alrededor del núcleo luminoso, que dotado del mismo movimiento de rotación, giraba a su vez sobre sí mismo. A medida que el tiempo trascurría, la masa se iba enfriando y verificándose la condensación de esa materia gaseosa, y las zonas de los vapores sucesivamente abandonadas por la condensación, debieron formar, por la atracción mutua de las moléculas que las constituían, una serie de anillos concéntricos, que siguieron girando alrededor del núcleo central, o sea el Sol. Siendo muy difícil que existiera un perfecto equilibrio entre las moléculas que constituían esos anillos, se fueron rompiendo sucesivamente, y en este caso, las presiones mayores de esa materia cósmica, atrajeron hacia sí las menores, viniendo de este modo a formar otros tantos núcleos, animados desde luego de dos movimientos, uno de rotación que tendía a favorecer la agrupación de las moléculas, y el de traslación en torno del centro común. Esas masas de nebulosidad parcial, planetas en embrión, dieron origen del mismo modo a nuevos núcleos, que giraron alrededor suyo; éstos fueron los satélites. Saturno es el único ejemplar de nuestro sistema, que ha conservado dos anillos, habiéndose sin duda descompuesto los que forman hoy el cuerpo del planeta. Con el enfriamiento sucesivo que han sufrido esos cuerpos, durante el largo trascurso de los siglos, han concluido por solidificarse.

Tal es, en brevísimo resumen, la teoría de Laplace, en perfecta armonía,—según los conocimientos actuales,—con las leyes de la mecánica general, y con los hechos y observaciones astronómicas y físicas. ¿Será esta la verdadera? Sólo Dios lo sabe.

De todo esto resulta un hecho de la mayor importancia para nosotros. Los mundos que constituyen nuestro sistema, son indudablemente hermanos del nuestro, puesto que reconocen un mismo origen; y siendo así, ¿dejarán ellos de estar habitados, estándolo el nuestro? si nuestra Tierra no tiene en sí ventaja alguna respecto de los demás, ni en proximidad al Sol, puesto que hay dos más aproximados, ni en volumen, puesto que hay cuatro cuya masa es colosal comparada con la suya; ¿gozará sola del privilegio de la habitabilidad, cuando Dios, el Padre universal, todo justicia, todo amor, no se concibe pueda favorecer a uno y desheredar a todos los demás?

¡Oh! sí; indudablemente esos mundos están habitados, como lo está el que nos sostiene en estos momentos; sería faltar a la lógica el suponer lo contrario.

Y cuando la Astronomía nos demuestra que nuestro sistema planetario no es más

que uno de los eslabones de la infinita cadena de sistemas; ¿qué debemos creer de los mundos que gravitan alrededor de esos soles que tachonan el firmamento? ¿Debemos creer que sólo la muerte y el silencio moran en ellos? No. Serían más que imperfectos, puesto que faltarían en ellos precisamente los seres que los animan, y la obra de Dios no es ni puede ser imperfecta.

LUIS DE LA VEGA.

REFLEXIONES SOBRE LA REENCARNACIÓN

(OBRAS PÓSTUMAS)

Puesto que la reencarnación es una necesidad de la vida espiritual, con sobrada razón se pueden admirar de que todos los Espíritus no estén acordes sobre el particular, siendo para los ojos de ciertas gentes una objeción de alguna gravedad. La contestación la comprenderá todo aquél que haya hecho del Espiritismo un estudio formal. Hemos examinado la cuestión en sí misma, bajo el punto de vista filosófico, hecha abstracción de toda enseñanza de los Espíritus; hemos encontrado en este principio la única solución posible de ciertos problemas morales y psicológicos, y nuestra razón se ha fundado, no sobre hipótesis, sino sobre la observación de los hechos; puesto que esta doctrina da la razón de esos hechos que ningún otro sistema filosófico o religioso puede resolver, en buena lógica debemos admitir la teoría que explica con preferencia a la que no lo explica, sin ocuparnos de la opinión de los Espíritus, que no tiene más valor para nosotros que en cuanto es perfectamente racional, y que no encontramos en ella ninguna señal de ignorancia o juicio erróneo. Estamos, pues, bastante lejos de aceptar sin examen todo cuanto digan los Espíritus, porque sabemos que los hay con ideas limitadas al presente, como sucede entre muchos hombres sobre la tierra. Creen que su actual situación debe durar eternamente; no ven más allá de cierto horizonte; no se preocupan en saber de dónde vienen, ni a dónde van, y sin embargo deben sufrir la ley de la necesidad. La reencarnación es para ellos una necesidad de la que no se cuidan sino cuando llega; saben que el espíritu progresa, pero ¿de qué modo? Para ellos es un problema; si les preguntáis, os contestarán según el estado de sus conocimientos; los unos os hablarán del quinto y sexto cielo, otros de la esfera de fuego, de la esfera de las estrellas, de la ciudad de los elegidos, que no es otra cosa para ellos, más que una vaga idea de los mundos mejores.

Lo que prueba la ignorancia de estos Espíritus, es el cuadro raro que hacen algunos de la progresión futura, porque todos reconocen la necesidad de esta progresión; tan sólo difieren sobre el modo como ésta se opera; sus ideas, bajo este concepto, están más o menos impregnadas de las preocupaciones terrestres, y descansan algunas veces sobre principios completamente absurdos, como por ejemplo sobre el de las esferas concéntricas teniendo la tierra por foco, y que son como escalones para los Espíritus, idea tomada de los antiguos sistemas astronómicos. Basta con que un Espíritu emita semejante teoría, o cualquiera otra herejía científica notoria, para conocer la clase de su saber y el valor que debe darse a sus opiniones. Por lo demás, en esto como en muchas otras cosas, la contradicción es algunas veces más aparente que real, y puede resultar, ya sea de la interpretación de los términos, ya del modo de presentar la idea. El mismo pensamiento se encuentra

con frecuencia en las cosas más disparatadas a primera vista y que son más contradictorias por su forma que en el fondo: prueba de ello la doctrina bíblica sobre la creación de la tierra; por lo cual es aún más fácil reconocer el principio de la reencarnación en las figuras empleadas por ciertos Espíritus, que los seis períodos geológicos en los seis días del Génesis.

Se concibe que Espíritus poco adelantados no puedan comprender esta cuestión, pero entonces ¿en qué consiste que Espíritus de una inferioridad moral e intelectual notoria, hablan espontáneamente de sus diferentes existencias y del deseo de reencarnarse para tomar otra nueva, mientras que entre los que contradicen el principio, los hay que son de un modo manifiesto más inteligentes? Suceden en el mundo de los Espíritus cosas tales, que no son difíciles de comprender, y que por este motivo nos parecen anomalías. ¿No tenemos entre nosotros personas que son muy ignorantes sobre ciertas cosas, siendo muy ilustradas en otras? ¿y gentes que tienen más juicio que instrucción? Sabemos aunque los Espíritus forman grupos, familias, que vienen a ser lo que las naciones entre nosotros, y que los individuos sacan sus ideas del centro en donde se encuentran. Sabemos por fin que ciertos Espíritus, más inteligentes que buenos, se complacen en adular las preocupaciones de los hombres; que su deseo es mantenerles en la ignorancia bajo las apariencias de desear instruirles. Se saben aprovechar de la facilidad con que se presta fe a sus palabras, y para inspirar mayor confianza, hacen alarde de su falso saber, revistiendo sus discursos de frases redundantes y ampulosas, que pueden seducir a los que no van al fondo de las cosas; pero si se les lleva al extremo por el razonamiento, no sostienen largo tiempo su tesis. Como en definitiva su sistema sobre la progresión de los Espíritus no resuelve de ninguna manera las dificultades, no hay sino ponerles terminantemente las cuestiones que hemos formulado, y se verá si su solución es muy lógica. Aún diremos, que si aceptamos la que damos en nuestros libros, no es tan solamente porque viene de los Espíritus, sino porque, sobre todo, está conforme con los hechos observados, que no contradicen ninguno de los datos de la ciencia, y que lo explica todo.

ALLAN KARDEC.

(De la Revue Spirite.)

BREVE CONTESTACIÓN

A LOS

DETRACTORES DEL ESPIRITISMO [1]

(OBRAS PÓSTUMAS)

El derecho de examen de crítica es un derecho imprescriptible al que no pretende esquivarse el Espiritismo, como tampoco pretende satisfacer a todos. Cada cual es, pues, libre de aprobarlo o de rechazarlo; pero aun así, preciso debiera ser que se le discutiese con conocimiento de causa. Pues bien, la crítica ha probado con suma frecuencia su ignorancia respecto de los principios más elementales de aquél, haciéndole decir justamente lo contrario de lo que dice, atribuyéndole lo que rechaza, confundiéndole con las groseras y burlescas imitaciones del charlatanismo, dando, en fin, como regla general las excentricidades de algunos individuos. Con suma frecuencia también la malevolencia

[1] *Revista Espiritista* de París, agosto de 1869.

ha querido hacerle responsable de actos represivos o ridículos, en los que se halla su nombre incidentalmente, de lo que se ha hecho arma contra él.

Antes de imputar a una doctrina la incitación a un acto reprensible cualquiera, exigen la razón y la equidad que se examine si la tal doctrina contiene máximas justificadoras de aquel acto.

Para conocer la parte de responsabilidad que alcanza al Espiritismo en una circunstancia dada, existe un medio muy sencillo, cual es el de inquirir de buena fe, no de los adversarios, sino en el mismo origen, lo que aprueba y lo que condena. Esto es tanto más fácil, cuanto el espiritismo no tiene secretos; su enseñanza se da a la luz del día, y cada cual puede comprobarla.

Si, pues los libros de la doctrina espiritista condenan de un modo explícito y formal un acto justamente reprobado; si, por el contrario, sólo contienen instrucciones capaces de conducir al bien, prueba es que el individuo culpable del delito no se ha inspirado en aquélla, aunque tuviese en su poder los libros.

El Espiritismo no es más solidario de aquellos a quienes se les antoja llamarse espiritistas, que la medicina de los charlatanes que la explotan, y la sana religión de los abusos y hasta de los crímenes cometidos en su nombre. Sólo reconoce por adeptos suyos a los que practican su enseñanza, es decir, a los que trabajan en su propio mejoramiento moral, esforzándose en vencer las malas inclinaciones, en ser menos egoístas y orgullosos, más afables, más humildes, pacientes, benévolos, caritativos para con el prójimo y moderados en todas las cosas, pues éste es el signo característico del espiritista verdadero.

El objeto de esta breve contestación no es el de refutar todas las alegaciones falsas dirigidas contra el Espiritismo, ni el de desarrollar o probar todos sus principios, y menos aún el de convertir a sus ideas a los que profesan opiniones contrarias, sino el de decir, en pocas palabras, lo que es el espiritismo y lo que no es, lo que admite y lo que rechaza.

Sus creencias, sus tendencias y su objeto se resumen en las proposiciones siguientes:

1.º *El elemento espiritual y el elemento material* son los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza, que se completan la una a la otra y reaccionan incesantemente una en otra e indispensables en ambas al funcionamiento del mecanismo del universo.

De la acción recíproca de estos dos principios nacen fenómenos, para cuya explicación es impotente cada uno de aquellos, aisladamente considerado.

La ciencia propiamente dicha tiene la misión especial de estudiar las leyes de la materia.

El Espiritismo tiene por objeto el estudio del *elemento espiritual* en sus relaciones con el material, y encuentra en la unión de estos dos principios la razón de una multitud de hechos, hasta ahora inexplicados.

El Espiritismo marcha de concierto con la ciencia en el terreno de la materia: admite todas las verdades que aquélla asienta, pero donde se detienen las investigaciones de la ciencia, el Espiritismo continúa las suyas en el terreno de la espiritualidad.

2.º Siendo el elemento espiritual una de las fuerzas de la naturaleza, los fenómenos que con él se relacionan están sometidos a leyes, por lo mismo tan naturales

como las que tienen su origen sólo en la materia.

Solamente por la ignorancia de las leyes que los rigen se han tenido por *sobrenaturales* ciertos fenómenos. Por consecuencia de este principio, el Espiritismo no admite el carácter milagroso atribuido a ciertos hechos, a pesar de sentar su realidad o su posibilidad. Para él no existen *milagros*, como derogaciones de las leyes naturales; de donde se sigue que los espiritistas no hacen milagros, y que la calificación de taumaturgos que les dan algunos, es impropia.

El conocimiento de las leyes que rigen el principio espiritual se relaciona directamente con lo cuestión del pasado y del porvenir del hombre. ¿Su vida está limitada a la existencia actual? Al entrar en este mundo, ¿sale de la nada, a la cual vuelve, al marcharse de él? ¿Ha vivido ya y vivirá todavía? *¿Cómo vivirá y en qué condiciones?* En una palabra, ¿de dónde viene y a dónde va? ¿Por qué está en la tierra y por qué sufre en ella? Tales son las cuestiones que cada cual se propone, porque ninguna doctrina les ha dado aún solución racional. La que da el espiritismo, apoyada en los hechos y satisfaciendo las exigencias de la lógica y de la justicia, es una de las principales causas de la rapidez de su propagación.

El Espiritismo no es una concepción personal, ni el resultado de un sistema anticipadamente concebido. Es la resultante de miles de observaciones hechas en todos los puntos del globo, que han convergido en el centro que las ha enlazado y coordinado. Todos sus principios constitutivos sin excepción, están deducidos de la experiencia; pues ésta ha precedido siempre a la teoría. Así es como, desde un principio, el Espiritismo encontró raíces en todas partes. La historia no ofrece ejemplo de ninguna doctrina filosófica o religiosa que haya reunido en diez años, tan gran número de adeptos; y sin embargo, para darse a conocer no ha empleado medio alguno de los vulgarmente usados: Se ha propagado por sí mismo, gracias a las simpatías que ha encontrado.

Un hecho no menos constante es el de que en ningún país, ha nacido la doctrina en las capas inferiores de la sociedad, sino en que en todas partes se ha propagado de lo alto a lo bajo de la escala social. En las clases ilustradas es en las que está aún casi exclusivamente esparcida, siendo ínfima la minoría de las personas no ilustradas que la conocen.

Está asimismo probado que la propagación del Espiritismo ha seguido desde su origen una marcha constantemente ascendente, a pesar de todo lo que se ha hecho para estorbarlo y desnaturalizar su carácter, con la mira de desacreditarlo ante la opinión pública. Es también muy de notar, que todo lo que con este objeto se ha hecho, ha favorecido su difusión. La algazara que con motivo de él se ha originado, lo ha puesto en conocimiento de gentes que nunca habían oído hablar del asunto; mientras más se les ha afeado y ridiculizado, mientras más violentas han sido las declamaciones, más se ha excitado la curiosidad, y como que el examen no puede dejar de serle favorable, ha resultado que sus adversarios se han hecho, sin quererlo, sus ardientes propagadores. Sin ningún perjuicio le han irrogado las diatribas, es porque estudiándolo en su verdadero origen, se le ha encontrado muy diferente de lo que se le representa.

En las luchas que ha tenido que sostener, las personas imparciales le han tomado en consideración su moderación. Jamás ha usado de represalias con sus adversarios, ni devuelto injuria por injuria.

El Espiritismo es una doctrina filosófica, que tiene consecuencias religiosas como toda filosofía espiritualista, y por esto mismo toca forzosamente las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura; pero no es una religión constituida, dado que no tiene culto, rito ni templo y que, entre sus adeptos, ninguno ha tomado, ni recibido título de sacerdote o sumo sacerdote. Estas calificaciones son pura invención de la crítica.

Si es espiritista por el solo hecho de simpatizar con los principios de la doctrina y de conformar a ella su conducto; Es una opinión como otra cualquiera, que cada uno ha de tener el derecho de profesar, como se tiene el de ser judío, católico, protestante, furierista; san simoniano, volteriano, cartesiano, deísta y hasta materialista.

El Espiritismo proclama la libertad de conciencia como un derecho natural, y la reclama para los suyos como para todo el mundo. Respeta todas las convicciones sinceras pidiendo para sí la reciprocidad.

De la libertad de conciencia se desprende el derecho de *libre examen* en materia de fe; El Espiritismo combate el principio de la fe ciega, pues exige del hombre la abdicación de su propio juicio, y dice que toda fe impuesta carece de raíz. Por esto inscribe ésta en el número de sus máximas: «*Sólo es inquebrantable la fe que en todas las edades de la humanidad, puede mirar cara a cara a la razón*.»

Consecuente con sus principios, el Espiritismo no se impone a nadie, sino que quiere ser libremente y por convicción aceptado. Expone sus doctrinas y recibe a los que voluntariamente se unen a él.

No procura separar a nadie de sus convicciones religiosas; no se dirige a los que tienen una fe que les basta, sino a los que, no estando satisfechos de lo que les ha dado, buscan algo mejor.

ALLAN KARDEC.

Animados como siempre de la fe vivísima y del entusiasmo santo que nos inspira la inmaculada verdad que sustentamos, venimos otra vez al estadio de la prensa, para llevar con nuestra publicación, los espirituales consuelos al seno de la familia, despertar allí mismo, en el hogar doméstico, los gérmenes del bien, en mal hora, y por tanto tiempo adormecidos, con el sueño letal de la superstición; robustecer con la verdad de sus principios la fe de sus adeptos, y difundir con los luminosos resplandores de la más consoladora de las doctrinas, las puras y edificantes máximas, las sabias y sublimes enseñanzas que, en sus doradas páginas, encierra el libro sacrosanto del Evangelio.

Nuestra fe por la idea que venimos a propagar y defender no se ha entibiado, antes bien, es hoy más viva que ayer; nuestro convencimiento el mismo que siempre, porque una vez adquirida la certidumbre de una verdad, aceptada por la razón, robustecida por las declaraciones incesantes de las primeras inteligencias de nuestros tiempos, y confirmada por las continua revelaciones de los seres del mundo invisible, no puede cambiar ni sufrir oscilaciones de ningún género, como tampoco cambian ni oscilan las leyes eternas e inmutables de la creación, de las cuales es una la idea que proclamamos.

Vengan, pues, a nuestro campo, los tibios en su fe religiosa, los indiferentes y escépticos, los materialistas mismos, y encontrarán en el espiritismo la fe que les falta, la verdad que buscan y que en vano

se han esforzado en inquirir en otras regiones, el consuelo que necesita el corazón y la tranquilidad y la calma que ansía la conciencia. El espiritismo les llenará completamente ese gran vacío que sienten en su alma. Vengan pues a nuestro campo, repetimos, siquiera sea para estudiar una doctrina que desconocen, y verán, no lo duden, realizadas sus esperanzas, y sus deseos satisfechos.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

DICTADO POR ULTRA-TUMBA

Médium F.

¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz a vosotros en la tierra, queridos hermanos! Habéis emprendido el camino del bien y de la verdad, por donde debéis seguir con fe y confianza, y sin volver la vista atrás; ¿qué digo? Debéis volverla para, recordar con espanto el caos tenebroso de donde, habéis salido. Algunos de vosotros mirabais con indiferencia toda idea religiosa y ninguna religión practicabais; otros, haciendo gala de ideas materialistas, negabais a Dios, y no obstante, lo sentíais en vuestro ser, en cada latido de vuestro corazón, y no sabíais daros cuenta de esas dulces y gratas emociones; otros os llamabais cristianos, y estabais muy lejos de comprender y de practicar la verdadera religión de Cristo. Ahora todo ha cambiado en vosotros; un nuevo horizonte iluminado por los vivos destellos que brotan de la verdad más santa que habéis abrazado, esa luz viva y radiante que se llama espiritismo, os abre el anchuroso camino de vuestro perfeccionamiento, que alcanzaréis por medio del estudio y la práctica constante de la verdadera religión de Cristo.

Ánimo pues, mis queridos hermanos y marchad con fe y perseverancia por ese camino que con su ejemplo y su palabra, os ha abierto el mártir ilustre del Gólgota, y alcanzaréis, indudablemente la recompensa que os es dado disfrutar en la tierra, la paz de vuestra alma, la tranquilidad de vuestro espíritu; y más tarde, la dicha que Dios guarda a los buenos.—F.

Srta. Médium C. L.

El mundo es pura farsa, dicen unos; el mundo es valle de lágrimas, añaden otros; el mundo es un infierno, dicen los más. El mundo es un planeta como otro cualquiera, añado yo. En él hay muy malos espíritus cumpliendo su indispensable expiación; los hay también muy buenos cumpliendo su misión; porque donde existe el mal, precisamente debe existir el bien, para dar ejemplo a los demás.

Siempre el bueno padece, decís. Y yo os replico: Siempre el bueno disfruta, sí, por infortunios, por contratiempos que le sucedan; un espíritu recto, siempre es feliz, porque la virtud trae consigo la felicidad.

Nadie posee ésta, decís, y os engañáis, porque la felicidad existe en vuestro mundo, pero no en la materia, sino en el espíritu. Una conciencia tranquila y un espíritu perfecto, he ahí la felicidad. Pero si la buscáis en las mentidas vanidades mundanas, en sus ambiciones y falsas glorias, no la encontraréis, no, pues la materia es perdurable, el espíritu eterno, por eso debéis perfeccionaros.

Sí, hermanos, primero cuidad del espíritu, después de la materia; pero siempre que el primero impere soberano sobre la segunda, porque de lo contrario, os semejaríais al animal, que no obedece más que a los impulsos materiales.

Moralidad, rico tesoro del alma: Humildad, poesía, sublime que transporta al hombre al trono del excelso Dios: ¡Caridad, base fundamental de todas las virtudes!

Seguid estas tres virtudes sublimes y os perfeccionaréis alcanzando la completa felicidad, la que todos anheláis sin saberlo; sí, porque todos, sin distinción, corréis tras ella; pero unos, más ilustrados, la siguen de cerca; otros, más ignorantes, toman caminos diversos; y finalmente otros más desgraciados le vuelven la espalda sin saberlo.

Vosotros, los más ilustrados, tenéis la santa misión en la tierra de conducir a esos infelices por el buen camino; mirad que El Maestro está mirándoos y sabe vuestras acciones.

Cumplid vuestra misión; tended vuestra mano al desvalido, alumbrad con la sublime luz del espiritismo, a los infelices que gimen en las tinieblas de la ignorancia y Dios os dará ciento por uno.

Tu Protector.

Médium A. L.

El amor es la manifestación espontánea del alma, los ojos son el instrumento de este deleite espiritual.

El amor es la ley del mundo que rige el equilibrio de la humanidad; es la flor primaveral que endulza, con sus aromáticos perfumes, el espíritu, y le hace ser feliz en medio de las peripecias desastrosas de la vida del hombre.

El amor es manantial purísimo de cristalina agua, siempre pura y sin mancha alguna.

El amor el símbolo sacrosanto de dos almas que, con purísimo cariño, se enlazan entre sí; es el pan espiritual que deleita el ser, y, con sus inefables goces, os hace más llevadera la carga de esa materia tosca que os embrutece, con sus indispensables pasiones, y como cupidos hábitos.

Amaos, y seréis felices.

X.

Señorita Médium C. L.

Empiezo diciéndoos que de buenos espiritistas es, el no querer perder una noche de instrucción; pues el espiritismo bajo el punto de vista que se debe mirar, es la cátedra de la enseñanza más elevada a que habéis asistido hasta el día en vuestro planeta: y si no decidme ¿Qué es por lo general un catedrático? Es un mísero mortal, sujeto a las pasiones y vicios mundanos, que mientras sus labios pronuncian frases morales para educar al joven estudiante, su mezquino corazón siente torpes y malas pasiones. Luego es comedia lo que representa.

En cambio, cuando un buen espíritu se comunica con vosotros, estáis con respetuosa sumisión, y comprendéis que lo que dice se debe poner en práctica, porque os lo dice un ser desmaterializado, un ser que se remonta por encima de vuestro hemisferio, y que visita otros mundos hasta hoy ignorados por vosotros; y que la suma bondad del Ser Supremo, permite que recibáis comunicaciones para que os instruyan: y es cien veces preferible su enseñanza moral a la que puede brotar de los labios de los materializados matemáticos de vuestras cátedras científicas.

Estudiad hermanos míos nuestras comunicaciones de ultratumba, y ejerced el bien que de ellas se desprende y lograreis lo que deseáis.

R.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles LA REVELACIÓN hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍAS
SAN FRANCISCOS NÚMERO 21s DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 40

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 30.

ALICANTE, 30 DE AGOSTO DE 1873

Lamentables en consideración y trascendencia son los males que por doquier aquejan a la humanidad, que sobre la tierra navega por el espacio cual el sencillo pescador por el mar sobre la débil barquilla que le sirve de sostén. Y decimos que son considerables en número y en trascendencia estos males, porque la razón humana tan limitadísima por su naturaleza no puede ni en mucho, encerrada en su envoltura corporal, ver a punto fijo el atraso moral e intelectual de la individualidad que representa, porque se lo impide ese mismo atraso, como tampoco podría un ciego ver por sí mismo los demás ciegos que existen a su alrededor.

He aquí por qué a la razón humana le está vedada la posesión de ciertos conocimientos, porque su naturaleza intelectual y moral no está dispuesta para ello. Sin embargo, la falta de saber en alguna cosa no supone el total desconocimiento de todas las demás, y por lo mismo el hombre a pesar de faltarle mucho, muchísimo en su progreso, conoce a la perfección algunos de los orígenes de su atraso, algunas de las causas de su escaso adelanto, algunos vicios que cual venenosos reptiles infecciona sin compasión su desdichado espíritu y le conducen a la perdición más marcada, a la desolación más cumplida con todas sus lastimosas consecuencias.

Sí, esto es cierto, pero hay más. El hombre conoce su atraso y no se modifica en su conducta, el hombre siente su embrutecimiento y lejos de cambiar de camino en su vida llena de quebrantos, continúa por la misma senda y no pone de su parte lo necesario para evitar una caída; sabe que el terreno es quebradizo y él echa a correr, sin mirar siquiera donde pone sus pies. Efectivamente, los obstáculos en que tropieza el hombre en su marcha embarazosa, son sus vicios. Y esto aunque parezca paradoja, es la verdad, pues si bien es cierto que obstáculo es todo aque-

llo que se opone a la realización de un pensamiento, y el hombre ve en los vicios, no un impedimento, sino un aliciente para alimentar su vida licenciosa, en cambio nadie negará que esos mismos poderosos estímulos de la perdición mundana, representan los mas insuperables obstáculos para el verdadero progreso. En este sentido hablamos y así deseamos se nos entienda. Bajo este supuesto empezamos a ocuparnos de algunos de estos obstáculos, de algunos de estos vicios; designemos por ejemplo el lujo y el orgullo.

Lujo, según el Diccionario Enciclopédico, significa exceso y demasía en la pompa y regalo, fausto, suntuosidad y esplendor. He aquí, pues, lo que nos proponemos atacar, en primer término, demostrando que el lujo se opone a Dios, al hombre y a la sociedad. Fácil nos seria hacer ver a nuestros lectores que el lujo se opone a Dios que es con solo abrir el libro en donde se guardan las palabras que Jesucristo nos dejó unidas a su sin igual ejemplo, cumpliendo la elevadísima misión que le estaba encomendada, probado suficientemente quedaría nuestro aserto, sin embargo, renunciamos a esto para recordar hechos toda vez que éstos en ciertas ocasiones son de mas autoridad que las palabras. No cabe duda alguna que un enviado de cualquier especie y condición tiene que cumplir un cometido obedeciendo las órdenes anteriormente recibidas por su principal, pues así y no de otro modo se comprende el nombramiento de aquél, dada la reconocida inteligencia de éste, contando con la buena fe indiscutible de su subordinado.

Bajo este punto de vista debe concebirse precisamente que Jesucristo como enviado de Dios era la manifestación constante de las infinitas perfecciones de Éste, y por lo mismo posee en su modo de pensar, en su modo de obrar, esa virtud inapreciable que nosotros conocemos con los nombres de inteligencia y moralidad. Sabido esto, preciso es convenir en que todas las verdades de que antes hicimos mención al ocupamos de la palabra de Jesucristo, llevan impresas el sagrado sello de la autoridad divina, y por consecuencia inmediata también todas las obras del que murió en una cruz por nuestra redención, estaban autorizados por tan augusta señal, pues hacer otra cosa sería atacar altamente los dones que Jesucristo debió recibir del Supremo Hacedor. Ahora bien, como en toda la vida de este hombre admirable, como en todo el tiempo trascurrido mientras que ese hombre incomparable transitó por nuestro planeta, el mundo solo vio una cadena de ejemplos, digámoslo así, de moralidad, de pobreza material, de prudencia ilimitada, de mansedumbre inconcebible y de otras mil y mil perfecciones, encaminadas todas a combatir el orgullo, el lujo, la envidia, etc., etc., y como por otra parte nos encargó muy especialmente que su modo de obrar debiera ser imitado por todo aquel que siguiera su doctrina, de aquí, que todos los que crean en Dios y vean en Jesucristo un enviado para nuestro progreso, deben convenir necesariamente en que el lujo, el orgullo, la envidia y en general todo aquello que está en contradicción con la doctrina de Cristo, está también completamente en contradicción con el mismo Dios.

He aquí el primer punto que queríamos demostrar.

No nos detendremos haciendo ver públicamente cuan opuesto, cuan erróneo, cuan injusto, cuan indigno y cuan antirreligioso es al verdadero Dios ese culto espléndido en galas, pobre en sentimiento, esa brillante manifestación de luces y de cortinajes, no de corazones humildes y rendidos, esa fiesta de músicos y cantan-

tes con ricos trajes unidos con la mancha de la hipocresía y la mira lucrativa más refinada que se puede dar, al contemplar ese cúmulo de religiones *positivas* (y a fe que en esto de ser *positivas* tienen razón) ese largo catálogo de santas creencias que vemos desarrollarse a nuestro alrededor entre la gente desgraciada y falta de instrucción, a la manera que se desarrolla entre los débiles tallos de un tierno plantel la mala yerba que absorbe su jugo, le marchita y acabaría con su vida si la mano experta del sencillo labrador no lo impidiera.

Y decimos que no nos detendremos en esto, porque al obrar de otro modo tampoco podríamos pasar por alto el ver a esos hombres que llamándose depositarios de la sagrada verdad, defensores de las sublimes glorias del Altísimo, entre quienes se encuentran satélites de todas las religiones, como entran en sus templos ostentando con orgullo una lujosa vestidura, y apartando con estúpido ademán al pobre mendigante que tullido por sus dolencias en la puerta de la casa del Señor, alarga su trémula mano en demanda de un pedazo de pan que consuele su afligido estado.

A nuestro pesar nos hemos separado algún tanto de la cuestión y vamos a entrar en ella de nuevo. Dijimos que e1 lujo se opone al hombre.

Veámoslo. Es bueno al hombre todo aquello que de alguna manera contribuye a su adelantamiento moral e intelectual; es por el contrario nocivo al hombre, todo aquello que de alguna manera contribuya a entorpecer, interrumpir o detener ese mismo progreso de que se ha hecho mención. Esto es indudable; de manera, que si demostramos que el lujo se opone al primero de los casos anteriores, o que está comprendido en el segundo, la certeza de nuestra proposición estará reconocida.

Nada más sencillo que reconocer la necesidad de que el hombre está poseído cuando se trata de satisfacer las obligaciones que le impone su naturaleza, pero el reconocimiento de esta necesidad, debe extenderse solamente a todo aquello que sea indispensable, a todo aquello que sea imprescindible, a todo aquello que, como indica la misma palabra, sea puramente *necesario*, fuera de este caso, no se puede reconocer la necesidad en el hombre, fuera de este caso, el hombre falta, tanto más cuanto más se separa de lo indispensable. De manera, que el exceso, el regalo, la pompa, el fausto, la suntuosidad y el esplendor; todo es lujo y por lo mismo, representa el atraso moral de que tratamos.

Queda pues, probado suficientemente, que el orgullo, con todas sus funestas consecuencias, se opone a Dios y al hombre y probado esto, nada más natural que conceder la contrariedad, manifiesta que existe entre estos mismos atrasos con la sociedad, toda vez que está opuesta a Dios lo mismo que la obra a su autor, y al hombre porque procede de la procreación de este.

Terminado a nuestro parecer el propósito que nosotros nos impusimos; debemos hacer constar que, si nuestras difusas líneas han logrado corregir, siquiera sea en pequeño, los graves defectos que atacamos, nuestra satisfacción será inmensa; en caso contrario, nos quedará la tranquilidad de conciencia, patrimonio justo del que cree haber hecho algo en beneficio de la humanidad.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

III

EL SOL

Uno de los objetos que cautivarían con preferencia la atención de los primeros seres inteligentes que habitaron este mundo, seria indudablemente el radiante astro del día.

Cuando aquella faja blanquecina, precursora del día se extiende por el oriente, y poco a poco va iluminándose el cielo y tiñendo las nubes de oro y grana, diríase que la vida renace, que un soplo vivificador se extiende sobre la faz de la tierra, antes en silencioso letargo, envuelta en el negro manto de la oscuridad. Luego aparece el esplendoroso astro, inundándolo todo con su dorada luz, y la animación sucede al silencio, el bullicio a la sombría calma que momentos antes reinaba por montes y llanos.

El corazón palpita alegre dentro del pecho.

Y en cambio, cuando a la caída de la tarde el magnífico luminar ha desaparecido del horizonte y queda solo aquella luz amarillenta del crepúsculo, ¡cuánta tristeza no respira la naturaleza, y cuán inclinado se siente el ánimo a la melancolía, a la concentración dulce y silenciosa!

¡Imagen perfecta de la vida! ¡La expansión, la alegría en los primeros años, la calma, la gravedad, cuando llega el ocaso!...

Hasta en el mundo espiritual ejerce la luz su benéfica influencia. El Espíritu es escéptico, insensible, sombrío si se halla sumido en las densas tinieblas de la duda o de la incredulidad, radiante de alegría, de dulce satisfacción, de fe, de esperanza, de amor, de caridad, cuando la luz de la verdad le ilumina con su vivido destello!....

¿Qué prodigiosa influencia ejerce, pues, el Sol en la vida de los mundos?

Es para ellos el poderoso imán que con su fuerza atractiva les sostiene en el espacio, es manantial de toda luz y calor, agentes indispensables para la realización de la vida orgánica: es la causa principal de los fenómenos eléctricos, magnéticos, meteorológicos que agitan así las capas atmosféricas como la corteza sólida de los mundos, produciendo de este modo una circulación continua de los fluidos que alimentan la vida de los seres que los habitan. «Ya su acción se manifiesta tranquilamente y en silencio por las afinidades químicas y determina los diversos fenómenos de la vida, en los vegetales, en la endósmosis de las paredes celulares, en los animales en el tejido de las fibras musculares o nerviosas; ya hace estallar en la atmósfera el trueno, las trombas de agua, los huracanes... Las ondas luminosas no obran solo en el mundo de los cuerpos, y no se limitan a descomponer y recomponer las sustancias; no tienen por único objeto hacer brotar del seno de la tierra los gérmenes delicados de las plantas, desarrollar en las hojas la materia verde o clorofilo, teñir las olorosas flores o repetir mil y mil veces la imagen del Sol en medio del gracioso choque de las olas, y en los flexibles tallos de la pradera encorvados por el soplo del viento. La luz del cielo, según los diferentes grados de su duración y de su esplendor, está asimismo en relación misteriosa con el hombre interior, con la excitación más o menos viva de sus facultades, con la disposición alegre o melancólica de su ánimo.[1]»

[1] Humboldt. *Cosmos*.

Supongamos por un instante que el Sol deja súbitamente de enviar sus benéficos rayos sobre nuestro planeta: la luz desaparece, el calor se escapa, los campos no lucirán ya su rica alfombra de verdura, las flores sus brillantes colores; los animales y vegetales dejarán pronto de existir y el frío de la muerte extenderá por todos partes su soplo glacial, conviniendo los ríos y mares en inmensos llanos de bruñido hielo; la enorme masa de agua suspendida en la atmosfera en estado de vapor, descenderá luego sobre la tierra en abundante escarcha, cubriéndola como un inmenso sudario...

Ya desde muy antiguo reconocieron los pueblos la benéfica influencia del astro del día, y como en aquellas épocas remotas se elevaba hasta la adoración todo lo que era considerado de algún modo superior al hombre, ora fuera en bien, ora en mal; el Sol fue adorado como un dios por los Egipcios, los Tebanos, los Persas, los Moabitas, los Amonitas y aún los Peruanos, en la virgen América.

La distancia que separa nuestro astro de la tierra, es valuado en leguas de 4 kilómetros, 38.240,000.

Pongamos algunos ejemplos a fin de apreciar mejor esa distancia, que por grande, no da a nuestra imaginación más que una idea vaga, como toda cantidad expresada por una cifra muy alta.

El proyectil que despiden nuestras piezas de artillería recorre un espacio de 400 metros en el primer segundo de su partida—término medio, según los diversos sistemas que hoy se conocen. Pues dada esa velocidad inicial de 400 metros por segundo; si fuera posible enviar uno de esos proyectiles desde la Tierra al Sol, emplearía aquél en recorrer el espacio que separa a este de nosotros, 12 años 46 días. El sonido recorre una distancia de 340 metros por segundo: supongamos ese mismo espacio lleno de aire atmosférico,—que como todos sabemos es el vehículo propagador del sonido—y si el estampido del cañón fuera bastante considerable para salvar tal distancia, no se oiría en el Sol hasta después de 14 años dos meses de haber estallado acá en la Tierra, dos años 15 días después de haber llegado la bala. Un tren directo de nuestros ferrocarriles, marchando a razón de 50 kilómetros por hora, tardaría unos 347 años en atravesar la misma distancia; de modo, que partiendo de la Tierra el 1.° de Enero del año actual 1871, no llegaría al Sol hasta e1 año 2218. Por último, y dejando a un lado las suposiciones para tomar la realidad, añadiremos que la luz que recorre 77.000 leguas por segundo emplea 8 minutos y 17 segundos en llegar del Sol a la Tierra.

El volumen del Sol es inmenso, comparado con el de la Tierra, y aun con el del mayor de los planetas de nuestro sistema. Todos ellos juntos no compondrían ni con mucho un volumen igual al suyo. Su diámetro comparado con el de la Tierra es 112,000 mayor; su superficie 12, 557,444, y su volumen 1.407, 187,130, o sea, expresado en miriámetros cúbicos

1,520.996,847.653,800 cantidad que la mente humana no puede apreciar, que está fuera del alcance de nuestra comprensión.

Creemos que sólo los ejemplos pueden darnos, sino una idea de esas masas enormes, por lo menos, de la relación que en sí guardan, y hallamos muy curioso el siguiente, que cita Arago en su *Astronomía popular*. Dice así: «Queriendo un profesor de Angers dar a sus discípulos una idea sensible del volumen de la Tierra comparado con el del Sol, le ocurrió contar el número de granos de trigo de regular tamaño que caben en la medida de capacidad llamada litro, y halló unos

10,000. Según esto el decalitro contendrá 100,000, el hectolitro 1.000,000 y 14 decalitros 1.400,000. Reunidos en un montón los 14 decalitros de trigo, tornó un solo grano, y enseñándolo a su auditorio, dijo:—He aquí el volumen de la Tierra; he allí el del Sol.—Esta comparación admiró mucho más a sus discípulos que no lo hubiera hecho la enunciación de la relación de los números abstractos 1 y 1.400,000.»

En cuanto al diámetro comparado, nada más fácil que presentárnoslo a la vista. Hemos dicho que el diámetro de la Tierra es al del Sol, como 1 es a 112-060; trácese, pues, en un pliego de papel un círculo de 1 milímetro de diámetro, y al lado de éste, otro de 112 milímetros y se tendrá la relación deseada; el de 1 milímetro la Tierra, el de 112 el Sol.

Determinada ya por repetidas observaciones la distancia de la Tierra al Sol, se comprende sin gran esfuerzo que, dadas las reglas geométricas, no es lo más difícil conocer su dimensión real deduciéndola de la aparente de su disco. Lo que sí podría tal vez sorprender a alguno, es, que el hombre desde este átomo de polvo haya podido llegar a determinar el peso de ese coloso. Y no obstante, nada más cierto. No contento con saber el del mundo que le sostiene, se ha atrevido hasta con el gigante que le alumbra. Con razón ha dicho un escritor de nuestros días: «¿Quién ignora actualmente nada de lo que es susceptible de medirse, exceptuando la ambición humana?» He aquí el peso del Sol, valuado en toneladas de mil kilogramos: 2,096.000,000.000.000,000,000.000,000.

El de la Tierra, asimismo en toneladas de mil kilogramos, es:
5,875.000,000.000,000.000,000. de modo que se necesitarían 350,000 globos terrestres para formar un peso igual al del Sol. Dados estos guarismos, se desprende una observación que creemos no habrá escapado a nuestros lectores. Se ha dicho que 350,000 esferas terrestres juntas constituirían un peso igual a poca diferencia al del Sol, cuando, por otra parte, tenemos que el volumen de aquél es 1.407,187 veces mayor ¿Cómo se explica esto? Consiste sencillamente en que la materia que constituye la Tierra es más densa que la que compone el Sol, esto es, a volumen igual, pesa cerca de cuatro veces más la de la Tierra que la del Sol.

Si se examina este astro con el auxilio de un buen anteojo—provisto de un cristal de color bastante oscuro, a fin de evitar que se abrase el ojo del observador con la concentración de los rayos luminosos que se verifica en un solo punto,—se notan en la superficie del disco solar algunas manchas oscuras que por cierto la primera vez que las acusó el telescopio, hace más de 200 años, causaron la desesperación de los partidarios de la doctrina de Aristóteles que sostenían con el célebre filósofo griego, que el Sol, como todos los astros, estaba formado de una materia sumamente pura, por lo tanto era una herejía suponer que estaba manchado. Hubo algunos teólogos que creyeron deber tomar parte en la cuestión, alistándose desgraciadamente en filas de los aristotélicos, mas a pesar de los concluyentes argumentos de éstos, de las aseveraciones de cierto padre provincial de la orden de los jesuitas que se distinguió, por sus bríos, y de todos los peripatéticos juntos, el Sol continuó presentando sus manchas y las presenta todavía, habiendo servido éstas poderosamente para apreciar así su naturaleza, como su constitución física y su movimiento de rotación.

De la observación verificada en una de esas manchas desde que asoma en el borde del disco, hasta que desaparece por el

lado opuesto, se ha deducido que el Sol gira sobre sí mismo en poco más de 25 días, siendo su movimiento de Oeste a Este, como el de todos los planetas de su sistema, que su eje de rotación sobre el plano ideal en que giran los mundos, tiene una inclinación de 7 grados ya que, «si esa inclinación no existiera, veríamos siempre las manchas en línea recta sobre el disco paralelamente a un diámetro que nos representaría el ecuador solar [(2)].»

Por otro lado, del examen así de la forma, como de los cambios que se notan en las mismas manchas, a consecuencia de la rotación del astro, se dedujo que el Sol debía estar formado de un globo oscuro rodeado de una atmósfera bastante densa, opaca, pero dotada del poder de reflexión, la que está envuelta a su vez en una segunda atmósfera muy luminosa que se designó con el nombre de *fotosfera*, y por último de otra exterior a la fotosfera, muy diáfana, cuyas capas se van rarificando a medida que están más separadas del núcleo central. Las manchas se explican, suponiendo que esa atmósfera resplandeciente o fotosfera se rasgara, ya por el empuje de poderosas corrientes de aire elevándose verticalmente de la atmósfera interior; ya por grandes columnas de gases arrojadas, por los cráteres volcánicos del globo, o bien: por otras causas dependientes de la naturaleza íntima del astro. En este caso, el centro oscuro de las manchas solares, no sería otra cosa que el mismo globo central puesto, a descubierto por esos agujeros que existirían, así en la atmósfera interior, como en la fotosfera.

Mas hoy no todos los sabios participan de esa opinión que durante mucho tiempo ha sido aceptada generalmente y sin oposición, sosteniendo los disidentes que el fecundo manantial de luz y calor que vivifica nuestro sistema, no está localizado en atmósfera alguna, sino en el mismo cuerpo solar, que consiste según los partidarios de esta teoría, en una masa líquida incandescente, emitiendo por razón de ese mismo estado la luz y el calor; este núcleo estará rodeado de una atmósfera densa, formada de los elementos constitutivos del astro, que la elevadísima temperatura que allí existe mantiene en estado gaseoso.

Aceptando esta hipótesis, se explican las manchas como condensaciones ocasionadas por enfriamientos parciales de la materia que constituye la atmósfera solar, llegando éstas a ser bastante opacas para interceptar el paso a los rayos luminosos. Otros han supuesto que también podrían muy bien ser solidificaciones parciales del mismo cuerpo solar, especie de películas semejantes a las que presentan los metales cuando se hallan licuados por la fusión, en cuyo caso esas concreciones aparecerían también desde aquí como manchas más o menos oscuras.

«Las observaciones hechas durante el eclipse total de 1808, han demostrado además que las elevadas protuberancias que se escapan del Sol, bajo la forma de largas llamas, son formadas por el hidrógeno incandescente. La superficie del inmenso foco, no es, pues, regular como podía creerse, sino erizada de llamas, de chorros luminosos, de olas de crestas gigantescas, de torbellinos inauditos, de los cuales nuestros volcanes terrestres, y nuestras más violentas tempestades marítimas no pueden darnos la menor idea.»[(3)]

Los estudios de la luz solar verificados por el análisis espectral, confirman por ahora la teoría de la incandescencia del globo solar. Se ha reconocido ya por este

[2] A. Guillemin.—*Le Ciel*

[3] Camilo Flammarion.—*Las Maravillas Celestes.*

medio la existencia en su atmósfera o en su masa, del sodio, hierro, magnesio, calcio, cromo, níquel, cobalto, bario, cobre, zinc, hidrógeno y magnesio; no habiéndose podido comprobar la presencia del oro, la plata, el antimonio y el sílice.

En cuanto a la intensidad de la luz solar, se ha calculado, según dice Arago, que es 15,000 veces más intensa que la luz de una bujía, y según Wollaston 800,000 veces más que la de la Luna. La luz eléctrica es, después de la del sol, la más intensa que se conoce, y comparada con la suya «según la energía de la pila empleada, se encuentra que la luz eléctrica varia de la 5ª a la 4ª parte de la del Sol.»[(4)]

Pasemos al calor que emite: «La intensidad real del calor solar es prodigiosa. Así a la superficie del astro, el calor emitido en una sola hora, podría hacer hervir tres mil millones de miriámetros cúbicos de agua a la temperatura del hielo. El calor que ese formidable foco produce en un año, es igual al que produciría la combustión de una capa de hulla de 27 kilómetros de grueso envolviendo enteramente el Sol.»[(5)]

Antes de emitirse y ser aceptada por los sabios la hipótesis de la incandescencia del globo solar, algunos de ellos, además de reconocer el principal papel que este astro desempeña en la vida de los mundos, adelantaron su opinión admitiendo la posibilidad de que existiera en él la vida, así como en los planetas que le rodean. Uno de los filósofos más eminentes de nuestros días, el P. Gratrí, «confiesa que no puede conformarse con la idea de mirar a nuestro Sol como un simple tizón,» y cree que puede estar habitado. Arago ha dicho: «Si me pusiera simplemente esta cuestión:—¿El Sol está habitado?—respondería que yo no lo sé; pero si se me preguntara si el Sol puede estar habitado por seres organizados de una manera análoga a los que existen en nuestro globo, no vacilaría en dar una respuesta afirmativa.» En la teoría de un núcleo sólido y opaco rodeado de una atmósfera densa—que era la hipótesis admitida por Arago,—no hay duda de que podía sostenerse la opinión de habitabilidad; puesto que esa atmósfera protectora podría aislar de un modo conveniente el exceso de luz y calor que sobre él; irradiaría la candente fotosfera, quedando así este misterioso globo envuelto siempre en luz continua e igual, pero admitiendo la del estado incandescente de la masa solar; ¿puede decirse lo mismo? ¿Hay razones para apoyar la habitabilidad de seres en un globo ígneo?

Oigamos a Flammarion, ese sabio ilustre en cuyas páginas no se sabe qué admirar más, si sus vastos conocimientos, su recto criterio o su brillante genio de poeta: «El Sol, ese abundante manantial de luz y de vida, que mantiene sobre nuestros mundos, tantas razas de seres organizados, ese eje central cuya dominación asegura la estabilidad, la regularidad y la armonía de los movimientos planetarios, el Sol, decimos, tiene por principal objeto la función bien determinada de sostener el sistema en el espacio.

Mas si se considera que una gran multiplicidad de acciones se efectúa ordinariamente en las obras de la naturaleza, y que ese poder esencialmente activo tiende constantemente a la mayor suma posible de trabajo útil, aprovechando las fuerzas más débiles en apariencia en los lugares donde menos se hubiera supuesto su presencia o la posibilidad de su acción, se admitirá que a la indispensable utilidad del Sol como sostén y foco de los mundos,

---

[4] Arago. Astronomía popular.
[5] Flammarion. *Pluralidad de mundos habitados.*

podía añadírsele aún la utilidad más admirable en su lujo de ser mansión de inteligencias superiores, ocupando esa tierra radiosa que no conoce ni las noches ni los inviernos, cuyo esplendor eclipsa todas las otras, y que permanece suspendida, como una región magnífica, enriquecida tal vez con las producciones más opulentas de la naturaleza; las obras de la creación concurren siempre al más útil efecto, y al fin más completo.

Mas apresurémonos a decir que esas conjeturas son puramente hipotéticas, seductoras tal vez, pero muy lejos de las razones y de los hechos en que se apoya la doctrina general de la pluralidad de mundos. Sería en vano y fuera de sentido querer tratar científicamente la cuestión de los habitantes del Sol. El inglés Knight en un libro donde trató de explicar todos los fenómenos de la naturaleza por la atracción y la repulsión; el Dr. Elliot, que fue absuelto en una causa criminal por haber pretendido que el Sol estaba habitado, haciéndose de este modo pasar por loco, Willíam Herschel que 28 años más tarde, adoptó esas ideas que habían valido a su autor el título de loco, y costándole la vida; Bode, el astrónomo alemán que redactó una memoria sobre la felicidad de los Solanos, y muchos astrónomos de este siglo entre los cuales citaremos a Humboltd y Arago creyeron es verdad esa habitabilidad, y adoptaron la teoría de la constitución física solar que parecía permitir la habitabilidad.

Otros han sostenido no solamente que ese astro estaba habitado, sino que a ejemplo de Bode, era una inmensa morada de delicias y de longevidad, y que las ventajas biológicas más preciosas habían sido concedidas al más importante de los mundos del sistema; al que domina a los demás, les gobierna y los envuelve en sus rayos bienhechores de calor y de luz.

No obstante, cualquiera que se arrojara a especulaciones arbitrarias sobre su grado de habitabilidad y su género de habitación se engolfaría en el error desde el primer paso. Ya lo hemos visto, los trabajos más recientes de la astronomía física no nos autorizan hoy a creer, como hace 20 años con Arago, que la habitación del Sol pudiera ser análoga a la de los planetas; sino bajo todos puntos de vista radicalmente distinta. Eso no es una razón para sentar que allí no haya ninguna clase de seres, sólo es una, para creer que los seres de que el Sol pueda estar poblado, difieren esencialmente de nosotros en todos sus caracteres[6].»

Al Sol, pues, no se le reconocen hoy condiciones de habitabilidad para la realización de la vida tal como nosotros la comprendemos, tal como creían algunos sabios ilustres que podía existir, antes, de que el Sol fuera considerado por los hombres de ciencia como un globo en estado incandescente.

LUIS DE LA VEGA.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA[7]

¿Qué son todas las tribulaciones del mundo, sus dolores, sus injusticias, para el que se cree inmortal? La inmortalidad es la última palabra de la ciencia y de la vida: lo cambia todo, en nosotros y fuera de nosotros. Dentro de nosotros, hace fácil el sacrificio, puesto que llena toda nuestra alma con sus radiantes esperanzas; fuera de nosotros quita a la desgracia su realidad, la trasforma, la aminora, la destruye. Cuando uno se siente inmortal,

[6] Flammarion lb. d.

[7] Fragmento de la obra titulada «El Deber» por M. Julio Simón antiguo profesor de filosofía de la Sorbona.

es menester hacer un esfuerzo sobre su espíritu y sobre su corazón para tomar por lo serio esos sesenta años de pruebas que llamamos la vida humana, y esa agitación de un día que se llaman negocios y que agotan la actividad de las almas frívolas. El consuelo y la esperanza, esos dos báculos, esos dos ídolos del hombre, nada son sin la inmortalidad que les fundó.

La escuela se fatiga en vano para demostrar al hombre la inmortalidad. Semejante dogma no se demuestra. Es menester que resalte de toda ciencia, así como la espiritualidad del alma, la existencia y la providencia de Dios. Por luminosa que sea la demostración, el espíritu se maravilla siempre del resultado; se resigna con trabajo a hacer descansar sobre estas premisas una conclusión que le hace ver los cielos abiertos. ¡Ah! ¿qué necesidad hay de que se nos demuestre la existencia de la patria? ¿La hemos olvidado hasta ese punto? Ese cuerpo y ese mundo, y esta materia y este barro, ¿acaso han destruido nunca nuestras alas? Por habernos arrastrado algunos años en la tierra, ¿estamos desheredados del título de hijos de Dios?

¡Se nos pide que probemos que nuestra alma no es idéntica a nuestro cuerpo, es decir, que el pensamiento es independiente de la extensión! Pero, ¿qué hay en la extensión que la haga necesario al pensamiento? ¿De dónde viene esa superioridad? La extensión es la que nos es extraña, la que nos es incomprensible, la que nos sujeta el pensamiento. El pensamiento es tan diferente de la extensión, que la abarca por completo en un instante y aún más allá. La extensión es divisible, caduca, efímera, se renueva sin cesar y sin cesar desaparece; sufre y no obra, sufre las leyes mecánicas fatales; no es otra cosa que la triste y sombría imagen de la nada. El espíritu vive y obra. Crea o al menos transforma. Tiene relación con lo inmutable y eterno. Las leyes que concibe se imponen a toda extensión y a toda la duración, El espíritu que sujeta al mundo, es capaz de servirse de él: está hecho para sobrevivirle. El Sol se extinguirá, pero para la luz interior, para la razón humana, no habrá noches.

¿Qué es pensar? ¿Acaso es sólo el percibir los cuerpos, describirlos, nombrarlos, clasificarlos? ¿No concebimos acaso el espíritu tan distintamente como el cuerpo? La concepción y la clasificación de los fenómenos, ¿agotan todas las fuerzas de nuestro pensamiento? Más allá del mundo de los hechos, ¿no hay el mundo de las leyes, que nuestros sentidos no podrían alcanzar, pero que, sin embargo, nuestra razón alcanza? ¿En dónde está la solidez, la eternidad, la simplicidad? ¿Acaso en el mundo de los hechos, o más bien en el mundo de las leyes? ¿Y en dónde se encuentra también la mayor energía del pensamiento? ¿Es acaso en sus aplicaciones a lo que es efímero o perecedero, o en las concepciones que tienen por objeto lo que no pasa, lo que no se cambia? Con quien tiene analogía nuestro espíritu es con la eternidad. Está creada para no perecer jamás.

Dios no ha hecho nada en vano; éste es un axioma que resulta a la vez del espectáculo del mundo y de la contemplación de las perfecciones divinas. Pues, si en nosotros hay poderes inútiles en nuestra vida terrestre, si nuestras más hermosas facultades, no encuentran en la tierra, ni su aplicación ni su objeto, es porque estamos destinados a vivir en otra parte. Nosotros cruzamos el mundo, como los viajeros que activan su regreso al país natal. Quejémonos del largo camino, y no de la muerte que lo termina.

¿Cómo nos bastaría este mundo? Entre la nada del pasado y la nada del porvenir, sólo hay un instante fugitivo. A medida que lo estudiamos, perece a nuestra vista. Vivimos, pero cada minuto hace caer alrededor nuestro todos los cuerpos en disolución.

Desde que ya no nos basta el vegetar; nos refugiamos en la ciencia y contra el mundo, es decir, rechazamos la tierra para entrar en el ideal. Dejamos a los individuos que caen bajo nuestros sentidos, por las especies que nuestra razón vuelve a encontrar y a reconstruir, tras los fenómenos que de ellos resultan y que los ocultan al vulgo. Allá apercibimos los principios a los cuales todos los seres vuelven con ahínco; les comparamos entre ellos, descubrimos sus analogías; nos remontamos a los principios de los mismos principios; y de escalón en escalón, llegamos hasta el pensamiento único, pero todo poderoso, que de un solo golpe ha engendrado todas las leyes y toda la materia del mundo, hasta el verbo creador, que abraza en su unidad las leyes, cuyo resultado es la armonía de las esferas. Nuestro espíritu recorre con arrobamiento esa jerarquía, semilla fecunda, eterna, de donde brota sin cesar el inagotable torrente de los fenómenos. He ahí el mundo de la ciencia, el verdadero mundo, el mundo ideal, la patria de nuestras almas....

Los huéspedes de esas moradas eternas se consideran en el destierro cuando vuelven a bajar a la tierra. Esa chispa que contiene el mundo, que lo explica, que lo domina, que lo gobierna, no podría confundirse con el polvo del mundo, ni ser barrido por los vientos del mundo. Todos estos grandes resortes que mueven los astros se descompondrán y dejarán caer los soles, antes que nuestra alma siente la muerte.

¿Quién se atreverá a decir que el absoluto que la perfección no sea, o que el mismo mundo sea la perfección? Si la perfección existe, ya que la conocemos, debemos pertenecer a ella. Cuando los gusanos tomen posesión de nuestro cuerpo, nuestra alma se lanzará hacia Dios que ha entrevisto, que ha ideado, cuya existencia ha demostrado; por quien ha pensado, por quien ha amado, hacia ese Dios que llena nuestra vida de sí mismo y que nos ha dado el pensamiento y el amor, para que volvamos estos tesoros a la podredumbre y a la nada. ¡Oh Pascal! el universo no puede aplastarme. Que triture mi cuerpo, pero mi alma se le escapa.

Es menester sondear la bondad de Dios por un momento; es menester perderse en ella. ¿Puede ser que Dios sea, y que la desgracia y la injusticia existan? Si yo debo concluir con el cuerpo ¿por qué Dios me ha hecho libre? ¿Por qué se me ha revelado en mi casa? ¿Por qué de lo inmutable y eterno ha hecho el objeto constante de mi pensamiento? ¿Por qué me ha dado un corazón que ningún amor puede satisfacer? Este poder que trasforma el mundo, ese pensamiento que lo mide y pasa más allá, ese corazón que lo desdeña, ¿se me han dado para mi desesperación?

¡Ay de mí! ¿qué es pues esta vida? Una cadena de desengaños amargos, amores puros vendidos, conocimientos que buscamos agotando todas nuestras fuerzas y que sin embargo, se escapan entusiastas ideas de las cuales nos reímos al día siguiente, hechos que nos consumen, desconfianzas que torturan nuestro corazón, separaciones que hieren nuestros sentimientos más íntimos y más sagrados. ¡He aquí la vida, si debemos perecer! ¡Y he aquí la Providencia!

¡Perecer! ¡Cómo! ¿no habéis visto nunca que la justicia lleve la desventaja en el

mundo? ¿No ha triunfado nunca el crimen? ¿No hay criminales que mueren en medio de su prosperidad, embriagados por sus impías voluptuosidades? ¿Sócrates no bebió la cicuta? La misma historia, ¿es acaso imparcial? La posteridad, esta sombra que el justo invoca, ¿oirá su último clamor? ¿Quién sostendrá el pensamiento que un inocente puede morir en el oprobio y entre suplicios, y que esta pobre alma no sea recibida en el seno de Dios?

¡Oh última palabra de la ciencia humana! ¡oh santa creencia! ¡oh dulce esperanza! ¿podríamos sin vosotros comprender el mundo, y podríamos soportarlo sin vosotros? Una cadena indisoluble une la libertad, la ley moral, la inmortalidad del alma y la providencia de Dios. Ni uno solo de esos dogmas puede perecer sin arrostrar tras de sí la ruina de todos los otros. Los abrazamos juntos en nuestra fe y en nuestro amor. La desesperación no puede tener lugar en un alma honesta profundamente convencida de su inmortalidad. Cuanto más se medita sobre la inmortalidad del alma, tanta más fuerza se adquiere en este pensamiento, para resistir a los disgustos de la vida. Mortales, ese mundo es nuestra verdadera patria, de él sacamos nuestras penas y nuestros placeres, felices si nos absuelve y nos recompensa, desgraciados si nos rechaza y nos condena. Inmortales, no hacemos otra cosa que cruzarla; para nosotros sólo es un incidente efímero, y todo está bien, a despecho del sufrimiento y del dolor; con tal que lleguemos al término de la prueba, libres de toda mancha. El dolor y la muerte pierden su aguijón; cuando fijamos la vista en este porvenir sereno.

La muerte es tan poca cosa, que los hombres se reúnen en los días festivos para verla representada; la guerra misma se hace con pompa y con cierta ceremonia. Estas escenas de teatro y nada más: representamos nuestro papel de buen grado y no acusemos a la Providencia por pretendidas desgracias que dejaremos con la envoltura. ¿Es acaso nuestra alma la que sufre y muere? No, no, es el hombre exterior, el personaje. Nuestra vida está con Dios. No hay pensamiento real, sustancial, sino el pensamiento del Eterno. No hay otra acción verdadera que el cumplimiento del deber. Solo el deber es verdad, el mal es nada. «¿Hombre, de qué te quejas[8]? ¿De la lucha? ¿Es la condición de la victoria? ¿De una injusticia? ¿Qué es esto para un inmortal? ¿De la muerte? Es la libertad.»

El espiritismo ha venido en su época oportuna a tomar asiento en el mundo de la inteligencia y del sentimiento, para aclarar puntos oscuros que, hasta hoy, ninguna filosofía ha podido explicar ni resolver. Da al hombre instrucciones trascendentales que son otros tantos seguros guías que deben dirigirle en la azarosa y agitada carrera de su vida; y le enseña los medios de armonizar su presente con el porvenir que le espera en su vida de ultratumba. De aquí la enseñanza moral que difunde y el bien inmenso e incalculable que proporciona a la humanidad.

Los espíritus, en sus instrucciones, se conducen siempre con admirable prudencia. Sólo sucesiva y gradualmente han procedido en sus enseñanzas, que han acomodado, en todos los casos, al grado de cultura de las diferentes épocas y al de adelanto de los centros, donde se comunican.

De esta manera han ido dando las diferentes partes de la doctrina que conoce-

[8]Plotin, Enn., III, lib. II, cap. 15 et Enn, II, libro IX, cap. 9.

mos y de igual modo nos revelarán las que debamos conocer, así que lleguen las tiempos en que pueda hacerse más luz.

No han presentado por completo toda la doctrina, porque no la hubieran comprendido la mayor parte de los hombres; y muchos, en su gran atraso intelectual, no estando convenientemente preparados, se hubieran impresionado mal, se hubieran asustado, y esto hubiese sido un gran obstáculo para su propagación. No son misterios reservados los que impiden a los espíritus decirlo todo, sino que imitando con este proceder a Jesús, sólo revelan lo que se puede saber, reservándose otras cosas para otros tiempos en que la humanidad más adelantada moral e intelectualmente esté en aptitud de recibirlas. Cada cosa viene cuando debe venir, y las ideas son en este punto, semejantes a las semillas que sólo germinan cuando encuentran el terreno preparado y les son favorables las demás condiciones esenciales a su desarrollo, del mismo modo una idea no puede ser aceptada antes de tiempo, y por eso el espiritismo se viene elaborando por una serie de acontecimientos, que han ido lenta y gradualmente preparando la inteligencia y el sentimiento de la humanidad, hasta haber alcanzado el grado de desarrollo con que hoy se ostenta. Mañana ¿quién sabe hasta dónde llegarán sus luminosos destellos?

DICTADO POR LA ESCRITURA

LA VIDA ETERNA

No esperéis os describa un paraíso inerte de espíritus arrobados en la divina contemplación: no esperéis que os describa un lugar de amantísimas delicias perfectamente inútiles para los seres todos, perdido en el tiempo como se pierde la fecundidad de la semilla que el viento arrastra sobre la arena de los desiertos: no, el mundo que voy a describiros es ni más ni menos que él mundo que habitáis coronado de una aureola y con un abismo caótico detrás de vuestros pies. ¿Qué premio más dulce que la contemplación del ser divino, me diréis? ¿Hay un más dulce premio? ¿Qué priva al hombre el que este sea para él el más horrible de los reproches y el más duro de los tormentos? ¿Cuál no sería, decidme, la confusión del hombre si le fuera dado en un día llegar a la región del Ser y le concibiera en eterno trabajo mereciendo siempre el premio que siempre gozó, y el ser humano contemplando inerte tanto trabajo en una inacción perfecta?

El mundo de Dios no es el mundo de ociosidad; es, por el contrario, el mundo del trabajo, de la actividad, del movimiento, del ímprobo trabajo de encauzar la libertad por su camino de perfección. No concibáis a Dios jamás rodeado de nada; concebidle solo y concebiréis más a Dios, aquel sereno espíritu sonriente, no de su dicha, sino de la dicha de todos los seres, absorbido por el pensamiento eterno de la creación y por la contemplación en el libro del tiempo de las acciones de los hombres; concebid después del Ser Supremo a todos vuestros hermanos, velando por vosotros y pensando en vuestra dicha con el gozo inefable de un ser a quien una dicha perfecta hace desear para sí más que a la dicha igual para otros seres; concebid un espacio imaginario rodeado por un espacio aún mayor, y en él concebid el pensamiento intensísimo que magnetizando con su mirada la materia sintetiza el movimiento del mundo, compuesto de todos los mundos, irradiando la luz que le

rodea sobre el sereno espacio, y tendréis una idea incompleta de lo que es esa vida, que no sería tal vida si no tuviese por atributos principales libertad, movimiento y trabajo.

SÓCRATES.

(De *El Criterio Espiritista*)

La felicidad no es de este mundo

¡Yo no soy feliz! ¡La felicidad no se ha hecho para mí! exclama generalmente el hombre en todas los posiciones sociales. Esto, hijos míos, prueba mejor que todos los razonamientos posibles, la verdad de esta máxima del Eclesiastés: «La felicidad no es de este mundo». En efecto; ni la fortuna, ni el poder, ni siquiera la florida juventud son condiciones esenciales de la dicha: diré más, tampoco lo es la reunión de esas tres condiciones tan envidiadas, porque se oye sin cesar en medio de las clases privilegiadas, personas de todas edades quejarse amargamente de su condición de *ser*. Ante tal resultado, es inconcebible que las clases laboriosas y militantes envidien con tanta codicia, la posición de aquellos que la fortuna parece que ha favorecido. Allí, por más que se haga, cada uno tiene su parte de trabajo y de miseria, su parte de sufrimientos y desengaños, por lo que nos será fácil sacar en consecuencia, que la tierra es un lugar de pruebas y de expiaciones. Así pues, aquellos que predican que la tierra es la única morada del hombre, y que sólo en ella y en una sola existencia, les será permitido alcanzar el más alto grado de las felicidades que su naturaleza admite, aquéllos se engañan y engañan a los que les escuchan, atendido que está demostrado por una experiencia archisecular que ese globo no encierra más que excepcionalmente, las condiciones necesarias para la felicidad completa del individuo. En tesis general se puede afirmar que la felicidad es una utopía, en busca de la cual las generaciones se lanzan sucesivamente sin poder alcanzarla jamás, porque si el hombre sabio es una rareza en la tierra, tampoco se encuentra con mucha facilidad al hombre completamente feliz. Lo que constituye la dicha en la tierra es una cosa de tal modo efímera para aquél a quien la prudencia no guía, que por un año, un mes, una semana de completa satisfacción, todo el resto de una vida se pasa entre amarguras y desengaños: y notad, queridos hijos, que hablo aquí de los felices de la tierra, de aquéllos que son envidiados por la multitud.

Consecuentemente, si la morada terrestre afecta a las pruebas y a la expiación, es preciso admitir, que hay en otra parte moradas más favorecidas, en las que el Espíritu del hombre aprisionado aún en la materia, posee en su plenitud los goces anexos a la vida humana. Por esto Dios ha sembrado en vuestro torbellino esos hermosos planetas superiores, hacia los cuales vuestros esfuerzos y vuestras tendencias os harán subir un día, cuando estéis bastante purificados y perfeccionados. Con todo, no deduzcáis de mis palabras que la tierra esté destinada para siempre a ser un lugar penitenciario; ¡no, ciertamente! porque por los progresos realizados podréis deducir los progresos futuros, y por las fecundas mejoras sociales adquiridas, las nuevas y más mejoras. Tal es la inmensa tarea que debe realizar la nueva doctrina que los Espíritus han revelado.

Así pues, queridos míos, que os anime una santa emulación, y que cada uno de vosotros se despoje enérgicamente del hombre viejo. Os debéis todos a la vulgarización de este Espiritismo que ha empezado ya vuestra propia regeneración. Es un deber el hacer participar a vuestros

hermanos de los rayos de la luz sagrada. ¡A la obra pues, mis muy queridos hijos! Que en esta reunión solemne, todos vuestros corazones aspiren al objeto grandioso de preparar a las generaciones futuras un mundo en el que la felicidad no será una palabra vana.

(FRASCISCO NICOLÁS MADALAINE, cardenal MORLOT. París, 1863.)

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscritores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles LA REVELACIÓN hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21, DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 41

ADVERTENCIA

La administración del periódico; deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos harán las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 15 DE SETIEMBRE DE 1873

LA MEJOR PREDICACIÓN

III

> Porque si perdonareis a los hombres sus pecados, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Mas sino perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.
> *(San Mateo*, cap. VI. V. 14 y 15)

Nada de cuanto se relaciona con el mundo moral, con la vida íntima de la conciencia, puede satisfacer mejor los puros goces del espíritu, y despertar en nuestro ser emociones más dulces y sentimientos más, elevados, que el acto, generoso siempre, de *perdonar a nuestros enemigos*. Y nada más grato a los ojos de Dios; nada que lleve más pronto la paz y el sosiego al corazón, y nos facilite el medio de avanzar un paso, más en el camino de nuestro perfeccionamiento, que el sacrificio que hacemos, en aras de nuestro propio bien y en cumplimiento de los preceptos divinos, de *perdonar las ofensas y amar a nuestro enemigos*. Es preciso, haber experimentado siquiera una sola vez en la vida, esas deliciosas sensaciones; preciso haber sentido latir el corazón a impulsos de ese sentimiento sublime, que ennoblece y purifica nuestro ser, para comprender y apreciar toda la grandeza de ese acto tan sencillo a la vez y tan difícil de practicar por la generalidad de los hombres. Sí, *perdonar las ofensas; amar a nuestros enemigos* ¡frases solemnes, bellas y encantadoras palabras, que hacen estremecer de gozo a toda consciencia recta, a toda alma generosa! ¡Desgraciado, mil veces desgraciado el que dice «*yo no perdonaré jamás!*» ¡Con semejante resolución el mismo se labra su propia desventura! Y esa frase, expresión de un sentimiento apasionado, que no es otra, cosa que el orgullo mal comprimido, seca y quema, sus labios, y abrasa y marchita el

corazón, ¡Oh, y cuán lejos se encuentra entonces de Dios! No espere, en ese estado angustioso de su espíritu, saborear siquiera el fruto sazonado del bien, ni respirar las brisas suaves de la dicha. Insensible a las más profundas y deliciosas emociones del alma, su vida se verá agitada por sensaciones desagradables que no podrá comprender, pero que alterarán la pureza de sus goces, y perturbarán su razón para que no pueda oír el grito avizor de la conciencia, que es la voz de Dios que le llama, solícito por su bien, al cumplimiento de sus divinos mandamientos

Seamos misericordiosos y seremos pacíficos y benignos; y al calor de esa sublime virtud, nacerá en nuestro corazón el olvido de las ofensas, que nos colocará al nivel de las almas elevadas, para quienes no hay mal que no sepan apartar de sí, con humildad y mansedumbre. Perdonar a los demás es perdonarnos a nosotros mismos; es elevarnos sobre nuestros enemigos; es llevar la paz al alma y la tranquilidad a la conciencia. Jesús nos da un gran ejemplo de elevada abnegación, de celestial mansedumbre, perdonando a los verdugos, a aquellos que, después de perseguirle y tratarle como al peor de los criminales, le hacen perecer, lleno de angustia, en un afrentoso patíbulo. ¡A Él, al bondadoso, al inocente, al justo por excelencia! ¿Y qué contestó a los que se mofaban de su agonía? «*perdónalos Padre que no saben lo que se hacen*»

Imitemos a Jesús, amando a nuestros enemigos, les venceremos destruyéndolos con nuestro ejemplo, todas sus armas, todas sus fuerzas, hija del orgullo nada más, de ese monstro que excita la hiel y perturba con ella la razón y el sentimiento. Esforcémonos en dar ese ejemplo de santa abnegación, de edificante caridad, y dejemos que Dios nos juzgue según nuestros merecimientos. Aquella ley tan dura como inhumana del pueblo de Israel, de «*ojo por ojo, y diente por diente*,» ley que santifica la enemistad y la hace interminable; que eterniza los oídos y hace imposible toda reconciliación entre todos los hombres: ley que conserva siempre vivo en el corazón el deseo de la venganza, la sostiene y la acaricia como si fuese un alimento necesario del espíritu; esa ley, es el reflejo de la ignorancia y del atraso moral de aquella época, en que el hombre, falto de instrucción, se arrastraba como asqueroso reptil, en el fango de las pasiones y se envilecía en el cenagal de sus vicios. Así corría la humanidad en aquellos tiempos de barbarie, por extraviados senderos, y se sucedían las generaciones, sin dar un paso de avance en el camino de su perfeccionamiento moral; hasta que la palabra divina de Jesús se deja oír, sonora y vibrante en la evada cima de un monte y con aquella frase sencilla, frase de humildad y mansedumbre; «*amad a nuestros enemigos; volved bien por mal*» colocó los sólidos cimientos y estableció la base indestructible del edifico que, más tarde, había de regenerar al mundo. ¡Lástima grande que después de diez y ocho siglos de aquella predicación santa, los pueblos no hayan mejorado su sentimiento moral, y que la elocuente voz del cristianismo no haya resonado en la conciencia y echado profundas raíces en el corazón!

Doloroso en verdad que después de tanto tiempo, cuando la enseñanza del divino maestro ha debido entenderse por todas partes, e infiltrarse en las entrañas mismas de la humanidad siempre dispuesta a acoger con el mayor interés, cuando a su bienestar moral conduce, hayan quedado estériles aquellas máximas santas, aquellas verdades sublimes que, practicadas y enseñadas con la fe y perseverancia con que lo hicieron los propagadores del cristianismo, hubieran secado en su origen, los

gérmenes del mal, extirpado el cáncer corrosivo del vicio que pervierte el sentimiento y abierto al espíritu, anhelante de dicha, las puertas del camino anchuroso que conduce a la morada del Padre. Sensible es que la palabra de Cristo, bálsamo consolador de nuestras aflicciones, no haya dado el fruto que el mismo prometiera; y es que los encargados de hacerla conocer y cumplir, muy olvidado de lo espiritual, entorpecieron la marcha triunfal de aquellas doctrinas, y en sus miras interesadas por los goces mundanales, les dieron torcidas interpretaciones, alteraron su sentido, dando, de ese modo, en vez de virtud, fanatismo, y en lugar de instrucción, hipocresía.

Así se ha ido pervirtiendo el espíritu y la letra de aquellos venerandos preceptos, de aquellas consoladoras verdades, hasta ver convertido, una doctrina de inmaculada pureza; de la divina e imperecedera moral, en un conjunto de reglas y mandatos, contrarios a la razón y al buen sentido, que apartan de la sombra el árbol del cristianismo a la mayor parte de los hombres, creando en vez de imitadores de aquel mártir ilustre, escépticos, cuando no materialistas y ateos. No se vería la humanidad vertía sumida en la ignorancia de sus deberes y presa de los vicios y las malas pasiones, agitarse en el caos de un fanatismo meticuloso, que si algo enseña, si a algo conduce es a cubrir las apariencias a una fingida virtud, con el manto haraposo de una refinada hipocresía. Imitando a Cristo, no conservarían los hombres el rencor que se tienen cuando recíprocamente se ofenden, ni sería el móvil, de sus, acciones el orgullo ni las masas en sus civiles contiendas se perseguirían como fieras, ni se cometieran tantos actos de vergonzosa inmoralidad como los que tienen lugar hoy mismo y que están escandalizando al mundo. Imitemos a Cristo perdonando a nuestros enemigos y amándonos como hijos que somos de un mismo padre, y la paz y la dicha estarán entre nosotros, y terminada nuestra misión en este planeta, bendeciremos la mano que nos señaló el camino que conduce a la verdadera felicidad.

LA FE

Sin fe nadie puede salvarse.
(Iglesia romana)

Por espacio de dieciocho siglos se viene enseñando que el único y verdadero camino para salvarse es la fe, y que aquél que no cree en todo cuanto la iglesia propone, como revelado por Dios, andará el camino de perdición. Esta creencia en los milagros, misterios, dogmas, artículos de fe etc, son la verdadera y sola áncora de salvación. Aquél, cuya vida no es muy edificante, pero que en un momento dado confiesa creer sinceramente todo cuanto la iglesia enseña, alcanza, sin duda alguna, según aquélla, la gracia del perdón y se libra de eterna pena. El que tuvo la desgracia de nacer fuera del seno de la dicha iglesia, y otra religión conoce, y muere abrigando diferentes creencias, nadie puede impedir su eterno castigo.

Estas deducciones, consideradas en otros tiempos como muy prudentes y hasta obvias, para contener la inteligencia humana, atrevida en demasía y por ende, expuesta a desvaríos, dudas fatales y heréticas negaciones, producen hoy efectos contraproducentes; porque, además de alimentar la ignorancia y dar vida a la superstición, aumentan indefinidamente el número de incrédulos e indiferentes, que, al sentir bullir en su cerebro ideas, mas

lógicas y conformes con relación a los atributos divinos y a su mismo; *yo,* se apartan unos de la religión, que les meció en la cuna y los otros fían su porvenir al acaso. Y el escepticismo adquiere proporciones asombrosas, a medida que la humanidad va adquiriendo la costumbre de pensar, y la vaguedad y el fatalismo, son la norma de conducta en perjuicio de su progreso moral e intelectual que se estaciona.

Porque convencidos del divorcio constante entre la razón y la religión; persuadidos de que los esfuerzos del género humano se dirigen con tenacidad en busca de un ideal que no comprende, pero que entrevé, y sumidos en profundas meditaciones, se les sacó de sus abstracción, hiriéndoles en lo más vivo del espíritu la famosa encíclica synabus, que condena el progreso y la libertad, confundiéndoles tanta pertinacia por esparcir las tinieblas.

El espiritismo, doctrina de amor y de consuelo, de paz y de esperanza, de perdón y caridad, de actividad y trabajo, de humildad y de abnegación, de virtud y estudio, que viene a preparar el terreno feroz, pero deslindado, donde al lado del trigo medra la cizaña con tan crecida proporción, que absorbe completamente el mal al bien, quedando aquél tan raquítico por incuria de los cultivadores, por negligencia de sus encargados, el egoísmo y el orgullo invaden todo y todo lo corrompen. El espiritismo con la convicción en su doctrina, con la fe en sus máximas, con la creencia de su necesidad, prepara, repito, poco a poco los ánimos por medio de la discusión y del raciocinio, para arrancar de raíz la cizaña, estimulando el amor, acreciendo el deseo del trabajo y del estudio, y armonizando la ciencia con la conciencia dice: que *Conta* puso la primera piedra de la regeneración social, que Jesús vino a salvar a todos los hermanos, a todos los hijos de Dios, a toda la humanidad, del reinado del error y de las tinieblas y que enviará al consolador, al espíritu de verdad para restablecer todas las cosas. ¡Lástima que la que se dice heredera de su doctrina, no nos ayude en tan sublime idea! !Dolor profundo siente nuestro corazón al verla separada de tan evangélica misión! Pero… ¿sería tarde? Jamás lo es para el bien, para difundir la luz, para disipar las tinieblas. ¿Se opone algo a este objeto? Respetemos empero los hechos y continuemos.

El sentido de la palabra fe, tal como lo enseña la iglesia romana, es una de las cosas que debe restablecerse, porque ata, enerva la inteligencia, y la de Cristo, da vida al preciosismo destello de la infinita bondad del Hacedor. Aquella hace preciso contener el sentimiento, indispensable coartar la voluntad, necesario sujetar el pensamiento; mientras que la de Jesús, muestra al sentimiento y a la voluntad vastísimos horizontes, circunscritos por la caridad y el amor, y completa el camino hacia Dios, añadiendo por la ciencia, para admirarle al comprender algunos de los sublimes efectos, pudiendo reunirse hacia Él, por la ciencia y la caridad, con amor y trabajo, estudio y virtud.

Analicemos pues a la ligera, ya que no permite otra cosa lo reducido del periódico, una definición sobre la fe, que encontramos en un manual de religión y moral, cursando en nuestra juventud, y que aún hoy se enseña oficialmente.

En la lección XV, página 79 se lee:

«La fe es una virtud sobrenatural que infunde Dios en nuestra alma con la que creemos todo lo que la iglesia nos propone como revelado por Dios. La fe es tan necesaria para el hombre que sin ella no puede agradar a Dios como dice el após-

tol. Sin ella le es imposible salvarse como asegura lisamente el evangelio.»

Entendiéndose por virtud cristiana según dicho manual. «El hábito y disposición del alma para obrar conforme a la ley de Dios en orden a nuestra bienaventuranza.»

En primer lugar, no podemos admitir nada, absolutamente nada sobrenatural. Esta palabra aplicada a hechos sorprendente, maravillosos y desconocidos, ha dejado de existir ante el progreso científico, que establece, como base, la pequeñez de nuestra inteligencia, para abarcar y comprender los innumerables efectos que dimanan de la gran causa.

Sobre la creación sólo existe el Creador que, desde *el fiat lux* imprimió las leyes a la misma desenvolviéndose ésta con sujeción a aquéllas sin que por nada, ni por nadie, pueda alterarse la marcha que les fue prescrita.

Un hecho sobrenatural implica suspensión, variación o abrogación de las leyes que rigen los mundos, y la observación, la ciencia, la razón y la inmutabilidad, uno de los divinos atributos, nos demuestran hasta la evidencia, que omnisciente y poderoso Artífice, no altera ni abroga, ni suspende las leyes que dictó desde *ab-initio* para el gobierno y armonía del universo. Todo cuanto ocurre es debido al desarrollo de las leyes tan naturales como eternas, y si un fenómeno incomprensible se presenta a nuestra vista, no digamos, impulsados por el orgullo, ¡sobre-natural! Confesemos con sinceridad que la ciencia suprema es infinita y la nuestra muy finita para que de este modo, emprendamos con afán el estudio sobre la materia y el espíritu, elementos primordiales de cuanto fue creado.

Los milagros y hechos maravillosos en el sentido de sobre-natural, quédense para el tiempo en que el profeta Elías fue arrebatado en cuerpo y alma al cielo, y San Dionisio el Areopagita, primer obispo de París, llevó en las manos su cabeza después de decapitado.

Además; si la fe es una virtud sobrenatural que infunde Dios en nuestra alma con la que creemos todo lo que la iglesia propone como revelado por Dios, y lo sobrenatural sólo de Dios procede, sólo a Él corresponde, el que ningún poder humano pueda concederlo, ¿el hombre a quien Dios no le haya infundido esa virtud sobre-natural de la fe para creer, no puede salvarse?

El incrédulo, debe serlo porque no tiene fe; y no la tiene porque a Dios no lo pluge infundirla en su alma; ¿y por esto se condena? ¡Privado de salvación, porque Dios no se dignó infundir en su alma la sobrenatural virtud de la fe!

¡Qué fatales y terribles consecuencias para la humanidad en el S. XIX! Castiga eternamente por no creer todo lo que la iglesia propone como revelado por Dios. ¿Y por qué se han de admitir, por qué se hacían creer revelaciones contrarias a la ciencia y a la razón?

La iglesia negó desde Lactancio y S. Agustín la existencia de los antípodas; el movimiento de la tierra; contradijo a Colón; consciente que el mundo salió de la nada y fue formado en seis días; que de una costilla de Adán fue formada Eva; que existió el paraíso; que el infierno y el purgatorio existen; que el Papa es infalible, etc., etc.; etc., y sin embargo, las antípodas y el movimiento de la tierra son una verdad. La América atestigua la profunda convicción del intrépido marino; la idea que tenemos de Dios, persuade que el mundo salió del Creador: La geología

demuestra que desde el enfriamiento de la primera capa de nuestro planeta hasta la aparición de la raza humana, debieron transcurrir millares de millones de siglos: la fisiología demuestra que la formación de Eva, de una costilla de Adán, es una invención que ni siquiera merece los honores del privilegio, y la geografía y la astronomía evidencian que el paraíso, el infierno, y el purgatorio, son lugares imaginarios hijos de la ignorancia los primeros; y de la conveniencia último.

Pues bien: ¿al negarse hechos anteriores y sostener otros y muchos más que no se necesitan, se hizo por revelación divina? Y se concede; la afirmación misma prueba que se revelaron contradiciendo la razón y la ciencia; y la negativa nos obliga a examinar las proposiciones de la iglesia que se engañó.

El concilio de Roma, declaró infalible al pontífice. ¿Se desea aún demostración más concluyente de que la iglesia se engaña?

La misma iglesia nos enseñó que solo Dios ni se engaña, ni puede engañarnos: ella nos dio a conocer la infalibilidad como uno de los atributos divinos, ¡y ella la reconoce en un hombre!

Entonces ¿por qué condenáis a los que no creen cosas contrarias a la ciencia y a la razón, hasta en contradicción a vuestras mismas enseñanzas? !Ay de vosotros doctores de la ley que os alzasteis con la llave de la ciencia! Vosotros no entráis y habéis prohibido a los que entraban. S. Lucas XIX. 52.

¡Cuánto podríamos añadir si fuésemos a la historia! Pero dejémosla estar, porque al recordar la cuestión sobre la naturaleza de Cristo, por la cual se derramó tanta sangre, y otros hechos, no cumpliríamos con la caridad que prescribe el espiritismo, y así, los muertos que entierren a los muertos.

Si pues la iglesia ha propuesto como revelado por Dios ciertos hechos o dogmas, y éstos se oponen a lo que la razón nos dice sobre la ciencia suprema, según queda demostrados, ¿por cuál optaremos? Y ésta con su poder no armonizó el progreso con la verdad, y la armonía existe en la creación, en que se resista a la nada, ¿Qué deduciremos?

¿Es posible convencerse, ni siquiera comprender, el por qué se condena uno por falta de fe, ni admitir hechos que nos confunden, callando ante la palabra misterio? ¿Cómo es posible que nuestro espíritu todo actividad pueda contener la facultad de pensar ante la palabra dogma? Es absolutamente imposible, como lo es también, y aquél que obra sin cesar, privara al intermediario entre Él y la creación, esto es, al hombre, de recoger las sensaciones que le causan tan sublimes bellezas, y las ideas que le transmiten el tiempo y el espacio, para elevarlas hasta Él, entonando el verdadero Hosanna de agradecimiento y admiración.

¿No conoceremos que nuestra misma pequeñez es la base de nuestro incesante desvío? ¿No admitiremos que ese tenaz deseo es el punto de partida para realizar en el infinito nuestro progreso?

De ningún modo podemos admitir vuestra decisión sobre la fe, que ni llena el corazón ni satisface el pensamiento. Porque si Dios nos ha dotado de inteligencia para desarrollarla y acrecentarla por la observación, la comparación, la deducción, etc., y al detenerla ante artículos de fe, detenéis y matáis la actividad del espíritu, parte integrante de la actividad universal.

Pero la falta de espacio nos impide continuar, por lo que haremos punto final hasta otro número en el que concluiremos demostrando, que no existe tal pena eterna por no tener fe, ni deja de agradecer a Dios por ello, en el sentido que supone la iglesia romana, ni menos es cierta la conclusión de que sin fe, nadie puede salvarse, como dice asegurar el evangelio.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

IV

MERCURIO

Cuando el radiante astro del día ha descendido a su ocaso, aparece algunas, veces en el Occidente, en medio de la luz crepuscular que aún baña el cielo, una pequeña estrella bastante brillante, la cual, en vez de continuar, como las otras, ostentando su blanca luz, se esconde luego presurosa, hundiéndose a su vez por el mismo sitio por donde poco antes; lo ha hecho el Sol. Al cabo de algunos días, es inútil que se la busqué por la tardé, no aparece; pero en cambio, a la madrugada, poco antes de la salida del Sol, se la verá ascender por el Oriente, como trazando el camino a seguir en su triunfal carrera.

Esa pequeña y blanca estrella, es el planeta Mercurio, que juguetón, parece complacerse en seguir paso a paso al Sol, ora corriendo tras él, ora precediéndole.

Engañados los antiguos por la doble aparición vespertina y matinal de esa estrella, y creyéndola dos distintas, llamaron Mercurio a la de la tarde, en honor al Dios de la noche protector de los viajeros y de los ladrones, y Apolo a la de la mañana, como al encargado, de conducir el carro del Sol. Los egipcios y los indios conocieron asimismo al planeta que nos ocupa, con dos nombres distintos tomados a semejanza de los griegos, de sus divinidades del día y de la noche.

Cuando la observación, madre fecunda de muchos descubrimientos, demostró que nunca a la mañana siguiente de haber aparecido Mercurio, se dejaba ver Apolo; se sospechó, que ambas podían ser una misma; más tarde la sospecha se trocó en certidumbre, y se le conservó el nombre de Mercurio.

A la simple vista, no siempre es fácil distinguir ese planeta; pero con el auxilio de un buen anteojo astronómico de mucha potencia puede verse, que Mercurio, presenta fases enteramente semejantes, a las de nuestra Luna estando en su periodo creciente cuando el planeta es visible por la tarde, y menguante cuando lo es por la mañana. Esto demuestra que Mercurio no tiene luz propia, sino que refleja la que recibe del Sol.

Mercurio describe su órbita a 14.783,400 leguas del foco central, difiriendo la órbita de éste, de la que trazan los demás planetas, en que, así como la de aquéllos es de figura casi circular, la de Mercurio es más bien una elíptica, resultando de esta, excentricidad, que su distancia respecto al Sol no es siempre la misma, sino que llega, a aproximarse a 11.670,000 leguas de él, alejándose luego a la distancia de 17,700,000 leguas.

Esta excentricidad de la órbita de Mercurio no dejará de influir de alguna manera en sus condiciones biológicas, pues por razón de esa diferencia de más de seis millones de leguas, entre su mayor aproximación y su mayor alejamiento del Sol,—o sea, valiéndonos de términos astronómicos, entre su perihelio y su afelio,—la intensidad de luz y calor que del Sol recibe,

cuyo término medio es, comparado con la que recibe la Tierra, cerca de siete veces, mayor (6'674) se eleva en su perihelio a más de diez veces (10'58) reduciéndose en su afelio a 4 veces y media (4'59.)

Mercurio verifica su movimiento de revolución al rededor del Sol en un espacio de tiempo igual a 87 días 23 horas 14 minutos de los nuestros, de modo que las estaciones allí, solo serán de 22 días cada una. La velocidad de su marcha en ese movimiento es muy rápida, puesto que en el corto término de cerca de 88 días, recorre casi once millones de leguas, lo que da 52,520 leguas por hora, o sean más de 14 y media por segundo.

El movimiento de rotación sobre su eje lo, verifica en 24 horas 5 minutos 28 segundos, pero la duración relativa de sus días y sus noches debe ser asimismo muy variable en el curso de uno de sus breves años, atendida la gran inclinación de su eje de rotación sobre el plano de su órbita. Esa inclinación tan sensible— que no baja, de 70 grados—es otra causa más que concurrirá a hacer más extravagantes las estaciones en el pequeño mundo de Mercurio.

«No olvidemos sin embargo,—dice Guillemin,—que una circunstancia puede modificar todo esto, de manera que acerque a las nuestras o las aleje enteramente las condiciones de la vida, vegetal y animal en la superficie de Mercurio. Esa circunstancia es la existencia, o la privación de una envoltura gaseosa o vaporosa, en una palabra, de una atmosfera.»

¿Existe ésta en Mercurio? Veámoslo.

En ciertas épocas, por razón de la inclinación del uno sobre el otro de los dos planos en que giran los planetas Mercurio y la Tierra: sucede que el primero de estos, se encuentra a la misma altura aparente del Sol, en cuyo caso se le ve desde aquí atravesar, por delante del disco solar, apareciendo sobre el fondo luminoso como una pequeña mancha oscura, perfectamente circunscrita y de forma circular, que avanza lentamente hasta que desaparece por el lado opuesto. Estos momentos son muy favorables: pues en ellos puede, medirse con auxilio de instrumentos micro métricos, la dimensión aparente del planeta, de la que se deduce, luego la real por medio del cálculo. El año 1799, en uno de esos pases de Mercurio sobre el Sol,—que llamaríamos eclipses, si el volumen o la aproximación de Mercurio, respecto a nosotros fuera tal, que interceptara de un modo sensible la luz de aquél astro—se notó muy distintamente, al rededor del punto oscuro o sea el cuerpo del planeta, una gran franja circular, especie de anillo nebuloso, a través del cual aparecía menos luminoso el disco solar que en lo restante de él a donde no alcanzaba la referida zona; de lo que los astrónomos dedujeron que existía una atmósfera en Mercurio, y que esta era muy elevada y muy densa.

Además, se ha notado posteriormente, al estudiar, las fases que presenta en sus crecientes y menguantes ese planeta, que la línea que separa la parte iluminada de la oscura, no se deja ver nunca cortada por limpieza, y que la parte que se nos presenta alumbrada, considerada en su anchura, parece como disminuida. Esto corrobora, según Beer y Mgedler, que la atmósfera de Mercurio es muy sensible.

Refiriéndose a esa atmósfera hace Guillemin las juiciosas reflexiones siguientes: «Podemos formarnos una idea — dice — de las modificaciones que una atmósfera algo densa puede dar a la intensidad de la luz y del calor comparando los días en que, sobre nuestra tierra, el cielo está puro y sin nubes y los rayos del Sol hieren

nuestro suelo, sin obstáculo alguno, con aquellos días sombríos en que la niebla o las grises nubes lo ocultan completamente a la vista. La densidad de la envoltura atmosférica puede cambiar singularmente los efectos de irradiación, del calor solar. Comparemos la temperatura de uno de nuestros valles con la de las cimas de las montañas, que le rodean: esto será pasar del verano, a los fríos del invierno, del calor sofocante de julio a las escarchas de noviembre: Y no obstante el Sol brilla asimismo sobre los montes, como sobre el fondo de los valles. Por fin, la composición química de la atmósfera de Mercurio, la naturaleza de los gases de que está formada, que son tal vez muy diferentes del ázoe y del oxígeno del aire, son aún nuevos elementos que pueden influir sobre el clima del planeta, y acerca de los cuales no tenemos ningún conocimiento[1].»

Justísimas parecerán a cualquiera estas observaciones, ya que bastante se ha dicho y escrito muy formalmente sobre esa temperatura de fuego a que está sometido Mercurio.»

«Muchos autores—dice Flammarion[2] — han visto en esa luz y en ese calor, condiciones incompatibles con las funciones de los organismos vivos, y han dicho que en Mercurio las yerbas de los campos serían abrasadas, los frutos disecados, los animales sofocados, los hombres ciegos, si es que hombres podían existir bajo tal temperatura. Este raciocinio que descansa en un principio falso, es asimismo falso en todas sus consecuencias. Los que así piensan, aplican implícitamente su raciocinio a las creaciones terrestres, que suponen trasportadas a la superficie de Mercurio, donde hallarían, indudablemente un centro total diferente del que viven en la Tierra, y muy probablemente mortal para ellas. Pero como es muy evidente que la naturaleza no ha establecido en Mercurio un sistema de vida constituido según las condiciones terrestres, sino conforme con el estado de Mercurio, ya que en todos lugares y en todo tiempo los seres no nacen más que allí donde su vida; puede existir y estar asegurada; es forzoso admitir, que los habitantes de Mercurio, cualquiera que sea la organización que posean, están formados según las condiciones de su planeta, que están allí en su centro respectivo, y que es muy probable que no podrían existir en las tinieblas y en el frío relativo de los planetas más alejados.»

Tal es, en efecto, la ley general de la vida en nuestro planeta, y por analogía debemos creer que así sucederá en los demás.

Los seres están formados según el centro que deben habitar.

En las primeras épocas de nuestro globo existían en él animales y vegetales, que hoy, por la diferencia de los elementos atmosféricos y la temperatura del suelo, no podrían vivir en él, y de aquí que los unos no existan y los otros vivan una vida raquítica, en cuanto a su desarrollo. Aquéllos helechos gigantes, aquellos inmensos brezos, aquellos colosales licopodios, aquéllas asterofilitas, sigilarías, etc. son hoy familias raras, y las que nos quedan, las vemos humildes plantas que hollamos con nuestros pies, cuando entonces sus lozanas ramas se elevaban a una altura prodigiosa. Los monstruosos animales de aquéllas épocas, estaban en armonía con el rudo suelo que les sustentaba. Nuevos sacudimientos y nuevas trasformaciones sufre la corteza apenas enfriada del planeta, y los antiguos moradores son destruidos; apareciendo otros nuevos en relación

[1] A Guillemin, *Le Ciel.*
[2] *Les Mondes imaginaires et les mondes reels.*

también con la nueva época. Los animales de organización complicada, de respiración pulmonar, no hubieran podido vivir en medio de aquella tibia atmósfera tan sobrecargada de ácido carbónico y de vapor de agua; y por lo tanto nadie concebirá que éstos sean contemporáneos de los trilobites de la época devoniana.

Y aún hoy, no está cada ser organizado según el centro donde reside.

¿Cómo podrían habitar esos débiles moluscos el fondo del Océano, sufriendo una presión tan considerable como la que sobre ellos pesa, sin las robustas espirales de la cubierta calcárea que les protege?

Desde luego, pues, los seres que habitan en Mercurio, estarán organizados según las condiciones de su planeta, ya sea aquél totalmente distinto, ya sea semejante al nuestro.

De cualquier modo que sea, si por su organización especial no están exentos de sentir los bruscos cambios de su clima, tendrán que sufrir en cuanto a las variaciones de temperatura, mucho más que nosotros, ya que, como hemos dicho, en el corto espacio de 88 días, se realizan las cuatro estaciones, y por cierto muy desemejante entre sí.

¿Pero existe alguna analogía entre la constitución física del suelo de Mercurio y el de la Tierra? Por lo pronto está comprobado que existen montañas allá como aquí pero mucho más altas que las nuestras, según se deduce de la observación. He aquí lo que leemos en la excelente obra de Guillemin *Le Ciell*: «Durante las fases en forma de media luna (de Mercurio) diversos observadores, entre ellos Schroeter, Beer y Maedler, han visto varias escotaduras que hacían aparecer como dentellada la línea de separación de la luz y la sombra, habiendo justificado además la existencia de un corte en el cuerpo astral de la media luna. Estos accidentes no eran siempre visibles, sino que desaparecían para volver a reaparecer a intervalo, cuya periodicidad ha permitido determinar la duración de rotación de Mercurio. Eso acusa; evidentemente la existencia de altas montañas que interceptan la luz del Sol y de valles sumergidos en la sombra, que se sustraen a las partes iluminadas del planeta. Mercurio tiene, pues, montañas. La medida de la truncadura de la media luna ha permitido asimismo valuar la altura de una de ellas, cuya medida, si no es muy exagerada, no sería menor de la 253ª parte del diámetro del planeta: esto es, más de 19 kilómetros. La más alta de las montañas conocida del globo terrestre, el Gauri Sankar del Himalaya, no tiene nueve mil metros de altura vertical, ese gigante de los montes terrestres no se eleva sobre el nivel del mar más que la catorce centésima parte del diámetro de la Tierra.»

No es esto todo. Schröeter distinguió durante el paso de Mercurio sobre el Sol, el año 1799, un punto luminoso sobre el disco oscuro del planeta, lo que le hizo creer que no podía ser más que algún volcán en ignición.

A pesar de lo difícil que es estudiar a Mercurio, que siempre se presenta a nuestra vista envuelto en luz solar, ese mismo, sabio que tanto ha enriquecido la ciencia con sus importantes trabajos respecto de los planetas, pudo observar sobre Mercurio cierta mancha o banda brumosa que consideró como una zona ecuatorial, de cuya dirección dedujo la inclinación del eje de rotación.

Mercurio es mucho más pequeño que la Tierra, es el menor en volumen de todos los mundos del sistema solar, su diámetro es de 4,978 530 kilómetros, cuando el de

la Tierra es de 12.732 814; su densidad es; cerca de tres veces más considerable que la de mundo que habitamos.

Si en las tranquilas noches, la densidad de la atmósfera de Mercurio permite a los habitantes de ese mundo admirar la grandiosa belleza del estrellado firmamento, los astros aparecerán a sus ojos en la misma posición relativa que para nosotros: en cuanto a los planetas. Venus se les presentará como una hermosa estrella de vivísimo resplandor pudiendo notar así en aquélla como en la Tierra, algunos indicios de fases. En cuanto a los planetas más lejanos del sistema es posible que no puedan percibir el débil reflejo que despiden, ya que para nosotros no son visibles más que con la ayuda de los instrumentos.

El Sol se presenta a los habitantes de Mercurio de una manera verdaderamente grandiosa. Figurémonos un disco deslumbrador cuatro veces más grande y más espléndido de lo que aparece a nuestra vista, cuyo tamaño y brillo va aumentando, aún progresivamente en el transcurso de algunos días, hasta llegar a ser diez veces mayor y más resplandeciente que lo vemos nosotros, y tendremos una idea del modo que ven el Sol los habitantes de Mercurio.

LUIS DE LA VEGA.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

DICTADO POR ULTRA-TUMBA

Médium A. L.

¡Ay! Si pudiera romper la ligadura que me retiene aún afecto a la materia, si la fuerza, que me falta para alcanzarlo se viera suplida por vuestros esfuerzos espirituales; fundado mi espíritu en la inmensa misericordia del Hacedor, tiene el convencimiento íntimo de que pronto cesaría la oscuridad que me rodea para verse mi ser inundado de la luz que debe irradiar en el Reino de la verdad y cuya existencia presiento, sin duda para dar mayor intensidad al dolor que acibara más y más mi triste posición.

¡Ay mis generosos, hermanos! El cambio que se operó en mis ideas antes de abandonar vuestro suelo, no obstante la impresión que recibió mi ser de la salvadora doctrina del espiritismo antes de nuestra separación, no he podido evitar que se cumpliera la inmutable ley de la perfecta justicia, sintiendo los acervos sufrimientos de mi desacertada conducta en la última encarnación.

Desalentado marché por el océano de las mundanas pasiones, como el acero atraído por el imán, me lanzaba al goce de las satisfacciones materiales, ensordeciendo el grito de mi conciencia que sin cesarme indicaba la senda que debía seguir y ponía a mi alcance los extravíos que me entregaba, de manera que era un criminal consciente y no ignorante pecador. Este extravío de mi vida terrenal, ha destruido los efectos de mi encarnación que faltando a los sagrados deberes que el espíritu se impusiera al venir entre vosotros, fascinados por los efímeros halagos de vuestro suelo, interpuso una bala a su progreso dejándome en el mismo estado que tenía antes de emprender mi último viaje.

Deploro amargamente la triste situación en que me hallo, pero siento al propio tiempo la resignación que as menester pa-

ra sobrellevar el peso de mi infortunio sin faltar a los preceptos de nuestro lema; beneficio inconmensurable que debo a la enseñanza del libro que todo es amor y caridad.

El arrepentimiento de mi pasado, absorbe la mente mía y la voluntad de una eficaz reparación va tomando creces en mi espíritu. Para alcanzarlo pido vuestra cooperación. Contribuida con vuestros esfuerzos para abreviar mi estado arrebatándome de la tenebrosa mansión que ocupo, y que luego se me abra el camino que me conduzca a recuperar el tiempo perdido.

En este sentido pues, para tan nobles fines os suplico la oración.

La plegaria es el conductor del pensamiento al pensamiento, de la criatura a Dios; a su poderosa influencia se abren las puertas del infinito al alma que sufre y vive en su destierro y a su armónico calor, secando las lágrimas que la angustia del sufrimiento engendra, en sus ojos espirituales. Así me lo enseñó la doctrina de la Revelación.

Orad pues por mí, queridos hermanos; que a través de mis tinieblas aparezcan los primeros albores de la anhelada esperanza de un próximo porvenir que sienta luego los efectos balsámicos de la oración, dadme aire para respirar; alimento para que no decaigan mis fuerzas, que en la práctica de la caridad, se hacen buenos los espiritistas y acreedores a la misericordia Divina que tanto necesita el que fue.

J.T.

Médium A.

¿Puede una oración, dirigida en general a determinados espíritus, ser provechosa a cada uno de ellos, en el mismo grado que si fuera individual?

El consuelo que experimenta el espíritu por una plegaria dirigida a muchos es tan exiguo, que apenas basta a dar un ligero alivio a los sufrimientos de su conciencia.

Es más eficaz la oración cuando, va encaminada a uno solo, en cuyo caso, el espíritu acude con mayor solicitud al llamamiento, y escucha vuestro acento como la voz del amigo que desea aliviarles, siendo éste uno de sus mayores goces. El espíritu mide, por la oración el grado de sinceridad y de amor con que el encarnado; se le dirige, y aprecia aquel obsequio como un don especial que le fortalece en sus aflicciones; aligera la pesada carga de sus penas y le eleva sobre sus sufrimientos, a regiones más puras que le inundan de felicidad. Sucede a veces que el que es objeto de este obsequio no lo necesita y entonces goza más, trasmitiendo la saludable influencia de la plegaria al desventurado que sufre. Vosotros no podéis apreciar el bien que hacéis cuando oráis por los espíritus en sufrimiento. ¡Cuántos, por este medio; han vuelto a la senda del bien, abandonando el camino de perdición que seguían!

Médium A. L.

La congregación de dos o más personas reunidas para elevar plegarias a Dios, constituye la verdadera Iglesia: De modo que vosotros en el momento mismo en que os reunís con un fin tan noble y elevado como es el dirigiros a Dios, elevando hacia Él vuestras preces, estáis ya dentro de la verdadera fe religiosa.

Las religiones todas, han tenido sus puntos vulnerables, y uno de ellos ha sido siempre el desplegar un lujo deslumbrador en sus templos, y esto que puede ser

muy bueno para recrear la vista es altamente censurable y perjudicial bajo el punto de vista religioso.

Hermanos, la perfección del hombre es en sí, lo que es la religión con respecto a sus sacerdotes. El Sacerdote de toda religión debe ser el tipo perfecto del hombre de bien; debe ser el ejemplo de sus feligreses.

Los encargados de los grupos espiritistas, deben ser el timón de la gran nave llamada espiritismo, y deben saberla conducir con maestría a su seguro y verdadero puerto. Deben poseer inteligencia y practicar la virtud. En una palabra, deber ser émulos del gran maestro, para que la obra sea maravillosa y tenga toda la solidez necesaria.

Médium M. C.

Aunque te parezca lo contrario, por ciertas señales aparentes para todos, él dragón rojo,— Satanás—está herido de muerte. Llega la época, y ha llegado ya, en que debe ser conducido al desierto, donde será ahogado en la sangre del cordero, es decir, en la práctica universal de la verdadera doctrina de Cristo Señor nuestro señor.

El mundo gime aún en tinieblas; porque la mayoría de los hombres,—las grandes aguas terrestres,—no se ha resuelto todavía a vestir la blanca túnica de las obras de amor; caridad y virtud intachables. Haced penitencia, cubríos con el saco ceniciento, pues el cordero está ya entre vosotros, esperando el instante de entrar como el ladrón, por la ventana y de improviso. Huid de toda corrupción, de todo vicio, de todo comercio con la gran prostituta, que no es otra que la iniquidad bajo todas sus formas. Si hacéis lo que acabo de indicaros, seréis dignos de tomar asiento en la Jerusalén celeste; que no tardará en bajar dispuesta por el mismo Dios, como la novia para la boda... Así sea.

Juan Evangelista.

VARIEDADES

A UN NIÑO

¡Pobre niño! Tú al nacer
Te fue ingrata la fortuna;
Que abandonaron tu cuna
Los que te dieron el ser.

Y de tu desgracia en pos,
Fuiste la tierra cruzando;
Y en tu orfandad implorando:
Una limosna por Dios.

Algunos te acariciaron,
Y muchos te repelieron:
Trabaja pues, te dijeron,
¿Y por qué no te enseñaron?

Por intuición no hay saber,
Es necesario enseñar;
Y se tiene que sembrar
Si se quiere recoger.

Han pasado algunos años
Y hoy la Caridad te llama;
Y un colegio te reclama
Para darte desengaños.

Que aún en la primera edad
El magnate de la tierra,
Ya revela que en sí encierra
Imperiosa voluntad.

Cuando llegue un día de fiesta
A todos los veras ir;
Que se van a divertir,
Y a jugar en la floresta.

Solo tú te quedarás
Mirándolos tristemente:
Diciendo con voz doliente,
¡Madre…Madre….!
¿En dónde estás?

Cuando tú sepas leer,
Yo te daré un libro santo:

Para que enjugues tu llanto
Y cese tu padecer.

Lo reservo para ti,
Que las hojas de la biblia,
Tú hallarás esa familia:
Que no has encontrado aquí.

Tal vez con pena dirás:
«Me encuentro desheredado;»
No es así, quien te ha creado
No deshereda jamás.

Porque ese Dios de consuelo,
Amor y justicia encierra,
Y si algo niega en la tierra
Es para darlo en el cielo.

Sólo su herencia retarda
Aquellos desventurados,
Que los mira dominados
Por una pasión bastarda.

Por la envidia, cuyo afán
Al hombre lo precipita,
Y tras su huella maldita
Todos los crímenes van.

Al cielo le pediré
Que no conozcas la envida;
Que aquél que con ella lidia
Pierde en el mundo la Fe.

Y la Fe es el gran tesoro
Que enriquece nuestra vida;
Cuando perdemos su égida
De nada nos sirve el oro.

Con la Fe nuestra razón
Comprende de Dios el nombre,
Porque la Fe es para el hombre
¡La tierra de promisión!

Amalia Domingo y Soler.

(Madrid)

SONETO

Grata fue para mí y consoladora
Vuestra misión, espíritus queridos;
Exalta mis potencias y sentidos
Empresa tan sublime y creadora:
El cáncer de la duda roedora
Ya no abate la fe, no; los gemidos
Del alma contrariada, doloridos,
Truéncanse en una calma bienhechora.

Os debo pues la paz de mi conciencia,
Y acaso mucho más. ¿Cómo pagaros?
Gestiones generosas tan activas.

Alabo del gran Dios la omnipotencia,
Y os trenzo, no sabiendo ya qué daros
Coronas de laurel y siemprevivas.

J. PASTOR DE LA ROCA.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario que todos cuando desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta administración, se digne remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles La Revelación, hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 42

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que estos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido digiriéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1873

LA DOBLE VIDA

En difícil posición me habéis colocado, mis buenos amigos.

He llamado vuestra atención como médium y creyéndome capaz de producir algo bueno en estado normal, me honráis brindándome las páginas de vuestra Revista para que coadyuve con mis concepciones.

Os habéis equivocado lastimosamente.

Los espíritus enriquecen mi mente.

La materia entumece mi alma.

Vivo y soy feliz, cuando mi ser se aparta de la tierra.

Siento el peso abrumador del escepticismo cuando mi razón gira dentro del limitado círculo de la materia.

¡Vivo cuando muero...! Muero cuando vivo...

Mi ser siente, concibe, aprende, ama y adora a Dios cuando el mundo y sus pasiones desaparecen por completo al espíritu.

Cuando los ojos del alma abarcan en la inmensidad, las grandiosas bellezas de la creación.

Cuando la perfumada brisa del infinito acaricia mi «Yo» confundido en la Universal mansión de los espíritus, comunicándole las sensaciones e impresiones íntimas de la pureza.

Cuando la armonía de los fluidos difunde la luz a mi pensamiento, a través de la cual distingo, vaporosas, las dulces y cariñosas imágenes de los amados seres a quienes debo los primeros albores de la moral.

Cuando al calor de la verdad mi alma se entrega a los embelesos de la vida eterna.

Cuando me veo, en fin, entre los constantes amigos de ultra-tumba, que tan solícitos se muestran siempre prodigándome las profundas inspiraciones que me sustraen de la oscuridad en que vivo...

¡Oh! entonces sí, mis buenos hermanos, entonces soy algo, algo provechoso para los demás y para mí. En aquel estado la dicha irradia por todo mi ser, porque siento los deliciosos efectos de su progreso y con toda la fuerza que le da su estado libre, ama y admira al Dios Hacedor, y mi espiritual semblante se inunda de vivas lágrimas de arrepentimiento. ¡Expansión dulce y benéfica del espíritu ante la realidad de la vida! ¡Oh! sí cariñosos amigos, aquí está la verdadera vida, aquí por doquier, en letras de mil colores, se destacan en preciosos caracteres, los grandes y poderosos lemas que hunden y destruyen por completo las pasiones de nuestro mundo. Justicia, Amor, Caridad, majestuosas producciones que, partiendo en línea recta del inmenso faro del saber Divino en infinitos y etéreos alambres, se diseminan por los espacios, comunicando luz, bondad y saber al destello, razón, pensamiento y voluntad, cuyo conjunto forma el nombre alma o espíritu con que nosotros lo definimos.

Aquí en las regiones de la inmensidad, gozando la conciencia del espíritu, la libertad imperecedera, sabe comprender toda la perfección y poderosa influencia de aquellos epígrafes en el terreno práctico del mundo espiritual y la felicidad que derramarían sobre nuestra mansión si el hombre se entregara a sus indefinibles influencias.

Pero ¡ay! otra vez descendemos; los vapores de la tierra envuelven de nuevo nuestro ser, la materia ejerce sobre el espíritu la presión de su influencia, la imagen de sus recuerdos se evapora, y aturdido por el estruendo y bullicio del mundo, deshoja una a una las espirituales flores, que recogiera en su etéreo viaje…

Las pasiones inundan nuevamente el crisol de la conciencia, y, como delirantes pasajeros, nos lanzamos, otra vez, en el agitado torbellino de la vida, rindiendo doloroso culto a sus efímeros atractivos.

El falaz resplandor del planeta que habitamos, extingue la riqueza del espíritu y, esclavos de su poder, ahogamos las emociones impresas en él, durante la libertad de que ha gozado en su estado excepcional, arrebatamos de nuestra mente la imagen de Dios en la grandiosidad de sus atributos, ¡ciegos! rechazamos aquella hermosa página del libro eterno «Ama al prójimo como a ti mismo.»

¡Oh debilidad humana! ¿No reconoces que en tu aturdimiento, rindiendo vasallaje imperdonable al pedestal erigido por tus propios defectos y falaces vicios, desvaneces y pierdes el saber adquirido en tu rápido viaje? ¡Olvido fatal, ingratitud acerba!

¿Por qué así sucede? ¿Por qué obedecemos esa imperfecta ley humana? ¿Por qué no nos entregamos a la voz de nuestro ángel guardián? Solo una razón gira en mi mente en este momento, y esta razón es una triste verdad, amigos míos; «nuestro atraso moral.» Si supiéramos elevarnos sobre la superficie de nuestras miserias, si los atractivos efímeros se estrellaran ante la fe de nuestra alma para el porvenir; ni nuestra organización social sería tan defectuosa; ni convertiríamos en estériles los nobles y generosos esfuerzos, de nuestros amigos de ultra-tumba, y sabríamos inclinar, humildemente, nuestra cerviz, cuando, con su fluídica varita, tocan el pensamiento del hombre para llevar a su alcance la grandiosidad del progreso indefinido en la eternidad del espíritu.

Los. . . . . .
. . . . . .

Un estremecimiento nervioso sacude mi cuerpo.

Vuelvo en mí y me encuentro frente a frente de un intempestivo visitante que tenía su mano puesta sobre mi hombro.

¿Qué me ha sucedido?... Sólo recuerdo que me ensimismé, pensando cómo, de qué manera podría salir de mis apuros dándoos un escrito para vuestra Revista, y que por más que acariciara mi frente, ninguna idea brotaba de mi pobre cerebro. Después me dormí... sí,.. me he dormido indudablemente y al volver a la vida… me encuentro con un papel borroneado como llovido del cielo.

Ahí le tenéis. ¿Sirve? Publicadlo; ¿no sirve? rompedlo... De todos modos poca enseñanza puede encerrar un sueño de vuestro hermano.

LUIS MESTRE.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

V

VENUS

Ya que hemos tomado como punto de partida el Sol, para presentar a nuestros lectores aquellos datos que la ciencia reconoce y admite como positivos respecto a la constitución de los planetas, de cuyos datos se deducen naturalmente las condiciones de habitabilidad aquellos; tócanos hoy examinar a Venus, segundo planeta que se halla partiendo del centro a la circunferencia.

Éste, así como Mercurio, es también visible para nosotros, ya por la mañana, ya por la noche; y añadiremos que es de las estrellas más conocidas. En efecto; ¿Quién no conoce el *Lucero del alba*, o por otro nombre la *Estrella del pastor*? ¿Quién no conoce el *Lucero vespertino*?

No tan huraña como Mercurio, permanece más tiempo en nuestro horizonte, y su estudio sería menos dificultoso que el de aquél a no ser por su vivísimo centelleo.

Así como Mercurio, Venus recibió también de los antiguos dos nombres distintos en sus dos apariciones; la llamaron Véspero cuando su viva luz brilla en el cielo de la tarde, así que el Sol ha traspuesto nuestro horizonte; y Lucifer cuando por la mañana precede al astro del día. Reconocido posteriormente que ambas no son más que una, se les dio el nombre de la caprichosa diosa de la hermosura.

Estando Venus más próximo al Sol que la Tierra, la órbita que describe, alrededor del astro central está encerrada dentro de la que traza el planeta que habitamos; resultando de esto, que unas veces está muy cerca de nosotros, y otras—cuando por efecto de ese movimiento el Sol se halla entre ambos planetas—muy alejado. Esas distancias son diez millones de leguas en el primer caso; y sesenta y cinco en el segundo; no siendo necesario decir, que la dimensión aparente de Venus varía muy sensiblemente para nosotros con esa diferencia tan notable.

La órbita de ese planeta es de las más concéntricas, de modo que su distancia respecto al Sol es muy poco variable; al contrario de Mercurio que vimos lo es mucho.

Estando más alejado del foco luminoso que éste, no recibirá naturalmente los ra-

yos solares con un lujo tal de intensidad como él si bien está más favorecido en cuanto a esto que la Tierra, pues recibe casi dos veces más luz y calor que nosotros.

La distancia de Venus al Sol, es de 27.618,600 leguas: y verifica su movimiento de revolución en 224 días, 16 horas, 41 minutos.

Si como se ve, el año es en aquel mundo mucho más corto que el nuestro; su día lleva poca diferencia a los días terrestres. El movimiento de rotación sideral de Venus se efectúa en 23 horas, 21 minutos, 7 segundos; 35 minutos menos que emplea 1a Tierra en el mismo movimiento.

E1 eje de rotación de Venus está muy inclinado sobre el plano de su órbita, lo que debe ocasionar, en primer lugar una diferencia muy notable en la duración del día solar o natural entre su verano y su invierno; y en segundo, una gran variación de la temperatura entre ambas estaciones. Conocida nos es aquí la diferencia de duración entre los días de Julio y los de Diciembre, cuando la inclinación del eje de rotación de la Tierra es de 23 grados, 37 minutos; júzguese, pues, cuál será allí, que esa inclinación es de 75 grados, 5 minutos.

En cuanto a la diferencia respectiva de temperatura entre ambas estaciones, debe ser también mucho más sensible en Venus que en la Tierra. «Esa inclinación –dice un autor—constituye así en ese planeta como en la Tierra la variación de las estaciones, su duración recíproca y su intensidad. Estando aún más inclinado que la Tierra sobre el plano en que se mueve, sus estaciones son más caracterizadas todavía que las nuestras y sus climas mucho más marcados. Entre el frío del invierno y el calor del verano, existe una diferencia mucho más marcada que aquí; en el invierno hace casi tanto frío como en nuestro mundo, e infinitamente más calor en el verano. Paralelamente hay del Ecuador a los polos una variación de climas más marcada aún que sobre la esfera terrestre; lo que nosotros llamamos aquí zona templada, es insensible en Venus y aún puede decirse que no existe. La zona tórrida y la zona glacial se invaden constantemente la una a la otra; y como el año no dura más que 224 días en vez de 365, la rapidez de esta sucesión aumenta todavía su intensidad. Así las nieves no tienen tiempo de acumularse en los polos como sobre la Tierra, sobre Mercurio y Saturno, y las variaciones atmosféricas hacen reinar una agitación perpetua en la superficie del planeta.»[1]

Examinado Venus con el auxilio de un buen anteojo, se observa que presenta a veces fases semejantes a las de Mercurio, habiendo sido Galileo el primero que las observó el mes de Diciembre de 1610. Esas fases se presentan de un modo análogo a las del planeta citado; se nota asimismo que la línea de separación de la luz y la sombra presenta ciertas ondulaciones muy notables; y de la reaparición sucesiva y periódica de esos mismos accidentes, Cassini, Vico, Schroeder y otros astrónomos, dedujeron la duración de la rotación sideral del planeta, habiendo por otra parte quedado demostrado que el suelo del mismo debe estar erizado de altísimas montañas.

Es notorio además que la parte iluminada no termina bruscamente, sino que la línea de separación va confundiéndose con la oscura del planeta, lo que ha venido a demostrar la existencia de una atmósfera bastante alta y algo denso. «Envuelto, pues, está como nuestro globo por una atmósfera trasparente, en cuyo seno

[1] C. Flammarion. *Les Merveilles celestes.*

se combinan mil y mil juegos de luz, que permite a las nubes dibujar en el cielo sus matices nítidos, argentinos, dorados, purpúreos. Al horizonte de la mañana y de la tarde, cuando el resplandeciente astro del día, dos veces mayor de lo que parece desde la Tierra, asoma por el Oriente su enorme disco y se inclina por la tarde hacia el hemisferio occidental; el crepúsculo desarrolla sus esplendores y sus magnificencias. Desde aquí asistimos por el telescopio a ese lejano espectáculo, porque distinguimos claramente el alba y la caída de la tarde en las campiñas de Venus.»[(2)]

Otro dato además del expuesto confirma aún la existencia de atmósfera en el planeta de que nos ocupamos.

Como éste—así como Mercurio—pasa algunas veces precisamente entre el disco del Sol y la Tierra, se observó el año 1761, que Venus presentaba sobre el disco solar, un anillo nebuloso que rodeaba el punto oscuro de su masa, notándose además en el momento que una parte del planeta había salido ya del brillante fondo sobre el cual se destacaba, que el contorno del arco exterior de ese anillo se presentó luminoso. No sería fácil explicar satisfactoriamente estos dos fenómenos si no se admitiera la existencia de atmósfera alrededor de Venus.

Esos pasajes de Venus sobre el Sol, no se efectúan sino muy de tarde en tarde; el penúltimo—que fue el que acabamos de citar— tuvo lugar en 1761, y el último en 1796; tocándole ahora verificarlo otra vez el 8 de Diciembre de 1874, siendo el otro más próximo asimismo en Diciembre de 1882. Si nuestra atmósfera se presenta despejada en esas fechas, tal vez los astrónomos modernos tengan ocasión de sacar otras pruebas, o de confirmar nuevamente las mismas.

El volumen de Venus es a poca diferencia el de la Tierra; apreciando como 1,000 el volumen de nuestra esferoide, el de Venus es de 957. Su volumen real es 1,033.386,100 miriámetros cúbicos; su diámetro 12.541,810 kilómetros.

No ha podido comprobarse hasta ahora que existía en Venus—como tampoco en Mercurio—aplastamiento alguno en sus polos; o por lo menos, si es que existe, será tan insensible que escapa a la apreciación.

La densidad de la materia que constituye el planeta Venus, es, a poca diferencia, la misma que la de la Tierra; apreciando la de ésta como 1, la de Venus es 0´94, de modo que ésta es una analogía más que existe entre ambos mundos.

«Del mismo modo que sobre la tierra, las nubes esparcen las sombra y la frescura y derraman la lluvia sobre las secas llanuras, así como en la Tierra, cadenas de elevadas montañas atraviesan los continentes, montañas gigantes donde toman origen los ríos; en fin, así como en la Tierra las fuerzas múltiples están en acción en los reinos inorgánico y orgánico, y esas fuerzas han producido la manifestación de la vida bajo sus diversas formas, y la perpetúan según las condiciones, inherentes a la constitución íntima de aquel mundo.»[(3)]

Algunos astrónomos del siglo XVII y XVIII creyeron que un satélite describía su órbita alrededor de Venus, y aun trataron de darle a éste un nombre; más no se ha comprobado su existencia, así que solo se halla consignado como hipótesis en los tratados modernos de Astronomía, puesto que en ciencias, a fin de evitar un paso en

[2] C. Flammarion. *Les Merveilles celestes*.

[3] C. Flammarion. *Les mondes imaginaires et les mondes reels.*

falso, se acostumbra tomar todas las precauciones posibles; y antes de sentar un hecho, exige éste que sea rigurosamente comprobado. La duda, pues, existe aún, sobre si Venus tiene o no satélite «La existencia de un satélite en Venus—dice Guillemin explicaría tal vez la luz secundaría de un tinte gris-verdoso, ceniciento o rojizo, según los diversos observadores, la cual permite ver la parte no alumbrada del disco del planeta: las noches de Venus estarían en ese caso alumbradas por la luz de la luna.»

Humbolt, en las cortas líneas que en su *Cosmos* dedica al estudio particular de ese planeta, dice lo siguiente: «A pesar de lo poco que sabemos sobre la superficie y la constitución física de los planetas más vecinos del Sol, Mercurio y Venus, el fenómeno de una claridad cenicienta y de un desprendimiento de luz propio a esos planetas, fenómeno observado varias veces en la parte oscura de Venus por Cristian Mayer, William Herschel y Harding, es todavía muy enigmática.» Con el tiempo se aclarará sin duda esta cuestión, así como se han aclarado muchas otras.

Mucha semejanza, según ha podido verse existe, entre Venus y la Tierra, ya por las dimensiones respectivas entre ambos mundos ya por la constitución astronómica y física.

La ventaja que el planeta que habitamos puede llevar sobre Venus, será tal vez bajo el punto de vista climatológico, que hemos visto no debe ser muy favorable allí a no ser que tempere algo el rigor de sus rudas y opuestas estaciones, su atmósfera bastante densa, cargada constantemente de vapores, gracias al calor mismo que debe reinar en él.

LUIS DE LA VEGA.

LOS DESERTORES.[4]

(OBRAS PÓSTUMAS)

Si todas las grandes ideas han tenido sus apóstoles fervientes y denodados, también las mejores han tenido sus desertores. El espiritismo no podría librarse de las consecuencias de la humana flaqueza; ha tenido los suyos, y no serán inútiles algunas consideraciones sobre el particular.

Muchos se equivocaron, al principio, acerca de la naturaleza y objeto del Espiritismo, y no entrevieron su trascendencia. Desde luego excitó la curiosidad, y muchos no distinguieron en las manifestaciones más que un asunto de distracción. Se divirtieron con los Espíritus, tanto como éstos quisieron divertirlos. Las manifestaciones eran un pasatiempo, y con frecuencia un accesorio de tertulia.

Este modo de presentar, al principio, la cosa, era una táctica diestra de los Espíritus. Bajo la forma de diversión, la idea penetró en todas partes y plantó gérmenes sin sublevar las conciencias timoratas. Se jugó con el niño, pero el niño debía hacerse hombre.

Cuando a los Espíritus bromistas sucedieron los graves y moralizadores; cuando el Espiritismo se elevó a ciencia, a filosofía, las gentes superficiales no lo encontraron recreativo, y para los que, ante todo, aprecian la vida material, era un censor importuno y molesto, que más de uno arrinconó. No hay que echar a menos semejantes desertores, puesto que las personas frívolas son en todo pobres auxiliares. Esta primera fase está, sin embargo, muy lejos de ser tiempo perdido. A favor de semejante disfraz, la idea se ha populari-

[4] *Revue espirite*

zado cien veces más que si hubiese revestido, desde su origen, una forma severa. Pero de esos centros ligeros e indolentes salieron pensadores graves.

Estos fenómenos, puestos en moda por el atractivo de la curiosidad, convertidos en una especie de manía, excitaron la codicia de ciertas gentes atraídas por la novedad, y por la esperanza de hallar en ellos una nueva puerta abierta. Las manifestaciones parecían un asunto maravilloso, susceptible de explotación, y más de uno pensó hacer de ellas un auxiliar de su industria, y otros las consideraron como una variante del arte de la adivinación, un medio quizá más seguro que la cartomancia, la quiromancía, etc., etc., para conocer el porvenir, y descubrir las cosas ocultas, pues, según la opinión de aquella época, los Espíritus debían saberlo todo.

Desde el momento en que tales gentes vieron que la especulación resbalaba entre sus manos y se convertía en mistificación, que los Espíritus no venían a ayudarles a hacer fortuna, a darles buenos números para la lotería, a decirles la verdadera buenaventura, a descubrirles tesoros o proporcionarles herencias, a sugerirles algún buen invento fructífero y de privilegio exclusivo, a suplir su ignorancia y a dispensarles del trabajo intelectual y material, los espíritus no fueron buenos para nada, y sus manifestaciones no eran más que ilusiones. Tanto como ensalzaron el espiritismo, mientras acariciaron la esperanza de sacar de él algún provecho, tanto le denigraron cuando tuvieron el desengaño. Más de un crítico que le zurza, lo levantaría hasta las nubes, si le hubiese hecho descubrir un tío americano, o ganar a la Bolsa. Esta es la categoría más numerosa de los desertores; pero se echa de ver que seriamente no puede calificárseles de espiritistas.

También ha tenido su utilidad esta fase, pues demostrando lo que no debía esperarse del concurso de los Espíritus, ha hecho conocer el objeto serio del Espiritismo, ha depurado la doctrina. Los Espíritus saben que las lecciones de la experiencia son las más provechosas. Si, desde un principio, hubiesen dicho: No pidáis tal o cual cosa, porque no la obtendréis, acaso no se les hubiera creído, y por esta razón no limitaron la libertad, de nadie, a fin de que la verdad resultase de la observación. Los desengaños desanimaron a los explotadores y contribuyeron a disminuir su número, privando al Espiritismo no de adeptos sinceros, sino de parásitos.

Ciertas gentes más perspicaces que otras, entrevieron al hombre en el niño que acaba de nacer, y le tuvieron miedo, como Herodes tuvo miedo al niño Jesús. No atreviéndose a atacar de frente al Espiritismo, han tenido agentes que lo abrazaron para ahogarlo que visten el disfraz de espiritistas para introducirse en todas partes, atizar diestramente la desavenencia en los grupos, derramar en ellos y por bajo mano el veneno de la calumnia, dejar caer chispas de discordia, impeler a actos que comprometan, intentar el desvío de la doctrina para ponerla en ridículo o hacerla odiosa, y simular enseguida desengaños. Otros son más hábiles aún, predicando la unión, siembran la división; ponen sobre el tapete diestramente cuestiones irritantes y mortificadoras, excitan los celos de preponderancia entre los diferentes grupos, y su delicia sería verlos apedrearse y 1evantar contra-bandera con motivo de ciertas divergencias de opiniones sobre determinadas cuestiones de forma o de fondo, provocadas las más de las veces. Todas las doctrinas han tenido sus Judas; el Espiritismo no podía dejar de tenerlos, y no le han faltado.

Éstos tales son espiritistas de contrabando; pero han tenido también su utilidad. Han enseñado a que, como buenos espiritistas, seamos prudentes, circunspectos, y a que no nos fiemos de las apariencias.

En principio, es preciso desconfiar de los arrebatos calenturientos que son casi siempre fuegos fatuos o simulacros, entusiasmo de circunstancias que suple los actos con la abundancia de palabras. La verdadera convicción es apacible, reflexiva, motivada; como el verdadero valor, se revela por hechos, es decir, por la firmeza, la perseverancia y sobre todo, por la abnegación. El desinterés moral y material es la verdadera piedra de toque de la sinceridad.

La sinceridad tiene un sello *sui generis*; se refleja por matices más fáciles a veces de comprender que definir, se la siente por ese efecto de la trasmisión de1 pensamiento, cuya ley, nos revela el Espiritismo, y que la falsedad no consigue nunca simular completamente, dado que no puede cambiar la naturaleza de las corrientes fluídicas que proyecta. Cree equivocadamente que puede suplirla con una baja y servil adulación que solo seduce a las almas orgullosas, pero esta misma adulación se deja conocer de las almas elevadas.

Nunca el hielo podrá simular el calor. Si pasamos a la categoría de los espiritistas propiamente dichos, también echaremos de ver ciertas flaquezas humanas, de las que no triunfa inmediatamente la doctrina. Las más difíciles de vencer son el egoísmo y el orgullo, pasiones originales del hombre. Entre los adeptos convencidos, no hay deserción en la acepción de la palabra, porque el desertarse por motivo de interés u otro cualquiera, no habría sido nunca sinceramente espiritista; pero hay desalientos. El valor y la perseverancia pueden flaquear ante un desengaño, una ambición fracasada, una preeminencia inalcanzada, un amor propio lastimado, o una prueba difícil. Se retrocede ante el sacrificio del bienestar, el temor de comprometer sus intereses materiales y el reparo del que dirán; se siente desazón por una mistificación, no se renuncia; pero se desanima; se vive para sí y no para los otros; se quiere sacar beneficio de la creencia, pero siempre que no cueste nada. Ciertamente que los que así proceden pueden ser creyentes; pero, a no dudarlo, son creyentes egoístas, en quienes la fe no han encendido el fuego sagrado del desinterés y de la abnegación; su alma se desprende con trabajo de la materia. Forman número nominal, pero no puede contarse con ellos.

Muy distintos son los espiritistas que verdaderamente merecen tal nombre. Aceptan para sí todas las consecuencias de la doctrina, y se les reconoce por los esfuerzos que hacen para mejorarse. Sin descuidar inconsideradamente los intereses materiales, son éstos para ellos lo accesorio y no lo principal; la vida terrestre es sólo una travesía más o menos penosa; de su empleo útil o inútil depende el porvenir; sus alegrías son mezquinas comparadas con el objeto espléndido que entrevén más allá; no se desazonan por los obstáculos que encuentran en el camino, las vicisitudes, los desengaños, son pruebas ante las cuales no se desalientan, puesto que el descanso es el premio del trabajo, y por estas razones no se ven entre ellos deserciones ni desfallecimientos.

Los Espíritus buenos protegen visiblemente a los que luchan con valor y perseverancia y cuyo desinterés sincero y sin miras ulteriores; les ayudan a triunfar de los obstáculos y aligeran las pruebas que no pueden evitarles, al paso que abando-

nan no menos visiblemente a los que les abandonan y sacrifican la causa de la verdad a su ambición personal.

¿Debemos colocar entre los desertores del Espiritismo a los que se alejan, porque no les satisface nuestra manera de ver las cosas; a los que, encontrando muy lento o muy rápido nuestro método, pretenden alcanzar más pronto y con mejores condiciones el objeto que nos proponemos? Ciertamente que no, si son sus guías la sinceridad y el deseo de propagar la verdad—¡Ciertamente que sí, si sus esfuerzos tienden únicamente a hacerse notables y a captarse la atención pública para satisfacer su amor propio y su interés personal!

¡Tenéis distinto modo de ver que nosotros, no simpatizáis con los principios que admitimos! Nada prueba que andéis más acertados que nosotros. En materia de ciencia puede diferirse de opinión; buscad a vuestro modo como buscamos nosotros; el porvenir pondrá en claro quién tiene razón y quien está equivocado. No pretendemos ser los únicos en poseer las condiciones sin las cuáles no pueden hacerse estudios serios y útiles; lo que hemos hecho nosotros ciertamente pueden hacerlo otros. ¡Qué importa que los hombres inteligentes se reúnan con nosotros o sin nosotros! Que se multiplican los centros de estudios, tanto mejor; porque ésta es una señal de progreso incontestable; que aplaudimos con todas nuestras fuerzas.

En cuanto a las rivalidades, a las tentativas para suplantarnos tenemos un recurso infalible para no temerlas. Trabajemos por comprender, por ensanchar nuestra inteligencia y nuestro corazón, luchemos con los otros, pero luchemos por superarnos en caridad y abnegación. Sea nuestra única divisa el amor al prójimo inscrito en nuestra bandera, y nuestro objeto único la inquisición de la verdad, venga de donde viniere. Con tales sentimientos arrestaremos las burlas de nuestros adversarios y las tentativas de nuestros competidores. Si nos equivocamos, no tendremos el necio amor propio de aferrarnos a ideas falsas; pero hay principios respecto de los cuales se tiene certeza de no engañarse nunca, tales son: el amor del bien, la abnegación, la abjuración de todo sentimiento de envidia y celos. Estos principios son los nuestros; en ellos vemos el lazo que ha de unir a todos los hombres de bien, cualquiera que sea la divergencia de sus opiniones; el egoísmo y la mala fe son los únicos que entre ellos levantan barreras insuperables.

Pero ¿cuál será la consecuencia de este estado de cosas? Sin duda alguna las maquinaciones de los falsos hermanos podrán producir momentáneamente algunas perturbaciones parciales. Por esto es preciso hacer toda clase de esfuerzos para burlarlos tanto como sea posible; pero necesariamente no tendrán más que una época de existencia y no podrán ser perjudiciales en el porvenir. Ante todo, porque son una maniobra de oposición que caerá por la fuerza de las cosas, y por otra parte, por más que se diga y haga no podrá quitarse a la doctrina distintivo, su filosofía racional es lógica, su moral consoladora y regeneradora. Las bases del Espiritismo están hoy echadas de un modo inquebrantable; los libros escritos sin reticencias y puestos al alcance de todas las inteligencias, serán siempre la expresión clara y exacta de la enseñanza de los Espíritus, y la trasmitirán intacta a los que vengan en pos de nosotros.

No se ha de perder de vista que estamos en un momento de transición, y que ninguna transición se opera sin conflicto.

No hay, pues, que admirarse de ver como se agitan ciertas pasiones, tales como

las ambiciones comprometidas, los intereses lastimados, las pretensiones frustradas; pero todo esto se extingue poco a poco, la fiebre se calma, los hombres pasan y las nuevas ideas subsisten. ¡Espiritistas, si queréis ser invencibles, sed benévolos y caritativos: el bien es una coraza contra la cual se estrellarán siempre las maquinaciones de la malevolencia!...

Vivamos, pues, sin temor: el porvenir es nuestro; dejemos que nuestros enemigos se retuerzan comprimidos por la verdad que les ofusca, toda oposición es impotente contra la evidencia, que triunfa inevitablemente por la fuerza misma de las cosas. La vulgarización universal del Espiritismo es cuestión de tiempo, y en este siglo el tiempo avanza a paso de gigante a impulso del progreso.

ALLAN KARDEC.

UN AVISO INSPIRADO

Inclinad vuestra frente, concentrad vuestro pensamiento, elevad el corazón a Dios y libres de las pasiones terrenales, purificado un momento vuestro espíritu, escuchad con profundo respeto y veneración, la voz de ultratumba que llega a vosotros con el dulce acento regenerador, que os trae paz y concordia, amor y fraternidad, luz y pureza, emancipación y deberes entre todos los hermanos que constituyen la humanidad... ¡Los tiempos se acercan!...

Efectivamente: cuántas y cuántas veces el eco de los espíritus, ha llegado a nuestra conciencia; cuántas y cuántas la voz de nuestros amigos ha resonado armoniosa en nuestro corazón, cuando sin cesar nos ha dicho ¡los tiempos se acercan! ¡Preparaos para cumplir vuestra sagrada misión! y gozosos nosotros, hemos elevado nuestro espíritu al Hacedor, inundado de lágrimas de gratitud nuestro semblante y resueltos firmemente a coadyuvar con nuestras débiles fuerzas al progreso y felicidad de nuestros semejantes. Pero aquel sonoro y potente hálito de los invisibles agentes, aquellas palabras que abren un nuevo mundo para el porvenir del planeta que habitamos, no han dejado nunca en nuestra mente la imperecedera huella que se merecía, porque poco predispuestos, con vacilante fe en el corazón, nunca hemos tenido suficiente valor para apartarnos del agitado torbellino de las falaces pasiones, de los efímeros atractivos de la tierra.

Revistámonos pues, espiritistas, de noble energía, inflame nuestro pecho la sacrosanta llama que debe constantemente dar vida y calor a las pulsaciones de nuestro corazón. Seamos dignos... porque los tiempos están tan cerca, tan próximos, que casi podríamos tocarlos con la mano.

¡Humanidad distraída, despierta de tu desvarío! ¡Instituciones imperfectas, basadas bajo el criterio de la pasión, pronto vais a desaparecer al soplo vivificador del reinado de la Verdad! Los tremendos absurdos a los que rendís culto ante el mezquino interés de la vida corporal, ¡débiles criaturas! van a desaparecer para siempre al impulso invencible de la más perfecta moral; y aquellos de vosotros que tengáis bastante osadía para arrojaros a la lucha, seréis aplastados por la corriente indetenible del progreso indefinido, que el dedo de Dios señala en todos los ámbitos de la creación.

Desaparecerán por completo las convulsiones sociales que a cada momento nos arrastran a una mayor perdición, cesarán los enconos, odios, traiciones y demás vicios que el vapor de la materia alimen-

tan; las luchas fratricidas no tendrán razón de ser, porque arrebatados del cenagoso e inmundo caos en donde la razón se pierde, la conciencia se mancha y el «yo» se embrutece; todos vendréis presurosos, a cobijaros bajo la égida del glorioso estandarte que empuñara la potente mano que os habrá salvado.

Entonces recobraréis con firmeza las facultades entumecidas por la densa y corrompida atmósfera que respirabais, vuestra conciencia despertará de su letargo, y al benéfico calor del faro, cuya luz irradiará sobre la humanidad entera, resolveréis, dentro el crisol de vuestro adelanto moral, lo que hoy juzgáis bajo el apasionado criterio de la conveniencia.

No habrá acción mala, que se aparte de los santos deberes del amor, que no rechacéis, ni acción buena y dentro de los mismos, que no aceptéis con efusión.

Los tiempos se acercan, sí, mis buenos hermanos; me lo dice la voz de mi conciencia, el eco de ultra-tumba, las múltiples y maravillosas manifestaciones que se suceden por todas partes, advertencia, aviso sublime de los precursores del Gran Regenerador. La verdad majestuosa se levanta por fin entre las ruinas del pasado y las preocupaciones del presente, bajo la deliciosa sonrisa del amor y caridad.

¡Orgullosos, deponed vuestro vicio! ¡Magnates, contened vuestra ambición! mirad al prójimo como a vosotros mismos; no humilléis, porque seréis humillados; marchad siempre frente a frente de la legalidad, basada en los principios de Cristo, porque de lo contrario, os sentiréis heridos por los mismos filos, porque «quien a hierro mata de hierro ha de morir,» la expiación de vuestras faltas es ineludible, tenedlo entendido, y si en la tierra escapáis alguna vez a su justicia, sentiréis todo el peso abrumador en la vida eterna del espíritu.

¡Los tiempos se acercan! Vuestros propios errores, la confusión atronadora en que vivís, las imperfecciones de vuestra sociedad cada día más violentas, lo anuncian con tanta elocuencia, si cabe, como la misma revelación. ¡Ay de vosotros, si no escucháis los levantados avisos de ultra-tumba! El espíritu de Verdad, el nuevo enviado abre las puertas de su morada, y no lo dudéis, al sentar la planta sobre nuestro suelo, volveréis de vuestro delirio, el rubor de la vergüenza coloreará vuestros semblantes, y el dolor de vuestro terrible pasado, destrozarán las fibras del más endurecido corazón.

¡Los tiempos se acercan!...

Humanidad: uno para todos, todos para uno.

Implantad el estandarte precursor, en cuyo fondo se lee en brillantes caracteres:

SIN CARIDAD NO HAY SALVACIÓN.

L. MESTRE.

DICTADO SOBRE ULTRA-TUMBA

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Medium J.P.

Se evocó al espíritu de J. M. un mes después de su fallecimiento.

— ¿Conservas, acerca del espiritismo, las mismas ideas que tenías en tu vida corporal?

— Lo que siento ahora es no haber estudiado el espiritismo con la madurez y penetración que su importancia exigía. Hice tarde, amigos míos, y no hubiera sufrido tanto, si hubiese tenido exacto conocimiento de ésta doctrina.

— ¿Sin embargo, tuviste conmigo, acerca de este asunto, largas y formales conferencias, y bastante leíste también de esta doctrina?

— Es verdad, pero por mucho que leyera, nada pude; mi inteligencia deducía solamente por lo que había emitido la filosofía que conocía, y esto era poco.

— ¿Quieres decirnos cuanto te ha pasado, y las sensaciones que has experimentado desde que abandonantes la materia, hasta que te reconociste en el mundo de los espíritus?

— Es extraño, muy extraño cuanto ha pasado por mí. Un letargo me tuvo por espacio de cuatro días trastornado: yo no creía encontrarme cara a cara con la realidad de una muerte corporal: me vi desprendido de la materia y no me atrevía a dar crédito a aquéllo mismo que me tenía embargado y hasta cierto punto horripilado. Tuve que recurrir a mi razón para hacerme superior a mi nuevo estado: esperé a que Dios me infundiera valor y me reanimara, y lo conseguí a Dios gracias.

Ya veis, amigos míos, vivo en espíritu y me encuentro perfectamente bien. ¡Cuán lejos estaba de imaginar esta vida! El hombre no puede apreciar, en sus verdaderos detalles, lo que es este nuevo estado de nuestro ser, se extraviaría en la ilusión si intentara forjarse una idea de la realidad.

Bella, magnífica, grata e inmensamente feliz es esta vida para el hombre que ha sabido cumplir sus deberes en ese mundo de expiación y de sufrimientos. Bendita mil veces la expiación y la prueba, que se interpone a nuestro paso, con el objeto de fortalecernos en la virtud y adelantar en nuestro perfeccionamiento. Éste es nuestro destino. ¡Dichoso el que le comprende desde el primer día, porque, antes que los demás, llegará al trono del Señor, a la gloria que nos tiene destinada!

Esto se extiende al infinito, porque infinita es la omnipotencia de Dios, su bondad, su previsión para con sus hijos y su amor hacia todo lo creado.

Si yo, en este momento, estuviese exento de toda impresión material, si hubiese dejado esa existencia mucho tiempo antes, si mi vida espiritual fuese más larga, entonces podría, habituado a las impresiones de aquí, extenderme en todo lo que atañe y concierne a esta vida de ultra-tumba: pero mis impresiones son muy fuertes, estoy confundido con lo de ahí y lo de aquí, y estas cosas me preocupan hasta el extremo de anonadar mi razón: este estado me tiene perplejo, indeciso y asombrado; por eso por más que quiera, sereno y valeroso, penetrar en estas inmensas regiones, no me atrevo porque el infinito me espanta.

Estudiad el espiritismo, si queréis ser más afortunados que yo. Yo, amigos míos, no anduve muy acertado en la dirección de mis estudios, y me apesadumbra el haber invertido el tiempo llenándome de falsas creencias y de preocupaciones sin cuento. La verdad es para vosotros; yo solamente la he entrevisto y con esto solo toco su bienhechora influencia.

Médium J. P.

Dinos lo que creas conveniente a nuestra instrucción acerca del mundo de los espíritus.

«Muy pocas palabras os diré. Todo sería extraño para vosotros. Por más esfuerzos que hicieseis por comprender nuestra existencia en el espacio, no alcanzaríais a tener una idea clara de la verdad, ni aun aproximaros a ella remotamente.

Los espíritus nos columpiamos en este inmenso vacío, y cada cual refleja el grado de la jerarquía a que pertenece, según el adelanto moral que haya conseguido. La simpatía juega aquí un gran papel; así como entre vosotros ese mismo sentimiento afectuoso es la llave del amor y de la amistad. Espíritus felices encuentran su amor y su felicidad en otros que a su vez sienten esos mismos goces e idénticas impresiones. Espíritus desgraciados que recorren tristes y abatidos este recinto de grandeza, confúndanse con los propios que se hallan tan abatidos y apesadumbrado como ellos. Esta variedad tan armoniosa que revela el orden y la previsión más admirables, hace que cada cual sintiendo sus alegrías y sus pesares, sean los unos para los otros palancas con que se ayudan recíprocamente, bien con la caridad o con el consejo y la instrucción, para consolidar la gran obra, esto es, el perfeccionamiento de todos; átomos del gran edificio que aparecen desagregados, porque así le plugo a la Omnipotencia divina en sus misteriosos designios.

No es fácil, amigos míos, que os pueda dar una idea detallada de lo que es este mundo, nuestra espiritual mansión; ni deciros cuanto encierra, cuanto contiene, y los fines a que están llamados los buenos, los malos, los ignorantes, los indolentes y todos.

Vosotros, que algo habéis leído del libro, por nosotros revelado, del gran propagador Allan Kardec, habéis llegado a comprender los rudimentos, nada más que los rudimentos, de esa ciencia filosófica, porque no os es permitido saber ni averiguar más, ahora. A medida que trascurra el tiempo y los hombres se hallen más dispuestos a recibir las instrucciones de los espíritus, iréis conociendo la sublimidad de este mundo que a vosotros se os oculta con el velo de la materia.

Solo os diré algo que lo que más os puede interesar es, que el espíritu a su llegada a este mundo, la primera impresión que recibe es el reflejo de todo su pasado, que se graba en su ser con caracteres indelebles. Sus obras, sus acciones, sus faltas, sus culpas, todo, en fin, lo ve como reflejado en un espejo, y entonces es cuando se encuentra cara a cara con su conciencia, ese juez severo que no tiene ninguna clase de consideración al culpable.

LA GUERRA

(Barcelona agosto de 1870*)*

La guerra baña en sangre las comarcas de la Francia. Vosotros, hombres de corazón generoso, lloráis amargamente sobre tales y tan grandes infortunios. Llorad sí, tenéis razón de sobra para verter abundantes lágrimas. Más recordad que el llanto irreflexivo es pecaminoso e inútil. Llorad, pero en medio de vuestras aflicciones, reflexionad que nada es superabundante en el vasto plan de la creación. La divina, y por divina, absoluta sabiduría preside a todos, a todos los acontecimientos que en los mundos se realizan. El azote de la guerra tiene su objeto. Su objeto es la trasformación de la humanidad. Espíritus que marchan en tropel hacia la vida errática; Espíritus que una vez allí, meditarán sobre la vida anterior, y arrepentidos de sus faltas, pedirán nueva encarnación para rehabilitarse en la vida corporal; he aquí el contingente material de la guerra. Y observad que en lo moral, también tiene

su fin la guerra. «Siendo derrotado aprenderé a vencer,» decía Pedro el grande de Rusia. Desangrándose en las guerras, arruinándose en los combates, aprenderán las naciones a detestar los campos de batalla. Esto es duro y triste, pero es meritorio y necesario. Meritorio, porque así la experiencia, la ciencia, es producto del trabajo propio, y el bien resultado del consentimiento libre y espontáneo. Necesario; porque el Padre que ha puesto al alcance del hombre todos los medios de progreso, no puede en justicia cohibirle a que desista del de la guerra, cuando a éste se inclina. ¡Solidaridad maravillosa! La paz, la armonía, naciendo de la discordia, de la guerra. Cada nueva guerra es un paso más hacia la paz. Sin saberlo y acaso sin quererlo, los perturbadores del orden, conspiran por establecer la buena inteligencia. Éste es el principio de su castigo.

Augusto.

VARIEDADES

LA NOCHE

Los vientos caen, las selvas callan,
Las claras fuentes cantando van;
Los resplandores del sol batallan
Con las tinieblas en vano afán.

La negra noche sus alas tiende
De las estrellas al resplandor,
Y el alto bosque pausado hiende
El dulce canto del ruiseñor.

Ésta es la hora: los serafines
Bajan al mundo, vuelan do quier,
Y en los desiertos y en los festines
Hallan suspiros que recoger.

Esta es la hora; Dios se levanta,
Deja su bella sacra mansión;
Tiende a los mundos su mano santa
Y les envía su bendición.

Genio sublime que el alma mía
Bajo tus alas quieres guardar
Acude al arpa de mi agonía
Que entre tus brazos quiero llorar.

En este mundo de mi destierro
Miro con pena siempre vencer,
El odio armado de duro hierro,
E1 odio, hermano de Lucifer.

En este mundo, fatal guarida
De torvas hienas y oscuridad
Brillar no miro la luz querida,
La luz sagrada, la Libertad.

En este mundo, fatal abismo
De desventura y de dolor,
El genio rudo del egoísmo
Miro remando como Señor.

Los sacerdotes dejan el ara,
Dejan la ofrenda, dejan la Cruz,
Y con el alma, de sangre avara,
Toman la espada y el arcabuz.

Gimen los bosques, gime la choza
Presa del vivo fuego voraz,
Y el fanatismo, que en eso goza,
En sus furores sigue tenaz.

Del bello siglo la faz sagrada
Que como un astro resplandeció,
Impresa lleva la bofetada
Que el vil pasado feroz le dio.

La dulce patria, la patria bella
Que desgarrara todo capuz,
Ya no es antorcha, ya no es estrella,
Ya no es la gloria, ya no es la luz.

Al ronco carro del despotismo
Por los cabellos atada va,
Y abre sus fauces el fiero abismo,
A devorarla dispuesto ya.

Genio sublime que el alma mía
Bajo tus alas quieres guardar,

Líbrame pronto de esta agonía
Porque mi pecho quiere estallar.

Oye propicio mi ardiente ruego
Antes que busque mi perdición
Lanzando al mundo, de rabia ciego,
El gran diluvio del vivo fuego
Que en sí contiene mi maldición.

SALVADOR SELLÉS.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquéllos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles La Revelación hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 43

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos hagan las oportunas reclamaciones de los números; que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 15 DE OCTUBRE DE 1873

LA FE

II

Sin caridad no hay salvación.
Doctrina espírita.

En el artículo anterior[1] hemos demostrado que la fe no puede, no debe ser *conditio sine qua non* de la salvación, porque aquélla, dimanando de la convicción, es racional; sirviéndole de base la instrucción es voluntad, y será por necesidad débil en la gran masa de hombres desprovistos de toda educación, de toda enseñanza. Y como no son posibles privilegios en la eterna justicia y divina bondad, deduciremos, como lógica consecuencia, que al obedecer la inteligencia a la ley de actividad que le fue prescrita, no falta, no peca, no incurre en pena alguna, porque el desarrollo a que aquélla le obliga, viene a constituir su progreso, su adelanto, su perfección, su época más o menos remota, y que todo espíritu ha de cumplir, como la materia obedece también las leyes que le son propias en las infinitas modificaciones, que sin cuento se operan en la misma.

Así, pues, al encabezar el presente artículo con el epígrafe, o más bien con el axioma «Sin caridad no hay salvación» es porque auguramos que le fe nunca se requirió como base de posterior felicidad, y al condensarlo afirmaremos que sin amor, sin caridad, nadie, absolutamente nadie puede gozar de dicha alguna más allá de la muerte.

Creer a ciegas, todos saben, pero saber lo que creen, me parece bastante difícil en la mayoría de los creyentes. Amar, estimar, apreciar, etc., todos saben también, y poco me parece habrá que estudiar, que meditar y discurrir para saber amar y por qué. La sencillísima razón de que todos

[1] Véase el núm. 41

somos hijos de Dios y por consiguiente hermanos, ha de convencer a cualquiera aunque por desgracia falte la práctica, que vendrá irremisiblemente porque la perfección ha de realizarse.

No sucede así en la creencia en que la razón juega un gran papel, no amoldándose con facilidad a la idea que cualquiera desee inculcar, ya por no comprender lo que se le explica, ya por lo difícil que es destruir la doctrina o principios en que fundan sus convicciones.

Si el evangelio es, pues, el reflejo de la sublime enseñanza del Crucificado; si la vulgata del padre Scio es la oficial romana, atengámonos a ella para probar que Cristo no afirmó, sin la fe nadie será salvo.

En el evangelio de S. Mateo, cap. XXIII, versículos desde el 31 hasta el 45 se lee que el Hijo del hombre vendrá con toda majestad.....y a los de la derecha les dirá: venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis....., y entonces dirá también a los de la izquierda: apartaos de mí malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedasteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Premia a los primeros porque ejercieron la caridad; condena a los segundos porque no amaron al prójimo. Ni a aquéllos ni a éstos les exige fe ni a unos ni a otros, les dice por qué no creísteis, por qué negasteis; por haber dudado, por usar de vuestra inteligencia, porque vuestro pensamiento se remontó hasta mí queriendo profundizar *misterios*, os condeno. Sólo exige caridad, amor al prójimo.

¿Se quiere prueba más concluyente de lo que pide el Hijo para el premio o el castigo futuro? Sólo amor se desea. No me socorristeis, no me consolasteis, etc., no ejercisteis la caridad, pues al fuego eterno.

Si algunos versículos están claros como son los citados, porque ni siquiera son susceptibles de interpretación. ¿Y por qué aseguráis que sin la fe nadie puede salvarse, según dice el apóstol, si no es verdad? ¿Por qué os empeñáis en interpretar el evangelio a medida de vuestra enseñanza? ¿Por qué el santo libro de divina moral no ha de ser el afán constante del hombre, llegando hasta prohibir su lectura?

Pero hay más. Los pecadores son y no los santos a quienes he venido a salvar. San Mateo IX, 13. No son los que están sanos si no los enfermos los que necesitan de médico. Id. IX, 12. Porque el Hijo ha venido a salvar lo que se había perdido, así que no es la voluntad de mi Padre que está en los cielos el que perezca uno de estos pequeñitos. Id. XVIII, 11, 14. ¿Y quién está exento de pureza? Nadie, aunque solo hubiera vivido un día en la tierra. Job. XIV, 4, 5.

Los incrédulos, y escépticos, los ateos y materialistas, son los pecadores, según vosotros, y a éstos ha venido a salvar Cristo. Éstos son los enfermos que necesitan de médico. Jesús vino a guiarles, porque se habían perdido. El Mesías vino a curarles.

¿Dónde está aquella afirmación evangélica, sin la fe es imposible salvarse? ¿Vosotros conocéis que no hay otros enfermos, otros pecadores, que los ateos e incrédulos? Los condenáis a otra pena y

Cristo vino a redimirlos, a guiarlos, a sanarlos, a salvarlos. ¿No os parece más útil y conveniente que al interpretar el evangelio nos atengamos al espíritu que vivifica y no a la letra que mata?

Aún continúan los evangelistas. Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres, S. Juan VIII, 32. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Id. VIII, 12. Os enseñará todas las cosas. Id. XIV, 26. Cuando viniere. Aquel espíritu de verdad os enseñará toda la verdad. Id. XVI, 13. Que quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad S. Timoteo. 11,14. Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto. S. Mateo. V, 48.

¿Cómo podremos armonizar las citas anteriores con la conclusión dogmática, sin fe nadie puede salvarse? ¿Cómo conoceremos la verdad sino buscándola en todos los terrenos, desarrollando la inteligencia con el estudio, la observación y la experiencia? ¿Cómo seguiremos la luz del mundo caminando entre las tinieblas de la ignorancia? ¿Y la luz de la vida que otra cosa es sino amor y trabajo? ¿Nos enseñará todas las cosas prohibiéndonos pensar? Y la perfección que se nos indica ¿qué otra cosa puede ser sino la marcha de la humanidad hacia Dios por la ciencia y la caridad?

¿Dios ha dotado al hombre de sensibilidad, inteligencia y voluntad para amoldarlas a reglas y preceptos que no ha prescrito? ¿Se habrá concedido estos preciosos dones para que al tener conciencia de ellos, al apreciarlos en lo que valen, la desesperación sea el término de los mismos? Si la inteligencia de la iglesia romana es libre para remontarse hasta los horizontes del infinito, ¿por qué se prohíbe a los demás? Donde existe la misma causa precisan iguales efectos. La iglesia romana, repito, establece ciertas verdades de un orden que interesan mucho al hombre y no hemos de consignar el por qué y los grados de certeza de las mismas, La ciencia no huye la luz, la luz del mundo no teme la discusión; la verdad brilla más y más cuando más se la analiza. Os aliasteis con la llave de la ciencia, ni entrasteis y habéis prohibido a los que entraban. S. Lucas, XI, pág. 52.

Nos concedéis el uso de nuestras facultades, sí: pero con sujeción a vuestras disposiciones. Queréis que se eleve el sentimiento pero en suntuoso y magnífico edificio adornado de oropel, elevando preces al Altísimo un lenguaje desconocido, previa la correspondiente distracción musical. ¡Y que bien viene aquí como paréntesis el pobre establo de Belén! Queréis que se desarrolle la inteligencia, pero ateniéndonos al índice. Queréis afirmar y robustecer la voluntad, pero con lúgubres exhortaciones reservadas para in artículo mortis.

¿Y no comprendéis que el becerro de oro de Moisés y vuestras adornadas estatuas son idénticas, y que admitiendo a un Dios grande e infinito en atributos y perfecciones, nos hiela el corazón lo pequeño, lo adusto y raquítico de vuestro ídolo, y al humanizarle herís de muerte la idea de lo sublime? ¿No habéis observado que al prohibir la lectura de ciertos libros se acrecienta el deseo, se despierta el afán de conocer los que vedáis, y lo conveniente sería oponer la verdad al error y la doctrina al sofisma? Y si al hombre en su último trance se le anima recordándole que el Padre celestial todo amor, todo bondad, está dispuesto a perdonarnos siempre que en espíritu y en verdad pidamos perdón, y que en época más o menos lejana; por medio de justas reparaciones, llegaremos todos, todos los hijos de Dios a gozar de

la dicha futura, ¿no resultaría lo que vosotros sabéis mejor que yo? Pero guías ciegos que coláis el mosquito y tragáis el camello, que lloráis el Nilo delante de los hombres, San Mateo. XXIII, 13.

De ningún modo puede ser vuestra fe, que siega las fuentes de la actividad humana la fe del evangelio que vivifica la creación que sostiene al incrédulo y hace entrar en duda al ateo. La fe que anatematiza y condena no puede ser la de aquél que hace presente a Pedro, perdonará setenta veces siete. La fe de Roma, no es la de S. Pablo que dice: y si tuviere profecía y supiere todos los misterios y cuánto se puede saber y si tuviere toda la fe que trasporta las montañas y que tuviere caridad nada soy. ¿Es ésa la fe vuestra al asegurar que sin creer, nadie, nadie puede salvarse? Aunque creyese todos los misterios, sin caridad nada hay según S. Pablo. ¿Y por qué vosotros justificáis que el evangelio lo considera absolutamente necesario para la salvación? La fe de la inercia del estacionamiento, de la indiferencia, no puede ser la que se requiere para la perfección. Y la que conduzca el progreso, único modo de perfeccionarnos, de conocer la verdad, no es la fe del evangelio que quiere siga la luz del mundo para no caminar a oscuras.

Probado queda según el evangelio, que el Hijo del hombre sólo exige para premiar, la caridad, y condena a los que no la ejercieron. Tuve hambre y no me disteis de comer, es decir; no amasteis al prójimo y por tanto apartaos de mí malditos. Vosotros que me cubristeis, consolasteis, venid a gozar.

No examina si dudaron del Padre o del Hijo; si les negaron. Nada de esto, porque jamás dijo una palabra en su predicación sobre sujeciones, dudas o creencias. Inculcó el amor, dio constante ejemplo de caridad; enseñó el único mandamiento, que era la ley y los profetas, amad a Dios sobre todo y al prójimo como a vosotros mismos. Cristo espíritu no quiso detener el progreso dictando reglas al pensamiento: Jesús no prescribió preceptos a la inteligencia para imposibilitar el conocimiento de la verdad: el Mesías no varió ni interrumpió una de las leyes del espíritu, la actividad: Mi Padre obra sin cesar, dice el Nazareno, ¿y Dios inmaterial, que es la actividad eterna en el tiempo y en el espacio, queréis que en vuestro nombre limite la actividad que nos concedió para nuestro perfeccionamiento? ¿Recordáis el dicho vulgar de que el pensamiento, jamás para? Él solo debe probaros la impotencia de cuantos esfuerzos tengan por objeto contener nuestro espíritu dentro de límites ficticios e imaginarios.

El mismo Cristo nos indica el camino de perfección: y S. Pablo asegura que sin caridad, nada era por más que creyese en todo.

E1 ateo, el materialista, el protestante, etc. y todos los que están fuera de la iglesia romana, como los que viven en su seno, serán premiados según su amor, según su caridad, y castigados por no cumplir con el único mandamiento.

Por último. ¿Hay otra verdad absoluta que Dios? Que la conozcamos se nos dice. ¿Y cómo? Cultivando nuestra inteligencia por medio del estudio con asiduidad y constancia.

¿Hay otra perfección absoluta que Dios? Que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre, se quiere. ¿De qué manera? Procurando en cuanto nos sea posible conocerle e imitarle, y puesto que es infinito, nos prodigó un puro destello de perfección en el que murió en la cruz.

Ésta es la fe enseñada, la fe racional, la fe lógica, la fe científica, la fe filosófica porque con ella creemos los hechos o doctrinas atestiguadas por la razón y la experiencia. ¡Hemos de creer en Dios porque sí! ¡Hemos de admitir su existencia, su eterna justicia, su inmensa bondad, su infinita ciencia sin saber por qué! Y al tener conocimiento aproximado de las divinas perfecciones, ¿por qué se han de admitir parcialidades y privilegios en contradicción con su bondad, con su ciencia e inmutabilidad? ¡Porque la iglesia lo propone! Que sus proposiciones no choquen con la razón, ni con la ciencia, y admitidas desde luego, ¿cómo se ha de convenir, por ejemplo, que Dios se apiada por dinero de las almas que están en el purgatorio, cuando esto riñe desesperadamente con el sentido común?

El espiritismo que establece como principio que la fe ha de ser racional, cree en Dios y no teme averiguar por qué Él ama y por qué le ama: se afana por comprenderle, admirando la creación, para estudiar sus efectos y remontarse a las causas, Dios. Y sin miedo a la razón, ni a la ciencia, enseña el verdadero camino que conduce a Dios por el amor y el trabajo; con la profunda convicción de realizar el progreso social, con la sabida fe del evangelio, que trasporta las montañas, y que enseñada por Cristo; nos alienta en este mundo de pruebas. Ésta es la fe viva de que nos habla S. Mateo, que cimentada por la caridad y fomentada por el estudio, nos hará posible descubrir algo de lo culto, restableciendo ciertas cosas.

Ésta es la fe que armoniza el progreso con la conciencia, que afirma y prueba hasta la evidencia que no existe contradicción en lo dicho por Jesús y lo enseñado por las ciencias: esta fe demuestra la pluralidad de existencias del alma para comprender mejor la divina justicia, las reencarnaciones, para explicar el progreso, la perfección del espíritu; y la pluralidad de mundos habitados como complemento de ambas. Verdades todas esparcidas en el evangelio cuando se dice, Elías vino: el que no nace de nuevo no puede entrar en el reino de Dios: en la casa de mi Padre hay varias moradas: conocí a Abraham.

¡Oh! sí: la fe radiante, destello de vivísima luz que colocada encima del candelero, alumbra con sus resplandores hasta la montaña de Sion, permitiéndonos sus refulgentes rayos escudriñar hasta los más recónditos pliegues del código divino, nos muestra el seguro derrotero que por el árido desierto de este planeta hemos de recorrer con ánimo sereno y firme, y seguro paso para llegar al término, de nuestras aspiraciones, progresando siempre y siempre hacia el infinito.

Esta fe comprende y explica aquellas palabras del Maestro «si os diera manjares sólidos no podríais digerirlos.» Estas ideas caben perfectamente en la humanidad que, formando hoy un cuerpo de doctrina filosófica, cobija bajo su lema «sin caridad no hay salvación,» a todos los habitantes de este planeta, desde el uno al otro polo.

FEDERICO CASTELLÓ.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

VI

La Tierra y la Luna

I

Alejándose siempre del centro del sistema que hemos tomado como punto de partida, debemos hablar hoy de la Tierra, después de haberlo hecho de Mercurio y

Venus; y no vendrá mal este descanso en nuestra morada actual, antes de lanzarnos a recorrer los otros mundos que giran fuera de la órbita del que habitamos.

Hemos de considerarle aquí como cuerpo celeste, como planeta del mismo modo que hemos considerado los otros, puesto que, como aquellos, es un individuo de la familia de mundos que compone el sistema solar.

La Tierra está aislada en el espacio como todos los demás planetas; mas esta no viaja solitaria como Mercurio y Venus, sino acompañada de su fiel satélite—la Luna—la cual, describiendo su órbita alrededor de ella, la sigue en la que traza también, a su vez, al rededor del Sol.

Sabido es de todos que la figura de la Tierra, es una esfera un poco aplastada por los polos, y que mientras el hemisferio que mira hacia el Sol está alumbrado por los rayos de éste, el otro está sumido en la oscuridad.

Si nos fuese posible ver nuestro mundo desde el espacio, fuera de los límites de la atmósfera que le envuelve, se nos presentaría bajo la forma de un disco más o menos luminoso—según la distancia que de él nos halláramos—notaríamos en él ciertas manchas oscuras que reconoceríamos después de examinada su figura, ser los mares[(2)]; y destacándose sobre ese fondo veríamos ciertas partes más brillantes, que así mismo reconoceríamos ser los continentes, las nieves y los hielos de los polos. También, y según la posición respectiva del Sol, de la Tierra y en la que nos colocáramos, veríamos que ésta presenta fases semejantes a las que desde aquí vemos en la Luna.

Luego, si nos acercásemos, iría pareciendo menos resplandeciente a nuestros ojos, a la par que el disco crecería en magnitud, y podríamos notar otras manchas, aunque poco sensibles, pero que en vez de permanecer fijas, las veríamos cambiar de forma y aun disolverse; estas manchas no serían otra cosa que las masas de nubes que se forman en la atmósfera.

Desde el espacio, nada veríamos de las ásperas rugosidades de su superficie: las altas montañas y los profundos valles no serían sensibles para nosotros, sólo veríamos una superficie tersa bruñida, como la que observamos en los demás cuerpos celestes. Para demostrar que los más elevados montes de la Tierra no afectan en nada su redondez, es muy común comparar la Tierra con una naranja, suponiendo que los montes y valles son a nuestro mundo, lo que los accidentes que presenta la epidermis de aquella fruta son a ella misma. Esa comparación dista mucho de ser exacta. Reducida la tierra al volumen de una naranja, su superficie se presentaría tan lisa y tan igual, que a simple vista no se alcanzaría ver la menor elevación ni depresión. Júzguese de ello por el siguiente cálculo que tomamos de un autor: Figurémonos que, en vez de los 12.732,814 metros que mide el diámetro terrestre, tuviera sólo un metro de altura. «¿Qué vienen a ser en escala, las irregularidades producidas por los montes y los valles; que viene a ser la elevación de los continentes sobre el nivel de los mares? El cálculo es fácil. El Kunchinjunga y el Gaurisankar, esos picos colosales del Himalaya, las más altas montañas conocidas de nuestro globo, no se elevarían sobre una esfera de ese tamaño más que siete décimos de milímetro; el Mont-Blanc apenas más de un tercio. Las cordilleras de montañas de mediana altura, los valles y las colinas, serían como invisibles, las

[2] Es sabido que los mares cubren las tres cuartas partes de la superficie de la Tierra.

mayores profundidades del Océano no penetrarían en la superficie más allá de un milímetro, y la capa aérea o atmósfera que envuelve el mundo no formaría una capa de 5 milímetros de altura.»

El diámetro de la Tierra hemos dicho que es 12.732,814 metros; su volumen es 1,080.863,240 miriámetros cúbicos, y su superficie mide una extensión de 5,093.142,812 miriámetros cuadrados.

El aplastamiento de los polos si se tiene en cuenta el volumen de la Tierra, es muy poca cosa, sólo es 21,318 metros en cada polo, según puede verse por la medida siguiente que tomamos de un autor moderno:

Radio ecuatorial…….	6.377,398 metros.
Radio polar……..….	6.356,080 ″
Diferencia…	21,318 metros.

De modo que entre el diámetro ecuatorial y el polar, sólo resulta una diferencia de 42,636 metros. En el globo de un metro de diámetro que antes hemos hablado, estaría representado ese aplastamiento por 1 milímetro y 2,3 en cada polo, o sea, un poco más de 3 milímetros entre ambos.

El peso de nuestro esferoide ya lo expresamos al compararlo con el del Sol, es de 5,875.000,000.000,000.000,000 toneladas de mil kilogramos. Creemos inútil decir aquí que este peso se deduce de la densidad de la materia terrestre, cuyo peso específico es 5,48 esto es: un volumen igual de agua destilada y de materia terrestre—término medio—pesa ésta cerca de cinco veces y media más que aquella.

La capa atmosférica que envuelve la Tierra, tiene—según los cálculos más exactos—unos 60 kilómetros de altura, y su peso se ha calculado que es 5,263.000.000.000.000 lo que no llega aún a ser la millonésima parte del peso de la Tierra.

Colosales son los guarismos que acabamos de apuntar pero ya hemos visto cuan insignificantes han sido, al compararlos con los que resultan del volumen y del peso del Sol; y veremos luego que nuestro mundo es aún uno de los hijos menores de la familia de mundos que componen nuestro sistema planetario.

La distancia de la Tierra al Sol es 38.230.000 leguas de 4 kilómetros, y el movimiento de revolución sideral de este planeta, se verificó en 365 días, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 75 céntimos de segundo. El espacio que recorre la inmensa mole terrestre en ese movimiento, es de 30,550 metros por segundo, esto es, cerca de 8 leguas.

La órbita terrestre no es precisamente circular, y si bien su excentricidad no es muy notable, hace no obstante, que no se halle siempre la Tierra a la misma distancia del Sol. Cuando está más alejada de él—o sea en su afelio—se halla a 38.900.000 leguas, y cuando está más cerca—o en su perihelio—a 37.600,000 leguas. Haremos notar de paso que no coincide el perihelio con las estaciones calurosas de nuestro hemisferio boreal; muy al contrario, puesto que el perihelio tiene lugar a últimos de Diciembre, algunos días después del solsticio de invierno; y el afelio en los primeros días de Julio.

«Esta circunstancia prueba, que no es a la disminución de la distancia real del Sol a lo que debe atribuirse el aumento de calor, o más bien de la temperatura de un sitio de la Tierra. Durante la primavera y el verano del hemisferio boreal, el Sol permanece más tiempo sobre el horizonte de un lugar que en el otoño y en el invierno; y la duración del día es tanto más larga que la de la noche, cuanto más se aproxima al solsticio. Ésta es una primera causa de la elevación de la temperatura

durante las estaciones estivales, y la otra, no menos poderosa, proviene de la altura aparente del Sol. El arco diurno descrito por el astro radioso va elevándose a alturas crecientes desde el equinoccio de primavera al solsticio de verano, para volver a pasar en sentido inverso por las mismas posiciones, del solsticio de verano al equinoccio de otoño. Los rayos que envía sobre los diversos puntos del hemisferio boreal, atraviesan la atmósfera menos oblicuamente que en invierno y en otoño, y la intensidad del calor recibido, es tanto más notable, cuanto esa oblicuidad es menor; circunstancia fácil de explicar por ser menor el espesor de las capas atmosféricas atravesadas por esos rayos. Por otra parte, prescindiendo de la atmósfera, la oblicuidad de que hablamos, es ya causa de que el calor recibido por una misma porción de la superficie terrestre sea menos considerable.

«La explicación precedente se aplica al hemisferio austral durante las estaciones de otoño e invierno, que son para él la primavera y verano; y como además el Sol está a menor distancia de la Tierra, la intensidad del calor es mayor, así como en las estaciones invernales del mismo hemisferio, el frío debe ser más intenso. Por último, esas desigualdades se compensan, y las temperaturas medias del año son casi los mismos al Norte y al Sur del Ecuador.»[3]

No entraremos aquí en consideraciones sobre las causas que modifican en varios puntos las que enumera el autor que acabamos de citar—causas que son puramente astronómicas—por creer que no es éste su lugar; así como tampoco hablaremos de la diferencia de temperatura en las diferentes zonas del globo, cuyos climas son tan opuestos como saben nuestros lectores. Solo añadiremos que en la zona tórrida, que comprende ambos hemisferios hasta los trópicos y especialmente en su centro o sea la línea equinoccial, el Sol se halla en el zenit dos veces al año, que en las zonas templadas, o sea desde cada trópico respectivo hasta 66 grados de latitud no se eleva nunca al zenit, sirio que sus rayos hieren más oblicuamente estos países; y por último, en las zonas circumpolares o glaciales, el astro del día llega a bajar hasta el horizonte, y aún desaparece por debajo de él durante un espacio de tiempo que varía entre un día y seis meses.

El movimiento de rotación sobre su eje, lo verifica la Tierra en 23 horas, 56 minutos, 4 segundos.

Este movimiento no es tan rápido como el de revolución de que ya hemos hablado y ofrece además otra particularidad, y es que por razón de la forma esferoidal de la Tierra, no todas sus partes recorren el mismo espacio en un tiempo dado.

Procuremos explicar este hecho del modo más breve que nos sea posible.

En el punto matemático de ambos polos hay inmovilidad, puesto que es el punto céntrico del eje de rotación, pero avanzando hacia el ecuador, va creciendo gradualmente la velocidad, hasta llegar a él. Girando la Tierra sobre su eje, el círculo que en veinte y cuatro horas describe un punto cualquiera, por ejemplo, el Espizberg, grupo de islas desiertas del mar glacial, nunca será tan grande como el que describe Islandia que está situada más al Sur; el de ésta como el de Inglaterra que lo está más, el de Inglaterra como el de España, y el de España como el de la isla Sumatra que está en la línea equinoccial. Siendo pues, estos círculos diferentes entre sí y todos trazados en el mismo tiempo, naturalmente que las velocidades

[3] A. Guillemin. *Le Ciel*.

reales deben ser diferentes. De los cálculos verificados resulta que Reikjawitz, capital de Islandia, recorre 202 metros por segundo o sea 727 kilómetros por hora; París 305 metros por segundo—727 kilómetros por hora— Quito (en el Ecuador) 464 metros por segundo, o sea asimismo, 1,6700 kilómetros por hora.

El eje de rotación de la Tierra está inclinado sobre el plano de su órbita 23 grados, 37 minutos; de no existir esa inclinación, nuestro mundo sería casi un paraíso, físicamente considerado. Los días serían constantemente iguales a las noches, no conoceríamos ora el sofocante calor del verano, luego el helado soplo del invierno; una temperatura invariable reinaría todo el año en una misma zona y los amantes del calor podrían pasar su vida en un país próximo al Ecuador, así como los que prefieren un clima frío, no tendrían más que correrse hacia los polos para gozar constantemente de su temperatura favorita. Pero no es así, y hemos de conformarnos con él tal como está, ya que por nuestras culpas merecemos habitar este mundo y no otro más favorecido.

La historia de nuestro globo, se ha ido conociendo a medida que las ciencias han progresado, hoy, sin que pueda asegurarse que se conoce perfectamente, puede no obstante decirse que merced a los datos que la observación presenta y la ciencia estudia, se va formando con bastante exactitud. Todo induce a creer que la materia que compone la Tierra fue en el principio gaseosa; luego, con el trascurso de los siglos, se fue condensando, llegando al estado líquido, pastoso después, y poco a poco se ha ido solidificando. La corteza sólida de nuestro mundo es muy delgada todavía con relación a él, y con razón ha dicho un autor, que «nuestro globo es una bomba cargada de fuego líquido.»

Tanto en las minas muy profundas como en otras perforaciones que la mano del hombre ha practicado en el suelo del planeta, se ha notado que el calor interior aumenta un grado por cada 25 o 30 metros de profundidad. Partiendo, pues, de este dato—comprobado en diversas observaciones—resulta, que siguiendo el calor aumentando en esa progresión; a la profundidad de 66.000 metros—que no es más que la centésima parte de radio terrestre—la temperatura sería de 2,000 grados; temperatura en que aun los cuerpos minerales más refractarios al calor no podrían existir en estado sólido. Por otra parte, los volcanes son una manifestación evidente de la existencia del fuego central; y el número de éstos ha ido disminuyendo con el tiempo, pues siendo más delgada la corteza en las primeras épocas geológicas y de consiguiente más intenso el calor interior, necesitaba éste mayor número de válvulas por donde se escapara la exuberancia de gases que hubieran podido hacer estallar el globo.

Las trasformaciones que desde su origen ha sufrido la Tierra—o por lo menos las que la ciencia ha podido apreciar hasta ahora—creemos que estaría fuera de su lugar, si aquí las expusiéramos, siquiera fuese sucintamente, por lo que nos abstenemos de hacerlo en este artículo: así pues, pasaremos desde luego a hacer una visita a nuestro satélite la Luna.

LUIS DE LA VEGA.

Se continuará.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium J. P.

¿Qué atractivos tiene todavía para ti la tierra? ¿Qué impresiones recibiste a tu llegada al mundo de los Espíritus?

«Ahí, francamente, nada me queda que pueda interesarme; pero me ocupo en prestar mis cuidados e inspiraciones a los hombres que se desvían, para sacarles de aquella senda de perdición y guiarles a feliz puerto. Lo que a vosotros, mayormente, os interesa, es prepararos en ese mundo de prueba y expiación, para no tener nada que sufrir aquí. No podéis tener, ni remotamente una pequeña idea de lo que aquí se sufre. ¡Cuántos infelices no supieron cumplir la misión que se les tenía encomendada, y una vez dejada la materia necesitan ayuda, protección y muchos consuelos, para soportar con resignación las penas a que se hicieron acreedores! Yo he pasado por esta amarga situación, y Dios ha usado mucha clemencia para conmigo.

Contestando ahora a vuestra segunda pregunta, os diré que el horror me embargaba de tal manera, que no podía explicarme claramente cuanto a mi alrededor pasaba; pero libre ya de aquella turbación atormentadora, mi conciencia me acusó de algunas faltas cometidas en mi postrera existencia, y entonces sufrí porque consideraba que estuvo en mi mano haberlas evitado y no lo hice.

Amigos míos, procurad venir aquí limpios de toda culpa y vuestra dicha será inmensa.

Médium J. P.

¿Si eres un espíritu en sufrimiento, dinos las causas que han motivado tu triste estado?

Lo soy efectivamente y no hallo consuelo en el espacio ni en la erraticidad; tengo merecido cuanto me pasa, porque olvidé a mis padres y les dejé sumergidos en el mayor abandono y desesperación. La causa fue una mujer que me sedujo; una mujer que fingiéndome un amor que no sentía, me trastornó los sentidos, y, loco por ella, la seguí por todas partes, hasta que, cansado de una vida que había consumido mis pocos ahorros, y desengañado por ella misma, me retiré maldiciendo mi existencia.

Mientras tanto, mis pobres y ancianos padres que todo lo esperaban de mí, al verse abandonados y faltos de lo necesario para la vida, se vieron precisados, como mis dos hermanas menores a mendigar, entre las almas caritativas, un pedazo de pan.

Graves fueron mis faltas que me hacen sentir un peso abrumador que me roba el sosiego y la tranquilidad. En ninguna parte me siento bien, y de todos huyo para que nadie entrevea el delito que cometí; pero es en vano, porque se trasluce en mi mirada, se lee en mi semblante sombrío, y soy el blanco de los espíritus superiores que me compadecen. Algunos me reaniman con sus consejos y con la esperanza que saben infiltrar en mi corazón espiritual; pero yo me siento desfallecer, pues no veo medio alguno de reparar la falta. No hay compensación alguna del mal que

cause a mis pobres padres, que tanto se desvelaron por mí, durante mi vida corporal, que me alimentaron con el sudor de su frente, siendo el objeto preferente de sus solícitos y paternales cuidados.

N. AGUIRRE.

LA SOBRIEDAD

Esta preciosa virtud es la amiga de la naturaleza, hija de la razón, hermana del bienestar y compañera de una vida templada, modesta, noble, arreglada y limpia en todas sus obras. Es cual raíz de la vida, de la salud, de la alegría, del acierto, de la ciencia, y de todas las acciones dignas de un alma bien nacida. La favorecen las leyes humanas; ante ella huyen como nubes que el sol disipa, los desarreglos y peligros que éstos ocasionan... Es, en fin, la amable y benévola guardiana de la vida lo mismo del rico que del pobre: enseña al rico la modestia, al pobre el ahorro, al joven la firme y segura esperanza de larga vida y al anciano de resguardarse de una muerte triste. La sobriedad purifica los sentidos, aviva la inteligencia, alegra la imaginación y conserva fiel la memoria. El alma, desprendida casi de su peso terrestre, goza de mayor dosis de libertad.

Médium L. Mestre.

¿Queréis ser espiritistas? Sed buenos.

¿Queréis ser buenos? Amad a Dios.

¿Queréis amar a Dios? Estimad a vuestros hermanos.

¿Queréis que vuestro espíritu alimente estos principios?

Obrad conforme os ordena la doctrina que profesáis.

¿Cómo se alcanza? con el estudio, la perseverancia, la consecuencia y la firmeza en deponer los vicios que pugnan siempre para destruir los impulsos de la conciencia, y perturbar las concepciones de vuestro ser.

Practicad la caridad, vivid por ella y para ella, embelleced vuestra alma en los brillantes matices, en los destellos de radiante luz que ella exhala; bella flor de infinitos aromas, como infinita es su procedencia, aspirad con afán su fragancia dulce, suave y benéfica; bebed de su cáliz, el néctar purísimo que destila y que tanto fortalece, purifica y sostiene esa abnegación que debe poseer todo el que de espiritista se precia.

Seguid mi consejo y seguro que jamás el arrepentimiento vendrá a perturbar la tranquilidad de vuestra conciencia.

Sed caritativos y seréis espiritistas, sed cariñosos y seréis buenos, vivid para vuestros semejantes y amaréis a Dios, amad a Dios y estaréis dentro de la verdadera doctrina revelada.

Médium A. Lauri.

¡Cómo fulguran miles de mundos en el éter suavísimo! ¡Cómo, con una majestad que encanta, están unidos en el universo, el amor y la armonía! ¡Cómo el Éter sembrado de planetas parece un manto bordado que se extiende al finito y abriga en su seno la castidad y la hermosura! Yo veo todas estas bellezas y me aflijo. ¿Seré solo el castigado a no gozar tanta grandeza y tanta majestad? Yo, amigos míos, fui un hombre que figura en vuestra historia contemporánea, como un genio, y sin embargo fui muy ignorante; porque no pude encontrar la virtud al lado de la ciencia que cultivé. ¿Deseáis ser seres angélicos y pu-

ros; gozar de la bienaventuranza del Todo Poderoso y no padecer tras la tumba? Procurad, ser sabios, pero para encontrar tras la ciencia la virtud y el bien. Así os lo desea un espíritu que padece. Soy

S.R.

BARCELONA 21 DE MARZO DE 1867

Médium M.A.D.

EL DESPERTAR DEL ALMA

Hermanos de todos los países: acaba de oírse, el fuerte grito de la restauración y de la libertad de la conciencia.

Un acto de tanta importancia como el que reunió al mundo pensador hace diez y ocho siglos, se renueva con esplendor en vuestros días. Este acto iluminará a todas las clases de la humanidad sin distinción de casta, secta ni partido. Este es el llamamiento hecho por Dios a sus hijos: Vosotros, Espiritistas, lo habéis reconocido: ¡Es el despertar del alma! ¡Supremo llamamiento que ha de arrancarla de su profundo letargo! ¡Momento supremo que decidirá su porvenir eterno!

El Espiritismo debe dar al Espíritu la fuerza que necesitará muy pronto para su adelantamiento, haciéndola vigorosa; el alimento espiritual que recibirá está más en relación con su edad: será el bautismo de la difusión del Espíritu Santo que se derramará por toda carne como está anunciado.

Si, el Reino del Espíritu se injertará definitivamente en la humanidad; su imperio se hará muy poderoso, así como tuvo su época de abatimiento y debilidad.

Este momento libertador fue profetizado por el Hombre-Amor, Jesús, no podéis pues dudar de su palabra.

En efecto, el lenguaje de este Divino Legislador ya no puede ser desconocido en adelante: Él es quien, como padre vigilante y cuidadoso, hace adelantar al mundo; Él es el que da ánimo, el que inspira, el que inflama por todas partes el progreso; Él es el que, bajo todas las formas, favorece a la industria, a las artes, a los filósofos; Él es el que conduce su obra por la inspiración; Él es el que debe visitarnos, inducirnos al bien y transformarnos para presentarnos regenerados al Criador que le confió nuestra salvación.

Preparaos, pues, hermanos míos para recibir esta ilustre visita; preparad vuestros corazones y vuestras conciencias, haced que sea el santuario digno del que viene a salvaros por la gracia y la redención, dotándoos del insigne favor de la *mediumnidad* y a haceros verdaderos ciudadanos del Universo y de Dios.

Los hechos van a reproducirse por todas partes para llamar la atención de los incrédulos: los enviados del Altísimo han empezado ya la obra toda, bajo la envoltura de la reencarnación y en todas partes causarán admiración a los hombres, por sus aptitudes espirituales.

¡Oh! no os hagáis sordos a la voz del arrepentimiento; recogeos, meditad y estad seguros de que e1 Espíritu de Verdad, el Espíritu de la Revelación os santificará.

Ánimo, hermanos, pero prudencia, vuestros enemigos son gran número y poderosos; pero del mismo modo que fueron preservados los hijos de Israel, así lo seréis vosotros, Espiritistas sinceros, animosos y adictos: Vosotros seréis señalados por el dedo de Dios que os librará de toda desgracia.

Esperad con calma los acontecimientos; rogad sin cesar para que se cumplan los designios de Dios; procurad sin cesar me-

recer también su protección, porque se preparan grandes cosas; proclamad siempre con entusiasmo y por todas partes su grandeza, su justicia y su amor.

Que la paz del corazón y del alma sea con vosotros, hermanos míos muy amados.

SAN LUIS, *Rey de Francia*.

En país de ciegos, a los tuertos les ahorcan.

(París 15 de Enero de 1870)

Viviendo yo en mi cuerpo terrestre, tuve muchas veces el deseo de añadir algunas reflexiones a una novela semifantástica que leí en un diario, hace poco más o menos 45 años, y que tenía por título: *En país de ciegos, a los tuertos...les ahorcan*. Parece estar escrita en nuestra época tan cierto es que la verdad es de todos los tiempos. He aquí el asunto cuanto puedo recordar, porque me acuerdo más de la idea que de las palabras.

Dos amigos, deseando hacer una excursión aerostática, se pusieron en un globo; arrebatados más lejos de lo que deseaban, uno de ellos que no quería andar errante más tiempo, se hizo descender en un sitio cualquiera; el otro siguió su excursión a merced del viento que le trasporto a una isla desconocida del gran Océano. Descendiendo, el globo chocó con árboles, y cayendo nuestro viajero aéreo se estropeó un ojo. Hele aquí tuerto…

Con el ruido de su caída y sus gritos pidiendo auxilio, acudió y le rodeo una turba de hombres, niños y mujeres; le tocan, le palpan de pies a cabeza, sin mirarle, como para recocer su persona. Admirado de este singular modo de acercarse a los extranjeros, nuestro viajero los examinó más atentamente; vio entonces que tenía que habérselas con ciegos.

¿Quién sois y de dónde venís, le preguntó uno de ellos, porque vuestro acento y vuestro traje nos indican que sois extranjero? Efectivamente, dijo, vengo de muy lejos; mí país se llama Francia, ¿le conocéis?—No. Debe ser ese un país muy atrasado, muy bárbaro, porque jamás hemos oído hablar de él.

Nuestro viajero entonces detalló las costumbres, los usos y hábitos de su país nativo. Encomió los progresos obtenidos en las ciencias y en la industria, y en particular los nuevos descubrimientos astronómicos, meteorológicos aerostáticos, y contó por fin el incidente que había dado término a su viaje a la isla.

Mientras no se trataba más que de obras manuales, mecánicas, nuestros ciegos, aunque admirándose sobre la extrañeza de la relación que se les hacía y de cuya veracidad no podían cerciorarse, sólo manifestaban su incredulidad por sus gestos y actitudes. Pero luego que el desgraciado aeronauta habló imprudentemente de las artes, la pintura; luego que quiso hablar de luz, de colores y de óptica, principiaron los murmullos, hasta el punto que ya no pudo hacerse escuchar. Era un loco, un insensato, decían unos; un embustero, decían otros. ¿Quién jamás oyó hablar de luz, de colores y otras tonterías? ¿Qué quería decir ese desconocido cuando aseguraba haber visto todas esas maravillas? ¿Qué es eso de ver? Se conoce la forma de los objetos al tocarlos; se sabe que seres animados se acercan por el ruido que hacen al andar, se les reconoce por el sonido de su voz: ¿pero cómo podría vérseles? El que propagaba tales doctrinas no podía ser más que un loco o un embustero. En todo caso, era un hombre peligro-

so del cual era necesario deshacerse cuanto antes. Y he aquí como nuestro viajero hecho tuerto por su malhadada caída, fue ahorcado por haber querido hablar de colores a ciegos, y no fue coronado rey, según dice el adagio vulgar.

¿Y no conocemos en nuestros días la profunda verdad que entraña esta aparente ficción? En cada página de la historia vemos a tuertos atormentados, perseguidos por haber querido ilustrar a ciegos. ¡Era un tuerto hablando a ciegos Sócrates enseñando la inmortalidad a los griegos, y todos los grandes hombres de la antigüedad muriendo por las verdades que habían descubierto! ¡Y Cristo crucificado! ¡y los Juan Huss, los Kepler, los Galileo, los Salomón de Caus; tuertos que intentaron vanamente durante su vida iluminar a los espíritus ciegos de sus contemporáneos y que sólo lograron que vislumbrasen algo después de haber regado con su sangre y pagado con su vida los beneficios de que dotaban a la humanidad!

Hoy ya no se ahorca, ya no se atormenta físicamente a los tuertos; se respeta su vida, pero se ridiculizan sus trabajos. Se ríen de los inventores; se burlan de los filósofos; son tuertos todos a quienes hay que ahorcar, ¡tuertos son los magnetizadores y los sonámbulos! ¡Tuertos los espiritistas!

¡Burlaos, señores sabios, burlaos incrédulos escépticos, materialistas testarudos!—La crítica es fácil sobre todo cuando no va acompañada ni de estudios concienzudos ni de refutaciones inatacables.

Las críticas son estériles..., así es que muy pronto se olvidan para siempre mientras que las obras de los tuertos subsisten, como antorchas resplandecientes para alumbrar a las generaciones futuras curadas, por fin, de su ceguera secular.

¡Espiritistas, todavía sois hoy los tuertos en medio de los ciegos! No os admiréis pues, si excitáis la incredulidad de los unos y las persecuciones morales de los otros. Dejad al tiempo hacer su obra, y sin preocuparos de un presente pasajero; esperad del porvenir la consagración de los principios que os han sido enseñados.

ALLAN KARDEC.

VARIEDADES

LA FE DE UN LOCO

Falto de ingenio y de saber escaso,
Sin grandes facultades con que pueda
A Ercilla comprender y a Garcilaso
Y a Moratín y a Byron y a Espronceda;
Sin numen que me inspire y al acaso,
Loco buscando quien por mi interceda,
Cedo al impulso de mi fantasía,
Y me engolfo en el mar de la poesía.

Genios ilustres que a las musas disteis
Tantos honores y laureles tantos,
Y en armónicos versos difundisteis
La luz de la verdad en vuestros cantos;
Ya que tan buenos y tan sabios fuisteis,
Y que el mundo os venera como santos,
A inspirarme venid, que yo os invoco,
Sin vos nada podré, pues valgo poco.

¡Ay! si de Apolo la sonante lira.
Como Dante u Homero, yo pulsara,
Y el ángel bueno que en mi torno gira,
Su protección me diera y me amparara
Y el sacro numen, que el saber inspira,
En torrentes de luz me iluminara,
Cual águila surcara, en raudos vuelos,
El piélago insondable de los cielos.

Y así impulsado del afán que siento
De arrancar el secreto a la natura,
Y el velo desgarrar a tanto cuento
Que registra la Historia, en su escritura,
Escollos do se pierde el pensamiento,
Entre dudas y sombra y conjetura,
Más de un misterio ¡ay! Aclararía,

Y el hombre entonces la verdad sabría;

Es preciso romper son el pasado,
El error combatir y la impostura,
El hoy mata al ayer, está probado,
El bien existe siempre, el mal no dura,
El esclavo infeliz, ya emancipado,
Acaba de romper su ligadura,
¡Todo en el mundo, sin cesar camina
Que es la ley del progreso ley divina!

Nada hay injusto, todo en si obedece
A un fin providencial, que el hombre ignora,
Todo se agita y adelanta y crece
Y progresa y se depura y se mejora;
Y es ley universal que favorece
A quien grandes virtudes atesora,
¡Infeliz quien, osado, la combata
No sabe, necio, que el progreso mata!

Y en tanto que mi alma fatigada
Buscando la verdad, hacia otros mundos
Afanosa dirige su mirada,
Livianas gentes hay, seres inmundos,
Raza despreciable y despreciada,
Que haciendo mis esfuerzos infecundos,
Creen, necios y tercos, que colocan
Tropiezos a mi marcha, y se equivocan.

Pues cual ave marina, en altos mares,
Por vendavales fuertes combatida,
Los peligros no teme y los azares
De la mar procelosa, embravecida,
Y leguas trasponiendo a centenares,
Lucha y alcanza su natal guarida,
Yo, con mi fe inquebrantable y fuerte,
No en vano, he de luchar hasta la muerte.

Que hoy por fortuna es libre el pensamiento,
Y libre e independiente es la conciencia;
Murió la inquisición, murió el tormento
A los golpes certeros de la ciencia,
De Gutenberg divino el gran invento
Por doquier ha llevado la evidencia;
Ya no hay llamas, cadalsos ni prisiones,
Hoy se vence el error, con las razones.

¿Y qué me importa que me llame loco
Iluso o visionario, el vulgo necio?
¿Ni que ría, zahiera y poco a poco
El sarcasmo me lance y el desprecio?
Cosas más graves hay que yo no toco,
Pues no quiero en verdad hablar muy recio;
Dejemos que se burlen y que digan,
Que se mofen, calumnien y persigan.

Que al través de tan loca algarabía,
Tranquila disipando los errores,
Cual Sol la noche transformando en día,
Esparce la verdad sus resplandores,
Destellos son de luz y de armonía
Que derrama el Señor de los señores,
Siempre guiando hacia el buen camino,
Con su amor paternal, al peregrino.

Y el hombre en tanto ciego y obcecado.
Refractario a la luz que le ilumina
Por obscuros senderos desviado,
Con paso incierto y al azar camina.
Ni aún se acuerda de Dios, y hasta ha olvidado
Preceptos sanos de su ley divina
¡Insensatos! ¿qué hacéis? Huid del abismo,
¿La voz santa no oís del cristianismo?

Voz que es también la voz de la conciencia,
Voz, que el poder de la soberbia acalla,
Y lleva al corazón falsa creencia
Que al hombre le pervierte y le avasalla;
Voz, acento sublime de la ciencia
Que sirve nuestra fe de antemuralla;
Voz, cuyos dulces ecos aspiramos
Cuando a Dios en espíritu adoramos.

No os canséis vocingleros parladores,
Pues si loco llamáis al que procura
Sin tregua, combatir vuestros errores,
Contentísimo estoy con mi locura;
Vos, en cambio, sembrasteis, entre horrores,
Las lágrimas, el luto y la amargura;
Y, ebrios, locos, vertisteis a torrentes
La sangre de millares de inocentes.

¡Persecución! Tú eres el bautismo
De toda idea nueva, grande y justa,
Tú azotaste, un día, al Cristianismo,
Y creció más y alzó su frente adusta;
Hoy quieres sumergir en el abismo
Nueva idea que nace más robusta,
¿Qué pretendes al fin sino consigues
Matar aquello mismo que persigues?

Cadalsos afrentosos devorando
Tanta victima ilustre de una idea,
El suelo por doquier ensangrentando,
Y al rojo resplandor de negra tea,
Sombras vagan siniestras murmurando,
¡Huye persecución, nadie te vea,
Huye y esconde tu poder ya inerte,
En los antros profundos de la muerte!

¡Oh Dios todo bondad y Omnipotente,
Fuente de amor y dichas inefables,

Que los mundos gobiernan sabiamente,
Por leyes siempre eternas e inmutables,
Y ocultas en tu seno preexistente
Secretos, para el hombre, impenetrables,
Piedad señor y compasión os pido
Para tanto verdugo empedernido!

MANUEL AUSO.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21, DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 44

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 30 DE OCTUBRE DE 1873

LA MEJOR PREDICACIÓN

IV

Todo cuanto se realiza en el mundo, cuantos hechos registra la mano del tiempo en los fastos de la historia, cuantos acontecimientos se precipitan sobre la conciencia para perturbarla y acongojarla más o menos profundamente, todo, absolutamente todo, se cumple obedeciendo a un principio de estricta justicia, a un fin providencial que el hombre, en la pequeñez de su inteligencia, no puede generalmente comprender. Todo conspira a un fin santo que tiene por objeto el perfeccionamiento de la humanidad, y para que se verifique, todos los sucesos, de cualquier naturaleza que sean, por heterogéneos y contradictorios que parezcan, por extraños e injustificados que se presenten a nuestra limitada comprensión, todos se enlazan para formar una serie indefinida de perfeccionamientos, una cadena ascendente de eslabones infinitos, que la humanidad ha de recorrer, en las sucesivas peregrinaciones de sus existencias materiales, con tanta mayor facilidad y prontitud, cuanto mejor cumpla la ley de amor y caridad, que Dios, en su infinita bondad y misericordia, pone a su disposición, para que camine hacia Él y pueda alcanzar un día la eterna bienaventuranza.

Nada hay, en la vida de las generaciones, bueno o malo, que no tenga su razón de ser. Los adelantos científicos que, dilatando los horizontes del saber, conducen al espíritu humano, paso a paso, al conocimiento de la verdad, los grandes inventos con que se enriquecen las artes y la industria; los acontecimientos políticos, con sus terribles sacudimientos, sus crueles guerras, sus horrorosas hecatombes, sus aparentes iniquidades e injusticias; fo-cos inmundos de ruines pasiones, a donde el egoísmo y la ambición arrastran, en constante y fratricida lucha, a las masas inconscientes que, en la ceguera de su igno-

rancia, corren, presurosas, en pos de un ideal que no comprenden y que solo al genio le es dado vislumbrar: la idea religiosa, ese sentimiento purísimo de nuestro ser, tan esencial y tan íntimamente ligado a su existencia, por la necesidad que tiene nuestra alma de fe y de esperanza, y que le abre las puertas de la virtud para llegar al conocimiento de Dios; esa misma idea, en sus diferentes manifestaciones o sectas, que se odian y se repelen inconsideradamente, y que fueron y son causa de tantas y tan graves perturbaciones, no son otra cosa, visto todo en conjunto, que etapas del progreso indefinido, que ha de cumplirse al fin, necesaria, pero lenta y gradualmente. Diversidad de ideas y de tendencias que agitan a la humanidad, y que, mal de su grado, convergen a un solo punto, a una sola aspiración, a una sola corriente, al Jordán que ha de absorberlas y confundirlas en sus puras y cristalinas aguas, al espiritismo.

Todos esos acontecimientos de la vida humana, tan arbitrariamente y con tanta injusticia apreciados por nuestra pequeña concepción, han tenido su razón de ser y se han cumplido, en su época oportuna, paso a paso, sin dar saltos que los hubieran precipitado, dejando inmensos vacíos que, más tarde, hubieran tenido que llenarse necesariamente. Un acontecimiento cualquiera prepara el advenimiento de otro. Para llegar a la edad de la adolescencia, es preciso haber pasado antes por la de la niñez y la infancia; y para que la planta alcance su período de fructificación, le ha sido preciso recorrer primero todos los actos preliminares, a su germinación y completo desarrollo. Es ley universal a la cual se halla encadenada la creación entera.

Buda, Pitágoras, Confucio, Sócrates y Platón, todos sucesores de Moisés, e infatigables obreros de la idea religiosa, con sus perseverantes trabajos, con sus incesantes predicaciones, desbastan lentamente la rudeza del sentimiento, trasforman las costumbres, modifican y suavizan los caracteres, y preparan el campo, como el labrador sus tierras, para que la semilla de la nueva idea, el germen del bien, rociado con la savia de la más sublime moral, germinara un día y creciera y se desarrollara a través de las generaciones: y esos mismos genios con su poderosa inteligencia y su gran virtud, abrieron las puertas al cristianismo, que más tarde, y por análogos procedimientos, debía preparar el advenimiento del espíritu de verdad, anunciado por el divino maestro: el *espiritismo*.

No se puede, sin menoscabar los más esenciales atributos de la Divinidad, dejar de reconocer en todos los hechos que presenciamos, cualquiera que sea su índole y las consecuencias que produzcan, una gran justicia, emanada de aquel foco de todas las perfecciones que, con su infinito amor para todas sus criaturas, las atrae hacia sí, purificándolas antes en el crisol de los sufrimientos. Ni una injusticia siquiera hemos de ver en ninguno de sus actos, por más que nuestra miopía intelectual no pueda ver con claridad la razón que los justifique.

Calamidades llama el hombre a las revoluciones que, como impetuosas avalanchas, que todo lo arrasan, se precipitan sobre la sociedad, cuyos cimientos socavan: calamidades a las guerras, que hacen correr la sangre humana a torrentes: calamidades a las convulsiones geológicas del planeta que, ora agitan comarcas enteras y derriban como castillos de naipes las más grandes poblaciones; ora, en horribles inundaciones, como parciales diluvios, arrasan las más pintorescas campiñas y barren la superficie del suelo cuya vida arrebatan.

Desgracia llama a la pérdida prematura de un padre, de una esposa, de un hijo: hijo que era la delicia de la casa y la esperanza de la familia; esposa modelo de honradez y de virtud; padre sostén de todos, que dirigía con sus solícitos cuidados y sus amorosos consejos. Desgracia al ser que nace lleno de imperfecciones, ya privado de los más importantes sentidos, ya deforme y obligado a arrastrarse por el suelo, como un reptil; o imbécil, sin que un destello de inteligencia brille un instante en su alma. Desgracia al asesinato, al robo, al incendio, a las más horribles catástrofes, y sin embargo ¡cuán distinto fuera su juicio, si pudiera levantar por un momento el velo que cubre el misterio de aquellos acontecimientos! Entonces vería, de un modo claro y evidente, la razón de ser de aquellos sucesos, su justicia y la causa necesaria e ineludible que los provoca; y lleno de reconocimiento y gratitud, alabaría a la bondad y sabiduría infinitas que, por tan distintos y ocultos medios, contribuye al perfeccionamiento de la humanidad. Cada acontecimiento, por horroroso que nos parezca, es una prueba o una terrible expiación que ha de contribuir a nuestro adelanto, y cuando estos hechos afectan a las grandes colectividades, es para darles una enseñanza provechosa, que sirva de ejemplo a los que han sobrevivido a aquellos cataclismos, y para aleccionar a los que sucumbieron espiando sus faltas presentes, o de anteriores existencias, y cuya verdad han de reconocer, con todos sus detalles, en la vida de ultra-tumba. Entonces es cuando se levanta el velo que ocultaba a los ojos corporales la realidad del pasado, se ve todo bajo su verdadero punto de vista, y arrepentido el espíritu, que se examina así mismo, de cuanto hiciera y practicara, alejado de la ley divina, prepara sus resoluciones para reparar y espiar, en una nueva existencia corporal, que desea y pide de la misericordia infinita, todas aquellas faltas: y cuando Dios, por un acto de su bondad inagotable, le concede aquella gracia, vuelve al mundo terrenal, trayendo intuiciones claras de su pasado, que le guían, como faros luminosos, en su nueva existencia.

Así, y sólo así se explica y se comprende esa desigualdad en las facultades intelectuales y morales que, con sorpresa encontramos en los diferentes individuos, y que a no considerarlos de este modo, tendríamos forzosamente que atribuir a Dios una notable injusticia. Así se comprenden y se explican también, las desigualdades de las fortunas, las aptitudes distintas, la heterogeneidad de caracteres, y explicadas las múltiples imperfecciones del ser encarnado, que son medios, por él mismo elegidos, para desprenderse por la expiación, del peso de gravísimas faltas que en otra existencia cometiera. ¡Justicia divina! exclamaría el hombre si pudiera desgarrar el velo que oculta tantos y tantos misterios puestos fuera del alcance de su razón. ¡Justicia divina que por medios tan variados nos permite reparar nuestras faltas y vernos libres, después de tan penosa peregrinación, del peso abrumador de nuestras culpas! Así nos purificamos, para llegar a la morada del Padre, que no cierra a ninguno de sus hijos las puertas de la dicha, el camino que ha de conducirle, con facilidad, hasta Él.

¡Ay del desgraciado que no sufre con resignación y paciencia las vicisitudes, los quebrantos, las aflicciones y cuantos dolores morales y físicos vengan a atormentarle en su existencia corporal! Éste no es el mundo verdadero del espíritu, tampoco es el mundo de la felicidad y de la dicha, tras la cual corre el hombre, en vano; es mundo de prueba y de expiación. Cada dolor que nos ataca, cada conflicto que viene a

perturbarnos, es un medio poderoso, que, para nuestro adelanto moral, para el perfeccionamiento de nuestro ser, pone en nuestras manos la Providencia; que si los sufrimos sin murmurar y aun alabando y bendiciendo a Dios, se aliviarán los sufrimientos de nuestro espíritu que verá gozoso extenderse y dilatarse los horizontes de su dicha.

Probemos a seguir esta línea de conducta; grabemos estas ideas en nuestra mente; incrustémoslas en las profundidades de nuestro ser; tengamos fe en la Providencia que nos ampara siempre, cuando bien obramos; llevemos al corazón la risueña esperanza de un porvenir venturoso; purifiquémosle con el olvido de las ofensas y el perdón de los enemigos, y obrando así, pronto, muy pronto, aun en medio de nuestras mayores aflicciones y de las más grandes vicisitudes de nuestra vida terrenal, empezaremos a gozar un bienestar, hasta ahora desconocido, una dicha inexplicable que nos aleja, cada día más, de las humanas miserias, y una felicidad indecible, justa y merecida recompensa a nuestro comportamiento.

Admitiendo una sola existencia corporal, nada explicamos.

Aceptando, como verdad inconclusa, la pluralidad de existencias de nuestra alma, los fenómenos todos, del mundo físico y del mundo moral, los comprende y explica nuestra razón.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

VI

La Tierra y la Luna

(Continuación)

II

La abundancia de material y la importancia de éste, nos ha hecho retirar en dos números consecutivos esta sección de la Revista. Reanudémosla hoy y estudiemos el cuerpo celeste que gira más próximo a nosotros, nuestro satélite la Luna.

La constante compañera del planeta que habitamos, describe su órbita alrededor del mismo en 27 días, 7 horas, 43 minutos, 11 segundos, éste es el movimiento de revolución sideral de la Luna; pero como la Tierra trazando también su órbita al rededor del Sol, ha adelantado en ese tiempo cierta porción de espacio, la Luna necesita andar casi dos días más, para llegar al mismo punto relativamente a la Tierra; lo queda la revolución sinódica de 29 días, 12 horas, 44 minutos, 12 segundos. En cuanto al movimiento de rotación de la Luna, emplea ésta el mismo tiempo en dar una vuelta sobre su eje, que en el movimiento de revolución sideral.

Nuestro satélite está alejado de su centro de gravitación—o sea de la Tierra—94,230 leguas; pero siendo su órbita una elíptica se acerca a nosotros hasta la distancia de 88,010 leguas en su perigeo, y se aleja a 99,640 en su apogeo[1].

El diámetro de la Luna no mide más que 3,475 kilómetros, siendo su masa l,84

[1] *Perigeo*, punto en que un astro o planeta se halla más próximo a la Tierra y *Apogeo* cuando está en el máximum de su alejamiento.

de la de la Tierra, su volumen 1, 54, y su densidad 5,9 de la densidad terrestre.

El astro que alumbra nuestras noches, presenta constantemente a la Tierra un mismo hemisferio, y por consiguiente éste es el único que ha podido estudiarse; en cuanto al otro, nada positivamente se sabe de él, y es probable que nunca se presentará al hombre encarnado en este planeta ocasión de verlo; de modo que, sólo podremos indicar algunos de los datos que se han recogido del que se conoce.

El ojo investigador de los sabios armado de poderosos instrumentos, lo ha escudriñado atentamente, se ha medido la altura de sus montañas, se han levantado curiosos mapas señalando los accidentes de su suelo, y por último la fotografía ha sacado de él magníficas vistas[(2)]. El telescopio nos pone allí de manifiesto un suelo áspero, erizado de montañas, acribillado por las anchas bocas de numerosos volcanes, que han dejado ya de funcionar, y aquéllos lagos y mares que los primeros observadores habían supuesto, y bautizado con los pomposos nombres de mar de la Fecundidad, mar de la Serenidad, mar de la Tranquilidad, lago de los Sueños, se ha visto que no existen por lo menos con las condiciones de tales, y hoy esos supuestos mares se consideran como vastas llanuras, cuyo suelo no refleja la luz solar tan perfectamente como las montañas que les rodean. Las manchas oscuras que notamos a simple vista, son esas llanuras; cuencas tal vez de antiguos mares y lagos, pero que hoy probablemente no se hallaría en ella una sola gota de agua.

En efecto, si no existe—como aseguran muchos—atmósfera en la Luna, no puede haber allí agua. «La larga discusión sobre la existencia verosímil o inverosímil de una envoltura atmosférica en el globo lunar, ha tenido por resultado el probar por observaciones precisas de ocultación de estrellas, que no hay refracción alguna de los rayos luminosos sobre los bordes de la Luna[(3)].»

Y si en la Luna no hay atmósfera, no puede haber agua ni otro liquido semejante en su suelo, si es que existen allí las mismas leyes físicas que en la Tierra.

Todos sabemos qué sucede, si ponemos una cápsula llena de agua bajo la campana de una máquina neumática. Enrarecido el aire por la acción de los pistones; el agua se evapora rápidamente, quedando enjuta la cápsula a los pocos minutos.

Y ¿cuál será la temperatura de aquel suelo, en el caso de que no haya atmósfera? ¿Podríamos compararla con la de nuestras montañas más elevadas, donde el aire enrarecido no tiene el calor que el Sol envía?

Los rayos del astro luminoso hieren durante algunos días aquellas tristes regiones lunares, sin que una sola nube les intercepte el libre paso; pero si no existe atmósfera, ¿no se escapará libremente el calor emitido en el vacío del espacio?

Si es así; ¡cuán tristes serán aquellas áridas llanuras, aquellos picos desprovistos de toda vegetación, aquellas profundas cavidades de antiguos volcanes, mudos, silenciosos sin que ni uno solo de la más leve señal de vida, sin que ni uno solo eleve en el espacio su vistoso penacho de llamas o de humo!

El silencio más profundo reina allí, ningún ruido puede agitar las ondas sonoras, puesto que no hay aire. Si alguna roca se desprende de su sitio y baja botando hasta el hondo valle, caerá silenciosa co-

[2] Véase las de Warren de la Rue.

[3] Humboldt. *Cosmos.*

mo sino chocara contra las otras; como un poco de algodón que roza el suelo, impelido por un leve soplo.

Y si no hay aire, tampoco hay cielo. En vez de esa bóveda azul que se extiende sobre nuestra cabeza, allí sólo se verá una inmensidad oscura, negra, sin límites, en la cual se deben distinguir las estrellas, aunque el Sol alumbre, como si estuvieran pegadas sobre aquella especie de crespón funerario que hace las veces de cielo.

Nunca una nube se eleva de aquel suelo; nunca la lluvia ni la nieve descienden sobre aquellos desiertos páramos; nunca el rayo fulgura en las alturas, ni la chispa eléctrica hiere aquellos elevados picos; nunca el viento de las tempestades levanta el polvo del desierto; el silencio de la muerte impera allí en absoluto; es un mundo solitario, abandonado, es un frió cadáver flotando en el inmenso vacío del espacio...

Tal sería la Luna, si como aseguran muchos careciese de esa envoltura fluídica que recubre la masa sólida de los mundos. Pero debemos añadir que no todos los sabios participan de la misma opinión, y algunos admiten la existencia de una atmósfera aunque poco densa, y así mismo poco elevada, y sostienen, que, si bien es un hecho que no se ha notado refracción alguna de los rayos luminosos de las estrellas, al pasar rasando el borde del disco lunar, también lo es, que no está perfectamente determinado el diámetro angular de la Luna. Por otra parte, existe un hecho que tal vez confirma la existencia de atmósfera, siquiera sea sutil y muy baja.

Observando M. Laussedat el eclipse total del Sol de 1860, notó que los cuernos del creciente solar de la Luna se presentaban redondeados y truncados, y este fenómeno se explicaría por la desviación de los rayos solares al atravesar la atmósfera de la Luna.

Amadeo Guillemin, autor que más de una vez hemos citado en el curso de estos artículos, añade después de hacerse cargo de las razones y del hecho que apuntamos: «¿Es cierto que esa atmósfera esté confinada al fondo de las más bajas llanuras y de los cráteres más profundos? Nada prueba ni contradice esta hipótesis. Lo que sí es cierto, es que no se forma vapor alguno en la superficie de la Luna, que ninguna nube empaña jamás la pureza de su cielo; nubes, que por pequeñas que fuesen sus dimensiones, serían fácilmente vistas desde la Tierra.»

¿Podríamos concebir la Luna, habitada, dadas sus condiciones, aceptando la hipótesis de esa atmósfera tan baja y tan enrarecida, incapaz de todos modos, de llenar las funciones que ese elemento desempeña en la conservación de la vida, tal como aquí la comprendemos? No seremos nosotros por cierto los que intentemos resolver esta delicadísima cuestión, y dejaremos hablar al mismo Guillemin que a nuestro juicio la pone en su verdadero terreno.

Refiriéndose a la existencia de seres vivos y organizados en la superficie del satélite de nuestro mundo, dice: «Otros más atrevidos que nosotros cortarán sin duda la dificultad y se adelantarán a decir con gran probabilidad de ser creídos bajo su palabra, que un ser organizado no puede vivir sin aire y sin agua, y que las condiciones climatológicas de la Luna, son evidentemente destructivas para todo organismo. Por nuestra parte no les contradeciremos, pero la razón de nuestra reserva no es menos fácil de comprender.

Si antes de haber observado ninguno de esos innumerables seres vivos que pueblan las aguas de nuestro planeta, y antes de haber oído hablar de su existencia, a

cualquiera le hubiesen dicho de pronto que es posible nacer, respirar y moverse en el seno de las aguas: si ateniéndose a la sola experiencia que le enseña que la inmersión prolongada en un líquido es mortal para todos los animales que conoce, así como para el hombre mismo; sin duda alguna esta noticia le hubiera causado la más profunda sorpresa. Tal sería nuestro asombro, si se nos viniese a demostrar con pruebas irrecusables la existencia de seres en la superficie de la Luna. Y la naturaleza es tan variada en sus modos de acción y tan múltiple en las manifestaciones de su poder, que por nuestra parte no vemos en esto nada de absolutamente imposible[4].»

Oigamos también a Flammarion sobre este mismo asunto, que creemos vale la pena. «...No nos atreveremos a poner en duda, y menos aún a negar redondamente la existencia de los habitantes de la Luna: penetrémonos de la idea de ese poder infinito que en todas las condiciones posibles hace germinar millones de seres, desde las épocas más remotas de nuestro globo, y nos hallaremos con esta gran verdad: Los seres nacen en cada mundo, en correlación con su estado fisiológico.»

«Y para corregir un poco lo que esta aserción pudiera tener de demasiado afirmativa en lo que toca a los habitantes de la Luna, añadiremos: Si la parte visible de ese mundo no es mansión de la vida y de la inteligencia, el otro hemisferio puede serlo; si las regiones lunares no son hoy centros de vida y de actividad, lo fueron ya, o lo serán en el porvenir[5].» Al pie de estas líneas, añade el autor una nota en la que por cierto no campea la imaginación. Dice así: «Habría algunas razones aparentes para creer que la Luna fue habitada en otros tiempos, y que no lo está hace cierto número de siglos. La observación telescópica nos pone de manifiesto en ella un astro del cual la vida se ha retirado. La teoría confirma este hecho, estableciendo que la pequeñez del mundo lunar, y su carencia de fluidos acuoso y atmosférico, han debido acelerar su enfriamiento, hasta el punto de que su calor originario hubiera podido perderse completamente por la libre dispersión en el espacio, antes que la temperatura terrestre hubiera solamente descendido para permitir la habitabilidad del hombre[6].»

Sin detenernos más exponiendo la opinión de otros sabios distinguidos que han creído habitada la Luna, por parecernos muy justas las que acabamos de extractar; abandonemos ya esta cuestión, y supongamos sólo por un instante habitado el astro de la noche. ¿Qué sería para los selenitas[7] la Tierra? Un globo enorme suspendido constantemente sobre ellos, siempre fijo en su zenit; un gran disco muy brillante del cual recibirán trece veces más luz de la que la Luna nos envía a nosotros. Desde allí notarían también que la Tierra presenta fases semejantes a las que desde aquí observamos en ella. Pero así como desde la Tierra vemos siempre la misma disposición en las manchas del disco lunar, nuestro globo visto desde allá ofrecería una variedad muy notable en las suyas. La inmensa cantidad de aguas que cubren su superficie, se distinguirá por su color verdoso, los continentes aparecerán con matices variados sobresaliendo en ellos ciertos puntos brillantes ocasionados por la nieve que corona las elevadas cordilleras de los Alpes en Europa y los An-

[4] A. Guillemin.- Le *Ciel*.

[5] C. Flammarion.- *Les mondes imaginaires et les mondes reels.*

[6] Op. cit.

[7] Habitantes de la Luna: voz compuesta del nombre griego *Selene*.

des en América; notarán así mismo el color amarillento de los vastos arenales del desierto africano y la deslumbrante nieve de los polos, todo esto sucediéndose continuamente; luego, las densas nubes, errantes viajeras que cruzan la atmósfera, heridas en su parte superior por los rayos del Sol, reflejarán allá una luz viva, blanca y uniforme, después esas nubes desaparecen como por encanto y se forman otras allí donde no las había.

«La movilidad, la variación perpetua del aspecto de la Tierra, habrá hecho pensar a los selenitas que nuestro globo está inhabitado. En efecto; ¿en qué se fundarían,—según ellos—las conjeturas favorables a su habitabilidad? Allí tienen un suelo sólido, eternamente estable, sobre el cual pueden vivir, y no ven nada de esto en la Tierra. ¿Podrían existir seres racionales bajo esa capa atmosférica permanente, que envuelve el astro por todas partes? Un selenita se ahogaría inmediatamente al caer en él. ¿Será tal vez sobre ese elemento verduzco que baña la mayor parte de la Tierra? ¿Será sobre esas nubes que aparecen y desaparecen cien veces al día? Por otra parte, la Tierra gira con una velocidad tal, y es tal la instabilidad a que están sometidos sus elementos. . Todo lo más podrían creer que esos habitantes son seres sin peso alguno, teniendo, sin que se expliquen cómo, su centro entre el elemento fijo y el elemento móvil. ¿Cómo creer en semejantes existencias?

«De modo que si los Selenitas son tan buenos raciocinadores como nosotros, tendrán ya desde hace mucho tiempo la certidumbre que la Tierra está inhabitada[(8)].»

Para el hemisferio que mira hacia nosotros puede decirse que las tinieblas de la noche no existen, pues así que el sol deja de bañarle con su luz, la Tierra le envía su blanca y viva claridad.

No sucede así con el hemisferio opuesto. Sus largas noches, iguales en duración a 350 horas, no están alambradas por ningún astro bienhechor; sólo el centelleo de las estrellas atravesando aquel cielo negro y profundo llega a hacer menos lúgubres aquellos lugares.

Últimamente se ha supuesto, si los elementos más densos que componen la Luna, habrían ocupado el hemisferio inferior en virtud de la atracción terrestre, quedando los más ligeros en el opuesto. Según esto podría haber aún allí atmósfera y líquidos, ofreciendo de este modo aquella parte condiciones más propias para la habitabilidad.

Esto no es más que una hipótesis, que tal vez se podría sostener con mayor o menor número de argumentos; pero es dudable que se puedan presentar datos en que fundarla, en el estado actual de la ciencia.

En resumen: hoy se está en la duda de si existe o no atmósfera en la Luna; unos, niegan absolutamente que haya allí tal fluido, fundándose en las razones que hemos apuntado; otros, como hemos visto también, sostienen que sí la hay, pero que es muy baja y sumamente sutil; de modo que, aun en el caso de ser así, no sería suficiente para las funciones que ese fluido desempeña en la vida orgánica, según nosotros la comprendemos. No dejándonos, pues llevar por la imaginación, y teniendo en cuenta el principio que cada ser está organizado según el centro donde debe residir, debemos creer, que, a estar habitado nuestro satélite, sus habitantes diferirían esencialmente en su modo de ser, no tan sólo de los que aquí viven, sino aun de los que moran en todos los planetas de

[8] Flammarion.- *Les mondes imaginaires et les mondes reels.*

nuestro sistema, ya que a todos éstos se les ha reconocido la existencia del fluido atmosférico, diferente tal vez en su composición química; pero que debe conducirse allí de una manera análoga a nuestra atmósfera terrestre.

LUIS DE LA VEGA.

LA FATALIDAD Y LOS PRESENTIMIENTOS

Problema moral

Uno de nuestros corresponsales nos escribe lo siguiente:

«En el mes de septiembre último (1857) una pequeña embarcación, que hacía la travesía de Dunkerque a Ostende, fue sorprendida por un recio temporal durante la noche; zozobró el esquife y de las ocho personas que lo tripulaban, perecieron cuatro; las cuatro restantes entre las que me encontraba, consiguieron mantenerse sobre la quilla. Pasamos toda la noche en esa horrorosa posición, sin más perspectiva que la muerte, que nos parecía inevitable y de la que presentíamos todas las angustias. Al amanecer, el viento nos arrojó a la costa y pudimos llegar a tierra nadando.

«¿Por qué en ese peligro, *igual para todos*, sólo cuatro personas han sucumbido? Debéis saber que por mi parte es la sexta o séptima vez que escapo de un peligro tan inminente, y poco más o menos en iguales circunstancias. Estoy en verdad tentado a creer que una mano invisible me protege. ¿Qué he hecho para merecerlo? No lo sé, soy de ninguna importancia ni utilidad en este mundo, y no me lisonjeo de valer más que los otros; muy al contrario. Hay entre las víctimas del accidente un digno sacerdote, modelo de virtudes evangélicas y una venerable hermana de S. Vicente de Paul, que iban a cumplir una santa misión de caridad cristiana. Parece que la fatalidad representa un gran papel en mi destino. ¿Acaso tendrían parte en ello los Espíritus? ¿Sería posible obtener de ellos, una explicación relativa a este objeto, preguntándoles por ejemplo, si son ellos quienes provocan o desvían los peligros que nos amenazan?...»

Con arreglo al deseo de nuestro corresponsal, dirigimos las siguientes preguntas al Espíritu de S. Luis, que tiene la bondad de comunicarse cada vez que nos puede dar una instrucción útil.

1. Cuando a alguno le amenaza un peligro inminente, ¿es un Espíritu el que lo dirige, y cuando escapa de él, es también otro Espíritu que lo desvía?—**R**. Cuando un Espíritu se encarna, escoge una prueba; al escogerla se crea una especie de destino que no puede ya evitar, una vez sometido a él: hablo de las pruebas físicas. Conservando el Espíritu su libre albedrío, así para el bien como para el mal, es siempre dueño de soportar o rechazar la prueba; un buen espíritu al verle flaquear, puede venir en su ayuda, pero no puede influir sobre él con el fin de dominar su voluntad. Un espíritu malo, es decir, inferior, sugiriéndole y exagerándole un peligro físico, puede conmoverle y asustarle, pero la voluntad del Espíritu encarnado no queda por eso menos libre de toda traba.

2. Cuando un hombre se halla a punto de perecer por un accidente, me parece que el libre albedrío nada tiene que ver en ello. Pregunto pues, ¿si es un espíritu malo el que provoca el accidente y dado caso que escape del peligro, si es un buen Espíritu que le ha ayudado?—**R**. El buen o mal espíritu no puede más que sugerir buenos o malos pensamientos según su naturaleza. El accidente está señalado en

el destino del hombre. Cuando tu vida está en peligro, es una advertencia que tú mismo has deseado a fin de desviarte del mal y volverte mejor. Cuando escapas de ese peligro, bajo la influencia todavía del riesgo que has corrido, piensas más o menos en mejorarte seriamente, según si la acción de los buenos Espíritus ha sido más o menos fuerte. Si viene el Espíritu malo (digo malo atendiendo el mal que aún hay en él), entonces piensas que escaparás de igual modo en los demás peligros, y de nuevo dejas desencadenar tus pasiones.

3. ¿La fatalidad que parece presidir a los destinos materiales de nuestra vida, sería pues efecto de nuestro libre albedrio?—**R**. Tú mismo has sido el que ha escogido la prueba: cuanto más dura es y mejor la sobrellevas, tanto más te elevas. Aquéllos que pasan su vida en la abundancia y en la dicha humana son Espíritus cobardes que permanecen estacionarios. Así es que el número de los desgraciados supera en mucho al de los felices de este mundo, atendiendo a que la mayoría de los Espíritus buscan la prueba que más pueda aprovecharles. Demasiado ven la futilidad de vuestras grandezas y de vuestros goces. Por lo demás, la vida más feliz es siempre agitada y perturbada, aunque sólo fuera por la ausencia del dolor.

4. Comprendemos perfectamente esta doctrina, pero eso no nos explica si ciertos Espíritus tienen una acción directa sobre la causa material del accidente. Supongamos que el momento en que un nombre pasa sobre un puente, éste se desploma. ¿Quién le ha impelido a pasar por el puente?—**R**. Cuando un hombre pasa sobre un puente, que debe desplomarse, no es un Espíritu quien le impele a pasar por él, sino el instinto de su destino que le conduce allí.

5. ¿Quién ha hecho romper el puente?— **R**. Las circunstancias naturales. La materia encierra en sí sus causas de destrucción. En el caso de que se trata, necesitando el Espíritu recurrir a un elemento extraño a su naturaleza, para mover fuerzas materiales, preferirá la intuición espiritual. Así pues, debiéndose romper el puente, porque los agentes naturales han desunido los materiales que lo componen, y el orín ha corroído las cadenas que le suspenden, el Espíritu, digo, insinuará primero al hombre a que pase por este puente que hacer desplomar otro bajo sus pies. Por otra parte, tenéis una prueba material de lo que adelanto: cualquiera que sea el accidente, siempre surge naturalmente, es decir, que las causas que se enlazan unas a otras lo han traído insensiblemente.

6. Tomemos otro ejemplo en que la destrucción de la materia no sea causa del accidente. Un hombre mal intencionado tira sobre mí y la bala me roza, pero no me toca, ¿puede un Espíritu benévolo haberla desviado?—**R**. No.

7. ¿Pueden los Espíritus advertirnos directamente de un peligro? He aquí un hecho que parecería confirmarlo: Una mujer salió de su casa y siguió la calle. Una voz íntima, le dice: Márchate y vuelve a tu casa. Ella titubea.

La misma voz se dejó oír repetidas veces y entonces vuelve atrás; pero cambiando de parecer, se dijo: ¿Qué tengo que hacer en mi casa, si acabo de salir en este momento? sin duda es un efecto de mi imaginación. Entonces continuó su camino y a los pocos pasos una viga que sacaban de una casa, le hirió en la cabeza y la derribó dejándola sin conocimiento. ¿Qué voz era aquélla? ¿Era acaso un presentimiento de lo que iba a suceder a esa mujer?—**R**. La del instinto; por otra parte,

ningún presentimiento tiene tales caracteres, siempre son vagos.

8. ¿Qué entendéis por la voz del instinto? —**R**. Entiendo que el Espíritu, antes de encarnarse, conoce todas las fases de su existencia: y cuando éstas tienen un carácter marcado, conserva una especie de impresión en su fuero interno, impresión que, despertándose cuando el peligro amenaza, viene a ser un presentimiento.

Observación. Las explicaciones precedentes tienen relación con la fatalidad de los sucesos materiales. La fatalidad moral está tratada de un modo completo en el LIBRO DE LOS ESPÍRITUS.

ALLAN KARDEC.

A MIS CORRELIGIONARIOS DE BARCELONA

Permitidme, mis buenos hermanos, cariñosos amigos, que desde Alicante os salude afectuosamente, y que envuelto en este saludo vaya una recomendación en lo que pueda valer e interesar a vuestro corazón y al amor que profesáis a la propaganda de la doctrina revelada.

Mirad como encabeza la REVELACIÓN de Alicante. Aquellas cortas líneas deben demostraros hasta la evidencia los laudables esfuerzos que nuestro dignísimo presidente y director D. Manuel Ausó ha hecho y está dispuesto a practicar en aras del bien de la humanidad.

Circunstancias no previstas interrumpieron por algún tiempo la publicación de nuestro periódico, pero creciéndose el Sr. Ausó en su amor al espiritismo y en sacrificios al cumplimiento de los compromisos contraídos, ni un minuto vaciló en subsanar cuantas dificultades se presentasen para que los suscriptores a la REVELACIÓN no carecieran de los números que faltaban para cumplimentar el año que acaba de fenecer. La tarea se lleva a cabo, y precipitándose rápidamente las publicaciones, bien pronto se verá coronado su deseo y el deber ineludible que se había contraído por la empresa de dicha Revista.

Pronto empezará el nuevo año de 1874. Bien sabéis lo costosas que se hacen las publicaciones de esta índole, y al propio tiempo no ignoráis cuánto nos debemos a todo interés que en beneficio del cumplimiento de nuestros deberes espiritistas atañe. No será, pues, una audacia por parte mía pediros que recomendéis a todos nuestros queridos hermanos de esa, nuestra laudable publicación, y que manifestándose afectos a la propagación de nuestras convicciones, siempre dispuestos estáis a recompensar a los iniciadores de pensamientos, que más que nuestros, nos sugieren los buenos amigos del mundo invisible, para que la luz se difunda y el pensamiento humano se impresione a las benéficas máximas del cristianismo.

Vuestra cooperación, será un justo tributo, una expresión de recompensa que dispensaréis a nuestro infatigable hermano y director.

Si mis relaciones, mi compañerismo y la honra que me cabe de ser humilde colaborador en lo que mis débiles e insignificantes fuerzas me permiten y el acendrado amor que profeso a la inspiración de Ultra-tumba, son títulos suficientes para despertar en vosotros mayor interés en favor de la REVELACIÓN de Alicante y puede predisponeros más para que continuéis en vuestras suscripciones a la misma y os llame mayor interés la vida del periódico; yo desde el fondo de mi alma os envío la expresión de mi anticipada gratitud y el profundo cariño y agradable

recuerdo que a todos profesa vuestro hermano y leal amigo,

LUIS MESTRE.

DICTADO POR LA-TUBA

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium A. Lauri

IDEA DE DIOS Y DEL PROGRESO DEL ESPÍRITU

Para el espíritu todo es infinito; para Dios nada hay sobre él.

El espíritu asciende, y en esta ascensión lleva tras sí al periespíritu, que cuando menos tiene y más se aleja del mal, más pronto llega a Dios, a la mansión de la dicha, al espacio de la pureza, y allí se envuelve en su luz divina. Luz que no es como la que vosotros definís, un cuerpo eminentemente sutil, imponderable e incoercible etc. y que es todavía demasiado grosero. La que emana del espíritu sublime, es infinitamente sublime en perfección; he ahí el cuerpo perfecto, y el espíritu elevándose consigue envolverse en él, pero sin poseerle jamás.

¿Llega a desaparecer el periespíritu?

El periespíritu desaparece.

¿Entonces se pierde la individualidad?

El espíritu sublime se manifiesta por sí. El pensamiento es uno, sin necesidad de encerrarse en materia alguna.

Cuanto crea, cuanto concibe, lo concibe y lo crea a la altura de su belleza.

La luz es materia.

La luz no desaparece.

La forma, la individualidad, la crea el espíritu a medida de su imaginación.

Reacciona sobre la voluntad.

Si pudierais leer mi pensamiento, no tendríais necesidad de signos para comprenderme.

Ya veis que cuando seamos puros, seremos una individualidad sin forma pero con pensamiento.

Médium A. Lauri

ESPONTÁNEO

Mi delicia es amar, amar, mi felicidad.

Vivo en el Éter, y meciéndome en el espacio, recorro, veloz como el pensamiento, las distancias.

Yo veo con placer, el adelanto de la humanidad; yo, incansable, sigo sus pasos, y con un afán que se podría llamar infinito, quisiera que el planeta que habitáis se convirtiera en lo perfecto, en lo ideal, en lo sublime. Pero me contristo al ver que, para llegar al grado de perfección que os deseo, tenéis que recorrer todavía inconmensurables distancias.

Los espíritus puros en el espacio, hacen todos los esfuerzos imaginables, para que la humanidad adelante con rapidez: pero los espíritus encarnados hacen poco, muy poco de su parte para conseguir tan laudable objeto.

Vosotros los espiritistas seréis la base del gran edificio que se levanta, de moralidad y justicia, de paz y gloria. Ayudad al progreso que os ha de conducir, no lo dudéis, al puerto de salvación.

ELISA.

Médium J. Pérez

La limosna espiritual consiste en pedir a las buenas preces y oraciones, así como el pobre en esa vida pide una miserable moneda al rico, para calmar sus duras necesidades materiales. Yo sufro mucho, soy un pobre espíritu a quien toca en esta vida de ultratumba espiar el mal uso que hice de mis riquezas, o mejor dicho, de mi desahogada posición.

Fui muy egoísta, y quise muy poco o nada a las personas que me dieron el ser. Hubiera podido muy bien ahorradles trabajos, privaciones y necesidades, ya que eran unos pobres ancianos que nunca se atrevieron a pedirme un pedazo de pan, y se dejaban morir de necesidad, porque sabían que no les hubiera socorrido.

Ni apenas sé darme cuenta de tanta crueldad para con mis padres, y ellos, sin embargo, tan buenos que murieron bendiciéndome.

En esta vida se encuentran perfectamente felices; ahora les toca ser ricos y yo pobre.

Se portan bien conmigo, porque la riqueza espiritual es más dadivosa, más noble y generosa que la material.

Rogad a Dios por mí.

EL DEBER Y LA JUSTICIA

(Barcelona Marzo 1870)

Médium M. C.

Vengo a hablaros de la justicia, vengo a hablaros del cumplimiento del deber. Deber y justicia, he aquí todo el verdadero catolicismo, el catolicismo evangélico. Practicad la justicia, la justicia con todos los hombres y en todas las circunstancias de la vida; cumplid el deber con todos nuestros hermanos, los seres todos de la creación, y en todos los instantes de la vida, estaréis de lleno en el cristianismo universal, en el catolicismo cristiano.

El deber es la ley fundamental de todos los mundos, de todo el universo, de todos los seres, de todos los mundos y de todos los del universo. Cuando practicáis el deber, estáis como Juan el Evangelista, reclinados en el seno del divino Maestro, que no hizo otra cosa que sacrificar la existencia corporal al cumplimiento del deber. Dios, el buen Dios anunciado por Cristo, a todos los hombres, no exige más de vosotros que el cumplimiento de su ley, esto es el cumplimiento del deber, y la práctica constante y desinteresada de la justicia. ¡Justicia! he aquí la otra piedra angular del edificio católico, del edificio universal. Cumplir con la justicia, practicarla con todos los seres de la creación, distribuirla igual y desinteresadamente entre todos ellos, es realizar la obra suprema de la vida, es cumplir toda la ley y los profetas, pues atemperáis vuestra conducta al amor de vuestros semejantes. S. Pablo y S. Juan, verdaderos comentadores de Cristo, lo dijeron: Amaos unos a otros, y cumpliréis la Ley. Amar, es unirse a los seres a quienes se ama y juntamente a Dios. Entonces os trocáis en seres amantes, entonces os comunicáis, como decís vosotros. Practicad, pues, la justicia; cumplid el deber; sed católicos cristianos, es decir, puros evangelistas, y ayudaréis a Dios en la obra de la universal regeneración de todos los mundos, y directamente en la renovación de la faz de la tierra.

Que la paz del Señor sea con vosotros, que su inspiración descienda sobre vosotros, que ilumine vuestras inteligencias, fortifique vuestros Espíritus, y os guíe

constantemente en la práctica del bien y en la inquisición de la verdad.

ENRIQUE PEREIRE.

A CADA DÍA LE BASTA SU TRABAJO

París 12 de octubre de 1869

Amigos míos, permitidme daros un consejo que las circunstancias presentes justifican.

Estáis reunidos para elevar juntos vuestra alma hacia Dios; y para pedirle os ayude a fin de progresar espiritual e intelectualmente. Le rogáis que os envíen sus mensajeros y que os dé por su mediación consejos provechosos. Esto es muy bueno, y es el verdadero medio de alcanzar un grado superior a aquél que habéis conseguido por vuestros esfuerzos anteriores. Pero no consiste todo en pedir buenas instrucciones, es preciso ponerlas en práctica.

Esto mismo os ha sido dicho muchas veces, y al parecer caigo hoy en una repetición fastidiosa. ¿De quién es la culpa, os pregunto? ¿Es mía, o más bien es de aquéllos que, después de haber aceptado con entusiasmo una doctrina, que tiene por objeto hacerles comprender las verdaderas enseñanzas de Cristo, se conduce en la práctica de la vida absolutamente como lo hacía antes? ¿Qué digo? ¡No sólo obran así en las circunstancias ordinarias, sino que quieren también tener el monopolio de lo bueno, de lo bello y de lo justo; no admiten que pueda hacerse el bien verdadero por otros que por ellos! ¡Ah! ciertamente son culpables esos a quienes no basta que el bien se haga, sino que pretenden ser ellos los solos detentores de aquel.

Sabéis cual es el objeto del Espiritismo.

Debe hacer a los hombres mejores e inculcarles creencias conformes a la razón, y al buen sentido, y que al mismo tiempo estén más en relación con la infinita perfección del dueño de los mundos.

Debéis tener sin cesar el bien ante la vista, y esforzaros en hacer participar de él a vuestros hermanos menos avanzados que vosotros.

Cualesquiera que sean sus creencias, pueden hacerse mejores sin que acepten completamente las vuestras, y éste mejor es quizá el solo progreso que les permite, en su presente existencia, el estado de adelantamiento de su espíritu.

Debéis confirmarles en las ideas justas que están dispuestos a aceptar parcialmente, y no desanimarlos queriendo forzarles a penetrarse de toda la verdad.

Pensad que si en cada día le basta su trabajo, y que las verdades del Espiritismo que os parecen hoy tan sublimes, no serán para vosotros, dentro de algunos siglos, sino los primeros elementos de los escolares. Por esto es conveniente que tengáis cuenta de la debilidad moral relativa de una parte de vuestros contemporáneos, y que no os obstinéis en hacerles cumplir un progreso para el cual no están preparados. Contentaos con multiplicar vuestros esfuerzos para conducir a cada uno de vuestros hermanos, a que dé un paso más en la vía del adelantamiento moral, y estad persuadidos de que, obrando así, no habréis faltado a vuestra misión.

Vuestra generación no está destinada a ver en el Espiritismo la creencia general.

Pero su misión es la de preparar las vías a este gran acontecimiento, y obrando sin

prevención, como os lo aconsejo, y siguiendo las disposiciones de cada uno, la cumpliréis en la medida de lo posible.

UN ESPÍRITU.

VARIEDADES

A MI ÁNGEL TUTELAR

Rosa celeste, lámpara bella
que resplandeces en mi dolor;
mística antorcha, pura centella,
faro sagrado, fúlgida estrella,
nave segura, puerto de amor.

¿Por qué en mis noches, por qué en mis sueños
ya no te miro resplandecer
cual otros tiempos en que risueños
de los espacios altivos dueños
íbamos siempre por dónde quiere?

Ya no contemplo sobre mi frente
tus extendidas alas de luz,
cual rica tienda resplandeciente
que el dulce sueño de un rey de Oriente
guarda del cielo bajo el capuz.

Ya no percibe mi pensamiento
de tu grandeza la inspiración,
ni oigo arrobado tu blando acento,
ni aquí en mi frente tu beso siento,
ni aquí en mi pecho tu corazón.

Ven, bello Numen, ven genio santo,
cruza el desierto, llega hasta mí;
tiende la noche su negro manto
de las palomas el dulce canto
cruza la selva, llega hasta aquí.

Bogan tranquilas por los espacios
como bajeles de puerto en pos,
cien mil estrellas, cien mil topacios,
místicos mundos, santos palacios,
que a los que sufren destina Dios.

En la profunda región vacía
pulsa el Eterno su gran laúd;
sobre los mundos en calma pía
vierte las urnas de la ambrosia
el ángel santo de la quietud.

Calma propicio mi afán intenso;
ven a los ayes de mi dolor,
como columna de suave incienso,
como carroza de sol inmenso,
como fragancia, como fulgor.

¿Por qué no vienes? Si al ver un día
la ciudad santa donde nací
caer al peso de guerra impía,
con los penates del alma mía
que idolatraba con frenesí.

Pulsé la lira de los furores
llamé a la Musa que el odio da,
hoy olvidando negros rencores
el arpa santa de los amores
bajo mis dedos resuena ya.

¡Perdón oh genio! perdón demando,
perdón espera mi corazón:
gime el Calvario, sangre manando;
«perdón» murmura, y un eco blando,
«perdón» repite, «perdón, perdón.»

Ángel custodio del alma mía,
de mis pesares acude en pos;
que ya desciende la noche hombría,
abre sus puertas de luz el día,
despierta el mundo y alaba a Dios.

SALVADOR SELLES.

A LOS SUSCRITORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquéllos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta Adminis-

tración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Sí así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles LA REVELACIÓN hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 45

La advertencia que con el título «a los suscriptores morosos» debía aparecer a la cabeza del número 44 de esta Revista, se puso al final de la misma por una distracción de los cajistas.

ALICANTE, 15 DE NOVIEMBRE DE 1873

El artículo que precede a estas líneas fue recibido medianímicamente.

Si alguno de nuestros lectores se considera aludido, recíbalo como una expresión de afecto de los amigos de Ultra-tumba. Si en él encuentra palabras que le parezcan severas, sepa nuestro hermano que no van dirigidas a su individualidad, y sí al espíritu obsesor que, abusando de su sencillez, le hace aparecer en este mundo bajo el tipo de

EL FALSO PEREGRINO

¡Ay! que el alma mía exhala un gemido de dolor, el corazón se siente henchido de amargura y la conciencia acongojada.

¿Por qué falso peregrino, te has interpuesto en mi paso?

¿Por qué, al pasar junto a mí, no has evitado que nuestras miradas se encontraran?

¡Ay! que desde que te vi, la tristeza me agobia, la pena me atormenta; porque conozco la misión que te conduce, el surco negro que dejas por doquier donde sientas tu planta.....

¡Fatídico peregrino, que tratas de arrebatar la fe que sostiene, la conciencia que habla, la razón que piensa! ¡Yo te miro, como mirar pudiera el marino el mar embravecido, como el viajero la tempestad que se cierne sobre su cabeza, como el cazador a la fiera que ruge en la oscuridad de la noche!

¡Tú, desgraciado caminante, eres la siniestra tormenta que amenazadora bate sus alas para arrebatar al corazón humano todo lo que constituye la bondad del sentimiento!

¡Tú eres el que intenta usurpar al espíritu la firmeza de sus creencias!

¡Tú eres, en fin, el desconsuelo de la humanidad, el perturbador de la fe cristiana!

Cuando te vi frente a frente, como salido de las entrañas de la tierra; cuando tu torva mirada se encontró con la mía; cuando nuestros propios fluidos chocaron entre sí; un estremecimiento doloroso sacudió mi cuerpo y mi alma afligida y trastornada, pugnaba por separarse de ti.

Sí; quería alejarse de ti, como se trata de evadir la enojosa presencia de un enemigo, como se aleja el sano del apestado.

Y tú lo eres: no, digo mal; el cruel espíritu a quien te esclavizas dócilmente, es mí mayor enemigo ¿sabes por qué? Porque quiere destruirme el templo de amor y esperanza que, gota a gota, lágrima por lágrima impregnada de acerbo sufrimiento, han levantado en lo más íntimo de mí ser.

Porque él quiere arrebatarme, hacer que se aleje el ángel de mi redención, que sin cesar me sonríe, me alienta y consuela.

Tú eres la piqueta destructora que intenta derribar el templo de mis creencias, el báculo en que se reclina, y apoya mi alma, para marchar sin quejarse por la senda de la vida, plagada de espinas y abrojos; tú, por último, quieres arrojarme de nuevo en el caos de la desesperación de donde me sustrajo la luz del cristianismo. ¡Oh No!, falso profeta, fingido peregrino, sombrío caminante, mil veces no; los fines del espíritu que te conduce y encorva, que apaga tu mirada y absorbe tu razón, que dispone de tu voluntad y te convierte en autómata; no, repito, sus repugnantes intentos se estrellarán contra el inexpugnable muro de mi fe imperecedera, y del intenso amor a Dios que mi alma atesora.

Sí; mientras tú vives entregado al diablo, yo abrazo con efusión la Cruz del Redentor.

Mientras a ti el orgullo te asfixia erigiéndote en colosal figura de un Mesías, y te da arrojo feroz para atreverte a tocar con tu profano dedo la sublime ley del Crucificado, yo, pobre e insignificante criatura, me inclino humilde y conmovido ante la inmensidad del infinito saber.

Y mientras tú, desgraciado, intentas adulterar el sentimiento de la caridad *que te ampara siempre*, yo la propago y difundo con toda la fuerza de mi alma.

Y todo aquél que me escucha, que me presta su aquiescencia, oye que mis labios pronuncian lo que siente y ama mi espíritu: *¡Sin caridad no hay salvación!*

A este grito salvador, mi conciencia se dilata satisfecha y en elocuente lenguaje me dice: «el eco de tu voz atraviesa los espacios, penetra en los mundos, sonríen los ángeles, y como perla preciosa, va a engarzarse en las gradas del trono del señor.»

Pues bien: sépalo querido peregrino; inútiles son los esfuerzos, vana es la quimera del soberbio espíritu que te acompaña; mientras me quede aliento, mi voz y con la mía se confundirá la de todos los espiritistas del mundo, gritará para que me oiga la humanidad entera: *Sin caridad no hay salvación*; porque este fue el postrer beso que Cristo dio al pensamiento humano, y los cristianos retenemos y guardamos el calor de su aliento, el aroma de su perfume; yo le estimo y venero y es el áncora a la que me aferro para ahuyentar a los malignos seres que como el que te posee, tratarán de esclavizarme a sus antojos, a sus malvados fines.

Yo me amparo en el alcázar del bien, en la mansión donde nada pueden los enemigos de la verdad, porque aún suenan en mis oídos aquellas palabras que pronunció nuestro sublime Maestro «Pedro, sobre esta piedra edificaré mi iglesia, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno» y mi yo se mece, sonríe, disfruta y se perfecciona en el Templo del *Espiritismo*, se baña en la majestuosa luz de Ultra-tumba; se fortalece con la inspiración de los espíritus, y abre sus etéreas alas al infinito placer de la moral.

En cambio tú, pobre oveja descarriada, sufres las torturas de tus extravíos; vives sin la apacible tranqui1idad de la conciencia; sientes el rubor de la vergüenza, el peso del ridículo, el ruido de la carcajada que tu palabra excita y despierta y sin embargo de la algarabía desgarradora que truena en tus oídos, cuyo conjunto se define por *sarcasmo*; persistes entregándote como dócil instrumento a las tenebrosas y horribles miras del espíritu que te obceca, del ser que te subyuga, haciéndote aparecer como otro *ingrato* del que supo morir en afrentoso cadalso, para salvarte, y se goza siniestramente allá en los insondables abismos de su miserable inteligencia.

Escucha, peregrino; oye la voz de un hermano que te quiere y rechaza, que te compadece y se horroriza, que te habla y se aleja de ti, porque teme y le espanta tu guía espiritual; Escúchame, te habla mi corazón, mi espíritu, mi fe, mi amor, la caridad, el irresistible afán de salvarte y conducirte nuevamente a la iglesia que, en mala hora, abandonaste, al punto de donde partiste cuando tus labios hoy secos y amoratados, se humedecían con el puro y cristalino manantial del espiritismo.

Fuiste mal hijo y mal hermano, para entregarte a la representación de una parodia.....

¡Pobre hermano! ¡Desgraciado hijo!.....

Escúchame por piedad; sete ha dado en un momento rechazar a ese enemigo del progreso que te confunde, que tu propio ser desligado de su vigilancia, pueda recibir los acordes de mi acento.

Voy a referirte un sueño.

Un sueño que tuve en día borrascoso.

Mi cuerpo estaba fatigado, mi espíritu lleno de congoja y mi fe vacilante.

Fue un día de prueba y martirio y fui en pos del reposo para calmar la angustia que me devoraba.

Soñé. Mi espíritu libre abarcó sin duda una de sus pasadas encarnaciones, para alejarse de la presente.

Un palacio feudal, majestuoso y severo se presentó a mi mente.

Yo le veía como si reales y efectivas fueran sus áridas torres, sus ricas y suntuosas habitaciones y el vigoroso enrejado que cercaba su patio.

Era la morada del orgulloso y soberbio conde de Rocafort.

Una hija, hermosa como el sol, sensible como la sensitiva, pura como la blanca paloma y buena como un ángel, constituía toda su familia.

¡Candorosa niña, flor cuyo cáliz no exhalaba aún los primeros perfumes en el armónico concierto del infinito!.....

Un joven campesino, uno de los vasallos de su padre, se sintió un día preso de amor y esclavo de la indefinible y seductora mirada de la joven.

Pero ¿cómo atreverse a envolverla en el fuego abrasador que le devoraba? ¿Cómo expresarle la adoración que por ella sentía?

Un abismo sin fondo abierto a sus pies, le hubiera conmovido menos, que el espanto que su pasión le inspirara.

Pero era el caso que no podía resistir.

El día se convertía en martirio, la noche en doloroso insomnio para el oscuro amante.

Vivir al calor de aquel concentrado volcán, era morir sin acabar nunca.

La vida se le hacía insoportable, y vanamente buscaba el término de aquellos

dolores que acibaraban su existencia y rompían una a una las fibras de su apasionado corazón.

¡Oh! ¡Amargo recuerdo! un día frenético, delirante, con la desesperación en el alma y la más acerba amargura en el corazón; una idea, un pensamiento tan diabólico como insensata era su pasión, cruzó por su mente.

Fue una verdadera temeridad.

Trocó su chaqueta y pantalón raído, por el airoso traje del trovador.

Su tosca mano empuñó el laúd, y con paso vacilante e incierto, flaqueando a cada instante sus rodillas, pero con centelleante mirada y extraviada razón, se dirigió hacia el castillo, resuelto a cantar sus amores a la hija de su dueño y señor.

Llegó a la verja que empujó con violencia, penetró en el patio, situándose al pié de la ventana, a la sazón abierta, del departamento que constituía la morada de la dueña de sus pensamientos.

Con disonante voz y desacordes acentos, rompió los aires al descompasado son de su laúd.

¡Pobre parodiador, que en vez de laúd, siempre manejó su mano el azadón!

¡Campesino convertido en trovador, víctima de una pasión imposible!

En aquellos momentos, su razón no existía, sus arterias latían como puede latir el más vigoroso corazón, sus ojos despedían llamas; ¡el infeliz estaba loco!

La bella y encantadora niña, sin duda ruborizada al escuchar aquellas desarmónicas vibraciones, sin asomarse a la ventana, ni dirigir una mirada al autor de aquel ridículo desconcierto, cerró la misma, con el fin de evitar que las vibraciones de las cuerdas mal pulsadas trastornaran la delicadeza de su alma. Sus ojos se velaron y un sentimiento de compasión asomó a su rostro de purísimas líneas.

El fingido trovador, al ver que su esperanza se rompía en mil pedazos contra aquella ventana, cayó de bruces, y al besar la fría losa del pavimento volvió en sí de su delirio.

Avergonzado y lleno de sentimiento huyó de aquel palacio, mudo espectador de su torpeza. El llanto inundó su semblante, dulce rocío que apagó para siempre la funesta pasión que le sumergiera en el más deplorable ridículo……..

……

Quiso ser trovador siendo campesino; quiso modular sonidos y despidió desgarradores gritos; quiso pulsar tan delicado instrumento, y las cuerdas gemían a la presión de sus callosos dedos; quiso tan alto levantar su mirada, que dio contra el suelo.

Tú, querido hermano, tienes alguna analogía con el trovador de mis sueños. Como él también bulle en tu seno una desatentada pasión que te agita, impulsa y trastorna.

Tú también quisiste ser espiritista y no has sabido serlo. Quisiste moralizar y has faltado a la moral. Quisiste ser peregrino y te pareces al pordiosero que busca hogar donde resguardarse.

Quieres ser un Mesías regenerador de las sociedades, y eres un infeliz que abandonas el trabajo que ennoblece, para entregarte a un público que te compadece y te mira como falso profeta, que te evita, y……..

Quieres manchar el espiritismo y una mancha siniestra y fatal se extiende por tu rostro. Es la risa lúbrica y cruel del espíritu que te impone su veto y al que te prestas a obedecer dócilmente.

¡Oh! fingido peregrino, Mesías visionario, profeta sin inspiración; ¡vuelve en ti de tu delirio!

Evoca el recuerdo del pasado.

Abre la razón a las afecciones del alma.

Imprime en tu mente la lección a que mi sueño se presta.

Impresiona el corazón de sincera gratitud hacia Dios, y a tus buenos hermanos que te estrecharon contra su corazón cuando tú querías salir de la sombra en que vivías, y ellos con noble abnegación te daban el fulgor de su mirada.

Detente si quieres. No prosigas ya más el peligroso camino de la falsa predicación.

Arroja lejos de ti el báculo que te acompaña, el libro profano que te sigue.

Yo te ofrezco mi mano cariñosa, apóyate en ella confiadamente.

Es la alianza de la paz y del amor lo que te brindo.

Acepta y te afirmo que ambos así unidos, apoyados por nuestros amigos de Ultra-tumba, llegaremos pronto a la casa del Señor.

Y cuando penetremos en sus umbrales, cuando te sientas dentro de las inmensas y fluídicas naves del mundo de los espíritus; cuando tu ser, libre del poderoso opresor que hoy le tiene fuertemente aunado a su pensamiento, sienta las dulces impresiones de la luz que irradia por toda la creación y te vivifiques a su benéfico calor, entonces humilla tu cerviz, inclina tus rodillas y con el poderoso afán del arrepentido, eleva tus preces al Hacedor; y sentirás una lluvia de felicidad que viene a refrescar tu frente, hoy abrasada, se extinguirá la insaciable sed de orgullo que te devora, la fe radiante alumbrará tu espíritu, y solícito te arrojarás en brazos de tus hermanos que te esperan con su corazón lleno de amor, de sentimiento su espíritu y ... ¡te habrás salvado!

LUIS MESTRE.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

VII

Marte

Nos toca ya salir del círculo que traza nuestro mundo, encerrando en él a los que giran dentro de su órbita; y pasar al primero de los planetas que los astrónomos llaman *exteriores*, a nuestro vecino Marte, cuya órbita nos encierra a su vez a nosotros y a los que se mueven dentro de la nuestra.

A simple vista, Marte aparece como una estrella muy rojiza, —la más rojiza de todas las que alcanzamos a ver, según Arago, Beer y Maedler—su luz unas veces es centelleante y temblorosa, otras fijas y tranquila. Esa luz excusamos decir a nuestros lectores que no le es propia al planeta que nos ocupa, sino reflejo de la que recibe de ese poderoso astro que alumbra todo el sistema.

La distancia media de Marte al Sol, es 58.178,600 leguas; pero como la órbita de ese planeta no es circular, sino al contrario, de las más excéntricas, resulta una diferencia entre su afelio y su perihelio de cerca de 11 millones de leguas, puesto que se acerca al Sol hasta 52 millones de leguas, y se aleja hasta 63 millones. Dada esa gran diferencia entre el afelio y el perihelio de Marte, tenemos, que la cantidad de luz solar que recibe en ambos puntos máximos, es bastante notable en cuanto a su intensidad, pues tomando por unidad la

de la tierra, resulta 0,52 en el perihelio y 0'36 en el afelio.

La órbita de Marte presenta un desarrollo total de 362 millones de leguas, que el planeta recorre en velocidades variables, siendo esta velocidad por término medio 22,011 leguas por hora, o sean 24,448 metros por segundo. Esa velocidad de los planetas, se notará que va decreciendo a medida que éstos se alejan del centro del sistema; en Mercurio vimos que era de 58,400 metros por segundo; en Venus 36,800; en la Tierra 30,550 y en Marte hallamos 24,448. En los demás que nos toca aún estudiar veremos que sigue todavía disminuyendo.

El movimiento de revolución sideral de Marte, se verifica en 687 días de los nuestros (1 año 321 días, 23 horas, 18 minutos), y el de rotación en 24 horas, 39 minutos, 21 segundos. Contando su año por su día, es 669 2/3 de sus días siderales, o sea 668 2/3 de sus días solares. El año de Marte, es, pues, casi dos veces más largo que el nuestro; al paso que el día lleva poquísima diferencia al terrestre.

La inclinación del eje de rotación sobre el plano de su órbita es de 28 grados 42 minutos, inclinación poco mayor que la de la Tierra, que vimos es de 23º 37' y mucho menor que la de Mercurio y Venus que observamos era de 70º para el primero y 75º el segundo. Esa ligera diferencia de inclinación comparada con la de la Tierra, no producirá otro efecto en aquel mundo, que el de ser algo más estrechas proporcionalmente las zonas templadas, quedando la tórrida y la glacial de ambos hemisferios, más extensas; lo que no deja de ser una ventaja, por lo menos para la tórrida o tropical; puesto que la luz y el calor solar no son allí tan intensos como en nuestro planeta.

En cuanto al volumen, Marte es menor que la Tierra; valorando el de ésta por 1000, el de aquél es 140; o sea, expresando el volumen real en miriámetros cúbicos 151.320,800; y para concluir con las medidas, añadiremos, que su diámetro es de 6.608,330 metros, y su superficie mide una extensión de 1.375,148,560 miriámetros cuadrados.

Marte no es perfectamente esférico; así como el globo que habitamos, está un poco aplastado en los polos, si bien la medida justa de esa compresión no está bien determinada todavía, según vemos en los autores que tenemos a la vista, pues entre Herschel, Arago y M. Kaiser, que la midieron durante la oposición del planeta en 1862, hay alguna diferencia entre las que da cada uno de ellos.

La distancia de Marte a la Tierra, es muy distinta según si está en su *conjunción* o en su *oposición*[1], pues varía de 106 millones de leguas a 14 millones.

La densidad de Marte es casi la misma que la de la Tierra; apreciando la de nuestro esferoide por 100, la de aquél es de 95 o sea, peso específico 5'20.

Entremos ahora en el examen de la constitución física de ese mundo que tantos puntos tiene de contacto con el que hoy habitamos.

Examinado Marte con un buen telescopio, en una noche que la atmósfera no esté sobrecargada de vapores, en la época que el planeta está en su conjunción, se notará que su disco aparece casi perfectamente circular y sembrado de manchas, las unas oscuras y las otras brillantes. Las primeras aparecen de un color azulado o verdoso,

---

[1] Conjunción; cuando el planeta está en la misma línea que el Sol, y en el mismo lado. Oposición; cuando está así mismo en la misma línea que el Sol pero en el lado opuesto.

las segundas de un amarillo rojizo, exceptuando las que se notan en los polos del planeta, que son de un blanco muy puro y muy brillante.

«Esas manchas blancas aumentan o disminuyen alternativamente, según si el polo en que se encuentran entra en la estación de verano o de invierno. Arago ha medido con el anteojo de Rochen la intensidad de la luz reflejada por esas regiones cubiertas de nieve, y la ha hallado el doble de la que envían todas las otras partes del disco.»

«El color de las manchas polares, —dicen Beer y Maedler—fue siempre que pudimos apercibirlas claramente, de un blanco brillante y puro, de ningún modo semejante al color de las otras partes del planeta. En 1837 sucedió una vez que Marte estuvo durante la observación completamente oscurecido por una nube a excepción de la mancha polar que se presentaba distintamente a la vista.»[(2)]

¿Serán nieves efectivamente esas manchas que se notan en los polos de Marte?

Nieve, o sea esa aglomeración de pequeños cristales resultado de la congelación en la atmósfera de nuestra agua, es aventurado asegurarlo, puesto que no se sabe si el líquido que en Marte hace las veces de agua, es como aquí una sustancia compuesta de un equivalente de oxígeno y otro de hidrógeno; pero lo que si es cierto, es que tiene alguna analogía con ella. Dejando aparte su blancura, vemos que en Marte ocupa esa sustancia—precisamente como la nieve en la Tierra—los polos del planeta así como se la ve disminuir y aumentar en uno y otro polo según la estación en que se encuentre su respectivo hemisferio.

«A medida que la mancha blanca de uno de los polos disminuye, la otra va creciendo progresivamente, de modo que el mínimo corresponde siempre al verano y el máximo al invierno en el hemisferio en que está situada. Así es, que durante la oposición de 1830 se vio la mancha del polo austral disminuir poco a poco, y estrecharse sus límites hasta la época que corresponde para ese hemisferio de Marte al mes de Julio de nuestro hemisferio boreal; luego desde aquel instante agrandarse de nuevo (Beer y Maedler). En 1837 pudo observarse una disminución semejante en las dimensiones de la mancha del polo boreal; al mismo tiempo que la del polo austral tomaba una extensión considerable. Esas variaciones, pues, corresponden igualmente a la estación del verano del hemisferio norte y a la de invierno del hemisferio sur de Marte.

«Así, pues, asistimos desde la Tierra a la formación de los hielos polares, a la caída y licuación de las nieves sobre el suelo de un planeta vecino, en una palabra, a todas las vicisitudes de calor y de frío que separan las estaciones de la primavera y del estío, del otoño y del invierno. La sucesión de estas estaciones es hoy tan conocida, que los astrónomos pueden predecir aproximadamente la forma, el tamaño relativo y la posición de las manchas del polo austral y del polo boreal.»[(3)]

Las deducciones que de estos hechos pueden hacerse son muy fáciles. Si en Marte existe nieve es una consecuencia muy lógica que debe haber agua, que ésta debe evaporarse y formar en la atmósfera nubes, que unas veces se resolverán en lluvia y otras en nieve. En cuanto a la existencia de atmósfera, no queda ya la

---

[2] Humboldt. *Cosmos*. Tomo III.

[3] Beer y Maedler. —*Fragmentos sobre los cuerpos celestes del sistema solar*.

menor duda de que la hay en cuanto a la de nubes, he aquí lo que se lee en la importante Memoria de M. N. Lockyer sobre sus observaciones durante la oposición de 1862. «Aunque la permanencia de las manchas características de Marte hayan estado puestas fuera de duda, se observa de día en día, qué digo, *de hora en hora*, cambios de detalle en los matices de diversas regiones oscuras o luminosas del planeta. Esos cambios, yo no puedo dudarlo, reconocen por causa el paso de nubes por delante de diferentes manchas.»

En cuanto a las otras manchas oscuras, verdosas o azuladas que acusa el telescopio sobre la superficie de Marte, se cree que no son otra cosa que las grandes masas de agua o sea los mares de aquel planeta. Respecto al color rojo que presentan los continentes, y que domina de un modo tan notable, se han echado a volar varias hipótesis. Unos lo han atribuido a la vegetación de allí, cuyo color sería rojo así como aquí es verde; esto, podría ser verdad, pero no estaría por demás demostrar si en las estaciones constantemente distintas de los dos hemisferios del planeta, se nota la misma intensidad del color, o si en aquél que se halla en la estación de los fríos ha disminuido ese tinte—siempre que no se sostenga que en Marte no se desprenden las hojas de los tallos en invierno como sucede aquí en la Tierra. Otros han supuesto que esa colaboración es debida a la refracción de los rayos luminosos del Sol a través de la atmósfera de Marte; teoría que Arago refutó victoriosamente; y otros, por fin le han atribuido a la naturaleza ocreosa o arcillosa del suelo del planeta.

Marte carece de satélites. Es el único de los planetas exteriores (exceptuando los asteroides) que se halla privado de luna cuando todos los demás las tienen en abundancia.

No nos detendremos en consideraciones extensas sobre la habitabilidad de ese mundo, por la sencilla razón, que ofreciendo todas las condiciones propias para ella, y aun éstas, muy análogas a las del mundo que habitamos, nos parece que sería un contrasentido suponer, que en condiciones semejantes, puede estar éste habitado y aquél no.

«Lo que puede decirse como más racional y más probable sobre los habitantes de Marte, es, que deben ofrecer mayor semejanza con nosotros que los habitantes de cualquier otro planeta de nuestro sistema. Si los caracteres orgánicos y tal vez así mismo las facultades mentales, están en armonía con el Mundo al cual pertenecemos, y si la constitución de los seres está en correlación íntima con la naturaleza de la cual dependen esos seres, se deduce naturalmente esta conclusión: que semejantes por su orden astronómico en nuestro grupo solar, ese globo y el nuestro son semejantes por sus condiciones íntimas de habitabilidad y por su habitación misma.»[4]

La semejanza que existe entre Marte y la Tierra ya la hemos visto en el transcurso de este artículo; es parecido al nuestro así en su constitución planetaria como en su apariencia exterior. Hasta la meteorología de aquel planeta ofrece la mayor analogía con la terrestre.

Para los habitantes de Marte, la Tierra les presentará la misma sucesión de fases que Venus nos presenta a nosotros, será una brillante estrella ya matutina ya vespertina.

¿Habrán pensado alguna vez, si en ese punto luminoso que chispea en el cielo, se agitan seres racionales, individuos de la

---

[4]C. Flammarion. —*Les mondes imaginaires et les mondes réels*.

inmensa familia humana, que Dios, en su absoluta sabiduría, ha esparcido para que cumplan su misión por los mundos infinitos que flotan en el espacio?

LUIS DE LA VEGA.

DICTADO POR LA SUPERIORIDAD

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Se evocó a un espíritu y simultáneamente se obtuvieron las tres comunicaciones que siguen:

Médium A. L.

Sufro mucho y mi sufrimiento está en mí mismo: nadie sino yo soy la causa de tanto padecer. ¡Y qué clase de mortificación la mía, tan pesada y tan cruel! Si vosotros pudierais comprender por un momento lo que padezco, seguro tendríais compasión de mí, y elevaríais al Todopoderoso una fervorosa plegaria que como bálsamo que alivia las dolencias humanas, sirviera de lenitivo a mis penas.

Os voy a contar la causa de mi desventurada situación.

Aparté de la senda de la virtud a una joven inocente, pura y virginal; y después de cometer esta indignidad, en lugar de enmendar la falta y reparar el daño causado a la inocencia uniéndome a ella por los santos vínculos nupciales, la desprecié; y ni las súplicas de sus padres, ni las amenazas de sus allegados, conmovieron mi endurecido corazón.

Pude haberlo reparado todo a última hora, pero mi orgullo pudo más que el deber; y ahora la conciencia, ese juez inexorable, me mortifica sin cesar.

En otras encarnaciones he cometido faltas análogas y muy graves algunas de ellas, como el haber dado muerte a mi esposa en el acto de estar hablando con un pariente suyo, y yo, llevado de un exceso de locura promovido por los celos, cometí este crimen. Luego supe que no era culpable y me arrepentí.

Dominad vuestros instintos y reemplazadlos por la razón.

Médium M. A.

Estoy en medio de un lago de fuego; ardo, no tengo consuelo; siempre estimulado por una torpe pasión que me degrada y me atormenta. Quisiera que me sacaseis del lodazal inmundo del vicio, que me hace desgraciado.

No me abandonéis, sed para mí el ángel de salvación; mañana tal vez os remunere de todo aquéllo que hagáis ahora por mí.

Tened entendido que el que bien hace, bien encuentra, y que Dios no abandona jamás a aquellos que practican la caridad, y muy grande es la que podéis ejercer por mí; sí, estad seguros que, si estando como estoy sufriendo tanto; si en medio de mi aflicción me dejáis sin el consuelo que os pido, es posible que algún día tengáis que sufrir vosotros mismos iguales tormentos que los que desgraciadamente me aquejan. Sí, orad por este espíritu desgraciado que tanto padece por haber desviado del camino de la virtud a una mujer que se llamó.....

Médium A. E.

Padezco mucho; continuamente me veo perseguido por una hermosa joven a quien aparté de sus deberes, y que de vergüenza y pesadumbre murió abandonada, triste y sin tener un pedazo de pan que llevar a su boca; sin que caritativa mano enjugara sus lágrimas que corrían libres por aquel rostro escuálido por el hambre y el infortunio.

No puedo apartarme de ella, me persigue a todos lados, siempre errante por el espacio huyendo de esta víctima que me fascina con sus miradas. ¡Tiene lastima de mí, por mí pide a Dios todopoderoso, y yo no puedo resistir su tranquila y compasiva presencia!

Me hace daño, me exaspera, y al recordar el martirio que le hice sufrir, un mar de tinieblas aparece a mi vista, y en él me abismo aterrorizado de mi espectro; pero ella allí me busca, allí me aparece de nuevo, más radiante si cabe, más humilde, más compasiva. ¡Horror, horror.....no puedo resistir más, quiero huir...quiero librarme de este verdugo moral.....su presencia me aterra, y el espacio interplanetario es poco para mí; es más estrecho que lóbrega cárcel, que hediondo calabozo!

¡Mi padecimiento es muy cruel! todos los espíritus de mi grado me llaman cobarde, asesino, falsario. Se mofan de mí, me asustan..., y solo ella, la.....es la única que me tiende sus manos para sacarme de aquí! ¡Esto es horrible... no puedo tocarla! ¿Cómo asirme de ella si la maté? ¿Cómo mirarla si solo puse en ella mi vista para ultrajarla, para arrojarla al lodazal inmundo del vicio, haciéndola perder en el mundo la respetable consideración que se merecía?

¡Por Dios! ¿No hay quién me saque de aquí? ¿No hay un espíritu que se apiade de mi dolor? Soy un criminal, que abusé de mi fuerza. Lo sé, me arrepiento de ello. Sé que no debí emplear mi astucia en vencer la casta entereza de una virginal mujer, cándida como la paloma, sino inclinarla a cortar los abusos de ese género que se vienen sucediendo en la tierra.

Tarde, muy tarde lo sé; pero ¡Dios mío que expiación tan grande estoy sufriendo! ¡Qué terrible pago me espera!... Esperanza, socórreme. ¡Fe, fe, quiero tenerte, pero soy tan malo, tan ruin, tan villano! No puedo más.... tened compasión de mí. Orad, orad mucho por este desgraciado ser que empleó sus facultades en manchar una blanca azucena y arrojarla al muladar. Orad por un espíritu arrepentido que desea termine su sufrimiento moral y quiere regenerarse por la prueba de la reencarnación. Ella se llamó....

Comunicación espontánea

«Es una ley de la naturaleza inerte, que toda reacción se presente igual y contraria a la acción. No así en el mundo moral.

«Inerte la materia, por ley de su propia esencia, no había de ser causa nunca de sus estados sucesivos, no se forjaba su vida, no se hacía su tiempo. Por eso bastaba la reacción igual y mantenerla en su presente, único tiempo que posee.

«Activo el espíritu, perceptible, vivo, en una palabra, necesitaba fuerza bastante para sobrepasar los obstáculos que le presentara su camino a la realización de la esencia; necesitaba que la reacción fuera mayor que la acción.

«Esto es de todos conocido, esto es vulgar. El exceso de rapidez en un movi-

miento moral produce pronto el marasmo. La presión de una sola aspiración legítima lleva a la muerte del opresor aunque cortos momentos antes fuera aplaudido y aclamado.

«Pues bien, el exagerado materialismo del pasado siglo, ha producido el espiritualismo aún más exagerado del presente. Entonces se negaba la existencia del alma inmortal, *porque no la había descubierto el escalpelo*; hoy se niega realidad a la materia, que todos tocáis, que todos sentís *necesaria* a vuestra vida.

«Cuidad mucho vosotros, espiritistas, de no tocar en ese escollo. No creáis protestar contra la desmoralización presente, contra las desdichas futuras, achacándolas a la materia, y rebajando ésta luego al papel de transitorio escenario donde se realiza nuestra vida. Así he visto discurrir a algunos de vosotros, y esa doctrina es errónea.

«La materia, lo mismo que el Espíritu, es emanación, obra, creación de Dios. Dios crea fuera del tiempo, porque el tiempo es sólo la forma de la sucesión de estados en un ser; luego ninguna creación de Dios puede ser temporal. La materia es eterna, la materia, como esencia, ni ha tenido principio, ni tendrá fin, porque cualquiera de ambas cosas supondría que *antes* o *después* la materia era inútil, que *antes* o *después* Dios modificaba su obra: esto es simplemente absurdo.

«Otra consideración puede demostraros del mismo modo que jamás os separaréis de la materia. La materia, es el vasto campo de vuestro progreso, la sangrienta arena donde recogéis vuestros lauros inmortales, y sabéis bien que vuestro progreso es indefinido, que no sería bienaventuranza la contemplativa ociosidad de las religiones indias y de algunas formas del Cristianismo. ¿Cómo podéis suponer ni desear la *absoluta* separación de la materia, cuando os reduciría precisamente a esa inmovilidad estúpida o egoísta?

»No, la materia eterna, será eternamente escenario del Espíritu, no sólo de los espíritus que comiencen *en todo tiempo* la carrera de su progreso, sino de todos cuantos aspiren a conocer al Creador de la única manera posible: por su creación.

«¿Necesitaré ahora refutar a los que, lógicamente discurriendo sobre la indignidad de la materia, pretenden dibujar un Dios Espíritu puro? ¿Qué entienden por *Espíritu* los que tal sostienen? ¿Si el espíritu es una de las formas de la creación divina, cómo a Dios Creador quieren incluirle en su obra? ¿Porque un pintor haga un retrato, podrá decirse que el pintor es retrato también?

»Ninguna de las dos grandes esencias creadas, Espíritu y materia, es anterior ni superior a la otra ante la justicia divina. Ninguna de ambas ni las dos juntas pueden pretender jamás manifestar ni encerrar la esencia Divina. Espíritu y materia es la humanidad, y la humanidad *todavía* no es Dios. Dios es algo más que todo eso, pero Dios es inexplicable en el lenguaje de los hombres; Dios, como esencia, es *incomprensible* porque lo comprende todo; Dios nos permite dudar y luchar y caer, porque en el Infinito y en la Eternidad nada muere, nada se aniquila, todo tiende constantemente a merecer su amor. Él es la gravitación en la materia; es la caridad en el espíritu; es el fin y el principio; es el bien.

»No os empeñéis pues, en determinar la esencia Divina. No es material, no es espiritual; es las dos cosas y algo más, es una esencia superior que las contiene a entre ambas, porque es la única, porque es el Ser. Buscadle y le encontrareis, porque

en la Creación sí que es verdad, que «por todos los caminos se va a Dios.»

SÓCRATES.

Criterio Espiritista

BARCELONA 20 DE FEBRERO DE 1869

Médium M. C

Iglesia, he aquí una palabra que anda en muchos labios, que da lugar a no pocas controversias y que suele ser interpretada en muy distintos sentidos. ¿Qué debe entenderse por Iglesia en el verdadero sentido de la palabra? ¿Qué debéis entender vosotros Espiritistas por Iglesia? Vamos a procurar explicarlo.

Desde luego sabed que una sola es la Iglesia, la de Jesucristo. Cuando se dice la Iglesia protestante, la Iglesia cismática, etc., se dice un absurdo: porque no hay más que una sola y verdadera Iglesia.

Debe entenderse por la Iglesia de Cristo la reunión de todos los hombres que, ora consciente, ora inconscientemente practican su doctrina. No se necesita para ello haberse sometido a esta o aquella fórmula establecida por los hombres. Basta únicamente el cumplimiento de la ley, y allí donde esto se haga, allí donde se ame a la razón suprema sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo; allí está de hecho la Iglesia de Jesús, que es la de Dios. Ya veis que la fórmula es vasta, y que en ella caben todos los hombres de buena voluntad, los verdaderos operarios de la Providencia. Este es el verdadero catolicismo, la Iglesia universal.

Los hombres que todo lo sujetan a miras interesadas han restringido la acepción de la palabra, y han dicho que la única Iglesia verdadera es la católica romana. No entréis nunca en cuestiones de esta índole, pero tampoco pongáis límites al amor de vuestro espíritu hacia todos aquellos que cumplen como buenos. Mirad lo que hacen en pro de la humanidad y de la virtud y no las formalidades de que se valen para su adoración respecto del Eterno. Todo esto es humano, y con los hombres empieza y concluye.

Buscad lo eterno, es decir, la virtud practicada y el bien realizado. Aquél es vuestro correligionario; esto es, hermano vuestro que cumple, tanto como posible le sea, la ley de amor en todas sus manifestaciones lícitas.

Iglesia, pues, es la congregación de todos los hombres juntos; Iglesia verdadera católica es la reunión de todos los obreros de la Providencia. A éstos es a quienes ella ayuda y sostiene.

AGUSTÍN.

EPISODIO

He aquí un episodio, digno de ser más conocido de lo que es aún, porque enseña cuanto encierra de más grande el mundo real, que el imperio de las ficciones. Está sacado de la vida del gran matemático Euler, y el mismo Arago fue quien lo refirió en la Cámara de los diputados en la sesión del 23 de marzo de 1837.

Euler, el gran Euler, era muy piadoso, un día uno de sus amigos, eclesiástico, perteneciente a una de las iglesias de Berlín, le decía:—La religión está perdida, la fe ya no tiene base, el corazón ya no se conmueve, ni aún por el espectáculo de las más grandes bellezas, de las maravillas de la creación. ¿Lo creeríais, amigo mío? He representado esta creación en todo lo que tiene de más grande, de más

poético, de más maravilloso, he citado los filósofos antiguos y hasta la misma Biblia; pues bien, la mitad del auditorio no me ha escuchado, y la otra mitad, o se han ido del templo o se han dormido.

—Haced lo que voy a indicaros, respondió Euler: en vez de explicar el mundo según los filósofos griegos o la Biblia; describid el universo de los astrónomos; rasgad el velo de las preocupaciones y enseñadle tal como es, tal como lo han hallado las investigaciones de la ciencia moderna. En ese sermón que ha sido tan poco escuchado; probablemente siguiendo a Anaxágoras habréis sostenido que el sol es grande como el Peloponeso; pues bien, decid a vuestro auditorio que según medidas exactas, incontestables, nuestro Sol es 1.200,000 veces más grande que la tierra. Les habréis dicho sin duda que el cielo es una magnífica bóveda de cristal; pues bien, hacedles comprender que eso no puede ser porque los cometas la romperían; los planetas en vuestras explicaciones no se distinguen de las estrellas más que en el movimiento, explicadles que esos planetas son otros tantos mundos, que Júpiter es 1,400 veces más grande que la tierra, que Saturno lo es 900 veces, describidles los maravillosos anillos que le rodean y decidles algo de las lunas múltiples de esos mundos lejanos.

Cuando les habléis de las estrellas y de la distancia que de ellas nos separa, no contéis por leguas, el número sería demasiado grande, tanto que escaparía a su apreciación; tomad por tipo la velocidad de la luz que recorre 77,000 leguas por segundo, y añadid enseguida que no hay ninguna estrella cuya luz pueda llegar a nosotros antes de tres años, que hay algunas sobre las cuales no se ha podido aplicar un medio particular de observación y que su luz no nos llega antes de treinta años.

Y pasado de resultados ciertos a otros de la mayor probabilidad, enseñadles que según toda apariencia, ciertas estrellas podrían ser aún visibles para nosotros muchos millones de años después de haberse apagado su brillo, pues la luz que de ellas se desprende emplea millones de años en atravesar el espacio que las separa de la tierra.

Tal fue, señores, dicho en pocas palabras y sólo con alguna modificación en las cifras, el consejo que le dio Euler.

Este fue seguido; en vez del mundo de la fábula, el sacerdote describió el mundo de la ciencia. Euler aguardaba impaciente a su amigo. Llegó en fin, llevando la desesperación pintada en el semblante. Sorprendido el geómetra le preguntó: Y bien ¿qué os ha sucedido?—¡Ah! señor Euler, respondió el sacerdote, soy muy desgraciado, han olvidado el respeto que se debe al santo templo...¡me han aplaudido!

Y es que el mundo de la ciencia era cien codos más alto que el mundo que han soñado las imaginaciones más ardientes; es que hay mil veces más poesía en la realidad que en la fábula.

FLAMMARION.

(Les Merveilles celestes.)

LA UNIDAD DEL LENGUAJE[5]

(París, 24 de marzo de 1869)

La unidad de lenguaje es imposible, del mismo modo que la unidad de gobierno, por lo menos hasta una época lejana. Dejemos pues a los hijos de nuestros hijos, el cuidado de pensar en las trasformaciones lingüísticas que necesitarán sus épocas. Lo que importa hoy, es aumentar los me-

[5] De la *Revue Spirite*.

dios de relación, remover los obstáculos que separan las nacionalidades, considerar a los hombres como seres que hablan a Dios en un idioma distinto, que han aprendido a respetarle y a venerarle bajo formas diferentes, pero que todos son sus criaturas bajo el mismo título.

Prodigad ampliamente la instrucción, simplificad la filosofía, hacedla sencilla y lúcida, despojándola de todo ese fárrago de chocarrerías escolásticas, haced que vuestras discusiones tengan por objeto principios y no formas de lenguaje, y lograréis, si no llegar a la verdad absoluta, por lo menos aproximaros a ella cada día.

Estudiad los idiomas extranjeros, pero conoced bien el vuestro propio; servíos de ellos para estudiar la historia, para apreciar los progresos del espíritu humano, y crearos un método de experimentación por el modo con que éstos se han verificado.No es la variedad ni la multitud de conocimientos lo que hace al hombre verdaderamente instruido; no es a saber mucho a lo que debe uno aplicarse, sino a saber segura y lógicamente.

¡Las faltas de las generaciones pasadas, deberían ser para la contemporánea como otros tantos arrecifes designados por el estudio a los experimentadores; a fin de que eviten llegar a ellos y estrellarse!.. Los exploradores de mares desconocidos se exponen a graves riesgos, puesto que ignoran la causa y la naturaleza de los peligros que tendrán que afrontar; y si no descubren todos los escollos, señalan por lo menos el mayor número a los que deben recorrer el mismo camino después de ellos, y éstos ya saben a qué atenerse. En el océano infinito que hemos de recorrer para alcanzar la perfección; diríase que al contrario, los escollos atraen, que las corrientes pérfidas están dotadas de un poder atractivo, de una influencia magnética irresistible. Cada cual quiere encallarse por sí mismo, haciendo caso omiso de los que han perecido descubriendo el abismo.

¡Cuándo, pues, seréis prudentes, o hombres!... ¿Cuándo abandonaréis vuestras locas y temerarias excursiones sin método y sin freno?...¿Cuándo haréis de la razón y de la lógica vuestros guías más seguros?

Mas si queréis allanar el camino y obtener este resultado, olvidad vuestras discusiones intestinas que el interés particular desaparezca ante el interés general, y que vuestra divisa común sea: *Cada uno para todos y todos para cada uno.*

¿Queréis la paz? Dad la *instrucción*…

¿Queréis el desarrollo del comercio, de la industria, de las artes?...Entended profusamente la *instrucción*.

¡La instrucción siempre y por todas partes!...

Ante ella y solo ante ella desaparecerán las tinieblas; ella es quien hará de la inteligencia un poder y de la materia un objeto; de Dios el poder creador y remunerador; del hombre una inteligencia regenerada y progresiva, de todos, en fin, los miembros cooperantes de una sola y misma familia: la humanidad.

CHANNING.

VARIEDADES

A LA CARIDAD

Tiñendo nubes de grana
Y horizontes de zafiro,
Se ve en la dulce mañana
La carroza soberana
Del Sol al cielo subir.

Y la sonrisa divina
Del resplandor generoso,
El universo ilumina,
Mientras la noche camina
Hacia su reino espantoso.

¡El Sol! que dulce calor,
¡El Sol! Que bello fulgor,
No hay sombra que no desvíe,
Todo despierta, y sonríe
De gratitud y de amor.

¡Caridad, Sol de grandeza,
Que Dios te guarde por pía;
Cuando tu ascensión empieza,
No hay corazón ni cabeza
Que no despierte y sonría!

Eres tú la destinada;
Tú desnudarás la espada
Del amor y el heroísmo,
Este mundo de egoísmo
Precipitando en la nada.

Y con el soplo fecundo
De tu potencia bendita,
Desde el abismo profundo
Levantarás otro mundo
De compasión infinita.

Sin Dios el orbe muriera;
Va el orbe de Dios en pos
Bebiendo luz en su hoguera,
Pero si Dios no existiera
Caridad, tu fueras Dios.

Oye la voz soberana
Que del Gólgota sangriento
Rueda hasta la raza humana,
Y en lazo místico hermana
Al pobre y al opulento.

Caridad, vuelve los ojos
Hacia este mísero mundo
Lleno de rudos abrojos,
Y al numen de los enojos
Lanza al abismo profundo.

Caridad, mira que van
Aumentando los pesares
Y bramando el huracán....
Caridad, mira que están
Muchos pobres sin hogares.

Caridad, mira que el frío
Es más crudo cada vez
Y hay muchos pobres ¡Dios mío!
Que con harapos de estío,
Cubren mal su desnudez.

Caridad, mira que hay techo
bajo el cual sólo se aspira
Fétido ambiente; que hay lecho
Donde algún mísero pecho
Lidia con ansia y espira.

Caridad, di a las hermosas
Que en los dorados salones
Lucen diamantes y rosas,
Den atención bondadosa
A estas dolientes razones:

«Mientras en rico diván
O en hermosísimo lecho
Dais reposo a breve afán,
Hay muchas frentes que están
Lejos de plácido techo.

Mientras que el largo festín
A vuestro corto apetito
Brinda manjares sin fin
Y hasta el dichoso mastín
Harto suspende su grito.

Hay muchos pobres que ven
Pasar el tiempo sin pan,
Sin otro plácido bien
Que el irritante desdén
Que los que pasan les dan.

¡Oh madres! pensad en eso;
Y al dar al hijo adorado
Vuestro amantísimo beso,
Recordad que en el exceso
Del dolor desesperado,

Hay tiernas madres también
Que sin poderlo impedir,
Con hambre bárbara ven
A su dulcísimo bien
Entre sus brazos morir.»

Caridad, di a las hermosas
Que en los dorados salones
Lucen diamantes y rosas
Estas razones juiciosas,
Estas cristianas razones.

Ellas las comprenderán;
Sus orientales chapines
La humilde «hoza hollarán
Y en tal momento estarán
Más lindas que en sus festines.

Sigan del pobre las huellas
Si van de hermosura en pos,
Y estarán mucho más bellas,

Coronándolas de estrellas
La santa mano de Dios.

Caridad, ángel sublime,
Ven, brilla, abarca en tus alas
Al universo que gime,
Consuela, salva, redime,
Sé la luz, a quien igualas.

Rómpase el negro capuz,
Que envuelve al mundo en horror;
Brille en el Monte la Cruz,
Caigan torrentes de luz,
Caigan torrentes de amor.

SALVADOR SELLES.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscritores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles La Revelación hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍAS
SAN FRANCISCOS NÚMERO 21s DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 46

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 30 DE NOVIEMBRE DE 1873.

FASES DE LA CARIDAD

Si los espiritistas hubieran salido ya de los *cuidados del siglo*, ese sol abrasador que agosta en flor las mejores ilusiones del sentimiento moral, estamos seguros que hubieran intentado fundar en algunas grandes poblaciones ciertas sociedades benéficas, caritativas, humanitarias, donde enjugar las lágrimas del desvalido y menesteroso. Pero, abstraídos por las atenciones sociales, atienden más las exigencias de ésta que las de la humanidad que a grandes gritos les reclama, su protección generosa para aliviar en lo posible la suerte de tanto desgraciado a quien hay que prestar al mismo tiempo que el socorro material, el consuelo, el alimento del alma, ese pan espiritual que nutre y fortifica el *yo*, y le reanima para sufrir con resignación los pesares de esta trabajosa vida.

Lamentos del alma, quejidos del corazón, son los únicos vapores que exhala hoy la tierra impregnada de sangre por nuestras terribles discordias civiles: lamentos y quejidos que desgarran el corazón de los que aman a todos los hombres, porque son hermanos suyos y cuyo sufrimiento les conduele y les lastima; que el que no siente las desdichas de los hombres, no merece el dictado de tal, no debe figurar entre los seres racionales.

Preciso es, pues, que se tome por objetivo esa gran panacea de todos nuestros repugnantes males, *la caridad*, despreciando añejas preocupaciones y más arraigados vicios, comencemos a reunir fuerzas y voluntades, a formar un todo homogéneo donde se reúnan los óbolos de todos los hombres de buena voluntad, para crear un establecimiento benéfico que pueda albergar a un desgraciado huérfano por lo menos, para ir luego aumentando según se pueda este loable ejercicio de proteger a los seres que al nacer no encuentran una mano protectora que cuide

de su alimentación y de dirigir sus pasos por los tortuosos senderos de la vida.

Fijémonos un solo momento en los efectos de la caridad oficial y nos horrorizarán sus resultados. Hay que hacer grandes esfuerzos para contrarrestar la indiferencia que corroe nuestra alma, hay que intentar librarnos de la fea mancha del egoísmo, para salvar del inminente peligro del crimen a muchas criaturas que bajan la pendiente resbaladiza del vicio por no tener quien bien les aconseje, porque nadie se tomó el trabajo de hacerles creer, esperar y orar. Si tuviéramos la fortuna de comenzar pronto una obra de esa naturaleza e inculcáramos los principios cristianos en el alma de los desvalidos, no tardaríamos en palpar los sorprendentes resultados que daría la educación espiritista. El hombre no se mantiene sólo con *pan*, le falta otra cosa de más precio, más nutritiva y mejor, de incalculable valor, esto es, la instrucción, la enseñanza. Arránquese a la ignorancia, al embrutecimiento, a tantos seres desgraciados por el entumecimiento de la miseria, y la maldad no recibirá de continuo esa falange de proscritos del bien que van a buscarla impelidos por el vicio de no saber.

Enseñar al que no sabe, es la primera obra de misericordia, es la más grande y divina, porque encierra en ella las otras, porque se necesita la virtud para ejercerlas. Dar pan, solo por darle imitando la costumbre, es pobre y mezquino, es necesario hacer más y tratar de no sonrojar al que toma, sabiendo dar.

Para esto, bueno es que los hombres se estudien a sí mismos, que se comprendan y que no rebajen la dignidad de otros cuando ellos no querrían fuese rebajada la propia. Al obrero se le da trabajo antes que limosna y de este modo no se le sonroja; lleno del noble orgullo del que se gana su sustento, lleva a su familia el jornal ganado a fuerza de sudores y trabajos; si es imposible compensar lo que se intenta conceder por no haber trabajo, se da como adelanto para más tarde resarcirse de ello, y el que toma no baja sus ojos, pues aquella obra solo es un anticipo que se hace a su honradez y probidad, confiando en su palabra.

Lo mismo puede y debe hacerse con respecto a la mujer, si bien con mucho más tacto y tratando de investigar las causas de la prostitución y el medio de evitarla, ya aconsejando mucho y muy bueno a esas infelices que llenas de envidia por el lujo que ostentan otras afortunadas, venden las caricias de su amor y su cuerpo al que les da lo necesario para vestir seda convirtiéndose en meretrices. Luchas obstinadas tenéis que sostener los espiritistas contra esos falsos protectores de las familias, que con escusa del bien y con capa de protectores se mezcla entre las familias para extinguir el culto al honor, para matar la honra, gozando a costa de la miseria de aquéllas infelices. Si alguna vez puede ser justa la guerra, nunca con mejor razón que contra esos sepulcros, manchas deshonrosas que caen sobre las familias, las que no pueden lavarse sino tras de crueles privaciones y terribles tormentos expiatorios.

Cuando conozcamos a uno de estos seres, debemos asediarlos con nuestra mirada escrutadora, con nuestro virtuoso ejemplo, con nuestras acciones nobles y levantadas, sin género alguno de interés mezquino que pueda rebajarlas, protegiendo constantemente a los que buscó el avaro de placeres, para que pierda el ascendiente que trata de adquirir sobre aquéllos y para arrancarle la careta a tiempo con el fin de que se horroricen los desgraciados de sus repugnantes pasiones ocultas por el antifaz de una caridad maldita.

Mucho, mucho hay que trabajar en la viña del Señor. Nadie llega tarde; quizás los que llegan los últimos y trabajan con fe, puedan alcanzar tan buena recompensa como los primeros. ¡Ejerzamos la caridad que en todas partes nos ofrece trabajo! ¡Ay! del que cuidadoso del baile y de la cita, del café y del amigo, de la pasión y del vicio deje para después su trabajo o se olvide que hay quien padece, quien llora y no trata de consolarle. ¡Desventurados de los que son llamados y no quieren ser escogidos!

ANTONIO DEL ESPINO.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

VIII

JÚPITER

Sin detenernos un instante a considerar ese grupo de pequeños planetas—o de fragmentos planetarios según algunos—que giran en el espacio que media entre Marte y Júpiter, ya que a éstos les reservamos un lugar aparte más adelante; lleguémonos a contemplar ese mundo colosal que rueda majestuoso por el infinito espacio, seguido de sus cuatro satélites; ese mundo, feliz mansión sin duda de inteligencias superiores, que han llegado a alcanzar con su trabajo la dicha de poderle habitar, en alguna de las encarnaciones que Dios les ha concedido.

Júpiter, es en efecto un mundo admirable. Más de mil cuatrocientas veces mayor que el nuestro; con una temperatura siempre constante en sus diferentes zonas, un estío o una primavera perpetua desplegarán sus magnificencias en aquellas vastísimas regiones. Allí no hay invierno ni verano: en su largo año cuya duración es casi igual a doce de los nuestros, los días y las noches son siempre de la misma duración, y las noches, las bellas noches alumbradas por cuatro lunas, como otras tantas lámparas de alabastro suspendidas de la bóveda azul de los cielos.

Todo es armonía allí. Desde el ecuador hasta los polos hay una gradación insensible en la temperatura: en las regiones intertropicales, anchas bandas de nubes surcan constantemente la atmósfera, empujadas por corrientes de aire semejantes a nuestros vientos generales o alisios, según ha podido observarse desde aquí. Un escritor, uno de los novelistas que más llaman hoy la atención pública—Julio Verne—ha dicho refiriéndose a Júpiter, que «con condiciones de existencia tan maravillosas, los habitantes de aquel mundo afortunado son seres superiores; que en él los sabios son más sabios, los artistas más artistas, los malos menos malos y los buenos mucho mejores.» No hemos citado esta definición del novelista francés, sino por lo mucho que dice en pocas palabras, y porque está conforme esta apreciación que se deduce de las condiciones físicas y astronómicas de aquel planeta, con lo que han dicho de él algunos Espíritus.[(1)]

Júpiter se nos presenta a simple vista como una estrella de primera magnitud, su luz es viva y tranquila, examinado con un anteojo de alguna potencia, se descubren alrededor suyo tres o cuatro puntos luminosos que son sus satélites.

A la distancia de 198,716.400 leguas, describe ese mundo colosal su órbita alrededor del Sol; órbita inmensa, cuyo desarrollo total no baja de 1,214 millones de leguas, que recorre con una velocidad de 11,675 leguas por hora.

[1]Véase la *Revista* del mes de Octubre de 1869 pág. 124.

¡Qué grandioso espectáculo! ¡Qué vértigo causaría ver rodar por los abismos inconmensurables del cielo, y con una rapidez tal, un globo cuyo tamaño excede a mil cuatrocientas Tierras reunidas!

A pesar de la velocidad de su carrera, tarda cerca de 12 años de los nuestros en recorrer su órbita por entero; o lo que es igual y dicho con más precisión, emplea en su movimiento de revolución sideral, 11 años. 315 días, 12 horas. Cada año de Júpiter es, pues, equivalente a ese espacio de tiempo para nosotros.

En cambio de tan largo año, el día es sumamente corto en aquel planeta; empleando sólo 9 horas, 55 minutos, 45 segundos en el movimiento de rotación, resulta que el día solar no será más que de unas 5 horas.

El volumen real de Júpiter es:

1.528,718.930,600 miriámetros cúbicos, o lo que es igual l,414 veces mayor que la Tierra: su diámetro es 142.925,838 metros, y su superficie 641,735.994,310 miriámetros cuadrados o sea una extensión igual a 126 veces la superficie total de la Tierra. ¡Qué vasto campo para saciar la ambición del más descontentadizo de nuestros conquistadores! Pero Júpiter se halla a 159 millones de leguas; y a tal distancia, no es posible trasportar ni ejércitos ni cañones. No, a Júpiter no se le conquista con la violencia. Si aquel mundo es mejor que el que pisamos, como todo parece indicarlo, un solo camino hay para llegar a él—no para conquistarle, sino para conquistar la dicha de habitarle—y ese camino se llama el amor, la caridad, las buenas obras; éste es un camino seguro, y de cierto que nos llevará aún más lejos.

El eje de rotación de Júpiter apenas está inclinado sobre el plano de su órbita (sólo 3 grados 5 minutos) y a esta circunstancia se deben las ventajas que goza en cuanto a la estabilidad de la temperatura en una misma zona, y la duración siempre constate de los días y las noches.

La densidad de la materia de que está formado Júpiter es mucho menor que la de la Tierra, representada la de ésta por 100, la de Júpiter lo está sólo por 24, véase pues, cuánto menos grosera no es la materia que le constituye que la que forma nuestro mundo. Este hecho, comprobado por la ciencia, se presta a multitud de consideraciones que abandonamos al juicio de nuestros lectores.

Por razón de la distancia a que Júpiter se halla del astro luminoso, la luz solar que recibirá será solo la vigésima quinta parte de la que la Tierra recibe; ya que la intensidad de la luz varía en razón inversa del cuadrado de la distancia del foco que la produce.

Examinado Júpiter con el auxilio de un anteojo de bastante potencia, una de las primeras cosas que se notan en su disco, es, el aplastamiento considerable de sus polos, aplastamiento que, medido con los instrumentos que para este objeto se emplean, da un resultado de 7,960 kilómetros de diferencia entre el diámetro polar y el ecuatorial. La depresión es, pues, de 3,981 kilómetros en cada polo, lo que le da una forma parecida a la de una naranja.

La constitución física de los planetas, se deduce naturalmente de los fenómenos que en ellos se observan, valiéndonos de esos poderosos aparatos ópticos que hoy se emplean para explorar el cielo, y sorprender en apartadas regiones, las maravillas que allí ha desplegado el Divino Creador de todas las cosas. Dejemos hablar a Guillemin que nos describirá con mano maestra las observaciones que se han hecho respecto al planeta de que nos ocupamos.

«Anchas fajas parduzcas surcan el disco al norte y al sur del Ecuador; entre esas dos fajas, un espacio más brillante indica las regiones ecuatoriales, y por uno y otro lado, hacia las regiones polares se percibe una porción de estrías paralelas las primeras, ya oscuras, ya luminosas. El brillo del disco es notablemente más apagado hacia los polos.

»Con un instrumento cuyo aumento sea insuficiente, las fajas parecen perfectamente longitudinales, pero con mejores condiciones ópticas, es fácil ver una porción de irregularidades; nuevas manchas trasversales de forma dentellada, se cruza en varios sentidos en medio de las fajas mismas.

»Una circunstancia importante, es, que las fajas oscuras no llegan al borde del disco, que parece más brillante en todo el contorno visible del planeta, y eso es en efecto lo que debe suceder, si se admite con W. Herschel, Beer, Maedler y Arago, que las fajas brillantes no son otra cosa que masas de nubes, al paso que las oscuras corresponden a aquellas regiones donde la trasparente serenidad de la atmósfera permite descubrir las partes sólidas del planeta. Las masas de nubes vistas de frente reflejan una gran cantidad de luz; al paso que en los bordes, la intensidad luminosa se presenta disminuida por la oblicuidad; y al contrario las capas de aire trasparentes al centro del disco, parecen más brillantes hacia los bordes, porque los rayos que parten del suelo han de atravesar capas más y más considerables.

«Además de las fajas oscuras y brillantes, se perciben manchas que afectan formas variadas: presentando alguna vez el aspecto de manchas solares, y es precisamente por esas manchas que se ha determinado la duración de la rotación. Las fajas y las manchas, varían por otra parte de aspecto y de posición y hasta se ha visto en muchas épocas desaparecer enteramente la una o la otra de las dos grandes fajas oscuras. Esto es precisamente lo que tuvo lugar en 1834 y en 1835 con la faja boreal.

»Es, pues, muy probable que tienen lugar allá fenómenos atmosféricos, y el paralelismo de las masas de nubes, se explica muy naturalmente por el sentido y la velocidad de la rotación. Las regiones ecuatoriales de Júpiter son sin duda teatro de grandes corrientes de aire que tienen mucha analogía con los vientos alisios de nuestro planeta, con la sola diferencia—dice Arago—que el sentido en el cual se mueven las fajas brumosas es el inverso del que siguen los vientos alisios terrestres.

»E1 cambio de posición de las manchas irregulares, indica un movimiento propio; pero, según Beer y Maedler la velocidad notada en esa mudanza, se eleva todo lo más a 35 leguas por día, que es la de un viento ligero sobre nuestra Tierra. No hay, pues, lugar a imaginarse las violentas tempestades y los huracanes que allí se habían supuesto. Todo viene a hacer creer, por el contrario, que los fenómenos meteorológicos se producen con una gran regularidad sobre Júpiter; la larga duración de su año, la débil y lenta variación de sus estaciones, la densidad sin duda considerable de su atmósfera, la intensidad del peso en su superficie, son otros tantos hechos que concurren a producir una gran estabilidad atmosférica.»[(2)]

Hemos dicho que cuatro satélites alumbran las breves noches de Júpiter: digamos algo sobre ellos.

El movimiento de revolución de cada uno de éstos, es tanto más rápido cuanto

---

[2] *Le Ciel.*

más próximo está a su centro de gravitación.

He aquí sus distancias respectivas, y el tiempo que emplea cada uno de ellos en su movimiento de revolución sideral:

Satélites	Distancia al centro del planeta	Duración de la revolución
1º	108,268 leguas	1 día, 18 horas, 28 m.
2º	172,183 id.	3 id. 13 id. 14 id.
3º	274,742 id.	7 id. 3 id. 43 id.
4º	483,260 id.	16 id. 16 id. 32 id.

Las órbitas de los dos primeros son casi circulares, las de los otros dos son de figura más prolongada. El dominio de Júpiter abraza, pues, una extensión de cerca de un millón de leguas de diámetro.

No todos estos satélites son iguales en volumen; el diámetro del primero es 393 miriámetros; el del segundo 353, el del tercero 576 y el del cuarto 493. El tercer satélite de Júpiter, es, pues, mucho mayor que el planeta Mercurio, y el cuarto a poca diferencia del mismo volumen que el citado planeta.

«La intensidad del brillo de los satélites de Júpiter, no varía proporcionalmente a su volumen, puesto que en general, el tercero y el primero, cuyos diámetros son como 8 es a 5, parecen los más brillantes, y el segundo, el más pequeño y el más denso de todos es ordinariamente más luminoso que el cuarto, designado generalmente como el menos brillante. Así mismo se ha notado en el centelleo luminoso de esos satélites, ciertas variaciones accidentales, que se atribuyen, tanto a modificaciones de la superficie, como a oscurecimientos en la atmósfera que los envuelve. Por lo demás, todos parecen reflejar una luz más intensa que la del planeta mismo.»[3]

El color de la luz que reflejan estos cuatro satélites, no es el mismo en todos ellos; 1a del primero, segundo y cuarto tiene un tinte azulado, cuando la del tercero presenta un matiz amarillo, siendo probablemente ocasionada esta diferencia de color, por la naturaleza del suelo de los mismos.

En el disco del tercero y del cuarto han podido notarse algunas manchas.

Diremos para concluir, que desde Júpiter apenas es visible el mundo que habitamos.

Sólo algunos minutos antes del alba, podrán descubrir allá en el oriente una muy pequeña estrella, apenas perceptible a simple vista, cuyo débil y blanco fulgor desaparece luego, confundido en los raudales de luz del astro del día. Unos seis meses después, la misma estrella se dejará ver tímidamente y por pocos momentos en cielo del occidente, luego que el Sol haya traspuesto el horizonte. Esa pequeña y blanca estrella es la Tierra, nuestra actual morada, en la cual apenas habrán reparado los habitantes de Júpiter.

Marte y la Tierra, serán los únicos planetas inferiores que podrán observarse desde aquel mundo; en cuanto a Venus y Mercurio es probable que no los conozcan, ya por la distancia a que de ellos se encuentran, ya porque están constantemente envueltos en los resplandores solares.

LUIS DE LA VEGA.

[3] Humboldt—*Cosmos.*

Teoría de las manifestaciones físicas

I

Se concibe fácilmente la influencia moral de los Espíritus, las relaciones que pueden tener con nuestra alma, o sea el espíritu encarnado en nosotros. Se comprende también que dos seres de la misma naturaleza pueden comunicarse por el pensamiento, que es uno de sus atributos, sin la ayuda de los órganos de la palabra; pero lo que es más difícil de explicar, son los efectos materiales que ellos pueden producir, tal como ruidos, movimiento de cuerpos sólidos, apariciones, y sobre todo, las apariciones tangibles. Procuraremos dar su explicación según los mismos Espíritus, y en virtud de la observación de los hechos.

La idea que algunos se forman de la naturaleza de los Espíritus, hace a primera vista incomprensibles esos fenómenos. Se dice, que siendo el Espíritu la ausencia de toda materia, no puede obrar materialmente; pero, éste es el error. Interrogados los Espíritus sobre la cuestión de saber si son inmateriales, han respondido lo siguiente; *Inmaterial* no es la palabra, porque el Espíritu es algo, de otro modo sería la nada. Si queréis, es materia, pero tan etérea, que para vosotros es como si no existiera.» Según esto, no es el Espíritu una abstracción, como muchos lo creen, es un *ser* pero cuya naturaleza íntima se sustrae a nuestros groseros sentidos.

Ese espíritu encarnado en el cuerpo constituye el alma; cuando lo deja al morir, no sale de él despojado de toda envoltura. Todos nos dicen que conservan la forma que tenían cuando vivían, y en efecto, cuando nos aparecen, es en general bajo aquélla que les conocíamos.

Observémosles con atención en el momento en que acaban de dejar la vida; se hallan en un estado de turbación; todo es confuso a su alrededor; ven su cuerpo sano o mutilado según su género de muerte; por otra parte, se ven y se sienten vivir; algo les dice que ese cuerpo les pertenece, y no comprenden que se hayan separado de él; el lazo que los unía no está todavía completamente roto.

Pasado este primer momento de turbación, el cuerpo viene a ser para ellos un vestido viejo del que se han despojado, y que no echan de menos, continúan viéndose bajo la forma primitiva, y esto no es un sistema, sino el resultado de observaciones hechas sobre innumerables personas. Téngase a bien recordar lo que hemos referido de ciertas manifestaciones producidas por Mr. Home, y otros médiums de este género: aparecen manos que tienen todas las propiedades de las manos vivas, que os tocan, os cogen y de repente desaparecen. ¿Qué debemos inferir de ello? que el alma no lo deja todo en el féretro y que algo se lleva consigo.

Según esto, habría en nosotros dos especies de materia: una grosera que constituye la envoltura exterior, y otra sutil e indestructible. La muerte es la destrucción o mejor la desagregación de la primera, de aquélla que abandona el alma; la otra se desprende y sigue a ésta, la cual de este modo siempre tiene una envoltura: ésta es la que llamamos *periespíritu*. Esta materia sutil, extracto por decirlo así, de todas las partes del cuerpo, al que estaba unida durante la vida, conserva su estampa; he aquí por qué se ven los espíritus y por qué nos aparecen tales como eran cuando vivían. Pero esa materia sutil no tiene la tenacidad ni la rigidez de la materia compacta del cuerpo; y si es lícito expresarse así, es flexible y expansible: por esto es que la forma que tenía, si bien calcada

sobre la del cuerpo, no es absoluta, cede a la voluntad del Espíritu, que puede darle tal o cual apariencia según su voluntad, mientras que la envoltura sólida le ofrece una resistencia insuperable; desembarazado el periespíritu de esta traba que lo comprimía, se dilata o se encoge, se transforma; en una palabra, se presta a todas las metamorfosis, según la voluntad que obra en él.

La *observación* prueba, e insistimos sobre esta palabra observación, que toda nuestra teoría es consecuencia de hechos estudiados, que la materia sutil que constituye la segunda envoltura del Espíritu, sólo se desprende poco a poco del cuerpo, y no instantáneamente. Así, pues, los lazos que unen el alma y el cuerpo no se rompen de repente por la muerte, el estado, pues, de turbación que hemos notado continúa durante todo el tiempo en que se opera el desprendimiento; sólo cuando éste se ha completado, recobra el Espíritu la entera libertad de sus facultades y la clara conciencia de sí mismo.

Aún prueba la experiencia que la duración del desprendimiento varía según los individuos. En algunos se opera en tres o cuatro días, mientras que en otros no está del todo cumplido al cabo de algunos meses. Así que la destrucción del cuerpo, la descomposición pútrida, no bastará para que se verifique la separación; por eso dicen ciertos Espíritus: «¡Siento como me roen los gusanos!»

En algunas personas empieza la separación antes de la muerte, son aquéllas que, durante su vida, se han elevado por el pensamiento y pureza de sus sentimientos sobre las cosas materiales; la muerte no encuentra más que débiles lazos entre el alma y el cuerpo, y aquéllos se desatan casi instantáneamente. Cuanto más materialmente ha vivido el hombre, y más ha absorbido sus pensamientos en los goces y las preocupaciones de la personalidad, tanto más tenaces son los lazos; parece que la materia sutil se haya identificado con la materia compacta, y que haya entre sí cohesión molecular; he aquí porque sólo se separan lenta y difícilmente.

En los primeros instantes que siguen a la muerte, cuando todavía hay unión entre el cuerpo y el periespíritu; éste conserva mucho mejor la estampa de la forma del cuerpo, del que refleja, por decirlo así, todos los matices, y aun todas las circunstancias. He aquí porque nos decía un ajusticiado, pocos días después de su ejecución: «Si pudieseis verme, me veríais con la cabeza separada del tronco.» Un hombre que había muerto asesinado nos decía: «Ved la llaga que me han hecho en el corazón.» Creía él que podíamos verle.

Estas consideraciones nos conducirían a examinar la interesante cuestión de la *sensación de los Espíritus y de sus sufrimientos*; pero lo haremos en otro artículo, queriéndonos limitar aquí al estudio de las manifestaciones físicas.

Representémonos, pues, el Espíritu revestido de su envoltura semimaterial o periespíritu, teniendo la forma o *apariencia* que tenía cuando vivía. Algunos también se sirven de esta expresión para designarse, diciendo: «Mi apariencia está en tal sitio.» Evidentemente son éstos los manes de los antiguos. La materia de esta envoltura es bastante sutil para sustraerse a nuestra vista en su estado normal; pero no por esto es absolutamente invisible. En primer lugar, la vemos con los ojos del alma, en las visiones que se producen durante los sueños; pero no queremos ocuparnos de esto.

En esa materia etérea puede tener lugar tal modificación, y el mismo Espíritu puede hacerla sufrir una especie de condensa-

ción que la haga perceptible a los ojos del cuerpo; esto es lo que sucede en las apariciones vaporosas. La sutileza de esa materia le permite atravesar los cuerpos sólidos; he aquí porqué estas apariciones no encuentran obstáculos, y porqué a menudo se desvanecen a través de las paredes.

La condensación puede llegar hasta el punto de producir la resistencia y la tangibilidad: en este caso se encuentran las manos que se ven y se tocan; pero esta condensación (ésta es la única palabra que podemos servirnos para expresar nuestro pensamiento, aunque no sea del todo exacta), esta condensación, decimos, o mejor la solidificación de la materia etérea, no siendo su estado normal, no es más que temporal o accidental: he aquí porque esas apariciones tangibles, en un momento dado, desaparecen como una sombra. Así pues, del mismo modo que vemos un cuerpo que se presenta a nosotros en estado sólido, líquido o gaseoso, según su grado de condensación, así mismo puede presentarse a nosotros la materia del periespíritu en estado sólido, vaporoso, visible o invisible. Luego veremos cómo se opera esta modificación.

La mano aparente tangible ofrece una resistencia; ejerce una presión, deja señales, opera una tracción sobre los objetos que tenemos; hay pues fuerza en ella. Así es que estos hechos, que no son hipotéticos, pueden conducirnos a la explicación de las manifestaciones físicas.

En primer lugar, observemos que esa mano obedece a una inteligencia, puesto que obra espontáneamente, que da señales inequívocas de voluntad, y que obedece al pensamiento; pertenece, pues, a un ser completo que sólo nos enseña esa parte de sí mismo y lo que lo prueba, es que hace impresión con partes invisibles, dejando las señales de los dientes en la piel y haciendo daño.

Entre las diferentes manifestaciones, una de las más interesantes es sin contradicción la espontánea ejecución en los instrumentos de música. Los pianos y los acordeones parecen ser con este objeto, los instrumentos predilectos. Este fenómeno se explica naturalmente por lo que precede. La mano que tiene fuerza para coger un objeto, puede también tenerla para comprimir las teclas y hacerlas sonar; por otra parte se han visto varias veces los dedos de la mano en acción y cuando no se ve la mano, se ven las teclas que se agitan y que se abre y se cierra el fuelle. Esas teclas sólo pueden ser movidas por una mano invisible, la que da prueba de inteligencia haciendo oír, no sonidos incoherentes, sino melodías perfectamente rimadas.

Puesto que esa mano puede clavar sus uñas en nuestra carne, pellizcarnos, y arrancarnos lo que tenemos en la mano; puesto que la vemos coger y llevarse un objeto como lo haríamos nosotros, puede también dar golpes, levantar y derribar una mesa, agitar una campanilla, correr las cortinas, y aun también dar un bofetón.

Sin duda se preguntará cómo esa mano puede tener la misma fuerza en estado vaporoso invisible que en estado tangible. ¿Y por qué no? ¿Vemos acaso el viento que derriba los edificios, el gas que arroja un proyectil, la electricidad que trasmite las señales, el fluido del imán que levanta las moles, etc.? ¿Por qué, pues, sería menos potente la materia etérea del periespíritu? Sin duda que no pretendemos someterla a nuestros experimentos de laboratorio y a nuestras fórmulas algebraicas; y sobre todo, no vayamos porque hemos tomado los gases por término de compa-

ración, a suponerle propiedades idénticas y computar sus fuerzas como calculamos la del vapor. Hasta ahora se sustrae a todos nuestros instrumentos; es un nuevo orden de ideas ajeno a las ciencias exactas; he aquí porque estas ciencias no dan aptitud especial para apreciarlas.

Sólo damos esta teoría del movimiento de los cuerpos sólidos bajo la influencia de los Espíritus, para presentar la cuestión bajo todas sus fases, y para probar que, sin separarse mucho de las ideas aceptadas, se puede explicar la acción de los Espíritus sobre la materia inerte; pero hay otra, de más alto interés filosófico, dada por los mismos espíritus, y que da una nueva luz sobre esta cuestión; se comprenderá mejor después de haber leído ésta; por otra parte es útil conocer todos los sistemas a fin de poderlos comparar.

Nos falta, pues, ahora explicar cómo se opera esa modificación de la sustancia etérea del periespíritu; por qué procedimiento la lleva a cabo el Espíritu, y, como consecuencia, el papel de los médiums de influencia física en la producción de esos fenómenos. Lo que sucede en esta circunstancia, la causa y naturaleza de su facultad, etc. será asunto del próximo artículo.

ALLAN KARDEC.

PARÍS. LEDOYEN. GALERIA DE ORLEANS

NÚMERO 31

Magnetismo

Vosotros queréis que os diga alguna cosa sobre magnetismo; mucho me alegro, pues, de encontrarme en un centro científico. Vuestros ancianos recuerdan aún lo que sus padres hablaban de mí y de lo que se llamaba la *Cubeta de Mesmer*, a cuyo alrededor pasaban extrañas escenas. ¡Cuántas opiniones diversas se agitaron entonces en el mundo científico, en los salones y tertulias! Tantas cosas raras habéis visto en las convulsiones revolucionarias, que apenas podéis formaros una idea del modo tan diverso como se apasionaron los hombres cuando apareció el magnetismo. Los unos le miraban como un sortilegio, los otros creyeron que eran efectos nerviosos y enteramente físicos; pocos reconocieron en ello la mano de Dios, y sin embargo, el magnetismo es uno de los más grandes agentes del fluido Divino. Sí, el fluido es sin duda, una emanación del Espíritu—Creador.

¿Quién si no este Espíritu podía dar ese poder, que obra en el alma y en la materia organizada (el cuerpo)? ¿No veis en ello los dos principios de los seres animados; el Espíritu (alma), y la materia organizada (cuerpo)? Esta reunión de dos principios de la creación os manifiesta perfectamente quién los ha formado y de dónde dimanan, comprendiendo desde luego el poder del magnetizador.

Empecemos por desenvolver lo más noble y de mayor interés.

ALMA

Provisto el magnetizador del fluido que llamamos *Sinónimo*, es decir, semejante; pues viene de un mismo foco, todos los rayos son *sinónimos*, *semejantes*. Luego el fluido magnético, procediendo del foco, fluido divino, está en comunicación con el alma, que tiene también su origen en el mismo foco. Resumamos este pensamiento.

Todo ser tiene un alma, todos tenemos, pues, el fluido *sinónimo*. Por consiguiente: nada más fácil de comprender, que la

simpatía de un alma por otra; ¡son hermanas!... Mas en todo hay debilidad o fuerza, y las almas sufren esta ley; se apocan muchas veces, al contacto de la materia. De esto resulta que un alma vigorosa y provista de más fluido, domine a su hermana debilitada.

Lo mismo sucede con la materia. El cuerpo completamente impregnado de fluido, tendrá una fuerza vital con facultad de trasmitirla a los órganos debilitados y como *disecados* del ser, cuyo fluido se ha retirado, no en totalidad, porque eso sería la muerte, pero en una parte más o menos grande.

No sé si me habéis comprendido. Prosigamos.

EFECTOS MAGNÉTICOS

He querido probaros que el alma y el cuerpo están *provistos* del fluido *sinónimo*, y ambos *sometidos* al mismo; veamos sus efectos. Como estamos en un salón, hagamos comparaciones, porque demuestran mejor la idea y son menos áridas que las científicas palabras de las academias.

Como imagen física, el fluido magnético tiene alguna analogía con la niebla, el humo, el vapor; envuelve al ser por completo y está provisto además de moléculas aspirantes. De este modo, cuando sometéis una persona a los efectos magnéticos, se halla sumergida en la *niebla* del magnetizador, confundiéndose ambos. Desde el momento en que se hace esta unión, se establece la simpatía fluídica.

Una persona sana y fuerte tendrá, como hemos dicho, mayor masa de fluido que la enervada y enfermiza. Contemplad por la mañana, esos ricos y abundantes pastos, esas praderas de exuberantes yerbas vigorosas cubiertas de rocío, y la tierra árida que queda sin este agente, que vivifica y se alimenta al mismo tiempo de la fuerza vital. Someted a un *enfermo* a una naturaleza normal y sana, y tendréis el poder *magnético*. Éste se impondrá, impregnará con su fuerza regeneradora los órganos empobrecidos del enfermo, cuyos átomos aspiratorios, con poquísimos esfuerzos, se asimilarán los que proporciona el magnetizador con el auxilio de un vigoroso movimiento fluídico, hasta que lo saturan, llenándole en cierto modo de un principio de vida. Más como el alma debe poner siempre algo de su parte para formar un conjunto completo, ve lo que pasa a su alrededor, y como una parte del fluido magnético le pertenece y tiene su origen en ella misma, se asimilará el fluido corporal, que es su hermano, y le ayudará en su obra. Así es como se explica algún caso, aunque raro, de antipatía con el magnetizador y la lucha, y aun el alejamiento de los fluidos y el mal éxito de la curación.

SONAMBULISMO

El sonambulismo es uno de los incidentes más interesantes del fluido magnético porque pertenece al alma; es la acción de la materia expansiva y sirve sólo como *médium* mecánico *trasmite* pero no se impone y, en este caso, el magnetizador hace las veces de *evocador*. El *cuerpo ha dormido al cuerpo* y el Espíritu pregunta al Espíritu. La materia ya no obra como *potencia;* se dobla ante el Espíritu de Dios que se dispone a trabajar y a hacer trabajar. Entonces el cuerpo cae en una muerte aparente, no tiene ya cautiva a su noble prisionera que, aprovechando el sueño de su carcelero, recobra su libertad. Miradla cómo recorre el espacio y visita los parajes que habitó en otro tiempo, en donde encuentra sus afecciones; por un efecto galvánico, imprime al cuerpo inerte, en completa inmovilidad, el ejercicio del mo-

vimiento. ¿Quién no ha visto a los sonámbulos, dirigidos por la voluntad del alma, andar, escribir, hablar? Yo no os referiré ahora esos hechos que hoy están a la vista, y son del dominio público, pero, ¿cómo explicarlos, si la incredulidad de mala fe, contesta negando? La incredulidad *sincera* tiene la probidad de inquirir antes de negar. Ésta llega poco a poco a la verdad; sus primeros pasos son inciertos, vacila, pero mira y escucha. Si escucha, pregunta y se formaliza, meditando ante las respuestas que son revelaciones. En efecto, ¿cómo puede explicarse que un sonámbulo describa lo que pasa a cien leguas de distancia, que dé los más minuciosos detalles, haciendo presenciar escenas alegres y tristes, y descubra objetos ocultos en los parajes más inaccesibles a la vista?... Todo esto se somete a pruebas evidentes de realidad, hasta el extremo de que la misma incredulidad se ve en la precisión de decir: es verdad.... ¿Pero cómo sucede esto? Por la emancipación momentánea del alma a la que el fluido moral ha abierto la puerta del cuerpo..... ¿Cómo? Ya lo hemos dicho, el alma es el Espíritu de origen divino encarnado en la materia; paralizad esta materia, y desde luego, devolveréis la libertad al alma, que es *su centro*, porque Dios impone la prisión carnal, del mismo modo que los hombres imponen el *presidio* al culpable. Si dais libertad al alma, aunque momentáneamente, será como la paloma que remonta su vuelo a las azuladas alturas en donde goza. Cuando no comprende que puede elevarse, queda aturdida un momento, sin saber a dónde ir; pero después que ha sacudido de sus blancas alas el terrestre cieno, acariciada por el sol de la libertad, subirá hacia las regiones originales… Pero me desvío explicando la libertad por medio del magnetismo; esperad, pues, aquella libertad que será mucho más completa, porque será duradera, la emancipación por medio de la muerte... ¡Ah! El sueño magnético explica la libertad que Dios da a su criatura como descanso, después del trabajo, la corona, después de la lucha victoriosa.

Volveré a veros.

MESMER.

MÁXIMAS DE SAN JUAN EVANGELISTA

TRANSMITIDAS POR EL MÉDIUM CÉSAR BASSOLS

I

El agua del bautismo os hace cristianos ante vosotros mismos; las buenas obras ante Dios.

II

Una oración Dios la escucha; un acto de caridad, lo recoge.

III

Creer ira en Dios, es poner la Tierra en el Cielo; perdonar una falta, es poner en la Tierra el Cielo.

IV

Los brazos que estrechan, a Dios agradan; la mano que socorre, Dios la bendice.

V

Cuando el coraje os domina sois hombres; la sonrisa dulce en vuestros labios os hace hijos de Dios.

VI

La *soberbia* os impide brotar las emanaciones de vuestra alma; la *humildad* es el pedestal donde se asientan todas las virtudes.

VII

La *avaricia* empobrece vuestro espíritu cubriéndole con los bienes de la Tierra; la *largueza* os saca de entre el cieno mundano.

VIII

La *lujuria* refleja en vuestro espíritu la acritud de la materia; la *castidad* da a la materia parte de la pureza de vuestro espíritu.

IX

La *ira* os hace hijastros del Señor; la *paciencia* os lleva como al Maestro por el camino del Cielo.

X

La *gula* os humaniza sofocando la nobleza de vuestras sensaciones; la *templanza* coloca como debe vuestro espíritu sobre la materia.

XI

La *envidia* aísla vuestra existencia; la *caridad* os hace hermanos universales.

XII

La *pereza* rechaza la Ley de Dios; la *diligencia* responde a la expresión de la naturaleza.

XIII

Devolved bien por mal, para que os produzca un inmenso bien el mal que os hicieren.

XIV

Un destello de amor es tan dulce que sólo quien de veras ama lo comprende.

XV

Sed pródigos en vuestras limosnas, avaros de virtudes, elevados en vuestros pensamientos, dulces en vuestras palabras, rectos en vuestras obras, y así marcharéis en busca de Dios.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium J. Pérez

Se presentó un espíritu.

P. Ten la bondad de decirnos algo, espontáneamente, que pueda servirnos de instrucción.

R. Espontáneamente nada; proponed tema y os complaceré en lo que buenamente pueda.

P. ¿Qué relación ha tenido el sentimiento religioso, en su desarrollo, con los demás sentimientos de la humanidad, y cuál ha sido su importancia con respecto a los demás?

R. El sentimiento religioso ha venido intuitivamente de ultratumba: el hombre que fue primeramente espíritu y pensamiento en el espacio, se encarnó en este mundo; y del espacio trajo ese mismo sentimiento religioso, para que, tomando asiento en la humanidad terrena, levantara el edificio de perfección que tantos años ya, se viene construyendo. Poco importan las formas religiosas de tal o cual pueblo; cuando su cultura se generalice y llegue a cierto grado el desarrollo intelectual, entonces comprendiendo toda la misión que les trae a esta vida, trabajarán para conseguir un mismo fin. Las religiones positivas decaen, desaparecen, para que en su lugar abran los hombres en el santuario sagrado del corazón, el sentimiento que ha de conducirles a un término feliz, a Dios.

Las religiones que hasta hoy han sido incompatibles, con la ciencia caerán en el

descrédito de los siglos venideros, e inspirarán al hombre lo que inspira siempre el abuso y la intransigencia; pero la que marcha unida con la ciencia, ese talismán que el hombre conquista a fuerza de estudios y de experiencia, ésta prevalecerá sobre todas y alzará su frente, con noble dignidad, hasta encontrar en el regazo de Dios, la mansión de la bienaventuranza.

Ciencia no hay más que una, no habrá más que una sola religión; ésta es la idea.

Ciencia, sentimiento religioso y virtud, he aquí el trípode que está por conquistar y por el que tanto os afanáis para ser perfectos.

Médium A. Lauri

No cesaré de alabar a Dios por los beneficios que incesantemente nos concede, no obstante no haber tenido la dicha de comprenderle bien. Si fuéramos espíritus perfectos le comprenderíamos en su divina misericordia y en su bondad infinita. Nadie la conoce en la plenitud de sus atributos, en la totalidad de sus perfecciones; y hemos de resignarnos a concebirlo tal como nos lo forja nuestra ignorancia.

Los hombres virtuosos aconsejan a los menos perfectos, que cumplan estrictamente con los preceptos religiosos; por eso el hombre entregado a los vicios, poco instruido e indiferente al progreso, le cuesta mucho adquirir la noción de Dios, porque a Dios no se llega si no estamos depurados de nuestras miserables pasiones.

Los hombres perfectos instruyen a los indiferentes, y los espíritus buenos instruyen a los malos; ellos tienen más clara intuición de la verdad, ¿por qué no hemos de obedecerles? ¿por qué hemos de estar siempre obcecados y rehuimos, con tanta frecuencia, sus consejos y sus instrucciones?

Yo en este momento deseo inculcar en vuestro corazón el sentimiento sublime de la virtud; y si os dijera cuánto bien alcanzaría vuestro espíritu si la poseyeseis, acabaríais de comprender la razón de tanta insistencia por mi parte; cuanto hago es con el fin de veros caminar, progresando siempre, hacia otra vida que promete mayor felicidad y ventura.

Médium C. B.

¡Conciencia! Cuán difícil es decir con claridad tal o cual cosa es conciencia. ¿Es sustancia? no. ¿Es emanación? no. ¿Es facultad? no. Es... conciencia.

Le acompaña constantemente al ser desde que la inteligencia llega a determinado punto; sin la conciencia no era posible el libre albedrío: el hombre tendría que obedecer a una ley fatalista que lo condujera al bien, si no tuviera algo en sí mismo que lo que llevara a ese bien, sin dejar por esto de ser libre.

Ya sabéis lo que es conciencia: es... conciencia.

OLIVERIO CRONWELL.

Criterio Espiritista

VARIEDADES

AL PASADO

No como dulce rosa del verano;
no como bello cisne de la fuente;
no como tierno serafín galano;
no como sol fulgente.
Pasarás como planta venenosa;
pasarás como cárabo menguado;

pasarás como noche borrascosa
¡oh funesto pasado!
¿Qué detiene tu planta en este mundo?
¿Qué detiene tu vuelo en esta esfera?
El sepulcro te llama, muerto inmundo;
¡el sepulcro te espera!
Con las hordas del negro fanatismo,
de tu negro rencor en el acceso,
arrojar imaginas al abismo
al sagrado progreso.
Sierpe fatal, abominable hiena,
cese por fin tu guerra maldecida;
¿no ha vertido el postrer grano de arena
el reloj de tu vida?
Por ti el incendio férvido devora;
por ti la lid frenética se agita;
por ti la dulce patria gime y llora;
por ti «socorro» grita.
Padre funesto de sangrienta raza,
¿qué esperas de este siglo bonancible?
¿Es que el horrible infierno te rechaza
por mucho más horrible?
La beldad del presente dormitaba,
y asaltando su lecho, monstruo feo,
has osado ceñirla, con tu baba,
en inmundo himeneo.
Fuera sombra maldita, vil precito,
este suelo que pisas es sagrado,
este siglo que gozas es bendito,
fuera, torpe pasado.
Fuera, que Dios de su abstracción arranca;
fuera, que de su carro cruza en pos;
fuera, que ya la puerta gira franca;
fuera, que viene Dios!

SALVADOR SELLES.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquéllos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles La Revelación hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21, DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 47

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que estos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 15 DE DICIEMBRE DE 1873

LA EJERCICACIÓN

V

HABRÁ FALSOS CRISTOS Y FALSOS PROFETAS

En estos calamitosos tiempos por los que atraviesa la generación presente, tiempos que vienen a cerrar, en día no lejano, un gran período de transición, y en que la humanidad agitada y convulsa, como bajel en medio de la borrasca, tiende una mano compasiva al pasado que se va, doblada la cerviz con el peso de sus años, a sepultarse en la noche eterna de la historia, y a ocultar en el seno de ese gran monumento de las edades, sus faltas, sus errores y sus vicios; y acaricia con la otra la frente serena y tranquila del porvenir que, en la aurora de su vida y lleno de majestad y grandeza, se presenta, altivo, a recoger de entre aquellas venerandas cenizas, el precioso legado donde se guardan las verdades que el trabajo y la experiencia de los siglos acumularan; nos es preciso, fortalecidos y amparados por nuestra razón, vivir alerta, para no caer en las falaces redes de la seducción, y huir del abismo que el presente, en medio de la turbación que le acompaña, como signo precursor de su angustiosa agonía y de su próximo fin, tiene abierto a nuestros pies. Es preciso que, en medio del torbellino de las mundanas pasiones, y al estruendo de la lucha de encontrados principios y de opuestas ideas, lucha de la luz con las tinieblas, de la verdad con el error, de lo que cae consumido por el tiempo, con lo que se levanta en la plenitud de su vida, sepamos distinguir el bien del mal; a los falsos herederos que, sin títulos legítimos, intentan usurpar la rica herencia de nuestros mayores, de los que tienen la razón y el derecho de su parte; a los que, llenos de astucia, y, como buscando justificación a

su extravagante conducta, se cubren con el antifaz de la hipocresía, para atraerse a las muchedumbres, cuyas verdaderas creencias emponzoñan, de los que, con la sonrisa del bienestar en los labios, la alegría en el rostro, centellantes los ojos por la dicha del corazón, y erguida la frente, reflejo de la paz del espíritu, dedican sus fuerzas y toda la actividad de su ser, para aportar, con su trabajo espiritual y corporal, un grano de arena a la obra de regeneración que se levanta, simbolizando, con su luz, su magnificencia y su grandeza, el progreso indefinido de la humanidad.

Es preciso eliminar, no a los apóstoles de las antiguas creencias que, como moléculas envejecidas del organismo moral, han de disiparse y desvanecerse por sí mismas, obedeciendo a la ley fatal del destino; sino a los que, aparentando cualidades que no tienen, para formar parte de esa misma organización, y dominados por el genio del mal que les subyuga, quieren, aprovechando la agitación del presente, perturbar a los espíritus débiles y sembrar en el campo de sus creencias, la vacilación y la duda. Ellos, con sus erróneos principios, sus falsas ideas y sus extravagantes conceptos, intentan manchar la pureza de una doctrina santa, revelada por los seres de ultratumba y que la razón universal tiene ya aceptada de consuno.

¡Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas y dentro son lobos robadores!"[1] Se aprovecharán de la transformación que se está operando en el seno de la humanidad; intentarán oponerse al establecimiento de un nuevo orden de cosas que, en armonía con las miras y los designios de la Providencia, sea estable por la solidez de sus principios y fecundo en resultados por las verdades que entrañe, y dejándose llevar de los impulsos de su frenesí, se llamarán reformadores y mesías verdaderos.

Preciso es, pues, que sepamos distinguirlos para no ser víctimas de sus insensatas aberraciones. ¡Desgraciados! ¡Ellos mismos se dan el dictado de mesías, sin considerar que, con esta simple afirmación, descubren su falsedad! Los verdaderos mesías cumplen inconscientemente la misión sublime que se les encomendara; jamás saben que la están desempeñando, e impulsados por un poder oculto que les guía, se elevan en alas de su superioridad, de su saber y de su virtud, a las encantadoras regiones de la pureza, donde fortalecen su fe y liban la santa inspiración que les conduce al cumplimiento de su destino.

«*Los verdaderos profetas se revelan por sus actos*; *por ellos se les conoce, mientras que los falsos profetas se llaman a sí mismos enviados de Dios*.»

¡Cuántos hay de estos impostores, que han querido pasar por verdaderos apóstoles de Cristo y, para mengua y vergüenza de la humanidad, han conseguido arrastrar, en pos de sus falsas predicaciones, a las gentes sencillas que, faltas de instrucción y sin la fuerza de inteligencia necesaria para distinguir la verdad del error les han seguido y dado crédito!

«*Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas*, *y dentro son lobos robadores*.»

Hay que rechazarlos, hay que huir de ellos; son los apestados del alma que pretenden, con su hipócrita conducta, llevar la podredumbre, que les corroe, a los débiles, y la perturbación y el ridículo al seno de nuestra doctrina. Hay que huir de ellos, hay que rechazarlos; son los grandes fanáticos que, dejándose dominar por una mala influencia, abdican en aras del

[1] San Mateo, c. VII, V. 15.

mal, la más noble, la más sublime de las facultades que Dios concediera al hombre, *el libre albedrio;* y dejando de ser dueños de sí mismos, someten sus actos, sus palabras y sus pensamientos a la voluntad omnímoda del genio maléfico que les subyuga. Hay que rechazarlos, hay que huir de ellos; son los que abandonan el hogar doméstico, la paz de la familia, también el trabajo, sostén de la vida, que tanto honra y enaltece al hombre. Hay que huir de ellos, hay que rechazarlos; son.... pero ¡qué pueden ser sino unos pobres desgraciados, dignos de lástima, que se van alejando, cada vez más, del camino que conduce a Dios y que al precipitarse en el abismo de la perdición, arrastran en su caída a los pobres de espíritu que, mal inspirados también, tienen la desgracia de seguirles!

Si el interés de la doctrina que profesamos nos impulsa a alejarnos de estos infelices para demostrarles, con nuestra conducta, que algo habrá de erróneo y censurable en los principios que propagan; nuestro corazón, inspirándose en los sanos principios de la moral cristiana, nos impele a dirigir nuestras fervientes plegarias al Todo-Poderoso, para que ilumine, con sus divinos destellos, no sólo a los que se prestan a ser dóciles instrumentos de las malas influencias que les perturban y apartan del camino de la verdad, sino a los seres del mundo invisible que les obsesan y subyugan, trastornando su razón y conduciéndoles al caos más espantoso. Si, pedimos a Dios desde el fondo de nuestra alma, por esos desgraciados espíritus que, al gozarse en el mal, se perjudican inconscientemente, prolongan sus sufrimientos y dificultan su ascensión, en la escala del progreso moral, que ha de llevarles a la mansión de la dicha. Si, pedimos por ellos a nuestro Padre celestial, para que, con su bondad inefable, despierte el sentimiento del bien, todavía latente en el corazón espiritual de esos pobres seres, para que conozcan que, por el mezquino placer de perjudicar a los hombres, matan su progreso y quedan estacionados en el mayor atraso y el más horrible sufrimiento. Pedimos por ellos para recordarles que Dios, padre de misericordia, ama con igual amor a todas sus criaturas; que para todas tiene siempre abiertos sus paternales brazos; que jamás abandona, para una eternidad a ninguno de sus hijos; pero quiere que todos se eleven, que todos caminen hacia Él, por el arrepentimiento de las faltas, el perdón de las ofensas y el ejercicio de la caridad; y últimamente pedimos para que esas ovejas descarriadas que se bautizan a sí mismos con el venerando nombre de profetas, vuelvan al redil, y acrecienten su voluntad, para alejar de su lado a los genios maléficos que les fascinan. Sepan que nuestras palabras, como nacidas del corazón, se mecen en las suaves brisas de la sinceridad; que nuestros consejos, salidos del fondo de nuestra alma, e hijos de un estudio perseverante y de una reiterada experiencia en la ciencia espiritista, son la más franca y leal expresión del amor que profesamos a nuestros hermanos, y del respeto y veneración que debemos a esa misma doctrina, a cuya propagación y defensa nos hemos, con tanta fe, dedicado.

Aceptad o rechazad nuestros consejos, haced cuanto os plazca: Dios que está sobre todas las cosas, juzgará nuestra conducta.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

IX

Saturno

Bello sin par es el sistema de Saturno. Ceñido con una triple corona, y rodeado de su brillante cohorte compuesta de 8 lunas, recorre veloz su anchurosa órbita a la enorme distancia de 364.351,600 leguas del sol.

Esa órbita no es circular; es una elipse muy prolongada, en la cual el sol no ocupa el centro, sino el foco. La distancia del planeta al sol es en el perihelio 343 millones 700 mil leguas, y en el afelio 384 millones 800 mil.

El desarrollo total de esa inmensa elipse, es 2,287 millones 500 mil leguas, que el planeta recorre a razón de 8,858 leguas por hora.

Saturno emplea en su movimiento de revolución sideral, 29 años, 181 días, cuatro horas; de modo que el año en Saturno tiene una duración de 29 años y medio de los nuestros.

Como en Júpiter, el día es también muy corto en Saturno, puesto que éste verifica su movimiento de rotación, en 10 horas, 16 minutos; siendo por lo tanto el día solar de unas 5 horas.

Los polos de Saturno presentan un aplastamiento considerable, debido a la gran rapidez de la rotación del planeta sobre su eje; entre el diámetro polar y el ecuatorial, hay una diferencia de 9,912 kilómetros.

Después de Júpiter, Saturno es el segundo coloso del sistema; su volumen es 793,742.722, seis cientos miriámetros cúbicos, su diámetro 114.875,448 metros, y su superficie ofrece la considerable extensión de 414,530.893,470 miriámetros cuadrados.

Esa inmensa esfera, está rodeada por 2 anillos que giran a su vez alrededor de ella; en 10 horas, 32 minutos, 15 segundos.

Galileo fue el primero que notó cierta irregularidad en la forma de Saturno, examinándolo con los anteojos que acababan de descubrirse, y por ser éstos naturalmente poco potentes, no pudo determinar el ilustre sabio qué era aquello que le daba a este planeta la extraña forma de una oliva. Con la perseverancia que caracteriza a esos hombres que arrancan uno a uno los secretos a la naturaleza, pudo Galileo llegar a distinguir como una estrella central, y otras dos pequeñas situadas una al oriente y otra al occidente de la gran estrella. Más tarde, volvió a dirigir su anteojo hacia Saturno, y con gran sorpresa suya, notó que las estrellitas habían desaparecido, y que Saturno se presentaba perfectamente redondo. Este suceso le descorazonó de tal manera, que no volvió a ocuparse más de aquel planeta, llegando a creer que aquellos apéndices que había visto, eran una falsa imagen que le habían presentado los lentes de su anteojo; cuando en realidad no era otra cosa sino que precisamente en aquella época los anillos se le presentaban de frente y no de plano, y por consiguiente no eran visibles por su poco grueso, con el imperfecto instrumento que usaba. El mártir de la inquisición romana, dejó este mundo sin saber que Saturno tuviera anillos: no obstante el primer paso estaba ya dado, y poco tiempo después, Huygens, distinguido astrónomo y matemático holandés, merced a ciertas mejoras que introdujo en los aparatos ópticos, pudo estudiarlos más cómodamente y los dio a conocer el año 1659; 17 después de la muerte de Galileo.

Dejemos por ahora los anillos, para ocuparnos del cuerpo del planeta.

La inclinación del eje de rotación de Saturno sobre el plano de su órbita, es muy considerable, lo cual debe producir un notable cambio en la temperatura de un mismo país—bien al contrario de lo que hemos visto en Júpiter;—pero teniendo en cuenta la larguísima duración del año en aquel mundo, será tan lento este cambio, que apenas será sensible la transición entre el estío y el otoño, el invierno y la primavera.

En los polos de Saturno se notan ciertas manchas más o menos extensas, según las épocas, de un blanco muy brillante; coincidiendo precisamente la mayor extensión de aquellas, con la estación invernal del hemisferio en cuyo polo se manifiestan; lo cual induce a creer que esas manchas serán producidas por los hielos o nieves acumulados allí durante los quince años, en que los rayos solares no bañan con su tibio resplandor aquel polo.

Es sabido que en la Tierra, el sol está constantemente sobre el horizonte del polo boreal desde el equinoccio de primavera al de otoño, esto es, durante la época estival de nuestro hemisferio; y a pesar del débil calor que sus oblicuos rayos envían sobre aquellas desiertas regiones, basta para derretir en parte la espesísima capa de nieve que las cubre. Durante este tiempo, el polo austral está sumido en la fría oscuridad de la noche; y cuando la primavera reviste con sus galas el hemisferio austral, al propio tiempo que los vientos de otoño arremolinan las amarillentas hojas desprendidas de los árboles de nuestros países, luce para aquel polo el primer albor del día, y los resplandores solares ejercen luego allá la misma acción que han tenido sobre el nuestro.

Otro tanto, pues, sucede en Saturno, con la diferencia de que en la Tierra esas noches o inviernos polares son de seis meses, y en Saturno duran 15 años.

Pero ¿será efectivamente hielo o nieve, lo que se acumula en los polos de Saturno, a consecuencia de tan larga privación de luz y calor solar? He aquí lo que nadie puede decir con seguridad, porque la meteorología de aquel planeta nos es aquí desconocida.

Lo que sí se sabe es, que una densa atmósfera envuelve aquel lejano mundo; y según resulta de los datos que ha recogido M. de Chacornac, esa atmósfera es de una constitución análoga a la de Marte y a la de la Tierra.

Sobre el disco de Saturno se notan ciertos surcos o fajas brillantes unas, y oscuras otras; las primeras se atribuyen a la reflexión de la luz solar sobre las grandes masas de nubes, acumuladas en las regiones ecuatoriales a causa de la gran rapidez del movimiento de rotación del planeta; y las segundas a una atmósfera más trasparente, que pone al descubierto el suelo del mismo, el cual refleja la luz más imperfectamente que las masas brumosas de las zonas tropicales.

La densidad de Saturno es siete veces menor que la de la Tierra, el peso específico de la materia que lo compone es 0'76 o sea una densidad aún menor que la de nuestra agua. ¿Quiere esto decir que aquel inmenso globo sea una inmensa esfera completamente líquida? De ningún modo; puesto que aquí tenemos sólidos cuya densidad es menor que la del agua.

Saturno debe ser un mundo verdaderamente espléndido, y sus habitantes deben gozar de maravillas que nos son completamente desconocidas, a nosotros; pobres moradores de esta pequeñísima Tierra.

¡Qué singulares efectos de luz deben causar aquellos sorprendentes anillos, tendidos alrededor del planeta como una ancha cinta de oro, ya estén iluminados por el Sol naciente, o ya, desde el ocaso, les dore con sus purpúreos rayos! ¡Cuán bello será ver durante aquellas breves noches, proyectarse sobre ellos la sombra del colosal esferoide, mientras desde lo alto de los cielos las lunas derraman su dulce claridad sobre aquel conjunto de maravillas!

«Transportémonos con el pensamiento sobre un punto cualquiera del globo Saturno; y desde allí demos una mirada sobre las apariencias de la bóveda celeste, durante el día y durante la noche.

«Si partimos de cualquiera de los polos avanzando hacia el 63 grado de latitud, tendremos que recorrer todas las partes del hemisferio desde las cuales el triple anillo no es jamás visible. Sólo los satélites se elevan sobre el horizonte, y presentan al espectador el variado aspecto de sus fases.

«Desde esta latitud, el sistema anular empieza a ser visible; mas solamente es durante las dos estaciones de primavera y de verano, que la cara de los anillos vuelta hacia el hemisferio en el cual estamos situados, recibe los rayos del Sol, e ilumina por reflexión las noches del planeta. Durante el día, los arcos no envían más que una débil luz análoga sin duda por su matiz a la claridad de nuestra luna, cuando es visible en pleno día. La forma y la extensión de esos inmensos arcos luminosos, varían según la latitud. Partiendo del 63 grado y avanzando hacia el ecuador, se los verá elevarse más y más sobre el horizonte; primeramente es una pequeña parte del anillo exterior, luego este anillo en su total anchura. En las latitudes medias, de 45 grados, se perciben los dos primeros anillos y entre ellos el vacío que los separa; y a medida que se desciende hacia las regiones ecuatoriales, aparece visible todo el sistema, al propio tiempo que, teniendo los rayos visuales una dirección más oblicua, la anchura aparente de los anillos disminuye. En el ecuador no son visibles más que por el corte interior; presentándose entonces ese corte como una inmensa cinta luminosa que se extiende de oriente a occidente, pasando por el zenit.»[(2)]

Esos anillos son planos, y delgados comparativamente con su considerable extensión; pues según el cálculo de Herschel, tendrán todo lo más unas 100 leguas de grueso; cuando el diámetro del anillo exterior es de 64,177 leguas de 4 kilómetros. La anchura de este mismo anillo exterior es de 3,678 leguas, y la distancia que le separa del segundo, o sea del interior, es de 792 leguas. La anchura de este último es de 7,388 leguas, y el espacio que le separa del cuerpo del planeta es de unas 8,300. Por último, el tercer anillo del cual hace mención el texto que hemos traducido de Guillemin, está aún más aproximado al planeta; éste es trasparente de tal modo, que se ve a través de él la parte luminosa del disco de Saturno. He aquí lo que se lee en el *Cosmos* de Humboldt sobre este tercer anillo. «Hace muy poco tiempo, el 11 de Noviembre de 1850, sirviéndose Bond en Cambridge, (Estados-Unidos) del gran anteojo de Metz, provisto de un objetivo de 14 pulgadas, descubrió entre el anillo llamado interior y el planeta, un tercer anillo más oscuro; y casi simultáneamente, el 25 de Noviembre del mismo año, Maidstone observó el mismo fenómeno desde Inglaterra. Este tercer anillo está separado del segundo por una línea negra; ocupa el tercio del espacio que hasta el presente se creía libre entre el segundo anillo y el

[2] Amadeo Guillemin – *Le Ciel.*

cuerpo del planeta, y a través del cual algunos astrónomos pretenden haber divisado pequeñas estrellas.»

Los dos primeros son opacos y su sombra se proyecta muy marcada sobre Saturno; pero lo que se ignora es, cuál es la constitución física de estos apéndices planetarios. ¿Son gaseosos? ¿Son líquidos? ¿Son sólidos? ¿Tienen condiciones de habitabilidad como las reúne el planeta? Oigamos a Flammarion sobre esta cuestión tan interesante.

«Aunque estemos en mejor posición para observar la figura y las dimensiones de los anillos de Saturno que los habitantes de los polos de aquel planeta, nuestros conocimientos sobre este punto no son bastante fundados para basar sobre ellos opiniones biológicas. Pero si esos anillos, que pueden ser sólidos y envueltos en su correspondiente atmósfera, son mansión de seres inteligentes y capaces de contemplar las maravillas de la naturaleza, ciertamente que no existe en todo el sistema una región más pintoresca para servirles de habitación. Para los que habitan la cara interior del primer arco, cerca del planeta, un globo inmenso ya luminoso, ya oscuro está perpetuamente suspendido sobre sus cabezas; al paso que al Este y al Oeste, dos cadenas de montañas se elevan en el cielo hasta más allá del globo de Saturno. Para los que habitan la superficie, además del espectáculo del planeta el cual descubre sucesivamente sus regiones a consecuencia de su movimiento diurno, apareciendo siempre en el horizonte como un inmenso disco giratorio fijado en ese nuevo sistema; gozarán además de millares de juegos de luz que se producen sobre las llanuras inmensas de los anillos concéntricos; allí se cuentan días de 15 años y noches de la misma duración; noches particulares, que pueden estar alumbradas por 1a refracción de los rayos solares a través de múltiples arcos triunfales, además de los 8 globos argentinos que se cruzan en los cielos.»[3]

Para descubrir desde aquí los satélites de Saturno, se necesita además de instrumentos muy poderosos, mucha costumbre de explorar el cielo; porque es muy difícil verlos a causa de la considerable distancia a que de nosotros se encuentran.

A pesar de esto ha podido medirse el diámetro de Titán, el mayor de ellos. Este satélite es algo mayor aun que los planetas Mercurio y Marte: su volumen es aproximadamente 9 veces mayor que nuestra Luna.

He aquí los nombres de los ocho satélites de Saturno; su distancia al centro del planeta y la duración de sus revoluciones siderales, evaluada en días y horas terrestres:

Distancia al centro de Saturno		Duración de las revoluciones			
		Días	Horas	Mts.	Sds.
Minas.	48344	0	22	37	23
Encelada.	63035	1	8	53	7
Tethys.	76810	1	21	18	26
Diona.	98391	2	17	41	9
Rhea.	137416	4	12	25	11
Titan.	318556	15	22	41	25
Hyperion.	385279	21	7	7	41
Japhet.	925804	79	7	53	40

El dominio de Saturno, cuenta, pues, cerca de dos millones de leguas en su mayor diámetro, el cual es una magnífica extensión.

¿Y qué es para los habitantes de Saturno nuestra actual morada, la Tierra? Humillante es para nuestro orgullo el confesarlo; desde aquel mundo, la Tierra no es nunca visible. Todo lo más, si los astrónomos de Saturno poseen telescopios muy potentes, y son muy perseverantes en

[3] *Les mondes imaginaires et les mondes reels.*

sus observaciones, habrán visto aparecer alguna vez sobre el disco del Sol una muy pequeñísima mancha negra, que quizá habrán confundido—y sería muy perdonable—con alguna de las manchas solares.

LUIS DE LA VEGA.

MAGNETISMO Y SONAMBULISMO

PARÍS 1864

El sonambulismo prueba también la reencarnación

Vuelvo a vosotros como os ofrecí. Esta comunicación versará sobre el magnetismo: conozco que sólo esto puede interesaros. Soy el magnetizador Mesmer, con la sola diferencia de que sé más que no sabía y en donde estoy, ninguna pasión humana se mezcla en mis lecciones y digo lo que sé que es verdad. Quiero hablaros de otro efecto del magnetismo, el cual prueba la reencarnación y por lo mismo atestigua de una manera irrecusable el poder del alma sobre la materia; de esto mismo os hemos indicado algo en la precedente instrucción.[4] A continuación nos proponemos demostrar que la vida anterior, vuelve al alma la memoria y facultades que sin ella no podrían explicarse.

El espíritu del magnetizador, en *relación*, *comunicación*, *comunión* con el alma (o espíritu) del magnetizado, por las razones que dejamos expuestas, adquiere un poder fluídico sobre éste. Si está purificado, por 1o que será más fuerte *moralmente*, lo domina. Pero acontece a menudo que el *sonámbulo* está más *espiritualizado* que su magnetizador; en este caso el sonámbulo es quien se impone al magnetizador, cambiándose de este modo los papeles. El sonámbulo pregunta y el magnetizador contesta. Este es el motivo porque yo he visto y veo aún sonámbulos que preguntan cosas fuera del conocimiento del magnetizador, y esto hace que no pueda explicarlos; de este modo el sonámbulo domina la facultad del magnetizador, que se ha hecho *insuficiente* y de cierto modo su alma es la que se encarga de *preguntar.* En este estado recobra su libre *albedrío* y va a donde su voluntad le conduce. Habla porque tiene dominio sobre la materia de la cual se sirve. Es su agente, su intérprete, su secretario según el empleo que quiere darla. Recuerdo a una joven, sonámbula *lucida*, como decís vosotros. Este médium vidente no poseía otro idioma que el francés no muy correcto. Dormida hablaba y escribía el inglés y el alemán con tanta gracia y elocuencia, que revelaba la educación más esmerada y el espíritu más instruido. Su magnetizador no podía seguirla por ese camino que no conocía. Entonces no comprendí cómo esa niña de 14 o 15 años había adquirido un saber que necesita muchos estudios; comprendía bien que el alma se trasportaba al país cuyo idioma hablaba, pero ¿y ese saber, y esas citas de los autores más profundos? Esto confundía mi razón. Una palabra me lo hubiera explicado todo: ¡REENCARNACIÓN! Entonces hubiera comprendido que esta alma había ya *existido*, el cuerpo era joven, pero el alma continuaba su marcha progresiva, volviendo a la tierra y encontrando en su pasado, lo que había visto y adquirido en otras encarnaciones.

Vosotros que conocéis el Espiritismo y sus luminosas doctrinas, habéis podido comprobar en diferentes ocasiones lo que os he dicho, pero no sucede así con todos

[4] Véase el número anterior.

nuestros hermanos que no son aún tan felices como vosotros. Para ellos escribimos, y de este modo se explicarán lo que para su inteligencia está aún en el misterio y el magnetismo adquirirá otra revelación. Aproximándose también esta vez al rayo que sale del foco y aumenta de día en día les hará ver el horizonte de los conocimientos celestes y terrestres.

Hoy tengo conocimiento de la maravillosa relación que tienen las almas entre sí, y este conocimiento os explicara las *adivinaciones* de los sonámbulos; esa simpatía que atrae al espíritu hacia el hermano, cuya materia se aleja, pero no se separa, porque hay entre ellas, una *corriente magnética* que va de la una a la otra, telégrafo eléctrico que transmite todas las preguntas y respuestas por medio de un poder oculto, que atravesando la envoltura corporal, como la electricidad cruza el espacio, invisible para el espectador, se hace patente solo por el resultado. Si la ciencia se prestara a levantar la venda que el amor propio coloca ante sus ojos, con el magnetismo y sonambulismo tendría *auxiliares poderosos* de los cuales se sirve el charlatanismo… ¡Marchemos, hermanos; no os sirváis de armas que pueden volverse contra vosotros mismos!... Sin duda que puede haber charlatanes, pero ¿acaso no los hay en todas las ciencias? ¿Debe desterrarse la morfina de la farmacia, porque tal desgraciado se ha servido de ella para envenenarse? ¿Deben cerrarse las cátedras de Medicina, porque alguno haya enseñado un error?....¡No y mil veces no!... No rechacéis, pues, el magnetismo bajo ningún *pretexto*. Es verdad que el magnetismo simplificará la medicina, pero la humanidad ganará en ello… Mis queridos hermanos, ya veis que es menester estudiarlo y admirarlo. ¿Creéis acaso que Dios tiene suspendidas sobre vuestras cabezas las ramas de un árbol cargado de ciencia y de enseñanza, revelando un agente con doble poder, el *alma* y la *materia corporal*, esos principios de fe y de vida, para que vosotros los rechacéis?.... Esto se parecería a los siglos de ignorancia en que se rechazaba el vapor y otras cosas que al fin vosotros aceptáis y proclamáis.

Vosotros estudiaréis, sí, y entonces ya no se me tendrá por loco ni charlatán y mi alma gozará, no por amor propio, porque el poder y la gloria solo pertenecen a Dios, sino por mis hermanos de la tierra que encontrarán en el magnetismo, los motores de las creencias, que destruirán la serpiente que envenena el corazón de las naciones: el *materialismo*.

MESMER.

DICTADO SOBRE LITERATURA

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium J. Pérez.

P. Danos la noción de la libertad en el terreno de la filosofía.

R. El axioma general es el siguiente; no quieras para ti lo que no quieras para otro.

Los grandes principios se encierran en muy pocas palabras. La verdadera ciencia es muy sencilla, si la inteligencia socava bien y con entereza la manera de encontrarla.

Es más difícil el mal que el bien.

La libertad del individuo está en razón directa de su instrucción; la libertad polí-

tica en razón directa de la mayor cultura de los pueblos.

Es en vano que los hombres se esfuercen en proclamar la libertad, si no sientan principios sólidos de instrucción, para que ésta se desenvuelva con facilidad y sin obstáculo alguno.

La libertad de los pueblos depende de la instrucción de los hombres: estad seguros que los pueblos serán siempre esclavos mientras no se pongan los medios necesarios para instruirlos: la consecuencia de la libertad mal entendida es la licencia y el abuso. La libertad es un principio de vida y de progreso, y si no se elabora con el trabajo es imposible que de ella se saquen los laudables beneficios que promete.

Muy pocos son los que comprenden la manera de llevar adelante la libertad y sentarla como corona que dé majestad al edificio social, que ha de servir para guardar de la intemperie a la humanidad; y sucede así naturalmente, porque estas colosales empresas están destinadas a los grandes genios, y de este género hay muy pocos.

Si algún hombre nada vulgar y de imaginación preclara se esfuerza en consolidar este principio, tiene muchos elementos de contradicción que trastornan sus planes; por desgracia las pasiones de los hombres son siempre la rémora que tira hacia atrás, para que el carro de la revolución y de las reformas no vaya muy adelante; y tiran con tanto más afán y más ahínco, cuanto más desmesurada es la ambición, el egoísmo y el orgullo que no se sacian hasta dejar aniquilado el sufrimiento causando la desventura de la humanidad.

P. ¿La libertad racional es el objeto y el término de la perfección humana? ¿La libertad moral prepara al hombre el camino que ha de conducirle a este fin?

R. La libertad racional es consecuencia necesaria de la libertad moral. La libertad moral indica lo mejor como faro de verdad.

La libertad es una, y esta libertad única y sola trae consigo la perfección moral y material, elemento indispensable para el progreso del individuo.

De la instrucción se desprende el raciocinio libre, sin obstáculos, ni trabas, ni contrariedades; el hombre pensador, a fuerza de revolver su imaginación halla reposo y sosiego en un punto relativo de verdad; este punto relativo, es igualmente relativo de libertad social e intelectual; aquí da una tregua a su pensamiento, vuelve a coordinar sus ideas y encuentra otro punto de verdad, y allí descansa de nuevo, y cada punto de relación que encuentra, es un tramo de la escala de perfección que va subiendo, y así con el tiempo remontándose, no hay duda que alcanza la verdad, y, desde lo alto donde se encuentra, grita a los que le siguen muy atrás: subid por esta o por la otra pendiente y os será más fácil la ascensión.

Aquí tenéis al genio pensando, discurriendo y descansando de vez en cuando, para empezar el trabajo de nuevo y con más ardor.

Dichosos los que adivinan, por intuición, la misión que llevan en los diferentes mundos donde se encarnan, para guiar, con la luz de su inteligencia, a los aturdidos que, por todas partes se figuran que caminan bien.

Médium A. Lauri.

¡Cuán grande es la virtud! ¡Cuán detestable es el vicio! Si yo, en mi vida terrenal, me hubiera inspirado en la primera y rechazado con indignación al segundo; hoy en el mundo del espíritu gozaría, como tantos otros, de esa tranquilidad que constituye la dicha de los que fueron buenos y se condujeron bien. Ahora expío y sufro mucho, sirviéndome de consuelo vuestras plegarias.

Sí, vuestras oraciones son el néctar sacrosanto que fortalece nuestra fe, y, en medio de nuestros sufrimientos, nos permiten entrever la consoladora esperanza de alcanzar, un día, la bienaventuranza del Eterno.

La oración es la más sublime de las virtudes, pues es la esencia misma de la caridad moral, con la que endulzáis las penas de los espíritus desgraciados y les señaláis el camino de su salvación.

Si yo, hermanos míos, en mi terrenal existencia, no hubiese sido ateo por convicción, incrédulo por carácter y vicioso por temperamento; si hubiera desarrollado en mi ser los gérmenes del bien, dando acogida en mi corazón a los buenos sentimientos, hoy no serían tan horribles mis penas.

Protegedme, pues, con el benéfico soplo de la caridad moral, de la oración.

Médium A. Lauri.

¡Qué bella es la vida, qué dulce el amor, cuán grato todo cuanto me rodea, exclamaba yo, hace pocos meses, al mirarme joven, linda y con la halagüeña esperanza de un porvenir risueño! Y sin embargo, hoy libre de la tosca capa que me envolvía, y ya en el espacio, contemplo vuestro mundo y me horroriza su fealdad, su miseria y la ambición que, por lo general, os domina. El espíritu libre concibe más, y con su inmensa vista espiritual, lo abarca todo y comprende mejor la gran omnipotencia del Altísimo.

Si vosotros, con vuestra miope vista material, pudierais ver cuánto alcanza el espíritu libre, os extasiaríais de placer, y no desearíais entrar de nuevo en los estrechos límites de un cerebro.

La vida del espíritu libre es la verdadera vida.

La vida del espíritu encarnado es la muerte.

Viva la vida libre del espíritu.

El mismo espíritu

Presidente de esta sociedad, hermanos en doctrina, haced bien para merecer. Yo valgo poco, mi inteligencia es escasa, pero soy vuestra amiga y en todo cuanto pueda os protegeré, porque navegáis en el magnífico bajel que surca el borrascoso mar de la vida, en busca de la verdad, y esto es una recomendación grata, para que sea siempre vuestra cariñosa hermana.

J. D.

Médium L. Mestre.

VIRTUD

Bella flor de vivísimos y brillantes colores cuyo perfume, al escapar de su capullo, envuelve con los resplandores de la dulzura y la bondad el semblante de aquel ser que aspira su aroma.

Es la virtud la corona que se cierne majestuosa sobre la frente del que la posee,

causando la admiración y respeto de cuantos contemplarla pueden.

El hombre virtuoso es ejemplo dignísimo de progreso, la mujer que atesora la virtud es encanto de la humanidad. Ambos seres viven para sus semejantes.

Mientras la virtud con su delicioso manto no cobije a la humanidad, el mundo será imperfecto.

Mientras la humanidad no se cubra bajo la égida de la virtud, nuestro progreso moral no será una verdad completa.

La virtud es la síntesis de todo sentimiento generoso y bueno, si ella falta, el vacío existe en el corazón humano.

Virtud, madre del amor que inspira, enaltece, educa, eleva e irradia, ¿quién rechazarte puede?

La sonrisa de tu angelical semblante, cicatriza el dolor, apaga las pasiones y reverbera el amor divino.

Yo te quiero, virtud, te quiero tanto como a los seres más amados, como a mis hijos, yo te busco por doquier, en el corazón del hombre, en la mirada de la mujer, en la alegría del semblante, en las manifestaciones del mundo, en los actos de la vida, en los sentimientos cristianos, ¡oh! sí, te busco con afán, con delirante ansiedad, pero tal como eres, hermosa, lozana, pura, suave y armoniosa como el canto del espíritu puro, te busco con todos tus matices, con todas las propiedades y atributos que te son inherentes, para entregarte mi alma con efusión, para que la bañes con tu rocío, para que la purifiques en sus pensamientos, para que la sostengas y ampares en sus flaquezas, ¿por qué, pues, no vienes a mí? ¿por qué te escondes? ¿por qué no irradias a mis ojos con todo el fulgor de tus esplendorosos rayos?

¡Ay! me contesta un espíritu; porque las pasiones interceptan su paso, porque las flaquezas humanas la rechazan, porque la fe de vuestra mente la entristece y aparta.

Vivid los unos para los otros, uníos con fuerte lazo de amor, constituíos en una sola familia, y la virtud estará con vosotros.

Médium J. H.

Dos hombres tenían dos piedras preciosas, el uno era avaro, disipado el otro. El avaro enterró su diamante en el rincón más oscuro de su casa; y no le fue de utilidad alguna: el disipado lo vendió y obtuvo parte para sus vicios por corto tiempo.

Mas de aquí que un tercero tenía otro diamante, y honrado lo hizo engarzar y lo llevó en su anillo. ¿No pudieron ser tres alhajas lo que sólo resultó ser una?

Pues esto os sucede con la mediumnidad. Hay avaros que la ocultan bajo sus oscuras preocupaciones y de nada le sirven: otros, disipados, hacen servir su facultad a su orgullo o al placer de los salones, y son los de buena conversación, los poetas y los oradores. Pocos, muy pocos, honran la facultad que tienen y la ponen al servicio de la buena causa. Esos son los médiums fieles.

Teresa de Ávila.

Médium D. S.

Si el universo es uno, si en él los espacios se tocan y los mundos se contemplan, no es, no, para que estos giren aislados, independientes, silenciosos, respondiendo sólo a los movimientos que las leyes universales han impuesto eternamente hasta

el infinito, no; los mundos se comunicarán, se comprenderán, los mundos se asociarán para la redención verdaderamente universal: Pues qué ¿han de estar extendidas en el universo cumpliendo exactamente con su misión las fuerzas físicas, y la poderosa fuerza inteligente se ha de agotar en cada mundo, sin contribuir con su potente esfuerzo a la regeneración de todos los demás mundos? no; el infinito es uno, los espacios se tocan, los mundos se contemplan para comunicarse, para comprenderse y para salvarse.

Ved a donde os llevarán a vosotros y a las generaciones futuras las poderosas facultades de comunicarse mediúmnicamente.

Cervantes.

Médium C. B.

EL HOMBRE Y EL ESPÍRITU HOMBRE

El hombre obra, juzga y piensa valiéndose de su organismo; el espíritu hombre obra, juzga y piensa por sí y por lo que le dice el hombre.

Vosotros, obrando, juzgando y pensando, sois el hombre que obra, juzga y piensa; pero dentro de vosotros hay algo que os hace obrar, juzgar y pensar, y éste es el espíritu hombre que si quiere se transmite al hombre.

La comunicación de la inteligencia con la inteligencia siempre subsiste; lo que falta ahora es la traducción al hombre de la comunicación que recibe el espíritu hombre; de aquí depende el ser o no ser médium.

El espíritu hombre puede hacer obrar el organismo del hombre sin que el hombre lo sepa o sabiéndolo el hombre. Esta es la diferencia que hay entre el médium mecánico y el intuitivo.

En el primer caso, el hombre no toma parte, en el segundo puede hacer lo que el espíritu hombre le dice con arreglo al consejo del espíritu libre, entonces el médium intuitivo es bueno; si el hombre sólo cumple lo que el espíritu hombre le dicta despreciando el consejo del libre, obedeciendo sólo a su libre albedrío, entonces el médium intuitivo es malo. Así sois con todos.

Pitt.

Médium D. S.

Nada más negro que la conciencia que han levantado en el ser inteligente algunos filósofos. Si los hombres honrados pensaran bien lo que es esa conciencia, a fuerza de golpes se romperían el pecho para arrancar esa fuerza tan indigna, si fuera posible que pudiera arrancarse. ¿Qué es esa conciencia que acusa tan imparcialmente? ¿Qué es esa conciencia que mata sin que ese yo que escucha acusaciones tan graves, no se subleve consigo mismo? Esa presencia ineludible, ese tribunal de sí mismo ante el cual la inteligencia se dobla, no es conciencia como se ha comprendido, es conciencia que no tendrá ese nombre cuando se sepa que la luz eterna que llega con alguno de sus rayos a cada ser, juzga porque llega algo a ella que no sabe el hombre de dónde viene ni cómo viene. ¡Conciencia! el hombre no sabe lo que es, solo sabe que el yo se inclina a un fallo que no tiene apelación sino ante algo que se parece a lo que el hombre llama conciencia.

Cervantes.

Médium C. B.

Levantar la tierra desde el fondo del olvido hasta la cima donde pueden recibir la luz que ya reciben hace mucho tiempo otros mundos; hacer que la llene la verdad en las regiones donde se recibe el bien, que es lo verdadero, crecer con la grandeza de otros mundos creciendo estos, prestándoles la suya; inundar la inteligencia de verdades reflejadas en el espacio desprendidas del trabajo de otras humanidades: he aquí el porvenir que reserváis con la nueva ciencia a vuestra olvidada tierra.

Cervantes.

Médium T. S. E.

La palabra trabajo es una negación, porque así llamamos a todo aquello a que se resiste nuestro espíritu. Pero como el espíritu es tanto más activo cuanto más ilustración alcanza, y como la actividad se traduce en el ser encarnado por actos, y como todo acto es un esfuerzo orgánico determinado con la voluntad, de aquí que cuando la voluntad se resiste a manifestarse o a sentir por los órganos materiales, sea penosa para el espíritu y trabajosa para el organismo la actividad del espíritu; pero cuando la voluntad no sólo siente inclinación a ejecutar actos, sino que estos actos son espontáneos, sin esfuerzo, y sirviendo para ilustrar al espíritu, realizan a la vez un bien ilustrando a otros, e inclinándoles a este mismo bien, y de esta manera trasciende su influencia al progreso universal; el espíritu no sólo no trabaja sino que se desenvuelve realizando las condiciones esenciales de su existencia; sintiendo por necesidad, obrando libre y espontáneamente, y realizando el bien en sí mismo y en la creación, que son las únicas leyes fatales y necesarias de su ser.

Luis.

Médium C. B.

Nosotros situados en el punto del espacio que por nuestro adelanto nos corresponde, manejamos la materia comprendida en nuestra esfera de irradiación: entiéndase que no obramos a nuestro capricho, sino sujetándonos a las leyes que rigen esas mismas materias. Al tratar de manejar un organismo humano, tenemos necesidad de contar con el espíritu que lo posee: al pronto nos encontramos con la imposibilidad de que el espíritu y el organismo están tan sumamente ligados, que no pueden obrar ni pensar el uno sin el otro.

Mediante el deseo del espíritu del médium, deseo que traduce a su organismo y por eso lo desea el hombre, empezamos nuestro trabajo: con el tiempo, cuando aflojamos ese lazo misterioso de unión, vamos manejando a nuestro gusto el organismo, sin dejar por eso de ayudarnos el espíritu del médium; al principio la inteligencia hombre toma alguna parte debido a la fuerza de ese mismo lazo, por eso casi todos los médiums empiezan por tener alguna intuición: más adelante entre los dos espíritus manejan el brazo sin tomar parte la inteligencia hombre, que es cuando el médium no tiene conciencia de lo que escribe, y se llama mecánico.

La elevación de nuestras manifestaciones por un médium mecánico, consiste en la menor parte que tome su espíritu por sí, pero nunca como hombre, pues si el organismo funciona, el médium es intuitivo. No olvidéis la diferencia que hay entre lo que el espíritu sabe por sí y por sus órganos materiales.

Pitt.

Médium D. S.

Estas causas invisibles de las que tanto dudáis, porque en sus fines no justifican los médiums, estos espíritus independientes tan capaces de manejar la materia, que sólo la tocan en su mínima expresión, estas inteligencias tan libres que se levantan sobre lo inteligente que late en la materia organizada, ven tan claro lo que no veis, y que haciendo esfuerzos que os honran tratáis de ver, que dibujan, por no poder decirlo de otro modo, sobre pensamientos que buscan para que entendiendo puedan hacer entender, dibujan, digo, la expresión de sus ideas en el pensamiento humano.

Éste es incapaz de traducir en lenguaje material este matiz que recibe, pero el espíritu que habla, sabe apoderarse de la parte delicada de la parte orgánica y hacer dibujar sobre el papel signos que sean la expresión más fiel de sus pensamientos.

Cervantes.

Criterio Espiritista.

VARIEDADES

A LAS AMIGAS DE LOS POBRES

En el nombre del cielo,
Damas hermosas,
Cubro yo vuestro suelo
De dulces rosas.
¡Qué vuestras frentes
Cubra Dios de luceros
Resplandecientes!
Sois los ángeles bellos
Del pobre mundo,
Arrojando destellos
De bien fecundo;
Dios ha formado
Vuestro ser de luz bella
Y amor sagrado.

Salve, flores, que al paso
Vertéis aromas,
Salve, astros sin ocaso,
Salve, palomas;
Vuestra existencia,
Vuestro ser es la muerte
De la indigencia.

Yo, poeta, que al cielo
Tan solo canto,
O el dulcísimo anhelo
Del amor santo,
Pulso la lira,
Y digo al ángel mío:
«Ángel; inspira,»
Esos globos dorados,
Lámparas bellas
Que admirados los hombres
Llaman estrellas,
Esos palacios
Fabricados de perlas
Y de topacios;
Esos soles fecundos
En luz divina,
Son magníficos mundos
Que Dios destina
Para morada
Vuestra, premio glorioso
De fe sagrada.

Salve, bellas; cual arde
Vivo en el cielo
Rojo sol de la tarde
Tendiendo el vuelo,
O cual perfume
Que sagrado incensario
Quema y consume,
Ojala vuestro pecho
Que el bien adora,
Arda siempre en ternura
Cual arde ahora,
Embalsamando
El corazón del pobre
Que está llorando.
En el nombre del cielo
Damas hermosas,
Cubro yo vuestro suelo
De dulces rosas;
¡Qué vuestras frentes
Cubra Dios de luceros
Resplandecientes!

Salvador Sellés.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles La Revelación hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21, DUPLICADO.

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

AÑO II	SALDRÁ DOS VECES AL MES	Núm. 48

ADVERTENCIA

La administración del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscriptores, espera que éstos hagan las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose a su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse a la redacción del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 30 DE DICIEMBRE DE 1873

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Animados por el noble deseo de propagar la doctrina espiritista, único consuelo que tiene el hombre acá en la tierra, emprendimos la ardua empresa, para nuestras débiles fuerzas, de publicar una modesta revista que hiciese conocer las aspiraciones de los nuevos espiritualistas, calumniados bárbaramente como todos los innovadores. Con la perseverancia que presta la fe, dimos comienzo a nuestra tarea, la que tuvimos que suspender por causas fortuitas, de todos conocidas, dando pábulo con esto a que nuestros adversarios creyeran, y aun nuestros propios amigos, que La Revelación no aparecería más.

Constantes, como el fiel creyente, reanudamos en cuanto pudimos la obra comenzada, y hoy llegamos a dar fin al segundo año de nuestra publicación: en poco más de dos meses hemos repartido a nuestros suscriptores diez números, y esperamos que en corto espacio de tiempo estaremos al corriente. Nuestras palabras las abonan los hechos y los sacrificios que hemos tenido que hacer para cumplir nuestros compromisos.

Pero, si bien nosotros no cejamos en nuestra empresa, justo es que nuestros abonados nos ayuden, ya haciendo conocer nuestra Revista y aumentando con esto el número de suscriptores, ya abonando cuanto antes el importe de su suscripción, con el fin de facilitarnos de este modo los recursos necesarios para sostenerla. Encarecemos esto, porque la fuerza de toda propaganda está en razón directa con los medios que se ponen en juego, y el único eficaz y de inmediatos resultados, es la prensa, que puede vulgarizar una verdad haciéndola conocer a todas las clases menesterosas por un insignificante estipendio.

Con el objeto de tener tiempo suficiente para preparar los trabajos de redacción, hemos determinado publicar nuestra modesta revista mensualmente, con 24 páginas en 4º mayor prolongado. Desde el siguiente número dará comienzo esta reforma.

Los círculos y sociedades de esta provincia guardan gran silencio y no nos remiten copia de sus trabajos para que vean la luz pública si los consideramos dignos de tal distinción.

Esperamos, pues, que hagan por sacudir tal pereza, y entablen las relaciones que debe haber entre los que defienden y propagan una doctrina, para que así se conozca el adelanto que se realiza cada año y los inconvenientes que se han tenido que resolver para marchar adelante por el camino del progreso.

A todos encarecemos la necesidad de proteger nuestra obra, ya en escritos, en comunicaciones, como haciendo circular nuestra Revista, asegurándole la vida para que pueda cumplir el fin propuesto.

Con el presente número concluye nuestra revista el año segundo de su publicación.

Grandes han sido nuestros sacrificios, extraordinarios nuestros esfuerzos e inmensos los obstáculos que se han tenido que vencer para que la idea espiritista, que con asombrosa rapidez se extiende y propaga por todo el ámbito de la tierra, encontrara también benévola acogida en nuestra provincia, que no podía, dada su proverbial sensatez, su reconocida ilustración y su acendrado amor al progreso, cerrar los ojos a la luz, y dejar pasar desapercibida la gran transformación que se está operando en el seno de la sociedad, y que se presenta potente, con la exuberancia de fuerza que le da la verdad y la justicia de su causa, a cerrar el período de iniquidades que ha trabajado por tanto tiempo a la pobre humanidad.

El espiritismo viene a encender, en la conciencia humana, la casi extinguida luz del cristianismo, y como nuevo sol de colosales dimensiones, ha de disipar, con sus claros destellos, las sombras de la ignorancia; y penetrando en las profundidades del corazón, alcázar del sentimiento, despertar, a nueva vida, los gérmenes del bien que han de regenerar a las futuras generaciones. ¿Quién hay, pues, que pueda mostrarse indiferente y mirar con desdén el llamamiento que hace la nueva idea? Acudid presurosos a beber, en sus puras y cristalinas fuentes, el néctar sacrosanto de la moral evangélica, a fortalecer los buenos sentimientos que brotan de vuestro corazón, como perfumadas flores, que el rocío de la fe y de la caridad embalsama, y a grabar en nuestro ser los sólidos fundamentos de una creencia santa y sublime.

Venid, pues, a darnos el apoyo moral y material que necesitamos, para llevar adelante nuestro plan: con vuestra cooperación y con la eficaz ayuda de los buenos espíritus, cuya buena asistencia no nos ha faltado jamás, cuando del espiritismo se ha tratado, realizaremos nuestro pensamiento, que no es otro, que el de dar a conocer la verdad, única que puede hacer la felicidad de los hombres.

Procurad extender la suscripción a nuestro periódico, y todo lo demás correrá por cuenta de los que nos hemos dedicado, con fe y entusiasmo, a la propagación de esta idea.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

X

Urano

Vivía en Inglaterra a últimos del pasado siglo, un pobre músico, que dedicaba todos los ratos que su profesión le dejaba libre, al estudio de la astronomía. Falto de recursos para adquirir los instrumentos necesarios para sus estudios, se dedicó a construir él mismo sus anteojos; una vez logrado esto, trató de llevarlos a un límite de perfección desconocido hasta entonces. También en esto fue feliz; su telescopio fue el aparato más poderoso que hasta allí se había conocido.

Este hombre, este pobre músico, se llamaba Williams Herschel.

Una noche, la del 13 de Marzo de 1781, hallábase Herschel explorando con su anteojo la constelación *Géminis*, cuando vio una estrella que se le presentaba de un tamaño considerable. No atinó de pronto, qué podía ser aquello que su aparato le presentaba de un volumen tan extraordinario, y sorprendido, se dedicó a observarla durante algunas noches, notando luego que cambiaba de posición respecto a las estrellas fijas; Herschel creyó entonces que se trataba de algún nuevo cometa, y puso su descubrimiento en conocimiento de la Sociedad Real de Londres, el día 26 de Abril, por medio de una memoria que tituló *Account of a comet*.

El nombre del pobre músico, del modesto astrónomo oscuro hasta entonces, fue luego conocido del mundo sabio, que se afanó en estudiar el nuevo astro: se trató de determinar su curva, y al cabo de algunos meses la observación sometida a los cálculos geométricos, dio a conocer que el astro en cuestión no era un cometa, sino un planeta desconocido hasta entonces, que trazaba su órbita más allá de la de Saturno. Los antiguos no conocían más que los siete planetas que hemos procurado describir en esta revista; Saturno era el último, el imperio solar no llegaba más allá.

Urano se halla a la considerable distancia de 732.752,400 leguas del Sol; su órbita así como la de los demás planetas, no es circular, sino elíptica, de modo que en el afelio, esa distancia se eleva a 763 millones de leguas, reduciéndose en el perihelio a 695 millones.

El movimiento de revolución sideral de Urano se verifica en 84 año 89 días, 9 horas; en cuanto al de rotación sobre su eje, no ha podido determinarse aún, a causa de no ser visible, desde aquí ninguna particularidad de su disco, que pueda servirle de punto de partida para apreciarlo.

Su volumen es casi ochenta y dos veces mayor que el de la Tierra; lo cual no es, ni con mucho, el de Júpiter y Saturno que hemos visto. El diámetro de Urano es 55.311.344 metros, su superficie tiene una extensión de 96,107.604,860 miriámetros cuadrados.

Ese mundo tan alejado del poderoso manantial de luz y calor que llamamos Sol, tiene también condiciones propias para la existencia de la vida en su suelo, puesto que, como todos los planetas está rodeado de su correspondiente atmósfera. ¿Cómo se realiza allá la vida? ¿Cuál es el modo de ser de los habitantes de Urano? Se ignora; pero la lógica nos induce a creer que estará en perfecta armonía con las condiciones propias en que el planeta se encuentra. Es verdad que la luz y el calor solar llega allí con una intensidad 360 veces menor que en nuestro suelo, pero también lo es que la atmósfera que le rodea, tiene condiciones enteramente ex-

trañas a las que envuelven los otros mundos. El análisis espectral ha demostrado no tan sólo la existencia de esa atmósfera, sino también la originalidad de ella, a ese nuevo cuanto precioso medio de investigación se deben los más preciosos datos que se conocen sobre la constitución de las atmósferas planetarias.

Permítasenos decir algo sobre él.

Cuando en una cámara oscura se hace pasar un rayo de sol a través de un prisma, ese haz luminoso en vez de seguir su dirección normal, sufre una desviación, y se nota: que el rayo que antes de atravesar el prisma tenía el color blanco y uniforme de la luz solar, al salir de él se descompone en varios colores, presentándose sobre la pantalla dispuesta al efecto para recibirla una imagen de figura oblonga, colorada con las tintas del arcoíris. Esta bella imagen se denomina *espectro solar*. Los colores fundamentales del espectro son siete, y están dispuestos por su grado de refrangibilidad del modo siguiente: violeta, índigo, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo. La disposición de esos colores en el espectro, es constantemente la misma, cualquiera que sea la época, temperatura y hora en que se verifique el experimento. Los colores no se presentan continuos, examinada atentamente la imagen espectral, se notan unas rayas oscuras, cuya disposición es así mismo invariable; sólo que, si en vez de descomponer la luz solar del modo indicado en el nivel ordinario de la tierra; se verifica en la cima de una montaña muy elevaba, las rayas oscuras se presentan disminuidas en cuanto a su intensidad; siendo esto debido a que allí la capa atmosférica no es tan considerable como en las llanuras. Esas rayas son producidas por la modificación o absorción que sufre el rayo luminoso por los elementos que constituyen la atmósfera que necesariamente ha de atravesar para llegar a nosotros.

Si en vez de analizar el rayo de luz recibido directamente del Sol, se analiza el que por reflexión nos envía la Luna y los planetas, tendremos un espectro semejante al solar aunque incomparablemente más pálido. En efecto, los planetas no son bajo este punto de vista más que espejos que reflejan la luz del Sol. puesto que ellos carecen de luz propia; pero, como tiene cada uno de ellos su atmósfera particular, y la luz que el Sol emite, ha de atravesar primeramente esa atmósfera para llegar a su suelo, y por segunda vez al partir el reflejo de aquél para llegar al nuestro, y aun en nuestra propia atmósfera, resulta: que en el espectro de los planetas, se notan, no solamente las rayas que son propias al espectro solar directo, sino que algunas de ellas están mucho más marcadas y aun dilatadas hasta formar verdaderas fajas; resultado de la absorción de ciertos rayos luminosos por los elementos gaseosos de aquellas atmósferas.

No se han detenido aquí las observaciones. Habiéndose llegado por este medio al conocimiento que las atmósferas de los otros planetas tienen mucha analogía con la nuestra, se han estudiado atentamente esas rayas de absorción, se han hecho diferentes ensayos y comparaciones, llegando por último al resultado: que la principal modificación que sufre la luz solar al ser reflejada por los planetas, es debida al *vapor de agua* que existe en aquellas atmósferas. La de Júpiter y la de Saturno, se distinguen algún tanto en su composición de la de los otros planetas; pues si bien hay en ellas también vapor de agua, contienen además ciertos elementos que no existen en la tierra.

Si se descompone con el prisma la blanca luz de la Luna, el espectro presenta exactamente las mismas rayas oscuras que se notan en el espectro solar recibido directamente; sin que se observe aumento ni disminución en el número de ellas, ni diferencia en la intensidad relativa. Este hecho viene a comprobar la falta de envoltura atmosférica en nuestro satélite.

El P. Sechi, director del Observatorio romano, que ha hecho detenidos estudios sobre el análisis espectral, ha reconocido que el espectro de Urano presenta notables diferencias comparado con el de los otros planetas; resultado debido sin duda a la especialidad de la atmósfera de aquel mundo, que tal vez por la gran distancia que del Sol le separa, tiene condiciones particulares y muy distintas de las demás.

Creemos inútil añadir aquí, que el análisis de la luz de las estrellas fijas, ha puesto en evidencia un espectro totalmente distinguido del solar; y esto se comprende muy bien, puesto que cada una de esas estrellas es un sol y tienen, por consiguiente, luz propia y diferente de la del nuestro.

Ocho satélites giran alrededor de Urano; el más próximo al planeta está a 51.520 leguas de él, y el más lejano a 630,000. Estos satélites presentan una singularidad, única en el sistema: su movimiento es retrógrado; esto es, siguen la dirección de Este a Oeste, cuando el de los satélites de los otros mundos y el de los mismos planetas, es al contrario, de Oeste a Este. Además, las órbitas de todos los planetas del sistema, así como las de sus satélites, están poco inclinadas sobre la elíptica; cuando las órbitas casi circulares que trazan los satélites de Urano, están tan inclinadas, que forman con la elíptica un ángulo de 78º 58' con lo que vienen a estar casi perpendiculares sobre el plano de la misma.

Si nuestros astrónomos han estado durante tantos siglos ignorando que más allá de Saturno había otros mundos pertenecientes como la Tierra al sistema solar, en cambio los de Urano probablemente ignorarán siempre que a 700 millones de leguas de ellos, allá muy cerca de aquel Sol tan pequeño y tan pálido, pero que probablemente la geometría les habrá demostrado las dimensiones verdaderas, existe un pequeño planeta que sirve de morada a criaturas racionales. La Tierra debe ser invisible desde Urano; en primer lugar por su pequeñez, y luego porque para ellos está siempre confundida con los resplandores solares.

LUIS DE LA VEGA.

EL EGOISMO Y EL ORGULLO

Sus causas, sus efectos y medio de destruirlos.[1]

(*Obras póstumas*)

Está reconocido que la mayor parte de las miserias de la vida tienen su origen en el egoísmo de los hombres. Desde el momento en que cada uno piensa en sí antes de pensar en los otros, y que ante todo quiere su propia satisfacción, procura naturalmente proporcionársela a toda costa, y sacrifica sin escrúpulo los intereses de otro, desde las más pequeñas a las más grandes cosas, así en el orden moral como en el material. De aquí todos los antagonismos sociales, todas las luchas, todos

[1] *Revista Espiritista de París, Julio 1869.*

los conflictos y todas las miserias, pues cada cual quiere despojar a su vecino.

El egoísmo tiene su origen en el orgullo. La exaltación de la personalidad induce al hombre a considerarse como superior a los otros, y creyéndose con derechos superiores se resiente de todo lo que según él, es un ataque a sus derechos. La importancia que por orgullo da a su persona, le hace naturalmente egoísta.

El egoísmo y el orgullo tienen su origen en un sentimiento natural: el instinto de conservación. Todos los instintos tienen su razón de ser y su utilidad, porque Dios no puede hacer nada inútil. Dios no ha creado el mal, sino que es el hombre quien lo produce por el abuso que hace de los dones de Dios, en virtud de su libre albedrío. Ese sentimiento, encerrado en sus justos límites, es, pues, bueno en sí mismo, y lo que le hace malo y pernicioso es la exageración. Lo mismo sucede con todas las pasiones que a menudo desvían al hombre de su objeto providencial. Dios no ha creado al hombre egoísta y orgulloso; lo creó sencillo e ignorante, y él es quien se ha hecho egoísta y orgulloso, exagerando el instinto que Dios le ha dado para su propia conservación.

Los hombres no pueden ser felices, si no viven en paz, es decir, si no están animados de un sentimiento de benevolencia, indulgencia y condescendencia recíprocas, en una palabra, mientras procuren destruirse unos a otros. La caridad y la fraternidad resumen todas esas condiciones y todos los deberes sociales; pero suponen la abnegación, y ésta es incompatible con el orgullo y el egoísmo. Luego con estos vicios no es posible la verdadera fraternidad, ni por consiguiente, la igualdad y la libertad; porque el egoísta y el orgulloso lo quieren todo para sí. Estos serán siempre los gusanos roedores de todas las instituciones progresivas, y en tanto que, los sistemas sociales más generosos y más sabiamente combinados caerán a sus golpes. Bello es sin duda proclamar el reino de la fraternidad: pero ¿a qué hacerlo, existiendo una causa destructiva del mismo? Eso es edificar en terreno movedizo, y tanto valdría como decretar la salud en un país malsano. Si se quiere que, en este país, estén buenos los hombres, no basta enviarles médicos, pues morirán como los otros; sino que es preciso destruir las causas de insalubridad. Si queréis que los hombres vivan como hermanos en la tierra, no basta que les deis lecciones de moral, sino que es necesario destruir las causas de antagonismo, atacar el principio del mal: el orgullo y el egoísmo. He ahí la llaga, y en ella debe concentrarse toda la atención de los que seriamente quieren el bien de la humanidad. Mientras este obstáculo subsista, verán paralizados sus esfuerzos, no sólo por una resistencia inerte, sí que también por una fuerza activa que sin cesar trabajará por destruir su obra; porque toda idea grande, generosa y emancipadora arruina las pretensiones personales.

Se dirá que es imposible destruir el egoísmo y el orgullo, porque son vicios inherentes a la especie humana. Si así fuese, preciso sería desesperar de todo progreso moral; y sin embargo, cuando se considera al hombre en las diversas edades, no puede desconocerse un progreso evidente, y si ha progresado, puede progresar aún. Por otra parte, ¿no se encuentra acaso algún hombre desprovisto de orgullo y egoísmo? ¿No se ven, por el contrario, esas naturalezas generosas, en las que el sentimiento de amor al prójimo, de humildad, de desinterés y de abnegación parece innato? Su número es menor que el de los egoístas, cierto, pues de lo contrario, no dictarían éstos la ley; pero hay más

de las que se creen, si parecen tan poco numerosas, es porque el orgullo se pone en evidencia, al paso que la virtud modesta permanece en la oscuridad. Si, pues el egoísmo y el orgullo fuesen condiciones necesarias de la humanidad, como la de alimentarse para vivir, no habría excepciones. Lo esencial es por lo tanto, conseguir que la excepción se eleve a regla, y para ello se trata ante todo de destruir las causas que producen y conservan el mal.

La principal de esas causas proviene evidentemente de la idea falsa que se forma el hombre de su naturaleza, de su pasado y de su porvenir. No sabiendo de dónde viene, se cree ser más de lo que es; no sabiendo a dónde va, concentra todo su pensamiento en la vida terrestre; la quiere tan agradable como sea posible; quiere todas las satisfacciones, todos los goces, y por esto se echa sin escrúpulo sobre su vecino, si éste le es obstáculo. Mas para que así suceda, le es preciso dominar: pues la igualdad daría a los otros derechos que quiere para él solo; la fraternidad le impondría sacrificios en detrimento de su bienestar; quiere la libertad para sí, y sólo la concede a los otros en tanto que no produzcan menoscabo a sus prerrogativas. Teniendo cada uno las mismas pretensiones, resultan conflictos perpetuos que hacen pagar muy caros los pocos goces que llegan a procurarse.

Identifíquese el hombre con la vida futura, y cambia completamente su modo de considerar las cosas, como el del viajero que sólo ha de permanecer pocas horas en una mala posada, y que sabe que a su Salida; tendrá una magnífica para el resto de sus días.

La importancia de la vida presente, tan triste, tan corta, tan efímera, se borra ante el esplendor del porvenir que se ofrece a sus ojos. La consecuencia natural, lógica de esta certeza, es la de sacrificar un presente fugaz a un porvenir duradero, al paso que antes lo sacrificaba todo al presente. Viniendo a ser su objeto, poco le importa tener un poco más o menos en ésta; los intereses mundanos son entonces lo necesario en vez de ser lo principal; trabaja al presente con la mira de asegurar su posición en el porvenir, y sabe además con qué condiciones puede ser feliz.

Para los intereses mundanos los hombres pueden estorbarle; le es preciso separarlos, y por la fuerza de las cosas se hace egoísta. Si dirige sus miradas a la altura, hacia una dicha que ningún hombre puede dificultarle, no tiene interés en anonadar a nadie, y el egoísmo carece de objeto; pero siempre le queda el estimulante del orgullo.

La causa del orgullo está en la creencia que tiene el hombre de su superioridad individual, y también en esto se hace sentir la influencia de la concentración del pensamiento en la vida terrestre. Para el hombre que no ve nada ante él, nada después de él y nada que le sea superior, el sentimiento de la personalidad se sobrepone a todo, y el orgullo no tiene contrapeso.

La incredulidad no sólo no posee ningún medio de combatir el orgullo, sino que lo estimula y le da razón de ser, negando la existencia de un poder superior a la humanidad. Sólo en sí mismo cree el incrédulo; y es natural que tenga orgullo. Mientras que en los golpes que recibe el incrédulo no ve más que la casualidad, el que tiene fe ve en ellos la mano de Dios y se inclina. Creer en Dios y en la vida futura es, pues, la primera condición para templar el orgullo; pero no basta esto, y junto al porvenir, debe verse el pasado para formarse una idea justa del presente.

Para que el orgulloso cese de creer en su superioridad, es preciso probarle que no es más que los otros y que éstos son tanto como él: que la igualdad es un hecho y no simplemente una hermosa teoría filosófica, verdades que se desprenden de la preexistencia de alma y de la reencarnación.

Sin la preexistencia del alma, el hombre es inducido a creer que Dios le ha dotado excepcionalmente, si es que cree en Dios, pues cuando así no sucede, da gracias a la casualidad y a su propio mérito. Iniciándole la preexistencia en la vida anterior del alma, le enseña a distinguir la vida espiritual infinita de la vida corporal temporal; sabe de este modo que las almas salen iguales de las manos del Creador, que tienen un mismo punto de partida y un mismo objeto, que todas deben lograr en más o menos tiempo según sus esfuerzos; que él mismo no ha llegado a ser lo que es, sino después de haber vegetado largo tiempo y penosamente como los otros en los grados inferiores, que entre los más atrasados y los más adelantados sólo existe una cuestión de tiempo; que las ventajas del nacimiento son puramente corporales e independientes del Espíritu, y que el simple proletario puede, en otra existencia, ocupar el trono, y el más potentado renacer proletario. Si sólo considera la vida temporal, ve las desigualdades sociales del momento, que le lastiman, pero si fija la mirada en el conjunto de la vida del Espíritu, en el pasado y en el porvenir, desde el punto de partida hasta el de arriba, esas desigualdades desaparecen, y reconoce que Dios no ha privilegiado a ninguno de sus hijos con perjuicio de los otros; que a cada uno ha dado igual parte y no ha allanado el camino más a los unos que a los otros; que el que en la tierra está menos adelantado que él, puede llegar antes que él, si trabaja más en su perfeccionamiento, y reconoce, en fin, que no llegando cada uno más que por sus esfuerzos personales, el principio de *igualdad* es a la vez un principio de justicia y una ley natural, ante los cuales cae el orgullo del privilegio.

Probando la reencarnación que los Espíritus pueden renacer en diferentes condiciones sociales, ya como expiación, ya como prueba, enseña que en aquél a quien se trata con desdén puede hallarse un hombre que ha sido nuestro superior o nuestro igual en otra existencia, un amigo o un pariente. Si el hombre lo supiese, le trataría con miramiento, pero entonces no tendría mérito alguno. Si, por el contrario, supiese que su actual amigo ha sido su enemigo, su servidor o su *esclavo*, lo rechazaría. Dios no ha querido que sucediese así, y por eso ha corrido un velo sobre el pasado, y de semejante manera el hombre es conducido a ver hermanos en todos e iguales suyos, de donde resulta una base natural para la *fraternidad*. Sabiendo que podrá ser tratado como trate a los otros, la *caridad* viene a ser un deber y una necesidad fundados en la misma naturaleza.

Jesús sentó el principio de la caridad, de la igualdad, y de la fraternidad; hizo de ellos una condición expresa para la salvación; pero estaba reservado a la tercera manifestación de la voluntad de Dios, al Espiritismo, por el conocimiento que da de la vida espiritual, por los nuevos horizontes que descubre y las leyes que revela; le estaba reservado el sancionar ese principio probando que no sólo es una doctrina moral, sino una ley natural, y que es conveniencia del hombre practicarla. Así lo hará cuando, cesando de ver en el presente el principio y el fin, comprenda la solidaridad que existe entre el presente, el pasado y el porvenir. En el inmenso campo de lo infinito que el Espiritismo le hace entrever, se anula su importancia

personal; comprende que solo no es; ni puede nada; que todos tenemos necesidad unos de otros y que no somos unos más que otros, doble golpe asestado al orgullo y al egoísmo.

Pero para esto le es menester la fe, sin la que permanecerá forzosamente en el atolladero del presente, no la fe ciega que huye de la luz, restringe las ideas, y mantiene, por lo tanto, el egoísmo, sino la fe inteligente, razonada, que quiere la claridad y no las tinieblas, que rasga valerosamente el velo de los misterios y dilata el horizonte; esta fe, elemento primero de todo progreso, que le da el Espiritismo, fe robusta, porque está fundada en la experiencia y en los hechos, porque le da pruebas palpables de la inmortalidad de su alma, le enseña de donde viene, a dónde va y por qué se halla en la tierra; porque fija, en fin, sus inciertas ideas sobre su pasado y su porvenir.

Una vez pisado este camino, no teniendo el orgullo y el egoísmo las mismas causas de sobreexcitación, se extinguirán poco a poco por carecer de objeto y de alimento, y todas las relaciones sociales se modificarán bajo el imperio de la caridad y de la fraternidad bien comprendidas.

¿Puede esto acontecer en virtud de un cambio brusco? No, es imposible; nada hay brusco en la naturaleza; jamás recobra súbitamente la salud el enfermo, pues entre la salud y la enfermedad, media siempre la convalecencia. No puede, pues, el hombre cambiar instantáneamente su punto de vista, y dirigir la mirada desde la tierra al cielo; el infinito le confunde y le deslumbra, y le es necesario tiempo para asimilarse las ideas nuevas. El Espiritismo es, sin contradicción, el más poderoso elemento moralizador, porque zapa por su base al orgullo y al egoísmo dando un punto de apoyo a la moral: en materia de conversión, ha hecho milagros; cierto que no son más que curas individuales y con frecuencia parciales; pero lo que ha producido en los individuos es prueba de lo que un día producirá en las masas. No puede arrancar de una sola vez todas las malas yerbas; da la fe, ésta es la buena semilla, pero a la semilla le es necesario tiempo para germinar y dar buenos frutos. He aquí porqué todos los espiritistas no son aún perfectos. Ha tomado al hombre en mitad de la vida, en el fuego de las pasiones, en la fuerza de las preocupaciones, y si en tales circunstancias, ha operado prodigios ¿qué será cuando le tome al nacer, virgen de todas las impresiones mal sanas, cuando mame la caridad con la leche y sea columpiado por la fraternidad; cuando toda una generación, en fin, sea educada y alimentada en esas ideas que desplegándose la razón fortificará en vez de desunir? Bajo el imperio de semejantes ideas que habrán llegado a ser la fe de todos, el progreso no hallará obstáculos en el orgullo y el egoísmo, las instituciones se reformarán por sí mismas y la humanidad avanzará rápidamente hacia los destinos que le están prometidos en la Tierra mientras espera los del cielo.

ALLAN KARDEC.

DICTADO POR LA-TUBA

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Médium J. Pérez

P. ¿Si el mundo de ultratumba es el mundo de la verdad, cómo se comprenden los errores de tantos espíritus?

R. El mundo de los espíritus es el mundo de la verdad, pero esa verdad real y evidente no está al alcance de todos. En vuestro mundo ciertas cosas son una verdad, pero una verdad confusa para aquél que por ignorancia nada puede comprender. En todas partes existe una verdad relativa a la grandeza de la creación, pero esa verdad relativa sólo la alcanzan los instruidos. Aquí solo tenemos la evidencia de lo que puede abarcar la imaginación.

P. ¿Existen preocupaciones ahí? ¿Se puede con más facilidad llegar al conocimiento de Dios?

R. Existen preocupaciones, pero muy difíciles de desarraigar. Un espíritu encarnado puede, con el progreso, llegar a la idea de Dios lo mismo que un espíritu errante, porque si en todas partes existe la verdad, en todas partes pueden los espíritus estudiarla y acercarse a la gran causa. Estos espíritus creen que, aun después de su estado fluídico, tienen que morirse y anonadarse; por eso encontraréis en este mundo, como en el vuestro, algunos ateos.

P. ¿Luego el espíritu no tiene conciencia de lo que es?

R. Como la tenéis vosotros. No comprendéis lo que es habituarse a una existencia. Para algunos espíritus su vida es como la vuestra, rodeada de la envoltura corporal. Estos espíritus, aun después de su muerte, no conocen que han muerto, porque para conocerlo tendrían que sufrir un gran trastorno en sus ideas. ¡Cuántos hay de éstos que esperan la muerte para ver a Dios! y ¿sabéis a qué Dios? A Jesucristo. ¡Y cuántos hay acosados de crueles remordimientos, esperando en otra existencia el infierno, con todos sus horrores y sus verdaderas llamas! ¡Cuántos, también, esperando y deseando la muerte para acabar de padecer! No es una razón de ser la ignorancia, pero sí es, al espíritu toca desprenderse de ella por medio de estudios que le den a conocer la naturaleza y la razón de cada cosa.

Un espíritu puede estar mucho tiempo en un estado de imbecilidad o de ignorancia; estado anormal que puede ser de muchísimo tiempo o de poco: y para salir de él lo consiguen unos con grandes esfuerzos y otros sólo con quererlo conseguir.

P. ¿Los espíritus conservan los errores que tenían en su vida corporal?

R. Figuraos a un espíritu que no alterna con la sociedad instruida, que no discurre y que los que le acompañan se encuentran en igual caso ¿qué quieres que ese espíritu piense? ¿Cómo no conservar las mismas creencias que sustentaba en su vida material? Dais mucha importancia a la muerte y la muerte no es más que un accidente en los eternos días de nuestra existencia. El que muere ignorante ahí, ignorante sigue y la muerte no le da lucidez para comprender el gran arcano.

P. ¿El espíritu, por ser espíritu tiene de Dios una noción más clara que nosotros?

R. Escuchad; una cosa análoga os pasa a vosotros; no comprendéis como en un astro se pueda vivir, y sin embargo se vive; hay muchos espíritus que creen firmemente que no han vivido más que la vida espiritual, no obstante que os ven y comunican con vosotros. De esa manera, como el espíritu se desprende de la materia como vosotros veis salir el hueso de una fruta, ellos creen que por estar vosotros encarnados ya tanto tiempo y no acordaros de nada, Dios os ha criado para estar eternamente en la condición de encarnados en

vuestros cuerpos, y ellos para vivir errantes; habiendo espíritus que están y viven muchos años en esa creencia.

P. Pero la ignorancia no es el estado normal del espíritu.

R. La ignorancia tiene sus límites; y mientras no llegue el día en que el espíritu salga de ese estado ¿dejará de estar en su estado normal? ¿Qué puede saber un ignorante de lo que acontece después de su muerte?

Amigos míos; razonad vuestras ideas; discurrís así porque no sois ignorantes. No desdeñéis sin embargo este parecer mío.

Hay en la vida dos puntos que se repelen violentamente. Ni la ignorancia comprende la sabiduría, ni la sabiduría, con su magnífica palabra, puede penetrar en ese recinto de tinieblas: a la primera le ciega la luz, a la segunda la oscuridad.

Os saluda.

J.G.

VARIEDADES

A N.

Hija de mi patria bella;
dulce virgen de las horas
solitarias;
a ti mando mi querella,
en las alas voladoras
de mis trovas funerarias.

Abre el corazón hermoso;
abre el cáliz aromado
de tu seno,
y da asilo generoso
al acento fatigado
que te dice cuanto peno.

Yo soy el genio del lloro;
espíritu de tristeza
me apellido;
el suspiro es mi tesoro,
el sollozo es mi riqueza....
jamás otra he poseído.

El sepulcro está cerrado;
llamo a su puerta y responde
con enojo:
«no te conozco;» y cansado
marcho sin saber a donde
lleva mi planta el antojo.

Dulce estrella de mi vida,
dame luz, sé mi ventura,
sé mi norte;
a tus pies está rendida
mi voluntad; tu hermosura
mi desaliento conforte.

Ya van los mundos serenos
por los cielos extendidos
navegando;
ya van los ángeles buenos
a los seres afligidos
de la tierra consolando.

Ya van Marietta y Estrella
pulsando el arpa sagrada
de ultra-tumba,
al resplandor de la huella
de algún alma libertada
del imperio de la tumba.

Ya los céfiros distantes
hiende el ángel del sosiego
suspirando;
los Sócrates y Cervantes
como columnas de fuego
se deslizan fulgurando.

Ya los lápices veloces
caracteres infinitos
van haciendo,
y se escuchan dulces voces
y se ven rostros benditos
deslumbrantes sonriendo.

Y entre vivos resplandores
y sublimes armonías
celestiales,
los espíritus mejores
hallan santas alegrías
combatiendo nuestros males.

Hora sagrada en que el mundo
de los seres invisibles
descendiendo,
en nuestro suelo infecundo

un diluvio irresistible
de enseñanzas va vertiendo.

Hora solemne en que dos
universos celebrando
su himeneo,
hacen que presida Dios
el misterio venerando
del abrazo giganteo.

Flotando en la sombra oscura
de la noche silenciosa,
resplandece
el cáliz de la amargura
de mi prueba pavorosa.....
Mi espíritu desfallece!

Llamo con afán al cielo;
llamo con afán al ángel
que es mi guía,
y al acento de mi anhelo
sólo responde el arcángel
de mi tristeza sombría.

Hija de mi patria bella,
dulce virgen de las horas
solitarias;
sé la magnífica estrella
que disipe mis traidoras
negras sombras funerarias.

Y cuando llegue el momento
de elevarse la centella
que en mi ardió,
diré al Rey del firmamento:
«Señor, protege a mi bella,
Señor, alumbra a la estrella
que mi existencia alumbró!»

SALVADOR SELLÉS.

Índice de las materias que contiene el año 1873.

Enero 15.

A nuestros abonados, pág. 1—Sección doctrinal: La bola de nieve, pág. 1—Exposición universal de Viena, pág. 5—Extracto del primer discurso pronunciado por el Sr. D. Jaime Feliu en el Ateneo de Valencia en defensa del Espiritismo, pág. 6—Credo Religioso y filosófico de la Sociedad Espiritista central de la República Mejicana, pág. 10—Dictados de Ultra-tumba: aporte espontáneo: Pasa, Pisa, Posa y Pesa, pág. 13 —Variedades: Bibliografía: Preliminares al estudio del Espiritismo, pág. 13—Miscelánea: Otro propagandista, pág. 16.

Enero 31.

Sección doctrinal: El nuevo Génesis, pág. 16—El mundo marcha, pág. 20—Extracto del segundo discurso del Dr. D. Jaime Feliu, pronunciado en el Ateneo de Valencia, pág. 23—Dictados de Ultra-tumba. La envidia, pág. 27—Variedades: Meditación, (poesía) pág. 30—Bibliografía: Exposición y defensa de las verdades fundamentales del Espiritismo, pág. 31—Miscelánea, pág. 31.

Febrero 15.

Sección doctrinal: Una ejecución, pág. 34— Extracto del tercer discurso pronunciado por el Dr. D. Jaime Feliu en el Ateneo de Valencia, pág. 38—Gratitud, pág. 47—Variedades: A las señoras que iniciaron el pensamiento de dar una función a beneficio de los pobres, (poesía) pág. 47—La calumnia, pág. 48—Un acto de caridad, pág. 49.

Febrero 28.

Sección doctrinal: La mediumnidad, pág. 51—Frutos del romanismo en Yecla, pág. 54— Dictados de Ultra-tumba, pág. 55—Un espíritu encarnado en la tierra, pág. 56—Consejos a los médiums, pág. 57—A los médiums de los círculos de estudio, pág. 57—El credo, pág. 58— Comunicación espiritista por medio del vaso con

agua magnetizada, pág. 58—Variedades: Un rayo de luz, (poesía) pág. 60—La oración, (poesía) pág. 60— Correspondencia a D. Antonio del Espino, pág. 62.

Marzo 15.

Sección doctrinal: Los ilusos, pág. 67—Reuniones espiritistas, pág. 69—Del magnetismo animal, pág. 71—La paz: sociedad espiritista de Elche, pág. 73—Dictados de Ultra-tumba, página 74—Reunión alicantina de estudios espiritistas, pág. 74—La avaricia, pág. 75—El vicio, pág. 76—Variedades: A mi adorada muerta, (poesía) pág. 76—Dos almas, (poesía) pág. 77—Cartas íntimas, pág. 79—Miscelánea, pág. 81.

Marzo 31.

Sección doctrinal: Las cinco alternativas de la humanidad: 1ª Doctrina materialista. 2ª Doctrina panteísta (continuará) pág. 83—Magnetismo animal (conclusión) pág. 84—Extracto del discurso pronunciado por D. Eduardo García, en el Ateneo de Valencia, en defensa del Espiritismo, pág. 88—Dictados de Ultra-tumba: El progreso avanza, pág. 90—Variedades: El amor, pág. 90—Cartas íntimas, pág. 92—El Mesías y sus sectarios (poesía), pág. 94—La confesión, (poesía), pág. 97.

Abril 15.

Sección doctrinal: La verdad, pág. 99—Las cinco alternativas de la humanidad. 3ª Doctrina Deísta. 4ª Doctrina Dogmática. 5ª Doctrina espiritista, (conclusión), pág. 102—Del magnetismo animal, pág. 104—Variedades: Cartas íntimas, pág. 108—A un monstruo: el cura de Santa Cruz, (poesía), pág. 111—A Salvador Selles, (poesía) pág. 112— Miscelánea, pág. 113.

Abril 30.

Sección doctrinal: El Espiritismo, pág. 115—Instrucciones de Ultra-tumba, acerca de la fotografía de Espíritus (traducción), pág. 118—Discurso obtenido por el médium J. P. pág. 120— Variedades: Una pequeña historia (poesía), pág. 123—Sueños: La inhumación (cuento fantástico), pág. 127—Miscelánea: Consejos, pág. 128.

Mayo 15.

Sección doctrinal: Nuestro deber, pág. 130— El Espiritismo y sus detractores, pág. 132—Variedades: Prólogo de una historia (poesía), pág. 134—A la poetisa Amalia Domingo y Soler, pág. 138—Correspondencia de Madrid, pág. 139—Cartas íntimas, pág. 142— Miscelánea, pág. 144.

Mayo 31.

Sección doctrinal: El hombre, su porvenir, pág. 145—Mi reino no es de este mundo, pág. 147—Dictados de Ultra-tumba: Santificación del Domingo, pág. 149—Variedades: Cartas íntimas, pág. 153—¡Era tarde! (poesía), pág. 154—Miscelánea: pág. 158.

Junio 15.

Sección doctrinal: El Espiritismo y sus detractores, (continuación), pág. 160—Mi reino no es de este mundo, (conclusión) pág. 163—Dictados de Ultra-tumba: Discurso obtenido del Espíritu Manuel Llana por el médium J. P. pág. 164—Variedades; A la memoria de mi madre, (poesía),

pág. 168—El magnetismo animal, pág. 169—Miscelánea, pág. 174.

Junio 30.

Sección doctrinal: El egoísmo y el orgullo, pág. 176—Sociedad espiritista El Progreso (Barcelona), pág. 180—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: pág. 180. Dictados de Ultra-tumba: Discurso pronunciado medianímicamente por J. P. pág. 181—Correspondencia de Madrid, pág. 185 —Variedades. Cartas Íntimas pág. 187— Miscelánea, pág. 191.

Julio 15.

Sección doctrinal: La mejor predicación 1ª, pág. 192—El espiritismo y sus detractores, (conclusión) pág. 194—Sueños: Una evocación, (cuento fantástico) (conclusión) pág. 198— El invisible pág. 203— Dictados de Ultra-tumba: El arte, pág. 204—Episodio, pág. 205—Virtud y siempre virtud, pág. 206—Amad a vuestros semejantes, pág. 207—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos, pág.207.

Julio 31.

Sección doctrinal: La mejor predicación 2ª, pág. 209—Nuestro sistema planetario 1ª, pág. 211—Variedades: El arte, pág. 213—La música, pág. 216—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 221—Miscelánea, pág. 224.

Agosto 15.

A nuestros suscritores, pág. 226—Nuestro sistema planetario 2ª, pág. 228— Reflexiones sobre la reencarnación, pág. 233—Breve contestación a los detractores del Espiritismo, (obras póstumas), pág. 234—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 238.

Agosto 31.

Sección doctrinal, pág. 241—Nuestro sistema planetario 3ª, El Sol, pág. 244— La inmortalidad del alma, pág. 249—Dictados de Ultra-tumba: La vida eterna, pág. 253—La felicidad no es de este mundo, pág. 254.

Septiembre 15.

Sección doctrinal: La mejor predicación, 3ª, pág. 256—La Fe, pág. 258—Nuestro sistema planetario, 4ª, Mercurio, pág. 262— Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 266—Variedades: A un niño (poesía), pág. 268—Soneto, pág. 269.

Septiembre 30.

Sección doctrinal: La doble vida, pág. 271—Nuestro sistema planetario, 5ª Venus, pág. 273—Los desertores, (obras póstumas) pág. 276—Un aviso inspirado, pág. 280—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 281—La Guerra, pág. 283—Variedades: La noche, (poesía) pág. 284.

Octubre 15.

Sección doctrinal: La Fe, 2ª, pág. 286—Nuestro sistema planetario, 6ª. La Tierra y la Luna, pág. 290—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 295—La sobriedad, pág. 296—El despertar del alma, (Barcelona) pág. 297—En país de ciegos a los tuertos los ahorcan, pág. 298—Variedades: La fe de un loco, (poesía) pág. 299.

Octubre 31.

Sección doctrinal: La mejor predicación, 4ª, pág. 302—Nuestro sistema planetario 6ª. La Tierra y la Luna, pág. 305—La fatalidad y los presentimientos, pág. 306—A mis correligionarios de Barcelona, pág. 311—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 313—El deber y la justicia, (Barcelona), pág. 314—A cada día le basta su trabajo, (París), pág. 315—Variedades: A mi Ángel Tutelar, (poesía), pág. 316.

Noviembre 15.

Sección doctrinal: El falso Peregrino, pág. 318—Nuestro sistema planetario, 7ª. Marte; página 322—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 326—Episodio, pág. 329—La unidad del lenguaje, (París), pág. 330—Variedades: A la caridad, (poesía), pág. 331.

Noviembre 30.

Sección doctrinal: Fases de la Caridad, pág. 334—Nuestro sistema planetario, 8ª. Júpiter, pág. 336—Teoría de las manifestaciones físicas, pág. 340—Magnetismo: Alma, efectos magnéticos, sonambulismo, pág. 343—Máximas de San Juan Evangelista (Traducción por el médium Cesar Bassols,) pág. 345—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: Dictados de Ultra-tumba, pág. 346—Variedades: Al pasado, (poesía), pág. 347.

Diciembre 15.

Sección doctrinal: La mejor predicación, 5ª, pág. 349—Nuestro sistema planetario, 9ª, Saturno, pág. 352—Magnetismo y Sonambulismo, (Paris), pág. 356—Sociedad Alicantina de estudios Psicológicos: dictados de Ultra-tumba, pág. 357—Variedades: A las amigas de los pobres, (poesía) pág. 363.

Diciembre 31.

Sección doctrinal: A nuestros suscriptores, pág. 365—Nuestro sistema planetario, 10ª. Urano, pág. 367—El egoísmo y el orgullo, pág. 369—Dictados de Ultra-tumba, pág. 373—Variedades (poesía) a N. pág. 375.

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Toda idea nueva como la que sostenemos, necesita ante todo para su propagación, una mina de oro con que sostener el medio de hacerlo; siendo necesario, de todo punto necesario, que todos cuantos desinteresadamente se hallan interesados en que se arraigue en la conciencia del pueblo la verdad de nuestra doctrina regeneradora y moral, contribuyan con un grano de arena, y de este modo, llegará el día en que el edificio se habrá construido victoriosamente.

Por lo que rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros suscriptores que se hallan en descubierto con esta Administración, se dignen remitir lo que a la misma adeudan a la mayor brevedad posible.

Si así lo hicieren, como lo esperamos, les quedaremos agradecidos y en caso de no efectuarlo, dejaremos, aunque con dolor, de remitirles La Revelación hasta tanto que avisen o manden su importe.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE
VICENTE COSTA Y COMPAÑÍA,
SAN FRANCISCO, NÚMERO 21.

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA,

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE:

Los hechos y manifestaciones de los Espíritus y todas las noticias relativas al Espiritismo.—Instrucciones de los Espíritus sobre las cosas del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir. La historia del Espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y sonambulismo; la esplicacion de las leyendas y creencias populares, etc.

Todo efecto tiene una causa.
Todo efecto inteligente reconoce una causa inteligente. La fuerza de la causa inteligente está en razon de la magnitud del efecto.

ALLAN KARDEC.

BIBLIOTECA PÚBLICA ALICANTE

Año II.—Núm. 24.—Diciembre de 1872.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

LA REVELACION se publica en Alicante dos veces al mes, en cuadernos de 12 páginas en 4.° mayor, con su cubierta.

PRECIOS: En Alicante, 1 peseta por trimestre.—En la Península, un semestre, 2 pesetas 50 cént.; un año, 5 pesetas.—Estranjero y Ultramar, 10 pesetas.—Números sueltos, 1 real.

Se suscribe en la Administracion de esta Revista, S. Francisco, 21, imprenta, en la Direccion, Castaños, 35, 2.°, y en casa de Juan Fernandez, Mendez Nuñez, 15.—En provincias, remitiendo sellos de correo, ó libranzas del Giro mútuo á la órden del Administrador de LA REVELACION.

No se admiten suscriciones por ménos de un semestre. Todos los abonos de suscricion principian en Enero. No se servirá pedido cuyo pago no se haya hecho por adelantado.

ALICANTE.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE V. COSTA Y COMPAÑÍA,
Calle de San Francisco, 21, duplicado.

1872.

RR-860